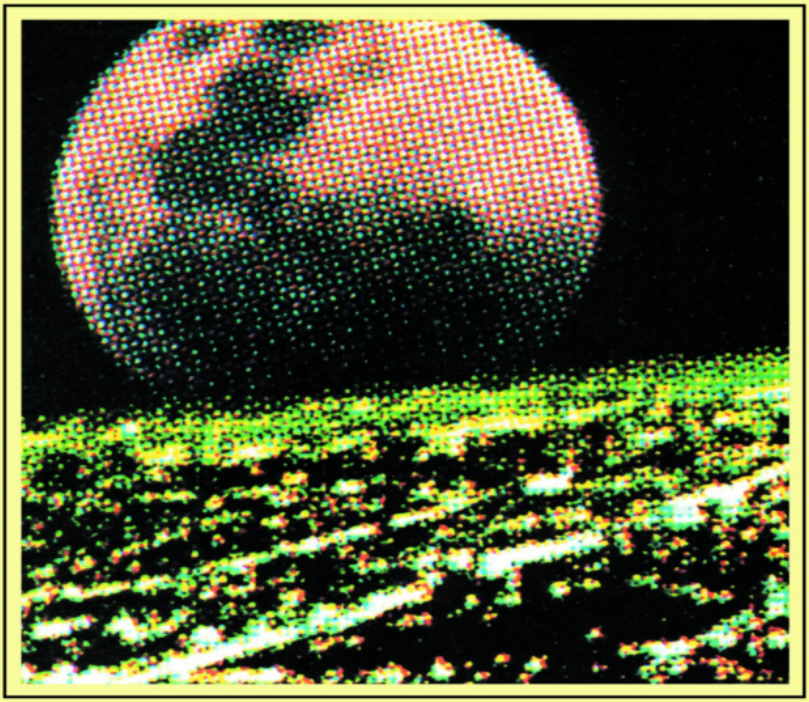
Martin Amis

Campos de Londres



ANAGRAMA
Colección Compactos

CAMPOS DE LONDRES

MARTIN AMIS

ANAGRAMA
Colección Compactos

Título de la edición original:
London Fields

Edición en formato digital: diciembre de 2021

© imagen de cubierta, Jonathan Cape

© de la traducción, Bernardo Morenas, 1991

© Martin Amis, 1989

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1991
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4373-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A mi padre

NOTA

Unas palabras sobre el título. Se me ocurrieron varias alternativas. Durante varios días acaricié el de *La flecha del tiempo*. Luego pensé que *El milenio* sería un título maravillosamente atrevido (una idea generalizada: *todo* se bautiza con el nombre de *milenio* en este momento). También flirteé, a altas horas de la noche, con *La muerte del amor*. Al final, el más serio pretendiente era *La víctima*, que parecía a la vez siniestro y tremendamente nuevo. Vacilé, y me incliné hacia títulos como *Campos de Londres, o La víctima, versión definitiva*…

Pero, como ven, cumplí con la palabra irónica dada a mi narrador, a quien le habría gustado, no lo duden, recordarme que hay dos clases de título —dos categorías, dos órdenes—. La primera clase de título opta por un nombre para algo que ya está ahí. La segunda clase de título está presente todo el tiempo: vive y respira, o lo intenta, en cada página. Mis ideas (que me costaron mucho sueño) pertenecen todas a la primera clase de título. *Campos de Londres* es la segunda clase de título. Así que llamémosle *Campos de Londres*. Este libro se llama *Campos de Londres. Campos de Londres*…[1]

M. A.
Londres

Esta es una historia verdadera, aunque me cuesta creer que esté sucediendo realmente.

Es también una historia con asesinato. No puedo creerme tanta suerte.

Y una historia de amor (creo), cosa especialmente extraña a estas alturas del siglo, a estas alturas de nuestra maldita época.

Esta es la historia de un asesinato. Todavía no ha ocurrido. Pero ocurrirá (más valiera). Conozco al asesino, conozco a la víctima. Conozco la hora, conozco el lugar. Conozco el motivo (el de *ella*) y conozco los medios. Sé quién va a hacer de pista falsa, de tonto, de patoso, también él destruido por completo. Pero yo no podría detenerlos, no creo, aunque quisiera. La chica morirá. Siempre lo ha deseado. No se puede parar a la gente una vez que *ha empezado*. No se puede parar a la gente una vez que *ha empezado a crear*.

Vaya ganga. Esta página está un poco emborronada por mis lágrimas de agradecimiento. Los novelistas no suelen encontrarse con tales chollos, ¿verdad?, con algo que ocurre en la vida real (algo con unidad, dramático y fácilmente vendible) y que no tienen más que trasladar al papel…

No hay que perder la calma. También yo tengo un plazo fijado, no lo olvidemos. Ah, esta feraz agitación… Alguien me está haciendo cosquillas en el corazón con dedos delicados. Todo el mundo piensa hoy día en la muerte.

Hace tres días (¿es eso?) que llegué de Nueva York en vuelo nocturno. Disponía prácticamente de todo el avión para mí solo. Me estiré a gusto, y estuve llamando constantemente a la azafata para que me trajera codeína y agua fría. Un vuelo nocturno, ya se sabe lo que es. Dios mío, parecía el perro de Baskerville… Me despertaron bruscamente a la 1.30, mi hora, para tomar un bollo pegajoso; me trasladé hacia un asiento con ventanilla y, a través de la niebla clara, vi cómo los campos —los tristes condados— formaban sus regimientos en orden riguroso, como un ejército del tamaño de Inglaterra. Luego, la ciudad propiamente dicha, Londres, tan tensada y meticulosa como una telaraña. Disponía para mí de todo el avión porque nadie en su sano juicio quiere venir a Europa precisamente ahora, en este momento; todo el mundo quiere viajar en dirección contraria, como confirmaba Heathrow.

El aeropuerto destilaba sueño. Somnópolis. Destilaba sueño, y preocupación y desasosiego de no dormir, y frustrados deseos de huir.

Porque todos somos poetas o niños pequeños en medio de la noche, que luchan por existir. Apenas había Llegadas, aparte de la mía. Todo el aeropuerto eran Salidas. Mientras me hallaba en un pasillo solitario escuchando las instrucciones enlatadas, miré hacia el aparcamiento y la pista de despegue a través del insulto repetitivo de la lluvia del alba: todo tipo de tiburones con las aletas erectas —el marrajo gigante, el tiburón tigre, el jaquetón—; asesinos. Asesinos todos y cada uno de ellos.

En cuanto al apartamento, la verdad es que casi me quedo turulato. En serio. Abro la puerta y no puedo reprimir una risita de conejo. Es alucinante. ¿Todo esto por un simple anuncio en la *New York Review of Books*? No cabe duda de que me he llevado la parte del león. Se puede afirmar que he estafado a Mark Asprey. Me paseo por las habitaciones y pienso con vergüenza en mi tugurio de Hell's Kitchen. Después de todo, él es escritor como yo; por eso me habría gustado, si no una equivalencia exacta, sí por lo menos una digna reciprocidad. Por supuesto, hasta una persona como yo advierte que la casa está decorada con pésimo gusto. ¿Qué escribe Mark Asprey? ¿Musicales? Desde luego, no se puede negar el encanto de sus notas: «¡Bienvenido, querido Sam!», empiezan.

Ni un solo objeto de esta casa se conforma con ser simplemente manejable o cómodo. La escobilla del váter es un cetro con bigotes. Los grifos de la cocina tienen forma de gárgolas retorcidas. Aquí vive con toda seguridad alguien que calienta el café matinal con viento flameado de bailarinas circasianas. Salta a la vista que Mr. Asprey es soltero. Por ejemplo, las paredes están prácticamente recubiertas de fotografías firmadas —modelos, actrices—. En este sentido, su habitación es como un antro llamado Dos Tipos de Italia. Pero este tipo es de Londres; y no son sus platos de pasta lo que se alaba aquí. Su dificultosa grafía y enroscada firma: autolesión, infligida a la tierna y legendaria garganta.

Y encima, puedo utilizar también su automóvil, un cacharro para distancias cortas, que me espera pacientemente en la calle. En su nota, Mark Asprey se disculpa por él y me hace saber que tiene otro mejor, mucho mejor, anclado en su *cottage* o casa de campo o finca. Ayer salí, vacilante, a echarle un vistazo. Último modelo, propende a un estado de invisibilidad gris piedra. Hasta mi inspección le pareció excesiva y embarazosa. Como características, cabe reseñar varias abolladuras para engañar la vista, una capa de óxido postizo en el capó y arañazos de llave adhesivos por toda la chapa. Estrategia inglesa para prevenir la codicia ajena. Durante los últimos diez años, hay cosas que han cambiado, hay cosas que se han quedado como estaban. El sabor de los pubs londinenses, eso sí se ha intensificado: el humo y la arena y el

polvo de los albañiles, el tufo a váter, las calles como una alfombra destrozada. Por supuesto que encontraré sorpresas cuando empiece mi recorrido de inspección, pero siempre he tenido la impresión de saber adonde se dirigía Inglaterra. América era el país al que había que estar atento…

Subí al coche y di unas vueltas. Y digo vueltas para explicar mejor los diez minutos de mareo que sentí al volver al apartamento. Estaba impresionado por su fuerza. Aturdimiento y una nueva náusea —una náusea moral— procedentes del intestino, que es el lugar de donde procede toda moral (como despertarte después de un sueño deshonroso y mirarte las manos a ver si hay sangre en ellas). Junto al asiento del conductor, bajo una bufanda de seda blanca como elegante trapo, se halla una contundente herramienta de coche. Mark Asprey debe de temer algo. Debe de temer a los pobres de Londres.

Tres días y estoy preparado; estoy preparado para escribir. Oíd cómo crujen mis nudillos. La vida real se me echa encima con tanta premura que ya no puedo dar largas. Es increíble. Dos décadas de angustioso tormento, dos décadas sin poder arrancar, y de repente estoy listo. En fin, este año estaba desde siempre destinado a ser distinto. Permítaseme decir, con la debida modestia y prudencia, que ya dispongo del material necesario para una novelita de intriga realmente apasionante, y también original en cierto modo. No la clásica novela en que se busca al asesino: se trata más bien de descubrir los móviles del asesinato. Me siento mareado y embelesado. Me siento esplendorosamente novato. No soy tanto un novelista, me parece a mí, como un concienzudo amanuense dispuesto a anotar todos los pormenores de la vida real. Técnicamente hablando, quiero suponer que soy un accesorio *avant le fait*; pero al diablo con todo esto ahora. Hoy me desperté y pensé: Si Londres es una telaraña, ¿en qué parte me sitúo yo? Tal vez yo sea la mosca. Yo soy la mosca.

Venga, vamos. Siempre pensé que empezaría por la víctima, por ella, por Nicola Six. Pero no; no quedaría del todo bien. Empecemos por el malo. Eso. Por Keith. Empecemos por *el asesino*.

1. EL ASESINO

Keith Talent era un mal sujeto. Keith Talent era un sujeto muy malo. Se puede decir incluso que era de los peores sujetos que circulaban por ahí; pero no era *el* peor, no era el peor de todos. Los *había* peores. ¿Dónde? Bañados por la caliente luz de CostCheck, por ejemplo, con las llaves del coche en la mano, camiseta beige y un paquete de seis cervezas Peculiar, la pelea en la puerta, las amenazas y el codo clavado en el negro cuello de la mujer que protesta, de nuevo al coche herrumbroso con rubia dentro, y a por otra, a por lo que sea, lo que sea necesario. Qué bocas las de esos tipos…, qué ojos… Dentro de aquellos ojos, un minúsculo universo desierto de sonrisas. No. Keith no era *tan* malo. Tenía algo que lo salvaba. No odiaba a la gente por motivos prefabricados. Tenía, por lo menos, una visión de la vida *multirracial*, irreflexiva e irremediablemente multirracial. Numerosos encuentros con mujeres de distinta pigmentación lo habían vuelto algo más dulce. Todos sus ángeles salvadores tenían nombres propios. Con las Fetnabs y las Fátimas que había conocido, las Nketchis y las Iqbalas, las Michikos y las Boguslawas, las Ramsarwatees y las Rajashwaris, Keith podía presumir de ser, en cierto sentido, un hombre de mundo. Estos eran los puntos débiles de su coraza negra: que Dios las bendiga a todas.

Aunque a Keith le gustaba prácticamente todo de su persona, no tragaba sus rasgos redentores. En su opinión, estos constituían su mayor defecto, su trágico talón de Aquiles. Cuando llegó el momento, en la oficina próxima al muelle de carga junto a la M4 a su paso por Bristol, con su enorme cara embutida en una sofocante media de nailon y la fiera mujer diciéndole que no con su temblorosa cabeza mientras Chick Purchase y Dean Pleat le gritaban a coro *Dale, dale* (todavía recordaba sus bocas retorcidas tapadas por el nailon), falló estrepitosamente. No fue capaz de poner a la mujer asiática de rodillas a base de estacazos ni de seguir golpeándola hasta que el hombre de uniforme abriera la caja fuerte. ¿Por qué había fallado? ¿Por qué, Keith, por qué? A decir verdad, aquel día se sentía fatal: media noche pasada en un callejón, metido en un coche que apestaba a pies y a eructos de delincuente; sin poder desayunar ni hacer sus necesidades; y ahora, para colmo, adondequiera que miraba veía hierba verde,

árboles jóvenes, colinas ondulantes. Además, Chick Purchase había inmovilizado ya al segundo guardián, mientras Dean Pleat saltaba por encima del mostrador y propinaba farisaicamente una buena paliza a la mujer con la culata de su rifle. De modo que las bascas de Keith no cambiaron nada, salvo sus perspectivas en la carrera del robo a mano armada. (Es dura cuando estás arriba, y es dura también cuando estás abajo; el nombre de Keith quedó definitivamente manchado.) Si hubiera podido hacerlo, lo habría hecho, con todo el gusto del mundo. Solo que le faltaba…, le faltaba talento.

Después de esto, Keith volvió la espalda al robo armado para siempre. Se dedicó entonces al crimen organizado. En Londres, el crimen organizado significaba *grosso modo* pelear por la droga; en la parte de Londres que Keith llamaba su casa, el crimen organizado significaba pelear por la droga con los negros, y los negros pelean mejor que los blancos porque, entre otras razones, *todos* andan metidos en el cotarro (nadie está al margen). El crimen organizado funciona según el escalafón, y el dominio del escalafón: tienen éxito los que consiguen dar un salto exponencial, los que son capaces de *asombrar* de manera sistemática con su violencia. Keith necesitó varias palizas bien dadas, y los primeros signos de adicción a la comida de hospital, para darse cuenta de que no tenía madera para esa actividad. En el transcurso de una de sus convalecencias, mientras pasaba la mayor parte del tiempo en los cafés de Golborne Road, le preocupó cierto enigma de manera particular. El enigma en cuestión era el siguiente: ¿cómo es que se veían a menudo negros con chicas blancas (siempre rubias, siempre, sin duda para mayor contraste), y nunca blancos con chicas negras? ¿Zurraban los negros a los blancos que salían con chicas negras? No, o no especialmente; en cualquier caso, había que actuar con precaución y su experiencia le decía que raramente se fraguaban relaciones duraderas de ese tipo. Entonces, ¿cómo se explicaba? La respuesta le vino en un destello de inspiración. ¡Los negros zurran a las *negras* que salen con blancos! Pues claro. Más fácil no podía ser. Meditó la moraleja que se encerraba en esta explicación y sacó la oportuna lección, una lección que, en lo más íntimo de su ser, llevaba ya mucho tiempo aprendida: si quieres llegar a ser violento de verdad, tima a las mujeres, tima a los débiles. Keith abandonó el crimen organizado. Pasó otra hoja del libro de su vida. Tras renunciar a los delitos violentos, Keith empezó a prosperar y fue paulatinamente ascendiendo hacia la cresta de su nueva profesión: la delincuencia no violenta.

Keith se dedicó al *timo*. Ahí lo tenemos en la esquina de una calle con tres o cuatro colegas, con tres o cuatro colegas *timadores*; ríen y tosen (siempre están tosiendo), y sacuden los brazos para entrar en calor; parecen aves rapaces… Cuando hacía bueno se levantaba

temprano y empleaba muchas horas en sus incursiones en el mundo, en la sociedad, con la intención de timar. Keith estafaba a la gente con su servicio de limusina en los aeropuertos y en las estaciones de ferrocarril; estafaba a la gente con sus perfumes y colonias falsos en los puestos callejeros de Oxford Street y Bishopsgate (sus dos marcas principales eran Escándalo y Ultraje); estafaba a la gente con pornografía no pornográfica en los cuartos traseros de locales alquilados para la ocasión, y estafaba a la gente en cualquier lugar de la calle con una caja de cartón y tres naipes trucados: ¡acierte a encontrar la dama! En esto, como en otras cosas, resultaba a veces difícil trazar la frontera entre el delito violento y su hermanito no violento. Keith ganaba tres veces más que el primer ministro, pero nunca tenía una gorda, pues perdía todos los días en Mecca, el despacho de apuestas hípicas de Portobello Road. Nunca ganaba. A veces reflexionaba sobre esto, un jueves de cada dos a la hora de comer, con su abrigo de piel de borrego, la cabeza inclinada sobre la página de las carreras, mientras guardaba cola para cobrar el subsidio de desempleo, y luego se dirigía en coche al despacho de apuestas de Portobello Road. Así podría haber transcurrido la vida de Keith durante años y años. Nunca tuvo por sí solo lo que se requiere para ser un asesino. Necesitaba a su víctima. Los extranjeros, los americanos con camisas de cuadros y dientes de perro, los japoneses con sus maliciosas caras de objetivo fotográfico de pie junto a la caja de cartón, nunca encontraban la dama. Pero *Keith* sí. Keith la encontraba.

Por supuesto, él ya tenía una dama, la pequeña Kath, que le había obsequiado con un bebé no hacía mucho. Puede decirse que Keith había aceptado el embarazo de buen grado: era, le gustaba bromear, una forma fácil de meter a su mujer en el hospital. Había decidido que el bebé, cuando llegara, se llamaría Keith, Keith junior. Kath, curiosamente, tenía otras ideas al respecto. Sin embargo, Keith se mostró inflexible, vacilando solo una vez, cuando barajó brevemente la posibilidad de llamarlo Clive, como su perro, un pastor alemán grande, viejo e imprevisible. Pero pronto cambió de opinión: se llamaría definitivamente Keith; sin embargo… Envuelto en ropas azules, el bebé llegó a casa con su madre. Keith los ayudó personalmente a salir de la ambulancia. Mientras Kath se ponía a fregar los platos, Keith se sentó junto a la estufa robada y frunció el ceño a causa del recién llegado. Había un error en el asunto, un grave error: el bebé era una niña. Keith meditó profundamente, y sacó fuerzas de flaqueza. «Keithette», le oyó murmurar Kath mientras se arrodillaba sobre el frío linóleo. «Keithene. Keitha. Keithinia.»

—No, Keith —dijo ella.

—Keithnab —dijo Keith, con un aire de lento descubrimiento—. Nkeithi.

—No, Keith.

—… ¿Por qué cojones no te gustan esos nombres?

Unos días después, cuando Kath se dirigía a la niña con el nombre de «Kim», Keith ya no insultaba a su mujer ni la estampaba contra la pared con convicción. Después de todo, «Kim» era el nombre de uno de los héroes de Keith, uno de los dioses de Keith. Además, esa semana Keith estaba timando desaforadamente a todo el mundo, y especialmente a su mujer. Así que se quedó con el nombre de Kim, Kim Talent, la pequeña Kim.

El tipo tenía ambiciones. Soñaba con llegar arriba, no estaba para perder el tiempo. Keith no tenía la menor intención, las más mínimas ganas, de ser un *estafador* el resto de su vida. Hasta él mismo encontraba desmoralizador su trabajo. Además, dedicándose solamente a timar a la gente nunca conseguiría las cosas que quería, los bienes y comodidades que quería, sobre todo si la suerte seguía dándole la espalda cuando apostaba a las carreras. Tenía el convencimiento íntimo de que Keith Talent había venido a este mundo para algo especial. Para ser justos, hay que decir que en su mente no había entrado el asesinato, todavía no, salvo quizá en esa potencia fantasmagórica que suele preceder a todo pensamiento y acto… El carácter marca el destino. Keith había oído decir a menudo a magistrados, ligues y encargados de correccionales que tenía un «carácter pobre», cosa que no le había importado reconocer. Pero ¿significaba eso que tenía también un pobre destino…? Al despertarse temprano algunos días, por ejemplo cuando Kath se levantaba adormilada para atender a la pequeña Kim, o cogido en medio de alguno de los embotellamientos que inevitablemente jalonaban su jornada, Keith gustaba de acariciar una visión alternativa, una visión de riqueza, fama y algo así como superlegitimidad centelleante: los peldaños dorados de un posible futuro como Campeón Mundial de Dardos.

Aficionado a los dardos de toda la vida, hasta el punto de colocar un blanco en la puerta de la cocina, últimamente Keith se había tomado la cosa muy en serio. Naturalmente, siempre había participado en los concursos de dardos de su pub y seguido de cerca a los mejores practicantes de este deporte. Casi entraba en éxtasis esas noches especiales (tres o cuatro por semana) en que dejaba el cigarrillo en el brazo del sofá y se preparaba para ver la partida de dardos en televisión. Pero ahora tenía la fundada esperanza de salir él también por la tele. Para su propio asombro, cuidadosamente mantenido oculto, Keith se vio clasificado para los dieciseisavos de final de los Sparrow Masters, una competición interpubs anual en la que se había inscrito hacía unos meses por consejo de varios amigos y admiradores,

sin darle la menor importancia. Al final de aquel camino le sonreía la posibilidad de una final televisada, un cheque por valor de cinco mil libras esterlinas, y un *play-off*, también televisado, con su héroe y modelo en el lanzamiento de dardos, Kim Twemlow, el número uno mundial. Y después, bueno, después todo sería televisión.

Y en la televisión estaban todas las cosas que no tenía y todas las personas que no conocía y como las que él nunca podría llegar a ser. La televisión era el gran escaparate, ligeramente electrificado, contra el que Keith tenía siempre la nariz pegada. Y ahora, entre motas de polvo bailando y premios imposibles, veía una salida, o una flecha, o una mano amiga (con un dardo en ella), y todo le decía: Dardos. Profesional de dardos. Mundial de Dardos. Y ahí abajo está Keith, en su garaje, dedicando horas enteras a los dardos, con los ojos escocidos aún por la inefable y sobrecogedora belleza de un blanco flamante, robado ese mismo día.

Magnífico anacronismo. Keith mostraba desdén por las deslumbrantes costumbres del delincuente moderno. No tenía tiempo para el gimnasio, el restaurante de moda, el bestseller de mil páginas, las vacaciones en el extranjero. Nunca había hecho ejercicio (a no ser que se considere como tal el robo, salir corriendo y recibir una paliza); nunca había bebido un vaso de vino (o solo en situaciones en que le traía sin cuidado); nunca había leído un libro (con la excepción de *Los dardos: cómo dominar la disciplina*); ni tampoco había salido nunca de Londres. Excepto una vez: cuando fue a Estados Unidos…

Fue allí con un amigo, también un joven *timador*, también lanzador de dardos, también llamado Keith: Keith Double. El avión iba atestado, y los asientos de los dos Keiths estaban separados por unas veinte filas. Ahogaron su terror bebiendo como cosacos todo lo que les facilitó la azafata más lo que habían comprado en las duty-free del aeropuerto, y con gritos emitidos cada diez segundos aproximadamente: «¡A tu salud, Keith!» Imaginamos el gusto que les dio esto a los demás pasajeros, que tuvieron que tragarse más de un millar de estos gritos durante las siete horas de vuelo. Tras desembarcar en Nueva York, Keith Talent fue ingresado en un hospital público en Long Island City. Tres días después, cuando empezó a salir al rellano de las escaleras para pedir un pitillo, se topó de nuevo con Keith Double. «¡A tu salud, Keith!» El seguro obligatorio de viajeros resultó cubrir la intoxicación alcohólica, de modo que todos contentos, y más contentos todavía cuando los dos Keiths se recuperaron a tiempo para coger su avión de vuelta. Keith Double se dedicaba ahora a la publicidad y había vuelto con frecuencia a Estados Unidos. No así Keith, que seguía aún timando a la gente por las calles de Londres.

Por otra parte, ni el mundo ni la historia se podían recomponer de

manera que tuvieran sentido para él. A cierta distancia de la playa de Plymouth, Massachusetts, hubo en otro tiempo un enorme guijarro, al parecer el primer pedazo de América que pisaron los pies de los Peregrinos. Identificado en el siglo XVIII, esta muestra inaugural de la especulación del suelo estadounidense tuvo que ser trasladada más cerca de la orilla con objeto de que se colmaran las expectativas sobre la manera como debió acontecer la historia. Para colmar las expectativas de Keith, para ir a alguna parte con Keith, sería menester reajustar todo el planeta —grandes cambios de escenario, colosales reordenamientos en su cerviz—. Y luego su cara tabular tendría que arrugarse y fruncirse.

Keith no tenía aspecto de asesino. Tenía aspecto de perro de asesino (sin faltar al respeto a Clive, el perro de Keith, que no tenía nada que ver con esto y al que de todos modos Keith no se parecía en absoluto). Keith se parecía al perro de un asesino, solícito compañero de un destripador, un ladrón de cadáveres o un profanador de sepulcros. Sus ojos tenían un brillo extraño: a veces parecían desprender salud, una salud oculta o dormida o misteriosamente ausente. Aunque a menudo inyectados en sangre, sus ojos parecían adivinar el pensamiento. En efecto, emanaba luz de ellos. Y este brillo unidireccional no era precisamente agradable ni alentador. Sus ojos eran televisión. Tenía el rostro leonino, hinchado por hambrunas y más seco que un pellejo. El atributo más glorioso de Keith, su pelo, era espeso y compacto; pero siempre daba la sensación de estar recién lavado, imperfectamente enjuagado y, aún resbaladizo por el champú barato, secado lentamente en un pub abarrotado: con el calor de las borracheras y el humo cetrino de los pitillos. Esos ojos de urbana agudeza… Como la alegría desoladora de un hospital infantil sin recursos (Bienvenidos a la sala de Peter Pan) o como el Rolls-Royce color crema de un delincuente, aparcado al atardecer entre una estación de metro y un puesto de flores, los ojos de Keith Talent brillaban cuando sus pupilas se acomodaban a la vista del dinero. ¿Y asesinar? ¿Había en aquellos ojos sangre suficiente para *eso*? En aquel momento no, todavía. Keith Talent tenía en algún sitio el talento suficiente, pero necesitaba que la víctima lo pusiera en acción. Pronto encontraría a la dama.

O ella lo encontraría a él.

Chick Purchase. *Chick*.[2] Un apodo enormemente inapropiado para un matón y satiromaníaco tan famoso. Diminutivo de Charles. En Estados Unidos es Chuck. En Inglaterra es *Chick*, al parecer. Menudo nombre. Menudo país… Por supuesto, escribo estas palabras en el silencio sobrecogedor que sigue a la terminación del primer capítulo. Aún no me atrevo a pasar al siguiente. Me pregunto si me atreveré alguna vez.

Por razones aún no del todo claras, me parece haber adoptado un tono jovial y majestuoso a la vez. Parece anticuado, corrompido: como Keith. Recuérdese, no obstante, que Keith es moderno, moderno, moderno. En cualquier caso, espero mejorar en este aspecto. Y pronto tendré que vérmelas con la víctima.

Sería bonito extenderse sobre el gusto que da, después de todos estos años, sentarse y empezar de verdad a escribir ficción. Pero desechemos este tipo de grandezas. Lo que aquí se narra está sucediendo realmente.

¿Cómo sé yo, por ejemplo, que Keith es un *timador*? Pues porque intentó engañarme a *mí*, a la salida del aeropuerto de Heathrow. Llevaba yo una media hora esperando bajo la señal de TAXIS cuando un Cavalier azul eléctrico dio una segunda vuelta y se detuvo junto al bordillo. Bajó del coche.

—¿Taxi, señor? —dijo mientras cogía mi equipaje con absoluta naturalidad, como el profesional que lo hace todos los días.

—Esto no es un taxi.

—No tenga miedo —replicó—. Aquí no encontrará ningún taxi, amigo. Ni lo sueñe.

Le pregunté el precio y él me dio una cifra astronómica.

—Limusina, ¿sabe? —explicó.

—Esto tampoco es una limusina. Es un simple coche.

—Muy bien, pues nos regiremos por lo que marque el taxímetro, ¿vale? —dijo; pero yo ya estaba subiendo a la parte trasera, y me había quedado dormido antes incluso de arrancar.

Me desperté algo después. Nos estábamos acercando a Slough, y el taxímetro marcaba 54,50 libras.

—¡Slough!

Sus ojos incandescentes me miraban cautelosamente por el espejo retrovisor.

—Espere un momento, espere un momento —empecé. Una cosa a propósito de mi enfermedad o estado. Nunca me he sentido más

valiente. Me hace más poderoso. Como cuando buscas la palabra correcta y la encuentras, y encuentras fuerzas—. Oiga. Yo conozco perfectamente el camino. No he venido aquí para visitar Harrods ni Buckingham Palace ni Stratford-on-Avon. No le he dicho veinte libritas y *Trafaljar* Square y *Barnet*. ¿Slough? *Venga*, hombre. Si de lo que se trata es de un secuestro o un asesinato, de acuerdo; pero, si no, haga el favor de llevarme a Londres por la cantidad estipulada…

Se arrimó a la acera parsimoniosamente. ¡Oh, Dios mío!, pensé: este tipo es un asesino de verdad. Se volvió y me honró con una sonrisita tranquilizadora.

—Lo que es, es —dijo—; lo que es, es. O sea, te he visto dormido, y me he dicho: «Está dormido. Parece como si tuviera sueño atrasado. Se me ocurre una cosa. Voy a parar a hacer una corta visita a mi madre.» No tengas en cuenta ese cacharro —dijo, sacudiendo la cabeza y mirando con desprecio en dirección al taxímetro, que era un modelito bastante curioso, posiblemente de fabricación casera, y que ahora marcaba 63,80 libras—. No te importa, ¿verdad, amigo? —Señaló en dirección de una hilera de casas de estuco adosadas. Nos hallábamos, pude ver entonces, en una especie de barrio dormitorio, con espacios verdes, sin tiendas—. Está enferma. No tardo ni cinco minutos, ¿vale?

—¿Qué es eso? —dije, refiriéndome a los sonidos procedentes del radiocasete del coche, sólidos porrazos seguidos por cifras cantadas a grito pelado sobre un fondo salvaje de risotadas y gritos.

—Dardos —dijo, y apagó el aparato—. Te podría llevar conmigo, pero… es muy vieja, ¿sabes? Toma, lee esto.

Así que me quedé esperando en el asiento trasero del Cavalier mientras mi chófer iba a ver a su mamá. En realidad, no estaba haciendo nada de eso. Lo que estaba haciendo (como me confiaría después con orgullo) era follarse a una ligerísima de ropa Analiese Furnish en el cuarto de estar mientras su protector de turno, que trabajaba por la noche, dormía con una profundidad que se había hecho legendaria en la habitación de arriba.

Tenía entre mis manos un folleto de cuatro páginas, que casi me había obligado a leer el asesino (aunque por supuesto todavía no era un asesino; le quedaba un largo camino por recorrer). En la contraportada había una fotografía en color de la reina y un frasco de perfume pegado toscamente: «“Ultraje”, de Ambrosio». En la tapa, una foto en blanco y negro de mi conductor, esgrimiendo una sonrisa de poco fiar. «KEITH TALENT», decía:

- Servicios de chófer y guía
- Limusina propia
- Asesor de casino
- Artículos de lujo de fama internacional

*Da clases de dardos

*Representante en Londres de Ambrosio de Milán, Perfumes y Pieles

Y seguía más información acerca de los perfumes Escándalo y Ultraje y de líneas menores llamadas Espejismo, Disfraz, Duplicidad y Aguijón, y debajo, entre comillas, acompañado de la dirección y el número de teléfono se leía: Keith es el nombre, la Fragancia es el juego. Las dos páginas centrales del folleto estaban en blanco. Me lo metí distraídamente en el bolsillo de la chaqueta; pero desde entonces ha tenido un valor incalculable para mí.

Con andares torcidos y ajustándose como si tal cosa el cinturón, Keith apareció por el sendero del jardín.

El percutiente taxímetro marcaba 143,10 libras cuando el coche se detuvo y yo me desperté de nuevo. Salí lentamente del rancio olor a remolque del coche, como si hubiera salido de un segundo avión, y me desperecé delante de la casa, una casa maciza, como una antigua estación terminal.

—¿Estados Unidos? Me encanta ese país —estaba diciendo Keith—. ¿Nueva York? Me chifla. Madison Square. Park Central. Me chifla. —Se detuvo e hizo una mueca al sacar mi bolsa del portaequipajes—. Es una iglesia… —dijo con aire de perplejidad.

—En otro tiempo fue una rectoría o vicaría o algo así —dije señalando a un panel grabado en la parte alta del muro: «Anno Domini 1876.»

—¡1876! —dijo—. Así que un *vicario* tenía todo esto.

Por la cara que puso Keith se deducía que estaba considerando gravemente la trágica caída en la demanda de vicarios. En realidad, la gente seguía queriendo las cosas, los bienes de los que las distintas variedades de vicarios eran intermediarios. Pero no quería *vicarios*.

Con gran alarde de cortesía, Keith llevó hacia dentro mi bolsa a través del jardín vallado de la parte delantera y esperó allí mientras yo recogía las llaves de manos de la mujer que vivía en la parte baja de la casa. Conviene decir ahora que la velocidad de la luz no aparece con mucha frecuencia en la vida cotidiana: solamente cuando cae un rayo. La velocidad del sonido es más familiar: ese hombre a lo lejos con un martillo. En cualquier caso, oír pasar un Mach 2 es algo que se produce en un instante, y eso era de lo que Keith y yo estábamos intentando protegernos en ese momento: las concentradas frecuencias de tres reactores que pasaron rozando los tejados de las casas.

—¡Qué bárbaro! —dijo Keith, y yo lo dije también.

—¿Qué es *esto*? —pregunté. Keith se encogió de hombros, con

ecuanimidad y ligera *hauteur*.

—Un tupido velo. Lo mantienen en el más completo secreto.

Pasamos una segunda puerta de entrada y subimos un ancho tramo de escaleras. Creo que a los dos nos impresionó por igual la opulencia y la ornamentación del piso. Un poco exagerado, he de reconocer. Después de unas semanas aquí, hasta el mismísimo gran Presley habría empezado a suspirar por la elegancia y sencillez de Graceland. Keith lanzó una rutilante mirada al lugar con su ojo de saqueador cruel aunque profesional. Por segunda vez en aquella mañana consideré sin inmutarme la posibilidad de ser asesinado en breve. Keith saldría de aquí diez minutos más tarde acarreando mi bolsa de viaje, rebosante de objetos valiosos. Sin embargo, me preguntó quién era el propietario y qué hacía.

Se lo dije. Keith parecía escéptico. Sencillamente, no se lo creía.

—Principalmente para teatro y televisión —dije. Ahora estaba todo claro.

—¿Televisión? —dijo fríamente.

—Yo también trabajo para la tele —añadí, no sé por qué.

Keith asintió con la cabeza, deslumbrado, y también algo sumiso. Y he de confesar que aquella mirada sumisa me llegó al alma. Por supuesto (pensaba él), los de la tele se conocen todos entre sí y viajan de gran ciudad en gran ciudad y se intercambian el piso. Normal. Sí, bajo la actividad superficial de los ojos de Keith tomó cuerpo la visión de una élite celestial que atravesaba la troposfera como la televisión por satélite, por encima de ella, de todo.

—Vaya, pues yo también pienso salir por la tele. Eso espero al menos. Dentro de un mes o dos. Los dardos.

—¿Los dardos?

—Los dardos.

Y así empezó todo. Se quedó allí durante tres horas y media. La gente es realmente asombrosa, ¿no es cierto? Te lo cuentan todo si les das tiempo. Y yo he sido siempre un buen oyente. Yo he sido siempre un oyente con talento: me gusta de verdad oír contar cosas; no sé por qué. Naturalmente, en aquella fase yo era un perfecto desinteresado; no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, de lo que estaba tomando forma ante mí. En menos de cinco minutos me puso al corriente, con pelos y señales, de Analiese y de Iqbala y de Trish y de Debbee. Unas cuantas menciones lacónicas pero directas de su mujer y de su hija. Y luego un rollazo sobre la delincuencia violenta y Chick Purchase. Y Nueva York. Hay que decir que le dejé beber todo lo que quiso: cerveza, o lager, un montón de latas que parecían bombas dispuestas ordenadamente en el frigorífico de Mark Asprey. Al final me cobró 25 libras por el viaje (tarifa especial para gente de la tele,

sin duda) y me dio un bolígrafo que tiene forma de dardo, con el que estoy escribiendo ahora estas palabras. También me dijo que lo podía encontrar todos los días a la hora de comer y por la noche en un pub de Portobello Road llamado el Black Cross.

Allí lo encontraría después, de eso no hay duda. Como también lo encontraría allí la dama.

Cuando se fue Keith, caí desplomado en la cama. No es que yo tuviera mucho que decir de aquel asunto. Veintidós horas después, abrí los ojos de nuevo para encontrarme con una visión desagradable y desazonadora: mi reflejo en el espejo del techo. Hay también un espejo en la cabecera de la cama, y otro en la pared de enfrente. Es como una cámara de espejos, un infierno de espejos… Mi aspecto… mi aspecto no era bueno. Parecía estar suplicando, suplicándome a mí, a mí mismo. El doctor Slizard dice que esto me durará unos tres meses más, y que luego todo cambiará.

Desde entonces he salido algo; sí, he dado unos cuantos paseos trémulos. Lo primero que noté en la calle (casi lo pisé) me pareció típicamente inglés: una rebanada húmeda de pan de molde, como los sesos de un animal mucho más estúpido que un borrego. De momento, sin embargo, no me parece que las cosas vayan tan mal como cierta gente gusta de decir. Al menos es inteligible, más o menos. He estado ausente diez años, ¿y qué ha sucedido? Diez años de Relativa Decadencia.

Si Londres es un pub y quieres saber toda la historia, ¿adónde ir, entonces? Pues a un pub londinense. Y aquel instante único en el Black Cross puso toda la historia en movimiento. Ya tengo a Keith en el saco. Keith es un fenómeno. Y ahora estoy cultivando a nuestro tercer personaje, la pista falsa, el patoso, Guy Clinch, quien, lo que me horroriza, parece ser un tipo realmente encantador. Creo poseer un gran talento para ganarme a la gente. Pero nada de todo esto habría empezado jamás sin la chica. Este relato no habría tenido la más mínima esperanza sin la chica. Nicola Six fue el milagro, el ingrediente esencial. Es *perfecta* para mí. Y ahora ella misma tomará las riendas de la situación.

Los ingleses, Dios los bendiga, siempre están hablando del tiempo. Pero de eso es precisamente de lo que habla estos días todo el mundo. En estos momentos, el tiempo es superatmosférico y, por tanto, supermeteorológico en cierto sentido (¿se le puede seguir llamando realmente *tiempo?*). Va a seguir así durante todo el verano, según dicen. Me parece bien, con una salvedad: ha escogido un mal año para ello, el año del comportamiento extraño. Me asomo para verlo. Casi todos los días hace un tiempo, si así se le puede seguir llamando, muy

bonito; pero a mí me parece rayano en la histeria, como todo lo demás, por cierto.

2. LA VÍCTIMA

El taxi negro se alejará, irrevocablemente y para siempre, una vez que la víctima haya pagado al conductor y le haya dado una generosa propina. La víctima se internará en el callejón sin salida. El pesado coche estará esperando; sus faros se encenderán mientras se acerca lentamente hacia ella. Se detendrá, el motor aún en marcha, al tiempo que se abrirá la puerta del pasajero.

El rostro del conductor aparecerá rayado en claroscuro, pero ella verá trozos de cristal en el asiento delantero y la herramienta del coche posada en su regazo.

—Sube.

Ella se inclinará hacia delante.

—*Tú* —dirá, con gesto de saberlo de antemano—. Siempre tú.

—*Sube*.

Y ella subirá…

¿Qué es este destino o condición (y, quizá, como la terminación de la palabra, tienda al femenino: un final femenino), qué *es*, qué significa ser una víctima?

En el caso de Nicola Six, alta, morena y de treinta y cuatro años, ello iba unido a una alucinación, una alucinación que le venía de lejos, aunque no era insoportable, ni mucho menos. Desde el mismísimo principio, desde el momento en que empezó a pensar, Nicola supo dos cosas extrañas. La segunda cosa extraña era que no debía contar nunca a nadie la primera cosa extraña. La primera cosa extraña era que siempre sabía lo que iba a ocurrir en el instante siguiente. No lo que iba a ocurrir en todo momento (no utilizaba obsesivamente su don), ni hasta el último detalle; pero sí sabía siempre lo que iba a ocurrir un instante después. Desde el mismísimo principio tuvo una amiga: Enola, Enola Gay. Enola no era real. Enola procedía del cerebro de Nicola Six. Nicola era hija única y sabía que siempre lo sería.

Es fácil imaginar cómo funcionaba la cosa. Nicola tiene siete años, por ejemplo, y sus padres la van a llevar al campo de merienda junto con otra familia: ¡eh!, la linda Dominique irá también, una amiga,

quizá una amiga de verdad para la hija única. Pero la pequeña Nicola, enfrascada en pensamientos románticos y absolutamente feliz con Enola, no quiere ir (mirad cómo grita y patalea). No quiere ir porque sabe que la tarde acabará en desastre, en sangre y tintura de yodo y lágrimas. Y así ocurre. A ciento cincuenta metros de los adultos (tan impenetrablemente dispuestos alrededor del mantel cuadrado tomando el sol), Nicola está en lo alto de una pendiente junto con su nueva amiga, la linda Dominique. Y, por supuesto, Nicola sabe lo que va a ocurrir a continuación: la niña va a vacilar o a tambalearse; al ir a sujetarla, Nicola empujará accidentalmente a su compañera de juego hacia abajo, en medio del pedregal plagado de zarzas. Luego tendrá que correr y gritar, hacer un trayecto en coche sin hablar y permanecer sentada en el banco de un hospital con los pies en el aire y pidiendo apáticamente un helado. Y así ocurre. A los cuatro años, vio en la tele el aviso, y los círculos de una devastación concéntrica, en medio de la cual Londres aparecía como la diana en el centro del blanco. Sabía que aquello iba a suceder también. Era solo cuestión de tiempo.

Cuando Nicola era buena, era muy muy buena. Pero cuando era mala… No abrigaba ningún tipo de sentimientos hacia sus padres; este era su oculto e íntimo secreto. De todos modos, los dos murieron juntos, como ella había sabido siempre que ocurriría. Así pues, ¿por qué odiarlos?, o ¿por qué amarlos? Después de recibir la llamada telefónica cogió el coche y se dirigió meditabunda al aeropuerto. El coche parecía un túnel de viento helado. Un empleado de la compañía aérea la invitó a acomodarse en el salón reservado a vips: había allí un bar y unas cuarenta o cincuenta personas sumidas en distintos grados de aflicción. Se tomó el coñac que le instó a coger una azafata. «Es gratis», le aseguró. Introdujeron un televisor en un carrito con ruedas. Y, cosa increíble (incluso la propia Nicola se sintió consternada), mostraron imágenes en directo de restos dispersos del avión y bolsas de cadáveres alineadas por los campos de Francia. En el salón para vips se produjeron escenas de protesta y de violento rechazo. Un viejo seguía ofreciendo distraídamente dinero a un relaciones públicas uniformado. Nicola siguió bebiendo fríamente coñac, preguntándose cómo la muerte podía coger tan poco preparada a la gente. Aquella noche hizo el amor de manera acrobática con un piloto que no se lo merecía. Tenía ella entonces diecinueve años y hacía ya tiempo que se había ido de casa. Potente, mágica e incontrolablemente atractiva, Nicola no era todavía bella. Pero ya era un viento que soplaba cargado de malos presagios.

Estudiada en su conjunto —y tomando en consideración los destrozos que dejaba a su paso, crisis de nervios, carreras destrozadas, intentonas de suicidio, matrimonios rotos (y escandalosos divorcios)

—, la facultad de Nicola para leer el futuro le había enseñado un par de cosas muy claras: que nadie la amaría nunca lo suficiente, y que quienes la amaran no serían lo suficientemente dignos de ser amados. Los romances de Nicola concluirían invariablemente, junto a la puerta de su ático, con el hombre de turno saliendo apresuradamente por el pasillo, con los pantalones por las rodillas y una chaqueta rasgada echada sobre una camisa rasgada, acaloradamente seguido de la propia Nicola (ya en camisón, ya en ropa interior, ya desnuda bajo una toalla de baño mal envuelta), bien para expulsarlo más deprisa con sanguinarias maldiciones y un cenicero diestramente lanzado, bien para recuperar su amor mediante disculpas, caricias o por la pura fuerza. En todos los casos, el hombre de turno acababa yéndose. A veces ella bajaba precipitadamente hasta la misma calle. En alguna ocasión había arrojado un ladrillo al coche que estaba esperando; en alguna otra, se había tumbado delante de las ruedas delanteras. Todo esto no cambiaba en absoluto las cosas, por descontado. El coche siempre salía pitando a la velocidad máxima de que era mecánicamente capaz, aunque a veces también, todo hay que decirlo, haciendo marcha atrás. Los hombres de Nicola, y sus velocidades de escape… De vuelta en su piso, mientras restañaba la sangre de sus muñecas o se aplicaba un cubito de hielo en los labios (o un pedazo de carne en los ojos), Nicola se instalaba delante de un espejo contemplando lo que quedaba y pensaba lo extraño que era que ella tuviera razón desde el principio. Sabía que acabaría de aquella manera. Y así acababa, en efecto. El diario que escribía era por lo tanto la simple crónica de una muerte presagiada…

Pese a ser una de esas personas que no debería beber nunca ni una gota de alcohol, Nicola bebía muchísimo. Aunque eso dependía. Un par de mañanas al mes, tiesa de orgullo y aturdida por las aspirinas (y envalentonada merced a los Bloody Marys), Nicola se proponía serias reformas: por ejemplo, solo dos cócteles colosales antes de cenar, no más de media botella de vino durante la cena y luego solamente un whisky o *digestivo* antes de la hora de acostarse. A menudo se atenía estrictamente al nuevo régimen el día después de planearlo, incluido el whisky o *digestivo* antes de la hora de acostarse. Para entonces la hora de acostarse estaba tan lejana… Había tanto que gritar y pelear antes de acostarse… Además, ¿qué pasaba *después de* la hora de acostarse, o después de la *primera* hora de acostarse, todavía con varios asaltos pendientes? En consecuencia, Nicola siempre caía en la tentación. Ella se veía cayendo (allí estaba, cayendo sin remisión), y por lo tanto caía. ¿Bebía sola Nicola Six? Sí, bebía sola. Ya lo creo que sí. ¿Y por qué bebía sola? Porque estaba *sola*. Y ahora, por la noche, estaba más sola que antes. Lo que nunca podía soportar, al parecer, era el último lapso de tiempo antes de que le llegara el sueño, esa

vereda que enlazaba el gran día con la enorme noche, esa pequeña muerte en la que la mente aún estaba viva y coleando. Era así como la copa se posaba de golpe sobre la mesita del café y el supuestamente inodoro cenicero lanzaba el último débil remolino; y luego, el borroso, cansino tránsito a cuatro patas hasta las odiadas sábanas. Así era como todo tenía que terminar.

El otro final, la muerte real, la última cosa que ya existía en el futuro, estaba aumentando de tamaño en el momento preciso en que ella se acercaba a confrontarla o saludarla. ¿Dónde vería al asesino, dónde lo encontraría: en el parque, en la biblioteca, en la triste cafetería o caminando junto a ella por la calle medio desnudo acarreando una tabla sobre un hombro? El asesinato tenía un lugar, y una fecha, y hasta una hora precisa: unos minutos después de la medianoche del día en que ella cumpliera treinta y cinco años. Nicola avanzaría taconeando por la oscuridad del callejón sin salida. Luego, el coche, el chasquido de los frenos, una puerta que se abría y el asesino (el rostro en la sombra, una herramienta de coche en su regazo, una mano alargada para cogerla por el pelo) que decía: *Sube, sube*… Y ella subía.

Estaba sentenciado. Estaba escrito. El asesino no era aún un asesino. Pero la víctima siempre había sido una víctima.

¿Dónde lo encontraría?, ¿cómo sería?, ¿cuándo lo citaría? La mañana crucial se despertó húmeda por la pesadilla de siempre. Se dirigió directamente a la bañera y permaneció allí un buen rato, con los ojos bien abiertos y el pelo recogido. Los días importantes siempre tenía la sensación de ser objeto de escrutinio, de un obsceno y furioso escrutinio. Su cabeza parecía ahora pequeña o replegada, recortada sobre las deformantes refracciones efecto del agua. Se levantó de la bañera con dramática celeridad y se detuvo un instante antes de alcanzar la toalla. Allí estaba ella desnuda en medio del cálido cuarto de baño. Tenía una boca de labios carnosos y extraordinariamente ancha. Su madre siempre había dicho que tenía boca de puta. Parecía tener un centímetro y medio de más en cada comisura, como la boca de una payasa de cierta revista pornográfica. Pero las mejillas de la chica en cuestión estaban pintadas de blanco, más blancas que los dientes. El rostro de Nicola siempre estaba oscuro, y tenía los dientes de lustre moreno y hacia dentro, como para contrarrestar la anchura de los labios, o debido a las succiones de su alma devoradora. Sus ojos cambiaban de color con rapidez, con ansiedad, según las variaciones de la luz; pero su tono habitual era el de un verde vehemente. Esta era la idea que ella tenía sobre la muerte del amor…

El funeral, la cremación a la que iba a asistir aquel día, no tenía particular importancia. Nicola Six, que apenas conocía ni recordaba a

la muerta, había tenido que pasar media ahora pegada al teléfono para conseguir que la invitaran al acto. La difunta había contratado durante breve tiempo a Nicola para que trabajara en su tienda de antigüedades, varios años atrás. Durante un mes o dos, la víctima había matado el tiempo fumando cigarrillos en aquel tugurio de mala muerte no lejos de Fulham Broadway. Hasta que un día dejó de hacerlo. Así sucedía siempre con los trabajos nuevos de Nicola, que sumaban una cifra bastante alta. Empezaba bien, y luego, tras una serie ascendente —y finalmente coincidente— de retrasos matinales, ausencias de más de cuatro horas para comer y salidas por la tarde antes de la hora, se le hacía saber que había *dejado a todo el mundo tirado* (nunca estaba en su puesto), y ella no volvía a aparecer. El hecho de saber que las cosas acabarían de esa manera añadía mayor tensión a cada empleo que tomaba, ya desde la primera semana, el primer día, la primera mañana… En un pasado más lejano había trabajado de lectora en una editorial, camarera en un club nocturno, telefonista, *croupier*, empleada de agencia, modelo, bibliotecaria, chica besograma,[3] archivera y actriz. Como actriz, había llegado bastante lejos. Entre los veinte y los veinticinco años, repertorio Royal Shakespeare, pantomima y unas cuantas obras de teatro para televisión. Todavía tenía un baúl lleno de trajes y algunas cintas de vídeo (la pobre niña rica, la vivaracha recién casada, la hurí desnuda frenéticamente entrevista a través de neblinas y velos). El trabajo de actriz tenía una virtud terapéutica, aunque los papeles dramáticos la confundían aún más. Se sentía más a gusto en la comedia, la farsa, el sainete de tono subido. El año más centrado de su vida adulta fue el que pasó en Brighton, interpretando el papel principal de *Juan y Las habichuelas mágicas*. El interpretar el papel de un hombre parecía ayudarla. Se vestía para la ocasión con chaqueta corta y medias negras, y se recogía el cabello. Un millón de madres se preguntaron por qué sus hijos volvían a casa tan pálidos y enfebrecidos, y se iban a la cama presas de melancolía sin probar bocado. Pero, después, su faceta de intérprete dejó de interesarle y se reorientó hacia la vida real.

Con una toalla alrededor del vientre, se sentó ante el espejo, de por sí un perfecto recordatorio teatral, con su proscenio de bombillas desnudas. De nuevo tuvo la sensación de que unos ojos extraños la miraban fijamente por detrás. Atacó su rostro como una artista: colores fúnebres, negro, beige, rojo sangre. Se levantó y se volvió hacia la cama para revisar su ropa de luto, de una negrura absoluta. Su sofisticada ropa interior era negra; las presillas del liguero eran negras… Abrió el armario por completo hasta que quedó visible el espejo de cuerpo entero, y se colocó de lado con una mano pegada al estómago, sintiendo todo lo que una mujer es capaz de sentir cuando

hace eso. Al sentarse en la cama para ponerse la primera media negra, recuerdos físico-mentales la retrotrajeron a abluciones previas, autoinspecciones y preparaciones íntimas. Un fin de semana fuera de la ciudad con el nuevo ligue del momento. Sentada en el coche un viernes por la tarde, después de un pesado almuerzo, mientras avanzaban a duras penas a través de Swiss Cottage en dirección a la autopista, o a través del laberíntico sistema vial de Clapham y Brixton y más allá (donde Londres parece que no quiere ceder terreno, como si quisiera apropiarse de esas tierras hasta llegar a las rocas y los acantilados y el agua), Nicola sentía en sus mejores bragas una presión que parecía lo contrario del sexo, que era como la formación de un nuevo himen rosado. Cuando llegaban a Totteridge o Tooting, Nicola era virgen de nuevo. Con qué perplejidad se volvía hacia el tremendo desencanto, a la parloteante equivocación sentada a su lado con las manos al volante. Tras una rápida mirada a los árboles en el crepúsculo, una iglesia, una oveja muda, Nicola solía beber poco en el hotel o la casa de campo prestada y dormía inviolada con las manos cruzadas sobre el pecho como una santa. Enfurruñado en medio del sopor, el ligue de turno se despertaba, no obstante, y descubría que prácticamente la mitad de su torso se hallaba dentro de la boca de Nicola; y el almuerzo del sábado era siempre un desenfreno en cada uno de los frentes. Ella casi nunca llegaba al domingo. El fin de semana acababa, así, aquella noche: un aturdido y silencioso regreso por la autopista, un viaje solitario horriblemente caro y largo en minitaxi, o una espera eterna en un andén mojado, erguida e imperturbable, con una maleta llena de zapatos.

Pero dejemos una cosa bien clara: Nicola poseía grandes poderes. Todas las mujeres cuyos rostros y cuerpos responden más o menos perfectamente al patrón contemporáneo tienen cierta noción de estos privilegios y estas magias. Durante el tiempo que dura su esplendor, por breve y relativo que sea, ocupan el centro erótico. Unas se sienten perdidas, otras acosadas o apremiadas, pero ahí están, dentro de una inmensa selva de adoración más dura que la teca. Y con Nicola Six el anhelo sexual se traducía, se sublimaba: le llegaba bajo la forma de amor humano. Tenía la facultad de inspirar amor en casi todas partes. Olvidemos lo de hacer llorar a los hombres fuertes. Pacifistas de cuarenta y cinco kilos se abrían paso entre disturbios callejeros para estar al pie del teléfono por si ella llamaba. Padres de familia abandonaban a sus hijos enfermos para esperarla bajo la lluvia delante de su casa. Albañiles semianalfabetos y banqueros le mandaban ristras de sonetos. Nicola hundía en la miseria a los gigolós, castraba a los sementales, mandaba al hospital a los rompecorazones. Ya no volvían nunca a ser los mismos; perdían la cabeza. Y lo que le pasaba a ella (¿qué le *pasaba* a ella?), lo que le pasaba a ella era que tenía que

recibir este amor y devolverlo en la forma contraria, no solamente anulado, sino asesinado. El carácter marca el destino; y Nicola sabía cuál era el suyo.

Quince minutos después, vestida para el funeral, llamó un taxi negro, tomó dos tazas de café solo y saboreó con avidez el tabaco negro de un cigarrillo francés.

En Golders Green bajó del taxi, que desapareció para siempre. Ella sabía que encontraría a alguien que la volviera a llevar al centro: en los funerales siempre se te ofrece alguien. El cielo que se veía sobre el pabellón de ladrillo rojo en el que penetró invitaba, por tristón, a despedirse de él sin pesar. Como de costumbre, había llegado con bastante retraso; pero la salva de miradas de desaprobación no la intimidó. Sin el menor intento de ocultarse, avanzó con paso firme hasta la parte posterior y se deslizó por un pasillo lateral entre bancos vacíos; no eran asientos lo que faltaba: había acudido poca gente a despedir a la difunta. Así que todo lo que se podía encontrar allí eran las patillas largas y la palidez de masturbador de un gamberro ya mayorcito vestido de negro, y unas exequias laicas. Nicola ansiaba por igual fumar un cigarrillo y oír las cantinelas de siempre: la vida son cuatro días, plagados de miserias. Siempre la había conmovido en especial —por eso estaba allí— el espectáculo de los viejos desconocidos, particularmente las mujeres. Aquellas pobres ovejas, estupefactas ovejas (por obra y gracia de la propia naturaleza), tan fiables como las plañideras profesionales e incluso mejores que estas en realidad, pues son más apasionadas, demasiado apasionadas, con sus peinados en forma de plumero y sus débiles convulsiones de pura aflicción, de temores egoístas… Nicola bostezó. Todo a su alrededor hablaba de escuela: los bustos y las placas, y todos los paneles de madera concebidos para apaciguar los ánimos y amedrentar. Apenas reparó en el traqueteo del ataúd, sabedora de que estaba vacío y de que el cadáver había sido ya consumido por el fuego.

A continuación, en la Zona de Dispersión (un pesado mirlo volaba muy bajo y de lado sobre la hierba empapada), Nicola Six, que lucía un aspecto realmente estupendo, explicó a los distintos interesados quién era y qué pintaba allí. Llenó de consuelo a los viejos ver tanta piedad en una persona relativamente tan joven. Nicola pasó revista a la compañía con ojos de examen premonitorio y se encogió levemente de hombros con decepción. En el aparcamiento varias personas se ofrecieron a acompañarla; ella aceptó uno de los ofrecimientos más o menos al azar.

El conductor, que era el cuñado del hermano de la difunta, la dejó en Portobello Road, como ella le había indicado. Nicola se despidió con elegancia de él y de su familia, alargando una mano enguantada,

y recibió sus muestras de agradecimiento por haber asistido. Lo pudo oír aún después, una vez que el coche ya había arrancado, mientras ella permanecía parada en la calle ajustándose el velo. ¡Qué muchacha tan linda! ¡Qué amable ha sido viniendo! ¡Qué cutis! ¡Qué pelo! Durante todo el camino de regreso Nicola no dejó de pensar en lo bien que le iría tener un cigarrillo blanco y cilíndrico entre sus dedos negros. Pero se le había acabado el tabaco, después de haberse asfixiado en humo en el trayecto de ida a Golders Green. Avanzaba ahora por Portobello Road, y vio un pub cuyo nombre captó su atención agradablemente. TV Y DARDOS era la leyenda de un letrero pintado en la puerta, al que se le había añadido un trozo de cartón que rezaba: Y BILLAR ROMANO. Todos los cielos de Londres parecían estar congregándose directamente sobre su cabeza, la tormenta a punto de precipitarse…

Penetró en el Black Cross. Penetró en el pub y en su oscuridad. Le pareció que el lugar contenía la respiración al cerrarse la puerta tras ella; pero eso ya se lo esperaba. En realidad, malo sería el día (día que nunca llegaría) en que penetrara en un local lleno de hombres, una cloaca hormigueante como aquella, y nadie volviera la cabeza, y no se produjera un murmullo general. Avanzó derecha hacia la barra, se levantó el velo con las dos manos, como una novia, repasó con la vista a los principales actores de la escena e inmediatamente supo, con dolor, con siniestra estupefacción, aunque lo sabía de antemano, que lo había encontrado, que había encontrado a su asesino.

Cuando por fin volvió a su casa, Nicola puso sus diarios sobre la mesa redonda. Hizo una anotación, extrañamente resuelta y detallada: la anotación final. Los cuadernos que usaba eran italianos, y tenían las tapas adornadas con frases en latín… Ya habían cumplido su cometido, y ahora se preguntó qué tendría que hacer con ellos. La historia aún no había terminado, pero la vida sí. Juntó las libretas y cogió una cinta… «Lo he encontrado. En Portobello Road, en un lugar llamado el Black Cross, lo he encontrado.».

Creo que fue Montherlant quien dijo que la felicidad se escribe con tinta blanca: no resalta sobre la página. Eso lo sabemos todos. La carta con matasellos extranjero que nos habla de buen tiempo, agradable comida y hospedaje confortable resulta bastante menos divertida de leer, o de escribir, que la carta que habla de casas inmundas, de disentería y de tiempo de perros. ¿Quién, aparte de Tolstói, ha conseguido que la felicidad campara a sus anchas —y con ritmo— por la página? Cuando aborde el capítulo 3, cuando aborde a Guy Clinch, no tendré más remedio que hablar, no de la felicidad, pero sí de la bondad. Va a resultar una ardua tarea.

Cuando Keith Talent vio a Nicola Six se le cayó de la mano su tercer dardo. Y soltó un taco. El triplicador de tungsteno de 32 gramos se le clavó en el dedo gordo del pie… Yo había pensado en la posibilidad de hacer un bonito juego de palabras con esto. El dardo de Cupido, o algo por el estilo. ¿Las flechas del deseo? No, no fue deseo lo que Nicola Six despertó en Keith Talent. O no principalmente. Yo diría que lo primero fue avidez y miedo. Cuando iba a rematar su jugada en el billar romano, Guy Clinch se quedó de piedra a la mitad: se podía oír cómo se deslizaba la bola hacia el agujero. Y luego, silencio.

Mientras ocurría esta escena, yo me eclipsé, como se suele decir, en el fondo. Por supuesto, no tenía la menor idea de lo que se perfilaba ante mis ojos. ¿La menor idea? Bueno, una pizca, tal vez. Aquel instante en aquel local público, aquel instante en el pub, está claro que volveré sobre él una y otra vez. Atrincherado en un extremo de la barra, me sentí intrigado solo en mi calidad de espectador, pero poderosamente intrigado. Cada pub tiene su estrella, su héroe, su atleta, y Keith era el Caballero del Black Cross. Era a él a quien *le tocaba* salir a la palestra para vérselas con la regia turista. Tenía que hacerlo por los demás: por Wayne, Dean, Duane, por Norvis, Shakespeare, Big Dread, por Godfrey el barman, por Fucker Burke, por Basim y Manjeet, y por Bogdan, Maciek y Zbigniew.

Keith obró en nombre de la masculinidad. También obró, por supuesto, en nombre de la *clase*. ¡La clase! Sí, aún sigue viva. Un terrible poder que aguanta el temporal a pesar de todas las luchas históricas. ¿Cuál *es* el secreto de esta vieja, *viejísima* porquería? El sistema de clases sencillamente no sabe cuándo tiene que decir «se acabó». Ni siquiera un holocausto nuclear lograría, creo yo, hacerle la

menor abolladura. Arrastrándose por el yodado estercolero que fuera antaño Inglaterra, la gente aún seguiría discutiendo sobre acentos, precios de bonsáis, apellidos de soltera, sobre si es mejor decir *canapé* o *sofá*, o sobre la manera más correcta de comer el marisco en sociedad. Vamos a ver. ¿Se le arranca primero la cabeza, o se empieza por las patas? La clase nunca inquietó lo más mínimo a Keith; él nunca pensaba en ella «como tal»; parte de una época pasada, fuera esta la que fuera, la clase nunca le preocupó. Se habría sorprendido mucho si alguien le hubiera dicho que era la *clase* lo que envenenaba todos los instantes de su vida. En cualquier caso, subliminalmente o de cualquier otra manera, fue la clase lo que hizo que Keith metiera a un tercer actor en sus relaciones con Nicola Six. Fue la clase lo que hizo que Keith metiera a Guy Clinch. O tal vez lo hizo la víctima. Tal vez ella lo necesitaba. Tal vez ambos lo necesitaban, como una especie de combustible.

¿Lo necesito *yo* también? Sí. Por descontado. Guy se me impuso, al igual que los otros dos.

Salí del Black Cross hacia las cuatro. Era mi tercera visita. Necesitaba compañía, por espeluznante que esta pudiera ser, y no me iba nada mal allí, bajo la tutela de Keith. Este me presentó a los polacos y a los colegas, o me exhibió ante ellos. Me dio un boleto de quinielas. Me enseñó a hacer trampas con la máquina tragaperras. Pagué un montón de rondas y tuve que soportar un montón de bromas de mal gusto a propósito de mis zumos de naranja, mis gaseosas y mis cocacolas. Aun a riesgo de que me diera un patatús, comí una empanada de cerdo. Hasta aquí, solo una pelea de verdad. Un increíble frenesí de puñetazos y cabezazos que acabó con Keith pegando patadas en zonas escogidas de una figura caída que había rodado hasta la puerta del aseo de caballeros; Keith volvió luego a la barra, tomó un trago de cerveza y se fue otra vez a seguir pegando patadas. Al parecer, el culpable había estado enredando con los dardos de Dean. Después de la llegada, y partida, de la ambulancia, Keith se calmó un poco. «No se juega con los dardos de un hombre», seguía diciendo Keith casi con lágrimas en los ojos y sacudiendo la cabeza. Los concurrentes no dejaban de ofrecerle coñacs. «No se hace…, con los dardos no.»

Salí del Black Cross hacia las cuatro. Volví al piso. Me senté en el despacho, estudio o biblioteca de Mark Asprey, que tiene una ventana salediza. A decir verdad, se parece más bien a una sala de trofeos. A decir verdad, toda la dichosa casa parece una sala de trofeos. Pasando de cuarto de estar a dormitorio —y estoy pensando en las fotos firmadas, las reproducciones eróticas—, uno se pregunta por qué no colgó de las paredes una galaxia de tangas. Aquí es distinto. Aquí te

hallas rodeado de copas y diplomas enmarcados, de Tonis y Guggies,[4] y de galardones y placas conmemorativas también enmarcadas. Mimado y cotizado por igual en el mundillo de la crítica, el de los medios de comunicación y el académico, Mark Asprey posee grados honoríficos, birretes de cartón, tres togas distintas de Oxford, Cambridge y el Trinity College de Dublín. Tengo que echar un vistazo a sus libros, de los que hay numerosos ejemplares, en numerosas ediciones, en numerosas lenguas. Húngaro. Japonés.

Salí del Black Cross hacia las cuatro. Volví al piso. Estuve un buen rato sentado allí preguntándome por qué no puedo hacerlo, por qué no puedo ponerme a escribir, por qué no puedo *inventar nada*. Entonces la vi.

Al otro lado de la ventana salediza de la biblioteca de Mark Asprey hay un enorme cuadrado de césped, con dos estrechos arriates de flores (flores más bien feúchas, de baratillo) y un banco de madera en el que a veces se sientan ancianos que parecen temblar cuando hace viento. Sobre esta parcela verde, lamentable y descorazonadora (¿cómo lo puede tolerar Mark Asprey?), hay también una especie de vertedero; nada particularmente alarmante: no hay estiércol ni tuberías de váter ni muebles abandonados, sino basura escogida, como revistas, juguetes viejos, una zapatilla de deporte, una tetera. Es esta una constante de Londres: los amagos de zona verde parecen atraer la basura. Los cilindros de tela metálica que ponen para proteger los árboles jóvenes no dejan de parecerse bastante a un nuevo tipo de contenedor, por lo que la gente los atiborra de botes de cerveza, pañuelos de papel usados, periódicos atrasados. En épocas de desorientación y de ansiedad masivas… Pero ya tendremos tiempo de volver sobre esto. Ahora sigamos con la historia. La chica estaba allí: Nicola, la víctima.

Yo estaba sentado ante la ancha mesa de despacho de Mark Asprey, creo que incluso me estaba retorciendo las manos. ¡Dios mío, estos grilletes! Es algo que he venido padeciendo durante veinte años: la constante frustración de *no escribir*, tal vez exacerbada (admito la posibilidad) por los gráficos y abundantes éxitos de Mark Asprey en este ámbito. El corazón me dio un vuelco al verla: un suave pinchazo, por dentro. Aún llevaba la ropa de funeral, el sombrero, el velo. En sus manos enguantadas —también de negro— sostenía algo sólido, sujeto con una cinta roja, y toda la carga descansaba, bien agarrada, en su cadera, como para mayor comodidad, como se lleva a un bebé. Entonces levantó el velo y mostró su rostro. Parecía tan… trágica. Parecía la vamp del anuncio, justo antes de que el gilipollas del helicóptero o del submarino aparezca con los desodorantes o los bombones. ¿Me podía ver ella, que tenía el sol por detrás? Imposible saberlo; pero yo pensé: Nicola es capaz. Nicola es capaz de saber lo

que estás tramando en la habitación sin cortinas, qué adulterios, qué traiciones fantásticas…

Nicola se volvió, vaciló y se compuso. Arrojó su carga en el vertedero y, abrazándose los hombros con las manos cruzadas, se alejó a paso ligero.

Esperé durante cinco minutos interminables. Luego bajé a recoger mi regalo. Me senté en el banco y deshice el nudo de la cinta sin saber lo que tenía entre las manos. Una letra adorablemente redonda y femenina, caos, una inteligencia amenazadora. Me hizo ruborizarme como si estuviera haciendo algo pornográfico. Cuando levanté la vista vi la mitad de Nicola Six, a unos diez metros de distancia, partida en dos por el tronco de un árbol joven, no escondiéndose, sino mirando fijamente. Su mirada contenía… solo claridad, una gran claridad. Esbocé un gesto, como para devolverle lo que tenía en mis manos. Pero, tras un breve lapso de tiempo, ella se alejó apresuradamente bajo las manos retorcidas de los árboles.

Cómo me gustaría poder imitar la voz de Keith. Tiene el vicio de acentuar las *tes*. Una breve explosión gutural, como las primeras milésimas de una tos o un carraspeo, acompaña a la dura *k*. Cuando dice *caótico*, palabra que usa frecuentemente, suena como una carraca infernal. «Onza» suena como *umfa*. A veces dice: «Emfienda…», cuando quiere fuego. A veces se despide uno de él con la impresión de que no tiene más de dieciocho meses.

En realidad conviene que me ande con cuidado a propósito de la edad de mis personajes. Yo creía que Guy Clinch tenía unos veintisiete años, y en realidad tiene treinta y cinco. Creía que Keith Talent tenía cuarenta y dos, y en realidad solo tiene veintinueve. Creía que Nicola Six… No, siempre supe la edad que tenía. Nicola Six tiene treinta y cuatro años. Me dan un poco de miedo estos jóvenes.

Y, entretanto, el tiempo prosigue su tarea inmemorial de hacer que todo el mundo parezca, y se sienta, una mierda. ¿Lo habéis oído bien? Y, entretanto, el tiempo prosigue su tarea inmemorial de hacer que todo el mundo parezca, y se sienta, una mierda.

3. LA PISTA FALSA

Guy Clinch era un buen chico, o un chico estupendo, como quieran. No le faltaba nada y carecía de todo. Poseía gran cantidad de dinero, una salud excelente, era alto, guapo, y tenía una mente caprichosamente original; pero carecía de vida. Estaba abierto de par en par. Guy tenía en Hope Clinch a una esposa inteligente, eficiente (la casa era una obra maestra), esplendorosamente americana (y rica); y estaba también el indudable vigor del niño… Pero cuando Guy se levantaba por la mañana no hallaba más que vacío, únicamente falta de vida.

La época más feliz de los quince años de matrimonio de Guy había tenido lugar durante el embarazo de Hope, un interludio relativamente reciente. Hope había aceptado de buen grado un recorte del cincuenta por ciento en su propio cociente intelectual, y durante una temporada Guy pudo tratarla intelectualmente de tú a tú. De repente, las conversaciones giraron invariablemente sobre la mejora de la casa, los nombres de la futura prole, las habitaciones idóneas para el bebé, rosas de niña, azules de niño: un tierno materialismo, todo siempre con un objetivo determinado. Nunca por completo libre de obreros, la casa estaba aquellos días atestada: gritos, tacos, encontronazos. Guy y Hope vivían a la hora de las hormonas. La hormona cortina, la hormona moqueta. Las náuseas de ella pasaron. Ahora le apetecía puré de patatas. Luego, la hormona del nido: una repentina pasión por remendar, por el hilo y la aguja. Al ver lo gorda que estaba, los vendedores ambulantes de Portobello Road (tal vez Keith Talent había sido uno de ellos) la llamaban desde sus puestos y la apremiaban con resolución. «Ven aquí, amor mío, que tengo lo que buscas.» Y Hope olisqueaba hasta la base de las cajas de cartón mojadas —jirones de terciopelo, trizas de satén—. Durante el octavo mes, cuando los muebles iniciaron su danza por toda la casa, y Hope se sentaba con regia plenitud delante de la televisión zurciendo y remendando (y a veces diciendo: «Pero ¿qué estoy *haciendo?»*), Guy consultaba sus sentidos, se rascaba la cabeza y murmuraba para sí (sin referirse, por cierto, al bebé): *Ya viene… Ya está de camino*…

¡Oh, con cuánta fuerza ansió él una niña! En la dispersa oscuridad

de la clínica privada, la más cara que pudieron encontrar (Hope desconfiaba de cualquier atención médica que no se acercara a las mil libras: le encantaban las facturas con listas enormes, con cada servilleta de papel y cada tostada rigurosamente especificada; no estaba para sótanos a bajo precio ni demás baraturas de la Seguridad Social inglesa), Guy se hartó de deambular, dormitar y desvivirse, mientras especialistas de campanillas hacían un alto a su vuelta de un banquete o camino de un partido de golf. Una niña, una niña, una simple niña, normal y corriente: Mary, Anna, Jane. «Ha sido una niña», se oía decir a sí mismo por teléfono (a quién, no lo sabía). «Dos kilos setecientos gramos. Sí, una niña de menos de tres kilos.» Le habría gustado estar al lado de su mujer durante todo el desarrollo del parto, pero ella le impidió entrar tanto en la sala de dilatación como en la sala de partos por motivos, sobria pero irrefutablemente expuestos, de orgullo sexual.

El bebé llegó treinta y tres horas después, a las cuatro de la madrugada. Pesaba casi seis kilos. A Guy se le permitió una breve visita a la suite de Hope. Mirando hacia atrás ahora, tenía grabada la imagen de la madre y el hijo esbozando muecas de regodeo, como recuperándose de alguna travesura peligrosamente divertida: por su aspecto, un combate de tartas. Habían acudido dos especialistas suplementarios. Uno estaba escudriñando entre las piernas de Hope, y decía: «La verdad es que resulta bastante difícil decir dónde va cada cosa.» El otro estaba midiendo, con aire de incredulidad, la cabeza del bebé. Oh, el pequeño era perfecto en todos los aspectos. Y era un monstruo.

Guy Clinch tenía de todo. En realidad, tenía dos ejemplares de cada cosa. Dos coches, dos casas, dos niñeras uniformadas, dos esmóquines de seda y cachemira, dos raquetas de tenis cromadas, y así sucesivamente. Pero solamente tenía un niño y una mujer. Tras el nacimiento de Marmaduke, las cosas cambiaron. Para hallar nueva inspiración, releyó *El egoísta*, y la conferencia de Wollheim sobre Ingres y la disolución del padre. Los libros sobre bebés lo habían preparado para el cambio; como también lo había preparado la literatura, hasta cierto punto. Pero nada lo había preparado a él ni a ninguna otra persona para Marmaduke… Los pediatras más famosos del mundo se asombraban de su hiperactividad, y se arrodillaban cual reyes magos ante su capacidad para el cólico. Cada media hora drenaba ruidosamente los pechos doloridos de su madre, a menudo echaba una cabezadita hacia medianoche, y el resto del tiempo lo pasaba llorando a grito pelado. Solamente a los padres y a los torturadores y a los porteros de cámaras de gas se les exige soportar el ruido de tanta aflicción humana. Cuando las cosas mejoraron, lo que en efecto sucedió, aunque solo de manera temporal (pues Marmaduke,

ya en parte víctima del asma, pronto se vería blasonado con un eczema), Hope aún siguió guardando cama buena parte del día, con Marmaduke o sin él, pero nunca con Guy. Este pasaba toda la noche preparado para el desastre en una de las dos habitaciones reservadas a las visitas, preguntándose por qué su vida se había convertido de repente en una interesante y subida de tono película de horror (ambientada en la época de la Regencia, por ejemplo). El andar de puntillas se convirtió en su forma habitual de locomoción por la casa. Cuando Hope pronunciaba su nombre —«¿Guy?»—, y él contestaba «*¿Sí?*», nunca se recibía respuesta alguna porque su nombre quería decir: «*Ven aquí.*» Él aparecía y ejecutaba el recado de turno, para desaparecer de nuevo. Ahora, cuando Hope lo reclamaba, la primera llamada sonaba como la segunda llamada, y la segunda llamada como la novena. Guy fue progresivamente desistiendo de coger al bebé en brazos (bajo la mirada de duda de la niñera o de la enfermera de noche o de alguna otra de las superpagadas admiradoras de Marmaduke), limitándose a decir, con cierta timidez: «Hola, cachorrillo.» Marmaduke se detenía entonces, revisando sus opciones; y el rostro medrosamente interrogador de Guy invitaba siempre, en cierto modo, a un poderoso puñetazo en el ojo, a una vomitera, un salvaje arañazo o, en el mejor de los casos, un explosivo estornudo. Guy se sorprendía a sí mismo sospechando que Hope no cortaba las uñas al infante para que este lo rechazara mejor. Siempre tenía el rostro profundamente marcado; a veces parecía un violador resuelto pero sin talento. Le dominaba la sensación de que se exigía demasiado de él. El encuentro, la comunión con su hijo, sencillamente no habían tenido lugar.

Así que dos de cada cosa, salvo labios, pechos, las paredes de la intimidad, unos brazos y unas piernas que lo rodearan. Pero no se trataba de eso en realidad. Lo que creyó que los acercaría, simplemente los había alejado aún más. Así pues, la vida podía salirle al paso en cualquier momento. Estaba abierto de par en par.

Guy y Hope se habían ausentado dos veces desde el parto, por consejo del médico: del médico de ellos, no del de Marmaduke. Lo dejaron bajo la vigilancia de cinco niñeras, además de un pelotón, aún más costoso, de comandos médicos. Les resultó raro separarse de él; Guy comulgaba plenamente con el temor de Hope mientras el taxi se dirigía al aeropuerto de Heathrow. El miedo fue cediendo gradualmente con el tiempo, y con las llamadas telefónicas efectuadas cada media hora. El oído interno estaba conectado con el sufrimiento del niño. Si se escuchaba con atención, solo se oían llantos infantiles.

El primer viaje, a Venecia, en febrero: la neblina, el agua turbia y fría, y una milagrosa ausencia de coches. Guy nunca se había sentido

en su vida tan cerca del sol; era como vivir en una nube, en lo alto de un mar nublado. Sin embargo, el humor y el cielo de muchas mañanas era sombrío (húmedo, desvaído), lo que parecía expresado a la perfección por el aire torturado y vacío de turistas del barrio judío, o por las suaves manchas de la parte inferior de un puente (donde las pálidas llamas brillaban como electricidad estática, brevemente traicionadas por un fondo más oscuro), o cuando uno se perdía entre las cajas chinas, la profusión de cosas bellas, y le parecía posible asemejarse a los amantes de Shakespeare hasta que se oía un destemplado estornudo proveniente de la ventana de una oficina próxima y el porfiado desahogo de la nariz en el pañuelo, para reanudarse después el monótono tableteo de una máquina de escribir o de calcular.

El quinto día, el sol irrumpió de nuevo de manera inexorable. Iban paseando de bracete por las Zattere en dirección a la cafetería donde habían decidido tomar el piscolabis de media mañana. La luz se disponía para hacer de las suyas sobre el agua, mientras el sol torpedeaba todo par de ojos humanos. Guy miró hacia arriba: a él el cielo le hablaba de Apocalipsis al estilo veneciano. Dijo:

—Acabo de tener un pensamiento delicioso. No estaría mal ponerlo en forma de verso. —Se aclaró la garganta—. Algo así:

> El sol, el sol, la… solar coloración:
> las nubes son ángeles en su blasón.

Siguieron caminando. El rostro ovalado de Hope parecía resuelto. Los jugos de su boca preanunciaban el sándwich caliente de jamón y queso que iba a degustar enseguida; después el cuaderno de notas, la pequeña guía Amex y el capuchino.

—Un horrible pareado, supongo —murmuró Guy—. ¡Oh, qué barbaridad! —Un batallón de turistas se aproximaba hacia ellos. Mientras se abrían paso con dificultad, Hope a la cabeza, sus brazos se desunieron. Guy se apresuró a alcanzar a su mujer—. *Turistas* —dijo.

—No te quejes. No tiene sentido lo que dices. ¿Qué te crees *tú* que eres?

—Sí, pero…

—Sí, pero no hay pero que valga.

Guy titubeó. Había dado media vuelta para contemplar el agua y estiraba el cuello con expresión de inquietud. Hope entornó los ojos con resignación y esperó.

—Hope, espera —dijo—. Haz el favor de mirar. Si muevo la cabeza, el sol se desplaza sobre el agua. Mis ojos tienen tanto que decir al respecto como el sol.

—*Capisco*.

—Pero eso significa que en el agua el sol es distinto para cada uno de nosotros. No hay dos personas que vean lo mismo.

—Quiero mi sándwich.

Hope siguió andando. Guy iba rezagado, con los puños apretados, y diciendo:

—O sea, que entonces no hay solución, ¿no crees?… No tiene solución alguna.

Y susurró estas mismas palabras por la noche en el hotel, y las siguió susurrando, incluso después de regresar a Londres, adormilado en una tumbona junto a la barbacoa, unos segundos antes de que Marmaduke lo despertara con un tortazo.

—O sea, que entonces no hay solución… No tiene solución alguna.

En estupenda forma y rebosando salud infantil durante la ausencia de sus padres, Marmaduke enfermó de un modo espectacular a las pocas horas de su regreso. Cogía indiscriminadamente todos los virus, todas las infecciones que corrían aquella temprana primavera. Recién salido de las paperas, reaccionó catastróficamente a su último y tempestuoso ataque de tos. Una supergripe tomó eficazmente el relevo de la anterior supergripe. Los médicos lo visitaban ahora sin ser llamados ni pagados: por pura curiosidad profesional. En medio de esta fase, y sin ninguna razón clara (sir Oliver les pidió permiso para escribir un trabajo de investigación sobre el caso), la salud de Marmaduke mejoró de forma radical. En efecto, pareció despojarse de su lado enfermizo como si de una piel muerta o un apéndice inútil se hubiera tratado: de la larva enfebrecida del antiguo Marmaduke surgió un musculoso niño prodigio, de ojos claros, lengua rosada y, según se confirmó, absolutamente perverso. El cambio se realizó de manera repentina. Guy y Hope se ausentaron de casa un día, dejando a la familiar pesadilla gastroenterítica babeando por el suelo de la cocina; al volver, después de comer, encontraron a Marmaduke deambulando por el salón con las manos en los bolsillos, observado por varias niñeras estupefactas. Nunca había gateado. Sin embargo, parecía querer demostrar que era capaz de causar mucho más estropicio, y divertirse mucho más, en estado de erección bípeda. Su primera resolución fue prescindir de la cabezadita de medianoche. Los Clinch contrataron a más personal, o eso intentaron. Un bebé delicado era una cosa, y un bebé fornido y malévolo que ya sabía andar, otra muy distinta. Hasta entonces, la relación de Guy y Hope con el niño —y la de ellos entre sí— había sido en gran parte paramédica. Tras el renacimiento de Marmaduke, se tornó no ya paramilitar, sino militar a secas. Las únicas personas disponibles en el mercado de trabajo que superaban la barrera de las dos horas eran enfermeros despedidos de manicomios. Por la casa pululaba una especie de comando antiterrorista formado por fornidos enfermeros, y unas pocas tatas y

au pairs aterrorizadas. Con vértigo pero sin amargura, Guy calculó que Marmaduke, ahora en su noveno mes, le había costado ya un cuarto de millón de libras esterlinas. Se ausentaron de nuevo. Esta vez tomaron un billete de avión de primera clase rumbo a Madrid, donde pararon en el Ritz durante tres noches, y luego alquilaron un coche y se encaminaron al sur. El coche parecía suficientemente potente y lujoso; era, sin duda alguna, fabulosamente caro. (Hope insistió mucho en lo del seguro. Guy estudió el documento ribeteado de oro: la compañía aseguradora se comprometía a rescatarlos de donde fuera, prácticamente al menor pretexto.) Pero he aquí que, mientras avanzaban señorialmente un atardecer por una zona arbolada junto al litoral más meridional de la Península, un gran trastorno o trauma pareció casi desmantelar de repente el motor —¿el colector, la cabeza de biela?—. En cualquier caso, estaba claro que el coche pertenecía ya a la historia. Hacia la medianoche, Guy se declaró incapaz de seguir empujando. Vieron unas luces: no muchas ni muy brillantes.

Los Clinch encontraron hospedaje en una *venta*[5] de mala muerte. Entre la bombilla desnuda, la humedad del lavabo y la cama destartalada, Hope no pudo contener las lágrimas antes de que la señora saliera del cuarto. Guy pasó toda la noche junto a la cabecera de su sedada mujer, escuchando. Hacia las cinco, tras un intervalo que recordó a Guy uno de los sueñecitos de Marmaduke, la jarana de fin de semana del bar y los contrapuntos de la máquina de discos y la de marcianos dieron extenuadamente paso a la estridente tertulia del corral: un clo-clo aquí y un guau-guau allí, acá un pío-pío y allá un muuuuh, y por doquier un oinc-oinc. Lo peor, o más próximo, era la lunática corneta de un gallo tenor que tocaba a dúo con el contralto del vecino su crispante toque de diana. El quiquiriquí, decidió Guy, era uno de los mayores eufemismos del mundo. A las siete, tras un especialmente insoportable solo de tenor (como si el gallo anunciara finalmente la entrada de algún supergallo imperial), Hope se incorporó de repente, soltó unos cuantos tacos, tomó un Valium, se puso el antifaz y se acurrucó de nuevo con la cara tocando las rodillas. Guy esbozó una sonrisa. Había habido un tiempo en el que podía leer amor en las formas de su mujer dormida; hasta en los contornos de las mantas había llegado a leerlo…

Salió al corral. El gallo, el grotesco gallo, se mantenía erguido en su gallinero —sí, a un palmo de sus almohadas— y lo miraba con una solemnidad que no admitía reto. Guy lo miró a su vez, negando con la cabeza lentamente. Las gallinas esperaban órdenes del gallo, tranquila e incuestionablemente serviciales, entre el barro y la mierda. En cuanto a los dos cerdos, se llevaban la palma de la guarrería del corral. Un pastor alemán joven dormitaba en el hueco de un viejo bidón de aceite. Al sentir la presencia de alguien, el perro se enderezó,

despertándose de repente, y, con su largo morro lleno de arena reseca, se dirigió hacia él mostrándole una compulsiva cordialidad. Es una hembra, pensó Guy; y además, atada. Se acercó a acariciar al animal, y permanecieron un rato enredados; enredados, se habría dicho, por el carácter amistoso de la perra, por su afabilidad saltarina y juguetona.

La nueva prosperidad de brochazos de color pastel se vislumbraba a derecha e izquierda; pero aquel lugar continuaba siendo pobre por culpa del viento. El viento lo desangraba y lo despojaba. Al igual que el gallo, el viento se limitaba a ejecutar su cometido, sin importarle el porqué. Se levanta aire caliente, pero el espacio que deja se llena al punto de aire frío: de ahí, en cierto modo, las conmociones, desgarramientos y frenéticas barridas de este litoral de papel de lija. En pantalones de tenis, Guy atravesó el porche y pasó por delante del coche (el coche evitó su mirada) en dirección al paseo. Una motocicleta, un burro angustiado enganchado a su carro, y nada más. El cielo estaba vacío también; todo rastro de nube era barrido por el viento: un impenitente azul africano. Abajo, en la playa, el viento atacó sus pantorrillas como un limpiador industrial; Guy alcanzó la grupa endurecida de arena húmeda y contempló el mar arrugado, que se abría inhóspitamente ante sus ojos. Sin sentir vigor ni lo contrario, sin sentirse más próximo a la vida que a la muerte, sintiéndose un hombre de treinta y cinco años, avanzó con resolución, sin pestañear apenas al cruzar la barrera del escroto; fue más bien el agua la que pareció encogerse y replegarse, repelida por aquel contacto humano, mientras él chapoteaba pendiente abajo, respiraba profundamente y se lanzaba hacia delante para ser abrazado por el ancho mar… Veinte minutos después, mientras volvía a la playa, a grandes zancadas, el viento arrojó sobre él cuanto tenía, y, con feroz júbilo, la arena buscó sus ojos y dientes, y la bandeja pelada de su pecho. A unos cien metros de la carretera, Guy se detuvo e imaginó que se rendía (alguna vez me tendré que ir), dejándose caer de rodillas y doblándose a un lado bajo la gélida posta zorrera del aire.

Guardó cola para el café en la venta recién despertada. Las hijas del amo estaban fregando; dos hombres conversaban a grito pelado uno en cada lado del sombrío recinto. Guy estaba tieso, descalzo, la piel y el pelo minuciosamente salpicados de arena. Una mujer interesada, de haberle observado con el rabillo del ojo, podría haber encontrado a Guy Clinch bien formado, clásico, sobre todo saludable. Pero había algo inútil o innecesario en su excelente aspecto, algo que parecía como desperdiciado. Guy lo sabía. El fornido y cargado de hombros Antonio, apoyado en un pilar junto a la puerta, con una mano posada en su rechoncha barriga —y encantado con su taparrabos rojo sangre y el efecto cordón-entre-borlas de su entrepierna—, no reparó en Guy para nada. Y las hijas del amo,

atareadas con sus escobas, solo tenían pensamientos para Antonio, el despreocupado, borracho y azotaburros Antonio y su tanga carmesí… Guy se tomó el excelente café y comió pan untado con aceite de oliva en el ruidoso porche. Luego subió una bandeja a Hope, que se quitó el antifaz pero siguió tendida con los ojos cerrados.

—¿Has arreglado algo?

—Me he dado un baño —dijo él—. Es mi cumpleaños.

—Felicidades.

—Ese chico, Antonio, parece que es un manitas.

—¿Ah, sí? El coche está estropeado, Guy.

Unos momentos antes, en el ruidoso porche, había ocurrido una cosa ridícula. Guy oyó un rítmico gimoteo no muy lejano y se llevó las manos a las sienes, como para congelar el pensamiento que pugnaba por abrirse paso en su mente (no era fácil presa de ellos: no era fácil presa de los pensamientos pornográficos). El pensamiento era el siguiente: Hope tumbada y desnuda follando con un aplicado Antonio… Guy había cogido entonces su última rebanada de pan y se la había llevado a la perra envasada del corral. (También aprovechó para echar otra incrédula mirada al gallo, el estúpido gallo.) La perra sollozaba rítmicamente; pero no mostró ningún apetito. De cara simpática y sucia, la perra solamente quería jugar, retozar, confraternizar, y no hacía más que tropezar con la cuerda que la mantenía atada. La longitud de aquella sucia cuerda —apenas dos metros— entristeció a Guy como nunca lo había entristecido ninguna muestra de crueldad o incuria hispanas. En aquel corral, en un trozo de litoral vacío y agostado por el viento, en el que lo único que había gratis y en abundancia era el espacio y la distancia, a la perra no se le concedía nada de esto. Tan pobres, requetepobres, triple, exponencialmente pobres. *Ya lo he encontrado*, pensó Guy (aunque la palabra no le salía, todavía no). *Es… Ya lo he encontrado, y es… Es…*

—¿Entonces?

—¿Por qué no nos quedamos aquí? Unos cuantos días. El mar está muy bien, una vez que te has metido. Hasta que arreglen el coche. Esto es interesante.

El impresionante radio mordedor de Hope estaba a punto de cernerse sobre la primera sección de pan tostado. Se detuvo.

—No aguanto más aquí. No te me pongas ahora *soñador*. Escúchame bien. Nos vamos a *largar* de aquí. Ahora mismo.

Así pues, aquel resultó ser el típico día que pasa uno llamando a líneas aéreas, consulados y agencias de alquiler de coches en medio de una pesadilla de enlaces defectuosos y una lengua que no se entiende: aquella noche, en el helipuerto de Algeciras, Hope honró a Guy con su primera sonrisa en veinticuatro horas. En realidad, casi todo ello se

logró (entre comidas y bebidas y baños) desde la torre de control de un hotel de seis estrellas situado también junto al mar, a unos kilómetros de allí, en un lugar plagado de viejos alemanes con mucho dinero, cuya pesada alegría y aspecto nada atractivo (Guy no tuvo más remedio que admitirlo) le recordaron poderosamente a Marmaduke.

Después, todo fue mucho más fácil: no más claro ni con un sentido preciso, pero nada difícil. Guy Clinch buscó en su vida una dimensión por la que pudiera propagarse alguna fuerza nueva. Y se encontró con que su vida estaba cosida con aguja, emparedada, enclaustrada. Para disgusto de Hope, disgusto silencioso y sutilmente modulado, Guy empezó a abrirla. Tenía un trabajo. Trabajaba en los negocios familiares. Ello significaba pasar las horas sentado en un pisito coqueto de Cheapside, tratando de poner etiquetas a la proliferante y pululante hidra del capital que tenían (también esto era como Marmaduke: ¿qué *pasaría* después?). Paulatinamente, Guy fue dejando de acudir para dedicarse simplemente a recorrer las calles.

El miedo fue su norte. Como todas las demás casas de su barrio, la de Guy se hallaba relativamente apartada de la calle, que estaba muy bien: era bonita y amplia. Pero el miedo le hizo dirigirse a donde las tiendas y los pisos se amontonaban sugestivamente sobre la calle cual muchedumbre en torno a un foso de víboras, donde abundaban los salones de máquinas tragaperras, los tenduchos de mala muerte, las colas para recibir un plato de sopa gratis, las pensiones abarrotadas, donde la vida se exhibía en puestos ambulantes, en mesas de ping-pong, en casetas portátiles decapitadas —el vudú y el hambre, los peinados de caribeños, los Keiths y las Kaths de Portobello Road—. Por supuesto, Guy ya había estado allí otras veces, en busca de un pollo de granja o de una bolsa de café nicaragüense. Pero ahora buscaba la propia esencia de aquello.

TV Y DARDOS, rezaba el letrero. Y BILLAR ROMANO. La primera vez que Guy entró en el Black Cross era un hombre dispuesto a franquear la puerta negra de su miedo… Sobrevivió, y vivió. A la temprana luz de la mañana, el local parecía ruinoso e inofensivo: un pequeño grupo de chulos negros y de rastas jugando al billar sobre un tapete empapado de cerveza, la palidez de estaño de los blancos (parecían salidos de una película de guerra), las imparables máquinas tragaperras, el humeante vaho de las empanadas. Guy pidió una bebida con la única voz que tenía: no deformó su peinado ni su acento; no llevaba bajo el brazo ningún periódico sensacionalista, abierto por la página de las quinielas. Con un vaso de vino blanco semidulce en la mano se dirigió al billar romano: un viejo Gottlieb decorado con motivos de las mil y una noches (la tentadora, el demonio, el héroe, la doncella). El Ojo del Tigre, el Ojo del Tigre… Un

decrépito joven irlandés se colocó junto a Guy, murmurándole al oído *quién es el jefe quién es el jefe* durante todo el tiempo que lo creyó conveniente. Cada vez que Guy levantaba la vista, un temible veterano del pub, cuyas facciones vibraban al son del rock enlatado, lo miraba con severidad, como el anciano ante el que uno se para en el paso de cebra y que cruza con lentitud y recelo: no hay perdón ahí, nunca. Las ininteligibles acusaciones de una joven negra empapada en sudor fueron silenciadas por fin por un billete de cinco libras. Guy permaneció allí media hora, y se marchó. Se llevaba de allí tanto miedo que cuando volviera quedaría mucho menos. Pero acudir allí por la noche era otro cantar.

Keith fue la clave: Keith, con su carisma para los pubs. Keith era el campeón del pub. El más ruidoso, el que más gritaba cuando pedía más cerveza, el más violento en sus insultos a la tragaperras, el mejor con los dardos, un torbellino de dardos en el Black Cross… Ahora bien, estaba claro que Keith tenía que hacer algo con Guy, un sujeto demasiado anómalo para funcionar por su cuenta y tan anticarismático. Keith tenía que desterrarlo, apadrinarlo, pegarle una paliza. Matarlo. Así pues, un buen día metió los dardos en la bolsa, recorrió la barra de un extremo a otro (los habituales habían empezado a preguntarse cuándo iba a ocurrir) y se apoyó en el billar romano, con una ceja alzada y la lengua entre los dientes: e invitó a Guy a una copa. En el bolsillo trasero de los pantalones, los billetes de diez enrollados. El alma de Keith tenía muchos recovecos. Todo el pub se estremeció con un aplauso silencioso.

—¡A tu salud, Keith!

Después de aquello, Guy fue uno más. Entraba y salía casi con chulería y llamaba a los camareros por su nombre: God, o Pongo. Después de aquello, dejó de tener que invitar a beber a las negras, y dejó de tener que comprar drogas a los negros: heroína, coca, temazepam, dihidrocodeína, drogas que siempre había rechazado, librándose de ellos con pequeñas compras de droga blanda. Se llevaba a casa el hachís y la hierba, que hacía desaparecer por el triturador de basura; no los tiraba en la calle por miedo a que cayeran en poder de un niño o de un perro, precaución innecesaria, pues el hachís no era hachís y la hierba era solo hierba… Ahora Guy tenía derecho a un rincón húmedo pero cálido del pub, y a observar sentado. Lo que más le impresionaba de la vida allí era su increíble rapidez, cómo la gente se hacía mayor y envejecía en el espacio de una sola semana: al igual que el planeta en el siglo XX, con su fantástico *coup de vieux*. En el Black Cross el tiempo era un metro cuyo conductor iba encorvado sobre la palanca de aceleración comiéndose las estaciones a toda velocidad. Guy siempre había pensado que era la vida lo que él buscaba. Pero debía de ser la muerte, o la conciencia de la muerte. El

candor de la muerte. La he encontrado, pensó. Es ruin, es seria, es bella, es pobre; merece sin duda todos los cumplidos, todos los adjetivos que quieras aplicarle.

Así, cuando Nicola Six entró en el Black Cross un día de tormenta y se plantó delante de la barra y se levantó el velo, Guy estaba preparado. Estaba abierto de par en par.

—*Puta*… —dijo Keith al caérsele de las manos su tercer dardo.

Puesto que era un dardo, un pequeño misil de plástico y tungsteno, actuó en perfecto acuerdo con la ley de la gravedad y cayó certeramente hacia el centro de la tierra. Lo que detuvo su progresión fue el pie izquierdo de Keith, únicamente protegido por la lona desgastada de sus zapatillas de deporte: se podía ver una pequeña diana de sangre. Pero había otro lanzador de dardos o flechas en el Black Cross aquel día; sin duda este sonriente cupido estaba al acecho desde los motivos decorativos del billar romano, entre sus Simbads y sirenas, sus duendes y geniecillos. ¡El Ojo del Tigre! Al ver los ojos verdes de Nicola, y la anchura de su boca, Guy se agarró a los costados de la máquina en busca de consuelo o sostén. La bola se coló por el agujero. Y luego, silencio.

Ella se aclaró la garganta y preguntó algo a Godfrey, el barman, que meneó la cabeza dubitativamente.

Cuando Nicola se volvió para irse, Keith se dirigió hacia ella con paso incierto desde el otro lado de la barra, esgrimiendo aquella sonrisa suya de poco fiar. Guy lo miró con admiración. Keith dijo:

—Nada que hacer. Aquí no venden tabaco francés, querida. Difícil aquí, imposible. ¡Carlyle!

Apareció un chico negro, jadeante y triunfante, como si estuviera ya de vuelta de su recado. Keith le dio las instrucciones, el roñoso billete de cinco libras, y luego se volvió con mirada evaluadora. La muerte no era algo nuevo en el Black Cross: era algo que se mascaba diariamente y se vendía como rosquillas; pero ropa de luto cortada a medida, sombreros, *velos*… Keith escudriñó su mente, y pareció escudriñar su boca, en busca de algo apropiado que decir. Al final, dijo:

—Veo que vas de luto. ¿God? Sírvele un coñac. Le vendrá bien. Nadie cercano, espero.

—No. Nadie cercano.

—¿Cómo te llamas, cielo?

Ella se lo dijo. Keith no daba crédito a su suerte.

—¡Sex!

—*S-i-x*. No es Sex, sino *Six*.

—Ah, Siiks. Tranquila, Nicky. Aquí tenemos de todos los tipos. Eh, *colega. Guy*…

En ese momento Guy entró en el campo de fuerza de Nicola. Reparó en especial en la línea de pelusilla oscura sobre su labio superior. Se veían mujeres como aquella, a veces, en los cócteles de los teatros y salas de conciertos, en ciertos restaurantes, en los aviones. Pero no se veían en el Black Cross. También ella parecía estar a punto de desmayarse en cualquier momento.

—¿Cómo está usted? —dijo (en su visión periférica Keith asentía lentamente), mientras tendía una mano en dirección al guante negro —, Guy Clinch. —Sus dedos esperaban los amperios del reconocimiento; pero lo único que sintió fue una suavidad resbaladiza, una sensación de humedad provocada quizá por alguna otra persona. El pequeño Carlyle entró de estampida por las puertas del pub.

—Tenéis que dejarme pagar esto —dijo ella, quitándose un guante. La mano que ahora atacaba el celofán mostró cinco uñas mordidas.

—Yo invito —dijo Keith.

—Supongo —dijo Guy—, supongo que esto también tiene aire de velatorio.

—¿Era un familiar? —preguntó Keith.

—No, era una mujer para la que trabajé en otro tiempo.

—¿Joven?

—No, no.

—Más aún. Eso dice bien de ti —prosiguió Keith—. Muestra de respeto. Aunque fuera una vieja urraca. A todos nos llega.

Siguieron hablando. Con una violenta sacudida de autorreprobación, Guy pagó otra ronda. Keith se inclinó hacia delante, murmurando, con las manos en forma de cuenco para encender el segundo pitillo de Nicola. Pero enseguida se lo acabó, o lo apagó, y, bajándose el velo, dijo:

—Gracias. Habéis sido muy amables. Adiós.

Guy la miró cuando se marchaba, igual que Keith: la delicada curva de los tobillos, la fuerza y solidez de las caderas; y aquella concavidad de la estrecha falda negra, que marcaba sus interioridades.

—Extraordinaria —dijo Guy.

—Sí, no está mal —dijo Keith, enjugándose la boca con el dorso de la mano (pues también él se iba).

—No irás a…

Keith se volvió, a modo de advertencia. Su mirada cayó sobre su mano, la de Guy (era la primera vez que se tocaban), que le tenía el brazo ligeramente agarrado. Entonces la mano se aflojó y cayó.

—Vamos, Keith —dijo Guy con una débil sonrisa—. Acaba de asistir a un funeral.

Keith lo miró de arriba abajo.

—Está llena de vida —dijo haciendo alarde de su habitual

optimismo. Se estiró la cazadora y sorbió por la nariz varonilmente—. Llevo tiempo soñando con esto —añadió, como dirigiéndose a la calle —. Suspirando por esto. Rogando por esto.

Keith franqueó las puertas negras. Guy vaciló un momento, un momento de pub, y luego lo siguió.

Aquella noche en Lansdowne Crescent, a las 20.45, a pocos minutos de su cita de doce horas con Marmaduke, Guy se hallaba sentado en el segundo salón de la casa con una inusual segunda copa y pensaba: ¿Cómo voy a saber nunca nada en medio de todo este espacio acogedor, de todo este superrefugio? Quiero sentirme como los que se tiran desde un trampolín. Quiero tocar la tierra con pesadez, simplemente tocarla. Dios, déjanos a la intemperie. Llévate nuestro espacio y nuestra comodidad.

Los vi irse.

Keith siguió a Nicola desde que esta salió del Black Cross. Guy siguió a Keith.

Ojalá hubiera seguido yo a Guy; pero aquellos eran los primeros días, cuando aún no estaba metido en el ajo.

Estoy empezando a trabajar con prometedora regularidad. Puedo terminar un capítulo en dos días, pese a todo el trabajo de campo que tengo que realizar. Ahora hago trabajo de campo cada tres días, y me quemo las pestañas y me recreo revisando mis notas. Luego escribo. Yo soy escritor… Tal vez para conjurar la amenazadora omnipresencia de obras de Mark Asprey, he desplegado sobre la mesa de trabajo mis dos publicaciones anteriores: *Memorias de un oyente* y *En la viña*, de Samson Young. Un servidor. Sí, yo. Un estilista muy estimado en mi nativa América. Mis memorias, mi periodismo, encomiados por su honradez, su veracidad. Yo no soy de esos tipos exaltados a los que sorprenden inventando cosas, a los que sorprenden mejorando la realidad. Yo puedo embellecer, puedo tomarme ciertas libertades; pero inventar los hechos desnudos de una vida (por ejemplo) está completamente fuera de mis facultades.

¿Por qué? Creo que esto podría tener algo que ver con el hecho de que, en principio, soy un tipo estupendo. De todas formas, en este momento la realidad se está comportando de un modo imprevisible, y nadie puede saber nada a ciencia cierta.

Estoy tan liado con los tres primeros capítulos que no puedo enviárselos siquiera por fax a Missy Harter, de Hornig Ultrason. Hay otras personas a quienes podría dirigirme. Los editores no dejan de preguntarme por mi primera novela. A los editores les encantaría poder disponer de mi primera novela. Y a mí también. Me estoy haciendo viejo, y de un modo extraño. Missy Harter ha sido siempre, por supuesto, la más persistente. Tal vez la llame. Necesito que me animen, que me estimulen. Necesito dinero.

Keith ha estado aquí esta mañana. Supongo que preparando el terreno para un hurto, pues la casa está llena de objetos apetecibles.

Quería utilizar el vídeo. Naturalmente, él tiene un vídeo propio; probablemente tiene varias docenas en algún sitio. Pero este, según dice, es algo especial. Así que sacó una cinta de su funda de plástico. En la portada aparecía el torso desnudo de un hombre, y la parte

inferior estaba oscurecida por dos discretas cataratas de espeso vello rubio. Marcaba 189,99 libras de precio.

Se llamaba *Cuando los cuerpos escandinavos se desbocan*. El título resultó de lo más acertado, incluso feliz. Estuve un rato sentado en compañía de Keith y pude ver a cinco hombres de mediana edad sentados alrededor de una mesa hablando en danés o sueco o noruego sin subtítulos. De vez en cuando se cazaba alguna palabra, como *radioterapia o handikaptoilet*. «¿Dónde está el mando a distancia?», preguntó Keith con expresión torva. Necesitaba el botón de Avance Rápido y Búsqueda de Imagen. Encontramos el mando a distancia, pero no parecía querer funcionar. Keith tuvo que tragarse todo el rollo: un corto de carácter pedagógico, al parecer, sobre administración hospitalaria. Me deslicé hacia mi estudio. Cuando volví, los cinco individuos seguían aún hablando. El tostón concluyó, tras aparecer los títulos de crédito. Keith miró al suelo y dijo: «Cabronazo.»

Para animarlo un poco (entre otros motivos), le pedí que me diera clases de dardos. Su tarifa es bastante elevada.

También yo necesito del botón de Avance Rápido. Pero tengo que dejar que las cosas sucedan a la velocidad que ella decida. Ya tengo material para el capítulo 4 gracias a las confesiones sexuales de Keith (viciosas, detalladas e imparables), las cuales son puro oro a estas alturas.

Guy Clinch no era fácil de manipular, de cultivar, de desarrollar. Era una pena coger el dinero. De nuevo, fatídicamente fácil.

Sabedor de que Keith estaba en otra parte (ocupado en estafar: a una viuda de edad, también material fino), me dirigí al Black Cross con la esperanza de que Guy asomara por allí. Reparé por primera vez en el cachondo letrero colgado detrás de la barra: NO SOLTAR TACOS, JODER. ¿Y qué decir de la *moqueta*? ¿Para qué necesitan *moqueta* en un sitio como ese? Pedí un zumo de naranja. Uno de los negros habituales —se llamaba a sí mismo Shakespeareme miraba sin afecto ni desprecio. Shakespeare es, se puede decir, el menos próspero de los hermanos del Black Cross. Su abrigo de mendigo, sus zapatos de plástico, sus espantosas greñas siempre sin lavar. Es el chamán local: se siente investido de una misión religiosa. Su pelo se asemeja a una escarola.

—Estás luchando por dejar de beber, ¿verdad, hermano? —me preguntó con parsimonia. En honor a la verdad, tuve que pedirle cinco veces que repitiera la pregunta, hasta que al final la entendí. Su rostro resinoso no mostró impaciencia alguna.

—No bebo —contesté. Pareció extrañarse bastante. Claro está que no beber, si bien es una proeza en Estados Unidos, aquí nunca ha

pasado de considerarse un mero capricho impuesto por la moda—. Es cierto —proseguí—. Soy judío… —No deja de ser una osadía, el decir eso en un bar plagado de negros. Imaginaos decir eso en Chicago, o en Pittsburgh. Imaginaos decir eso en Detroit—. Nosotros no bebemos, o bebemos bastante poco.

De manera paulatina, como controlado por un selector, el placer fue llenando los ojos de Shakespeare, los cuales, según me pareció, estaban por lo menos tan inyectados de malaria y de sangre como los míos. Es uno de los engorros de mi condición: aunque anima, u obliga, a llevar una vida tranquila y a tener hábitos razonables, me hace asemejarme a Calígula después de un año muy ajetreado. Entre tanta uva y tantas jóvenes esclavas y demás, y todas esas torturas y castigos exquisitos que he estado impartiendo…

—Todo está en los ojos, hermano —dijo Shakespeare—. Todo está en los ojos.

Entonces apareció él —Guy—, con su melena rubia y una gabardina larga. Vi cómo se hacía con su bebida y se instalaba junto al billar romano. Con satisfacción, me maravillé de su transparencia, de su vacilante e insegura transparencia. Luego me acerqué furtivamente, puse mi moneda encima del cristal (como mandan los cánones del billar romano) y dije:

—Vamos a jugar mano a mano.

En su rostro, el habitual temblor de miedo; y luego apertura, y luego agrado. Lo dejé impresionado con mi buen rendimiento en la máquina: cinco silencioso, capirotazo doble, retención en desnivel… De todos modos, ya éramos prácticamente colegas: los dos nadábamos con la misma licencia en las aguas jurisdiccionales de Keith. Además, él estaba completamente desesperado, como lo estamos muchos de nosotros en estos tiempos. En una ciudad moderna, si no tienes nada que hacer (y si no estás tirado, y en la calle), resulta duro tratar con gente con la que no puedes hacer nada. Salimos juntos del local y recorrimos un tramo de Portobello Road, y entonces —¿no son adorables los ingleses?— me invitó a tomar una taza de té en su casa.

Una vez dentro de su colosal casa, descubrí vías de futuras incursiones. Vi cabezas de playa y cabezas de puente. A su terrible esposa, Hope, tardé poco en neutralizarla. Pude haberle parecido un trozo de mierda que Guy había traído del pub (pegada a la suela de su zapato); pero un poco de rollo sobre los *mass media* y el entramado informativo de Manhattan pronto la pusieron en su debido sitio. También conocí a la hermana menor de su mujer, Lizzyboo, a la que sondeé en busca de posible promoción. Pero tal vez la *au pair* de turno se acomode mejor a mi ritmo: un encanto de persona, no joven, con una expresión prometedoramente vacua. En cuanto a la asistenta, Auxiliadora, no perdí el tiempo: llegué inmediatamente a un acuerdo

con ella para que viniera a limpiar a mi casa…

Me desagradaba decirlo, pero la clave fue Mark Asprey. Todo el mundo se quedó patidifuso cuando revelé sin darme cuenta mi relación con el gran hombre. Hope y Lizzyboo habían visto su último éxito en el West End, *La copa*, obra que Asprey está intentando actualmente ver montada en Broadway. Cuando indolentemente le pregunté si le había gustado, Lizzyboo contestó:

—Para ser franca, se me saltaron las lágrimas. Lloré en dos ocasiones.

Guy no conocía la obra de Asprey, pero dijo admirado, como hablando consigo mismo:

—Ser un *escritor* así… Sentarse simplemente a una mesa y hacer lo que hay que hacer…

Reprimí las ganas de mencionar mis dos libros (ninguno de los cuales ha encontrado editor inglés que los publique. Extended un cheque a mi nombre por daños y perjuicios. Sí, todavía duele. Todavía escuece exquisitamente).

Así pues, un escritor inútil suele reconocer a otro. Cuando nos quedamos solos en la cocina, Guy me preguntó a qué me dedicaba, y yo se lo dije, haciendo particular hincapié en distintas revistas literarias e inventándome por completo una asesoría literaria en Hornig Ultrason. Yo puedo inventar: puedo mentir. Entonces, ¿cómo es que no *invento nada*? Guy dijo:

—¿De veras? Qué interesante.

Yo le mandé una especie de onda expansiva; en efecto, me estaba frotando el pulgar con el índice por debajo de la mesa cuando dijo:

—Yo he escrito un par de cosas…

—¿En serio?

—Un par de relatos. Notas de viaje ampliadas, para ser más exactos.

—Me encantaría poder echarles un vistazo, Guy.

—No valen nada.

—Déjame decidirlo por mí mismo.

—Siento decirte que son más bien autobiográficas.

—¡Oh! —dije—, no tiene importancia. No te preocupes por *eso*. El otro día —proseguí—, ¿siguió Keith a aquella chica?

—Sí, sí la siguió —dijo Guy al instante. Al instante, porque Nicola ya estaba presente en sus pensamientos. Y porque el amor se desplaza a la velocidad de la luz—. No ocurrió nada. Simplemente se lió a hablar con ella.

Yo dije:

—Eso no es lo que Keith me contó.

—¿Qué te contó?

—No importa lo que él me contara. Keith es un mentiroso, Guy… ¿Qué ocurrió?

Después fui a ver al chico. Dios mío.

Soy como un vampiro. No puedo entrar a no ser que me inviten a franquear el umbral. Una vez dentro, sin embargo, ya no hay quien me saque.

Y vuelvo cuando quiero.

Pues bien, tenemos aquí una simpática simetría. Cada uno de los tres personajes me ha dado algo de lo que ha escrito. El prospecto de Keith, los diarios de Nicola, los relatos de Guy. Cosas escritas por razones diferentes: encumbramiento personal, comunión personal, expresión personal. La primera, ofrecida gratuitamente, la segunda, abandonada al azar, la tercera, ladinamente conseguida.

Documentos testimoniales. ¿Es eso lo que estoy escribiendo? ¿Un documental? En cuanto al talento artístico, en cuanto a la plasmación imaginativa de la vida, gana Nicola. Nos gana a todos los demás.

Tengo que meterme en sus casas. Keith hará trampas en esto, como en todo lo demás. Probablemente, y probablemente con razón, se avergüence del lugar en que vive. Keith tendrá sus normas al respecto: Keith, con sus obcecaciones, sus estúpidas normas, sus códigos criminales, sus lealtades a sangre y fuego. Keith naturalmente hará trampas.

Con respecto a la víctima, tengo una idea temeraria. Se trata de una jugada que me llevará a la verdad, pues *tengo que conseguir* la verdad. Guy es razonablemente de fiar; se pueden dejar de lado sus sobrestimaciones idealistas, sus cegueras selectivas. Pero Keith es un mentiroso, y tendré que comprobar dos, tres veces todo lo que me cuente. Tengo que conseguir la verdad. Ya no hay tiempo para otra cosa que no sea la verdad.

Tengo que meterme en sus casas. Tengo que meterme en sus cabezas. Tengo que profundizar. ¡Oh, la profundidad!

Todos hemos conocido días de sol y de tormenta que nos hacen sentir lo que significa vivir en un planeta. Pero las convulsiones recientes han llevado esto mucho más lejos. Nos hacen sentir lo que significa vivir en un sistema solar, en una galaxia. Nos hacen sentir —y me siento al borde de la náusea al escribir estas palabras— lo que significa vivir en un universo.

Sobre todo, los vientos. Atraviesan la ciudad vertiginosamente, atraviesan la isla vertiginosamente, como preparándola para una violencia exponencialmente mayor. Esta última semana, los vientos han matado a diecinueve personas, y treinta y tres millones de árboles.

Y ahora, al atardecer, al otro lado de mi ventana, los árboles sacuden sus cabezas cual discotequeros psicodélicos de la vida nocturna de antaño.

4. EL CALLEJÓN SIN SALIDA

—Soñando con esto. Suspirando por esto. Rogando por esto.

Keith salió presuroso del Black Cross y se detuvo en el escalón de piedra, junto al letrero TV Y DARDOS. Miró a derecha e izquierda; gruñó. Allí estaba ella, allí estaba Nicola Six. Su silueta se dibujaba nítidamente como un arroyo de tinta negra sobre los tonos pastel de los revoltijos de ropa usada del mercado callejero. Pasaba los puestos vagabunda, errante. De habérsele ocurrido a Keith que Nicola lo estaba esperando o lo iba conduciendo, que estaba incluido en algún designio suyo, él habría desechado la idea de inmediato. Sin embargo, había algo de constante invitación en la indolencia con que ella vagaba, en los lentos desplazamientos de peso de su ceñida falda negra. Durante un breve lapso de tiempo, Keith tuvo la extraña idea de que Nicola lo estaba observando; y eso no podía ser cierto, pues era él quien la iba observando, y ella no se había vuelto. Algo lo remolcaba. Me lleva detrás de ella, pensó, y empezó a seguirla. *La belleza, extrema y, sin embargo, de alguna manera disponible*. Era esto, a grandes rasgos, lo que le había inspirado a Keith la entrada de Nicola en el Black Cross. Pero él no conocía la naturaleza —no conocía la índole— de la disponibilidad. Keith soltó un eructo caliente. Iba a descubrirla.

Nicola se quedó parada de perfil y se inclinó, para observar la porcelana barata de un puesto cubierto. Alzó el rostro e intercambió unas palabras con el propietario del puesto, un *timador* que Keith conocía bien. Se levantó el velo… Cuando se levantó el velo en el pub, Keith la había mirado con vivo interés, de eso no cabía duda, pero no con deseo. No, no exactamente con deseo; la punta del dardo clavada en su pie excluía el deseo, le dolía demasiado para sentir deseo. Los tacones hacían alta a Nicola, más alta que Keith, y, como se podía ver, estaba delicadamente hecha: la curva del tobillo respondía a la curva de la garganta. Parecía una modelo; pero no ese tipo de modelo personalmente preferido por Keith. Parecía una modelo de pasarela, y Keith prefería generalmente el otro tipo, el tipo más vistoso. El porte de la modelo vistosa proclamaba que podías hacer lo que quisieras con ella. El porte de la modelo de pasarela proclamaba que ella podía

hacer lo que quisiera contigo. Además, y era fundamental, Keith prefería por lo general chicas más bajas, de piernas cortas y rollizas, de voluminosos pechos (sin límite en teoría) y culos también gordos: chavalas del molde de Trish Shirt y Peggy Obbs, o de Debbee Kensit (que era especial) y Analiese Furnish. Las piernas eran, al parecer, particularmente importantes. Keith no podía por menos de notar que las piernas que se le abrían con mayor frecuencia, las piernas que más a menudo encontraba encaramadas a sus hombros, tendían a ser excepcionalmente anchas en los tobillos, tendían, de hecho, a la ausencia de tobillo, y eran excepcionalmente rollizas en la pantorrilla. Había llegado a la conclusión de que las piernas gordas eran lo que él debía de preferir por regla general. Este descubrimiento agradó a Keith al principio, y luego lo dejó perplejo e incluso preocupado, pues él nunca se había considerado una persona especialmente exigente. Los tobillos de Nicola: se quedaba uno sorprendido de que pudieran soportar aquella altura y aquel cuerpo. Tal vez ella no era su tipo. ¿Cómo que no? Claro que lo era. Algo le dijo que *lo era* absoluta y profundamente.

Nicola reanudó la marcha. Keith la siguió. Aparte de otras posibilidades, Nicola le interesaba de la misma manera que le interesaba Guy o la anciana Lady Barnaby. Nicola pertenecía a la categoría A1. Keith no era de esos tipos que están en contra de la gente de dinero. Le gustaba que hubiera gente con mucho dinero, con el fin de poderla estafar. Keith lo sentía mucho, pero no habría querido vivir en medio de una sociedad en la que no hubiera nadie digno de ser robado. Ni hablar. Así, mientras seguía la pista de Nicola a través de la suciedad del mercado callejero, pensando que su trasero a lo mejor era más gordo de lo que parecía —en cualquier caso, las titis flacas lo compensaban con otras cosas en la cama—, sus ideas tomaron forma.

Esperó hasta que ella se acercó al puesto de flores, donde se dispuso a quitarse los guantes. Entonces él entró en escena. Haciendo un guiño y un signo con el dedo al viejo Nigel (que le debía dinero y tenía buenos motivos para temerle), y moviéndose con su habitual y desmañada seguridad, arrancó un trozo de papel de estraza del clavo y dio la vuelta al puesto mientras sacaba los mojados ramos de sus botes de plástico y decía:

—Descubrid el lenguaje de las flores. Y que sus palabras de paz y consuelo… —se detuvo, intentando recordar la cita— os liberen de todo cuidado. —No lleva alianza, pensó. Estaba seguro de ello ya en el Cross, cuando aún no se había quitado los guantes—. Narcisos. Gladiolos. Unos cuantos. Unos cuantos. Todos. En una ocasión como esta. —Keith ofreció el apretado ramo—. ¿Por qué te apartas? Yo pago. —Se muerde las uñas, pero no son manos de trabajadora. Esas

manos no dan ni golpe—. ¿Vas en esta dirección también? Yo tengo aparcado el Cavalier en esa esquina. —Sin llegar a tocarla (sus manos se limitaron a delinear la forma de sus hombros), Keith la instaba a seguir caminando por la misma calle. Un traje muy caro. Nada de trapillos—. Veo a una chica como tú, toda una belleza. Un poco en las nubes. Dijiste que tenías tu propia casa. —Ella asintió y sonrió—. Veamos. —Qué boca. Ese velo también debe de serle útil—. ¿Yo? Yo soy míster Manos Manitas. Míster Loarreglotodo. Ya sabes, los plomos que se funden, la caldera que no responde o el timbre que tampoco funciona. Necesitas a alguien que conozca el cotarro. —Qué zapatos: de quinientas libras para arriba—. Porque yo lo sé, yo sé que es duro, Nicky, conseguir que *alguien* te arregle algo en estos tiempos. Para serte franco —prosiguió, los ojos cerrados de pesadumbre—, no sé adónde va este país de mierda. No lo sé. —Ella disminuyó el ritmo de la marcha; con gesto rápido, se quitó el sombrero y el broche negro que le sujetaba el moño. Con un movimiento del cuello, se soltó el pelo. Bárbaro, esto sí que es cosa *fina*. Siguieron caminando. Como en la tele—. Lo que quiero decirte es que yo soy el hombre que puede darte la solución. Cualquier pequeño problema que tengas. No tienes más que llamar a Keith. ¿Es ahí?

Habían llegado a la boca del callejón sin salida.

—Yo vivo allí, al final —dijo ella—. Gracias por las flores.

Nicola redujo el paso, dio media vuelta, avanzó de nuevo y volvió a reducir el paso, todo ello sin dejar de abanicarse con el extremo de un guante. Su color tenía un tono subido. En ese momento, introdujo un pulgar en la V de su chaqueta negra y estiró. Parece un poco colocada. Menuda tipa. Curiosamente, este último incentivo empezó a producir un efecto desalentador para él. Algo ensimismado, imaginó que a lo mejor tenía una gran cicatriz en alguna parte, o algún otro defectillo al menos, que él personalmente pasaría por alto de buena gana. De no ser así, él cifraría sus esperanzas en la inestabilidad mental de aquella mujer. El estado de sus uñas le sirvió, a este respecto, de algún consuelo. Aunque de un consuelo solo de segundo orden. Según el patrón de Keith, no estaban tan mal. Estaban mordidas, pero no demasiado. Quedaba su acento, que era claramente extranjero (Europa, pensó Keith: algún país del centro), y a lo mejor hacían cosas cachondas en su tierra. En fin, no le costaba nada probar, decidió, aunque había salido un poco escaldado al probar con su rudeza habitual un par de veces en el pasado. Ella dijo:

—Hace un tiempo bochornoso, ¿no te parece?

—Tórrido —dijo Keith.

—Qué barbaridad.

—Más pegajoso no puede ser. —Su sonrisa se tornó lúdicamente abyecta—. Para lo que necesites, querida. Lo que sea —agregó con voz

engolada.

—Bueno, en realidad —dijo ella en un tono tan claro y ordinario que Keith se sorprendió poniéndose firmes—, hay un par de cosillas que habría que mirar. Como la aspiradora, por ejemplo. Te agradezco el ofrecimiento.

—¿Cuál es tu número de teléfono, Nick? —preguntó Keith sin andarse por las ramas.

Ella vaciló; luego pareció asentir a sus propias reflexiones.

—¿Tienes con qué escribir?

—No lo necesito —dijo Keith, nuevamente envalentonado—. Se me quedan fácilmente los números.

Dicho lo cual, Keith relajó las comisuras de su boca y, con un buen trozo de lengua apoyado en los dientes inferiores, miró de arriba abajo el cuerpo de Nicola. Esta le dio el número de siete cifras con un escalofrío.

—Eres un bombón —dijo Keith.

Keith volvió sobre sus pasos en dirección al Black Cross. Tenía intención de beber para soltar su brazo lanzador, y luego ponerse a practicar en plan serio. En Portobello Road se encontró con Guy Clinch, que aparentemente estaba curioseando en un puesto de libros robados. Keith nunca había logrado entender cómo se podía hacer dinero con los libros.

—Hombre —dijo, y se detuvo a intercambiar unas cuantas palabras. Se puso a pensar de nuevo. Sin duda el círculo de sus amistades se estaba ampliando. Había conocido a Lady Barnaby fundamentalmente gracias a Guy. Tengo que reconocer que ha sido así: la red de amistades de este tipo… Por supuesto, Keith había conocido a gente como Guy con anterioridad: en la cárcel. A personas que estaban allí por estafa, en su mayor parte, o por drogas, o por no pagar la pensión para alimentos. Prisioneros de cuello blanco. Eran legales (Guy era legal); eran humanos, y respetaban a los demás, pues no querían que los demás les zurraran todo el día. Pero Guy no estaba en la cárcel. Vivía en un palacete en Lansdowne Crescent. Según Keith, la gente como Guy admiraba y hasta envidiaba al trabajador como él. Por alguna razón. Tal vez porque el trabajador llevaba una vida un poco más dura, porque trabajaba más pero se divertía también más. Al preguntarle ahora Guy deportivamente: «¿Qué, ha habido suerte?», refiriéndose a Nicola, Keith lo despachó con una risotada de tipo duro, diciéndole que ya tenía demasiadas chavalas.

Se separaron. Los planes de Keith cambiaron. Recaló en Mecca, el despacho de apuestas, donde pasó unos minutos carísimos, y luego salió pitando a hacer uno de sus trabajos.

Keith llamó con la pesada aldaba. La puerta se abrió con lentitud, y un rostro suplicante parpadeó para ver quién era. Llenos, al principio, de extrema precaución, los pálidos ojos azules parecían ahora bañados en agrado.

—Caramba, Harry. Buenas tardes.

—Buenas tardes, Lady B. —dijo Keith, pasando junto a ella y entrando en la casa.

Lady Barnaby tenía setenta y siete años. No era una de las chavalas de Keith. No era posible.

En sus días de soltero Keith había sido un ligón empedernido. Había sido verdaderamente un rompecorazones. Ni siquiera Clive, su perro, había sido, en la flor de su juventud canina, tan voraz ni tan poco selectivo ni incapaz de oler una hembra a su alrededor y no lanzarse en pos de ella con el hocico pegado al suelo y la lengua sobre el lomo como una bufanda. Luego vino el cambio, y las responsabilidades: Kath, su mujer, y la pequeña, Kim. Y ahora todo era distinto. Ahora Keith mantenía a raya su inquieta naturaleza, limitándose a ese tipo de romance evanescente que surge al encuentro de cualquier joven hombre de negocios moderno cuando viaja (con la mujer o hermana o hija o madre de algún *timador* del East End, tal vez, adonde Keith acudía a aprovisionarse de perfumes), más la ocasional indiscreción no lejos de casa (con Iqbala, la madre soltera que vivía en el piso de al lado), más el raro encuentro fortuito que se hace posible cuando la fortuna sonríe a los jóvenes amantes (la hora de cierre de los pubs, en los aseos), más tres ligues regulares que venían de antiguo, Trish Shirt, Debbee Kensit, que era especial, y Analiese Furnish. Y eso era todo.

La más interesante, a su manera, la más representativa y la más moderna era la sinuosa Analiese. Traviesa, altiva, soñadora y poco constante, fácil presa de ataques de pánico, de desmayos y de ceguera histérica, Analiese era una anormal, en opinión de Keith. Leía libros y escribía poemas. Mandaba cartas a celebridades de cualquier campo. Siempre andaba merodeando por los estudios de televisión, las salas de conciertos, el Instituto de Artes Contemporáneas. En las cartas que mandaba a las personas cuyas caras había visto en la televisión y en los periódicos, Analiese Furnish solía incluir una fotografía; como resultado de ello, a menudo recibía contestación. No es que estas fotografías fueran lascivas o provocativas o pornográficas. ¡Oh, no! Tomadas por alguno de sus protectores (tipos abyectos y tartamudos, suspirantes platónicos: ella creía, completamente equivocada y con su típica falta de imaginación, que la amaban por su mente), estas fotografías la mostraban en poses meditabundas, asomada a la ventana, o en escenarios selváticos, vestida e inclinada hacia delante

quizá para gozar mejor del tacto de una flor. Sin embargo, llegaban contestaciones, prudentes, zalameras, exploratorias. ¿Por qué? ¿Qué decían las fotografías? La amplitud de los ojos delataba una intensa vida onírica; la ceja era la ceja de alguien a quien se podía mentir, y con éxito; y la boca ancha y la alheña tropical de sus cabellos sugerían que, en caso de que Analiese se entregara, se rendiría por completo y probablemente no te daría luego el coñazo. Tan solo en este último particular las apariencias engañaban. *Analiese* engañaba, aunque no de manera previsible. Hay que decir también que poseía una figura de gran potencia y belleza femeninas, a excepción de las piernas (que eran gordas y siempre las ocultaba hasta el último momento: eran la maldición de su vida). Lo que una hacía con los famosos no era precisamente culpa suya. Se aplicaban diferentes normas. Te barrían de la escena. Y cuando todo había terminado (y generalmente terminaba muy deprisa), pues te quedabas repasando tus álbumes de recortes, tus poemas, tus billetes de tren, tus recuerdos, tus sueños, tus llamadas telefónicas a la mujer y a los hijos del famoso, tus cartas a los directores de toda la prensa amarilla.

Keith conoció a Analiese en la calle. Ella se le acercó y le preguntó, con su voz rauca y teatral, si era el Rick Purist de la televisión —Rick Purist, del famoso concurso televisivo—. Keith dudó. Como habría dudado sin duda cualquier eremita medieval ante un grupo de pobres suplicantes que hubieran atravesado los húmedos bosques hasta su choza para preguntarle si era él el emperador Federico o Balduino IX, conde de Flandes, resucitado de entre los muertos y venido a redimirlos, a socorrerlos, a liberarlos de su aflicción. Pues bien, el eremita se habría preguntado, mirándose los harapos: ¿lo soy, o no? Podría resultar divertido durante cierto tiempo. Por otra parte… Keith clavó la mirada en los palpitantes pechos de Analiese, y se dejó llevar del instinto. Y dijo que sí: que *era* efectivamente el Rick Purist de la tele. Así pues, la frase inaugural, y que marcó el tono, de su relación fue una resonante mentira. Aceptó su invitación de ir a tomar el té en su estudio de West Hamstead. Keith bebió jerez mientras ella le mostraba sus fotos con los grandes y le hablaba sobre la primacía del alma humana. Veinticinco minutos después, mientras Keith se ponía pesadamente los pantalones y se dirigía hacia la puerta, echó una última mirada al sofá cama en la seguridad de que no volvería a ver más a Analiese. Pero una noche, un mes o dos después, se sintió tierno y melancólico, y la llamó a las tres de la madrugada desde el Black Cross. Ella le leyó un poema que había escrito para él. Keith fue allí de todos modos. Un mes después de aquello, Keith abrió el periódico y vio un artículo titulado HORAS ROBADAS JUNTO AL RICK DE LA TELE. Venía una foto de Analiese, con vestido, aspirando la fragancia de una flor municipal. Venía también otra foto de Analiese, sin la flor,

y sin vestido (y cortada por las rodillas). Venía asimismo una foto de un Rick Purist un tanto asombrado: se parecía bastante, a no dudarlo, a Keith. Allí, en letras de molde, Keith leyó que era «muy romántico», «un amante fantástico» y que, además, estaba «hecho para el amor». Rick Purist negó todo aquello. La mujer de Rick, Traci, se hallaba junto a él. Imposible describir con palabras lo hueco que se puso Keith. Compró treinta ejemplares del rotativo con la intención de empapelar con ellos el Black Cross. Pero luego se dio cuenta, justo a tiempo, de que eso sería una respuesta inadecuada a un golpe de suerte realmente singular. Poderosamente erotizado de todos modos, Keith fue a ver a Analiese aquella misma semana. Ella ya sabía, para su bochorno y perjuicio (o para bochorno y perjuicio del director del diario), que Keith no era Rick Purist. Pero olvidó y perdonó, e inventó nuevas ficciones para él: Keith el noctívago, el hombre sin nombre, un Proteo y una Pimpinela Escarlata. Keith no lo entendió muy bien, pero le gustó bastante. Hasta entonces, nunca su poca formalidad y su rudeza sentimental habían sido ensalzadas como la esencia misma de su atractivo.

Por supuesto, hubo algunas pequeñas complicaciones. A veces, cuando llegaba sin avisar al estudio a altas horas de la noche, encontraba a Analiese acompañada. Un suspirante calvo o gafotas —un soplagaitas, inútil o retrasado mental— podía estar durmiendo en el sillón, o en el suelo, como un perro, en cuyo caso Keith lo arrojaba a las tinieblas exteriores entre risotadas y (ale, hop) patadas en el culo, y se acurrucaba en el sofá cama al lado de Analiese, con su calor, sus pechos y su risa. En otras ocasiones la sorprendía en la cama con gente famosa. Esto no solía ocurrir a menudo (Keith no iba por allí tampoco muy a menudo), y por otro lado la gente famosa ya no era tan famosa; pero ocurría de vez en cuando. Un músico clásico, algún poeta aterrado: estos eran los famosos —lectores de periódicos serios — a los que Analiese se veía reducida ahora. Pero él no la armaba. No se lo tomaba a pecho. Las reglas del juego eran las reglas del juego. Keith echaba unos tragos de lo que encontraba a mano, soltaba unas cuantas pullas y reemprendía la marcha, generalmente rumbo a la casa de Trish Shirt. Una vez la sorprendió en la cama con Rick Purist. Analiese reparaba así (según ella misma explicó después) el entuerto que había causado al matrimonio de Rick. Encendieron la lámpara de la mesita de noche: Keith y Rick se parecían muchísimo. Keith se quedó mirando embobado. ¡Había visto a Rick en la tele! Aquel fue uno de los instantes más extraños en la extraña vida de Keith. Pronto lo superó… Se podría decir que aquella noche lo resumía todo. Ahora Analiese vivía en Slough.

Y Keith era un hombre muy ocupado.

¿Y Debbee? ¿La pequeña Debbee? Bueno, Debbee era *especial*.

Morena, rechoncha, de labios salientes, todo en ella circular, ovoide, Debbee era «especial». Debbee era especial porque Keith venía acostándose con ella desde que cumplió doce años. Aunque, en realidad, no era el único. Con ella hacía el amor del modo más correcto y tradicional, pues le habían ligado las trompas y a su madre había que hacerle el regalo de setenta y cinco libras, lo que no estaba mal tampoco. Keith era limpio con Debbee Kensit. Respeto. Consideración. Nada de guarrerías. Amor natural. Sentía una sensación fantasmal al separarse de ella, en la cama pequeña, el cuarto pequeño, cuyas paredes reflejaban descoloridos duendes, enanos y hadas de la niñez perdida; y el olor blanco de su carne tan joven. Allí, sobre la sábana bajera hecha a mano, se hallaba tendida la pequeña Debbee, rellenita y recatada (y con las piernas gordas). E impresionantemente desnuda: sin adornos ni trucos ni uniforme escolar. Estos extras se podían encontrar, en abundancia, en su cajón de arriba; pero Debbee estaba siempre desnuda para su Keith, como mandaba la naturaleza. Ella nunca habría sugerido ponerse esas cosas; no, con Keith no. Y a Keith le daba corte pedírselo. El otoño anterior, Debbee había celebrado su decimoquinto aniversario. Antes Keith iba a su casa tantas veces como podía permitirse (o más de las que podía: a veces había firmado a sabiendas cheques sin fondos a nombre de Mrs. K). Pero desde diciembre último, se le veía poco por allí. De todos modos, Debbee siempre sería especial para Keith. Siempre sería especial. Al menos, hasta que cumpliera dieciocho años. O dieciséis.

Y, por último, invariablemente por último, estaba Trish Shirt, rubia y pálida y actualmente algo envejecida, la delgaducha Trish (aunque de piernas robustas), que no recordaba la edad que tenía ni el tono rubio que llevaba en el pelo cuando empezó, hacía ya muchos años. Vivía debajo de un supermercado en Ladbroke Grove, lo que le resultaba cómodo, por no decir necesario, ya que le repateaba salir de casa. Trish necesitaba varios lingotazos de vodka antes de poder afrontar la iluminación fluorescente y las mercancías enjauladas. Keith le traía su subsidio de desempleo, ahorrándole la mortificación quincenal, y con parte del dinero le compraba las bebidas, ahorrándole así una pesadilla aún más frecuente. Esto contribuía poderosamente al constante aumento de sus poderes. Keith era como un dios para Trish. «Keith, yo haría lo que fuera por ti. Lo que fuera», solía decirle. Y Keith le tomaba la palabra. Sin embargo, cada vez que salía de CostCheck con las llaves del pesado Cavalier en la mano, o que se vestía (o se subía la cremallera) en silencio con los ojos puestos en su pálido cuerpo, prometía solemnemente que aquella sería su última visita. Cada vez que abría de un empujón la puerta contrachapada, cada vez que Trish salía a recibirlo de rodillas, Keith se enfurecía un poco más. Pensaba darle su merecido castigo. Cielo

santo, qué estaba *haciendo* consigo mismo… ¿Por qué estaba allí, con ella, con *aquello*, cuando tenía a la adorable y pequeña Debbee y a la sinuosa Analiese (y a Peggy y a Iqbala y a Petronella y a Fran)? Bueno, había que reconocer que Trish también tenía algo bueno. Trish tenía una gran cualidad. Era la que estaba más cerca.

¿Cómo explicarse el gancho que tenía Keith con las mujeres? ¿Cómo explicarse el talento de Keith? Keith poseía un don especial: era capaz de decir a las mujeres en qué estaban pensando. Esto es algo que ha sido siempre muy difícil, pero que lo es mucho más con estas mujeres, y en estos tiempos.

Por lo demás, ¿necesitaba realmente Keith tener gancho con las mujeres? Una era borracha, la otra estaba chiflada y la tercera tenía quince años. El rompecorazones. Tales eran, pues, las chicas de Keith.

Curiosamente, con quien más cerca había estado del amor había sido con Chick Purchase. Durante muchos años Chick había invadido y usurpado sus pensamientos: Keith lo *odiaba*, con pasión. Y Keith podría haber amado a aquel chico… Todo se remontaba a aquella disputa, en aquella planta próxima a la M4, cerca de Bristol. Pero también corrían rumores, leyendas, sobre un incidente que había tenido lugar durante una fiesta, un incidente en el que se hallaron implicados Keith y Charlotte Purchase, la hermana de Chick. Unos hablaban de proposiciones deshonestas; otros de una violación frustrada. Fuera cual fuere la verdad, lo cierto es que Keith, recién salido del hospital después de una osada irrupción en un narcopub rival, había sido rápidamente rehospitalizado por obra y gracia de Chick. Mirando hacia atrás ahora, con la madurez que proporciona el paso del tiempo, Keith se decía que era mentira lo de la violación frustrada (la cual, sostenía él, había sido un éxito apoteósico) y que detrás de la enemistad se agazapaba un asunto más oscuro, algo de lo que un hombre no podía hablar con facilidad. En la barra del Black Cross se murmuraba con temor, pero con convencimiento general, que los dos hombres se habían enemistado a causa de un disputado resultado en los dardos. En fin, aquello era agua pasada. Pero Keith podría haber amado a aquel chico.

—¿Y cómo te va, Harry? —preguntó la buena de Lady Barnaby.

—Bien —dijo Keith—. Me va bien, Lady B. ¿Todo en regla?

Keith se dio una vuelta por la casa mecánicamente, comprobando la caldera arreglada, el suelo de la cocina recién reparado y lijado, los muebles cambiados de sitio, el cristal nuevo de la ventana… El viejo lo había hechos añicos el propio Keith días atrás, como recurso para agilizar su entrada en la casa de Lady Barnaby. Había sido Guy Clinch quien le había hecho reparar en la vieja dama, señalando con el dedo a una figura encorvada que pasaba por Ladbroke Grove: «Conocí a su

marido…; a ella ahora la casa le viene grande.»

Keith hizo lo que solía hacer cuando quería conocer a un miembro del sexo opuesto. La siguió hasta su casa. Y luego, el ladrillo en el pañuelo manchado. «Disculpe, señora», había dicho Keith con la respiración entrecortada cuando por fin salió Lady Barnaby a la puerta después de mirar por la mirilla, «unos mocosos negros acaban de arrojar un ladrillo a su ventana de abajo. Yo he ido a atraparlos, pero los muy… se han escapado.» Pasó aún un rato hasta que dejó entrar a Keith. A la pobre viejecita parecía que le iba a dar un soponcio cuando vio cómo había quedado el parterre que había junto al cristal roto. Se puso a llorar sobre los hombros de Keith. Se bebieron una botella de coñac. Keith la calmó contándole sus desagradables experiencias con nuestros hermanitos de color… A partir de aquel día, Keith no dejó de acudir puntualmente a casa de Lady B. para hacer algún trabajo, o más bien para supervisarlo. Él no tenía la menor idea de cómo se hacían aquellos trabajos; se las apañaba para encargárselos a alguno de los chorizos que conocía en White City. Lady Barnaby le estaba realmente agradecida a Keith. Decía a menudo que era un consuelo para su viejo corazón el saber que aún existía gente como él.

—¿Y bien, Harry, que te parece? —preguntó Lady Barnaby con inquietud.

Con inquietud Keith dio unas palmadas a la caldera y sentenció que había sido un excelente trabajo. En realidad, hasta él era capaz de ver que un grave fallo afectaba al aparato. De hecho, estaba nervioso por hallarse en el mismo cuarto —en el mismo pisoque aquella laboriosa bomba revestida de metal.

—Una auténtica obra de artesanía —dijo.

—Sin embargo, escucha con atención, Harry. Ese horrible traqueteo. Y esos ruidos de *escupitajos*.

—Eso son simplemente las válvulas, que se están ajustando al nuevo flujo, que es ahora mayor, Lady B. El… *revestimiento*. No es más que el revestimiento.

—¡Espérame!

En la cocina, Keith dijo:

—Se lo va a pasar fabulosamente en Yugoslavia, Lady B. ¿Qué? ¡No me diga! Pero si *vi* cómo se le hacía la boca agua mientras miraba el folleto… Con suite propia, piscina privada, restaurante de cinco estrellas. Va a ser como el cielo en la tierra, amor. El mismísimo cielo. —Keith pensó en las vacaciones que le había amañado con su colega de la agencia de mala muerte de Harrow Road: el hotel a medio construir y ya casi en ruinas; la sombra de la fábrica abandonada; la costa desolada—. Quién sabe —prosiguió—, podría encontrar allí a alguien que le guste.

—¡Harry!

—¡Cómo que no! Pero si es usted una viejecita muy guapa, Lady B. De veras. No como mi madre. Escuche una cosa. El viernes por la mañana me encargaré yo de llevarla al aeropuerto. Cierre esa boca. Nada más fácil. La veré entonces, pues. Y si tiene algún problema, Lady B., ya sabe lo que tiene que hacer. A la menor insignificancia, llame a Keith. Quiero decir, a Harry.

Ese día Keith almorzó muy tarde en el Amritsar y luego volvió al Black Cross y estuvo jugando a los dardos once horas seguidas.

Excesivamente expeditivo en casi todo lo que hacía, Keith era un romántico irredento cuando se trataba de sus dardos… Su sueño era más o menos el siguiente: una casa en Twickenham o por allí; en los alrededores de Twickenham. Una pajarera. Aparcar allí a la mujer y a la hija. Poseer galgos. Un nombre conocido. Entrar en los planes del entrenador nacional: lanzar el propio corazón enfundado en una camiseta con la enseña inglesa. Un embajador del deporte, un orgullo para el juego. Echar un polvete a cada camarera de Gran Bretaña: ninguna mujer de la tierra que entrara en un pub podría resistirse a una celebridad de los dardos, a todo un personaje. Giras por Escandinavia, Australia, Canadá, Estados Unidos. Formar una videoteca personal con todas sus victorias. Salir por la televisión, una cara conocida por millones de personas. Al otro lado de la pantalla. La tele. La tele…

A comienzos de verano, mientras rellenaba (con infinito esfuerzo y dificultad) su solicitud para participar en el Duoshare Sparrow Masters, la competición interpubs eliminatoria en la que le iba tan bien hasta el presente, Keith pasó varios días de auténticos quebraderos de cabeza antes de rellenar la sección marcada HOBBIES. Quiso poner *dardos* y dejarlo así. Pero dardos era su trabajo. Habría sido como decir que sus hobbies eran *estafar, robar* y *ocultar material robado*. Además, en el pasado había ganado dos premios de la Organización Británica de Dardos: una especie de becas de dardos, para ayudarle a independizarse económicamente y prosperar en su empeño por llegar a ser un profesional. No lo tenía muy claro del todo (además, las ayudas en metálico lo habían mantenido económicamente independiente los respectivos quince minutos aproximadamente que había tardado en dilapidar cada una de dichas ayudas en el despacho de apuestas); pero, en cualquier caso, una persona que pugnaba por abrirse paso en el mundo de los pequeños negocios no podía decir que su «hobby» consistía en *ampliar la valla del jardín* o en *regentar un estanco*. ¿Cuáles *eran*, pues, los hobbies de Keith? No podía poner *las titis*. Esto podía trascender hasta Kath. No podía poner *los caballos* ni *sacar a pasear a Clive* ni *frecuentar los pubs*.

En cuanto *al billar* y a *las máquinas tragaperras*, eso tenía, ya que no otra cosa, el sello de la autenticidad… Barajó algunas otras ficciones: *la espeleología, las reuniones, el cultivo de legumbres*. Pero su orgullo se rebeló contra tal impostura. ¿Cultivar legumbres? Hay que estar… Finalmente, escarbó en su alma por última vez, se le pusieron blancos los nudillos de la fuerza con que agarró el bolígrafo y puso *la televisión*.

Era la pura verdad. Veía muchísimo la tele. Había visto la tele durante muchos años seguidos, *eternidades* de tele. Como que había quemado el tubo de tanto verla… Y el tubo lo había quemado a él, lo había dejado KO al resquebrajarse sus cátodos como si tuvieran cáncer. «La tele», pensó Keith, o «La realidad moderna», o «El mundo». Era el mundo de la tele el que le enseñaba lo que era el mundo. ¿Qué efecto ejerce tanto tiempo de tele en una persona moderna, una persona como Keith? El hecho de que él renunciaría gustoso a una visita al Louvre o al Prado por diez minutos en solitario con un catálogo de bragas, eso era tal vez un rasgo suyo personal. Pero la tele le llegaba a Keith como a cualquier otra persona; y no tenía absolutamente nada con que poder librarse de ella. No podía graduarla ni filtrarla. Por eso creía que la tele era real… Por supuesto, parte de ella *era* efectivamente real. Los disturbios de Kazajistán eran reales, lo que se decía sobre antigüedades era real (Keith veía esos programas con un espíritu de empeño profesional), los suicidios en masa de Sun City eran reales, los dardos eran reales. Pero igual de reales eran, a juicio de Keith, *Dinastía, Oliver Twist: el musical, El raterillo de Piccadilly* o *El sádico del internado de chicas*. No una realidad tan activa como, por ejemplo, los dardos, que la cámara se recreaba en espiar y explorar con varios micrófonos. No: una realidad ejemplar, toda ella bella y graciosamente interrelacionada, en la que nada resultaba demasiado hiriente ni nadie se hacía viejo. Era un trapecio muy elevado: las artistas, todas ellas adornadas con lentejuelas y tutús (¡mira qué tía tan buena!), trabajaban muy por encima del serrín, de las cáscaras de nuez y del agua de los charcos, allí arriba, más allá de esa tirante y vibrante red de seguridad llamada *dinero*.

Durante los días que siguieron a su primer encuentro, la imagen de Nicola Six fue poco a poco apoderándose de la mente de Keith. Se apoderó igual que la televisión. Keith pensaba en ella a menudo: mientras inspeccionaba un escaparate en Oxford Street, mientras se hacía una paja apresurada en los momentos previos a caer dormido, mientras se destrozaba con Trish Shirt. Aunque muchos de estos pensamientos eran francamente pornográficos (pero de una pornografía con clase, ¿entendido?; no como la porquería que abunda por aquí), no todos ellos lo eran. Se veía a sí mismo en bañador, sobre una tumbona, frunciendo el ceño ante un balance comercial junto a

una piscina privada, mientras Nicola se le acercaba en bikini y tacones altos para servirle una bebida y acariciarle con ternura el pelo. «Los Ángeles, je, je», susurraba. O Keith en esmoquin, en un patio a las afueras de Palermo: mesa de cristal y velas, y ella con una falda de mucho vuelo. Empresario internacional con amplios intereses comerciales. Redimido y liberado de su miseria. Al otro lado. A donde le podrían conducir los dardos. A donde él estaba llamado a llegar.

Dejó pasar un poco de tiempo, y luego la llamó.

Su salida, aquella tarde, del Black Cross estuvo marcada por su temple resuelto. Fuera, el día estaba tranquilo; la pernera acampanada de sus pantalones ondeaba graciosamente mientras avanzaba hacia el pesado Cavalier. Con los labios apretados y salidos hacia fuera, se abrió paso entre el tráfico de doble sentido.

A decir verdad, Keith estaba disgustado. No le había hecho gracia el tono de su voz —la de Nicola— en el teléfono. Aquella vocecilla podría estar haciéndole perder el tiempo simplemente. O tal vez se las daba de fría. Pero no le importaba. Ninguna mujer podía dárselas más de fría que el propio Keith, con sus prodigios en el arte de la desconsideración. Como llegar tarde. Keith siempre llegaba tarde a sus citas, especialmente a la primera. Y, si tenía algún sustituto, en raras ocasiones asomaba el pelo personalmente.

—Voy para allá —había dicho Keith. Ahora estaba aparcado en doble fila junto al Indian Mutiny, en Cathcart Road. Sentado a su mesa de siempre, Keith comió poppadams y pato de Bombay mientras el personal le preparaba con esmero su vindalú de cordero.

—¿La salsa de napalm, señor? —preguntó Rashid. Keith estaba decidido, como lo solía estar en las demás cosas.

—Claro, coño. La salsa de napalm. —En la cocina se atarearon en responder al imperial reto de Keith: preparar un curry tan picante que no pudiera comérselo. Llegó la comida. Unos rostros animados pero silenciosos lo miraron fijamente a través de la ventanilla de la cocina. El impacto de la primera cucharada provocó un bigote de sudor en el labio superior de Keith y levantó excitados murmullos en la cocina—. Un poco suave —exhaló Keith cuando pudo hablar de nuevo. Aquel día, el Indian Mutiny no tenía más clientes. Keith masticaba imperturbablemente. Su melena leonina parecía de plata en medio de las sombras. Las lágrimas se deslizaban por sus secos carrillos—. Algo flojo, Rashid —reiteró al ir a pagar, con poca propina—. ¿Qué estás mirando? Es el cinco por ciento. Flojo, muy flojo.

—¿Nicky? Soy Keith —dijo Keith, después de apretar con fuerza el botón del portero automático.

Un segundo zumbido, y la puerta sucumbió a su presión. Se volvió

y echó una mirada al callejón.

Keith encaró las escaleras. El vindalú de cordero le arrancó otro resonante eructo. Deteniéndose solamente para inspeccionar una cerradura y mirar al trasluz un sobre marrón, y para apoyarse en la pared unos instantes aguantándose la frente con la muñeca, Keith inició la pesada subida.

Llegó arriba, y se encontró con una puerta. La abrió. «Mierda», dijo. Más escaleras.

Nicola se hallaba esperándolo al final de este último piso: llevaba un suave vestido de lana de color gato siamés —tres de sus nueve botones, o nueve vidas, ya estaban desabrochados— y unos pendientes esmeralda, como los ojos de un tigre, escondidos entre su pelo negro, un collar de plata y todos y cada uno de los dedos de sus apretadas manos ensartados de anillos.

—Vamos, sube.

—Champán —dijo Keith—. A tu salud —agregó—. Qué barbaridad.

La siguió por el pasillo en dirección al cuarto de estar, meneando un dedo a solo unos milímetros del trasero de Nicola. Luego, tras sorberse resueltamente los mocos, confrontó el cuarto con su aritmética mental. Nicola se volvió para mirar de frente a Keith, el cual siguió con su cálculos. La suma era cada vez mayor. Incluida la joyería. Aquí hay mucha pasta invertida, como en la tele, pensó. Cuando ella se llevó una mano a la garganta, Keith se puso a registrar su mente, en busca de un juego de palabras para «cuello alto». No encontró ninguno. Dijo:

—Prestigioso.

—¿Quieres una copa o alguna otra cosa?

—El trabajo antes que el placer, mi amor —dijo Keith, que ya estaba bastante borracho. En el fondo, le habría gustado no estarlo, porque las resacas le jugaban malas pasadas con los dardos. Pero le había parecido que necesitaba las siete jarras de cerveza lager (es menester, con estas cosas) y la serie de coñacs con que había redondeado la comida. Keith se preguntó por qué. No era costumbre suya, a aquellas horas tan tempranas del día. No es que le importara mucho, pues él aguantaba bien la bebida. Nadie se daba cuenta. Pensó con la debida humildad en las veces que había irrumpido por la puerta contrachapada de Trish Shirt y se había dado de bruces contra la pared, sin que ella dijera nunca una palabra. La aguantaba bien.

—Estás bastante borracho, ¿no, Keith? —dijo Nicola.

—Una pequeña celebración —dijo Keith sin alterarse. Pero…, eso se lo calla uno, estaba pensando. Eso no se dice. No, no señor. Eso *nunca se dice*… Keith se miró los pies, calzados al revés, y sintió cómo

los ojos de Nicola se movían con severidad por encima de su pelo de pub. Las piernas de Nicola, observó, estaban combativamente abiertas, y el último botón de su vestido estaba desabrochado. El vestido de Nicola: Keith había pensado, en el primer momento de su encuentro, en meterle la mano por dentro. Pero ahora no, pensó. Ni hablar.

Ella miró su reloj y dijo:

—Supongo que ya podemos empezar.

Y Keith se vio conducido a la cocina. Insistentemente, pero sin provecho, manoseó la estropeada aspiradora, echó un vistazo al triturador de basuras atrancado y manipuló la tabla de planchar sin bisagra.

—Esto no tiene arreglo —dijo Nicola.

Yo soy un tipo activo, pensó Keith. No puedo tirarlo todo. Aquí estoy yo…

—Aquí estoy yo —dijo—. Yo soy un tipo activo. No puedo tirarlo todo.

—Y está el molinillo de café.

Y le sacó el molinillo. Ambos lo miraron con detenimiento. A Keith le pareció que estaba en perfectas condiciones.

—¿Crees que es la resistencia? —preguntó en tono de confianza.

—Podría ser —dijo Keith mientras pensaba deprisa. Moler, molienda, joder, jodienda. La molienda y la jodienda no tienen enmienda. Je, je.

Nicola le ofreció un destornillador y miró con interés:

—O tal vez acumulación de polvillo en la parte del motor.

Polvillo, polvete, polvo, polvazo, je, je. Cómo lo sabes, chata. De la manera que a ti más te guste.

Quitó los tornillos e introdujo la mano. La afilada cuchilla se ensañó con la yema de su pulgar.

—Me cago en la leche *jodida* —exclamó, dejando todo tirado.

No tenía más opción que acabar el capítulo *justo ahí*. Yo también tenía que dejar todo tirado. Tal vez pueda volver más tarde y suavizar la transición, si hay tiempo.

Sencillamente, no se podía seguir aceptando un minuto más la versión de Keith. ¿Que ella lo había amado en el cuarto de baño, y le había hecho un regalo en metálico? No. No. Yo tenía que hacer mi propia jugada (guerra a los malvados). Yo tenía que ir allí también.

Hasta aquel punto, el relato de Talent era una asquerosidad tan mortificante que no podía por menos de ser la verdad pedante, en mi opinión. No me lo contó a mí solamente, sino también a Dean, Thelonius, Fucker y Bogdan, del Black Cross. Todo el mundo convenía tácitamente en que Keith salía de la historia muy bien parado.

¿Cómo es esto? No se olvide: moderno, moderno. Porque todo ello era un tributo a la indiferencia de Keith. A un Keith al que le importaba todo un pito. Esto preparaba el camino de su triunfo aún mayor en el terreno sexual, en el que, por supuesto (en la versión de Keith), regía una impenetrable mendacidad.

Un verdadero shock esta mañana. Una cucaracha, en el piso de Mark Asprey. La vi recorrer todo el perímetro de la cocina y pasar de un electrodoméstico a otro. Parecía una pequeña carroza de cuatro plazas, con un pequeño cochero que esgrimía un látigo aún más pequeño.

Bueno, yo sabía que llegarían hasta aquí, estos bicharracos negros, y que colonizarían el lugar. Pero ¡en el piso de Mark Asprey! Obviamente, los Clinch también las tienen. Yo esperaba —y deseaba— que la primera ola de escarabajos respetara las tradiciones locales. Pensaba que se establecerían en casa de Keith. Pero ve a explicar lo de la clase a una cucaracha. Las cucarachas no entienden a los ingleses como los entiendo yo. Yo entiendo a los ingleses. Me avergüenzo de decir que me enorgullezco de ello.

Quiero entrar en casa de Keith. Me muero de ganas de que me invite. Las clases de dardos, que me resultan increíblemente horribles, solo me han llevado hasta su garaje. El solitario bloque de edificios al final de Golborne Road: lo veo desde la ventana de mi habitación. No dejo de darle vueltas.

Auxiliadora va a empezar a venir esta semana. Me llueven las invitaciones para ir a Lansdowne Crescent. Me veo plantado delante del dormitorio principal, desnudo, con la ropa debajo del brazo,

llamando a la puerta.

Así pues, até los diarios con la cinta original y me dirigí hacia el apartamento de Nicola. Sí, señor: simplemente fui allí. A diferencia de Guy Clinch, yo tengo la dirección y el número de teléfono de Nicola. Tengo también todas sus direcciones y números de teléfono del pasado. Todo está ahí, en la primera página: sus movimientos nómadas por la ciudad. Chelsea, Blackfriars, Regent's Park, Bloomsbury, Hamstead, etcétera. Y ahora, el callejón sin salida. Nunca ha vivido tan al oeste como ahora. Nicola Six ha vivido con señas de otra gente muchísimo tiempo. Pero esta gente no la trataba lo suficientemente bien, y por eso ella se mudaba enseguida.

«6: SIX», rezaba el letrerillo.

—¿Sí, quién es?

La voz era culpable y retadora. A nadie le gusta verse sorprendido en casa a media tarde. A nadie le gusta verse sorprendido. Y además, podía haber sido Keith. Dije:

—Me llamo Samson Young. Hola, qué tal. Nos vimos en el pub, ¿no recuerda? En el Black Cross. Y aquel mismo día nos vimos después en la calle. Tengo algo suyo que me gustaría devolverle.

—No lo quiero.

—Sí lo quiere.

—No, no lo quiero.

—Muy bien. Entonces, recurriré a la policía.

—Vaya, hombre —dijo—. Otro que se toma las cosas al pie de la letra. Escuche. Vuelva dentro de una hora.

Se me ocurrió una cosa. Es lo que pasa por ser escritor: ocurrencias, cientos de retos a tu seguridad, cientos de decisiones, a cada página. Dije:

—No es preciso que se arregle para mí. No soy un contendiente más. Vengo en plan… desinteresado. No voy a estar mucho tiempo ni me importa el aspecto que pueda usted tener. No la voy a disuadir… —Hubo un silencio. Entonces ella colgó el auricular. Después hubo otro silencio, y luego el zumbido y yo que empujé para entrar…

Me costó al menos tanto como a Keith llegar hasta arriba. Pasé por delante de los objetos de rigor: bicicletas mal escondidas, los abominables sobres marrones, espejos, macetas con plantas. En el último tramo de las escaleras, una vez franqueada la puerta interior…, se sentía ya esa cosa mucho antes de que ella apareciera personalmente en lo alto. O sea que yo, que no soy ningún ligón, me enamoré en el acto, si bien había sentido ya aquellas poderosas auras femeninas, aquellas expansivas ondas femeninas. Nada como esto, sin embargo: una intensidad a la vez serena y expectante, y lista para

tomar cualquier camino. Sí, cualquier camino… Y cuando ella apareció en lo alto de las escaleras —con su bata blanca y el pelo caído sobre un rostro sin maquillar—, albergué el brutal pensamiento de que acababa de acostarse con quince amantes a la vez, o de tener quince reglas. La seguí a la habitación abuhardillada.

—Es muy propia —dije—; agradablemente anárquica. —Me estaba refiriendo a la habitación. No conseguía que me mirara. Su conducta parecía expresar gran renuncia, e incluso miedo físico. Pero es difícil saber qué es lo que acontece realmente en el primer encuentro.

—¿Quiere una copa?

—No, beba usted, si quiere. —Sobre la mesa, junto la ventana, había una botella de vino tinto medio vacía. Sobre otra mesa se estaban muriendo, en su florero, las flores de Keith. Nicola abandonó el cuarto; oí el borboteo del grifo. Luego volvió con el vaso enjuagado. El corcho salió en silencio. Recortado sobre la clara luz de los cristales, el vaso exhibía dos leves manchas rojas: vino en la base y lápiz de labios en el borde. El vino de hoy, el lápiz de labios de ayer. Ahora no llevaba los labios pintados. Ni la bata recién lavada. Había cierto orgullo en esto. Después de todo, su cuerpo había sido temerariamente adorado, hasta el último centímetro. Incluso sus secreciones, incluso su basura (creía ella tal vez), incluso su polvo era adorable. Nicola olía a sueño trágico y a tabaco. No a humo de cigarrillos, sino a tabaco, oscurecido por la humedad.

Dos sillones de mimbre frente a frente, junto a la mesa pequeña con su lámpara. Nicola se sentó en un sillón y puso los pies en el otro. Tenía el teléfono al alcance de la mano. Así que aquella era su postura telefónica. Sentí esperanza: Nicola se mostraría comunicativa. Yo la miraba, pero ella no me miraba a mí. Miraba cualquier cosa, menos a mí.

—Siéntese —dijo con laxitud, señalando el sofá. Coloqué los diarios en el suelo, a mis pies—. Así que los ha leído.

—No fue difícil —dije yo—. No podía dejarlos. —Ella sonrió para sí, secretamente, lo que me animó a seguir hablando—. Maneja muy bien el lenguaje, como tantas otras cosas. Para serle franco, la envidio.

—¿Todo? ¿Ha leído todo?

—De cabo a rabo.

Nicola enrojeció, para su propia irritación. Fue un verdadero juego de luces durante un momento: su piel aceituna espesada por el violeta. Sí, en su morenez aparecían unos tintes de rosa. Se compuso el dobladillo de la bata y dijo:

—Usted conoce todo de mis…

—¿De sus debilidades o predilecciones sexuales? ¿O, más bien, aficiones?

—Perversiones.

—¡Oh!, son muy corrientes.

—¿De veras?

Ahora me miraba a los ojos directamente. Su labio inferior expresaba un gesto de comedida hostilidad. Mejor ir directamente al grano, pensé. O corro el riesgo de que todo concluya aquí. Y si yo quería de ella la verdad, entonces tenía que ofrecerle a ella también la verdad. Y yo *tengo que conseguir* la verdad.

—¿Va a «ir a la policía» con relación a eso? —preguntó.

—Casi todos —dije— nos sentimos angustiados de una manera u otra. No he venido a juzgarla.

—Gracias. Entonces, ¿a qué *ha venido*?

Estuve al borde de la confesión; pero me limité a decir:

—Yo soy un simple observador. O un oyente.

—Bueno, ¿y a mí qué? Para mí, usted es una inesperada y desagradable complicación.

—Tal vez no. Tal vez yo la ayude a simplificar. Estoy intrigado por lo que dice acerca de la muerte del amor… Nicola, déjame ser tu diario.

En ese instante debió de tomar la decisión. Yo descubrí por qué la había tomado, poco antes de irme. Empezamos con la visita de Keith y seguimos hablando durante unos tres cuartos de hora. Ella contestó a todas mis preguntas, hasta las más impúdicas, con ponderada claridad y gran memoria. Tuve que resistir a la tentación de tomar notas. Y me enseñó incluso la casa: pasillo interior, dormitorio, y vuelta a la sala.

—Voy a cumplir mi promesa y a marcharme ya —dije—. ¿Puedo llamarte mañana? Ah, eres escorpio, ¿no? ¿Cuándo *es* tu cumpleaños? —Eso era pasarse un poco. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Quién creía yo que era? Pero a ella no pareció importarle—. ¿No es la Noche de Guy Fawkes?[6]

—Sí. La noche de las hogueras.

—¿Sabes que es también el día del eclipse total?

—Sí, lo sé. Eso está bien, ¿no?

Estábamos los dos de pie. Entonces hicimos algo que la gente casi nunca hace en la vida real. Nos miramos mutuamente durante veinte, treinta, cuarenta segundos. Fue especialmente duro para mí, a causa de mis ojos y todo lo demás. En el parpadeo que hizo en determinado momento, noté que sus dientes, torcidos, mostraban unas casi imperceptibles huellas de abandono. La decoloración (vertical, resinosa) era de por sí fatalista. Bueno, ¿y qué? Aquellas manchas provocaron mi primera y única punzada erótica de la tarde (no el cálido contorno de sus pechos, ni el convencimiento de su desnudez bajo el algodón, delicadamente sucio). Hacía mucho tiempo que nadie

me miraba de aquel modo; y me sentí conmovido. Cuando ella se compuso para formular una pregunta o aseveración, supe lo que me venía encima, y supe que me lo había merecido.

—Tú eres…

—¡No lo digas! —dije (me sorprendí a mí mismo), llevándome las manos a los oídos—. Por favor. Todavía no. No lo digas, por favor.

Y entonces ella levantó una mano para ahogar o cubrir una sonrisa que sabía que era perversa.

—¡Dios mío! —dijo—. *Eres* tú realmente.

En el camino de vuelta, dos críos que iban soltando tacos me ofrecieron un puñado de chucherías: Jimmies o Smarties. Estuve reflexionando, mientras escuchaba los reniegos vociferados y desperdiciados por aquellos niños de siete años.

Debería pensar realmente en lo que hago: aceptar caramelos de niños extraños…

Antes de irme, Nicola me devolvió sus diarios y me dijo que los tirara en algún contenedor. Me esforcé por que no se me notara: no podía decirle que había pasado la mitad del día fotocopiándolos hasta la última página. Mark Asprey tiene una Xerox, una maquinita preciosa. Parece funcionar como un tostador, cuando funciona, lo cual no es el caso en este momento. Fui a la papelería bangladesí de Queensway. Fue un auténtico sablazo, lo suficiente para meterme en el cuerpo el pánico financiero. Me vine abajo de repente y llamé a Missy Harter, de Hornig Ultrason. Por supuesto, no hablé con ella directamente, sino con su secretaria, Janit. Tampoco esto es cierto. Hablé con la secretaria de la secretaria de Missy Harter, Barbro: la secretaria de Janit. Al parecer, Missy Harter me devolverá la llamada.

Naturalmente, es todavía demasiado pronto para empezar a pensar en un anticipo. O lo era, hace un par de horas. Pero no veo cómo me podrían detener, ahora que he hallado causa común con la víctima.

Me siento ridículamente encantado, en el capítulo 4, con el pasaje sobre el emperador Federico y Balduino IX, conde de Flandes. Cuando se le acerca Analiese en plena calle, y él no sabe si optar por el personaje de Rick Purist, o por el suyo propio, por el de Keith. Lo he robado de *En pos del milenio*, de Norman Cohn. Como le ocurre a casi todo el mundo, a mí me resulta también cada vez más difícil ponerme a leer un libro; sin embargo, aún puedo hojear la obra de Cohn, que muestra una inteligencia fascinada y absorta. También he llegado prácticamente a la mitad de la historia de América, en un solo volumen, de Hugh Brogan. Pronto tendré que echar mano a las estanterías de Mark Asprey (o a los libros de Mark Asprey), que no parecen muy prometedoras.

¡Estos pseudo-Balduinos y pseudo-Federicos, eremitas medievales (vagabundos medievales, a menudo) divinizados por poblaciones desesperadas, por las hordas inspiradas de los pobres! Algunos de ellos gozaron de gran popularidad durante mucho tiempo. Encabezaron levantamientos; marcharon sobre grandes capitales y ocuparon palacios. Follaron a diestro y siniestro, y se divirtieron como si no hubiera ningún mañana en sus vidas, durante un tiempo. Pero todos pagaron un precio, en la hoguera. Y cuando ellos se chamuscaron, otros pseudo-pseudo-Federicos y pseudo-pseudo-Balduinos salieron a la palestra a sustituirlos, repentinamente resucitados de entre los muertos. Y también a ellos los pasaron por el fuego.

Ya el Antiguo Testamento esperaba el Apocalipsis «muy pronto». En épocas de desorientación y de ansiedad masivas… Pero yo estoy tratando de olvidar la situación del mundo. Espero que pase. No el mundo. La situación. Necesito tiempo para seguir adelante con este pequeño ensayo de escapismo inofensivo. Necesito tiempo para ir a London Fields.

A veces me pregunto si podré mantener la novela al margen de la situación mundial: de la crisis, que ahora algunos llaman a veces la Crisis (ni ellos mismos se lo creen). Tal vez sea como el tiempo. Tal vez sea imposible mantenerla al margen.

¿Tendrá la conclusión que parece estar anhelando? (¿Tendrá la Crisis una Conclusión?) ¿Es esa la naturaleza de la bestia? Ya veremos. Por supuesto, yo espero que no. Perdería a muchos lectores potenciales, y todo mi trabajo habría resultado vano. Y eso no me haría *ninguna* gracia.

5. EL HORIZONTE DE LOS SUCESOS

Como las flores de una tumba en que reposa la madre de un matón sentimental, el ramo de Keith se doblaba y holgazaneaba en su jarrón sobre la mesa redonda. Nicola siempre contemplaba aquellas flores con incredulidad. Los colores le hablaban de natillas, de comida blanca, un té pesado y sustancioso servido en platos color pastel, las flores marchitas de un velatorio proletario por algún viejo tirano o alguna vieja urraca de pub, loca durante los últimos treinta años.

Le parecía que, lejos de alegrar la casa, como Keith había vaticinado, las flores la hacían prácticamente inhabitable. En la India (donde había estado Nicola una vez), ciertos colores están asociados con los colores de ciertas castas. Aquellas eran flores de la casta inferior, flores sin casta, flores intocables. Pero Nicola no las tiró. No las tocó (no le apetecía tocarlas). Esperaba a Keith Talent, y las flores tenían que seguir allí. Nicola no sabía aún que los ojos azules de Keith eran completamente ciegos para las flores, o que estaban hechos a prueba de flores. Él no repararía en ellas, ni tampoco en su ausencia. Así como un vampiro (otra clase de ser que no franquea el umbral sin ser invitado) no deja su reflejo en los cristales o espejos, de igual manera las flores, salvo en su acepción de nombre común (sabía que gustaban a los pájaros, y a las abejas), no enviaban mensaje alguno a los ojos azules de Keith.

Telefoneó a tiempo, el día en que murieron las flores. Al coger el teléfono, Nicola se sintió…, se sintió como se siente uno cuando se dispara el timbre de la puerta como una alarma a media noche. Un error desagradable, o noticias realmente malas. Recuperó la calma. Tras unos cuantos *pip pip* puntuados por los distorsionados reniegos de Keith, distinguió los graznidos y el barullo general del Black Cross a las tres y cuarto. A pesar de que los pubs estaban ahora abiertos casi las veinticuatro horas del día (había uno en la esquina de su callejón), aún seguían atestados a la antigua hora de cierre: codificados recuerdos arraigados en los genes de los pubs… El tono de Keith era empalagosamente amistoso: parecía estar consolándola por alguna desgracia compartida (aparatos caseros defectuosos; trabajos de pacotilla; la vida, la vida), como si se conocieran desde hacía mucho

tiempo, lo que, en cierto sentido, pensó ella, era casi cierto.

—Estupendo, querida —dijo con su lúgubre retintín—; sí, sí, estoy ahí enseguida, cielo —añadió cuando Nicola dijo que sí.

Nicola se preparó para la visita de Keith con sumo cuidado.

Cuando era pequeña, Nicola tenía una amiguita llamada Enola Gay. Enola participaba en todas sus tretas, rabietas y huelgas de hambre, en todo su terrorismo doméstico. También ella tenía la facultad o don de saber siempre cómo se desarrollarían las cosas. Enola no existía. La había inventado Nicola. Cuando llegó a la adolescencia, Enola hizo una cosa horrible. Después, mantuvo un secreto horrible. Enola había dado a luz a un niño horrible, llamado Little Boy.

—Enola —le solía susurrar Nicola en la oscuridad—, ¿qué has hecho, malvada? ¡Enola! *Enola Gay*…

A pesar de lo horrible que era el niño, Enola brillaba a través de Little Boy con la luz de muchos soles. Nicola sabía que ella nunca generaría semejante luz por sí misma. Ella estaba vivísima; tenía una luz divina: cuando iba por la calle, parecía iluminada por los focos de su cinematógrafo personal. Pero no era la luz que Little Boy le daba a Enola Gay. Aquella luz provenía de un elemental poder femenino: la propagación. Si Nicola hubiera tenido esa luz, su fuerza podría haberse acercado al infinito. Pero no la tenía, ni llegaría nunca a tenerla.

Con ella, la luz funcionaba en sentido inverso… El agujero negro, durante tanto tiempo vaticinado por la teoría, era ahora, para júbilo de Nicola, un hecho astronómico establecido: Cygnus X-1. Era un sistema binario; el agujero negro se hallaba en la órbita de una estrella que tenía treinta veces la masa de nuestro sol. El agujero negro tenía el peso de diez masas solares, pero no era más grande que Londres. No era nada; era simplemente un agujero. Se había desprendido del espacio y del tiempo. Se había quedado varado en su propio universo. Su propia naturaleza impedía a quien fuera saber lo que era: inabordable, iniluminable. Nada es lo suficientemente rápido para escapar de él. La velocidad de escape de la madre tierra es de diez kilómetros por segundo, la de Júpiter, de sesenta kilómetros por segundo, la del sol, de seiscientos kilómetros por segundo. La velocidad de escape de Sirius B, la primera enana blanca que encontraron, es de 7.500 kilómetros por segundo. Pero en el caso de Cygnus X-1, el cisne negro, la velocidad de escape es nula. Ni siquiera la luz, que se propaga a 300.000 kilómetros por segundo, puede escapar de él. *Eso es lo que yo soy*, solía decirse a sí misma después de un acto sexual: *un agujero negro; nada puede escaparse de mí*.

La sodomía le hacía daño a Nicola, pero no de manera literal; era

su frecuencia local, por así decir, lo que le hacía tanto daño. Era la única cosa de su persona que no lograba entender y que no podría perdonar. ¿Con cuánta frecuencia se daba *en general* (humillación bastante curiosa esta, la de buscar seguridad en los números)? No era como la masturbación, que todo el mundo sabía que los demás la practicaban en secreto, a excepción de los consabidos fanáticos o los avestruces o los embusteros. La masturbación era un secreto abierto hasta que se cumplían los treinta años. Entonces se convertía en un secreto cerrado. Incluso la literatura moderna se mostraba hermética sobre este punto, bastante hermética. Nicola achacaba en parte a este silencio las dimensiones industriales de la pornografía contemporánea: la pornografía, un género en que la masturbación era el *único* tema. Todo el mundo se masturbaba durante toda su vida. En general, la literatura declinaba la responsabilidad sobre esta verdad. Así que la pornografía tenía que vérselas por sí sola con ella. No de forma elegante o alentadora. Pero sí de la mejor manera que podía.

Cuando se trataba de la sodomía… El instinto decía que estaba lejos de practicarse de manera generalizada; pero uno podía albergar sospechas también en esto. Recordaba haber leído, con una llamarada de placer, que nada menos que el setenta y cinco por ciento de los juicios por divorcio, por parte de las mujeres contra los hombres, mencionaban la sodomía bajo un concepto u otro, formulada ya como *crueldad física*, ya como *exigencias irrazonables*, ya de cualquier otra forma. ¿Hasta qué punto era irrazonable, o cruel? ¿Qué pasaba si era la mujer la que deseaba la sodomía? El lugar tentador, tan próximo a su hermano mejor considerado… Pero fuera por el lugar que fuera (el sobaco, la corva), no dejaba de tener su atractivo. Seamos realistas y pensemos en la boca humana. La boca se hallaba bastante más lejos. Y la boca también servía.

La literatura *sí entraba* en el tema de la sodomía, y cada vez más. Esto consolaba tremendamente a Nicola Six. Ahora bien, ¿se la podía considerar un tema del siglo XX…? Al igual que Keith Talent se mostraría orgulloso representando a su país enfundado en una camiseta con los colores de Inglaterra, así también Nicola, con liguero, medias y brazaletes en los tobillos, se declaraba perfectamente preparada para representar a su siglo. Arrancaba, suponía ella, con Joyce, quien había mostrado gran interés por el tema: una turbia *nostalgie*. Lawrence mostró interés por el tema: la tierra, la sangre, la *voluntad* (sí, y la inevitable degradación). Beckett mostró interés por el tema: un anhelo inmaduramente egoísta (decidió Nicola) para causar tristeza y, a poder ser, daño y traumas a los personajes femeninos. En cuanto a los americanos, *todos* parecían interesados en el tema: con John Updike, se trataba principalmente de otra cosa más que podían hacer los humanos, y todo lo humano interesaba a Updike; con

Norman Mailer no hacía falta profundizar demasiado (un mero pasatiempo, previo a una violencia mayor); Philip Roth, con lo que se podría calificar de ironía grotesca, se refiere a ella como «amor anal». Por su parte, V. S. Naipaul, que mostró interés por el tema, habla de «una masa negra sexual». Bueno, en cualquier caso, *negra*. Y un agujero negro era masa, masa pura, masa infinita.

No, no todo el mundo la practicaba. Pero Nicola sí. En determinado momento (siempre deseaba no hacerlo, pero siempre sabía que lo haría) Nicola tendía a redirigir las arremetidas de sus amantes hacia aquella parte del sistema binario… Se las pintaba sola para prepararse con el dedo corazón de la mano izquierda. El dedo del matrimonio. Era asombrosa la grosería del simbolismo que le venía a la mente: el dedo del matrimonio buscando un anillo diferente en el lugar por donde no salían los bebés. Era el único momento en que perdía el control. No cuando sucedía (desde luego que no), sino después, más tarde, entre silenciosas lágrimas de consternación. ¿Cuánto había llorado? ¿Cuántas cascadas de lágrimas? ¿Cuántos centímetros al año?

Lo que la entristecía y ponía furiosa era la abdicación de poder, tan cobarde, la rendición tan cerca de casita. Y el poder era lo que ella buscaba ahora. Nicola había tenido una vida placentera; pero era promiscua *por principio*, como un signo de emancipación, de libertad espiritual, de libertad respecto de los hombres. Carecía, creía ella, de deseo, y se enorgullecía de su brillantez desapasionada en la cama. Pero luego, el sutil reajuste, y el abyecto susurro… Y esto lo envenenaba todo, en cierto modo. De nuevo, no literalmente. Aunque a Nicola le gustaba hacer lo que no hacían los demás, aunque le gustaba el peligro, no le gustaba *ese* tipo de peligro, de peligro vandálico, absolutamente desprovisto de forma. Ella era promiscua, pero sus amantes no lo eran (generalmente estaban casados); y su ginecólogo le aseguró una noche, cuando aún tenía tiempo para ocuparse de asuntos tan remotos, que no pasaba nada si *se hacía en último lugar*. Pero ¿qué otra cosa, si no, se iba a hacer en último lugar? La cosa era ya de por sí la última cosa. Siempre engendraba el final de la relación. Y a Nicola le producía cierto consuelo este hecho: tal vez era simplemente su estrategia para mandar al amor de vuelta por donde había venido.

La otra compensación era de índole artística. Al menos se hallaba en consonancia con su mayor aflicción; la sodomía, al fin y al cabo, tenía coherencia. La mayoría de las especies tienen sus contrarios y sus afines. Hay fulanas para toda clase de hombres, y viceversa. Hay listos y tontos, guapos y feos, vocingleros y callados, y así hasta el infinito. Unas veces congenian, y otras se oponen. Incluso el suicida fallido necesita de un asesino; y el asesino, de una víctima.

Unos quince minutos después, Nicola estaba segura de que Keith llegaría con retraso —con un retraso considerable—. Así que cambió su plan. Adoptó el plan B. Su *vida* tenía un plan B, o lo había tenido: vivir. Los primeros indicios de la edad madura habían fijado esto. Con tales indicios, otros indicios: la segunda mitad de la vida; y la muerte natural. Estos indicios eran muy informativos, estaban plagados de noticias —¡y de ningún agradecimiento!—. Envejecías enseguida, como el planeta. Como el planeta, no te quedaba más remedio que postrarte ante las maravillas de la medicina moderna, del moderno se puede-hacer. Pero no se puede-hacer nada, si se compara con lo ya-hecho. Tenías que confiar en la suerte cósmica. La operación celestial, la cirugía estética, el trasplante. La lluvia divina.

Cambió sus planes inmediatos. De haber llegado Keith a su hora, habría «sorprendido» a Nicola en pantalones de deporte, camiseta y gorra de béisbol al revés, la manera como se vestía cuando, en un éxtasis de vejación, hacía la limpieza semanal de la casa. Pero se había retrasado. En consecuencia, se quitó los pantalones cortos y se puso otra vez los vaqueros, y se fue fríamente a hacer la compra con su bolsa de lona.

Cuando Nicola pasaba por la calle, la iluminaban los focos de su cinematógrafo personal; nada del otro mundo tampoco: un único foco manipulado desde el gallinero. Tenía ella un nimbo azul, el azul del sexo o de la tristeza. Cualquier par de ojos que estuvieran despiertos en ese momento en el callejón se orientaban invariablemente hacia ella: los albañiles que estaban arreglando una casa, un viajante agotado al volante de su coche barato, un hombre solo en casa suspirando con la nariz pegada al cristal de la ventana. Había tres tiendas en el cruce: un estanco (y estafeta de Correos), una tienda de comestibles (y de bebidas alcohólicas) regentada por asiáticos e, incongruentemente, una agencia de viajes: una tienda que vendía viajes. Lo primero que hizo Nicola fue comprar fusibles y recoger sus cigarrillos franceses. La viejecita diminuta que estaba al otro lado del mostrador (imposible imaginar que hubiera sido alguna vez mujer) pedía especialmente para ella esta clase de tabaco; y Nicola sentía como una obligación el advertirla de que no siguiera haciéndolo: le puedo decir que he dejado de fumar, pensaba. En la tienda de comestibles compró limones, unas cuantas tónicas, zumo de tomate y la que ella esperó ardientemente que fuera su última botella de desinfectante para váter. La estanquera le cobraba más de la cuenta, el tendero le estafaba en el peso… Al pasar por delante de la agencia de viajes, que exhibía grandes listas de destinos (y de precios, histéricamente reducidos en tiempos normales, pero ahora astronómicamente aumentados: hasta ir a Ámsterdam costaba ahora

un riñón), Nicola se dio cuenta de repente de que nunca más volvería a viajar. ¿Nunca jamás? ¿Ni siquiera unos días con Guy a Aix-en-Provence, ni un fin de semana con Keith a Ilfracombe o Jersey o algún otro paraíso libre de impuestos? Nunca. Sencillamente, no habría tiempo.

A la vuelta, junto a la entrada del callejón, sintió la mirada de dos albañiles que estaban sentados medio desnudos comiendo huevos rebozados y bebiendo cerveza en las escaleras del portal de una casa de la esquina, que, supuesta o, en cualquier caso, superficialmente, estaban restaurando. Nicola ya había reparado antes en aquel par de ejemplares. Uno, de dieciséis o diecisiete años, delgado y bronceado, estaba absolutamente encantado con el comienzo de su poderío; el otro: el mayor, hinchado, de unos treinta años, pelo largo y pocos dientes, estaba hecho una ruina, como si cumpliera un año cada dos meses. El joven se incorporó de un salto al acercarse Nicola.

—¡Miss Mundo! —dijo con voz temblorosa. Esbozó una expresión de irónica súplica—. Concédenos una sonrisa. *Por favor*. Venga, ilumínate. ¿Qué te cuesta?

Nicola sonrió. Nicola se volvió hacia él al pasar y le obsequió con una hermosa sonrisa.

Se estuvo arreglando con esmero para la visita de Keith, pese a saber, más o menos, cómo iba a terminar la cosa. Por supuesto, su relación con la realidad era bastante divertida (aunque ella no daba mucha importancia a esto), cuando conseguía que tomara una forma que ella sabía que ya tenía —en algún lugar, en una especie de *potencia* espectral…—. Sin hacer otra cosa que lo que simplemente era natural, Nicola tomó lo que llamaba un baño de puta: plantada desnuda sobre una toalla ante el lavabo y el espejo. Mientras se lavaba, desarrolló mentalmente un plan erótico. Sería humillante, y completamente innecesario, pensar con demasiado detalle en el asunto; pero una tenía que estar preparada. Tomando un ejemplo al azar, los preciosos pelillos de sus axilas, tan aromáticos y erógenos, tan a menudo alabados y babeados, baza excelente sin ningún género de dudas…, tal vez tendrían que desaparecer. Tal vez él le pediría que se los quitara. Todavía no. Ya se vería.

La ropa interior la seleccionó sin la menor vacilación: liguero, medias, sostén, de color blanco esta vez, todo blanco. Se sentó en la cama, se echó hacia atrás, y luego se incorporó con la cabeza inclinada, mientras ejecutaba los debidos ajustes. Nicola estaba asombrada —Nicola estaba consternada— de que hubiera tan pocas mujeres que realmente *entendieran* de lencería. *Era* un escándalo. Si el esclavizar sin esfuerzo a los hombres era la principal idea, o una de las ideas (¿y quién tenía una idea mejor?), ¿por qué reducir a la mitad las

oportunidades por algo tan trivial como quedarse corta a la hora de comprar? En sus viajes, Nicola había tenido ocasión de compartir dormitorios, camarotes, tocadores, y había visto a principiantas, divorciadas depredadoras, jóvenes azafatas, y hasta vividoras con relativo éxito, despojarse de sus vestidos de fiesta y trajes de baile y revelar pololos, leotardos, calzones y bragas de pesadilla. Una próspera meretriz, con la que estuvo viviendo durante un tiempo en Milán, llevaba invariablemente unos pantis que le recordaban, tanto por el tejido como por el color, a un parche para callos. Nicola había transmitido a veces sus conocimientos sobre ropa interior a efímeras compañeras de piso, a chicas que nunca ligaban en las fiestas y a alguna que otra rival mal equipada. Se necesitaban solamente diez segundos. Seis meses después, las que lo habían entendido se encontraban residiendo en algún palacete de Pimlico y parecían quince años más jóvenes. Pero casi ninguna lo entendía bien. Exceso de elaboración o falta de amor propio, o simple falta de talento, más extravagancias de poca monta, como la persistente e improductiva falacia de la ropa interior *negra*, que mostraba el auténtico instinto putesco y superaba a los pantalones de boxeador y a los slips de gimnasia, pero que no daba en el blanco. Tal vez las mujeres eran incapaces de creer lo simples que eran los hombres en realidad: cómo todo se podía decidir en cinco minutos, en la mercería de la esquina. En este particular final de este particular siglo, ellos querían lencería blanca, brillante y ajustada. Querían la forma femenina silueteada y modelada, empaquetada y envuelta en papel de regalo, estilizada, acartonada, y con apariencia, por un momento al menos, de ilusoria pureza. Querían la blanca mentira de la virginidad. Los hombres eran tan *simples*… Pero ¿influía esto en los pensamientos de las mujeres, en los pensamientos de las mujeres como Nicola Six?

Nunca, en toda su vida, había desechado Nicola una sola prenda de vestir. El dormitorio que seguía al suyo en superficie se había convertido en un superguardarropa; era como una boutique: trajes, vestidos de fiesta, ropa de teatro y disfraces, cinturones, bufandas, sombreros. Hasta la mismísima Imelda Marcos se habría maravillado de los metros cuadrados que ocupaban los zapatos de Nicola… Si Keith Talent la estuviera vistiendo en aquel momento, si Keith la estuviera dibujando (especuló ella), ¿cómo querría que apareciera? ¿Qué querría, en lo alto de las escaleras? Nicola con botas altas de color rosa, minifalda de rayón y blusa superceñida. Sí, esto o Nicola en traje de baile color ópalo con el talle bajo y guantes de marfil hasta los codos, en un dolmán con adornos de marta cebellina, diadema de brillantes y un airoso penacho en el pelo. La reina de diamantes, la reina de corazones. Pero, naturalmente, no se podían hacer así las cosas.

—Sube —dijo Nicola.

Mientras Keith la seguía por el pasillo, Nicola hizo algo que no era propio de ella: maldijo su suerte. Luego se volvió y lo inspeccionó, desde la árida coronilla hasta sus tacones cubanos, mientras él paseaba por la habitación sus azules ojos de rebuscador: Keith, despojado de todo el carisma que la calle y el pub le proporcionaban. No eran sus maneras, ni la delgadez de sus piernas y de su trasero, ni el desagradable olor de su cuerpo (olía como si acabara de comerse un camello untado con mostaza), ni el brillo borracho de su mirada —rasgos todos ellos ciertamente repelentes—. Lo que Nicola vio de inmediato con un escalofrío (ya lo sabía, se dijo para sus adentros) fue que se había extinguido en él toda capacidad de amar. No quedaba ni rastro. Keith era incapaz de matar por amor. Era incapaz de cruzar la calle, o de mover el coche, por amor. Nicola alzó los ojos al cielo al pensar en lo que esto significaría para ella sexualmente. Y, para decir la verdad, siempre había pensado que el amor estaría presente de alguna forma en su muerte.

—Bueno, vamos a empezar —dijo, conduciendo a Keith a la cocina y sus electrodomésticos estropeados. Una vez allí, Nicola se cruzó de brazos y se quedó mirando, cada vez más asombrada por la manera como se interponían las cosas entre Keith y el mundo inanimado. La torpeza de sus manos inútiles, su falta de paciencia y el modo en que los cacharros acababan dominándolo. Ella también era una inepta en la cocina; nunca había sido capaz de preparar nada remotamente comestible en la cocina eléctrica, ahora en desuso desde hacía largo tiempo. Pero aquel frenesí de charlatanería doméstica… Keith manejaba la tabla de planchar como el hombre del chiste de la hamaca. El mango de la aspiradora parecía una pitón enloquecida en sus manos. Tras su desventura final con el molinillo de café, Nicola le dio un pañuelo de papel para su pulgar lastimado y dijo con voz de desconcierto:

—Pero si eres un completo inútil. O tal vez sea la borrachera…

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Keith rápidamente—. Escúchame: yo, por lo general, no hago nada de esto personalmente. Tengo un equipo de personas en White City. Auténticos artesanos. Vamos para allá.

Con dificultad —en la baquelita había ya sangre, sudor y lágrimas —, Keith consiguió por fin quitar la tapa. Juntos, contemplaron el interior tricolor del enchufe. Sus rostros estaban muy próximos; Nicola podía oír el suave jadeo entrecortado de Keith que se filtraba por su boca abierta.

—Parece que está bien —arriesgó.

—Podría ser el fusible.

—Sí. Podría ser.

—Pues cámbialo —sugirió ella, ofreciéndole un fusible nuevo de la bolsa de papel.

Pillándose una uña amarilla, soltando tacos a mansalva, dejando caer tornillos y confundiendo fusibles, Keith llevó a término la hazaña. Introdujo el enchufe en la pared, apretó el botón interruptor y movió con energía el molinillo de café. No ocurrió nada.

—Bueno —dijo Keith al cabo—. Pues no es el fusible.

—Por lo menos, ¿puedes echar un vistazo al asiento del váter?

El cuarto de baño era asombrosamente espacioso —enmoquetado y lleno de aire innecesario—; entre la rechoncha bañera y la tumbona roja parecía mediar una gran distancia. Era aquel un espacio, un escenario, que había sido testigo de un montón de desnudeces, un montón de secreciones, abluciones y reflexiones. El sol derramaba su luz a través de la ventana redonda que había sobre la bañera. El rostro de Keith vibró, o se estremeció, cuando Nicola cerró la puerta tras ellos.

—El váter —anunció Keith con salvaje claridad. Se acercó a la taza y levantó la tapa de madera. Nicola sintió de repente un cosquilleo, un cosquilleo en las axilas. Sabía lo que estaba mirando Keith: la pequeña mancha fecal sobre la fría y blanca rampa. Al verla con anterioridad, Nicola había resuelto limpiar la taza. Sabía, sin embargo, que si no lo hacía de inmediato ya no lo haría. No lo había hecho de inmediato, así que no lo había hecho.

—El asiento se mueve —dijo—. Y resbala.

Mientras Keith se hallaba arrodillado jugando sin ninguna seguridad con la tapa, Nicola fue a sentarse en la roja tumbona. Adoptó una pose de pensadora, la barbilla apoyada sobre el puño. Keith la vio retirarse y vio lo que había que ver: el cachemira gris claro, las medias blancas, las interioridades morenas de su pierna izquierda cruzada.

—Váter movedizo —gorjeó Keith—. No puede seguir así. Podrías hacerte daño. Podría estropear tu vida matrimonial.

Nicola lo miró fijamente. Puede que se produjera una hinchazón infinitesimal en las órbitas de sus ojos. Se le ocurrieron inmediatamente varias respuestas, como al alumno que levanta la mano para agradar a la bonita profesora. Una era «Lárgate de aquí, so patán»; otra, curiosamente (y esta debería ser pronunciada con voz monótona), era «¿Te apetece un poco de sexo sucio, Keith?». Pero optó por el silencio. ¿Qué importaba? No iba a *haber* ninguna vida matrimonial. Se levantó.

—Te está saliendo sangre. Toma. —Cogió una latita de la estantería. La luz cambiaba a medida que ella se iba acercando a

Keith.

Aplicó un esparadrapo a la yema del pulgar de Keith, que palpitaba ligeramente. Vista de cerca, la carne se parece a los genitales: erizada de minúsculos pelillos, forma diminutas bolsas. Si las manos tenían aspecto genital, ¿cómo serían sus genitales, vistos de cerca? Los efectos fisiológicos de este pensamiento le volvieron a recordar que era *él*. Dejaron caer las manos. Con diferentes sensaciones de vértigo vieron, contra la fría taza, cómo la sangre brillante bajaba serpenteando por los residuos oscuros… Es repugnante, pensó ella. Pero ya es demasiado tarde.

—Por aquí —dijo ella.

Cinco segundos después, Keith se hallaba en el pasillo mientras Nicola, con entusiasmo, lo cargaba con la tabla de planchar, la plancha, la aspiradora, el molinillo de café. Mientras realizaba esta operación, le hablaba como quien habla a un deficiente, o a un simple representante. Serías tan amable de… Una valiosa ayuda. Si también fuera posible… Quedaría sumamente agradecida… Miró por encima de él. Los tacones cubanos de Keith se dispusieron a jalonar en sentido descendente los peldaños de la escalera. Alzaba la vista para verla, difícilmente a causa de la impedimenta; parecía un músico ambulante. Parecía un hombre orquesta. Nicola dijo:

—Debería darte un adelanto. —Y alargó la mano para coger algo que había en la mesita; se le acercó—. El hombre que vi en el Black Cross. Guy.

—Sí. Guy —confirmó Keith.

—No es un don nadie, ¿verdad, Keith?

—Desde luego que no.

—¿De veras? —Nicola esperaba que Keith saltara como un resorte ante cualquier mención favorable de Guy Clinch. Pero el tono de su voz era respetuoso, incluso tenía un tinte de admiración. En aquel momento Keith parecía necesitar todo el apoyo y solidaridad posibles.

—Seguro. Trabaja en la City. Tiene título. Lo he visto en su talonario. Pone «Honorable» —remató Keith astutamente.

Nicola se acercó aún más. Estaba enrollando con los dedos dos billetes de cincuenta libras. Keith intentó un gesto giratorio, en preparación.

—Espera —dijo ella—. Se te va a caer todo. —Keith llevaba una camisa de tul negra con un bolsillo de parche. Pero este ya estaba ocupado por sus dardos. Así que Nicola apretó todo lo que pudo el rollo y se lo metió en la boca—. ¿Es rico? —volvió sobre el tema.

Keith se llevó los billetes enrollados hacia las comisuras, como si sus labios estuvieran ya acostumbrados a tener dinero entre ellos.

—Desde luego.

—Bien. Hay algo que tú y yo podríamos hacer juntos. Un asunto de dinero. Consigue que me llame. ¿Lo harás? ¿Pronto?

Se volvió de nuevo, y asintió.

—Ah, se me olvidaba otra cosa. —¿Y cuál era esa otra cosa? La embargó un repentino y ancestral deseo de levantarse la falda hasta la cintura, darse media vuelta e inclinarse (como una niña terrible, con un papaíto terrible). Puntualizó altiva—: Me llamo Nicola. No Nicky ni —sonrió abiertamente— «Nick».

—De acuerdo.

—Dilo.

Él lo dijo.

Los ojos de Nicola volvieron a la camisa de tul negra. Puso un dedo en uno de sus amplios cuadros centrales.

—Este tipo de tejido —dijo reflexivamente— debería estar en mis piernas. No en tu pecho. Adiós, Keith.

—Sí. Je, je.

Nicola volvió al cuarto de estar y encendió un cigarrillo. Oyó a Keith bajar las escaleras estrepitosamente; Keith, con el dinero en la boca. Permaneció concentrada en su cigarrillo durante un minuto más o menos, con la cabeza inclinada, y luego se dirigió hacia el ventanal del pasillo. Lo vio cruzar la calle y desplomarse, con gráfica dificultad, sobre el maletero abierto de su coche. Era el coche indicado: el coche del asesino. Con un parpadeo infantil, Keith alzó los ojos hacia el cielo vespertino, cuyo rosa pálido, como de costumbre, conseguía sugerir el antónimo de salud, como la cara de un bebedor macilento. Sus ojos se encontraron lentamente a través del cristal. Keith se disponía a intentar algún tipo de saludo cuando, de repente, fue presa de un ataque de estornudos. Los sonidos de estos estornudos —graznidos intermitentes— viajaron hasta Nicola a la velocidad del sonido: le recordaron los estornudos de un perro callejero. Con la mano pegada a la boca, Keith circunvaló el coche, se metió dentro y se alejó suavemente del callejón.

—Estornuda como un perro —dijo Nicola para sí.

Eran las seis de la tarde. Bostezó ávidamente y se dirigió a la cocina a por champán. Tendida en el sofá, meditó los siguientes pasos a dar, conectó el aparato, que le reveló los contornos que ya existían. Guy llamaría al cabo de dos días. Ella le propondría una cita en el parque. Escogería un día frío, con objeto de poder ponerse el abrigo de pieles claro. Debajo, por lo menos, podría llevar guardados algunos secretos divertidos. Sacudía los hombros mientras reía, quedamente. Cuando Nicola reía, todo su cuerpo se sacudía. Todo su cuerpo reía.

En los libros de divulgación, cuando querían que te imaginaras un agujero negro, generalmente evocaban el ejemplo de un fotón de luz

errático, o (más divulgativo y fálico) de un astronauta en su nave espacial: un hombre en un cohete. Al aproximarse al agujero negro, el navegante espacial encontraba el *disco de acreción*, una materia envolvente procedente de la estrella vecina (y que contenía quizá los restos del naufragio de otros hombres, de otros cohetes); y luego, teóricamente, el *Schwarzschild radius*, que marcaba el punto en el que la velocidad de escape igualaba a la velocidad de la luz. Este era el *horizonte de los sucesos*, en el que el tiempo espacial se colapsaba: el torniquete hacia el olvido, más allá del cual solo había un futuro, un único futuro posible. No había ninguna escapatoria: durante la bajada instantánea, toda la eternidad se iba quedando a un lado. Atrapados en esta geometría implosiva, el hombre y su cohete hacen su entrada en el agujero negro.

O considerémoslo de otra manera. Nicola Six, bastante incomodada, se encuentra allí arriba en su platillo volante, acercándose al horizonte de los sucesos. Aún no lo ha cruzado. Pero está terriblemente próximo. Necesitaría de toda su fuerza retroactiva, hasta la última pizca, para volver al espacio abierto…

No, esto no funciona. Y no funciona porque Nicola ya está en el otro lado. Durante toda su vida ha estado en el otro lado del horizonte de los sucesos, pisoteando la gravedad a cámara lenta. Ella es eso. Es la singularidad desnuda. Está más allá del agujero negro.

Cada quince minutos suena el teléfono. Es Ella, de Los Ángeles; es Rhea, de Río; es Merouka, de Marruecos. Tengo que interrumpir drásticamente sus cálidos arrullos para comunicarles una desagradable verdad: yo no soy Mark Asprey. Él está en Nueva York. Les doy mi número. Cuelgan, como si yo no existiera.

Sobre el felpudo se amontonan cartas perfumadas con huellas de barra de labios. Continuamente hay chicas merodeando por aquí: se diría que estuvieran montando guardia. Cuando les digo a esas preciosidades —pequeñas duquesas, tías buenorras y *poules de luxe*— que Mark Asprey no está, parece que les da un soponcio. Tengo que cogerlas para que no se caigan al suelo. El otro día por la mañana vi en el portal a una criatura adorablemente nerviosa llamada Anastasia, que esperaba que Mark le concediera un par de minutos. Cuando le solté la verdad, pensé que tendría que llamar a una ambulancia. No, esto no es nada bueno para un tipo tan poco afortunado en el amor y en el arte; me quedo en el pasillo pensativo, rascándome la cabeza, después de mirar a las reinas de ensueño enmarcadas y las dedicatorias garabateadas a través de sus gargantas: *A mi Apolo. Nadie lo hace tan bien como tú. ¡Oh, soy completamente tuya…*!

Anastasia no pudo ser más encantadora (le di un buen achuchón, y ella se alejó tambaleándose y pidiendo disculpas: la cara una auténtica máscara de lágrimas). Pero algunas otras, algunas de las más despampanantes, me miran con incrédula repugnancia. ¿Las puedo censurar, sobre todo cuando me hallo a mitad de capítulo, agotado, exaltado, empapado de culpabilidad y con una barba que me llega hasta el blanco de los ojos?

Ayer por la noche hubo una llamada fuera de lo común. Era para mí.

Al oír el sonido, el sutil crepitar que producen cinco mil kilómetros de distancia, pensé que podía ser Missy Harter, o Janit, o en cualquier caso Barbro. Era Slizard.

El doctor Slizard me cae bien y todo eso, pero sus llamadas no aceleran el ritmo de mis palpitaciones. Quiere que vaya a ver a unas personas que trabajan en un instituto de investigación en la margen sur del río.

—¿Cómo está América?

—Loca como un láser de rayos X —contestó.

Slizard admite que dicha visita no es necesaria; sin embargo, quiere que me pase por allí.

—Mándeme las pastillas —dije yo. Y también le dije que me lo pensaría.

—Dígame, Auxiliadora —empecé—, ¿cuánto tiempo lleva trabajando para los Clinch, para Hope y Guy?

Auxiliadora se portó estupendamente. Mientras hacía la limpieza de la casa, me proporcionó en quince minutos material suficiente para llenar por lo menos tres capítulos. No sé si Auxiliadora es la mujer de la limpieza ideal, pero es ciertamente una cotorra sensacional: cómo calumnia y pone verde a la gente… Auxi leía sus cartas y escuchaba sus llamadas telefónicas; registraba por igual papeleras y cestos de ropa sucia con auténtica profesionalidad forense. Interesantes enfoques sobre Lizzyboo. Excelente material sobre Marmaduke. Yo escuchaba, sentado audazmente en la mesa de Mark Asprey —no su mesa de despacho, sino su escritorio del cuarto de estar (donde, supongo yo, abría sus cartas de amor)—. Me estaba recuperando del capítulo 5. Material duro, parte de él. Ya estoy oyendo a Missy Harter decirme que América no va a querer saber nada de todo esto (sobre todo si pensamos publicarlo, por ejemplo, a finales de primavera, cuando la crisis y el año del comportamiento extraño serán ya cosa del pasado, de una u otra manera). Pero *Nicola* sí que es material duro. Nicola es *dura*. Creo que podría suavizarla un poco, si quedara tiempo. Pero suavizarla ¿para qué? Creo que, si yo quisiera, podría inventarme algo. Palmadas en el culo o lo que sea. Ella encima. Bocados de amor. Pero yo soy incapaz de inventarme nada. Sencillamente, no estoy hecho para eso. La verdad es que soy un narrador fidedigno… Estaba sentado en el escritorio mientras, con igual pericia, Auxi limpiaba la casa y retiraba la basura, tomando notas de lo que decía como si tal cosa (y deseando llegar al remanso doméstico, al hogar intachable del capítulo 6), cuando de repente se oyó el tintineo de un juego de llaves y un portazo, y en la habitación irrumpió furiosamente otra mujer.

Era española también. Se llamaba Encarnación. Y era la mujer de la limpieza oficial de Mark Asprey. Fue ella quien me dijo esto en inglés, repitiendo el mismo mensaje a Auxiliadora en una ráfaga de andaluz trufado de tacos. No tardé en localizar la nota de bienvenida de Mark: en efecto, había una posdata sobre su «mina» española, que estaba de vacaciones en su Granada natal, pero que regresaría en breve.

Fue una situación realmente embarazosa. Mejor dicho, fue una situación aterradora. Hacía semanas que no había pasado tanto pavor. Acompañé a Auxi hasta la puerta, le pedí disculpas y le pagué. Luego fui a esconderme en el despacho. Cuando Encarnación me echó de allí, volví al cuarto de estar, cuya gigantesca mesa de nogal —antes desnuda a excepción de un cuenco con toda clase de cosashallé

atestada de nuevos gongs, copas y obeliscos (rescatados por Encarnación de algún aparador de trofeos sin fondo) y alrededor de una docena de fotos de Mark Asprey pronunciando discursos de agradecimiento, halagado por jóvenes aspirantes a estrellas, o enfrascado en conversación sesuda con alguna lumbrera gemela diferente… Se parece al príncipe Andrés. A lo mejor *es* el príncipe Andrés: el príncipe de soltero, antes de ponerse tan gordo, merced a los guisos de Fergie. Los ojos socarrones, presionados por la carnosidad de las mejillas. La desordenada avidez de los dientes.

> Cena esta noche en Lansdowne Crescent. Lizzyboo estará también.
>
> De camino pienso recalar en el callejón: unos cócteles con Nicola Six.

Sin embargo, me muero de ganas de entrar en casa de Keith. He concebido esta idea, que no está nada mal: Kim, la niña. La pequeña Kim.

La casa de Keith no es un hogar (y tampoco una casa). Es un sitio para tener guardadas a la mujer y a la niña, y un sitio para vegetar, hasta que Keith acierte con los caballos o los dardos. Si bien se deshace a veces en elogios a su perro Clive, nunca menciona a su hija Kim, salvo cuando está especialmente borracho. Entonces todo es decir: *Pienso un montón en esa pequeñaja* y *Esa pequeñaja significa un montón para mí*. Pero si lo incitan o lo pinchan, entonces puede denunciar la pereza y falta de temple de Kath con relación a la pequeña.

—O sea —me dijo un día en el Black Cross, o tal vez fuera en el Golgotha, su bar preferido para beber (el Golgotha está abierto las veinticuatro horas del día, aunque también lo está el Black Cross)—, ¿qué espera? Siempre quejándose. Que si la niña esto. Que si la niña lo otro. Que no me deja dormir. Un bebé es…, o sea, según lo que haga la madre.

—Puede resultar muy duro, Keith —le advertí—. Yo he cuidado a niños, a niños pequeños. Adoran a sus madres, pero también las torturan. Las torturan con el arma del sueño.

Me miró meditabundo. No se necesita demasiada percepción para saber en qué está pensando Keith. Para empezar, Keith suele pensar solo raras veces. La propia dificultad, la falta de ejercicio de los músculos, escribe titulares en su frente. Keith, y su cara de rotativo. Susto. Horror. No hay más que leer sus párpados y fruncimientos. Ahora se leía algo así como *¿Y para qué quiere un tío cuidar a niños pequeños*? Se limitó a decir:

—Sí, pero no es como un trabajo de verdad. La mitad del tiempo

están metidos en su… en el *parque* ese. ¿Por qué cuidabas niños?

—Hace dos años perdí a mi hermano. —Esto era cierto, y también imperdonable. David. Lo siento. Te debo una. Esto de *escribir* tiene la culpa—. Bueno, pues tenían uno de dos años y otro recién nacido. Estuve con ellos hasta que todo pasó.

El rostro de Keith dijo: Qué pena. Cosas que ocurren. No me digas más. Pero yo dije más. Dije:

—Lo único que Kath necesita es un par de horas al día descansando de la niña. Eso la transformaría. Yo lo haría con mucho gusto. Guy contrata a niñeros —solté de pasada—. La llevaré al parque. Me encantan los niños pequeños.

Estaba claro que no le hacía mucha gracia la idea. (Empezó a hablar de dardos.) Esta vez, pensé, he perdido. Los bebés, los niños pequeños, todo eso es cosa de mujeres. Los únicos tipos a los que les gustan los niños son los travestis, los que tienen problemas hormonales, los maníacos sexuales. Para Keith, este era un terreno bastante turbulento. El corruptor de menores —el pederasta, el menorero— era lo peor de lo peor, y Keith se había topado ya antes con ese tipo de gente. En la cárcel. Keith hablaba de la cárcel con total libertad. En la cárcel había tenido la oportunidad de zurrar a varios corruptores de menores. Y no la había desaprovechado. En la cárcel, como en los demás sitios, se necesita a alguien distinto a quien mirar por encima del hombro, a alguien categóricamente *peor*. Al asesino de abuelitas en serie se le permitía subir en la bicicleta estática, y al francotirador aficionado le servían una salchicha suplementaria los domingos por la mañana; pero al menorero… De pronto, Keith me dijo por qué: la razón profunda, oculta debajo de todas las razones visibles. Keith no la *dijo*, pero estaba escrita en su entrecejo. El prisionero odiaba al corruptor de menores no ya solo porque necesitara a *alguien* a quien mirar por encima del hombro ni tampoco por un sentimentalismo que estaría fuera de lugar, sino porque era el único reducto para sus sentimientos paternales. Así, cuando marcabas al menorero con tu navaja robada, estabas mostrando simplemente a tus colegas lo buen padre que eras.

Le estaba agradecido a Keith por aquella idea penetrante. Eso es; ahora lo recuerdo: estábamos en Hosni's, la cafetería musulmana en la que Keith se recupera a veces de sus visitas al Golgotha y al Black Cross. En aquel preciso momento, uno de los semihabituales del local se acercó a nuestra mesa. Se inclinó y me dijo:

—Tú. Yo sé perfectamente quién eres tú. Un yanqui de cuatro ruedas.

A continuación nos ofreció una explicación, bastante forzada. Cuatro ruedas = coche de cuatro ruedas = coche americano = americano = yanqui.

—Hostia —dijo Keith—. Hostia —añadió con hastío iconoclasta—. No trago a este mierda. «Tus cojones huelen que apestan.» Me cago en la leche. ¿Cuándo vas a parar de decir chorradas? ¿Vas a *parar* alguna vez?

La mayor parte del apartamento de Mark Asprey me ama. Pero parte de él me odia. Las tuberías del agua me odian. Me gruñen y me gritan. A veces de noche. He llegado incluso a considerar el desesperado recurso de hacer venir a Keith a que les eche un vistazo. O, al menos, a que les aplique el oído.

Después de su última tormenta, después de su último ataque, rabieta o acto de locura, el cielo aparece inocente y silencioso, todo él dulzura y luz, y arranca del asfalto un brillo apagado. Sábanas y almohadas en la ancha cama del cielo.

Ni una palabra aún de Missy Harter.

6. LAS PUERTAS DEL ENGAÑO

En su sueño, Guy Clinch se acercó lentamente al cuerpo desnudo de una mujer prácticamente sin rostro. Durante un instante del sueño, la mujer se convirtió en un bebé de trece años, que sonreía y canturreaba, y luego volvió a convertirse de nuevo en una mujer sin rostro. Sin ni siquiera rostro de bebé. No era un sueño erótico. Era un sueño amoroso, un sueño de amor. Guy se estaba acercando a un rezumante *sí*…

En la realidad, en la vida real, Guy Clinch se estaba acercando a una situación bastante distinta. A unos centímetros de su mano se hallaba tendida Hope; llevaba la bata puesta, tenía los ojos abiertos de par en par y distaba mucho de carecer de rostro: un óvalo saludable y unos rasgados ojos pardos. A unos centímetros de su cabeza, sobre las innumerables almohadas, se acurrucaba Marmaduke, con las manos juntas y levantadas. Al entrar Guy en el cálido campo del cuerpo de su mujer, los dos puños de Marmaduke se estrellaron contra su cara abierta.

—¡Ay! —exclamó Guy. Su carne se movía formando ondas. Levantó los ojos justo a tiempo para ver la borrosa llegada del siguiente puñetazo de Marmaduke—. ¡*Ay*! —volvió a gritar. Sin ningunas ganas de jugar, se incorporó de medio cuerpo y logró reducir a Marmaduke.

—Llévatelo —dijo Hope con voz transida.

—¿Se ha portado muy mal?

—Y dale rápidamente de desayunar.

—Ven para acá, diablillo. —Levantó a Marmaduke, que aprovechó para hincarle los dientes en el cuello. Guy jadeó y buscó la manera de conseguir que Marmaduke abriera las fauces. Hope dijo:

—Hay que cambiarlo. Parece que ha vuelto a comerse casi todo el bragapañal.

—¿Lleva carga?

—No, no ha hecho. Cógele la nariz. Te soltará en un par de segundos.

Guy pellizcó las pegajosas narices de Marmaduke, cuyos dientes se ensañaron con más fuerza aún. Transcurrían los segundos. El niño

soltó por fin la presa, lateralmente, para mayor desgarro, y estornudó dos veces sobre la cara de su padre. Manteniendo al vociferante crío apartado de él como una pelota de rugby o una bolsa de plutonio, Guy salió disparado hacia el cuarto de baño contiguo. Esto dejó a Marmaduke con una única opción por el momento: la coz en la ingle, cosa que intentó religiosamente. Guy lo colocó boca abajo en el rincón más alejado de la moqueta del cuarto de baño. Consiguió cerrar la puerta con cerrojo y tomar asiento en el váter antes de que Marmaduke se levantara y se lanzara sobre él de nuevo… Había dos razones por las que Guy prefería la postura sedente: la primera, porque le ayudaba a acomodar la tremenda erección con que siempre se despertaba; la segunda, porque Marmaduke, fingiendo estar absorto mirando el manubrio de la cisterna, había bajado una vez la tapa con rapidez y fuerza increíbles, asestándole a Guy un golpe oblicuo que le dejó completamente morado el capullo durante mes y medio. Mientras Guy se servía de papel de váter para contener el flujo de sangre que le salía del cuello, Marmaduke empezó a trastear gritando como un descosido por el cuarto en busca de cosas de valor que poder machacar.

—Cheche —soltó Marmaduke—. Tada. Cheche. Tada. ¡Cheche! ¡Tada! ¡Cheche! ¡Tada! ¡Cheche! ¡Tada!

—¡Marchando! —cantó Guy.

Tostada de leche, pensó Guy. Un plato americano, servido con miel o almíbar. A Hope le gusta, y también a Lizzyboo. Ah, me falta algo: el colador.

Marmaduke se tomó un descanso para mirar con inquina a su atareado padre, el hombre con dos pares de manos.

—Tada —insistió, en un tono mucho más amenazador—. Tada *papi*. Papi. *Tada* papi. Papi *tada*.

—Sí *sí*. —Allí estaba Guy, untando diestramente las tostadas mientras Marmaduke se ensañaba ahora con sus piernas desnudas. Entonces llegó el momento de la verdad, y Marmaduke dio un salto para coger el cuchillo. Tras una feroz pelea debajo de la mesa, Guy lo desarmó y luego se incorporó, cogiéndose la nariz por donde Marmaduke la había mordido. Otra vez el cuchillo. Adoraba los cuchillos. Una verdadera vocación, pero ¿para qué profesión? Amigos y parientes, en sus raras y acortadas visitas, siempre decían que, cuando fuera mayor, Marmaduke se enrolaría en el ejército. Ni siquiera el anciano padre de Guy, general de brigada durante la Segunda Guerra Mundial, mostró especial satisfacción ante esta perspectiva.

Guy se agachó ahora sonriendo y ofreció una tostada a la babeante boca de Marmaduke.

—¡Qué barbaridad! —murmuró.

Guy había sugerido a menudo consultar a un especialista a propósito de la manera de comer de Marmaduke. Al fin y al cabo, estaban siguiendo los consejos de los especialistas a propósito de todo lo que hacía. Por descontado, al niño lo habían visto varios reputados dietistas, que le habían recetado regímenes destinados a apagar su energía. El último que le habían prescrito habría reducido a un plusmarquista olímpico a la más completa debilidad en cuestión de días, según había afirmado el doctor en su despacho artesonado. Pero no surtió efecto alguno en Marmaduke, cuyo gusto natural, por cierto, estaba reservado para las patatas fritas y las hamburguesas y el glutamato de monosodio y cualquier otro tipo de porquería… Guy había visto antes a niños glotones; pero nada semejante a aquello. La desesperación efecto de la hambruna, los chasquidos con que masticaba y su forma de engullir, la saliva centelleante. Medio empezado ya su quinto ladrillo compuesto de miel, mantequilla y pan integral moreno, Marmaduke escupió un pastoso bocado sobre las baldosas y lo pisoteó con su bota: una señal de hartazgo temporal. Guy le endosó un biberón y se lo llevó escaleras arriba sujetándolo a distancia. Lo encerró en la habitación, y luego volvió por la bandeja.

Hope seguía tendida sobre su pontón de almohadas. Así era como se suponía que se desarrollarían las cosas: la bandeja del té, el teléfono, la cartera del correo. La plantilla reducida del fin de semana ya había llegado y se encontraba distrayendo a Marmaduke en el cuarto de arriba; sus berridos —y los de la plantilla en cuestión—, así como los ocasionales impactos, llegaban amortiguados. Guy estaba tumbado sobre el sofá, leyendo los periódicos. Hope deslizaba cruelmente la mirada por las sucesivas invitaciones de borde dorado. Dijo:

—Vi a Melissa Barnaby ayer. Ahí fuera.

—¿Ah, sí? —dijo Guy. Lady Barnaby: la buena y triste Lady Barnaby, con sus ojos lechosos. Había cuidado a Marmaduke al principio, una o dos veces. No. Una vez. La llamada de teléfono al restaurante, justo en el momento en que llegaban los cócteles…

—Tenía muy buen aspecto. Dijo que se sentía diez años más joven. Ha encontrado a un joven maravilloso que le ha arreglado la casa. Y ahora se va a Yugoslavia una semana.

—Qué bien.

—Nosotros necesitamos otro.

—¿Otro qué? ¿Otro viaje a Yugoslavia?

—Otro joven maravilloso.

—Aquí dice que se recomienda a los turistas no visitar los países del COMECON. Imbéciles. Están desplegando el Muro de la

Tranquilidad. Querida —dijo—, ¿cómo te ha ido? ¿Has conseguido dormir algo?

—Un poco, me parece, entre las cinco y las cinco y cuarto. Lizzyboo me relevó. El niño estuvo terrible.

El sueño de Hope era un tema sagrado en aquella casa —más sagrado, posiblemente, y más rodeado de preocupación, que el mismísimo tema de Marmaduke—. Guy se había topado recientemente con una descripción científica del tiempo que dormía Hope —o que esta sostenía que dormía— durante sus noches con Marmaduke. La encontró cuando leía algo sobre los comienzos del universo, una fracción infinitesimal de tiempo después del Big Bang. *Una trillonésima parte del tiempo que tarda la velocidad de la luz en cruzar un protón*. La verdad es que esto no era mucho tiempo… Las noches alternas que le tocaba a Guy ocuparse de Marmaduke, generalmente se sacaba un récord de tres cuartos de hora, y a menudo dormitaba mientras el crío se hartaba de apalearlo o daba cabezazos contra las paredes tapizadas.

—Pobre de ti.

—Pobre de mí. Guy, ¿qué es *esta* porquería? —preguntó Hope. Tenía en la mano un papel encerado.

Guy siguió leyendo, o al menos sus ojos siguieron fijos sobre la página. El mes anterior había dado 15.000 libras para obras de caridad, y se sentía terriblemente culpable.

—¿Quince de los *grandes*? —dijo Hope—. Para salvar a los negritos, ¿no? —También ella había donado la misma cantidad el mes anterior, pero destinada a galerías de arte y teatros de ópera y demás depositarios del poder social—. ¿Y *nuestro* negrito, qué? ¿Quién lo va a salvar?

—Marmaduke —sentenció Guy— tendrá muchísimo dinero.

—¿No te das cuenta de cómo lo gasta? Apenas tiene dieciocho meses y ya tiene los bolsillos agujereados. Levi's 501. Necesitas terapia, Guy. Cuando empezó todo esto te *rogué* que fueras a un terapeuta.

Guy se encogió de hombros.

—Somos ricos —dijo.

—Anda, vete. Me das cáncer.

Después de un diestro y rápido movimiento de intestinos, Guy se duchó, y luego se afeitó: jabón francés y navaja. Se vistió con una colección de prendas carísimas y duraderas, ropa llevada por su padre, y por sus primos y excéntricos tíos. Su guardarropa era una City de trajes de negocios, aunque ahora la mayoría de los días su indumentaria ya no necesitaba *decir* nada. El hombre exterior estaba perdiendo sus rasgos distintivos. Pronto no quedaría ya más que un hombre interior, de débil sonrisa. Una chaqueta de tweed de corte

holgado, unos pantalones caqui sin forma, una camisa azul brillante, los descomunales zapatos (Guy tenía unos pies gigantescos). Al bajar por la escalera, sus ojos se toparon con un raro espectáculo: Marmaduke tranquilamente acurrucado en los brazos de su madre. Hope lo sujetaba con ademán protector mientras acusaba a una niñera, una fornida escandinava a quien Guy no había visto nunca. En su puño izquierdo, Marmaduke mantenía agarrado su trofeo: una mata de cabellos rubios.

—¿Adónde demonios vas? —inquirió Hope, volviéndose de un acusado a otro.

—A la calle. A la calle.

—Pero ¿adónde? ¿Para qué?

—Para ver un poco de vida.

—Ah, la vida. Ya entiendo. *La vida*.

De manera refleja, pero con la debida precaución (y una sagaz mirada de soslayo a la mano libre de Marmaduke), Guy se inclinó cabalmente para despedirse de su mujer con un beso. Entonces todo se volvió negro.

Cuando recobró la visión se encontraba ya en Ladbroke Grove. Había recorrido a pleno sol la pendiente de Lansdowne Crescent, reventado e inundado de abundantes hemorragias; y solo ahora, en la calle principal, con su ruido y su peligro de fabricación humana, sintió una necesidad real de ver con claridad. Otra vez la horquilla en el ojo: los dedos índice y corazón de la mano derecha de Marmaduke, hurgando en las cándidas órbitas de Guy. Asombrosa habilidad, había que admitirlo: asombrosa precisión cronométrica. Sacudió la cabeza con la respetuosa admiración que se muestra ante un fenómeno, y pensó en la niñera de metro ochenta que había visto la semana anterior salir corriendo por la escalera de la puerta principal, sin detenerse siquiera a protestar, con un pañuelo ensangrentado pegado a la nariz. Las denuncias por agresión física eran otro de los métodos que había encontrado Marmaduke para costarle un riñón a Guy. Ninguna había resultado particularmente engorrosa hasta el momento; pero tenían unas cuantas pendientes de juicio. Marmaduke, y sus berrinches permanentes; lo único que le hacía callar era un berrinche paterno-materno, que dejaba a los adultos actores temblando, llorando y tambaleándose mucho después todavía de que Marmaduke reanudara su berrinche original… Guy hizo un alto en el camino y parpadeó dos veces, moviendo toda la frente. Levantó una mano. Con dos suaves meneos liberó sus párpados inferiores, y esperó el chorreo de lágrimas. Había empezado a entrar en el mundo de la duplicidad. Estaba franqueando las puertas del engaño, con sus cadenas de mentiras. Y todo Londres rebosaba de mentiras.

¿Qué tipo de hombre era Guy? ¿Hasta qué punto era poco

corriente? Guy daba dinero para obras de caridad. Para cualquier otro hombre de su círculo, la caridad bien entendida empezaba en casa. Y ahí acababa también. O no exactamente: la caridad se prolongaba a un kilómetro y medio aproximadamente, hasta el siguiente distrito postal, deteniéndose en un pequeño piso, con una mujer dentro. Este tipo de hombres eludían el contacto con sus esposas; se levantaban demasiado temprano para darles un beso de buenos días o de despedida. Pero Guy no era de esos.

La cosa era, la cosa era…, Guy era una flecha directa. Sus deseos describían un arco perfecto: no estaban lastrados por el poder, no eran perversos. Podía tener por lo menos dos ejemplares de cada cosa; pero solo tenía una señora. Hope era su única mujer. Cuando se conocieron en Oxford —hacía de ello dieciséis años—, Hope vio en Guy algo que le gustaba. Le gustaba su pelo rubio y rizado, su casa en el campo, la timidez que le provocaba su estatura, su casa de Lansdowne Crescent, su costumbre de taparse los ojos cuando el sol estaba bajo, su título, su debilidad por las cerezas (especialmente las maduras), sus elevadas rentas. Vivieron juntos el último año académico, estudiaron juntos en pupitres opuestos en el saloncito doble («¿Es *Sansón agonista* una obra épica o trágica? ¿Cuáles fueron los efectos a largo plazo de Pearl Harbor, en contraposición con los de Sarajevo y Múnich?») y durmieron juntos, vigorosamente, en la pequeña cama de matrimonio. Los dos habían sido infelices en casa, los dos se habían sentido insuficientemente amados; ahora el uno se convirtió en la familia del otro. Y vino la boda, y Londres, y la City, y… las ambiciones sociales de Hope cogieron a Guy por sorpresa. La sorpresa se disipó después de cierto tiempo (durante la fiesta número mil, tal vez), que es más de lo que podría decirse de las ambiciones sociales. Estas no se disiparon: lucieron cada vez con más brillo. Uno de sus efectos fue que Guy se topó, naturalmente, con muchas mujeres bellas, perfectas e insatisfechas, una docena por lo menos de las cuales le hicieron proposiciones en rincones apartados, en bares abarrotados, hacia el final de los bailes de disfraces. Nunca ocurrió nada realmente. Estas insinuaciones eran a menudo lo suficientemente sutiles como para pasarle completamente inadvertidas. Es verdad que cada pocos años Guy «se enamoraba» secretamente. La mujer pelirroja del chófer italiano. La hija de diecisiete años de la heredera de un imperio informático. Era como una enfermedad que acababa remitiendo a los quince días aproximadamente; el virus del amor, eficazmente repelido por un sistema inmunológico perfecto. El más engorroso y dramático de todos fue el caso de Lizzyboo, la hermana pequeña de Hope. Hope supo que algo se cocía en el momento en que encontró a Guy en el cuarto de recibir bañado en lágrimas sobre los escarpines de ballet de Lizzyboo. A Lizzyboo la mandaron de viaje en aquella ocasión: hacía

siete años. Ya estaba olvidado todo, o ni siquiera eso: era una broma familiar un poco escandalosa. Por su parte, Hope cultivaba algunas amistades masculinas (un filósofo de salón, un arquitecto dandy, un poderoso periodista); pero era tan estricta e intachable que nunca se le ocurrió seriamente a Guy… no, no, nada de esa índole. En cuanto a él, el mundo de las demás mujeres se le representaba como una gran galería, como el Ermitage, abarrotada de obstáculos de resplandor y de genio, pero tan falta de aire, tan transitada, tan pública… una galería por la que Guy a veces deambulaba durante una hora, o por la que a veces pasaba corriendo, con los ojos fijos hacia delante (cuadrados de sublimidad se deslizaban ante él como coches en una autopista), o en la que a veces, pocas, lo encontraban plantado delante de una ventana en llamas y retorciéndose las manos.

Cásate joven, y la melancolía te embargará a los treinta años —consecuencia, a no dudarlo, de las posibilidades abortadas—. Fue peor para Guy. Hope era algo mayor que él, y había conocido a bastantes chicos en Oxford, antes de Oxford, y en la Universidad de Nueva York, y, para el caso, en Norfolk, Virginia. Por lo tanto, una simple y nueva aventura: superaron sus angustias ecopolíticas y decidieron seguir adelante y tener un hijo. Pero incluso entonces surgieron problemas: problemas de Guy. Un proceso que se inició cuando Guy decidió cambiar los pantalones cortos de deporte por los calzones de montar y que acabó con el espectáculo de Guy completamente inconsciente, con las piernas sostenidas por soportes, en lugar de estribos, mientras un equipo de cirujanos japoneses y un láser de onda dirigida le recomponían las partes. Fue así como, tras media década de «intentos», llegó Marmaduke. Durante años y años habían estado preocupados por la clase de mundo al que iban a traer a su hijo. Ahora estaban preocupados por la clase de hijo que iban a traer a su mundo. La laguna o vacío que se suponía iba a llenar el niño…, pues bien, Marmaduke lo llenó, y con creces: Marmaduke era capaz de colmar el Gran Cañón con sus alaridos. Parecía que, a partir de ahora, no tendrían más remedio que mantenerse mutuamente fieles en medio de una mezcla de cansancio, depresión e incredulidad. La mayoría de los psiquiatras y consejeros coincidían en que el miedo irrazonable de Hope a quedarse de nuevo embarazada podría empezar pronto a desvanecerse. Su último intento de hacer el amor se había llevado a cabo con la píldora, la espiral, el diafragma y tres condones, además de un *coitus interruptus* más o menos inmediato. Esto fue en julio. Estábamos en septiembre.

Pero él no iba a desviarse. Era una flecha directa. La divagación, el mariposeo… para Guy esto significaba humillación. Sería una cosa desastrosa, e inexpiable. No había segundas oportunidades. Ella lo mataría. La chica del Black Cross, con aquella boca extraordinaria…,

no volvería a verla nunca más. Bien, bien. La gripe, la malaria que le había inoculado se le pasaría en el plazo de una semana. La idea de una vida en la que Hope no se hallara presente (ya fuera erguida, ya fuera abatida por el cansancio) fue suficiente para hacerlo parar en seco en medio de la calle y alborotarse el pelo con unas manos que parecían garras. Reanudó la marcha con paso firme. No se desviaría nunca.

—Pues sí, así es la vida —pontificó el joven—. No se puede discutir con ella. Es una de las pocas cosas claras. —Hizo una pausa y, sin enderezar el cuerpo por completo, se inclinó hacia delante y lanzó un escupitajo a la calle a través de la puerta abierta—. Sí, señor —prosiguió—. Me metí en una pelea, y salí escaldado, y así es la vida. No me voy a quejar. Es lo justo. Así es la vida.

Guy tomó un sorbo de su zumo de tomate y miró oblicuamente por encima de su diario. Dios mío: *así* es la vida. El joven seguía con su relato. Las dos chicas a las que se estaba dirigiendo le escuchaban con simpatía.

—Me dejaron hecho una pena. Me dieron una lección. —Se encogió de hombros—. Eso es todo.

A su manera coloquial, filosófica, y parándose de vez en cuando para escupir sangre a la calle, el joven explicó cómo este altercado reciente le había supuesto la rotura de la nariz y la pérdida de casi toda la dentadura superior. Guy dobló su periódico y miró al techo. La rapidez del cambio. Cualquiera del círculo de Guy que hubiera sufrido un daño equivalente habría viajado a Suiza para pasar allí un par de años mientras lo rehacían por completo. Y ahí estaba aquel desgraciado, de vuelta en su pub sin siquiera recalar en su casa, con su jarra de cerveza y su periódico, la cara destrozada y los continuos ¡*fzuuk*! a través de las puertas abiertas. Ya había incluso cambiado de conversación y se había puesto a hablar del tiempo y del precio de la cerveza. Las dos chicas no lo valoraban menos por ello, sobre todo la morenita de la cicatriz; con un poco de suerte, y suponiendo que tuviera también casa, a lo mejor se la llevaba a la cama. La vida sigue su curso. Y así *era* la vida: la vida real, por la que nadie se preocupaba y que no se preocupaba de nadie.

Entró Keith, provocando la habitual oleada de murmullos. Vio a Guy y lo señaló con el dedo, entonces irguió el pulgar hacia atrás, apuntando a John Dark: John Dark, el policía corrupto, el poli vendido, el madero sobornable, el pasma sospechoso. Dark era paticorto y parecía lavado con estropajo, el típico hombre sin-pelopero-con-buenos-dientes y experto en jerséis de mal gusto. Era el único cliente del Black Cross que miraba a Guy con ojos críticos e inquisitivos, como si él (Guy) supiera más cosas de las que contaba.

También la situación de Dark era ambigua. Gozaba de cierta reputación, pero casi todo el mundo lo trataba con aparente desprecio. Especialmente Keith… Guy dedujo que Keith se acercaría a él enseguida. En efecto, tras intercambiar unas palabras con Fucker acerca del Cavalier (Fucker era el experto en coches del pub), Keith se dirigió hacia donde estaba Guy y se inclinó sobre su mesa.

—¿Recuerdas a aquella titi que estuvo aquí? ¿Nicola?

—Sí, sé a quién te refieres.

—Quiere que la… —Keith miró a su alrededor con impaciencia, devolviendo los saludos que le dirigían Norvis, Dean, Thelonius, Curtly, Truth, Netharius, Shakespeare, Bogdan, Maciek y los dos Zbigs —. No podemos hablar aquí —decidió, y sugirió que fueran al Golgotha, su club favorito, para charlar tranquilamente tomando una copa de *porno*, la bebida que siempre pedía allí (un licor de Trinidad) —. Es un asunto algo delicado.

Guy vaciló. Ya había estado una vez en el club favorito de Keith. El Golgotha, que no era más íntimo que el Black Cross ni menos ruidoso, era ciertamente más oscuro. Entonces se sorprendió a sí mismo diciendo:

—¿Por qué no vamos a mi casa?

Keith vaciló. Se le ocurrió a Guy que el ofrecimiento podía parecer ofensivo, ya que era una invitación que Keith no podría devolver nunca. Un ofrecimiento en un solo sentido, sin camino de vuelta. Pero Keith miró al reloj del pub y dijo cautamente:

—Buena idea.

Avanzaron sorteando el trajín de Portobello Road: Guy, alto y mirando al sol, y Keith, más macizo y cuadrado, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, los pantalones acampanados estrangulados por el fuerte viento, y el periódico enrollado bajo el brazo, como un telescopio. Allí, en plena calle, no podían ponerse a hablar de Nicola Six ya que para eso iban a casa de Guy. Al salir a una calle más tranquila, su propio silencio se tornó más audible. Guy escogió un tema que le había ayudado a menudo en el pasado.

—¿Vas a ir al partido?

Los dos eran forofos de los Queens Park Rangers, el equipo local, y durante años y años habían dirigido sus pasos a Loftus Road todos los sábados por la tarde. Podrían haberse conocido antes, de no ser porque Guy siempre iba a tribuna, donde se le podía ver con su empanada y su Bovril, mientras que Keith siempre iba a las gradas, desde donde seguía el partido de pie con su termo en la mano.

—Hoy juegan fuera —dijo Keith a través de su cigarrillo—. Con el United, ya sabes. Fui la semana *pasada*.

—Ah, sí, con el West Ham. ¿Qué tal?

De los ojos de Keith salía luz mientras decía:

—En la primera mitad, los Hammers probaron la banda izquierda. El rapidísimo Sylvester Drayon no dejaba de crear problemas con su dominio del balón al número dos del equipo local. A muy pocos minutos del descanso, el extremo negro hizo un recorte al defensa lateral izquierdo y dio un pase cruzado, que transformó Lee Fredge, el punta del East London, con suma precisión. Tras el descanso, las posibilidades de los Rangers mejoraron al explotar su superioridad en el aire. Los hombres de Bobby Bondavich ofrecieron una encarnizada resistencia, y en el ambiente flotaba la pregunta de si serían capaces los Azules de trasladar al marcador la presión que venían ejerciendo. En el minuto setenta y cuatro, Keith Spare pasó un balón que desconcertó a la defensa visitante, y Dustin Housely consiguió el empate. Este parecía el resultado más probable hasta que un discutido penalti impidió que los últimos cinco minutos se convirtieran en un paseo en medio campo para los dos equipos. Keith Spare no perdonó desde la zona de penalti. Al final, pues, el conjunto de Shepherd's Bush ganó sorprendentemente por dos a uno a los… al equipo cuyo lema es «Me paso la vida lanzando burbujas al aire».

El último suspiro de Keith recordó a Guy el sonido que emitía de cuando en cuando Marmaduke, después de un ocasional éxito con alguna dificultosa formulación como *más patatas* o *cuchillo mío*. Guy dijo:

—El líbero nuevo que han fichado, Neil… ¿Qué tal se portó?

—Noel Frizzle. Justificó su alineación —sentenció Keith fríamente.

Siguieron caminando. Por supuesto, Guy ya había hecho amistad antes con gente como Keith: en la City. Pero las personas como Keith que había encontrado en la City llevaban trajes de 1.000 libras, relojes de pulsera de platino y Visas Oro; los fines de semana navegaban en yate o se ponían chaquetas rojas y pantalones de montar y se iban a cazar conejos o comadrejas; coleccionaban vinos (a la hora del almuerzo disertaban acerca de sus Pomerols y Gevrey-Chambertains) y primeras ediciones modernas (a menudo se les oía hablar del precio que alcanzarían en la actualidad *La carta de Año Nuevo* o *El tren de Estambul*). No eran pobres como Keith. Keith tenía sus billetes de cinco libras arrugados, sus billetes de diez en un rollo y sus billetes de cincuenta bien dobladitos, pero era pobre. Lo decía toda su persona. Y esta era la razón por la que Guy lo honraba y compadecía y admiraba y envidiaba (y, pensaba a veces, incluso lo *deseaba* vagamente): porque era pobre.

—Ya hemos llegado —anunció Guy.

Supuso que su mujer habría salido o estaría durmiendo. En efecto, Hope había salido y pensaba irse enseguida a dormir, pero en el

momento preciso en que Guy asomó con Keith Talent se hallaba en el vestíbulo. La cosa no fue demasiado mal, después de todo, pensó Guy. En el momento de la presentación, Hope se esforzó considerablemente en disimular su asombro y su desprecio. Por su parte, Keith se limitó a un sincero asentimiento con la cabeza (y a una sonrisa no tan sincera); no pareció particularmente incomodado hasta que Hope dijo que Lady Barnaby se hallaba en el piso de abajo despidiéndose de Marmaduke antes de irse de vacaciones a Yugoslavia.

—Si tenéis visita… —intervino Keith, reculando hacia la puerta de la calle.

Del piso de abajo subió un bronco tumulto de triunfo infantil, seguido por un grito espontáneo. Lady Barnaby apareció corriendo por la escalera sujetándose la frente con una mano y las gafas con la otra. Guy se acercó presuroso a Lady Barnaby, pero esta pareció recuperarse enseguida.

—Estoy perfectamente. De veras, me encuentro perfectamente —exclamó.

—¿Estás segura? Ah, Melissa, me gustaría presentarte a Keith Talent. Un amigo mío.

Keith parecía ahora completamente abrumado por las circunstancias. Probablemente sea el título, pensó Guy. Menos mal que no sabe nada del mío.

Lady Barnaby parpadeó agradecida, se llevó las gafas a los ojos y saludó lentamente con la cabeza mirando al perchero.

—Oh, Dios mío —exclamó Guy—. Es terrible. ¿Se lo ha hecho Marmaduke? ¿Cómo? Por favor, déjenos que las paguemos. No lo habrá hecho con los dedos.

En lo alto de la escalera apareció una niñera. Con resignación, explicó lo que había sucedido. Lady Barnaby se había acercado imprudentemente a la silla de Marmaduke para despedirse de él. Este aprovechó la ocasión para arrebatarle las gafas con un diestro floreo de pinzas de coger terrones.

—¿Tiene otro par? —se interesó Guy—. ¡Uf! Querida, creo que deberías acompañar a Melissa hasta su casa.

En el salón, Keith pidió coñac, y se lo sirvieron. Se lo bebió, y pidió otro. Guy, a quien el alcohol no solía sentarle bien, se sirvió una ridícula cantidad de Tío Pepe. Se sentaron en sendos sofás amplios, colocados frente a frente. Guy sintió que su instinto no le había fallado. Era mejor oír aquello en su propia casa: allí no sería tan malo.

—Pues es lo siguiente —se lanzó Keith, poniéndose prácticamente de cuclillas para estar más cerca de él—. Estuve en su casa, ¿de acuerdo? A ver si la podía ayudar en algo. Lo hago con frecuencia. Es como una ocupación secundaria. Tiene una casa preciosa. Y yo pensé

que también… —Keith se recreaba en su narración—. En fin, tú ya sabes cómo soy yo.

Pero Guy no sabía cómo era Keith. Esperó.

—¿Sabes? —prosiguió Keith—. Pensé que a lo mejor quería que la cuidaran.

—¿La casa?

—No. A ella.

—¿Qué quieres decir?

—¡Joder! —Keith aclaró la cuestión.

—¿Y entonces? —inquirió Guy presa de náuseas.

—Bueno, ya sabes, con algunas titis es difícil de decir. Esta es curiosa. Un enigma especial, ya conoces el tipo. La mitad del tiempo parece que se muere de ganas. Ya sabes, que lo desea *con locura*. Y luego, a la hora de la verdad, Lady Estrecha.

—Entonces…, ¿no ocurrió nada?

Keith reflexionó. Al menos un bonito recuerdo sí parecía cosquillearle la nariz. Pero dijo:

—Na. Nada de nada; de verdad. Y cuando me estoy despidiendo, como te he dicho antes, va y me pregunta por ti. O sea, quiere que la llames por teléfono. Dice que necesita que la ayudes.

—¿Para qué?

—A mí no me lo preguntes, tío. —Paseó la mirada por la habitación—. A lo mejor quiere a alguien de su condición. Ya sabes, yo no soy nada, eso es lo que soy. No soy *más que un gilipollas*.

Era difícil saber cómo reaccionar, porque Keith estaba sonriendo. Había estado sonriendo todo el rato, menos en los momentos de tos.

—Vamos, Keith, no digas tonterías —arriesgó Guy débilmente.

Se abrió la puerta e inexorablemente apareció Hope.

—Me voy a acostar. Kenneth —dijo—, ¿te importaría apagar el cigarrillo? La he acompañado a casa y ahora está más tranquila. Le preocupa un poco marcharse a Yugoslavia con un juego de gafas solamente. Su caldera hace un ruido infernal. Menos mal que está sorda. Respiré de alivio al salir de allí. Si utilizas la cocina quiero que lo dejes después todo en su sitio. Sin dejar huellas.

—Las tías —dijo Keith cuando Hope se hubo ido. Estaba dando las últimas caladas a su pitillo, con una mano en forma de cuenco por debajo del largo cilindro de ceniza, mientras Guy buscaba un cenicero —. No se puede vivir con ellas y no se puede vivir sin ellas. ¿Sabes una cosa? Tienes una mujer cojonuda. Y ese chavalín tuyo no está mal tampoco. Nada mal —dijo Keith.

La duplicidad consumía el tiempo. Hasta el decidir no tener nada que ver con la duplicidad consumía tiempo. Después de irse Keith, que

iba a hacer un recado por el barrio, Guy pasó una hora decidiendo no llamar a Nicola Six. La necesidad de llamarla parecía inocente; pero ¡cómo iba a serlo! De todos modos, no iba a lanzarse escaleras arriba para compartir la experiencia con su mujer. Una lástima en cierto sentido, pensó mientras iba y venía por el salón, pues lo único que él quería era la gratificación, la satisfacción de la curiosidad. Pura curiosidad. Pero la curiosidad seguía siendo el veneno que mataba al gato.

A las cuatro de la tarde, tras dejar a Hope dormida y a Marmaduke bien acordonado entre niñeras, Guy salió a hacer una llamada telefónica. Imaginó que le robaría solamente diez minutos de su tiempo el cerciorarse de si había algo que él pudiera hacer por aquella desafortunada muchacha; bueno, había una cabina en el mismo cruce de Lansdowne Crescent con Ladbroke Grove… No había nadie en la cabina. Pero tampoco había teléfono. No había allí ni rastro de teléfono. Y no había huella ni vestigio alguno de aparato telefónico en la siguiente media docena de cabinas que probó. Aquellas pequeñas ruinas de cristal parecían servir solamente de urinarios, de refugios contra la lluvia y de centros de trabajo para prostitutas por libre y sus respectivos clientes. Guy fue dando vueltas en círculos concéntricos, de meadero arrasado en meadero arrasado. Hacía muchos años que no utilizaba una cabina pública, si es que la había utilizado alguna vez. No conocía el problema de las cabinas públicas ni el del vandalismo, aunque una mirada más atenta a la gente de la calle que lo miraba tan risueñamente mientras él se afanaba detrás del cristal oscuro o se quedaba plantado sacudiendo la cabeza y con las manos en jarras, le podría haber indicado que el vandalismo había dejado muy atrás a las cabinas telefónicas. El vandalismo se había pasado ahora a la forma humana. Ahora las personas se trataban *a sí mismas* como si fueran cabinas telefónicas, arrancándose las entrañas y tirándolas a la basura, y pintarrajeando sus superficies con signos sexuales y grafitis…

Con la sensación de estar completamente atontado, Guy guardó cola para utilizar un teléfono en la oficina principal de Correos de Queensway. Sobre un suelo que le recordó —por la sensación en los pies y por los efluvios que despedía— un andén de ferrocarril mojado, Guy guardó cola junto con los amargados ciudadanos que hacían solicitudes varias, gente toda ella con las manos ocupadas con contratos de alquiler, citaciones judiciales, órdenes de embargo. Llegó el turno de Guy. Le temblaban las manos. Aquel número: fácil de recordar, imposible de olvidar. Para su horror, ella contestó, y parecía saber perfectamente quién la llamaba. «Ah, sí.» Le dio las gracias por haberla llamado, con cierto formalismo, y le preguntó si se podían ver. Cuando, siguiendo el ejemplo de Keith (y el silencio de Nicola), él sugirió ir a su casa, ella puso objeciones a propósito de su

«reputación», lo que tranquilizó a Guy, como también lo tranquilizó su acento, cuyo leve dejo extranjero no parecía ahora francés sino más bien de la Europa del Este e intelectual… Siguió otro silencio, un silencio que dedujo veinte peniques de su inversión original de cincuenta.

¿En el parque, mañana? El domingo, junto a la Serpentine. Ella le dio instrucciones, y las gracias.

La llamada telefónica le había costado dos horas y media. Guy salió a la calle y se abotonó la chaqueta para protegerse del repentino frío. Las nubes, que tan extrañamente se estaban comportando aquellos días, se habían amontonado formando un único cilindro, de este a oeste, como la toalla enrollada de un dios, como la estela de un avión del tamaño de América. Se dirigió apresurada y ensimismadamente a casa a relevar a las niñeras, recibió una bronca de Hope y pasó dieciséis horas solo con Marmaduke.

El lunes al alba, Guy se hallaba sentado a la pálida luz de la cocina. Había relevado a Lizzyboo hacia las tres de la madrugada, y había ayudado a vendarla, tras unas escenas en el cuarto del niño dignas de ser recordadas. Pero luego, hacia las cinco, sucedió algo que podía considerarse un milagro. Marmaduke se había quedado dormido. El primer impulso de Guy fue llamar a una ambulancia; pero ahora se hallaba más tranquilo, contento con seguir de cerca al niño por el circuito cerrado de televisión con el volumen puesto al máximo y con echarle un vistazo cada cinco minutos aproximadamente y tomarle el pulso y tocarle la frente. Así que Guy se limitaba a estar sentado allí, musitando palabras de agradecimiento y pellizcándose asombrado ante tamaño silencio.

Con precaución, se acercó a la puerta doble que daba al jardín. El jardín centelleaba y le sonreía con su rocío. Guy pensó en Nicola Six y en las continuas e inexplicables olas de sufrimiento que el planeta había reservado para ella, en sus labios, en sus ojos, marcados por el dolor. Parpadeó, e imaginó que estaba viendo a una muchacha con trenzas oscuras jugando sola bajo el dosel del sauce. Quizá era Enola, quizá era Enola Gay. Enola, buscando a Little Boy.

Guy abrió el cerrojo de las puertas que daban al jardín.

«Jardín, jardín», habría dicho Marmaduke (antes había sido «ardín, ardín), de haber estado allí para advertirle. Pero Guy franqueó las puertas.

El domingo había estado paseando con Nicola por London Fields… Arrodillados, los niños lanzaban sus barcos a la fría agitación del agua; los ingenios más pequeños corrían con mayor empeño, como si la actividad pudiera compensar lo reducido de su tamaño; entre ellos, uno con velas negras poco familiar… Su historia le venía ahora como

una serie de pinturas, o de *tableaux vivants*…, no, más bien como recuerdos de otra vida: el orfelinato y la casa de caridad; sus años de institutriz, enfermera, novicia, su vida actual dedicada a las buenas obras, a la reclusión y al estudio. Impecable, inocente y trágica con su abrigo de pieles dorado… Guy se llevó las puntas de los dedos a los párpados, y luego levantó la cabeza en actitud contemplativa. Había tratado de llenar cada minuto de los días que pasaba a solas con Marmaduke de nuevos descubrimientos. ¡Papá se está vistiendo! Camisa, pantalones, zapatos, sí, *zapatos*. Mira: el cuarto de baño. Grifo, esponja, barquito de juguete. Ahora —je, je— papá va a preparar café. Eso es: café. No té. ¡Café! Ah, mira ahí fuera. El jardín, y las flores, y la hierba, y un pajarito: píopío. Y qué nubes tan bonitas… Los oohs y los aahs de la vida cotidiana habían causado poca impresión en Marmaduke, que se abría paso por el día con su feroz ambición de siempre. Pero algo distinto se encargaba ahora de causar asombro en Guy. Se despertaba y pensaba: ¡Aire! ¡Luz! ¡Materia! Seria, pobre, bella: cualquier calificativo que quisieras aplicarle.

Marmaduke se estaba moviendo. Marmaduke se estaba despertando. Marmaduke estaba gritando. Está vivo. Gracias a Dios, pensó Guy. No la tocaré. No, no la tocaré. Nunca.

Yo diría que ella dejó marcado a Guy Clinch con un número. Nada de medias tintas en esto. Me asombra cómo puede Nicola quedarse tan campante.

Efectivamente lo dejó marcado con un número. ¿Cuál era este número? Era el Seis. Six. Six.

Una cosa sobre Londres: ya no se ven tantas cagadas de perro por doquier. Aún las sigue habiendo. Comparada con Nueva York, hasta con el viejo Nueva York, Londres es la cloaca por antonomasia. Pero ya no es como antes, cuando las calles de Londres estaban materialmente *pavimentadas* con mierda de perro.

Explicación. Por alguna razón, los ingleses aún muestran un gran amor por sus perros. Pero los perros ya no viven tanto tiempo como antaño. Ni los perros ni ningún otro animal. Es extraño. Quiero decir: uno espera que los ocelotes, las cacatúas y las moscas tsetsé acaben haciéndose los amos del cotarro. Pero ¿*los perros*? Me imagino al gordo Clive instalado en un zoo.

¿Cómo enseñaremos a hablar a los niños cuando ya no queden animales? Porque es de animales de lo que quieren hablar ante todo. Sí, y de los autobuses y de la comida y de mami y de papi. Pero por lo que rompen su silencio es para hablar de los animales.

La narración de Keith del partido de fútbol. Yo le he oído muchos resúmenes de ese tipo: de combates de boxeo, de partidas de billar y, por descontado, de dardos. Al principio pensé que no hacía más que memorizar secciones enteras de las páginas deportivas de su periódico. Completamente equivocado.

No lo olvidemos: Keith es moderno; moderno, a pesar de sus tacones altos y de sus pantalones acampanados. Cuando va a ver un partido de fútbol, son esos miserables clichés informativos *lo que ve realmente*.

Una velada bastante agradable la semana pasada en casa de los Clinch. Editor y señora, arquitecto y señora, director de la National Portrait Gallery y señora, escultora y señor. Un jugador de tenis sin señora, de apellido Heckler, el número siete de Sudáfrica. Todos los varones se mostraron extremadamente atentos con Hope, y a mí se me ocurrió que ella se acostaba probablemente con todos ellos, o que no tardaría en hacerlo, lo cual animaría el cotarro aún más.

Por mi parte, yo estoy trabajando a Lizzyboo. Una guapa y

obsequiosa muchachita. También es voluble, indiscreta y, me parece, no demasiado inteligente. Es perfecta para mí.

Así que a lo mejor yo también tengo mi pequeño romance. Lo necesito. Me encuentro ahora sentado junto a la enorme mesa de despacho de Mark Asprey. Encarnación ha dividido su correo, adorablemente, en dos secciones: las cartas de amor y los cheques de derechos de autor. Entre las plumas y los tinteros antiguos veo un exquisito estuche de instrumentos de geometría; es árabe, del siglo XIX. El pasador se corre con facilidad. Le voy a echar un vistazo.

Fíjense qué belleza. Tengo que reconocer que me pasé toda la mañana comprobando su buen estado, los errores ridículos, todo

el sombreado. Fue formidable, sin embargo. Me sentí como un chaval de once años. Con las gafas puestas, encorvado hacia un lado sobre la gran mesa y la lengua fuera por un lado de la boca, solo en el universo.

Tomé como modelo la ilustración de un libro de Keith, *Los dardos: cómo dominar la disciplina*. También me serví del bolígrafo que él me había dado: un boli con forma de dardo.

Fíjense qué belleza. Oh, Keith, ¡llévame a tu casa!

Tengo que recurrir al coche de Mark Asprey, ese bonito cacharro que él tiene para las distancias cortas, que parece cuadrarse cada vez que paso delante de él y echarme una mirada censuradora a la vuelta. Las tarifas de los taxis me están matando. Es curioso. Apenas se ven ya en Londres taxis negros. Puedes llamarlos para que vengan a recogerte a un kilómetro y medio a la redonda de Marble Arch; pero, al parecer, se ciñen al West End y a la City. Los taxis negros son como las calesas de Central Park, cosa de turistas, un objeto para la nostalgia. Y un asunto de dinero: son prohibitivamente caros. Los conductores van vestidos con trajes que recuerdan los de los alabarderos de la Torre de Londres.

No hay duda de que esto es consecuencia del deseo de desalentar a

los envidiosos. O de simple prudencia. Los taxis negros son socialmente insensibles. Los embotellamientos pueden ser horribles, o más que horribles; los delincuentes te sacan por la fuerza de esos bruñidos coches fúnebres. Así que ahora los taxis no son ni siquiera minitaxis. Son cualquier cacharro viejo con una señal móvil en el salpicadero. Subes delante. Luego el taxista retira la señal. O algunas veces la deja puesta. Muy bien. Le echa cara. Dentro, todo está lo suficientemente guarro; a nadie de fuera le va a importar.

El lugar de Clapham es un instituto de investigación. Tomo asiento y espero. Parece un colegio. Parece London Fields.

Para ser francos, estoy atascado. No se le puede llamar bloqueo de escritor; se le debería llamar más bien bloqueo de fisgón. El bloque de pisos.

Puedo ver el bloque de pisos donde vive Keith desde la ventana de mi dormitorio. Me sirvo de los potentes prismáticos de Mark Asprey para divisarlo mejor. Él vive en el undécimo. Estoy seguro de que su casa es la que tiene la antena parabólica estropeada colgando del pequeño balcón.

Columbro el capítulo 7 como el bloque donde vive Keith. Como una fortaleza. No hay manera de entrar.

Cuando entré en el garaje para la primera lección de dardos, Keith se volvió de pronto, me agarró de los hombros y me miró a los ojos mientras hablaba. Una especie de sermón sobre dardos.

—Yo he olvidado más cosas de las que tú nunca sabrás sobre dardos —me asegura este poeta y soñador de los dardos—. Te voy a transmitir parte de mis conocimientos. —Y yo le transmito cincuenta libras a la hora—. Respeta esto, Sam. Respétalo.

Nuestras narices seguían aún tocándose mientras Keith se extendía sobre cosas tales como *la colocación del blanco* y *respetar el oché* y *la sinceridad del dardo*. Ah, sí, y el *ojo clínico*. Y luego prosiguió explicándome todo lo que sabía acerca del juego. Tardó quince segundos.

No hay nada que saber. Ah, si yo fuera de esa clase de escritores que gustan de mejorar la desaliñada realidad podría decir ahora algo un poco más complicado. Pero los dardos no son más que eso: dardos, dardos… dardos. En el juego —o «disciplina»— actual, se empieza en 501 y se puntúa hacia abajo. Hay que «terminar», exactamente, con un doble: la banda exterior. La diana suma cincuenta y, por alguna razón, vale también como doble. La diana exterior, por alguna otra razón, suma veinticinco. Y eso es todo.

En un ambiente de palpitante solemnidad, me acerqué al oché, o línea de tiro, a dos metros y medio del blanco, «tal y como lo ha decidido», glosó Keith, «la Federación Internacional de Dardos». El peso sobre el pie delantero, la cabeza inmóvil, y a tirar como Dios manda.

—Mira bien al 20 triple —susurró Keith terminantemente—. No existe nada más. *Nada*.

Mi primer dardo dio en el 3 doble.

—Dardo hipócrita —decidió Keith. El segundo cayó fuera del blanco.

—A ver ese ojo clínico —me reprendió Keith. El tercero no llegué a lanzarlo: en el movimiento de retroceso, la flechita me dio en el ojo. Una vez recuperado de esto, mis puntuaciones fueron 11, 2, 9; 4, 17, diana exterior (¡25!); 7, 13, 5. Por entonces, Keith había dejado de hablar sobre la sinceridad del dardo para decir cosas de esta índole: «Tíralo *derecho*, coño» o «Que dé al menos *ahí*, joder». Y un dardo y otro dardo y otro dardo. Keith se mostraba ahora silencioso, concentrado, sacerdotal. En determinado momento, tras lanzar dos dardos directamente a la pared, tiré el tercero al suelo y me retiré del oché, diciendo, envalentonado, que los dardos eran un juego tonto y que me importaban un comino. Keith recogió con calma sus dardos, se los metió en el bolsillo, avanzó hacia mí y me zarandeó contra un montón de cajas de embalaje. Nuestras narices casi se tocaban de nuevo—. No vuelvas a faltar al respeto a los dardos, ¿entendido? —bramó—. No vuelvas a faltar al respeto a los dardos… No vuelvas a faltar al respeto a los dardos.

La segunda clase fue también una pesadilla. La tercera es esta noche. Contemplo con preocupación la rufianesca tarifa. 69,95 libras, dardos incluidos, por cortesía de Keith.

Guy acaba de estar aquí, para tomar el té, y le he devuelto sus relatos cortos con unas cuantas palabras de sereno desaliento. Tenía razón: no valían ni poco ni nada. Él es un encanto, y tiene alguna que otra intuición; pero escribe como Philboyd Studge. Le dije, riéndome por dentro disimuladamente, que sus relatos eran demasiado verídicos.

Se limitó a recogerlos tímidamente, asintiendo con la cabeza. Fíjense: me dijo que ya no le importaba. No le importaba. Esbozó una sonrisa y miró por la ventana en dirección a las presurosas nubes. Al final, sacarle la verdad no resultó tan duro. Recordé entonces el famoso pasaje de *Son más los que mueren de desamor*, y consulté el diccionario: la segunda definición de *infatuación* es «presa de una pasión extravagante»; pero la primera definición es «entontecido». Guy me pidió consejo sobre Nicola. Yo le di un consejo (un mal consejo)

que, con un poco de suerte, espero que siga.

Luego se marchó. Bajé con él la escalera y lo despedí en la puerta de la calle. Cerca había unas cuantas palomas, contoneándose con sus pasamontañas de delincuente. Es evidente que los días felices de las palomas pertenecen ya definitivamente al pasado. No hace aún mucho tiempo eran las encargadas de tirar del carro de Venus. Venus, la diosa de la belleza y el amor sensual.

En otro pasaje de *Son más los que mueren de desamor*, Bellow dice que América es el único lugar que existe realmente, porque encierra la «auténtica acción moderna». Todos los demás países se hallan «sumidos» en alguna fase de desarrollo anterior. Esto es cierto. Pero Inglaterra cree que es la vanguardia de algo, el lado elegíaco de algo. Esto me hace pensar en aquellos versos de Yeats (y ahora mi memoria parece tener más consistencia):

> Hemos sucumbido a los sueños de los inmortales
> empaña con tu aliento el manchado espejo del mundo
> y luego límpialo con manos de marfil y suspiro.

Ahora tengo que salir pitando hacia el garaje de Keith. Cómo sufro por mi arte.

Medianoche. Vuelvo en un estado de embeleso. Siento una necesidad histérica de empezar el capítulo 7, de pasarme escribiendo toda la noche y más. Ah, algo me está haciendo cosquillas en el corazón con dedos delicados…

Tranquilo ahora. Ánimo. ¿Qué ocurrió?

Keith y yo estábamos recogiendo el material después de la clase de dardos. Yo estaba sentado sobre una caja robada de *porno*. El ambiente era mejor esta noche, porque hacia el final marqué un 20 triple. Sí, señores. Conseguí que mi dardo diera en el 20 triple, el hocico plano del blanco: el 20 triple, la esencia pura de los dardos. Keith me levantó y me dio varias vueltas en el aire. En realidad, esto tenía que suceder tarde o temprano. Los dardos salían en la dirección que querían; así que ¿por qué no tomar la dirección del 20 triple? De la misma forma, el inmortal babuino, encerrado con una máquina de escribir y anfetaminas durante varios ciclos de Poincaré, un número de eternidades con más ceros que soles hay en el universo, podría un buen día mecanografiar la palabra *dardos*.

Yo estaba sentado allí, soltándole el rollo de lo cansada que tenía que estar Kath y lo bien que se me daba cuidar niños.

También intercalé algunas mentiras sobre la increíble sordidez de mis años jóvenes. He repetido todo eso tantas veces que casi me muero yo mismo de aburrimiento.

—Ya lo creo —insistí—. Cuando yo tenía tus años todavía andaba entre montones de mierda en el South Bronx. Había ratas así de grandes. Salías a la calle y veías el cuerpo de un niño pequeño, como un…

—¿Llevas ahí las…?

Le di las cincuenta libras. Intolerablemente, se puso a hablar otra vez de dardos, de mis dardos, o más bien de mi *seguridad mecánica*. Empezamos a salir. Yo albergaba el desalentador convencimiento de que iríamos al Black Cross para tomar las últimas copas y jugar unas cuantas docenas de partidas de dardos. Pero, cuando cruzábamos la pequeña puerta, Keith se detuvo y me miró con desgana:

—Vamos para arriba primero —dijo.

Para recorrer los doscientos cincuenta metros nos servimos del pesado Cavalier. Aparcamos a la sombra del bloque sobresaliente, que parpadeaba y centelleaba como diez mil aparatos de televisión amontonados en la noche. Keith tenía prisa. Llamó al ascensor, pero, para su silenciosa agonía, el ascensor estaba averiado, o no quería bajar. Subimos a pie los once pisos, y nos tropezamos con un grupo de yonquis despatarrados sobre las escaleras, que dormían con desasosiego. Con rabia contenida, Keith los censuró entre jadeos: una mezcla de insultos personales y de eslóganes retenidos de las últimas elecciones. Recorrimos todo el pasillo. Evitando mi mirada, llamó al timbre. Y cuando se abrió la puerta…, ahora lo comprendo. Comprendo cómo se sintió Guy cuando se alzó el velo (como un telón o una falda) en el Black Cross y dejó al descubierto el rostro de la mujer. Viene corriendo y saltando. A veces viene no como un trueno, sino como un relámpago. A veces el amor viene a la velocidad de la luz. Simplemente, no hay manera alguna de esquivarlo.

Derrengada, paciente, Kath Talent permanecía de pie entre los colores de la cocina, en el pequeño reducto de la cocina. Tenía a Kim en sus brazos. Y la niña…, la niña era un *ángel*.

7. ESTAFANDO

—Buenos días, Lady B.

—Buenos días nos dé Dios, Harry.

—Así que —exclamó Keith mientras cruzaba precipitadamente la puerta— hoy es el gran día.

—Pues…, he estado viendo las noticias.

Keith entró a grandes zancadas en el cuarto de estar y apagó el televisor; se preguntó cuánto le darían por el aparato.

—El tiempo —insistió Lady Barnaby—. Y eso que Yugoslavia está considerado como uno de los…

—Todas esas cosas no son más que sandeces, Lady B. Puras sandeces. ¿No era nada más que eso? Pues entonces en marcha. Ah, sí. Lady B., hemos tenido un pequeño problema. El motor se ha averiado. Pero no se preocupe: iremos en su coche. Las vacaciones de su vida. ¿Qué? ¿Está segura?

Mientras escuchaba la risa decididamente histérica de Lady Barnaby, y vigilaba tranquilamente el juego de llaves y la cartera con documentos que siempre guardaba ella en la guantera, Keith tomó la autopista a toda velocidad, entonando en honor de su pasajera «It's a Long Way to Tipperary» y una versión algo expurgada de «Roll Me Over in the Clover». Así fueron desgarrando los sucesivos velos de la atosigante calima. El cielo vibraba de azul, azul, azul. Entretanto, los ciclones y las granizadas que asolaban Yugoslavia y el norte de Italia habían llegado incluso a las páginas del periódico que compraba Keith.

—Parece una tontería irse con este tiempo.

—El efecto invernadero —dijo Keith despectivamente—. *El Niño*, ya sabe. Mañana mismo está lloviendo a cántaros.

La observación no era muy convincente. Sin embargo, y sorprendentemente, Lady Barnaby pareció sacar bastante consuelo de ella. Sus huesos conocían el viejo clima inglés, mientras que Keith estaba acostumbrado a un cielo más versátil. Llover a cántaros era precisamente lo que no ocurría en Inglaterra, por lo menos no de manera regular como antes. Ahora esto ocurría en California o en Marruecos.

—Mire qué *embotellamiento* —exclamó Keith.

Tras media hora de estar parados en el asfixiante tubo de escape del túnel de acceso, y una espera aún más larga en el aparcamiento limitado, Keith guió a Lady Barnaby hasta el mostrador de facturación de la Terminal 2. Allí, la computadora sentenció la práctica invalidez del pasaje de Lady Barnaby. Keith recibió la noticia con fría resignación: el *estafador* de la agencia de pacotilla lo había estafado a él. Lo que aún no sabía era que el *estafador* que lo había estafado había sido estafado a su vez por el *estafador* que proveía a la agencia de pacotilla. De resultas de lo cual, Lady Barnaby viajaba en avión a un lugar que no era de vacaciones, y en un vuelo solo de ida. Keith consiguió meterle el miedo en el cuerpo sobre la posibilidad de perder su avión, y de perder su equipaje, que afortunadamente habían dejado en la puerta. Allí estaba Keith fumando y silbando y tosiendo y soltando tacos mientras Lady Barnaby contrafirmaba todos sus cheques de viaje, a excepción de tres. Entró en Salidas en desordenada carrera.

Jurando venganza en nombre de Lady Barnaby, Keith recogió unos cuantos artículos libres de impuestos de manos de su colega de Fletes y se dirigió sin perder más tiempo rumbo a Slough para un mano a mano devastador con Analiese Furnish, y luego, de vuelta en Londres, redondeó su atareada mañana vendiendo el coche de Lady Barnaby.

—Enlah —balbucía la pequeñaja—. Enlah —balbucía Kim—. Enlah.

Keith levantó sufridamente la vista de su periódico y de su almuerzo. Su almuerzo consistía en pollo Pilaff y cuatro empanadas de manzana Bramley. Su periódico consistía en ingle y cotilleo, y luego en más ingle y cotilleo, y luego en más ingle y más cotilleo. Unos extraterrestres me robaron las tetas. Marilyn Monroe y Jack Kennedy aún siguen viviendo noches de pasión: en la Atlántida. Mis músculos del amor fortalecidos desde ultratumba. Keith había leído siempre los periódicos más vulgares y sensacionalistas de entre toda la prensa popular disponible. Pero dos años antes había tomado una decisión y se había pasado a la subprensa: al rotativo de pequeña tirada *Morning Lark*. Aún estaba adaptándose a este cambio radical. El *Morning Lark*, en opinión de Keith, compensaba su escasez de cobertura con un enfoque de la vida más positivo y más cachondo. No había posibilidades de que una tragedia o un desastre desplazara a Beverli o Frizzbi de la tercera página, o de la segunda, o de la primera. Y aunque las chicas del *Morning Lark* no eran tan guapas como las chicas de los periódicos corrientes, eran sin lugar a dudas más numerosas. Ah, qué mirada tan encantadora…, te pone a tono para el resto de la jornada.

Pero en aquel momento Keith se hallaba releyendo con mucha

atención el artículo de relleno sobre el número de muertes registradas en Yugoslavia. Apuntó con el dedo en dirección al cochecito. Kath se deslizó lentamente hacia delante desde su silla.

—Enlah —entonó la pequeña.

El cochecito dominaba el vestíbulo. El cochecito *era* el vestíbulo. Más aún, el manillar se introducía en la cocina, y la capota estriada ocupaba medio salón. Keith volvió a levantar sufridamente la vista cuando volvió Kath y cogió a la pequeña en brazos. La pequeña, que ni estaba cansada ni mojada ni tenía hambre, tomó posición, recatadamente, en el regazo materno. Kath hizo un rápido movimiento afirmativo con la cabeza y dijo:

—Keith, estoy muy preocupada.

Keith bebía té como si se enjuagara la boca.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Guerra —dijo la pequeña.

—Es lo que dicen las noticias —contestó.

—Ah, es eso —exclamó Keith con alivio.

—La comprobación —explicó Kath.

—Entira —dijo la pequeña. Keith medió:

—No pasa nada. ¿Por qué *motivo*?

—No sé. Si miras el…

—Gas —dijo la pequeña.

—Una llamarada. Un incendio en alguna parte —continuó Kath.

—¿Eh?

—Pared —dijo la pequeña.

—Qué barbaridad. Ya se pasará todo eso, ¿vale? —concluyó Keith.

—O —dijo la pequeña.

—Han estado estafando a la gente —dijo Kath—. Por ambos lados. Llevan quince años estafando.

—¿Quién dice eso? —preguntó Keith. No venía nada al respecto en el periódico de Keith—. ¿La tele?

—He estado en la biblioteca —dijo Kath tímidamente—. Los periódicos serios.

Esto le tocó la moral a Keith (pues él era muy leal a su periódico, y consideraba a sus lectores como una gran familia); pero también pulsó una cuerda sensible. Había sido a través de la biblioteca como Kath se había ganado el corazón de Keith. Ella le había enseñado a leer y a escribir, sin ninguna duda el episodio más íntimo de su vida. Oh, sin ningún género de dudas. Solo el pensar en ello hacía que se le saltaran las lágrimas, lágrimas de vergüenza y de orgullo, lágrimas de dificultad, de intimidad.

—Vete a la mierda —dijo Keith sin inmutarse (era su manera

habitual de registrar un desacuerdo momentáneo)—. Y, según tú, ¿quién está estafando a quién?

—Cada lado empezó a estafar como un descosido para que el otro lado no hiciera lo mismo —contestó Kath con la fluidez irlandesa que Keith siempre había admirado en silencio, pero que ahora odiaba también en silencio—. Se acusan mutuamente de incumplimiento y de negar en falso.

Keith atacó su primera empanada de manzana Bramley. Sabía perfectamente lo que era negar en falso. Keith utilizaba abundantemente esta técnica. Se pasaba la vida negando en falso. No hacía mucho, había tenido que emplear con su mujer, sin que se le escapara ningún cabo, la táctica de negar en falso. En vez de negar en falso (y rutinariamente) que determinada cosa era robada o sin valor, o que estaba rota o estropeada, Keith se había visto obligado a negar en falso que había transmitido a Kath una uretritis. Fue esta la prueba más dura con que se había enfrentado jamás su táctica… Keith había estado engañando a Kath con una chica que había estado engañando a Keith. Se llamaba Peggy Obbs. Primero, Keith se pasó por la clínica; a continuación, le regaló un fajo de billetes a Petronella Jones y un frasco de píldoras a Trish Shirt; y, por último, cruzó a toda prisa la ciudad para pegarle una paliza a Peggy Obbs. Mientras le estaba dando la paliza, apareció por la casa el hermano de Peggy, Micky, que se lió a puñetazos con Keith. Cuando Keith le explicó por qué le estaba pegando a Peggy, Micky dejó de pegar a Keith y se puso también a pegarle a ella, con la ayuda de Keith. Concluida esta operación, las cosas se pusieron bastante feas para Keith: cuando volvió a casa, encontró a Kath llorando junto a la cocina de gas, y vio la receta del médico y la bolsa con medicinas de la farmacia. Pero Keith estaba preparado. Lo negó. Lo negó ardiente, indignada y convincentemente. La agarró de los hombros y le dijo que se pusiera el abrigo *en el acto*. Irían derechos a ver al médico y que él dijera la verdad. La iba empujando a rodillazo limpio cuando, de repente, ella se liberó y fue a consolar a la niña, que estaba llorando. Mientras Keith salía, con rumbo al Black Cross, advirtió a Kath que *bajo ningún concepto* volviera a acusarlo por sus problemas de mujer. Durante un par de semanas le estuvo leyendo la cartilla por esta causa, y luego dio por zanjado el asunto, extenuado (entre otras cosas) por tanta negativa en falso, táctica que le resultaba ciertamente eficaz pero que encontraba también terriblemente pesada. Y, conviene que se diga de pasada, aquella uretritis no específica no era la antigua modalidad de uretritis no específica que todo el mundo del círculo de Keith tenía ya. Era la nueva variedad de uretritis no específica, que producía una inflamación general de las regiones lumbares, y exigía fuertes y repetidas dosis de antibióticos y (en un mundo ideal) por lo menos un

par de meses en cama. Pero ¿quién podía permitirse estos meses en la cama? ¿Quién tenía tiempo para ello? El planeta estaba necesitado de un par de meses en la cama. Pero no los tendría; nunca los tendría.

Keith terminó su cuarta empanada de manzana Bramley y dijo:

—No digas chorradas.

Una suave tos femenina les llegó a través de la pared de la cocina del piso contiguo. Luego oyeron un gaznate satisfecho, y el ruido que hace un pañuelo de papel cuando es restregado por un labio superior liso.

—Iqbala —aseguró Keith—. Tiene un resfriado.

—También tiene un ligue nuevo.

—*Ella nunca*.

—Esta mañana la he oído gritar otra vez como una descosida. Como una cerda a la que están degollando.

—La puta asquerosa.

—Mira cómo se indigna… Nunca has dicho nada sobre su otro ligue.

Keith se sumió en el más completo silencio. Era cierto. Nunca había dicho nada sobre su otro ligue. Nunca había dicho nada sobre su otro ligue porque *él* era su otro ligue. En numerosas ocasiones se había deslizado hasta la puerta de al lado, con el índice pegado a los labios. Mostrarse indignado con el otro ligue era superior a sus fuerzas. Se limitaba a decir a Kath (y a Iqbala) que pusieran la tele más fuerte.

—Mira esto —dijo Kath.

La pequeña Kim estaba dormida, sentada casi derecha en el regazo de su madre. La poderosa cara de la niña, plenamente formada aunque en miniatura, con su colección de lisas redondeces, sus medias lunas y cuartos crecientes, sobresalía sobre el borde blanco de su babero. Los carrillos se ensanchaban en la base, empujando hacia fuera el labio inferior, tan esplendorosamente suculento como un trocito de sushi, cuyo sabor ni Keith ni Kath habían probado en su vida.

—Más buena que el pan —dijo él—. Acuéstala, anda.

Para poder pasar, tuvieron que hacer recular el cochecito hasta la cocina, para lo cual tuvieron asimismo que pegar la mesa aún más a la pared; y Keith se enfrentó entonces a la agotadora tarea de empujar, a Clive con el pie para que se colocara debajo de la mesa. Si había dos adultos trabajando en la cocina, quedaban pegados el uno junto al otro, como en un baile, como si se estuvieran magreando. Pero Keith no estaba especialmente afectuoso. Ya no era el mismo. Pensaba en la casa de Guy y se encontraba en un extraño estado de absoluta desorientación; no se orientaba en aquel espacio ni tenía idea de lo que podía significar. Keith había crecido en un bajo de protección oficial, situado en Chesterton Road (unas seis calles más abajo del

Grove, yendo desde Lansdowne Crescent), donde, que él supiera, su madre vivía todavía sin decir esta boca es mía. Dos habitaciones, cocina y baño. Había pasado toda su juventud en aquel piso preguntándose qué iba a hacer para salir de él. A la inversa, había pasado una buena parte de su época de adulto preguntándose qué podría hacer para volver. No hacía mucho se había enterado de que cuando su madre muriera la casa pasaría de nuevo al municipio, lo que, desde su punto de vista, significaba el final. Desde luego, significaba el final de su madre. Se le representó la imagen —esplendente astronomía— de lo que tenía Guy, y su conciencia dejó simplemente de fluir. Se secó por completo. La tele, pensó. Era lo mejor que podía hacer.

Kath volvió al cuarto de estar. Keith la siguió con la mirada, repasando todos sus defectos físicos. Todo lo que él apreciaba, todo lo que él esperaba en una mujer, brillaba por su ausencia en Kath. No era ni Analiese Furnish ni Debbee Kensit, no era una pequeña revientabragas con culo de calabaza y piernas atoneladas. (Seguro que las piernas cortas eran atajos… Sí, eso es. Así no molestaban. Las piernas cortas eran atajos para llegar al chocho.) Cinco años atrás ella parecía la chica que anunciaba los helados dobles: cejas suaves de campesina, pelo inocentemente rojizo. Ahora le recordaba a Keith una figura divisada al amanecer a través del parabrisas empañado.

—A ver si te miras alguna vez al espejo —soltó Keith, viendo cómo los hombros de Kath se crispaban sobre el fregadero. Ella hizo una pausa en su trabajo.

—Estoy cansada —dijo, mirando a la ventana—. Estoy muy cansada.

No me digas, pensó Keith. ¿De veras? Keith era incapaz de expresar, y menos aún de sentir, la menor simpatía por una persona tan desesperadamente necesitada de una ambulancia. Y si se tenía en cuenta el espartano heroísmo con que él soportaba sus propios accesos de tos, su estómago devastado por las salsas picantes, los pinchazos y quemazones de sus enfermedades venéreas, el dolor que le producía en el brazo la práctica de los dardos, sus espantosas resacas… Se puso de pie, y afirmó:

—En este momento estoy sufriendo una terrible presión por todas partes, que apenas si me deja respirar. —Hizo un gesto expansivo—. ¿Quién piensas que está pagando todo esto? —El hacer un gesto expansivo en la cocina, como en cualquier otro rincón de la casa, no era una idea muy acertada. Una de sus manos extendidas chocó contra la puerta, y la otra contra el frigorífico—. Pues ve a acostarte, joder.

—Creo que lo voy a hacer.

—¿Qué? Será después de prepararme el té.

—Sí —asintió Kath—. Después.

Una hora después, Keith se hallaba absorto poniéndose televisivamente al día, con las rodillas a solo unos centímetros de la pantalla (no es que tuviera realmente otro sitio alternativo donde colocarlas).

—Enlah —balbuceó la pequeña—. Enlah, enlah, enlah, enlah, *enlah*. Enlah enlah enlah enlah enlah enlah enlah enlah…

Con un suspiro y un leve asentimiento de la cabeza, Keith apagó su recién encendido cigarrillo, quitó el telefilm de acción que estaba viendo y se puso de pie. Posó los ojos en Kim, cuyo moisés se hallaba alojado entre la tele y la estufa inactiva. Al desperezarse, se golpeó fuertemente el codo izquierdo contra la pared, y dobló la espalda, bostezando, hasta que su cabeza tropezó contra la puerta… Fuera, el balcón estaba repleto de antenas parabólicas, todas robadas, todas rotas. No quedaba sitio para nada más. Ni siquiera para que Clive pudiera girar sobre sí mismo.

Keith zarandeó a Kath para que despertara y luego salió con el perro para su paseo vespertino —Keith siempre hacía esto, religiosamente, cuando no estaba por ahí perdiendo el tiempo—. No tenía uno más que salir a la calle para verse rodeado enseguida por la realeza. El príncipe Alberto, el duque de Clarence, el conde de Warwick. Vinos Maharajah. A la amarilla luz de las tiendas, mientras Clive husmeaba una excrecencia de aquí o de allá, Keith aprovechó para echar otro vistazo a una morena que aparecía en el *Morning Lark*. Era bonita. Se llamaba además Bonita, o se llamaba a sí misma Bonita con grotesca literalidad. Se parecía un poquito a Nicola, pensó Keith. O Nikki. Pero Nicky no era exactamente bonita, como Bonita. Cómo no me he cepillado a esa tía. Claro que puedo ir allá y darle una lección. Ya que hablamos de Keith, aclaremos las discutibles relaciones entre tías buenas y pornografía y sexo y violencia. Con tipos como él, una tía buena era suficiente para ponerlo cachondo, cachondo en sentido general. Pero casi cualquier cosa basta para poner cachondos a tipos como Keith. Cinco minutos en una región populosa de Arabia Saudita pondría cachondo a Keith. No se puede tapar con un velo la realidad femenina, con sus piernas, sus pechos, sus cabellos, sus ojos… Una pena que Petronella se casara así, de pronto, a pesar de que era alta y delgada, pero, a lo que parecía, aún con ganas de tíos. Así pues, Keith iría a hacer otra visita postrera a Trish Shirt. Más tarde. Recorrió a pie los trescientos metros y dejó que Clive le precediera en el Black Cross, pues no quería que se le escapara Guy.

Keith no se vio defraudado. Seis horas después de llegar, Guy Clinch se tropezó con Clive echado sobre sus patas traseras y siguió allí plantado, envuelto por el humo y las esporas. Las once y el Black

Cross estaba a tope y retumbaba de ruido, con el seguro quitado y el gatillo a punto: un movimiento en falso y podía saltar por los aires. El humo era caliente, el aire era caliente (el caliente Clive yacía junto a la puerta como un cancerbero), y hasta el viento de fuera era tan caliente como la respiración de la tele de Keith a altas horas de la noche…

¡Qué barbaridad! Keith gritó contra un muro de ruido. A primeras horas de la noche, alguien había metido un tarugo en la máquina de discos; pero a God, el barman, le había dado por poner canciones populares irlandesas en el amplificador, a un volumen que arrancaba a la vez los pelos y los dientes. Además de hacer llorar a God, el efecto principal de estas canciones populares (que prometían un nuevo amanecer a una nación orgullosa y borracha) consistía en hacer que todo el mundo se pusiera a gritar al mismo tiempo; el tercer e imprevisible efecto consistía en poner a Keith más furioso todavía con su mujer, con Trish, con los dardos y las deudas, con todas las presiones que agobiaban al *estafador* moderno. Keith se abrió paso entre gritos hasta llegar a Guy, quien permanecía fiel a su lugar junto al billar romano, inoperante porque había una chica dormida encima o, mejor dicho, tumbada encima. Cerca de Guy estaban también Shakespeare, Dean, Thelonius, Bogdan y Zbig Dos.

—¿La llamaste? —gritó Keith.

Guy vaciló.

—Sí —le contestó al mismo volumen.

—¿La has visto?

Guy asintió y esbozó una afirmación con la boca.

—¿Te la has follado? —volvió Keith a la carga.

Guy se sobresaltó. Negó con la cabeza y la mano a la vez.

—No lo entiendes… —gritó—. Ella no…, ella no…

—¿Ella? —gritó Keith—. ¿*Ella*? —volvió a gritar con más fuerza todavía. Cogió a Guy por el brazo y lo empujó a través de las puertas abiertas hasta la calle, haciendo una pausa en el camino para acariciar con el pie el lomo de Clive—. ¿Qué buscas, entonces? —agregó.

—Nada. Ella no es de esas.

—Todas son igual de putas. ¿Lo has intentado?

Guy esbozó una sonrisa y dijo:

—Por supuesto que no. Tú me conoces, Keith.

Pero Keith no conocía a Guy. Lo único que sabía de Guy era lo que suponía por lo que había visto en la televisión. Dijo:

—Escúchame. Cuando quiero algo, voy y lo consigo. ¿Quiere algo Keith? Allá va Keith. ¡Guau!

—Te has equivocado de puerta, Keith.

—Yo soy como un perro —insistió Keith—. ¿Me pegas una patada?

No salgo corriendo a esconderme. Yo vuelvo. Insisto.

Keith no pareció tan complacido por este símil como había pensado que estaría. Antes bien, su rostro sudoroso delataba un desencanto y una confusión generales.

—Keith, estás alterado.

—Todos sois igual de gilipollas —dijo, entrando de nuevo en el pub con ejemplar celeridad. Sabía que Guy no sería lo suficientemente hombre como para seguirlo.

Dos horas después, mientras Keith avanzaba tambaleándose en compañía de Clive por Lancaster Road para hacer su última visita a Trish Shirt, le vino a la mente algo que le había dicho Nicky en aquella ocasión («¿Es rico?… Hay algo que tú y yo podríamos hacer juntos. Un asunto de dinero»), y se preguntó con rabia si no habría alguna manera de *venderla* a Guy Clinch.

—Yo recupero la forma justo en el momento preciso en que la necesito —dijo Keith—. Me viene siempre en el momento oportuno. Mientras mantenga la calma, no tengo miedo de nadie, Tony, y menos lanzando como yo lanzo. Que no se crea nadie que me voy a cagar o a mear por la pata abajo esa noche. Aprovecho para agradecerte a ti y a los demás televidentes vuestro apoyo tan maravilloso. Sin la afición no existiría el mundo de los dardos.

Keith, a ti se te conoce por tus perfectos remates, dijo la voz, que era, ¿que era qué?, que era la televisión, la vida soñada, la cultura privada, el saber leer y escribir, los bienes materiales. *Creo que te llaman Mr. Liquidador, o el Rematador*.

—Así es, William —convino Keith—. Pero he trabajado para mejorar aún más mi rendimiento. Esta noche estáis viendo a un Keith Talent superior. Un lanzador de dardos más completo. Sin embargo, ya sabéis lo que se suele decir. Los triples son la crema, y los dobles la masa. Puedes conseguir todos los máximos y todos los ciento cincuenta que quieras; pero si no puedes rematarlos, si no puedes apuntillarlos…

Keith estuvo tosiendo un buen rato. No estaba en los estudios de televisión ni en nada parecido. Estaba en el garaje, bañado por la polvorienta luz matinal. Estaba arrellanado sobre una caja de cartón, meditando con cara de fastidio. En aquel preciso momento acababa de telefonearle Dean para comunicarle una noticia poco agradable. ¿Quién le había tocado en el sorteo para los Sparrow Masters? Chick Purchase, a quien Keith odiaba. Chick, cuyo mismísimo nombre sabía en la boca de Keith a comida de hospital. A decir verdad, Keith parecía, y se sentía, bastante pachucho. De hecho, tenía encima una resaca de espanto… No es que se hubiera detenido demasiado en casa

de Trish Shirt. Clive se hallaba todavía husmeando en el trastero, en busca de un buen sitio en el que descabezar un sueño, cuando Keith decidió emprender nuevamente la marcha. Pero luego había recalado en el Golgotha para tomar una meditabunda copa de *porno*. Y más tarde, hacia las cinco, había vuelto a casa de Trish. Por cierto, que nadie creyera que lo iba a pescar volviendo por *allí*. Nunca más.

Keith barrió con una mirada ojerosa todo el garaje, sintiendo el polvo en la garganta. Encendió otro cigarrillo. Contemplaba ahora con absoluto desprecio las botellas de alcohol amontonadas sobre su mesa de trabajo. Por lo general, a aquella hora un par de lingotazos de vodka le sabían de lo más refrescante (eran las diez de la mañana), pero se había prometido no beber ni una gota por el momento. Que se quedara todo el mundo tranquilo. Bebería Lucozade[7] hasta el viernes. Estaba ya al caer su partida de dardos —el encuentro de ida en el Foaming Quart de Brixton, nada más y nada menos que en el Foaming Quart de Brixton—, y él estaba cada vez más convencido, según se iba haciendo viejo (y, al igual que el planeta, se iba haciendo viejo a una velocidad rara), de que los dardos eran una amante muy exigente. Mira esta mañana. ¿Lanzar un dardo? Ni siquiera podía sujetar uno con la mano. Ni siquiera podía *levantar* uno. Y Dean Pleat llegaría con la furgoneta a las diez y media…

La barredora mirada ojerosa de Keith tropezó con unos cuantos objetos desparramados entre los desechos y el contrabando. Estaban donde él los había dejado: aspiradora, molinillo de café, tabla de planchar, plancha. ¿Cuáles eran sus planes con relación a estos aparatos? En sus momentos más rencorosos pensaba que cualquier miércoles o cualquier sábado, si pasaba por allí, los podía vender por diez libras al chatarrero de Golborne Road. Pero en aquel momento lo pensó mejor. Ese era un dinero, y un pensamiento, otra vez de pocos vuelos. Aquel día en su ático, cuando se lastimó el dedo con el molinillo, ella le curó la herida mientras él miraba embobado la embocadura morena de sus pechos. La televisión, especuló Keith. Los acerca, está claro. Los une. Recordó el sabor del dinero que le había metido en la boca, y la manera como se lo había metido. Una ráfaga de náusea pasó por su mente. Y pareció aclarársela; se inclinó hacia delante y susurró, convencido de lo que decía:

—Esta… me necesita.

Sí, ella lo necesitaba. De una forma que iba más allá de sus parámetros. Ella…, ella lo necesitaba.

Keith se incorporó y empezó a deambular por el garaje, con las manos cruzadas en la espalda. Al fin y al cabo no era ningún pardillo en lo referente a las mujeres de lujo. Recordaba a aquella extraña ama de casa durante su período de limpiador de ventanas y de raterillo (Keith con la escalera, el cubo y su sonrisa de poco fiar), aquella hija,

también algo rara, cuando trabajaba para la mafia del barrio e iba de puerta en puerta realizando visitas de inspección. Keith sabía que a algunas de estas damas adineradas les gustaba un poco de rudeza; pero no a *todas* les gustaba, ni mucho menos. Había mucha gente que no se aclaraba bien al respecto. Intenta meter esto en la cabeza de Norvis y Thelonius. Ellos creían que a *todas* las mujeres blancas les gustaban los hombres negros; creían que las únicas a quienes no les gustaban, o que afirmaban que no les gustaban, eran racistas. Descaminados, tristemente descaminados, pensó Keith con tristeza. A algunas mujeres no les gustaba la alteridad; no les gustaba lo otro, la confrontación con lo otro. Hope Clinch, por ejemplo: una perfecta muestra de mujer rica a la que no le gustaba nada la rudeza. Te miraban como si no existieras; para ellas, no eras nada, ni siquiera un animal: no eras absolutamente nada. Y Keith sabía bien que él *era* rudo, relativamente hablando, al menos por el momento.

En general, las mujeres adineradas le parecían extremadamente arrogantes en la cama, siempre empeñadas en ponerse encima y otras porquerías, y poniendo coto, si no te importa, a las proezas favoritas de Keith. Estaba, por ejemplo, aquella loca de South Kensington. Miranda. Tenía por lo menos cuarenta años, y era bastante salvaje. Soltero en aquellos tiempos, Keith había pasado muchas noches en su dormitorio, que daba a un jardín, había sido lubricado, magreado y arañado. Aquello duró todo el verano, y Keith empezó a abrigar fundadas esperanzas: tal vez un coche, un regalo en dinero o, por lo menos, un préstamo. Pero dejó de gustarle por completo aquel día en que ella provocó la aparición de la policía, la noche en que había ido a visitarla acompañado de unos amiguetes. De acuerdo que era tarde (recordaba haber apagado los faros poco antes de llegar), que *se tomaron* algunas cosas (a saber, objetos, bebidas y ciertas libertades) y que la juerga degeneró durante unos minutos cuando ellos hicieron cola detrás de él. Pero gritar tan fuerte hasta conseguir que los vecinos llamaran a los polis…, aquello fue una traición. Al poco de esto, ella cambió de número de teléfono y se marchó durante una temporada. Keith se hallaba aún absolutamente indignado cuando se dejó caer por allí con la furgoneta y los amiguetes (los mismos amiguetes) y dejó la casa pelada.

Keith suspiró. Al día siguiente llevaría las cosas de Nicola a GoodFicks, en Cathcart Road. Por supuesto, allí lo estafarían: tras recogerlas y llevarlas a casa, tendría que volver a llevarlas a arreglar. Los defectos originales probablemente habrían quedado subsanados, pero otros nuevos habrían sido introducidos. Había que hacer todo, y pagar todo, al menos dos veces; así funcionaba la cosa. Con el amarillento índice pegado al labio inferior, Keith meditó sobre el futuro de la estafa. La estafa era su vida. Estafar era lo único que sabía

hacer. Había ya poca gente con mucho dinero, pero era absolutamente cierto que esa gente nunca había sido tan estúpida. El viejo deseo de regatear había sobrevivido en un mundo en el que ya no había gangas. Estaba fuera de toda duda que aún se podía sacar un sueldecito decente estafando. Sin embargo, nadie parecía ser plenamente consciente de las implicaciones de un mundo en el que *todo hijo de vecino* estafara. Pocos días antes, Keith había comprobado quinientos frasquitos de Ultraje, su principal perfume. Al llegar la hora de comer, había descubierto que todos contenían agua, una sustancia no mucho menos cara que Ultraje, pero mucho más difícil de vender. Keith sintió alivio al pensar que ya había descargado la mitad de la partida en casa de Damian Noble, en Portobello Road. Luego puso al trasluz los billetes de diez libras de Damian: todos eran falsos. Logró colar los billetes sin especial dificultad, como pago por veinticuatro botellas de vodka, las cuales, según comprobó después, contenían un líquido turbio y ligeramente perfumado. ¡Ultraje! Este incidente le pareció a Keith un signo particularmente ilustrativo de los tiempos que corrían. Todo el mundo estafaba. Todo el mundo estafaba… porque todo el mundo estafaba. Pobre Keith, y pobre pueblo llano… Ante tales perspectivas, el meditabundo estafador miró a otra parte: a sus dardos. Entretanto, y aceptando siempre la posibilidad de saborear la derrota en el oché (eso eran los dardos después de todo: un juego), sus actividades estafadoras requerían un reajuste, y una mayor decisión y amplitud de miras. Keith tendría que estafar más, estafar antes y estafar con mayor contundencia que el siguiente estafador; en una palabra, tendría que ampliar *el concepto de estafa como tal*.

Cogió los dardos y tiró. ¡Ajá! Un 20, un 5 y un 1: 26, la tirada bufa. Mientras arrancaba los dardos del blanco, Keith ensayó su sonrisa de serena incredulidad y reconoció los abucheos de la multitud: también Keith era humano. Esto era lo único malo que tenían los dardos. Esto era lo único malo que tenía la estafa. No se podía estafar a los dardos. No había manera.

Oyó el ruido de una furgoneta fuera. Reconoció el silenciador defectuoso.

—¡Keith! —aulló Dean.

—¡Dean! —aulló Keith—. ¡Venga, *vamos a trabajar*!

Pasaron los días. Aunque sin dejar de acudir a su pub o a su club, Keith no bebió nada y trabajó duro impulsado por la vida que había dentro de él. Sentía el pulso y el ajetreo del comercio callejero, y oía los mugidos de los coches en los embotellamientos. Como el trigo nuevo, jóvenes suecos y daneses aguardaban formando hileras ante su puesto, y eran cosechados. Paseaba a su perro, ayudaba a eructar a su hija y prestaba oídos sordos a los lamentos de su mujer. El caliente asfalto tiraba de sus zapatos, como el deseo, y él mostraba la misma

seguridad que hubiera exhibido ante una abuelita saudí montada en el asiento trasero del Cavalier. Aguzaba el oído ante el gorjeo de la máquina tragaperras y el tañido del billar romano, acarreaba mercancías de contrabando y sufragaba los placeres de la vida con el sudor de su frente, ingle y axila, y conoció también el firme apretón de los tobillos de Analiese alrededor de su cuello y la tranquilidad de empuñar con fuerza los cabellos ásperos de Trish Shirt. Y hasta le deslumbraron los rayos del sol, fuente de toda generación. El cielo y la tierra pululaban a su alrededor. ¿Y cómo iba a detenerse aquello?

Keith enfiló el callejón sin salida y frenó con innecesaria violencia. No aparcó, aunque había espacio disponible. Dejó el coche en doble fila. Y luego emergió: en pantalones acampanados, camisa de dardos de manga corta y botas de vaquero.

Oyó un zumbido y la puerta se abrió. Keith acarreó el material escaleras arriba. A pesar del calor, el trayecto le pareció mucho más corto que la vez anterior. Salta a la vista: en plena forma. Subió el tramo final, dejó la carga en el rellano y penetró…, y penetró en la intoxicadora vaciedad de las cuatro enormes habitaciones. Aquello le recordó algo. ¿Qué? Pues claro, sus robos con allanamiento de morada. Voceó su nombre: con las tres sílabas esta vez. Luego volvió al rellano, y vio la escalera de tijera, la luz del cielo sesgada. Ascendió lentamente hacia la brillante fotosfera. En medio de una lluvia de colores, vio un codo moreno, un hombro moreno, y el resto de ella, tumbaba con su ropa interior blanca.

—Hola —dijo Nicola Six.

Hola, pensó Keith Talent.

Encarnación se me está derritiendo, aunque muy despacio, según una escala de tiempo glacial. Le tengo ahora muchísimo menos miedo. Es curioso lo de quién tiene el poder de atemorizar, y quién no lo tiene.

Alta, ancha, guapa, regia, Encarnación va siempre vestida de negro. Algunas prendas las ha comprado recientemente; otras son de un gris plata a causa del uso. La muerte es sin duda lo suficientemente recurrente en su Andalucía natal como para mantenerla enlutada el resto de su vida. ¿Qué edad tienen estas mujeres españolas cuando dan el cambiazo al negro?

Se me está acercando un poco. El haber contratado a Auxiliadora parece ya agua pasada. Yo me muestro deferente. Hago limpieza general antes de que llegue ella. Después salgo a recibirla. Qué barbaridad, como si estuviera obligado a ejercer de lameculos más de lo que ya lo hago.

Encarnación me cumplimenta ahora con una extraña sonrisa. No se muestra todavía lo que se dice realmente comunicativa; pero algunas veces se siente en la necesidad de tratar, o de enumerar altivamente, los grandes logros de Mark Asprey.

Al igual que Kath Talent, que es una mujer con problemas, yo también he estado consultando la *prensa seria*. Gran cantidad de comentarios (casi todos ellos indigestamente farisaicos), algunos análisis (flojos), y ninguna noticia, al menos de índole geopolítica. El Golfo, Israel por supuesto, Alemania por supuesto, Hungría, Camboya y así sucesivamente. Pero ninguna *noticia*. Voy a tener que acercarme a Queensway a comprar el *Tribune*.

La televisión es aún peor. Esas elegantes mujeres que leen los boletines como si estuvieran presentando *Espinete* o *Barrio Sésamo*. Las sonrisas de dentífrico de puericultoras de guardería. Interminables informaciones meteorológicas con tratamiento humanitario. Culebrones y comedias. Ah, y una increíble cantidad de dardos. Hay prácticamente todo un canal dedicado a ellos, toda una red de dardos.

El tiempo está ciertamente contribuyendo también al clima general. Ayer fui a dar un paseo con Guy por el parque. En lo alto, las nubes se movían a una velocidad preternatural; daba la impresión de que grandes unidades de clima estuvieran pasando sobre nuestras cabezas como los signos de un mapa meteorológico —meses, estaciones enteras barridas en menos de treinta segundos—. Y mucho

calor. Las nubes pasaban disparadas, y no solo lateralmente. Parecían saltar y juguetear y desplomarse. Sí, definitivamente algo guiñolesco, algo casi amariconado, estaba desarrollándose allí arriba; Dios las crea, y ellas se juntan.

En determinado momento pasé por debajo de un árbol y sentí el cálido beso de una voluptuosa gota de rocío sobre mi coronilla. Me llevé agradecido una mano al pelo, y ¿qué es lo que encontré? Una cagada de pájaro. Una cagada de paloma. Por una vez que me sentía a gusto, por una vez que me sentía medio sosegado, viene una paloma de Londres y defeca sobre mi cabeza. Este fue el efecto que ejerció en mí: desesperación. Solté un taco y avancé tambaleándome, mancillado, indefenso: la dieta de una paloma de Londres es algo que no merece en absoluto ser objeto de reflexión; quiero decir, lo que el sistema digestivo de una paloma londinense considera como *desperdicio*… Guy soltó una leve risita, y luego guardó silencio y sacó un pañuelo azul cielo (usado pero limpio: a diferencia de los de una paloma londinense, los desperdicios de Guy eran limpios). Desde su altura, dio unos toquecitos a la materia en rápido proceso de desecación. Lo hizo sin remilgos y con delicadeza.

—No te muevas —me ordenó. Me esforcé por obedecerlo. Puse un brazo alrededor de su cintura para no perder el equilibrio. Pero sobre mi cogote tampoco vale la pena que nos extendamos demasiado, teniendo en cuenta la cantidad de material que encuentro en mi almohada al amanecer y las típulas que vienen a reunirse en mi cepillo.

Después nos sentamos en una terraza a tomar café. A nuestro alrededor, varios jóvenes maridos árabes refunfuñaban mientras sus esposas compraban. Un bigotes decía algo refunfuñando a otro bigotes y viceversa.

—¿Has escrito algo últimamente? —le pregunté.

Guy marcó una pausa, sonrió y parpadeó.

—Sí, Sam, efectivamente he escrito algo. Poesía —contestó.

—Lo siento, la poesía no es mi especialidad —me atreví a decir (¿y de quién lo es actualmente?). No obstante, me ofrecí a echarle un vistazo de todos modos. Sé de qué tratará. De lo que trata siempre la poesía. La crueldad de la amante del poeta.

Por mi parte, he intentado hablar con Missy Harter, de Hornig Ultrason. Olivia, la secretaria de Barbro McCambridge, me pone por fin con Barbro. Paso siguiente: Rosalind, la secretaria de Janit Slotnick, me pone con Janit. En este punto, tan solo estoy a una secretaria de distancia de la propia Missy; pero la cosa no va más allá.

Negocio con Janit y su voz enfurecida. Quiere una muestra. Le

propongo mandarle con mensajero —e incluso por fax— los tres primeros capítulos. Janit dice que de acuerdo, pero que quiere también un guión detallado. Trato de ocultar las dificultades que esto supondría para mí. Sugiero un «esquema». Quedamos de acuerdo sobre un *esbozo*.

Podría darles largas; pero ¿por cuánto tiempo? Los problemas de dinero están empezando a hacerme guiños, y un artista no debería trabajar bajo ese tipo de presión. Necesito un mecenazgo. Es cierto que los Clinch me invitan a veces a comer, y espero también que Lizzyboo insista en pagar a escote cuando la lleve al cine. Pero las clases de dardos de Keith, las rondas en el Black Cross, los pequeños regalos a Kim…; y eso sin contar los gastos generales.

Supongo que podría lanzarme de una vez. Pero lo único que sé con seguridad es la última escena. El coche, la herramienta del coche, el asesino esperando en su coche, la víctima que se le acerca al compás de sus tacones. No sé cómo llegar al callejón sin salida. Cierro los ojos, e intento ver una manera —¿cómo *se atreven* los escritores a hacer lo que hacen?—, y no veo más que caos. Me parece que el oficio de escribir acarrea trastornos, trastornos morales, trastornos no diagnosticados. Incluso a los mejores.

Ya sé. Le preguntaré a Nicola. Ella ya tiene un esbozo. La muy puñetera me lo podría hacer si quisiera.

No hay noticias, pero sí cantidad de rumores. ¿De dónde provienen todos estos rumores? Cuando no hay noticias, se apodera de la situación una especie de escepticismo inverso.

Un objeto identificado por la nave Apollo se ha desgajado de la zona de asteroides y se dirige hacia nosotros a diecisiete kilómetros por segundo. Es tan grande que, cuando su punta choque contra el suelo, si es que llega a chocar, el extremo posterior quedará a la altura a la que vuelan los aviones.

La excepcional conjunción de la Tierra, la luna y el sol provocará inundaciones hemisféricas. Habrá temblores de sol, y caerán rayos de una potencia insospechada.

Una supernova cercana inundará también el planeta de rayos cósmicos, causando otra Gran Extinción.

Ah, y las armas nucleares: *esos* dinosaurios.

La historia de la supernova me parece a mí la *definición* por excelencia del rumor. ¿Qué podemos saber de la supernova mientras no la hayamos visto? Nada, ninguna información puede llegar hasta nosotros a mayor velocidad que la luz cósmica. Ahí está el límite de velocidad. El universo está lleno de signos, rodeados de rojo, que

dicen: 300.000.

Y no olvidemos la Segunda Venida, también esperada con sosegada confianza. O no tan sosegada. En la calle, los pobres se arrastran dando bandazos, como los cortejos fúnebres. Todos sus ojos dicen: hielo.

—Déjalo, Nicola —exclamé (sabía que exclamaría esto alguna vez) —. Hasta ahora, no hay nada absolutamente inevitable en lo que has desencadenado. Olvídalo. Dedícate a otra cosa. Vive.

—Es curioso, ¿no crees? —dijo—, que no haya nada más aburrido, en cualquier tipo de narración, que una persona que vacila sobre algo que se sabe que va a hacer. Lo observo en las deprimentes historias que leo y que veo en la tele. ¿Saldrá el espía de su retiro para llevar a cabo la última y definitiva misión? ¿Escuchará el gángster los consejos de su mujer o irá a cometer el atraco del siglo? Es una pesadilla tener que soportar toda esa basura. Son historias muertas, muertas.

—¿Es necesario tanto rollazo? —dije, reservando un pensamiento protector para mi párrafo sobre Guy y la llamada telefónica—. La vacilación sexual sí tiene sentido.

—Oh, sí. ¿Sucumbirá el sacerdote a Jezabel? ¿Seducirá el gitano a la virgen? Estas son las preguntas que merecen signos de interrogación. *Son* la historia. Con los otros rollos no hay historia hasta que se han resuelto.

—Pero tú no estás en ninguna historia —repuse con cierta zozobra —. Esto no es ningún vídeo alquilado, Nicola.

—Siempre se vive como en una historia —replicó encogiéndose de hombros.

Nicola estaba sentada frente a mí, junto a la mesa y el teléfono, envuelta en su bata blanca. La bata blanca había sido lavada recientemente, y ahora era el viejo sillón de mimbre el que parecía gastado e íntimo e impregnado-de-Nicola. Dobló las piernas para sentarse sobre ellas. Había pasado muchas, muchas horas de su vida acurrucada en esta postura: introspecciones, aburrimientos mortales, esperas rabiosas. Pero conmigo se puede soltar el pelo.

—¿Ha estado Guy aquí ya?

—No. Pronto. Es el paso siguiente a este. Voy a precipitar las cosas. Escalada masiva.

—¿Necesitas realmente a Guy? ¿No podrías dejarlo fuera del guión? —Sentí necesidad de decir aquello. Por un momento también sentí pavor de que pudiera acceder. Si lo hacía, tendría que vérmelas con una novela corta más bien siniestra. Además, ya había mandado por mensajero los tres primeros capítulos a Janit Slotnick.

—Estoy de acuerdo en que, según cómo, es un latazo, pero lo

necesito. Keith no es capaz de funcionar solo. No hay suficiente material en él. Por supuesto, se podría hacer un apaño. No es difícil. Una violación, o una estrangulación chapucera. Podría haberlo arreglado al principio. La vez que me siguió hasta casa podría haber arreglado eso. Pero ¿tú qué crees que busco? ¿Un «asesinato sin sentido»? De todas maneras, los acontecimientos ya están en marcha. Yo no hago más que dejar que ocurra la escena siguiente.

—Ah, claro. Nicola la determinista. «La escena siguiente.» Y bien, ¿cuál es la escena siguiente? ¿Me puedes hacer un esbozo?

Exhaló un suspiro de aburrimiento e irritación. A mí me había ocurrido lo mismo con Janit. Dijo:

—Está claro que las cosas se van a desarrollar en dos frentes principalmente. Y habrá cierto entrelazamiento. No me gusta. ¿Por qué te estoy contando todo esto?

—Te diré por qué me estás contando todo esto. Es porque —proseguí maliciosamente—, es porque yo no participo en la acción. Yo estoy inmunizado. Yo reconozco tu belleza y tu originalidad, etcétera. Y tu capacidad para modelar la realidad. Pero conmigo eso no funciona. Nada de todo eso funciona. El vudú de la alcoba, la heroína nihilista del Espíritu Libre, la actriz sexy…, simplemente no me afectan.

Puso boca de pez, y sus ojos se alargaron.

—¿Que no te afecta? ¿No eres *tú* acaso?

Yo levanté una mano.

—No es por eso —puntualizó—. Te diré por qué es. —Miró por toda la habitación, y luego a mí otra vez—. ¿Estás preparado? ¿Lo puedo decir ya?

Miré por toda la habitación, y luego a ella otra vez. Asentí.

—Te estás muriendo, ¿no es cierto?

—Todos nos estamos muriendo —puntualicé a mi vez.

En fin, sí, todos nos estamos muriendo, en cierto modo. Pero por diferentes carriles, a diferentes velocidades, en diferentes coches.

El bólido de Nicola viaja a cientos de kilómetros por hora, y no se desviará ni frenará cuando se aproxime al muro de la muerte.

El Cavalier personal de Keith necesita una puesta a punto, no tira con gasolina normal y tiene demasiadas horas de carretera (no sirve de nada manipular el cuentakilómetros en esta autopista), además de problemas que amenazan la cabeza de biela y el colector.

Guy podría pasarse toda la vida conduciendo a la prudente velocidad de sesenta por hora, con el depósito siempre lleno…; pero he aquí que se topa con la niebla y con un montón de muertos.

En cuanto a mí, yo voy en un cacharro desvencijado dando

bandazos sobre un firme nada firme. Me he salido de la carretera. Estoy fuera de control. El capó sale volando. Y luego una rueda. Solo una salida.

Enterrad mis huesos en London Fields. Donde me crié. Donde compré la granja. Sí, yo compré una granja en London Fields.

Tengo que hacer algo por la niña.

8. SALIENDO CON DIOS

Nicola pasó gran parte de su infancia en la iglesia: querían que se interesase por la religión. Y se interesó por la religión, en cierto sentido. (Es una extraña chica vividora que no abriga ninguna esperanza en los todopoderosos.) Nicola fue ciertamente muy aficionada a la blasfemia. Y así, se sorprendía a menudo imaginando que salía con Dios.

O que no salía con Él, que ya había dejado de salir con Él. Él se había acostado con ella una vez, y solo una vez: ella hizo esto para mostrarle lo que se iba a perder para siempre, por los siglos de los siglos. En la cama, Nicola Lo obligó al acto de dobletiniebla: la doblebestia con una sola espalda. Y después, ya nunca más. Dios lloró en la calle, frente a su casa. Telefoneó y telepatizó. La siguió a todas partes con Su mirada, que desprendía aquel caprichoso nimbo azul. Dios contrató a Shakespeare y a Dante para que compusieran juntos poemas para ella. Contrató a Parténope, Ligia y Leucosia para que le cantaran canciones de cuna y románticas baladas. Adoptando distintas formas, la tentó con Su carisma: se le apareció como rey David, Valentino, Byron, John Dillinger, Gengis Kan, Courbet, Muhammad Alí, Napoleón, Hemingway, el gran Schwarzenegger, Burton Else. En la escalera se materializaban pretenciosos ramos de flores. Fatigada, ella arrojó los innumerables diamantes en el váter y tiró de la cadena. Dios sabía que ella siempre había deseado tener los pechos un poquito más grandes e infinitesimalmente más separados. Él se ofreció a arreglar la cosa. Quería casarse con ella y llevarla a vivir a Su casa: al cielo. Todo esto se podía lograr a la velocidad de la luz. Dios dijo que Él se encargaría de hacerla vivir eternamente.

Nicola Lo largó.

Por supuesto, hubo otro hombre en su vida. Se llamaba Diablo. Nicola no vio al Diablo todo lo que —en un mundo perfecto— le habría gustado. A veces, cuando le apetecía a él, la llamaba ya tarde para que se pasara por su club de almas a altas horas de la noche, y abusaba de ella en el escenario mientras sus amigos miraban y reían. Su lío con el Diablo… no fue amor. No, a la postre ella podía coger o dejar al Diablo. Nicola hacía aquello solamente porque se lo pasaba

bien y enfurecía a Dios.

Guy Clinch en el parque había sido una experiencia de órdago.

Ya se sabe lo que ocurre cuando se encuentran dos almas en un arranque de extática locuacidad, con el corazón palpitando por oír y por contar, por saber todo, por revelar todo, la compartida reverencia hacia la alteridad del otro, un sentimiento de soledad radiantemente interrumpido por un *contacto* total —¿todo eso?—. Pues bien, tales interacciones de energía son ya de por sí bastante enojosas cuando se está enamorado, o uno cree que lo está. Pero dejemos a Nicola proclamar la certidumbre de que son mucho más enojosas aún cuando no se está enamorado: cuando solo se finge estarlo.

Guy Clinch en el parque había estado matador.

—Hablemos de ti. Ya hemos hablado bastante de mí…

—Perdona, ¿crees que estoy divagando en exceso…?

—Es curioso, pero me parece que nunca había hablado de esto antes…

—Basta ya de hablar de mí. Hablemos de ti…

Mientras, con una expresión de ensoñada autoconmiseración, Nicola ceñía suavemente a su cuerpo el abrigo de pieles acariciador (el día era oportunamente frío) y hablaba de sus combates espirituales en el convento, era solo el pensar en su liguero adornado con lentejuelas y en sus bragas putescas, en el alboroto de toda la ropa interior que se había puesto, lo que le impedía repantigarse en el banco y decir, despatarrada: «Uff, no aguanto este teatro. Estoy mintiendo. No me *hagas caso.*» Tuvo que observar una disciplina de actriz: era como el decimoquinto ensayo con un actor desastroso que no daba pie con verso. Una y otra vez, Nicola estuvo a punto de morirse de verdad. Bueno: esta noche estaré mejor. Dejaba correr el tiempo (con pequeñas pausas) contemplando en sacrosanto silencio el agua: el galeón de juguete con velas negras, en cuya estela… Y cuando Guy se hallaba en lo mejor de su parlamento —sobre el Tercer Mundo, sobre sus escritos, sobre las iniquidades materiales que a su juicio eran simplemente inaceptables—, Nicola se preguntaba concienzudamente cómo habría llevado el asunto unos cuantos años atrás, o unos cuantos meses atrás. Lo habría seducido aquella tarde y lo habría devuelto a su mujer con la señal de un amoroso mordisco en cada nalga. Entonces se puso a hablar de la conveniencia de subvencionar la ropa interior térmica de los ancianos durante los meses de invierno; y de repente Nicola se dio cuenta de que ya no aguantaba más. Cuando se despidieron en Bayswater Road, le costó lo indecible darse aquella segunda media vuelta falsamente impulsiva y esbozar aquel segundo vago adiós con la mano.

Cuando llegó a casa se despojó de su abrigo de pieles y se abalanzó directamente sobre la cama sin quitarse siquiera los zapatos de tacón. Cuando despertó, hacia medianoche, se dio un baño y luego se preparó con avidez un gran plato de pasta, que regó, mientras veía la televisión, con casi dos botellas de Barolo.

Guy llamó al día siguiente del día siguiente, lo cual le vino a Nicola de perilla. En cualquier caso, ella escuchó con la debida paciencia el *pip pip* furtivo, aterrorizado y jadeante del teléfono público.

—He estado pensando dónde podíamos vernos mañana a la hora de comer —dijo él—, siempre y cuando tú puedas y quieras… Wallace Collection, ¿la conoces? Al lado de Baker Street. Siempre me ha parecido un sitio tranquilo. O en el Soane Museum, en Lincoln's Inn Fields. Un museo pequeño pero extraordinario, algo melancólico, pero bueno, agradablemente melancólico, si se puede decir. O podríamos vernos también en el Victoria & Albert Museum.

—Sí —dijo Nicola—. O en un restaurante.

—Sí. ¿Qué restaurantes te gustan?

«Los caros», era la respuesta. Pero Nicola no dijo eso. Se limitó a nombrar un restaurante proverbialmente caro situado en St. Jame's, añadiendo que lo vería allí a la una.

Guy llegó con antelación. Salió disparado de su banqueta al verla entrar por la puerta. El brillo juvenil de su rugosa corbata de seda delataba, a ojos de Nicola, una personalidad poco cuidada, o poco crítica.

—Ha sido una equivocación —dijo ella con timidez mientras se quitaba los guantes y los dejaba sobre el mantel—. Me refiero al restaurante. No sabía que fuera tan pretencioso. Casi nunca como en restaurantes. Sencillamente, me vino el nombre a la memoria. —Volviéndose a un lado, Nicola pidió un martini con ginebra Tanqueray con tres aceitunas—. Disculpa.

—Nada para mí, gracias. Oh, no te preocupes.

Ella encendió un cigarrillo y le dirigió una mirada de respetuoso regocijo.

—¿Te escandalizan mis confianzas? —preguntó—. A *mí* sí. Como habrás comprobado, soy una persona bastante nerviosa, una persona bastante ridícula, me temo. No frecuento el gran mundo.

—Más bien me conmueven.

—Eres muy generoso. En fin…, me gusta esto. Y me gustó tanto también nuestra conversación en el parque…

—Me parece que me pasé un poco.

—No. No. En el mundo moderno no es frecuente… Pero hoy tengo que ser sensata. Hay algo que quiero pedirte.

Iba vestida de mujer de negocios. Esta era la historia.

Durante sus primeros años en el orfelinato (aquel antro de mortificación municipal), Nicola había hecho amistad con una pequeña camboyana, bella, abandonada, con sus ojos rasgados, doloridos. Cual prisioneros en un campo de concentración en el que el enemigo no era el frío ni el hambre ni la tortura sino la falta de amor, la falta de amor, las dos se habían sostenido mutuamente: en realidad, las pequeñas compañeras disfrutaban con la intensidad de su secreto y su estrecha relación. Cuando cumplió doce años, Nicola pasó a la casa de caridad (que funcionaba también como fábrica de betún), mientras su alma gemela era «adoptada» por o transferida a un iraquí sin entrañas, el cual abusó de ella. Y hubo violencia. Ella…, ella cayó. ¿Lo entendía Guy?

Guy asintió, entristecido.

La pequeña Nicola, cuando podía librarse de su ajado libro de texto o de la palmeta del director, se deshacía en lágrimas leyendo las largas cartas de su amiga. Esta tuvo un niño, luego la repatriaron, y jamás volvió.

—¿Camboya? ¿Todavía sigue allí? Dios mío.

—La guerra por procuración —afirmó Nicola fríamente.

De cuando en cuando llegaba hasta ella un despacho manchado de sangre, escrito en papel de váter o en vendas adhesivas. Habían avistado a la madre y al hijo sucesivamente en un campo de refugiados de Tailandia, en un nuevo asentamiento de Birmania, en una cárcel de Laos.

—Aquello no tiene solución —dijo Guy—. Me refiero a toda esa zona.

—¿Sabes? En cierto modo esto ha destrozado mi vida, al igual que la suya. Me siento tan desesperadamente incompleta sin ella… Creo que esa es la razón por la que nunca… Pero eso es otra historia. Tengo que conseguir traerlos aquí. Nunca me sentiré enteramente yo hasta que estén aquí. Tú conoces a gente importante, ¿verdad, Guy? ¿Hay tal vez algo que tú pudieras hacer? ¿Alguna pesquisa?

—Sí, claro que puedo intentarlo.

—¿De veras? Estos son sus nombres. Te estaría eternamente agradecida. —Le sonrió entrañablemente—. A Little Boy siempre le han llamado simplemente Little Boy, aunque ya es prácticamente un hombre. El nombre *de ella* es En Lah Gai. Yo la llamaba Enola. Enola Gay.

Observó la cara de Guy. Nada. Algo de conocimiento podría haberle ayudado. Algo de conocimiento podría incluso haberlo salvado… Con un índice juguetón, Nicola invitó al camarero a volverle a llenar el vaso del Chardonnais que ella había escogido.

Observó cómo el rostro inspirado de Guy se llenaba de resolución. Luego exprimió un limón sobre su undécima ostra, y esperó un poco antes de añadir tabasco. Para su tranquilidad, el bicho se inmutó. Después de todo, se comen vivas.

—Colijo que estás casado —soltó a bocajarro.

—Sí. Sí. Y también tengo un niño.

Nicola inclinó la cabeza y sonrió sin abrir la boca.

—Mi mujer, Hope, y yo llevamos quince años casados.

—Nuclear —afinó Nicola—. No es nada corriente en nuestros días. Qué romántico. ¡Bravo!

—Me pregunto si queda todavía pimienta negra —dijo modestamente Guy.

Después, en la calle, llegó el momento de despedirse. Sintiendo la necesidad de un contraste, sintiendo la imperativa necesidad de embarullar las cosas, Nicola se alejó unos metros de él extendiendo los brazos como si fuera a lanzarse a volar. Ella sabía que su traje gris oscuro, pese a ser un traje de trabajo, tenía un corte muy favorecedor, haciendo resaltar sus caderas y estrechando su cintura. El calor de la ciudad, reinstalado, y usado y enjaulado desde hacía ya varios días, la impulsó a desabotonarse y quitarse la chaqueta. Se la echó por encima de su hombro blanco —llevaba camisa blanca—, y se volvió hacia él sacudiéndose los cabellos y con una mano en la cadera, mientras se daba a sí misma con el pensamiento la siguiente instrucción: te estás exhibiendo, con absoluta negligencia, en una pasarela ante los ojos de un montón de viejos verdes que piensan en lo difícil y caro que les resultaría follar contigo.

—¿Estás bien? Desde luego…, desde luego debo decir que tienes un aspecto formidable.

—¿De veras? Tal vez sea cierto. Pero ¿para qué me sirve?

Más cantidad de vino de lo normal, y dos copas de Calvados, le habían permitido superar una hora mortal durante la cual Guy, con su inocente y serpentino estilo, había tratado de transmitir cierta información acerca de su corazón: que era bueno; que estaba donde tenía que estar; que parecía pertenecer a otra persona; y que esto era cierto. El alcohol y la conversación fueron la combinación perfecta para ayudar a Nicola en su siguiente proyecto, que consistió en echarse a llorar. Años atrás, cuando estaba estudiando el Método, su instructor le había dicho que la tristeza —la aflicción, la tragedia— no era siempre la mejor manera. Había que pensar en las cosas que le hacían llorar a uno en la vida real. Mientras sus compañeras de clase lo conseguían evocando imágenes de muñecas perdidas, padres desaparecidos, *Romeo y Julieta*, namibios muriéndose de hambre, y así sucesivamente, Nicola descubrió que el único sendero seguro para

llegar al llanto pasaba por el recuerdo de sus momentos de irritación y, sobre todo, de sus aburrimientos. Así, cuando divisó la lucecita naranja de un taxi negro en el ciclotrón del tráfico de un solo sentido del West End y se volvió para mirar a Guy con ojos distraídos, su mente se llenó de botones perdidos, colas para sacar el pasaporte, facturas de la casa, números de teléfono equivocados, cristales rotos.

—Estás llorando —exclamó Guy con júbilo.

—Ayúdame. Estoy tan terriblemente sola… Por favor, ayúdame.

Cuando el taxi enfiló St. Jame's en dirección a Piccadilly, Nicola se volvió en su asiento. A través de la oscura ventanilla vio cómo Guy oscilaba —nadaba, se ahogaba— en el aire pesado. Y en cierto modo era un tipo agradable, el tonto, el patoso. Guy: el cabeza de turco. Sobre el papel, al menos, no merecía en absoluto la humillación y los estragos que ella estaba planeando para él. Pero no podía ser de otra manera, una vez que (entre otras consideraciones) habías llegado hasta el fondo con los hombres.

De manera paradójica, o al menos sorprendente, Nicola Six desaprobaba los bikinis. Abominaba de los bikinis. Durante veinte años, y por todo el mundo, había hecho girar cabezas en las playas de moda: la modelo con que sueña toparse el fotógrafo de una revista erótica. ¿Una belleza moderna en un excitante bañador de una pieza? Se la quedaban mirando los hombres, pero también las mujeres. El vientre de la joven, aunque envidiablemente contorneado, por alguna razón no quería ser visto. Lo mismo con relación a los pechos (pues ella también despreciaba el topless). A veces, las mujeres se cubrían con aire pensativo durante unos instantes después de que Nicola pasara junto a ellas. Tenían ante sí a una persona que no quería que su cuerpo resultara familiar. Al mirarse sus propios torsos, desnudos por igual al sol y a los ojos, las mujeres encajaban con resentimiento aquella exhibición de orgullo. Y los hombres: los hombres sabían que si, por arte de magia, se encerraran con ella en la habitación de un hotel, en una villa tranquila, en la cabaña, en los vestuarios, verían algo que la playa no había visto, que ni el sol ni las olas ni los ojos habían visto.

Nicola aborrecía los bikinis; para ella, los bikinis eran el colmo de la vulgaridad (y de cómo las tiras demarcaban el divino tórax, convirtiendo los pechos en pólipos); y, sin embargo, era un bikini lo que llevaba cuando asomó Keith Talent por su terraza aquel día, y se quedó parpadeando en medio de la luminaria… Lo había comprado aquella misma mañana; y era excepcionalmente vulgar, calculadamente escaso —revelaba prácticamente toda la cadera— y de un blanco luminoso que resaltaba sobre su carne persa. En un principio, Keith pensó —como se suponía que tenía que pensar— que

estaba tomando el sol en ropa interior: apartó la vista durante unos instantes, alarmado por haberla sorprendido en aquella inquietante improvisación. Pero luego distinguió con claridad la seda artificial impermeable del blanco curvo.

—Hola —dijo Nicola.

Keith tosió varias veces.

—Qué chiquitito y bonito el trapito que lleva mi niña… —habló por fin—. Sí, je, je.

—Keith, ¿conoces la etimología de *bikini*?

—¿A quién?

—Sí, tienes razón. Digamos mejor el origen. O, mejor aún, *de dónde* viene la palabra. Pues viene, Keith, *del* Bikini atolón, de las islas Marshall, el lugar en que los Estados Unidos probaron sus armas en 1946 y 1954. Primero, las bombas atómicas. Luego, en la década de los cincuenta, la superbomba: la bomba de hidrógeno. —Rió con pesimismo y prosiguió—: Sigo sin ver cómo esto conduce inevitablemente a una «indumentaria de playa de dos piezas, de reducidas dimensiones, llevada por las mujeres». Lo consulté en el Brewer antes de que vinieras, Keith. El autor sugiere alegremente una comparación entre los efectos devastadores de la explosión y los efectos devastadores de la prenda.

Mientras hablaba, Nicola no miraba a Keith, sino a su bikini y a las formas que describía. Imaginó acertadamente que él estaba haciendo lo propio. Los pechos tan cerca el uno del otro, las concavidades de la garganta y el vientre, la pirámide blanca, las sensuales piernas… Keith no sabía, no podía adivinar, nunca había podido imaginar que media hora antes aquel cuerpo había estado erguido completamente desnudo delante del espejo del cuarto de baño mientras su dueña lloraba empapando los pies del dios de la gravedad. La hermosura está en los ojos de quien la mira. Lo cual es divertido para el que mira; pero ¿y para el propietario, o el morador? Nicola se preguntó si ella había extraído alguna vez un solo minuto de placer de su belleza. Incluso a los dieciséis años, cuando te das cuenta con entusiasmo de lo que tienes (e imaginas que durará para siempre), no dejas de reparar en lo que no tienes ni tendrás ya nunca. La mano de la belleza está siempre en sus labios, diciendo adiós. Sí, pero diciendo adiós *en el espejo*.

—¡Bang! —rubricó Keith.

—Lo que los americanos hicieron allí…, uno de los mayores crímenes de la historia de la humanidad. Si coges a los más talentosos mierdas y a los mayores expertos en crueldad del mundo y los pones juntos, no podrían salir con nada peor que Bikini. ¿Y cómo conmemoramos ese crimen, Keith? —Señaló las dos piezas pequeñas de su dos piezas—. Algunas mujeres se pasean por ahí con esta

porquería encima. Es muy siglo veinte, ¿no te parece?

—Eh, sí, ¡diabólico!

—¿Sabes que esos lagos de coral quedarán contaminados durante cientos de años?

—Terrible. — Keith se encogió de hombros.

—Pareces estar muy contento hoy, Keith —dijo Nicola…, con cierto afecto, se habría dicho—. Y llevas todo el equipo.

—Sí, es cierto. Me he clasificado —explicó—. Juego esta noche. — Bajó la cabeza, ligeramente ruborizado, y luego la levantó otra vez, sonriendo—. Competición de dardos.

—¿Dardos, Keith?

—Dardos —asintió—. Sí. Tengo mucha confianza. Reboso confianza.

Keith aprovechó para relatar alguna de sus esperanzas y sueños en el mundo de los dardos, afirmando incluso que contaba con irrumpir muy pronto en el escenario de la competición internacional. Nicola le formuló varias preguntas muy interesada y Keith contestó a ellas con elocuencia algo ruda.

—Ya sé que los detractores se cagan en los dardos, pero te aseguro que es un deporte que goza de considerable prestigio en la actualidad. Considerable. La final será televisada. Si saboreo la victoria, podré enfrentarme con Kim Twemlow, el número uno mundial, ante las cámaras. Kim Twemlow… es para mí como un dios.

—Ya veo. Bueno, estoy segura de que saldrás adelante, Keith. Y te deseo toda la suerte del mundo.

—Ah, Nicola, te traigo tus cosas ya arregladas. Al final han resultado más caras de la cuenta. —Sacó la factura (un trozo de papel con números escritos encima) de su bolsillo de dardos—. Pero olvídalo. De esto me encargo yo.

—Ah, de eso ni hablar.

Y se levantó. Keith se dio la vuelta para mirar a otra parte. Ella se le acercó. Con sus hombros casi tocándose, estuvieron un rato contemplando el humeante paisaje de los tejados, el último piso de la vida, su ático o buhardilla, con ropa tendida, macetas, claraboyas y telas impermeables, cobertizos y tiendas y sacos de dormir, y el solitario campanario constituido por el bloque alto de viviendas, que parecía la pierna amputada de un robot titánico.

—¡Mira! —exclamó Keith, señalando puerilmente con el índice inclinado. Justo debajo de ellos, en una ondulación del tejado que permanecía en sombra, el agua había logrado concentrarse y formar un charco. Unos pájaros jugaban en él—. Parecen… —Keith esbozó una sonrisita de satisfacción—. Parecen pájaras jugando en un charco.

—¿Cómo que *parecen* pájaras jugando en un charco?

—Sí, ya sabes, chicas. Jugando en una piscina.[8]

—Ah, ya. —Nicola pensó en la clase de vídeos que debían caer de vez en cuando en manos de Keith. Una villa blanca, el azul primoroso de una piscina marbellí, un puñado de escoria inglesa en topless, «jugando»: cielo santo, qué bien se lo pasaban en el trampolín y en las tumbonas. Luego, mientras sonaba al fondo la música, una, dos o tres se escabullían, con Manolo el jardinero o sin él, para una siesta provechosamente deslomadora—. Bajemos —dijo Nicola.

Penetraron en un mundo de negrura, y avanzaron pesadamente de habitación caliente en habitación caliente. Uno a uno, pusieron en marcha molinillo, aspiradora, plancha. Todos funcionaban, todos estaban reparados. Todos volverían a estropearse muy pronto, por supuesto, como ambos sabían, tal vez dentro de dos horas. Pues los chicos que trabajaban en GoodFicks eran artistas del destino, eran chapuceros de la realidad, que, en cierto modo, también doblegaban el futuro según sus propios intereses.

Nicola preguntó a Keith cuánto le debía, y Keith extendió las manos, a la manera hindú. Lo dejó plantado en el pasillo y, sintiendo la fuerza de sus ojos azules en su trasero, entró en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Cogió un fajo de billetes de cincuenta libras de debajo del colchón. Luego deslizó los pies en los zapatos de tacón blancos más altos que tenía, que estaban junto a la cama, esperando. De pie ante el espejo se sintió, sucesivamente, como una corista, un caballo, un dibujo animado. Tuvo que reprimir de repente, de la mejor manera que pudo, una resonante carcajada —preñada de dolor, de horror, pero carcajada al fin y al cabo, una carcajada que pugnaba por escapar incontroladamente de su engranaje—. ¿Se había vuelto loca, sencillamente? ¿Era eso, después de todo? El mismo cuerpo, el mismo espejo, el mismo par de ojos: lágrimas y risas en el espacio de cuarenta y cinco minutos, todas ellas peligrosas, peligrosísimas. Al otro lado de la calle había una casa abandonada cuyas ventanas eran de chapa ondulada. De la puerta colgaba un letrero blanco cuyas letras rojas rezaban: PELIGRO: EDIFICIO EN RUINAS. Eso era su cuerpo. Eso era su plan.

Keith aceptó el dinero alegremente, doblándolo e introduciéndolo en el bolsillo de sus pantalones acampanados. Bajó el primer peldaño de la escalera y luego se detuvo a mirarla de arriba abajo con la mayor insolencia.

—Bueno —dijo lentamente—. Ya he cumplido mi cometido. Ya te he dejado apañada. ¿Hay…, hay alguna otra cosa que te gustaría que te hiciera?

—¿Te refieres al sexo? —contestó Nicola, consultando su reloj de pulsera—. Ya veremos, Keith. Todo a su debido tiempo. Antes, un par de preguntas. ¿Estás casado?

—En realidad, no. La cosa es más o menos así: mi mujer cree que lo está; pero yo no estoy tan seguro.

—¿Niños?

—No. Bueno, sí, tengo una niña pequeña. No tiene un año todavía.

En ese momento sonó el timbre de la puerta de la calle, con tímida brevedad, como una señal de morse. Nicola hizo caso omiso y dijo:

—Supongo que te vendría bien un poco de dinero, ¿verdad? Especialmente ahora, ¿no, Keith?

—Sí, vaya que sí…

—¿Puedes mantener la boca cerrada, Keith? ¿Tienes que ir siempre contando por ahí a tus amigos lo bien que te lo pasas?

Keith tosió y dijo:

—De ninguna manera. Jamás hago eso.

—De acuerdo —dijo ella severamente—. Keith, te esperan regalos inimaginables. Olvídate de todo lo que has tenido hasta ahora. Esto será de una *clase* diferente. Cariño, no pongas esa cara… A cambio, yo espero de ti algunas cosas. Ya sabes a lo que me refiero. Esas cualidades de paciencia y frialdad que imagino que tú aplicas a tus dardos, Keith. ¿Confiarás en mí? Esto lo haremos a mi ritmo. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Llévate esto. —Le entregó la alcachofa de la ducha y un libro, un libro en rústica—. No tienes que hacerles nada. Son accesorios. Simples accesorios.

—¿Quién es? —dijo Keith con inquietud, pues el timbre había vuelto a sonar: un escuetísimo *blip*.

—La primera prueba de tu discreción te la encontrarás subiendo la escalera —dijo apretando el botón con el pulgar—. No lo olvides: ¿por qué ha de tener *él* tanto dinero? Fíjate. —Con toda intención, colocó el fajo de billetes en el triángulo delantero del slip de su bikini, y lo acarició—. Fíjate, Keith, parece un…, parece un…

—Sí, je, je.

—Parece un… —Cinco minutos antes Nicola estaba al borde de la histeria. Pero en aquel momento el sonsonete histérico de su voz, aunque repelente a sus propios oídos, era plenamente intencionado—. Parece el cañón de un revólver en una pistolera, ¿eh, Keith?

—Eh… ¡sí!

—Aquí.

Con ojos vidriosos, alargó el dorso de la mano. Los nudillos temblorosos.

—No me toques —exclamó ella sin ceder terreno.

Y él no la tocó. Tocó solamente la tela, y el dinero.

Cuando concertó aquella cita con Guy por teléfono, Nicola insistió en la necesidad de una sincronía propia de un comando o de un atraco («La impuntualidad me saca de quicio. Es engorroso, lo sé. Tal vez el orfelinato…»); pero esto no fue óbice para que ella lo hiciera esperar un buen cuarto de hora («Por favor, ponte cómodo», gritó desde la habitación. «Discúlpame»). Necesitaba quince minutos. Uno para cubrir su bikini con un sencillo vestido de algodón blanco. Otro para dar a la ropa de la cama un buen meneo. ¿Cómo era aquella frase deliciosa de *Lolita*: el culpable desorden de las sábanas de un hotel sugiere las saturnales de un exconvicto con un par de putas viejas y gordas? El resto del tiempo Nicola lo necesitaba para maquillarse. Apareció la paleta de la actriz; se encendieron las luces del tocador. El efecto que ella buscaba era un profundo y turbulento rubor poscoito. Incluso simuló la impronta de un puñetazo o de una violenta bofetada en la mejilla derecha. (Esto era sin duda ir demasiado lejos; pero ¿no se trataba precisamente de ir demasiado lejos?) Se despeinó el pelo con vigor. Aquello le resultó irónico, dulcemente irónico: porque en quince minutos podía haber estirado su cabello y las sábanas, en caso de que hubieran necesitado ser estirados, y podía haber cubierto con polvos las plumillas y rojeces con las que se había pintarrajeado la cara lasciva y encendidamente. Pero aquello era el arte. Siempre el simulacro, nunca la realidad. Aquello era el arte.

Nicola salió de la habitación con una sutil cojera, atusándose el pelo con una mano y abanicándose lánguidamente con la otra… Guy estaba situado de costado junto a la estantería de libros. Tenía en la mano, y próximo a la cara, un volumen de pocas páginas, y se hallaba con los brazos semicruzados, en una postura de consulta erudita. Se volvió y la miró con reprobación.

—Veo que sientes cierta debilidad —se explayó— por D. H. Lawrence. Bueno, yo también. Por supuesto que puede resultar algo turbador. Pero lo importante es la *expresividad*. A decir verdad —prosiguió, mirando en derredor con ojos resplandecientes—, puedo ver aquí muchos, muchos entusiasmos compartidos. Tus estantes de novelas son un reflejo exacto de los míos. Aparte de los americanos. Y la astronomía, y la física de divulgación. ¡Y veo también que te interesa el ajedrez!

—Me interesa bastante —asintió Nicola.

Guy se volvió hacia Nicola de nuevo. Ella se corrió ligeramente hacia delante, adelantando su labio inferior para soplar y apartarse el pelo de la ceja. Detrás de ella, la puerta del dormitorio se hallaba abierta, y un gran espejo móvil aparecía dispuesto de tal manera que reflejaba la cama, nido de sátiro de sábanas arrugadas y almohadas retorcidas.

—¿Juegas? ¿O es solo la teoría?

—¿Cómo? —Penetró en la habitación con las piernas ligeramente arqueadas. Esquivando la mesa redonda, esbozó dos muecas de dolor, dos punzadas profundamente íntimas, como si un fantasma la hubiera rozado suavemente. La cortés mirada interrogativa de Guy no cejaba. Nicola dijo con cierta indignación—: ¿Has visto a Keith en la escalera?

Guy pareció necesitar concentrarse unos segundos antes de admitir que lo había visto.

—Keith ha venido a recoger algunas cosas para arreglarlas —dijo sacudiendo retadoramente el cabello. El rostro de Guy mostraba preocupación.

—Llevaba un libro —musitó. La oyó suspirar—. Lo siento —agregó —. Veo que estás cansada. Y mis noticias no son particularmente alentadoras. Tal vez prefieras que vuelva en otro momento.

Agitando una mano en dirección a Guy, Nicola se dejó caer pesadamente en el sofá. No prestó atención mientras él, tras tomar asiento frente a ella, le refería pormenorizadamente sus esfuerzos por localizar a su amiga. No fue ninguna sorpresa para ella que la pista hubiera resultado poco fructífera… A decir verdad (aunque a ella no le pareció así: la verdad nunca le parecía así), se sentía profundamente herida en su amor propio. ¿Qué tenía que *hacer* para despertar sospechas en aquel hombre? Si al entrar la hubiera encontrado tumbada en el sofá desnuda y con una pierna colocada en el respaldo, murmurando con satisfacción para sí y saboreando lánguidamente un cigarrillo…, él habría supuesto que estaba acusando simplemente los efectos del calor. Incluso si hubiera estado *embarazada* le podía haber recitado el versículo sobre la inmaculada concepción. Había sido Dios. Había sido obra de Dios: el truco más viejo del libro… Nicola había imaginado las diversas actitudes con que ella recibiría su desconcierto y sus celos: intento de comprensión, gesto de incredulidad acompañado de repugnancia y despedida definitiva. Había llegado la hora —a su juicio—, en interés de la variedad y de la libertad de acción (y en interés del interés), de mostrarle un poco de su temperamento. Pero ahí estaba él, con su bendita condescendencia. Tal vez el acto anterior había funcionado demasiado bien. Hacer el amor con Keith: semejante morbosa perversidad superaba la experiencia de Guy, y superaba en aquel momento su imaginación. A decir verdad, superaba también su propia experiencia: los hombres del pueblo, los hombres del pueblo británico en cualquier caso, nunca habían formado parte de su menú. Pero nada superaba la imaginación de Nicola. Nada.

Así pues: plan B. Una fracción bastante significativa de su vida se inclinaba a preferir ahora el plan B, y no el plan A. Guy parecía a gusto, y enojosamente limpio de sudor, con su sencilla camisa azul,

mientras que el calor y el cansancio parecían estar espesándose en los poros de Nicola, que notaba entre sus piernas la insoportable baratura del bikini blanco. Muy bien: la carretera B la llevaría —con más aburrimiento— al mismo destino. Acaso había tomado cuerpo también, de manera subliminal, una duda útil. Nicola se cruzó de brazos. Con vengativo malhumor, miró a Guy mientras hablaba: la manera como su expresión remedaba infantilmente su discurso, con sus suaves fruncimientos de ceño y vislumbres de esperanza. Y, de repente, pensó: tal vez no hay amor en él. ¡Dios bendito! Ella siempre había estado segura (era uno de sus supuestos básicos) de que Guy encerraba un gran potencial de amor, que ella necesitaba porque la ecuación en la que estaba trabajando requería incuestionablemente una buena dosis de amor en alguna parte. ¿Y si lo suyo no era verdadero amor, sino simplemente una dilución o simulacro contemporáneo del mismo: amistad, espíritu servicial, amor santurrón y pacato? Tal vez el amor *se estaba* muriendo, estaba ya muerto. Una catástrofe más. La muerte de Dios era probablemente llevadera a la postre. Pero si el amor moría de la misma manera, si el amor se iba con Dios…

—No quiero ser un típico aguafiestas —estaba diciendo—. El hombre que yo conozco en el Index está tratando de establecer contacto con un centro de acogida de refugiados de Khorat. Quedan aún varias vías por explorar.

El aire se tornó tranquilo y silencioso. En las mejillas pintadas de Nicola se formaron lágrimas.

—Lo siento —susurró Guy—. Lo siento muchísimo.

—Hay algo que quiero confesarte. Escúchame bien y luego vete para siempre. ¡Ah, qué vida tan extraña, tan extraña…! Nunca creí que eso fuera a cambiar… mi vida. Creí que seguiría simplemente…, así. O que yo lo acabaría. Nunca pensé que encontraría a alguien lo suficientemente bueno. Y no estoy diciendo lo suficientemente guapo o importante. Digo simplemente lo suficientemente bueno. Y ahora ha sucedido y… ¡oh, Guy!, no sabes lo abatida que me siento.

Esperó (un buen rato) hasta que él dijo:

—Dime qué es. —Entonces ella hizo que sus ojos ardieran con todo su verde, y dijo:

—Estoy enamorada. De ti. Y hay otra cosa más. Ya te advertí que yo era una persona ridícula.

Él esperó. Inclinó la cabeza. Preguntó:

—¿Qué es?

Ella suspiró y dijo con la exasperación propia de la desesperación:

—Soy virgen.

Cuando Dios se volvió loco era un Dios celoso. Dijo que si ella no acudía al menos una vez más, Él se desentendería por completo de todo el planeta. Tenía otros planetas, afortunadamente, situados en mejores lugares del universo. Esgrimió la peste, la hambruna, olas de dos kilómetros, vientos que soplarían a la velocidad de la luz, terror, un terror ubicuo e incesante, y un diluvio universal de sangre… Amenazó con volverla vieja y mantenerla así para siempre, eternamente.

Ella Le dijo que se fuera a tomar por culo.

Para mí —para todo mi ser—, Él es *nada*. Lo que soy me gustaría serlo, y lo que me gustaría ser lo soy. Estoy más allá de Dios. Soy la Causa inmóvil.

Marca con una cruz ese cortafuegos, y luego marca con otra cruz el siguiente. Ve demasiado lejos en todas direcciones. Extremos sobre extremos, y luego más extremos, y después más extremos todavía.

Cuando vi a Keith Talent por primera vez pensé que era un personaje anacrónico. Pensé que el tiempo y la inflación y la nueva demografía deberían haberlo barrido ya del mapa o expulsado al norte —o al menos a los suburbios—. Pero qué va. Las calles están plagadas de tipejos, granujas, compadres y buscones: tripulaciones enteras de Keiths… Por supuesto, casi ninguno de ellos logrará abrirse camino, poseer un Cavalier, un folleto impreso, una prometedora afición a los dardos. Seguirán ahí tirados en la calle hasta sabe Dios cuándo, con sus sombreros ridículos y sus descosidos trajes de mafiosos, ávidos y taimados e incapaces de embaucar a nadie.

Ni el mismísimo Fagin querría tener nada que ver con ellos. A él le habrían horrorizado. Y estos son los mejores y los más brillantes (y Keith es el mejor y el más brillante de los mejores y los más brillantes). Los demás son catetos y paletos, horteras, palurdos, gente del arroyo; pero esto es Londres, y aquí no hay campos. Solo campos de operación y de observación, solo campos de atracción y repulsión electromagnética, solo campos de odio y coacción.

Solo campos de fuerza.

Keith es también anacrónico en asuntos de libido. No pertenece a la liga satiromaníaca (y los satiromaníacos, me huele a mí, estarán siempre entre nosotros). Es ese tipo de ligón obsesivo que se suponía extinguido hace ya varios años. Se le cae la baba y la rebaba cuando ve una tía buenorra por la calle; cuenta hasta al último mono del pub las cosas que les hace a Analiese Furnish y a Trish Shirt; incluso se puede pasar un cuarto de hora explicándote (no valen aquí protocolos ni remilgos) cómo le fue con Kath la noche anterior. Y encima, de regalo, no guarda secreto alguno sobre sus heroicidades en el campo de la paja. Y con lo poco y mal que come, me asombra cómo puede desplegar toda esta actividad.

¿Es pura figuración mía, o tiene algo que ver el tumulto hormonal de Keith con una reducida expectativa de vida? Aunque la vida nunca parece realmente larga cuando se contempla sobre el telón de fondo de la historia, la de Keith se halla en la actualidad doblemente comprimida, o condensada, y, por ende, acelerada. Su vida está en el botón del avance rápido, o el de búsqueda de imágenes. No son ya solo los animales los que viven pocos años.

Los animales ahora viven aún menos que antes, pero para ellos la vida siempre ha sido breve. La lección que nos dan los animales, o nuestros animales domésticos (sin quererlo, sin que se les pregunte),

es una lección sobre la muerte: una visión general de lo que es una vida más corta. Después de dos gatos y nueve hámsteres, el adolescente se halla un poco mejor equipado para la terrible visita al dormitorio de la abuela.

Todos avanzamos con el mismo ritmo, y nos dirigimos al mismo lugar. A los ocho años de edad, Clive es ya un viejo, un perro viejo.

Al cine con Lizzyboo Broadener. Lizzyboo: la gran hermana pequeña de Hope, más alta, más rubia, de cara más redonda, de figura más llena. Los pechos de Lizzyboo son una de las bromas de la familia. ¡Ah!, las bromas familiares. ¡Ah!, las características sexuales secundarias —¡las CSS!—. La gran cuestión sobre los pechos de Lizzyboo es la siguiente: ¿de quién los ha sacado? Ninguna otra Broadener, ni pasada ni presente, ostenta los pechos de Lizzyboo. Hope no tiene los pechos de Lizzyboo. Se conforma con los que tiene, que son mucho más pequeños. Se había especulado (sigue la broma familiar) con que Marmaduke habría podido dar a Hope los pechos de Lizzyboo, o al menos podría haberlos hecho más grandes. Pero aquí tenemos a Marmaduke igual a sí mismo y desconsiderado hasta el final. Cuando Hope amamantaba a Marmaduke, sus pechos quedaban vapuleados, drenados, mascados y chupados; pero no más grandes. Mucho más doloridos; pero no más grandes. Aquí tenemos, pues, a nuestra Lizzyboo sin hijos (treinta y un años, y empezando ya a preocuparse), con su buen par de globos. Hace mucho calor todavía, y se ha puesto una camiseta sin mangas para ir al cine. Las claras líneas de su inquietante perfección difunden angustia por la calle. Los jóvenes no logran digerirlo. Lizzyboo convierte a todos en Keiths —o a todos menos a mí, a todos menos al hombre que va a su lado, que no se atreve a mirar—. Lizzyboo y sus CSS. Menudas CSS.

Era una vieja película de terror, de los años setenta, una porquería llamada *El estrangulador del internado de chicas*. Varias colegialas en ropa interior eran hechas rodajas. Sierra, machete, navaja de afeitar. El carnicero era una especie de espíritu necrófago, demonio o zombi —en cualquier caso un tipo bien muerto—, que le guardaba rencor al director del colegio. La mayor parte del tiempo tenía el aspecto de un portero gordo normal y corriente, hasta que se acercaba a carne femenina desnuda o vestida ligeramente. Entonces hacía irrupción el mutante interior, rebosante de gusanos y lombrices y demás accesorios de la tumba. Yo me identifiqué. En particular cuando, durante una secuencia supuestamente espantosa, Lizzyboo cogió mi mano. La suya es una mano cálida, una mano ligera. Yo le habría agradecido el gesto con mayor convicción de no haber estado muriéndome. Su mano permaneció donde estaba mucho después de que el estrangulador del internado de chicas dejara de ser espantoso, mucho después de que

achicharraran y llevaran a la picota al espíritu necrófago. Se encendieron las luces y ella se volvió hacia mí con todo su cuerpo y retiró la mano con cuidadosa lentitud. Tenía la boca abierta. Dios mío, la maravilla de los dientes femeninos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó, deseosa realmente de conocer mi opinión.

Yo le gusto. Le molo. ¿Por qué? Tengo un par de ideas al respecto. Le gusto principalmente porque también le gusto a Hope. Detecto una considerable influencia sexual, o plagio sexual, entre estas dos hermanas. Lizzyboo puede ser ese tipo de chica que no está completamente segura de si le gusta un hombre hasta que no encuentra una aprobación más amplia. Yo sentía esta aprobación, incluso en el momento mismo de salir hacia el cine: las figuras de Guy y Hope recortadas detrás de nosotros (sonriendo alentadoramente, las manos de ella sobre el hombro de él), como padres. En segundo lugar, por supuesto, yo soy generalmente retraído con las mujeres, lo cual ejerce un efecto calmante, en especial sobre las rubitas con grandes CSS, acostumbradas como están a vivir en una guarnición de reprimidos y salidos. Yo nunca he ido por ahí follándome a la primera que se me ponía a tiro (¿y por qué *no*, caramba?), ni nunca me ha importado el ser así (hasta el presente), y creo que eso se nota. Naturalmente, es poco probable que agarre alguna de esas desagradables enfermedades. En tercer lugar —o quizá no sea sino el punto 2 b)—, no estoy interesado. Lo cual es siempre un aliciente. La auténtica falta de interés siempre acaba jugando en tu favor. Y cuando te estás muriendo (creo yo), no te cuesta absolutamente ningún trabajo hacerte el indiferente.

Después de nuestra sesión infantil, nos tomamos sendos batidos de leche en una cafetería situada en Kensington Park Road. Esto me resulta muy difícil. Yo le gusto. Ella posa una mano sobre mi antebrazo para demostrármelo. Prácticamente se mea cada vez que digo una gracia. Y blande las susodichas CSS. Yo le molo a Lizzyboo, y esto nunca mejor dicho porque, permítanme el chiste, para ablandar mi corazón va a necesitar una auténtica rueda de molino. Va a necesitar pasar por la rueda todo London Fields. Lizzyboo es tan linda y tan entusiasta y tan cariñosa y tan franca que voy a tener que salirle con una excusa de fuerza mayor.

Le saqué unas cuantas cosas bastante interesantes sobre la locura que le entró a Guy por ella. Luego le dije que tenía que ir a casa a trabajar en mi novela.

Ni una sola palabra todavía de Missy Harter, o de Janit Slotnick, ni siquiera de Barbro McCambridge. Inmediatamente después de enviar por mensajero a Hornig Ultrason los tres primeros capítulos (a un

precio asesino), tomé asiento junto al teléfono esperando que sonara —que sonara y brincara en su soporte como en los dibujos animados —. Pero tres días ya, y nada.

Una noche horrible en Brixton viendo la partida de dardos de Keith en el Foaming Quart. Sacrifico mi vida, o lo que queda de ella, por esta novela piojosa, ¿y qué consigo a cambio? Ni siquiera las gracias.

Ahora acudo presuroso cada día hacia mediodía, a pie o en coche, al bloque de Keith Talent para relevar a Kath durante una hora o dos, para cuidar de Kim: para proteger y mimar a la pequeña Kim. El padre de la criatura raramente se encuentra en casa cuando yo llego. Está por ahí timando a la gente. Está en el Black Cross. Está en su garaje, en su sótano de dardos. Cuando me cruzo con él en estas ocasiones, le descubro una mirada maliciosa y hostil. Kath parpadea cuando me ve entrar. Está sentada a la mesa con la cabeza entre las manos. Espero que sienta pronto algún alivio. Pero la miseria parece apañárselas para que no pienses en cómo son las demás cosas, lo cual tal vez esté bien en el fondo, desde el punto de vista de la miseria, pues de lo contrario no podrías soportarla. Unas veces estás hecho polvo, y otras veces también lo estás. Lo duro se añade a lo duro. Para lo malo y para lo peor.

—Cómo te va —saludé mientras entraba en la estrechez de la cocina (me había cruzado con Keith en la puerta y no me dirigió una sola palabra).

—¡Oh, Sam! —Se levantó, hizo una pausa. Los restos del pesado desayuno de Keith abarrotaban todavía la pequeña mesa (que a su vez abarrotaba la pequeña cocina): el tazón de té frío, el plato grasiento, colillas en forma de V aplastadas en una salsa marrón. Kath contemplaba esto con ojos dementes.

—¿Qué te parece si saco a Kim de paseo?

—Sí. Eso será lo mejor.

La niña levanta los brazos cuando me agacho para cogerla. Se ha acostumbrado a mí enseguida. No me ha costado mucho trabajo ganármela. Yo suelo ser así con los críos. Por supuesto, no quiero nada de ella. Aunque las cosas que me podría contar…

La llevo al Memorial Park: al parque, lleno de punkies y de borrachos. No me importa demasiado. La combinación adulto-infante es una combinación relativamente segura; no te molestan, o no demasiado en cualquier caso. Los que se hacen el gracioso cuando ven a un bebé ya no están de moda. El tipo que se inclina sobre el cochecito farfullando amenazas con una botella de cerveza rota en la mano es un tipo que no goza de popularidad. En la Gran Bretaña suburbial y plutocrática, tan próxima al milenio, no goza ya de

popularidad, es doblemente impopular; nadie lo respalda. Las sentencias judiciales lo reflejan. No vale la pena por las cuatro perras que puede llevar la mamá en el monedero. Así que no suele darse. O no mucho, en cualquier caso.

Lo que me deja impresionado y pensativo es el poder de la cara de la niña: el *poder*. Está bien formada, y me recuerda a un ombligo tensamente prominente, repleto de posibilidades, tumescente de potencias, como si el millón de cosas que pudieran sucederle, las esencias de los millones de Kims que podrían estar ahí un día, se hallaran concentradas en esa cara poderosa… Estoy maravillado. La cara de Nicola también es poderosa. Es poderosa hasta la misma delgadez de la piel que recubre sus ojos cerrados. Tal vez con ella el efecto sea inverso o diametral. Porque la cara de Nicola, la vida de Nicola, solo contiene un futuro, completamente delineado, completamente diseñado, hacia el que avanza en estos momentos a ritmo acelerado.

Así pues, los jardines municipales, las flores miserables, los tótems pastel de la zona de columpios (¿cómo los interpretamos?), los jóvenes intocables con sus zapatillas de deporte, la meteorología del cielo, los viejos solitarios empotrados en los bancos, y la niña con su dulce respiración y sus marcadas redondeces, más tiernas que un globo ocular. Uno no querría tocarla. No querría tocarla por nada del mundo.

9. HACIENDO EL BIEN DE VERDAD

Vestida con ropa y zapatillas de andar por casa, y con el correo debajo del brazo, Hope Clinch salió a la terraza y se detuvo mecánicamente para darle un golpecito a una planta enmacetada. La planta era una amarilis, que había costado muchísimo más que el salario mínimo semanal; pero se estaba marchitando. No prosperaba. Pronto tendría que ser devuelta —a través de Melba o Phoenix, o quizá de Lizzyboo— al fraudulento florista para que le trajera otra o la pusiera en tratamiento.

Se sentó junto a la mesa y abrió su primera carta. Mirando hacia abajo, dijo:

—Acabo de hablar con Melba. Sobre Lady Barnaby. Un desastre.

Guy levantó la vista de su crucigrama. Todavía llevaba puesto su camisón de algodón blanco. Guy dormía a menudo con camisón. A Hope esto le pareció simpático, quince años atrás.

—¿Ah, sí? Cuéntame —dijo.

Más allá de su jardín se extendía el parque comunal, cubierto de abundante hierba húmeda en todas las estaciones, menos en aquella. Guy sabía qué efecto producían sobre el césped las meadas de perra; y le parecía que aquellas calvas de color pardo habían sido obra de una perra del tamaño de un mamut. Pero estaba prohibida la entrada de los perros en el parque comunal. Era sencillamente el sol de septiembre el causante de aquello. ¡El sol! Guy cerró los ojos y se preguntó cómo una cosa que se hallaba a ciento cincuenta millones de kilómetros podía convertir sus párpados en una piscina de Hockney llena de sangre fresca… Fuera, sobre el césped, como lecheras en plena actividad, varios niños pequeños jugaban entre los gordos guardas y las niñeras aún más gordas, que no dejaban de gritarles para que tuvieran mucho cuidado. No podía verse a Marmaduke allí. Se hallaba en su cuarto de jugar, probando a una nueva *au pair*. Guy y Hope escuchaban sus enérgicos alaridos —Tarzán, se diría, enseñando a Jane el funcionamiento de las lianas—, silenciados cada pocos segundos por el sonido de alguna atroz colisión. Guy sonrió incitadoramente en dirección a la cabeza inclinada de su mujer. Allí estaba el matrimonio (el desayuno era su principal sacramento), como

la vajilla sobre la mesa que está en medio del paso, a la espera de que alguien la haga añicos al pasar.

—El viaje a Yugoslavia —soltó Hope, mientras abría otra carta y la leía—. Llegó en plena noche. Por alguna razón, el avión hizo escala en Oslo. A la mañana siguiente, fue sableada por el taxista que la condujo al hotel. Solo que no era un hotel. Esperas disponer de un váter, pero ni lo sueñes: una especie de barracón lleno de locos desalmados. —Hope abrió otra carta y empezó a leerla—. En aquel punto, ella empezó también a delirar. Nadie sabe bien qué es lo que ocurrió después; un par de días más tarde la encontraron merodeando por el aeropuerto de Zagreb sin equipaje y sin sus *gafas*, lo cual me produce cierto remordimiento personal.

—Marmaduke.

—Marmaduke. Alguien del consulado la expidió para acá. Llegó a su casa y la encontró completamente desvalijada. Melba dice que no habían dejado más que las baldosas del suelo y la pintura de las paredes. Entonces, al parecer, perdió el conocimiento. Pero, afortunadamente, lo recobró en la escalera justo antes de que estallara la caldera. Su casa está todavía completamente inundada.

—¡Qué espantoso! ¿No podemos hacer nada, nosotros? ¿Dónde está ahora?

—En el hospital.

—¿Le paga el seguro? —inquirió Guy presa de duda.

—Se ha quedado sin un penique.

—¡Dios mío! Así que su maravilloso marido…

—No era tan maravilloso.

—No se puede uno fiar de nadie en estos tiempos —dijo Guy.

—Desde luego que no —corroboró Hope.

Y en esto llegó Marmaduke. Observado con expresión de derrota por la pasmada *au pair* (su presencia diluida en un mero reflejo en el espejo), el muchachito irrumpió a través de la doble puerta. Aunque Guy y Hope respondieron con suma rapidez, Marmaduke no estaba dispuesto a dejarse anular. Superando el desafío de Guy, se lanzó a tumba abierta sobre la pata de la mesa antes de que Hope tuviera la más mínima posibilidad de levantar la bandeja. Y el mundo se echó a temblar: vasos rotos, porcelana hecha añicos, el niño ensangrentado, leche derramada, leche derramada.

A pesar de la tristeza que sentía por los recientes reveses de Lady Barnaby, a Guy no le costó trabajo recuperar el sentido de la proporción. Después de todo, cuando oía hablar de adversidades ocurridas en tierras extrañas —desorientación, desamparo, levantar un campamento a ciegas— no podía por menos de sentir que estaba

jugando en una liga superior. Mejor dicho, que estaba simplemente observando: un anónimo espectador entre decenas de miles, allá en lo alto de los graderíos.

Toda aquella semana había acudido bastante temprano en su coche a Cheapside, donde pasaba los días encerrado en su despacho, con su café y sus cuatro teléfonos. Marcaba y marcaba números. Su voz conoció los circunloquios de la beneficencia, los suaves halagos de las buenas obras. Todas las malas obras tenían que ver con el dinero. Pero también las buenas. Pero de las malas obras tenía poca idea: y él lo sabía. Por supuesto, alguien pronunciaba la palabra Indochina, y enseguida se oía el ruido de una respiración que brotaba de los dientes del teléfono —pasaba exactamente por la espiral del receptor para introducirse en el oído interno—, «Olvídate de todos los demás países», le dijo su contacto del Index con un brío al que Guy no estaba aún acoplado. «Olvídate de África occidental y del Turkmenistán. Es el ojo del huracán.» Él no tenía la menor idea. Nadie tenía la menor idea. Parecía como si no hubiese *idea* alguna. Enfrentado con esto, y sintiendo confusamente la necesidad de un acto decidido y atrevido, Guy salió a comprar un paquete de cigarrillos, y luego siguió sentado, fumando torpemente mientras marcaba distintos números.

¿Por qué estaba haciendo aquello? Como cualquier otra persona, Guy tenía ganas de oír las grandes noticias malas. Como cualquier otra persona, había leído cantidad de horrores, a la hora del desayuno, día tras día, hasta embotarse con ellos, hasta atontarse con ellos, hasta que decidió no leer su diario. La expansión de la mente, la revolución de las comunicaciones: pues bien, se había producido una contracción, y una contrarrevolución. Y nadie quería saber… ¿Por qué estoy haciendo esto?, se preguntó. ¿Porque es bueno? El pensamiento —el pensamiento consecutivo— se detenía allí. En su cabeza, Guy había visionado su almuerzo con Nicola tantas veces que la película se había desgastado, y aparecía plagada de pintas, de motas y de los interrogantes que empañan los ojos cansados. Podía ver su garganta, sus labios móviles. En la banda de sonido, su voz permanecía virginalmente clara, con su toque extranjero, con su meticulosa dificultad. Había dicho que tenía sangre judía. Cuando Guy trataba de aquilatar la atracción, no pensaba en sus pechos, ni en su corazón, sino en su sangre, y en la manera rítmica en que aquella sangre tiraba de él. ¿Qué se podía hacer con la sangre de una persona? ¿Olerla, degustarla, bañarse uno en ella? Hacer el amor con ella. *Compartirla*. Tal vez esto formaba parte del afán protector, que siempre contiene un lado salvaje, un lado animal. ¿Era eso lo que él buscaba? ¿Buscaba él la sangre de ella?

Aunque planetarios y muy siglo XX, y plenamente representativos de ambas cosas, los sucesos de Indochina exigían ser pensados

astronómicamente. Para empezar, eran oscuros, distantes, eran profundamente negros. La guerra por procuración había alcanzado un punto de inflexión cuando ambas partes acordaron, o cuando «ambas partes acordaron», jugar el juego a escondidas. Este acuerdo lo llevaron rápidamente a cabo mediante la política declarada, muy aireada por la prensa y la televisión, de matar a todos los periodistas. Los corresponsales extranjeros ya no podían brincar de madriguera en madriguera con sus tiras credenciales de PERIODISTA en las cintas de sus sombreros para mandar luego por télex sus relatos en medio de cócteles ofrecidos en terrazas de Hiltons arrasados. Como respuesta, se veían pandillas de granujas armados con una cámara que alquilaban jeeps y helicópteros; tullidos de guerra con malaria que salían de sus camastros empapados de opio para componer sus reportajes; fotógrafos con una sola pierna y con trozos de metralla vietcong alojados todavía en sus cráneos que se erguían en las carreteras fronterizas con el pulgar al aire. Iban, pero no volvían. Guy fumaba y parpadeaba y se frotaba los ojos, y se preguntaba si habría alguien capaz de soportar aquella visión.

Lo que llegaba, llegaba muy despacio o deformado o debilitado, cual luz cansada. Por una parte, las monosilábicas risillas tontas de afirmación o desconcierto de los supervivientes rescatados entre estrépitos y cargas explosivas; por la otra, el insomne testimonio de los satélites, triunfalistamente desprovistos de afectos, que parecían excluir todo lo humano de sus diagramas de la muerte —campos de cadáveres, panales de calaveras—. Aquel era un nuevo tipo de conflicto; *guerra espasmódica, guerra sin freno* e, inevitablemente, *superguerra* eran las expresiones que más sonaban; y *guerra por procuración* también, porque las potencias mundiales la abonaban y probaban sistemas armamentísticos en ella y mantenían ocupado al contrario con ello; pero estaba llegando dinero de Alemania y de Japón (¿y de China?), y de otros desestabilizadores del equilibrio de poder. «Si quieres hacerte una idea de lo que está ocurriendo allí», le dijo su informante de la Cruz Roja, «léete un resumen de lo que hicieron los jemeres rojos en los setenta y multiplícalo todo por diez. Recuento de cadáveres. Zona afectada. No. Elévalo al cuadrado. Al cubo.» Guy hizo exactamente esto. Y salía una cifra astronómica. Porque, si varios millones estaban dando vueltas en el vórtice de la guerra, había otros millones que necesitaban saber si estaban vivos o muertos, y si había millones a quienes les preocupaban los millones que se preocupaban, entonces muy pronto… muy pronto…

Nunca se había sentido tan vivo.

La pura y fea verdad era que nunca se había sentido tan feliz. O por lo menos no desde hacía muchos, muchísimos años. Volvía a casa por la noche para ser objeto de la asombrada aprobación de su mujer

(rápidamente subió su cotización tras aquellos días en el despacho, cotización nueva añadida a la cotización normal) y de las irrisorias atrocidades de Marmaduke. Preparaba la bebida de Hope y se la llevaba a su tocador y le besaba el cuello, con la mente en otras cosas, otros cuellos. Aquello le producía ebriedad igualmente, una excitación que burbujeaba como la tónica de Hope al chocar con el hielo. Ella le daba unas palmaditas en su mejilla burocrática y atusaba su ceja de calculadora, confiada en que iba allí para hacer dinero. ¿Y qué estaba haciendo realmente? Guy necesitaba el gran caos en el que se había metido. Siente el tirón de la miseria de la masa y necesitarás más —más miseria, más masa—. Tienes necesariamente que volverte un adicto. No era nada de extrañar que todos los que veían la corrida desde la barrera sintieran la necesidad de pintarlo de negro.

—¿Una jornada dura?

—No demasiado.

—Pobrecillo.

Pobrecillos ellos. Pero ¡bien, bien! Sus motivos no admitían examen, ni siquiera por un instante. Pensaba (cuando pensaba) que estaba aprendiendo algo sobre la vida, algo que siempre significaba muerte. Pensaba que tenía la posibilidad de hacer el bien de verdad. Sus motivos no admitían examen. Y no fueron examinados. El amor, más que ninguna otra cosa, se encargó de ello, el amor moderno, con una indumentaria nueva y algo salvaje. Ya tengo bastante por ahora, vaya que sí. La llamaré mañana, pensó mientras subía la cremallera de Hope.

Guy iba por el buen camino. Estaba haciendo el bien de verdad.

Sumido, pues, en esta nueva disposición de exaltada melancolía, Guy subió la escalera que conducía a la puerta de Nicola Six —dejando atrás coches de bebé y bicicletas, sobres marrones, los requerimientos y las prohibiciones de la vida parental, ciudadana, comunitaria—. Se detuvo a mitad del camino, no para descansar sino para pensar. De sobra es sabido que es puro mito, una verdad a medias, lo de la inexorable prosperidad de la subcultura asiática en los Estados Unidos. La primera ola de vietnamitas, en su mayoría de clase media…, bueno, no les fue mal, nada mal. Pero la siguiente tanda, la de los camboyanos, imagínense ustedes. La última vez que viste tu casa fue a cien metros del suelo y en llamas, y dentro de ella tu madre y tu padre y tus seis hijos. Necesitas tiempo para recuperarte de eso. Después de una cosa así, necesitarás un descanso antes de que te sientas a gusto en América. Y presumiblemente la siguiente hornada, si llega a producirse, será aún más… Mientras Guy iba subiendo oyó a alguien que bajaba: alguien que bajaba sorbiendo por la nariz y arrastrando los pies, y con botas pesadas. Guy se echó a un lado del que supuso era el penúltimo rellano, con la barbilla alzada y gesto

ensimismado. Y todo ello ocurría en el punto culminante de la crisis, o más bien *debajo de* la crisis, debajo de su ala. Esta idea de la delegación de la crueldad…

—¡Hombre, colega!

—Keith… Perdona, estoy medio dormido.

—Conozco esa sensación.

Pero Keith parecía diferente. Y no era simplemente su atuendo de domador de leones y el pelo secado a mano con secador. Estos aditamentos parecían más bien desentonar con el aire furtivo o humilde que emanaba de su actitud. Allí estaba Keith sobre sus inquietas piernas, con la cabeza gacha y, apretada contra el pecho, una especie de pieza metálica de cuarto de baño y…, y un libro, un libro en rústica. Tampoco Guy iba con las manos vacías. No había podido liberar a dos agradecidos refugiados, pero llevaba un regalo con él, un regalo para Nicola Six. Había pasado mucho tiempo pensando fervientemente en aquel regalo. ¿Qué le podía comprar? Un Tiziano, un yate, un diamante tan grande como el Ritz. Guy habría querido comprarle la tierra, pero se conformó con comprarle un globo terráqueo. No como los antiguos, uno de los nuevos. Un globo literal, el planeta tal y como se veía desde el espacio, pesado, misterioso, el azul de un bebé envuelto en sus ropitas. Lo sostenía en la mano, como Hamlet.

De repente, Keith se encogió de hombros y meneó la barbilla hacia un lado y dijo:

—He estado… ayudándola.

—Sí, claro. Para eso vengo yo también.

—Lo mismito, claro.

—Estoy intentando ayudarla a encontrar la pista de alguien. Sin demasiada suerte, siento decirlo.

—De todos modos…, se hace lo que se puede.

—Exactamente. —Guy miró a Keith ahora con afecto conmiserativo. Pobre Keith…

—Sí. ¿Vienes esta noche?

—¿Cómo? —preguntó Guy.

Keith lo miró con franca hostilidad.

—A los dardos.

—¡Ah!, los dardos. Sí. Por supuesto. Por supuesto que sí.

—BMW. Mercedes 190E. 2,5-16. Es allí, colega.

Y Keith se precipitó escaleras abajo arrastrando los pies y sorbiéndose los mocos, con aquel *Libro* bajo el brazo.

Guy la llamó desde el pasillo y avanzó con respetuosa regularidad. El salón estaba vacío. Era también tal y como él lo había imaginado: un desorden interesante debajo de un techo algo bajo (el alto Guy

notó cierta presión en la coronilla), una tacita de té por aquí, una revista extranjera por allí, unos tulipanes un-poco-pasaditos viniéndose abajo sobre los bordes de un florero de cristal (como mareados), cierta indolencia en el mobiliario, los habituales mandos a distancia gastados de tanto usarlos, para accionar el equipo de vídeo (su propia casa era una selva de estos juguetes más bien baratos), el fuerte olor a tabaco de la bohemia intelectual. Sobre la mesa bajo la ventana, junto al sillón de mimbre, una carta sin terminar…

—¿Nicola? —dijo de nuevo, con una leve sacudida de cabeza. La voz de ella, algo amortiguada, le contestó desde la habitación contigua con un patente atentado a la verdad: dijo que tardaría un minuto. Consultó su reloj —sin ánimo de crítica— y se quedó plantado con las manos cogidas en la parte baja de la espalda. Unos segundos después se acercó a la ventana y miró hacia atrás por encima del hombro y luego de reojo a la cuartilla de papel. «Querido profesor Barnes», leyó. «Gracias por haberme mandado el trabajo del profesor Noble, que no puedo por menos de comunicarle que me resulta equívoco y mal enfocado. Le creo cuando dice que los artistas mantienen a menudo relaciones sexuales con sus temas. Existe la creencia general de que tales cosas ocurren realmente. Pero sus anécdotas no resultan de ninguna utilidad si se aplican al arte figurativo. Ya estaba yo sobre ascuas preguntándome cuándo iba a afirmar que los retratos de Rembrandt de Saskia —o, quizá también, los de Bonnard de Marte— se hallaban "impregnados" de conocimiento sexual, o a hablar sobre el anhelo del pintor por "penetrar" en su modelo, ya sedente, ya recostada. Tal línea de pensamiento siempre aboca a estas burdas especulaciones. Permítame una nota personal:», leyó Guy, completando la página. Su mano se extendió para darle la vuelta. Pero él desistió luego con un suave estremecimiento. Entiende de arte, pensó con nuevo vigor. Y tiene una letra muy bonita; no tan estrictamente elegante como la de Hope: más redonda, más expresiva, con algo de la corpulencia femenina de Lizzyboo. Se le ocurrió a Guy bruscamente que nunca había hecho nada como aquello. Nunca había estado solo con una mujer de su misma edad en casa de ella, y en secreto, sin que lo supiera Hope. El cuarto de estar de Nicola era «prácticamente tal y como él lo había imaginado». ¿Qué *había* imaginado él exactamente? Guy podía pretender tal vez que sus ensoñaciones eran castas. Pero sus sueños seguían su propio curso. Bueno, pensó, no se puede evitar soñar lo que se sueña. Paseó la mirada por la librería y se acercó a ella con vivo alivio. Sacó *El arco iris* y contempló su página inicial. ¿Qué era lo que llevaba Keith con él? Ridículo. No logro recordarlo. *¿Villette? ¿El profesor? ¿Shirley*? No, algo mucho más fácil, pero no era *Jane Eyre*…

Ya veo. Es evidente que ha estado llorando, se dijo Guy cuando

Nicola salió del dormitorio. Su cara coloreada lo miraba diciéndoselo todo, aunque Guy no sabía en concreto qué. No le sorprendió su porte erguido porque Hope era también así: siempre lo abordaba con las lágrimas por delante, o con sus efectos; nunca se encogía ni se ocultaba. Guy miró más allá de Nicola durante unos instantes y vio en el espejo la lamentable anarquía de las sábanas descuidadas. Sí: el hábitat de una depresión profunda, muy profunda. ¡Dios mío, fíjate! La pobre criatura apenas puede caminar. Qué desorientación en sus andares. Y ese rostro sufriente, que parece doblegado por un dolor interior. ¡Vaya! Un verdugón o un grano en la mejilla bastante feo. Es indiscutible que, en estos tiempos, hasta los cutis más radiantes… Va a tropezar con esa mesa si no tiene cuidado. ¡Uf! Siempre siento lo mismo cuando estoy con ella, la urgencia, la necesidad de acercarme para sostenerla, si tuviera el valor.

—Hace tanto *calor*… —exclamó Nicola, como acusando.

—Sí, ya lo sé —contestó Guy, como disculpándose.

Durante unos instantes Guy intentó alabarla un poco por su colección de libros, con alguna que otra nota marginal (el ajedrez, Keith, el calor de nuevo); pero le pareció inhumano por su parte explotar estos recursos. Con la mayor delicadeza posible, la puso al corriente. Y la presencia de Nicola, su campo de fuerza, se vino abajo por completo al encajar la primera salva de desengaños que él le lanzó. Con las manos recogidas sobre su regazo, ella le escuchaba desde el sofá inclinada hacia delante, con las piernas —desnudas— juntas y los pies separados por los tobillos pero casi tocándose por los dedos, como un colegial en el despacho del director. Su rostro no parpadeó, salvo una vez, quizá, cuando él mencionó al hombre de Greenpeace, a quien había sonado un poco el nombre de Enola Gay, otro hilo que no condujo a ninguna parte. Fue casi una liberación cuando ella cedió a la aflicción, y aquellas lágrimas lentas, asombrosamente brillantes, empezaron a surcar sus mejillas.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento muchísimo.

Ella dejó pasar un minuto, y luego dijo:

—Hay una cosa que quiero confesarte.

Mientras ella hablaba, mientras él la escuchaba, una serie de explosiones blandas, de reajustes íntimos, parecieron invadir la trastienda de su cráneo. Una gran pesadez, deliciosa y multiforme, se apoderó de él: la fuerza de la gravedad, que te recuerda la enorme energía que necesitas simplemente para acarrear toda esa sangre.

—Hay otra cosa más. Ya te advertí que yo era una persona ridícula…

Se lo soltó con desconcertada impaciencia. Guy sonrió para sus adentros. Guy sonrió levemente, para sus adentros, y dijo:

—Ya me lo había imaginado.

—¿Ya *qué*? Perdona pero… no sabía que la gente se pudiera dar cuenta.

—¡Oh, sí! —dijo sosegadamente—. Para ser francos, es bastante evidente.

—¿Evidente?

Ahora le pareció que hacía mucho tiempo que imaginaba el primor y la pureza de Nicola Six. Después de todo, no era una estrategia tan rara en estos tiempos precavidos, en estos tiempos de preocupación. Pensó que cuadraba perfectamente: sonaba a cierto. Porque, a diferencia de Hope, Nicola y yo somos iguales. Territorio virgen. Guy sentía ahora el nuevo lujo de la experiencia sexual. Que él supiera, nunca había conocido a nadie menos experimentado que él; la misma Lizzyboo, con sus cuatro o cinco romances infelices, le parecía una exótica amadora (curtida en el amor), una Anaïs Nin. Y esto podría incluso significar que yo podré amar en toda regla… Pero ¿de dónde procedía el impulso contrario? ¿Qué mensaje alternativo procedente de qué mundo alternativo le estaba diciendo que desgarrara aquel casto vestido blanco, que cogiera aquel cuerpo moreno y lo volviera del revés, de dentro afuera?

—Es que tienes ese resplandor oscuro tan tuyo… Como algo contenido. Intocable.

Con patética confusión, ella se levantó, con las manos aún entrelazadas, y avanzó hacia la ventana. Guy gruñó, se puso de pie y se arrastró en pos de ella.

—¿Es para mí? —preguntó Nicola. Encima de su escritorio estaba el globo terráqueo. Se volvió hacia él, llevándose ambas manos a la cara—. Sigue siendo bonita todavía, ¿verdad?

—Querida mía, tú eres…

—No, yo no. La tierra —puntualizó—. Y ahora vete ya, por favor.

—… ¿Puedo llamarte mañana?

—¿Llamarme? —musitó entre sus lágrimas—. Esto es amor. No lo entiendes. ¿Llamarme? Puedes hacer conmigo lo que quieras. Puedes matarme si quieres.

Guy levantó una mano hacia la cara de Nicola.

—No. Podría ser peligroso. Podría morir si me tocas.

Durante el desayuno del día siguiente Hope informó a Guy que habían vuelto a desvalijar el coche y que él tenía que llevarlo al garaje. Guy asintió y continuó con sus cereales (el coche era desvalijado aproximadamente una vez por semana). Observó cómo su mujer evolucionaba por la cocina con la bata puesta. Un poco antes, si ella lo hubiera sabido *todo*, podría haber llamado a un psiquiatra. Pero

ahora, después de lo del día anterior, habría creído justificado llamar a un abogado, a un policía… Al levantarse para marcharse, Guy sintió la necesidad de decirle algo.

—¿Qué son esas pastillas que estás tomando? Oh, levadura.

—¿Qué?

—Levadura.

—¿Y qué pasa?

—Nada.

—¿De qué estás hablando?

—Disculpa.

—¡Vaya!

El coche era desvalijado aproximadamente una vez por semana. Ya en la calle, Guy abrió la puerta del Volkswagen (nunca estaba cerrado con llave) y tapó el cristal roto sobre el asiento del conductor con un letrero que decía RADIO YA ROBADA. Arrancó en dirección al garaje de St. John's Wood. Antes de bajarse, retiró el manual de instrucciones de la renovada herida del salpicadero, en la que antaño estuviera la radio. Los encogimientos de hombros y asentimientos de siempre. Mientras Guy esperaba la habitual promesa incumplida, podía haber pensado en lo fácil que lo haría la Otra Mujer: nunca te obligaba a llevar el coche, y se tragaba en privado su levadura.

Guy enfiló Maida Vale a pie. Como habían perdido las hojas demasiado pronto, los árboles tomaban el sol, arrugados y en topless y avergonzados. Los pájaros de Londres graznaban apenados, o retadores. El sol estaba haciendo lo que siempre había hecho, día y noche, durante quince billones de años; a saber, quemar. ¿Por qué no adoraba al sol más gente? El sol proporcionaba tantas razones para ello… Creaba vida; era profundamente misterioso; era tan poderoso que nadie en la tierra se atrevía a verlo pasar. Sin embargo, los humanos adoraban lo humano, lo antropomórfico. Adoraban promiscuamente: a quien fuera. A un fanático yogui indio, a un genocida etíope, a un ángel americano decimonónico llamado *Moroni*, al mismo Dios católico de Guy o Padredenadie. Graciosa, en cierto sentido, la pelusilla del labio superior de Nicola. El sol se hallaba a una unidad de distancia: una unidad astronómica. Pero hoy se podía afirmar que el sol no era más alto que el Everest. No era nada bueno exponerse a él, desde luego que no. Dador de vida, el sol estaba ahora arrebatando vida: el arrebatador de vida, el sol cancerígeno. ¿Un engaño de la percepción, o existe realmente un poco de espacio en la confluencia de las caderas y las piernas de Nicola, un triángulo curvo de aire libre entre los muslos, justo en lo alto? Guy encaró ahora Elgin Avenue. Se sentía feliz, en conformidad, quizá, con el tiempo (si este sol apareciera en un libro para niños, con toda seguridad estaría

sonriendo); anticipaciones felices, recuerdos felices, un azoramiento de felicidad. Recordó una mañana hacía más de un año. Sí, acababa de ayudar a Marmaduke a eructar; en realidad, el niño le había vomitado en el hombro (viene el hombre de la limpieza en seco y rasca la pana con una uña indecisa y tú dices «vomitera de bebé», y todo el mundo sonríe, compasivamente, todo el mundo sonríe). Yo estaba sentado sobre la cama con el bebé, mientras ella se cambiaba o se bañaba en el cuarto de baño contiguo. Sentí frío de repente —su vomitona se estaba enfriando en mi hombro—, y allí estaba la cabeza del bebé, con el pelo alisado con brillo uterino, biosférica como un mundo. O como un cuerpo celeste. Sentí su calor, el calor de la cabeza del bebé, y pensé (ah, las bromitas y su vergonzosa mediocridad…, pero lo pensaba con toda intención, de verdad): tengo, ahora tengo… Ahora tengo un pequeño sol, un solete.

Dios mío, fíjate: Portobello Road, toda ella arañada y desgastada, socavada y llena de ratas. Guy sintió como si toda la calle lo estuviera espiando…, para ver lo que tenía y lo que podía dar de sí. Una cola de mendigos se había formado a las puertas del Albergue del Ejército de Salvación en espera de la sopa o de lo que ofrecieran; batallones de pobres, reclutas, hombres agobiados, muy agobiados. Alto y con el pelo limpio y la dentadura limpia, Guy pasó por delante de ellos embargado de dolor, por delante de los mendigos y de sus ojos palpitantes. Lo único que vio fue una hilera de absurdos zapatos abiertos por los dedos como bocas de caballo, mostrando dientes de caballo… Hubo una vez en que entrar en el Black Cross era entrar a un mundo de pavor. En la actualidad, las cosas habían cambiado de lugar, y el miedo se hallaba detrás de él, a su espalda, y la puerta negra del Black parecía más bien una salida.

Las once y media, y el momento que todos habían estado esperando: precedido por su perro, una pluma de humo de tabaco y una salva de toses, Keith Talent tuvo a bien hacer su entrada en el Black Cross. El estatus de Keith, su pátina de pub, siempre enorme, ahora se había realzado considerablemente, por supuesto, tras los acontecimientos de la noche anterior. Un murmullo general de interés se convirtió poco a poco en suave aplauso y luego estalló en gritos apasionados, arrolladores, de triunfo incitador. Pongo, el barman de turno, fue el más elocuente tal vez cuando, tras servir una jarra a Keith, alargó una mano blanca y rechoncha y dijo simplemente:

—Dardos.

—Hola, muchachos, a la salud de todos —contestó Keith, que llevaba encima una resaca de espanto.

—Lo conseguiste, tío —dijo Thelonius—. Lo conseguiste.

Keith se enjuagó la boca con cerveza y dijo pesadamente:

—Sí, el pobre la cagó, ¿no es cierto? No hay que faltar el respeto a

nadie, chavales, pero siempre planeará un interrogante sobre el temperamento del tirador negro. ¿Recordáis el primer juego de la segunda manga cuando yo iba por detrás y él hace un ciento cuarenta y coloca luego tres dardos en el 16 doble? Pero cuando la cagó, yo supe enseguida que la victoria estaba allí esperando a que yo fuera a cogerla. En el tercer juego de la decisiva segunda manga le hice polvo sus sesentas y luego… el 153 mortal. 20 triple, 19 triple, 18 doble. Dardos de gala. Una exhibición. Fue probablemente el momento culminante de la velada. Imposible responder a remates de esa calidad. Imposible.

—Fue una demostración contundente —dijo Thelonius pausadamente— de tu talento para los dardos.

—Estuviste a la altura de…, al nivel de alta competición —siguió Bogdan.

—La elección del local podía haber planteado problemas a un jugador de menor enjundia —abonó Dean—. Pero hiciste añicos…

—Dejaste por los suelos…

—El desafío de…

—Del zurdo de Brixton —apostilló Thelonius con un suspiro.

Keith se volvió hacia Guy Clinch, que estaba apoyado sobre el billar romano y los observaba con una sonrisa desconfiada.

—Y *tú* —dijo Keith, acercándosele—. Y *tú* —insistió, aguijoneándole con el dedo—. Tú te portaste cojonudamente. Anoche se portó cojonudamente. Estuvo cojonudo.

Guy miró con agradecimiento a los ojos de Keith, que tenían (le pareció) una expresión bastante curiosa aquella mañana. Los ojos de Keith contenían una brillante gama de impurezas e implosiones, junto con un menisco vertical de lágrimas no vertidas; pero lo más curioso de todo era su colocación. Las mortificadas pupilas parecían tratar de poner distancia entre cada cuenca —estaban prácticamente en sus sienes—. Dios mío, pensó Guy: parece una ballena. ¿Una ballena asesina? No. Algún viejo cetáceo que jadea benignamente. Una ballena azul. Una «eubalaena». Sí, y qué palidez tan increíble… Guy bebió de su vaso y escuchó las alabanzas de Keith, y las alabanzas de Bogdan, de Norvis, de Dean y Pat y Lance. Escudriñó sus caras en busca de algún asomo de ironía. Pero lo único que halló fue aprobación, y bienvenida.

—Yo no sabía —dijo Keith—, no sabía que eras tan cojonudo.

¿Era para tanto, después de todo? Tras su encuentro con Nicola, Guy volvió a casa y pasó la hora del té con Marmaduke. Hope estaba jugando al tenis con Dink Heckler. Luego se dio una ducha (a veces puede resultar muy difícil quitarse del pelo tantas natillas y tanta melaza), se cambió y, hacia las siete, hizo su entrada en el Black

Cross. O en un delirio de dardos. Banderas y sombreros en los que se leía KEITH, y gritos de «¡Dardos, Keith!» y «¡Keith!», y el propio Keith, sin quedarse atrás desgañitándose a su vez: «¡Dardos!» Fuera, dos coches aceleraron atronadoramente. Todos se acomodaron, apretujados, en ellos, con la natural excepción de Keith, que contaba con un medio de transporte alternativo. «Yo lo llevaré», había dicho Fucker, «en *ese* jodido coche», apuntando a través de la puerta al Jaguar metalizado. Tras lo cual, Guy se chupó cuarenta minutos en la parte trasera de la furgoneta, en la que los blancos y los asiáticos no dejaron de fumar y reír y toser durante todo el trayecto, mientras los negros iban en silencio y con cara de oscuros apetitos, y todos se pasaban de mano en mano, con expresión torva e incondicional, botellas de whisky ya empezadas.

—Cuando entramos, se estaba cociendo algo —dijo Dean.

—¿De veras? —dijo Guy, que no había notado nada inconveniente, a excepción de los codazos y las burlas, y de una gran presencia, un gran calor de músculo negro desnudo—. ¿Cómo lo supiste?

—Apuñalaron a Zbig Uno —dijo Zbig Dos.

—Nada grave —medió Keith—. ¿Zbig Uno? Está bien. Saldrá lo más tarde la semana próxima.

La competición de dardos tuvo lugar no en el Foaming Quart propiamente dicho (con sus cristales de color y sus cortinajes y su música funk crepuscular), sino en la sala contigua, habida cuenta de la intensidad del interés local. Como decía Keith, el encuentro había prendido la imaginación de todo Brixton. Con los pies hundidos hasta los tobillos en serrín, Guy supuso que aquella sala había sido utilizada recientemente, y sin duda alguna también regularmente, como discoteca y como iglesia; y, menos recientemente, como escuela. Simplemente, se olía. No había huellas que recordaran especialmente las instituciones que él había frecuentado (con sus extensas zonas verdes, sus piscinas olímpicas, sus gabinetes informatizados, etcétera); pero el entarimado del suelo, las claraboyas estropeadas, los números romanos del reloj, la sofocante madera, todo le hablaba a Guy de *escuela*. Y de una escuela de chicos, para más señas. Miró a su alrededor (¿le preocupaba aquello *mucho?*) y no vio a ninguna mujer por ninguna parte… Se habían colocado bancos como en un lugar de reunión, muchos de ellos volcados en medio de grandes risotadas, y por fin todo el mundo se sentó. Pero cuando empezó la partida, sin ceremonia alguna, todo el mundo se puso de pie. Si todo el mundo hubiera permanecido sentado, se podría haber visto perfectamente el encuentro desde los asientos. Pero todo el mundo se puso de pie. Así que todo el mundo se quedó de pie.

No es que hubiera nada de particular que ver, desde el punto de vista dardístico. El adversario de Keith era muy joven y muy negro, y

combinaba de manera sorprendente las cualidades de violencia y solemnidad, una cara perfecta y pulida, y una cabeza rapada de un ligero tono violeta, cual impecable pene impecablemente erecto. En medio de muchas vacilaciones y rectificaciones, dos hombres de color ya mayores actuaron como árbitros y anotaron las puntuaciones provistos de tiza y micrófono. Con sus grandes zancadas y movimientos furtivos, y vestido con su camisa electromagnética y sus pantalones acampanados, Keith era seguramente la figura más burda y hortera del escenario; pero parecía, con mucho, la mejor adaptada.

—Los dejaste a todos sin resuello —dijo Dean.

—La hostilidad de la multitud —convino Keith— me metió en el cuerpo mucha presión. Pero lo que ellos no sabían era… que Keith Talent siempre explota la presión a su favor.

—Los dejaste a todos sin resuello —insistió Dean.

—Uno, que vale para el espectáculo —apuntilló Keith.

La hostilidad de la multitud, había reparado Guy, era ciertamente marcada. Al principio adoptó la forma de abucheos, lanzamiento de monedas y pateo del suelo, junto con al menos tres atentados serios contra la vida de Keith. Después, sin embargo, a medida que los dardos de Keith hablaban, y el sueño de la multitud se iba convirtiendo en una pesadilla de dardos…, todo fueron lágrimas, gemidos y súplicas (¿habían hecho su aparición las mujeres por fin?), y Guy vio cómo un hombre encañonaba su propio cuello con un trozo de botella de cerveza sin dejar de farfullar con los párpados medio cerrados y temblorosos. Sobre las tablas, Keith respondía… con exhibicionismo. Este exhibicionismo consistía en una amplia gama de gestos obscenos, una serie de patadas fingidas dirigidas a las cabezas de los espectadores, y su costumbre (particularmente irritante) de intentar despegarse, o de despegarse efectivamente, los calzoncillos por la parte trasera siempre que se volvía y se preparaba para tirar.

Finalmente, transcurrida media hora entre aquel clamor empapado de sudor, al que el propio Guy contribuyó también con sus gritos de «¡Dardos!» y «¡Keith!» y «¡Dardos, Keith!» cada vez con más desenfreno, pareció quedar suficientemente claro que la partida había llegado a su fin y que Keith la había ganado. Con un ademán de indulgencia, Keith se volvió hacia su contrincante, que se le acercaba raudo esgrimiendo un dardo a modo de cuchillo.

—Se hirió a sí mismo. En la mano. Con su propio dardo.

—Las pasiones habían tocado techo —dijo Norvis.

—Sí —dijo Keith—. No cabe ninguna duda de que estaba lamentando el fallo trascendental de la segunda manga.

—Tenía que ser así —sentenció Dean—. Tenía que ser así.

Había sido en el aparcamiento donde, según el sentir unánime,

Guy se había distinguido. Rememoró: la superficie húmeda y llena de baches iluminada por la línea de faros bajo la negrura familiar de una noche londinense, y la negrura de la línea humana delante de las dos furgonetas y del Jaguar de Fucker: linternas, ojos y dientes, el chirriar de cadenas, el olor a gasolina y queroseno. En aquel momento, el propio Keith guardó silencio y se echó ligeramente hacia atrás, como parte de la compañía que lo envolvía: su campeón o pura sangre.

—Me habría gustado ir para allá yo también —dijo Keith.

—Claro.

—Pero no les quisiste dar ese gusto.

—Cierto, Dean, cierto —confirmó Keith—. Hay que conservar las energías. Preparar ya los cuartos de final que se avecinan.

Pero Guy sí había ido para allá. Avanzó hacia delante en línea recta, con andar erguido de jirafa; y la falta de vacilación, y el tono irrebatiblemente claro de su voz cuando dijo sencillamente «Perdonad» y —al negrito que se le abalanzaba— «No seas gili», y prosiguió su camino; y luego, una vez que se hubo roto la línea para dejarle paso, la facilidad con que se desmoronó todo… Guy sorbía bebida y alabanzas, y pensaba. Su padre sí que había sido valiente. En la guerra había ascendido hasta general de brigada; pero se había ganado la fama combatiendo como jovencísimo teniente en la guerra de guerrillas de Creta, de cuyas colinas bajó cubierto de sangre y de medallas. La noche anterior, Guy no había sentido ningún peligro personal. Sí le había parecido que el equipo negro tenía algo distinto en mente, algo inescrutable. De todas maneras, el aparcamiento y sus numerosos actores no parecía que hubieran ocupado más del diez por ciento de su realidad personal. En cualquier momento, con zancadas poderosas, podía verse libre. Libre, a base de saltos poderosos, los saltos cuánticos del amor.

—Sí —dijo Keith, mirándole seriamente con ojos de borracho—. Sí. Te portaste cojonudamente.

Si yo soy valiente, pensó Guy, o valiente en estos momentos, entonces ¿qué siento yo en la calle (la manera como te zarandea el aire, ¡ese *Guernica* de pies vagabundos!), y sigo sintiendo todavía? No es miedo. Vergüenza y pena. Pero no miedo.

Poco después, siguiendo la sugerencia de Keith, dirigieron sus pasos hacia el Golgotha para tomar una discreta copa de *porno*. La barra estaba a tres filas de bebedores de distancia, y, mientras esperaban, Keith levantó un billete de diez libras y se volvió hacia Guy, diciendo:

—¡Eh!, así que viste a Nicky…

Guy reflexionó.

—Sí, la… la vi, sí.

—Le echaste una mano.

—Exactamente.

—Exactamente.

No se podía decir que se hubiera producido un *silencio* entre ellos, pues no había silencios en el Golgotha. Pero cuando por fin llegaron a la línea de la barra (donde permanecerían el mayor tiempo posible, como hacía todo el mundo, por pura y simple territorialidad), se había producido, y afincado, un lapsus, que no hacía más que agrandarse y agrandarse y abrirse paso a codazo limpio.

—Yo iba… —dijo Guy—. ¿Cómo dices?

—No. Tú ibas a decir algo.

—No. Sigue tú. Por favor.

—No, si…, simplemente decía que… no conviene andar mariposeando con tanta gachí. Te quitan las ganas de practicar con los dardos. —Keith tosió hasta que se le aguaron los ojos—. Yo respeto mi cuerpo. Ahora tengo que cuidarme más. Para los dardos. Es muy duro, con tanta hembra suelta por ahí, pero hay que marcar la línea divisoria en alguna parte. No hay más remedio.

Se apartaron de la barra con sus respectivas bebidas y se colocaron junto a una columna justo al lado de la atronadora orquesta caribeña.

—No te imaginas —gritó Keith—, no te imaginas las cosas de que me estoy privando. Por ejemplo, ayer.

Y mientras Keith se lanzaba a un decamerón de pésimo gusto de galopadas y tropiezos recientes, de relaciones momentáneas, cornamentas intrépidas, agarradas y tocamientos rabiosamente correspondidos, trabajos y devaneos ultrarrápidos, y otros temblores de caderas y de piernas, Guy reflexionaba —y reflexionaba con sonrisa forzada— acerca de la absoluta artificiosidad de las estrategias masculinas al uso. Estrategias de clase incluidas, se permitió pensar. Se necesitaría un espacio de tiempo cósmico para que Keith pudiera reconocer la distancia cósmica que lo separaba de una mujer como Nicola Six. Tenías que estar bastante cerca para verlo y sentirlo. Después de todo, si mirabas desde el aséptico cementerio de Plutón (Guy estaba pensando en las ultimísimas fotografías del *Journeyer*), el sol no era más que una estrella excepcionalmente brillante, admonitoria y cruciforme, una estrella brillante, una estrella fría y brillante, como la espada de Dios, hasta que sentías su calor.

Cuando la llamó por teléfono aquel mismo mediodía (desde un bar mexicano de Westbourne Park Road), la voz de Nicola sonó tal y como él esperaba: directa, amistosa y llana, baja pero cargada de calor, y saludable. Sí, Guy esperaba aquel firme y saludable tono de voz, pues a veces temía por su delicado equilibrio. Si no demasiado buena para este mundo, Nicola era, a su juicio, más que demasiado buena para los

tiempos que vivimos; así era como él la veía, como un anacronismo: una pieza de museo, huérfana de tiempo… En aquel preciso instante ella tenía que salir pitando para asistir a una conferencia (y aquí Guy proyectó en la pantalla de su mente una imagen de afanoso apresuramiento, de libros aplastados contra el pecho y un trozo de bufanda alzado al viento); pero tenía tantísimas ganas de hablar con él… ¿Podía, por favor, ser tan amable de llamarla unas horas después aquella misma tarde, a las seis en punto, a las seis en punto de la tarde?

—Pues claro. ¿De qué trata la conferencia?

—¿Mm? Eh…, «Milton y el sexo».

—Bueno, no puede alargarse demasiado —dijo Guy, cuyo humor siempre provenía de su rebosante felicidad, y nunca de la resaca de la ironía. En cualquier caso, lamentó un poco su observación.

—En realidad, me parece que se refieren al género.

—Ah, ya. El componente masculino y femenino en Dios. Ese tipo de cosas.

—Sí. Ese tipo de cosas. Tengo que salir pitando.

Guy pidió a la señora mexicana una especie de supertortilla (esperaba poder utilizar su teléfono otras muchas veces), que ella metió en una bolsa y él culpablemente arrojó a una papelera vacía en Ladbroke Grove.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —le preguntó Hope.

—Gracias —dijo Guy. No se lo decía a Hope, sino al hombre cuyo trabajo consistía en vigilar el buen funcionamiento (o en mantenerse discretamente cerca) del controlador automático del garaje subterráneo de Cavendish Square. Había visto a Guy suficientes veces como para que su cara le resultara familiar. No es que pareciera particularmente estimulado por esta familiaridad, ni por ninguna otra cosa que le sucediera allá abajo.

Guy recuperó su tarjeta de crédito y los sacó a la luz del día.

—Vaya con el *tráfico* —se quejó.

—Dios mío, cuántas veces lo mismo. Mira: Tú Eres El Tráfico.

—Me ha parecido que tenía algo de razón.

—¿Trescientas *guineas* de razón?

—Sobre lo del aire libre.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Por no decir también eso de la hostilidad-hacia-mí.

—Sabía que ibas a decir eso.

El médico de Harley Street que acababan de visitar era un especialista en hipermanía infantil. Había visto a Marmaduke en su consulta y había hecho también una visita, que le dejó estupefacto, a

la casa, donde, tal y como le habían asegurado, Marmaduke era capaz de relajarse y de comportarse con normalidad. Absolutamente imposible en la consulta, Marmaduke se había comportado de forma absolutamente increíble en casa. Todavía entonces, casi tres semanas después, el médico llevaba un parche de gasa sobre el ojo derecho. Ambas partes acordaron que las cuestiones jurídicas no tenían por qué afectar a las relaciones profesionales. Guy había suscrito hacía poco un seguro que le cubría las demandas por heridas personales ocasionadas por Marmaduke, en unos términos al parecer bastante ventajosos. Más recientemente, había suscrito otro seguro para cubrir el seguro anterior.

—En lo de la hostilidad-hacia-ti —dijo Hope—, me ha parecido desviarse de Freud.

—Eso me ha parecido a mí también. Aunque yo prefiero a Freud. Me gustaría más que Marmaduke me aborreciera por motivos freudianos. No me gusta que me aborrezca simplemente porque me *aborrece* sin más. ¿Por qué me tiene que aborrecer? Yo me porto increíblemente bien con él, en todo momento.

Guy volvió la cabeza. Hope estaba mirando inexpresivamente la calle embotellada. Con cierta precaución, le acarició un par de veces la rodilla. Su último beso había sido en realidad una representación para aquel médico: un beso paramédico, como parte de una demostración. En casa, en la cocina, Guy había besado a su mujer mientras el médico los miraba. Tal y como estaba previsto, Marmaduke atravesó la habitación como un rayo y clavó los dientes en la pantorrilla de Guy. Obligado por las circunstancias a aguantar, Guy aguantó, y siguió besando hasta el momento en que Marmaduke empezó a golpear con la cabeza la cocina eléctrica.

—Volviendo al tema del aire libre —dijo Guy—; o al tema de la media hora. —Esto atañía a uno de los preceptos más controvertidos de Hope. A Marmaduke no se le dejaba salir más de media hora al día —. Me ha parecido oír que por una hora no pasaba nada.

—No. Lo que ha dicho es que se podía considerar como tolerable.

—Es el confinamiento. A los niños les gusta andar por ahí. ¿Qué te parece cuarenta y cinco minutos? Necesita un poco de aire fresco.

—Todos lo necesitamos. Pero no hay.

En efecto, no había. Y sería muy difícil explicar aquello, muy difícil justificarlo…, ante los jóvenes (quería decir Guy), ante todos los que vendrían después. ¿Cómo empezar? Bueno, todos habíamos sospechado que habría que hacer sacrificios, más tarde, por lo maravillosamente bien que nos lo habíamos pasado con nuestros botes de espray y la comida empaquetada de usar y tirar. Sabíamos que aquello tenía un precio. Naturalmente, a vosotros la destrucción de la capa de ozono os parece una cosa increíble y excesiva. Pero no

olvidéis lo bien que nos lo pasamos nosotros: nuestros sobacos perfumados, nuestras hamburguesas empaquetadas. Aunque probablemente nos *podíamos* haber apañado con simples desodorantes de bola o con espuma de estireno.

—¡*Mira*! —gritaron a coro como dos niños. Iban avanzando por Bayswater Road y vieron una ardilla enferma temblando junto a la valla del parque.

Guy y Hope rieron, para sí mismos y para el otro. «¡Mira!», habían gritado…, pensando en Marmaduke. Allí estaba la ardilla, apoyada en el tronco de un árbol, como excusándose por vomitar. Pero Marmaduke no estaba en el coche. Además, no habrían conseguido agradar a Marmaduke de todos modos, pues él no mostraba interés alguno por los animales salvo como objetos nuevos que lastimar o con los que lastimarse.

A las siete en punto Guy llamó a Nicola desde una cabina instalada en el vestíbulo de una residencia para personas sin hogar en Ilchester Gardens. El bar mexicano estaba cerrado; pero descubrir teléfonos utilizables se había convertido en una especie de hobby para Guy Clinch. En este sentido, Nicola continuaba mostrándole nuevos aspectos de la vida. Se plantó frente al teléfono con las monedas preparadas. A su espalda, familias enteras marchaban en fila llevando platos con un poco de comida dentro.

Era evidente que la cocina se hallaba en el sótano y que cada cual comía en su habitación. ¿Un filete y *medio* de pescado empanado? ¿Para niños que estaban creciendo? Y luego probablemente las madres tienen que… Introdujo varias monedas.

—Sí, ¿me oyes? —dijo—. Sí…, ¿eres Nicola?

—¿Guy? Espera —dijo la voz—. No soy yo.

—¿Oiga?

—Es una cinta. Perdóname, pero no confiaba en mí misma sin la ayuda de un mediador. No confiaba en mi resolución. Mira… Mi querido Guy, te doy las gracias por todos los sentimientos que has despertado en mí. Ha sido maravilloso saber que yo *podía albergar* estos sentimientos. Mis lecturas cobrarán nueva vida en el futuro. Leeré a Lawrence con nuevos ojos. Amor mío, si tú… Pero sospecho que hay una buena dosis de frivolidad en empeñarse en una empresa que encierra tan pocas posibilidades de llegar a buen fin. Y eso es lo que nosotros queremos, ¿no? Buenos fines. Nunca te olvidaré. Solo que ello me supondrá…; pero no importa. No vuelvas nunca a intentar entablar contacto conmigo. Si has sentido alguna ternura hacia mí, y creo que sí la has sentido, sabrás que te pido esto de forma absoluta e incondicional. Si tienes noticias de mis amigos, bueno, entonces tal

vez una nota. Nunca te olvidaré.

»Piensa en mí alguna vez.

»Adiós.

—Adiós —susurró Guy unos segundos después.

Nueve horas después, a las cuatro de la madrugada, Guy volvió la página y dijo:

—Soplará viento del norte, y nevará, ¿y qué hará entonces el pobre petirrojo?, ¿qué hará?

Marmaduke levantó los ojos de una edición moderna de *Buenas noches, luna*, que estaba haciendo pedazos con paciencia, casi con aplicación. A Marmaduke se le podían leer cuentos: lo calmaban, o lo mantenían contento o al menos ocupado. Pero había que permitirle hacer pedazos el libro inmediatamente después. Poco tardaría en hacer pedazos *El tesoro de mamá oca: rimas y fábulas infantiles*. Sin embargo, el crío vaciló durante un momento y su padre aprovechó para seguir leyendo:

—Se sentará en un pajar, y buscará un poquito de calor, y esconderá su cabeza bajo el ala. ¡Pobrecillo!

Marmaduke miraba boquiabierto. Se le cayó de las manos el ejemplar medio despedazado de *Buenas noches, luna*. Se incorporó exhalando un suspiro y se acercó a la sillita en que estaba sentado Guy. De pronto sonrió abiertamente y alargó su mano rechoncha, trémula de interés aprobador, para tocar las lágrimas que resbalaban por la mejilla de su padre.

Por supuesto, sigo intentando *suavizar* a Marmaduke. Al principio pensé que era gracioso; pero la criatura no tiene nada de divertida. Deja a sus padres sumidos en la más absoluta de las tristezas veinte veces al día. Yo lo paso por la censura. Lo expurgo incluso. Hay ciertas cosas que, sencillamente, no se pueden poner en un libro.

Te descuidas tan solo diez segundos y lo encuentras en el fuego de la chimenea o saltando por la ventana o en un rincón follándose un enchufe (tiene la altura apropiada para ello, con solo doblar un poco las rodillas). Su desorden es marcadamente sexual; de eso no hay duda. Si entras en su cuarto, generalmente lo encuentras con ambas manos metidas en el bragapañal, o detrás de las barras reforzadas de su parque contemplando embobado a una mujer en traje de baño en una de las revistas que alguna niñera le ha arrojado. Ataca su biberón como una prostituta de lujo de Las Vegas, como una diva del sexo de mil dólares la hora. Sí, eso es. Marmaduke da la impresión de estar pensando ya en hacer carrera en el mundo de la pornografía infantil: sabe que existe y que se puede hacer dinero rápido con ella. Por descontado, es un demonio viviente con el personal femenino de la casa y con cualquier otra mujer que se le ponga a tiro. Siempre tiene una mano trepando por el interior de la bata de alguna niñera, o su señorial lengua embutida en el oído de una *au pair*.

Nunca habría imaginado yo que Lizzyboo fuera su tipo; pero anda detrás de ella cual sátiro desmadrado.

Encarnación y yo somos muy buenos amigos. Ahora me cuenta cosas sin ningún problema.

—Vivir sola no está tan mal, ¿sabe? —me ha dicho hoy—, todo lo contrario. —La regia Encarnación vive sola. Su marido murió. Sus dos hijos ya son mayores. Viven en Canadá. Ella se vino aquí. Ellos se fueron allí—. Tiene sus ventajas. Cuando se vive sola, una hace las cosas cuando quiere. No cuando quieren los demás. Cuando una quiere.

—Eso es cierto, Encarnación.

—Que quieres un baño, te das un baño. Que quieres comer, comes. No tienes que decírselo a nadie. Haces lo que te conviene. Tienes sueño, tienes ganas de ir a la cama, te vas a la cama. Nadie pregunta. Quieres ver la tele. Pues muy bien. Ves la tele. Depende de ti. Quieres una taza de café. Pues café. Quieres limpiar la cocina. Pues limpias la cocina. Quieres a lo mejor oír la radio. Pues oyes la radio.

Sí, y lo mismo vale para cualquier otra actividad solitaria que

quiera uno nombrar. Pero, después de veinte minutos estimulantes por vivir solo, vienen veinte minutos depresivos por vivir solo, como que nunca va uno a tener a nadie a su alrededor y cosas por el estilo.

Una carta de Mark Asprey.

Manifiesta su deseo de darse una vueltecita por Londres unos cuantos días, el mes que viene no sabe bien cuándo. Aduce la maravillosa comodidad del Concorde. Sugiere que también sería cómodo, y agradablemente simétrico, que yo me dejara convencer y volviera a Nueva York durante los mismos días y reocupara mi apartamento —el cual, añade, no usa mucho de todos modos—. Sugiere también algo acerca de cierta conocida dama a la que sería imprudente cumplimentar en su suite del Plaza.

Fisgón consumado y confeso a estas alturas, he estado revolviendo todos los cajones de Mark Asprey. Más trofeos, pero no para la contemplación pública. Género bajo mano. Cartas de amor pornográficas, mechones de pelo (de arriba y de abajo), fotos afectadísimas. El cajón central del escritorio está firmemente cerrado. Quizá guarde en él a una chica entera.

He echado un vistazo incluso a algunas de sus obras de teatro. Son terribles. Amores idílicos, de épocas pasadas. *La copa* está ambientada en la época artúrica. Todo es muy requetebonito; pero no muy bonito. No entiendo. Es una de esas típicas personas que da una nota falsa y a la que premian por ello incontroladamente, como a Barry Manilow.

Ahora me asalta un pensamiento intolerable. Estuve leyendo de nuevo los diarios de Nicola. Emplea iniciales para referirse a sus amistades masculinas. El dócil GR, el velludo CH. NV, con sus tentaciones suicidas. HB, que se vino abajo tras su divorcio. TD y AP se dieron los dos a la bebida. IJ, que huyó a Nueva Zelanda. BK, que al parecer se alistó en la legión extranjera. El pobre PS, que compró la granja.

El único al que siempre volvía, el único que podía aspirar a suscitar su interés, «el único por el que he hecho la *estúpida* en esta vida», el más guapo, el más cruel, el mejor en la cama (con mucho), se llama MA. Residente del West End. Relacionado con el teatro.

No estoy enamorado de Nicola Six. Entonces, ¿por qué me *mata* este pensamiento?

Ha sucedido. Una llamada de Missy Harter, o, para ser más exactos, una llamada de Janit Slotnick.

—Al habla Janit Slotnick. La secretaria de Miss Harter.

—Sí, sí.

—Verá, míster Young, hay un gran revuelo hoy aquí, en Hornig

Ultrason.

—¿Ah, sí?

—Sabemos que estamos pagando cantidades astronómicas por él.

—¿De veras?

—Mmm. ¡El nuevo libro sobre la muerte de John Lennon!

No pienso transcribir toda la basura que me soltó sobre la muerte de John Lennon. Que si había sido obra del KGB, y así sucesivamente.

—Miss Harter me ha mandado llamarle… a propósito de su guión.

—Bueno, es apenas un guión, miss Slotnick. Es más bien un esbozo. ¿Qué le ha parecido?

—Nos ha defraudado, míster Young.

En ese instante el teléfono resbaló de mi mano como una pastilla de jabón.

—… Está de acuerdo con que el comienzo tiene garra. Y el desenlace, también.

—¿Qué? ¿El final?

—Es la parte central la que nos inquieta. ¿Qué sucede?

—Y yo qué sé… Quiero decir, no se lo puedo decir hasta que la haya escrito. Una novela es un viaje, miss Slotnick. ¿Qué les han parecido los tres primeros capítulos?

—Nos han parecido bien conseguidos. Pero nos inquietan un poco, míster Young. Es un poco literario.

—¿*Literario*? Dios mío… Debe de… Disculpe. Perdone.

—¿Cómo dice?

—Necesito un anticipo, miss Slotnick.

—No estoy segura de que podamos suscribir este tipo de compromisos. Sobre este punto miss Harter y yo estamos completamente de acuerdo.

Me rebajé con promesas de cortes, nuevas redacciones, suavizaciones y arreglos hasta que Janit consintió fríamente en echar un vistazo a los capítulos del cuatro al seis.

—Y no nos gustan mucho los nombres, míster Young.

—No se preocupe por ello —dije—. Yo los iba a cambiar de todos modos.

Por regla general, ahora la llamada de Nicola Six se produce a altas horas de la noche. A la una, a las dos. Incluso a las tres. Es entonces cuando le apetece proseguir con nuestro debate o plan de ataque o guión de conferencia. Ella me convoca. Yo siempre acudo a la cita.

Ya le he hincado el diente, al parecer. Hasta no hace mucho, yo dormía como un recién nacido: no podía mantener los ojos abiertos durante más de cinco minutos. Y luego dormí bastante tiempo como

un bebé: me despertaba dos veces en una hora bañado en un mar de lágrimas. Pero ahora ya estoy empezando a dominar realmente mi juego. Pronto me pareceré a un viejo asceta cobrizo de las cuevas de Ladak, o a Marmaduke: el sueño será una cosa que podré tomar o dejar. Así pues, no sin dificultad, con temor nocturno, con la pesadez de la fatiga aplazada *sine die*, voy hacia allá. Es mi trabajo.

Hace tres días, o tres madrugadas, mientras me disponía a acometer el capítulo 9, recibí una llamada hacia las dos y media y acudí rápidamente en el coche. Me despojó del abrigo y del sombrero con una humorística expresión en la cara. Llevaba aún su ropa de fiesta —terciopelo negro— y estaba bebiendo champán. Una de sus fiestas íntimas. Tomé asiento y me pasé una mano por la cara. Me preguntó cómo estaba y yo le contesté que estaba bien.

—¿De qué te estás muriendo, si puede saberse?

—De sinergismo. —¿Ven nuestra interdependencia? No hablamos, no podemos hablar con nadie como lo hacemos entre nosotros. Puedo mirarla a los ojos y decírselo.

—¿Contagioso? No. ¿Directo o indirecto? Indirecto.

—No contagioso —contesté—. Pero posiblemente directo. Radiogénico, naturalmente. No lo saben bien. Es un caso bastante infrecuente. ¿Quieres saber la historia? Son unos diez minutos.

—Oh, sí, por favor. Me interesa.

—London Fields —empecé.

Ella conocía las ramificaciones, pero por supuesto no sabía que yo estaba en el mismísimo meollo. Y a ella le interesa. Está *familiarizada* con todo ello. En determinado momento, dijo:

—Espera un momento. Así que tu padre trabajaba para *ella*.

—¿Cómo que para ella?

—Sí, para ELLA. Explosives Limited Los Angeles. Así es como la llaman.

—Sí.

O lo mismo me interrumpía diciéndome cosas como esta:

—Y la metalurgia del plutonio. Esto era otro campo en el que los británicos iban rezagados. —Fumaba muy atenta, entrecerrando los ojos cada vez que exhalaba. Una observación sobre su cara: está siempre bellamente iluminada.

—Para serte franca, has subido muchos puntos en mi estima —dijo cuando hube terminado—. Así que, en cierto modo, estás en el meollo mismo de todo esto. En cierto modo, tú eres la Crisis.

—Oh, no —dije modestamente—. No lo creo. Yo no soy la Crisis. Yo soy más bien la Situación.

—O sea, que sabes algo sobre Enola Gay.

—Ah, sí. Y sobre Little Boy.

Un rato después, me enseñó la «carta» que había colocado sobre la mesa para que Guy la leyera.

—Los profesores Barnes y Noble —dije yo—. Eso me parece un truco barato, Nicola.

—Pues luego se abarata aún más —corroboró—. Sigue leyendo.

—«… los retratos de Rembrandt de Saskia —o, quizá también, los de Bonnard de Marte— se hallaban "impregnados" de conocimiento sexual, o a hablar sobre el anhelo del pintor por "penetrar" en su modelo, ya sedente, ya recostada. Tal línea de pensamiento siempre aboca a estas burdas especulaciones. Permítame una nota personal:»

—Vuelve la página.

—«… Yo he posado para quizá una docena de pintores en mi vida, y me he acostado con la mayoría de ellos, y esto no ha cambiado las cosas, ni para mí, ni para ellos, ni para el cuadro.»

Levanté la vista. Ella encogió un hombro. Dije:

—Me gustaría que no te sometieras a todos estos riesgos innecesarios. Muy imprudente, teniendo en cuenta eso de que eres virgen y todo lo demás. No obstante, me quito el sombrero por la confianza tan grande que tienes en ti misma. ¿Estabas *completamente segura* de que Guy no iba a volver la página?

—Pues claro, hombre. Ya sabes que, en él, el fisgoneo *pasivo* está aceptado. No evitas mirar lo que tienes delante; pero es indigno ir más allá, esforzarte por ver más cosas. En realidad, me sorprende que se atreviera a leer una sola palabra.

—La soberbia, Nicola, la soberbia. Guy es perfectamente capaz de sorpresas, sobre todo en lo relativo a ti. Tenías que haberlo visto en los dardos. Una fiera. Yo estaba casi muerto de miedo. Aunque, pensándolo bien ahora, creo que no lo supe interpretar correctamente. No había ningún peligro real, al menos para nosotros. Aquellos tipos no iban a por nosotros. Iban a por ellos mismos. Estás bostezando. Es tarde. Pero no seas tan despreciativa con los dardos. Tienen su importancia en todo esto.

Bostezó de nuevo, con más ganas todavía, enseñándome sus redondeadas muelas.

—Para eso he congelado a Guy. Para concentrarme mejor en Keith. Con que Dios me ayude un poco…

Sostuve la carta en mis manos.

—¿Te importa que me la lleve? —Ella negó con la cabeza—. Nicola, ¿qué crees que *estoy* tramando?

—No sé; supongo que estás escribiendo algo.

—¿Y no te importa?

—¿A estas alturas? No. En realidad, me parece bien. Te voy a decir una cosa. Acerca de lo que quieren las mujeres. Todas quieren estar *en*

el ajo. Sea lo que sea. Entre ellas, todas quieren ser las más tetudas, las más bronceadas, las mejores en la cama…, todo eso. Quieren una pizca de cada cosa. Quieren estar *en el ajo*. Todas quieren estar en el ajo. Todas quieren ser la zorra del libro.

Bueno, yo soy un narrador fiel…

Por último, me acerqué renqueante a Queensway a por un *Tribune*.

Dos historias principales. La primera versa toda ella sobre Faith, la primera dama: una relación bastante completa, hay que reconocerlo, de sus actividades recientes. Yo no entendía nada. Pero luego recordé las especulaciones de principios de verano sobre la salud de Faith. Presumiblemente, todas estas informaciones sobre trabajo en hospicios, redecoración de la Casa Blanca y campaña antipornográfica se ofrecían a modo de cortés refutación. Y con la intención de tranquilizar. Todo el mundo sabe con qué devoción ama el presidente a su mujer. Hizo mucho hincapié durante su campaña en este hecho.

La segunda historia principal, tampoco hay quien la entienda. Algo sobre la economía soviética. Numerosos retazos de interés humano: cómo le va a Yuri en Kiev; qué piensa Viktor en Minsk. Tuve que leerlo dos veces para saber de qué iba el asunto. La Unión Soviética trabaja los siete días de la semana.

Artículos de fondo sobre perturbaciones solares, los rezos al iniciar las clases en la universidad, Israel, Mustique y el acondicionamiento para el invierno del cenador. Editoriales sobre el precio de los cereales y compañías privadas de seguro médico.

En Queensway me encuentro con la misma pordiosera que solía ver allí hace diez años. ¡Aún sigue en activo! ¡Dios mío, qué *vigor*! Aún sigue discutiendo consigo misma (la misma discusión). Aún sigue discutiendo con su pecho. Saca un pecho fuera y discute con él.

Esta mujer tiene un narrador poco formal. Mucha gente de la calle tiene narradores poco formales.

Observando a los niños en el parque cuando voy allí con Kim, se me ocurre, al tratar de explicarme la alegría infantil, que ellos encuentran su propia pequeñez esencialmente cómica. Les encanta verse perseguidos, hilarantemente conscientes de que la cosa grande no podrá por menos de atraparlos a tiempo.

Sé lo que sienten, aunque, por supuesto, en mi caso esto no es tan gracioso: la cosa grande sigue con paso largo mi estela, aproximándose cada vez más.

10. LOS LIBROS DEL PISO DE KEITH TALENT

Keith apretó el botón de pausa y sacó del bolsillo de su chaqueta el libro que le había dado Nicola. Lo sopesó en la mano y lo calibró desde varios ángulos. Leyó en un hondo susurro: «ÉL había nacido gitano, y vivió y amó como un señor. ELLA era hija del buen gusto, y él la llevó a la tumba.» Keith tosió, y prosiguió: «La historia de Heathcliff y de su pasión in…gober…, de su pasión ingobernable por la hermana que nunca tuvo.» Siguió leyendo un rato, con abundantes inflexiones de la boca y las cejas. Luego levantó la vista y pensó: ¡Keithcliff…! De origen humilde, tenía el éxito al alcance de la mano. Casado con Kathleen, tenía a todas las gachís en el bote. Gozaba de todas a escondidas, pero había una que sobresalía. Rica y bien nacida, a Keith deseaba. Y llegó el buen día en que se lo llevó a la cama. Con pasión ingobernable… Miró la cubierta del libro; se levantó, y colocó el regalo de Nicola en la estantería, entre sus otros libros: *Los dardos; El mundo de las antigüedades; El anuario de los dardos; El anuario de los perros; Sobre el doble: la historia de Kim Twemlow*, de Kim Twemlow (con Dirk Smoker); y una breve historia —envuelta en polietileno y nunca abierta— del regimiento para el que había cocinado el padre de Keith, y del que había desertado posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial. Un drama de época, pensaba Keith. Un montón de chorradas juntas. El sistema de clases, vaya.

La televisión, pensó Keith. VCR. Dynacord. Memorex. JVC. Keith apretó de nuevo el botón de pausa y siguió viendo la tele, «viendo» la tele —viendo la tele a su manera—. Era un hábito. Todas las noches grababa seis horas de televisión, que luego proyectaba a su regreso del Black Cross, del Golgotha, de Trish Shirt o de donde fuera. A las tres de la madrugada aún había programación, alguna película vieja, por ejemplo (por cierto, Keith se estaba perdiendo una *policíaca* bastante salaz y sanguinaria); pero era incapaz de ver la televisión a su velocidad normal, sin la mediación del mando a distancia y de la tiranía de su propio pulgar amarillento a causa de la nicotina. Pausa. Movimiento lento. Búsqueda. Lo que buscaba eran imágenes de sexo, violencia y a veces dinero. Keith proyectaba su caudal de seis horas a

toda velocidad. A menudo, la operación no duraba más de veinte minutos. Había que estar muy despabilado. Sabía cómo buscar una tía despampanante pintada en la pared de un garaje apretando el Avance Superrápido. Luego Rebobinado, Movimiento Lento, Congelación de Imagen. Una bailarina joven desnudándose lentamente delante del espejo; un policía viejo recibiendo dos descargas de metralleta en el pecho; una casa americana. Lo mejor eran las escenas que combinaban los tres motivos. Un magnate del petróleo azotando a una prostituta en un hotel de prestigio, por ejemplo, o los estacazos repetidos a una cajera de banco guapa. También veía las adaptaciones de alto presupuesto de las obras de Lawrence, Dreiser, Dostoievski, Conrad…, y cualquier otra cosa que suscitara controversia en el suplemento de televisión de su periódico. En el apartado de tías, salía uno mejor parado con algo como *La serpiente emplumada* que con *La puta de Las Vegas*. Sin embargo, no le gustaban todas aquellas mujerzuelas. Decididamente. Las proyecciones de Keith se terminaban por lo general rápidamente; pero algunos pasajes, le parecía, merecían días e incluso semanas de estudio. Lo que le echaran sobre lucha libre femenina. O sobre prisiones de mujeres. El cuerpo femenino era diseccionado por Keith veinte veces por noche: qué de astronomías de pechos y barrigas, de piernas y caderas… El gran pulgar pasó ahora del botón de Avance Rápido al de Rebobinado y al de Reproducción, y Keith se arrellanó en su asiento para saborear la secuencia previa a la ficha técnica de una serie sobre asesinatos. Una tía corriendo a través del parque de noche, con un psicópata en los talones.

—Enlah… Enlah… *Enlah*.

Keith suspiró pesadamente (sus labios aletearon) cuando la pequeña dio señales de vida: se podían distinguir sus aserciones gangosas en medio del desgarramiento de la camisa y del golpe en la cabeza. La espectral exigüedad del piso y la exagerada endeblez de las paredes no dejaban de ser motivo de depresión. Pero había también un piso de arriba. Keith llamó a Kath a grito pelado y aporreó la pared con su puño libre hasta que la oyó saltar de la cama. Estos gritos y zambombazos desencadenaban una cascada de contrazambombazos y contragritos por parte de sus vecinos más próximos. Keith gritó y aporreó la pared con mayor fuerza todavía, reservando una especial vehemencia, quizá, para el nuevo ligue de Iqbala. Apareció Kath. Estaba cansada, pero Keith estaba más cansado aún, o eso decía él. Había estado fuera hasta las tres robando radios de coche. Trabajo desalentador, sobre todo cuando rompías la ventanilla de la que colgaba el inevitable letrero RADIO YA ROBADA —en una noche de viento, con cristales por todas partes— para descubrir que la radio efectivamente había sido robada. Una hilera de quince coches, y uno se esperaba una buena comida al volver a casa: cerdo agridulce y seis

tortas Milford.

—Joder! —exclamó.

Cinco minutos después, Keith se había tragado siete u ocho asesinatos de su telefilm. Llegó a una secuencia bastante buena: buenísima. Rebobinó y puso Movimiento Lento. La pelirroja salía de la bañera y alargaba la mano… ¡Ey! Una insinuación de pubis ahí. Asombrosas las cosas que se ven, incluso en estos tiempos. Lo único que se requiere es un poco de paciencia. Un poco de aplicación. Aunque cuando están completamente desnudas… no es suficiente. Se necesita algo… para adornarlas un poco. Un liguero puede bastar. Cualquier cosa. Los pensamientos de Keith se volvieron hacia Analiese Furnish, quien, a su juicio, solía pecar de lo contrario. Un sostén con dos agujeros: le parecía estúpido. Por no mencionar las bragas: completamente llenas de volantes y flecos. Como acostarse con un saco de plumeros. La pelirroja se puso ahora una bata ligera mientras, detrás de ella, una sombra se alargaba. Incluso esto es mejor que nada. Ella está aún mojada, así que se pueden ver los contornos. Y en esto que llega el pirado con el mazo. ¡Cuidado, preciosa! ¡Zas!

—¿Keith?

—… ¿*Eh*?

—¿Quieres hacerme el favor de hacerla eructar, solo un momento?

—No puedo. Estoy viendo la tele.

—Tiene hipo, y yo estoy mareada.

Había que admitir que Kath solo molestaba a Keith con la pequeña en ocasiones de verdadera emergencia. Keith se volvió ligeramente en su sillón y extendió la mano por encima del hombro para abrir la puerta del salón. A decir verdad, Kath parecía estar efectivamente al borde de un auténtico colapso: con una rodilla en el suelo y apoyada en la pared, la niña mal agarrada y a punto de caérsele.

—Tráemela para acá, entonces —dijo Keith tras reflexionar—. Cojones, pero ¿qué te ha *pasado*?

Siguió sentado viendo la tele con Kim en su regazo. Luego incluso se incorporó y dio unos paseítos, para calmar así mejor a la criatura. Tres minutos después, empezó a llamar a Kath a pleno pulmón hasta que la vio aparecer con un biberón caliente. Y por fin gozó Keith de un poco de paz. Estuvo revisionando el asesinato de la pelirroja una media docena de veces, y la contempló con el mayor detenimiento, congelando la imagen. Como era viernes, la noche en que Keith hacía sus pequeñas raterías y ayudaba en la casa, apagó el televisor, puso su tazón de café en el fregadero, sacó a pasear al perro (o, para ser más precisos, estuvo esperando impacientemente a que Clive llenara la acera de mierda), se dio un rápido lavado, se quitó la ropa (que amontonó ordenadamente, o al menos en un solo bulto, sobre el suelo

del salón) y despertó a su mujer para echarle un polvo. Tardó bastante tiempo en despertarla, pero muy poco en echarle un polvo: la pelirroja de la bata mojada, Trish Shirt de rodillas, Nicola Six y la gruesa pistola de dinero en sus limpias bragas blancas.

Keith se volvió en la cama y siguió tumbado deseando ardientemente bienes y comodidades.

Cuando Nicola preguntó a Keith sobre su discreción en asuntos románticos, sobre si tenía que ir siempre contando por ahí sus proezas con las mujeres y el sexo, Keith tosió y contestó: «De ninguna manera. Jamás hago eso.» Esto era falso. No era el caso en absoluto. Él *siempre* lo hacía. Cuando se trataba de ligar y largar, Keith era la tradición oral personificada.

Él sabía que esto era un defecto. ¡Vaya si lo sabía! Sabía de sobra que era un defecto porque le creaba muchos problemas. Y había además otro factor que complicaba aún más las cosas: él era la clase de tipo que no podía vivir sin una chica permanente —ni siquiera había podido antes de casarse—; necesitaba a alguien en casita que se ocupara de las cosas y a quien poder engañar. Keith había intentado prescindir de las chicas permanentes, pero su subsiguiente desintegración era invariablemente dramática. Razón de más para mantener la boca cerrada, si podía, pues, como se suele decir, el silencio es oro.

Muchas veces, recién salido de un revolcón, y por pura rutina, se sorprendía a sí mismo chuleándose delante del ligue o del marido de la mujer con la que le estaba engañando; y otras veces se sorprendía también chuleándose delante del padre o del hermano de la mujer a la que estaba engañando. ¡Ay, ay, ay! Al principio de su matrimonio había estado a punto de ofrecer a Kath noticias calientes sobre un encuentro ilícito. Asimismo, y esto era mucho más grave (cómo sufría por ello: recriminaciones, aborrecimiento de sí mismo), se apresuraba chapuceramente y dejaba a medias sus conquistas por las ganas que le entraban de volver al pub y contarlo todo con pelos y señales a sus amigotes. Le entraban ganas de parar a la gente por la calle y ponerla al corriente del asunto. Le habría gustado anunciarlo en los periódicos. Le habría gustado anunciarlo en las *Noticias de las diez*. Boing. Desempleo: cifras alentadoras. Boing. Keith Talent se ha pasado por la piedra a otra mujer: ampliaremos después esta información. Boing. Quería contar a todo el mundo todo sobre las mujeres y el sexo.

A Keith le gustaba ligar y largar. Pero ¿qué podía largar a propósito de Nicola? Ni siquiera un beso. En circunstancias normales, unas cuantas mentiras habrían bastado, y Keith tenía siempre una parrafada preparada (que empezaba: «las extranjeras de postín son las peores»). Pero aquellas no eran circunstancias normales. La

conversación que Keith quería y necesitaba era con God, el barman, o con Shakespeare, dos individuos que, al igual que él, tenían especial dificultad con las chicas. Preferentemente con Shakespeare, por ser este un oyente más pasivo y comprensivo, y por ser también más discreto (en efecto, Shakespeare no decía ni mu sobre drogas y bebidas). La conversación se habría desarrollado de este modo (y así es como se desarrolló en la mente de Keith):

—¿Shakespeare? Escucha. Casi lo he conseguido. Casi lo he conseguido, tronco.

—¡Vaya!, te ha costado lo tuyo…

—Sí. Pero a un pelín, tronco.

—¿Calientapollas?

—¡Joder, sí! En bikini.

—Venga, no te escudes en eso.

—No. Pero tenías que haberla visto. Lo pedía por favor.

—Esto es lo peor que te puede pasar.

—Claro, ¡joder!, sí.

—Pero controlaste tu agresión.

—Claro.

—Mostraste control y respeto.

—Claro. Y respeto. Me contuve.

—Así se hace. Cojonudo, tío.

—Sí, en fin…

La especial dificultad experimentada con las chicas por parte de God, Shakespeare y Keith era la siguiente: las violaban. O lo habían hecho en el pasado. Los tres habían seguido los mismos cursillos de rehabilitación y los mismos programas psicoeducativos; habían llegado a dominar cierta psicología de andar por casa; y ya no lo hacían en la actualidad. Podían controlar su ataque. Pero la principal razón por la que ya no lo hacían en la actualidad consistía en que la violación, en términos legales (y en palabras de Keith), no era ninguna broma: nunca salías ganador, con las paparruchas del ADN no. Los días gloriosos habían acabado. Shakespeare y God habían pasado a causa de ello una temporada muy larga en la cárcel, y Keith había estado a punto también. De sus dos juicios por violación, el primero le había salido más o menos bien («¿Por qué, Jacqui, por qué?», había gritado lastimosamente Keith desde el banquillo). Pero el segundo juicio había sido *espantoso*. Al final, la chica retiró los cargos, gracias a Dios, después de que Keith vendiera su coche y le diera tres mil quinientas libras a su papá. Por supuesto, las violaciones de Keith tenían que distinguirse claramente de las numerosas ocasiones en que, en su juventud, se había visto obligado a meter en vereda a varias calientapollas y frígidas (y lesbianas y meapilas). La violación era

distinta. La violación se parecía mucho más a todas las demás ocasiones (no tan numerosas, si se exceptuaba a Kath) en las que se había servido abiertamente de la fuerza bruta para tener relaciones sexuales y en las que la mujer, por una u otra razón, no lo había denunciado.

La violación era distinta. Y ganas de violar fue lo que sintió cuando ella se le plantó en lo alto de la escalera abierta de piernas y riendo como una loca, y él alargó los nudillos y tocó. Todo su cuerpo se sintió como una garganta humana, la suya, llena de cafeína caliente, llena de ácido tánico, suplicando con sollozos el primer cigarrillo. «Lo haremos a mi ritmo», había dicho ella. No. No, a tu ritmo *no*. A *mi* ritmo. Con el botón de Avance Rápido y de Congelación de Imagen y un poquito de Movimiento Lento hacia el final. Al ritmo de un hombre, sin ninguno de los frenos que emplean las mujeres si las dejas. *Violación*, pensó Keith, con terror indefinido. La violación es distinta. Es lo máximo, como la pelea; vale el ataque por sorpresa, y en ella te lo juegas todo, sin que nada te importe un pito. Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez. Consideración, Respeto, Comedimiento. Menos mal que alguien estaba subiendo por la escalera (¿quién era? Guy. ¡Guy!). Afortunadamente Trish Shirt vivía muy cerca. Afortunadamente para Keith. Desgraciadamente para Trish.

Keith se alegraba de no haberlo hecho. Se alegraba de no haber violado a Nicola. Sin paliativos. Le apasionaba todo aquel asunto. La pelea doble de la violación, con todo lo que te exigía, la colosal inversión de prestigio político-sexual, y las dolorosas lamentaciones (y heridas menores) que a menudo te ocasionaba, no era una preparación idónea para una partida larga de dardos, sobre todo para una dura prueba de carácter, como la que Keith había sufrido en el Foaming Quart. Además, violar a Nicola habría sido completamente innecesario, según había evidenciado —a juicio de él— su siguiente visita, un día después. La violación, cuando se producía, era siempre absolutamente necesaria; y luego, medio segundo después, absolutamente innecesaria.

Por último, en la violación no había dinero por medio. Mostrad a Keith un violador rico. Venga: decid solamente uno. En la violación no había dinero por medio. Sin embargo, había dinero, al parecer, en Nicola Six.

Financieramente hablando, Keith no estaba pasando precisamente un buen momento. Pocas veces tenía un buen momento financieramente hablando. Ni siquiera sus mejores épocas, cuando su sentimental estilo de epifánicos fraudes, amaños, timos y estafas hacía que el dinero fluyera de todas direcciones, le habían deparado un buen momento a Keith, financieramente hablando. Siempre le

aguardaba, en algún punto del día, un destino más amargo: salir pelado de Mecca. Siempre perdía todo, sin remisión. Bueno, a veces ganaba; pero siempre perseveraba hasta perderlo todo. Kath, que no sabía de la misa la mitad, solía preguntar adónde iba a parar el dinero: ¿adónde iban *a parar* realmente aquellos sobres marrones repletos de billetes de diez libras, aquellos rollos de veinte? En efecto, el día solía empezar y terminar con la misma escena: Keith volcando el bolso de Kath en la mesa de la cocina o aporreando el contador de la electricidad para que escupiera monedas. ¿Adónde iba a parar todo? Kath le había hecho esta pregunta con suavidad, con paciencia, y bastante tiempo atrás, pues Keith se ponía como un loco. ¿Cómo podía pretender ir a alguna parte, progresar, junto a una esposa con tan limitados horizontes, con tan pocas miras? «¡Joder!, pues a inversiones», le solía contestar. «Especulación monetaria. Futuros.» En realidad, Keith no concebía que el dinero pudiera acumularse, salvo, quizá, en un Acumulador, en el despacho de apuestas. Por otra parte, y esto decía en su favor, a Keith no le *gustaba* el despacho de apuestas. No era humano que le *gustara* a uno el despacho de apuestas. A Keith no le importaban las pantallas de televisión inclinadas, los gritos del comentador, los restos de comida ni las colillas; era el ambiente de desesperación anunciada, cuando veía a tipos con los zapatos rotos y la ropa raída agitarse en el local intentando adivinar el futuro, sin otra cosa en que apoyarse que el *Evening News*.

Ahora Keith se hallaba en la barra del Black Cross, intercambiando unas palabras con Thelonius. No se les podía oír en medio del barullo del mediodía. Keith llevaba cazadora de aviador, pantalones blancos acampanados, zapatos con adornos blancos; bebía su cerveza con auténtica sed. Thelonius iba envuelto en un abrigo de pelo largo y no acudía mucho a su refresco de naranja. Los rostros de los dos se iluminaron divertidos cuando Thelonius enumeró algo con sus ensortijados dedos levantados. Thelonius reía con su lengua de color salmón. Había dos rubias de pie justo al lado de su campo de fuerza: Juniper y Pepsi. Ligeramente bronceada, y con un brillo plateado claramente escandinavo, Juniper era más joven, y era de Thelonius. Pepsi era mayor, y no era de nadie, y había sido de todo el mundo durante muchísimo tiempo. Si el errático espía se hubiera aproximado un poco, pronto habría descubierto que Keith y Thelonius estaban hablando de un delito de semiviolencia.

—*Tranquilo*, tío. Esa es la clave: *tranquilo* —concluyó Thelonius—. Es una oportunidad de oro. Piénsalo bien, tío. Dedícale un poco de reflexión. No te pido otra cosa.

—No —dijo Keith, negando con la cabeza—. No. Te lo agradezco mucho, tronco. No creas que no. Te deseo la mayor suerte del mundo. De todo corazón, de verdad. Yo no soy como algunos. Me gusta ver

cómo mis colegas se ganan el pan dignamente. Es solamente que…

—Es por los dardos. No me digas más, tío. Es por los dardos.

—Sí, es eso. —Keith asintió con la cabeza. Se sentía profundamente conmovido. Se sorbió la nariz—. No lo puedo hacer, tronco. Por nada del mundo pondría yo en peligro mis dardos, y menos en este momento. Por nada del mundo. Ahora que empiezo a ser conocido.

—Te comprendo —dijo Thelonius, también conmovido. Tras una pausa, agarró a Keith por el hombro—. Pero si por casualidad cambias de opinión…

—Claro.

—Claro.

—Claro.

Thelonius estudió el pesado lingote de su reloj y meneó un dedo en dirección a su rubia. Juniper avanzó. Pepsi se quedó donde estaba, y miró intencionadamente a Keith, que le devolvió la mirada con dureza mientras se dirigía hacia la puerta.

Keith y Clive enfilaron Portobello Road. Al pasar por Mecca, Keith se detuvo unos instantes; pero luego enderezó los hombros y siguió su camino. No iba a entrar. Ni hablar. No iba a entrar porque no tenía dinero —porque *ya* había entrado antes—. Sonó un claxon: Thelonius a toda velocidad, y el pelo rubio de la muchacha culebreando por la ventanilla medio abierta. Keith saludó con la mano, embebido del estoicismo de quien avanza por una carretera más tranquila, en pos de un premio superior. El estilo de vida de los negros, sin embargo, pensó mientras torcía para coger Elgin Crescent…, le convencía bastante. Especialmente por la manera como trataban a sus hembras. Cuando sacaban la cartera y te enseñaban sus fotos: después de las rubias, después de todas las Pointer Sisters y las Marvellettes y las Supremes, siempre había una chavala negra con dientes de conejo y ojos jóvenes. Y tú preguntabas entonces: «Es tu prima o algo así, ¿no?» Y entonces ellos sacudían la cabeza (habían captado tu pregunta) y decían: «Mamaíta.» O sea, la chica con la que tenían hijos, o, al menos, a la que daban hijos. Thelonius tiene cuatro o cinco críos en un piso-sótano de Leamington Road Villas. Solo se pasa por allí cada quince días, para recoger el subsidio familiar. Luego vuelve al pub con la rubia y la pasta. Pues bien, ni el blanco más pimpante parecía capaz de marcarse ese farol. Si Keith hubiera tenido inclinaciones darwinianas, habría podido decirse a sí mismo que las rubias adicionales eran pura ganga para los negritos, porque ponían a su reserva de negras por encima. Sin embargo, él comprendió, y asintió con la cabeza lentamente. Un apaño ideal. Brillante de verdad. Y de esa manera te dabas el gustazo de tener hijos (esa amable y cálida sensación de orgullo) sin tenerlos siempre a tu alrededor. Quitados de

en medio, hasta que se hacen mayores y puedes llevarlos al fútbol. Sin tener que cambiarles el bragapañal. ¿A *qué* edad? ¿A los dos, a los nueve años? Los negros tenían sus propias tradiciones. Otros, otros muchos, decidimos aceptar y apechugar debidamente con nuestros deberes. La responsabilidad de los blancos. La civilización, y esas cosas. Con el humor por los suelos, Keith abrió con el cuerpo las puertas de CostCheck, saludó a Basim, asomó la cabeza por la reja y pidió prestada media botella de vodka a Harun, ató a Clive al pomo de la puerta del almacén y bajó con dificultad, y con furia, la escalera para hacer su última visita a Trish Shirt.

Ya le llegaría su hora, sin ningún lugar a dudas, con Nicola Six —también financieramente hablando—. Keith abrigaba esperanzas supremas al respecto. El único interrogante era *cuándo*. Una vez superado con éxito el deseo de violarla, tenía motivos razonables para esperar el sexo. Pero ¿podía esperar el dinero?

Todo era cuestión de *tiempo*. El tiempo se hallaba presente por doquier, trabajaba incesantemente en la vida en la que se movía Keith. Keith veía cómo el tiempo castigaba a la gente (¡fíjate en Pepsi!), cómo se la llevaba por delante, cómo la echaba a perder. Veía a los que jugaban a los dardos por la tele: cada año había siempre alguna cara nueva que, media temporada después, parecía ya vieja. De la misma forma que Lev Tolstói, Keith Talent veía el tiempo como algo que pasaba por delante de sus ojos mientras él seguía siendo el mismo. Delante del espejo cada mañana: el Keith de siempre. No el más sabio. Pero en su alma podía decir lo que estaba haciendo el tiempo. Keith, que había pasado la crisis de la madurez a los diecinueve años, no esperaba que el tiempo lo dejara en paz, no, ni un solo momento.

Fíjense en Pepsi. Antes solía alegrar el corazón de Keith ver a la pequeña Pepsi Hoolihan revolotear como una mariposa de pub en pub por toda Portobello Road. ¡Y parecía que había sido ayer! Una chica popular…, un soplo de aire fresco. Todo el mundo amaba a la pequeña Pepsi. Algunas noches, cuando ella había bebido más jarras de Peculiar de lo que le convenía estrictamente hablando, bueno, el propio Keith se la llevaba a la parte trasera para pasar con ella un buen rato. Solo costaba una jarra de Peculiar. Volaba Pepsi muy alto, entonces: tenía el mundo —bajo la forma de unos cuantos pubs de Portobello Road— a sus pies, vaya. Costaba trabajo recordar aquello ahora. A Keith le repateaba verla ahora. Y a los demás también. Así es la vida. Era normal, y aconsejable, que una gachí cambiara de aires cuando se estaba haciendo vieja. Que emigrara a donde la vieran con buenos ojos; y a los negros les gustaban las rubias. Por una temporada, al menos. Y luego se hacían viejas a una velocidad aún mayor. Un triste espectáculo, hoy, Pepsi Hoolihan en el Black Cross, con aquellos

pelos que le salían de las orejas, mendigando una jarra de cerveza a los petimetres que jugaban al billar. O sea, a los veinticuatro años… Por supuesto, Trish Shirt era mucho mayor: veintisiete. Si Keith la dejaba tirada, cosa que tenía la intención de hacer, y muy pronto, hoy mismo por ejemplo, Trish no tendría muchas opciones, aun suponiéndole cierta movilidad. No se la imaginaba disfrutando de una segunda primavera —un año, seis meses—, sacando vodkas a los negritos a cambio de sabe Dios qué. Estos tenían su propia manera de hacer las cosas, y había que respetarla, pero lo cierto es que no sentían ninguna inclinación por tías tan horribles. Considerando el caso con realismo (yo soy un tipo realista, pensó Keith…, siempre lo he sido), si tuviera un poco de sentido común y se mirara a sí misma, tal vez podría hacer de mamaíta para algún rasta viejo. Como Shakespeare. La mamaíta de Shakespeare. ¡Dios mío! Keith soltó un silbido.

El tiempo espera… El tiempo no espera. Sencillamente, no espera. Sigue su curso. A paso ligero. *Llévame*, pensó Keith (era como un verso que le resonaba en la cabeza, como una cuerda que *le pulsaba dentro*), llévame…, llévame a donde las mujeres ricas quieren follarme.

—Pobrecito. Vaya resaca. Celebrando, supongo, lo de tus dardos. Bueno, creo que te lo has merecido. Ahora quítate el abrigo y siéntate a la mesa y lee tranquilamente tu periódico. Te voy a preparar un estupendo Bullshot, bien picante. Créeme, es lo mejor que hay.

Keith obedeció, parándose, al tomar asiento, para enjugarse una lágrima del ojo, una lágrima de agradecimiento tal vez. Por otra parte, el tiempo había cambiado de nuevo, y todo el mundo tenía los ojos irritados a causa del viento seco y mineral, un viento salpicado de polvo y de esporas, de invisibles lamentos. Un fuego de leña, observó Keith, ardía alentadoramente en la chimenea. Mientras subía la escalera, Keith había reparado, con inquietud, en que acudía con las manos vacías: ningún accesorio ni herramienta; sus dedos echaban de menos el contacto con la alcachofa de la ducha, el molinillo de café, la pesada plancha. Iba sin peso. Solo el periódico doblado, que llevaba con él todo el día, colocado debajo del sobaco como el telescopio de Nelson… Periódico que desplegó ahora con cuidado y extendió sobre la mesa entre los libros y las revistas de moda. *Elle. Mujeres enamoradas*. Levantaba la vista de cuando en cuando, en los intervalos que mediaban entre los chistes, el horóscopo, la columna reservada a la cartomancia, el consultorio sentimental, ligues y chismes. La veía en la cocina, eficiente, elegante y, por así decirlo, preparando su bebida con cariño. Llevaba camisa y corbata, y un traje de rayas de corte holgado y divertido. Podría haber sido la ilustración de un artículo sobre la mujer que lo tiene todo. Todo menos hijos. Nicola Six: la mamaíta de nadie.

—Las Seychelles —dijo Keith medio distraído cuando ella colocó la bebida cerca de su cerrada mano derecha. Entonces levantó la cabeza. Pero ella ya había pasado por detrás de él y se hallaba ahora, de perfil, junto al escritorio, repasando tranquilamente un diario y hablando para sí—. Bali —añadió Keith.

—A los que tienen se les dará más —cantó Nicola—; y a los que no tienen se les quitará aun lo que tienen. Palabras de la Biblia…

Qué momento tan delicioso, pensó Keith. Tengo que saborearlo. Sabe crear un ambiente relajado. No se repantiga en el sillón, como hacen algunas, y ñac ñac ñac. Te deja respirar a gusto. ¿Por qué las demás tías no hacen esto casi nunca? Joder!, es tan importante para un hombre… Fíjate qué pelo. Qué peinado tan bonito. ¡Joder!, tiene que habérselo hecho trenza por trenza. No se lo han hecho en diez minutos con la cabeza metida en el cacharro ese que quema en casa de Madame Pom-Pom. Apuesto a que va a Bond Street o a algún sitio así… Y la mente de Keith se paseó por un reluciente salón lleno de ricos espejos, terciopelo negro, tacones de aguja, tobillos enfundados en medias. Lo gracioso del caso, lo realmente gracioso del caso es: pronto, uno de estos días (de acuerdo: al ritmo de ella), la mujer que está ahí estará sentada en ese sofá que hay *ahí*, junto al televisor, sentada en mi regazo, bien follada, viendo los dardos.

—He estado viendo los dardos —dijo ella—, en la televisión. Dime una cosa, Keith. ¿Por qué todos los jugadores beben cerveza lager? ¿Solo lager?

—Inteligente pregunta. Un buen tema de conversación. Pues es como sigue. El jugador de dardos número uno recorre el país y va de pub en pub. Ahora bien, las cervezas varían. Algunas son cervezas locales, un par de jarras y la has fastidiado… Pero la lager…

—¿Sí?

—La lager es *de barril*. Es *de barril*. Se ajusta a unas normas. Sabes lo que estás tomando. El jugador de dardos tiene que beber. Sí, señor. Para aflojar el brazo lanzador. Es parte de su trabajo. Pero dentro de unos límites. De unos límites razonables. Por ejemplo, te pones un tope: diez jarras. Entonces hay que contarlas a lo largo de la noche.

—Ya veo.

—De barril. Sabes lo que te estás bebiendo.

Como tema de conversación, la función desempeñada por la lager en la vida profesional de un jugador de dardos número uno parecía próxima al agotamiento. Pero entonces sonó el teléfono. Nicola miró el reloj y dijo:

—Perdona un momento, Keith. Voy a necesitar silencio… ¿Guy? Espera. No soy yo. Es una cinta. Perdóname, pero no confiaba en mí misma sin la ayuda de un mediador. No confiaba en mi resolución.

Mira… Mi querido Guy, te doy las gracias por todos los sentimientos que has despertado en mí. Ha sido maravilloso…

¿Una cinta?, pensó Keith. Keith no se encontraba del todo cómodo. Entre otras cosas, estaba esforzándose por reprimir una tos y miraba con ojos acuosos su mano mordaza. Me parece que se pasa un poco. Y no me gusta eso de que leerá a ese Lawrence con nuevos ojos. Lo manda a hacer puñetas, vaya, pensó con tristeza, con desasosiego, incluso con rabia. Qué hago yo aquí, ¡joder! Mejor estaría por ahí trabajando en algo útil. Cuidado con esta tipa.

—… que te pido esto de forma absoluta e incondicional. Si tienes noticias de mis amigos, bueno, entonces tal vez una nota. Nunca te olvidaré. Piensa en mí alguna vez. Adiós.

Nicola se volvió hacia Keith y besó despacio el índice vertical que se había llevado a los labios.

Keith se mantuvo en silencio hasta que ella colgó el teléfono. Luego tosió larga y estentóreamente. Cuando se hubo aclarado la visión de Keith, Nicola se le plantó delante con semblante franco y expectante. Un tanto aturdido, Keith dijo:

—Lástima. Así que no funcionó. —Tosió otra vez, un poco menos estentóreamente—. Habéis acabado, ¿no?

—Para serte franca, Keith, la cosa no ha empezado realmente. Para él, lo principal es la idea. Guy es un romántico, Keith.

—¿Sí? Sí, viste de una manera muy rara. Dijo, me dijo que andaba buscando la «pista» de alguien.

—Ah, sí —dijo ella con aburrimiento—. Eso era un cuento chino que me inventé para sacarle dinero. Ya dará su fruto.

Vaya pájara, pensó Keith. Pero espera un segundo: esta pájara es algo realmente formidable. Es un verdadero milagro. ¿Dónde se ha metido todos estos años?

—Dinero para ti, Keith. ¿Por qué ha de tenerlo todo él?

—Caviar. Eh, ¿cuándo?

—Creo que te conviene tener un poco de paciencia. Tengo que hacerlo a mi ritmo. No habrá que esperar mucho tiempo, te lo aseguro. Y habrá, de verdad, un montón de dinero.

—Beluga —dijo Keith. Asintió con la cabeza en dirección al teléfono—. Eres toda una actriz, ¿verdad, Nick? —apostilló con admiración.

—Nicola. Pues sí, literalmente, Keith. Ven y siéntate aquí. Hay algo que quiero enseñarte.

Era todo realmente electrizante, cada segundo, cada encuadre. Keith miraba la pantalla transportado, fascinado. De hecho, estaba casi mareado por aquella colisión o remolino de realidades contendientes: la mujer del sofá, cuyos cabellos podía oler, y la chica

de la televisión, la chica del vídeo. Podría haberlo hundido por completo si la imagen eléctrica no hubiera pertenecido al pasado. Así, podía decirse aún a sí mismo que la tele estaba en alguna otra parte: en el pasado. No es que Nicola hubiera envejecido, o que hubiera envejecido en el sentido que él conocía: que se hubiera convertido en una bruja espantosa, como Pepsi, o que se hubiera desteñido y casi desvanecido ante la vista, como Kath. La mujer del sofá era más viva (más fortalecida por el tiempo), más rica en todos los sentidos que la chica de la pantalla, que, sin embargo… Una Nicola pensativa, despeinada, mordiéndose un labio, la típica niña rica desgraciada, en una obra de teatro; una Nicola curtida, sensual, de boca grande, en una serie de anuncios de gafas de sol; una Nicola con túnica blanca, con rizos, haciendo pucheros, no la propia Cleopatra sino una de sus criadas, en una obra de Shakespeare. Y luego el final: la secuencia anterior a la ficha técnica de una película (su debut, su canto de cisne), un striptease en el cuarto trasero de un club masculino lleno de corredores de bolsa jóvenes y sudorosos, y Nicola en lo alto de una mesa y ataviada con un gorro de ducha y, al principio, los habituales siete velos, bailando con movimientos mínimos pero gran dominio de ojos y boca hasta que, justo antes de desvanecerse en el humo y la sombra, se veía todo su cuerpo joven.

—¿Ya está? —dijo Keith con un escalofrío.

—Luego me matan. No se ve. Solo se oye. Después.

—¡Qué cojonudo, qué belleza! ¿Sabes una cosa? —dijo, no porque fuera verdad sino porque creía que a ella le gustaría oírlo—, no has cambiado ni pizca.

—Oh, estoy *mucho* mejor ahora. Escucha. Tú ves a Guy bastante a menudo, ¿no es cierto?

—Constantemente —dijo Keith, de repente inmisericorde.

—Bien. La próxima vez, pero deja que pasen un par de días, dile esto…

Poco después, mientras lo acompañaba a la puerta, Nicola añadió:

—¿Te has enterado bien? ¿Estás seguro? Y, por el amor de Dios, sin exagerar. Déjalo caer, pero sin que se te note. Y menciona el globo terráqueo.

—Jack Daniel's.

—De acuerdo, entonces. Sé buen chico. Y vuelve a verme pronto.

Keith se volvió. Ella tenía razón. *Estaba* mejor. Cuando ves fotos de cuando eran jóvenes, piensas que van a estar tan bien como están ahora, solo que más nuevas. Pero no era tal el caso, al menos con Nick. Solamente los ojos, solamente las pupilas, parecían haber vivido mucho. ¿A qué se debía? Las titis con clase —y algunas titis extranjeras también— necesitaban tiempo para que su carne fuera

apetecible. Se ponen crema. Masaje. La tele. El no dar golpe, vaya. Las faldas con clase, pensó: pero ella no llevaba falda. Unos pantalones holgados (nada baratos), tan ahuecados que no te daban ninguna idea de la forma que se ocultaba dentro.

—Pantalones de abuelito —dijo Keith, tosiendo levemente—. Vamos, Nick. A tu ritmo, de acuerdo. Lo respeto. Mostraré comedimiento. Pero dame algo. Para mantenerme caliente por la noche. Muéstrame que te intereso algo.

—Nicola. Por supuesto —dijo, y se inclinó hacia delante, y le mostró su interés.

—Eso está mejor, je, je.

—Espera. Tengo otra cosa todavía que te quiero enseñar.

Abrió un armario, y allí, pegado con chinchetas a la cara interior de la puerta, había un póster de un paseo marítimo de Brighton, en el que se veía a Nicola de cuerpo entero, con túnica, medias negras, el pelo recogido, las manos en las caderas y mirando por encima del hombro; su sonrisa salvaje gráficamente resaltada: *Juan y las habichuelas mágicas*.

Nicola se rió y dijo:

—¿Qué te parece?

—Jim Beam —dijo Keith—. Benedictine. *Porno*.

—¿*Qué*? —preguntó Nicola.

La biblioteca particular de Keith Talent. No había muchos libros en el piso de Keith Talent. Tampoco había muchos libros en su garaje. Pero había algunos.

Eran seis: la *A-D*, la *E-K*, la *L-R*, la *S-Z* (el *estafador* moderno depende exasperadamente, demasiado, del teléfono), *Los dardos: cómo dominar la disciplina* y una libreta que no tenía ningún título salvo el de *Cuaderno de clase — Ref 138 — Hojas clasificables* y que, tal vez, se podría bautizar en teoría con el nombre de *Diario de un jugador de dardos* o, más sencillamente, *La historia de Keith Talent*. Era aquí donde Keith vertía sus pensamientos íntimos, la mayoría de los cuales (no todos) estaban relacionados con el mundo de los dardos. Por ejemplo:

Podrías tener un palazete con barios rincones condicionados para dardos, y no uno. Con una luzecita arriva.

O:

Es menestér practicar los finales, es menestér. Redondear religiosamente el blanco. Puedes tener todo el podér del mundo pero no te sirbe de nada si no sabes rematar.

O:

Kcda Qádate Mantente a la izquierda en el tercer dardo, hacia el maldito zinco triple.

Al releer este último fragmento, Keith dejó escapar un ¡*jo*! Cogió un bolígrafo con forma de dardo y tachó *zinco*. Exhalando un breve gruñido de satisfacción, y rematando la *c* con un floreo, escribió *cinco*. Se enjugó una lágrima del ojo: se sentía de un humor un poco raro.

La conversación mantenida con Guy horas antes aquel mismo día en el Black Cross se había desarrollado con absoluta normalidad. Keith podía al menos decirse a sí mismo: he sido un buen chico, y he hecho lo que ella me dijo.

—¡Hola! Perdona, pero no tienes muy buen aspecto, tío —había observado Keith al acercarse Guy a la barra.

—Sí, lo sé.

Keith lo miró aproximándose aún más con risita de preocupación.

—No, desde luego que *no* tienes buen aspecto.

—Creo que estoy un poco indispuesto.

No es que Guy tuviera nunca el aspecto deslumbrante que, a juicio de Keith, debía tener. Personalmente, y habiendo visto la casa de Guy, Keith se preguntaba por qué no se pasaba la vida frotándose las manos y luciendo una constante risita de conejo. Pero Guy qué va… A Keith lo ponía nervioso su expresión habitual, una expresión de serenidad temporal y precaria: la cara alzada y ligeramente inclinada, y un parpadeo de ojos que denotaba tristeza. Aquel día tenía, sin embargo, la cabeza gacha y parecía haber perdido todo color, incluido el color de su dinero. Al igual que todos los demás caucasianos del pub, Guy aparecía filmado en blanco y negro. Pertenecía a la infantería rasa, como cada quisque.

—Debe ser un arrechucho —dijo Keith—. Te voy a decir quién más no goza tampoco de muy buena salud: Nicola.

La cabeza de Guy se hundió otro par de centímetros.

—Pues sí. Me pasé por allí. Ya sabes, me había encargado que le arreglara todos aquellos cacharros… Pues bien, todos se han vuelto a estropear, como suele ocurrir, ya sabes. —Esto era absolutamente cierto; pero cuando Keith se ofreció tranquilamente a volver a llevarlos a GoodFicks, Nicola se encogió de hombros y dijo que no valía la pena—. En fin, de todas formas está francamente mal. ¿Sabes qué impresión me produjo a mí? Apatía. Apatía. Miraba por la ventana. Jugaba con una bola del mundo. Una sonrisita triste en la cara.

La cara de Guy se hundió otro par de centímetros.

—O sea… —Keith tosió a gusto—, como si estuviera languideciendo. Languideciendo. Su corazoncito languideciendo… Maldita sea, fíjate en qué estado se encuentra esa Pepsi Hoolihan. No lo consigo asimilar. No la veía desde hace varias semanas, eso es. Ya tenía mal aspecto este verano; pero fíjate ahora. Se parece al mismísimo Nosferatu. Animo, chaval. Tengo algo para ti.

Luego, después de que Guy se hubiera ido arrastrando los pies, y mientras Keith seguía allí mismo pensando en lo bonita y sencilla que podía ser la vida a veces, God y Pongo lo condujeron a un rincón y le contaron, con tono de apenada disculpa, la visita que Kirk Stockist, Lee Crook y Ashley Royle habían hecho al Black Cross…

Esta noticia no debería haber sorprendido a Keith, y no le sorprendió. Simplemente, lo asustó bastante. Ah, el dinero, siempre el dinero. Como se apuntó antes, Keith no se hallaba en un buen momento financiero. Su situación con respecto a alquiler, intereses, multas de la policía e indemnizaciones, compras a plazos, etcétera, etcétera, se hallaba a tan solo un pelo del desastre. Claro que… siempre se había hallado a un pelo del desastre. Allí en el garaje, la cara polvorienta de Keith se endureció mientras escupía en el suelo y alcanzaba la botella de vodka robado. El asunto era el siguiente: había estado pidiendo dinero prestado en la calle, y más particularmente en Paradine Street, en el East End. Había pedido dinero prestado a un conocido usurero llamado Kirk Stockist. Incapaz de pagar a Kirk Stockist, había tenido que pedir más dinero para hacer frente al elevado interés: el veinte, el veinte, el vertiginoso veinte por ciento. Para pagar el veinte, había tenido que pedir dinero prestado a otro usurero llamado Lee Crook. En aquel momento, esto le había parecido un buen apaño; pero Keith sabía que aquello era terreno minado, especialmente cuando empezó a pedir dinero prestado a Ashley Royle para pagar el veinte por ciento del préstamo de Lee Crook. Entretanto, Keith había confiado en que todo se solucionara con un buen día en Mecca. Pero no había sucedido así. Ni habían mejorado tampoco sus demás negocios, que habían desembocado recientemente en un caos de sucesivas incomparecencias por parte de los otros *estafadores*: gatos por liebres y desplantes catastróficos que habían arrancado moderados silbidos incluso entre las amistades de Keith, entre rufianes de salón de billar, ladrones de coches quisquillosos y asaltadores de abuelitas amargados. Keith pensó ahora sañudamente en el chasco que se había llevado con la viejarraca Lady Barnaby, y un escalofrío le estremeció al recordar el precio alcanzado por el conjunto de sus joyas. Al pasar con el coche pocos días antes por Blenheim Crescent, Keith había apretado el puño y había exclamado «Jódete!» al ver que la caldera psicopática de Lady B había estallado por fin; el tejado de la casa se

parecía al reactor n.° 4 de Chernóbil —o al reactor n.° 6 de Thierry—. Ah, con qué ganas deseaba Keith olvidarse de sus cuitas y enfrascarse por entero en sus dardos… Los dardos eran la causa de que hubiera desatendido su trabajo de estafador: las horas de práctica, y también los días dedicados a celebrar el triunfo, cuando aquella práctica había producido sus frutos en el oché. Y estaba también Nicola: también ella le consumía mucho tiempo a su manera, al prometerle recompensas inciertas. La divina Nick: todo lo hace a su aire, vaya. La mandíbula de Keith cayó ligeramente bajo el peso del cariño al recordar la sesión delante de la tele: con qué ahínco le había rogado que congelara la imagen o que dejara la velocidad normal…; pero ella había pasado la cinta en Avance Rápido de punto culminante en punto culminante…

Sonó el teléfono, y Keith hizo algo que llevaba bastante rato sin hacer: cogerlo.

—¡Ashley! —exclamó. Y luego dijo muy pocas cosas. Se limitaba a decir de vez en cuando «sí, claro» (tal vez media docena de veces). Al final dijo—: Vale, vale. De acuerdo, tíos.

Con solemnidad, Keith cogió *Los dardos: cómo dominar la disciplina* y atacó uno de los pasajes que le resultaban más emocionantes. Leyó:

> Si bien el deporte de los dardos se desarrolla básicamente en el siglo XX, entronca de lleno con la tradición popular inglesa. Se cuenta que los afamados arqueros ingleses practicaron una especie de juego de dardos antes de derrotar a los franceses en la memorable batalla de Azincourt en 1415.

Keith levantó la vista. ¡1415!, pensó. «La tradición», murmuró saboreando la palabra.

Cuántas veces, pero cuántas, cuantísimas veces había acompañado él a su padre con la tiza en la mano, para apuntarle los resultados de sus partidas de dardos en los pubs de Londres, donde él se había criado… Su padre solía jugar por regla general con Jonathan Friend o con Mr. Purchase, el padre de Chick. Y si el pequeño Keith se equivocaba en las sumas… De pie en el garaje, Keith se llevó la palma de una mano a una mejilla y le pareció que todavía estaba ardiendo, todavía, siempre ardiendo…

Pero no nos conviene remontarnos demasiado atrás en la vida de las personas, ¿verdad? Sobre todo cuando tales personas son pobres. Porque, si lo hacemos, si nos remontamos muy lejos —lo que significaría un viaje realizado en un autobús horrible, con horribles olores y ruidos horribles, con horribles esperas y sacudidas horribles, un viaje realizado con un tiempo horrible por motivos horribles y con fines horribles, con un frío horrible o un calor horrible, con paradas horribles para tomar piscolabis horribles, a través de carreteras

horribles hacia una habitación horrible—, entonces a nadie se le puede reprochar nada, y nada importa, y todo está permitido.

Ashley Royle, Lee Crook y Kirk Stockist habían dicho a Keith que si no les daba el viernes toda la pasta que le pedían, entre otras cosas le romperían el dedo corazón de la mano derecha. Por supuesto, este era el dedo cortejador de Keith, y, lo que era más importante aún, el dedo con que arrojaba los dardos. Acabó su vodka, se estiró los pantalones acampanados, se puso la cazadora[9] (Keith también estafaba al viento) y salió en busca de Thelonius, para hablar con él sobre un delito que requería algo de violencia, aunque no demasiada.

Keith ha empezado a pedirme dinero. Yo sabía que esto iba a ocurrir.

Anoche, ya tarde, fuimos a tomar un bocado de pie al bar de Conchita. Keith llamó aparte a la hija de Conchita. Quería chile relleno. Poco después, le sirvieron un plato de plutonio con mucho picante: echaba unas burbujas perfectamente audibles y unos espumarajos color ébano y plata. A mí me recordó los escupitajos y los regüeldos de Sulphur Springs, en Santa Lucía (la tierra de los padres de Thelonius). Keith tomó el primer bocado como si tal cosa, permaneció un rato en silencio mientras le salía humo por la nariz y luego me pidió dinero.

Yo quiero darle dinero. Francamente, no quiero que se meta en ese asunto de Thelonius. De todos modos, Thelonius es un delincuente de risa, al que de momento le sonríe la suerte. ¿Qué pasará si les sale mal la cosa, que les saldrá? Keith enlatado: Keith fuera de combate. Me repatea verlos en cuclillas en un rincón del Black Cross, diciendo cosas como «la paga extraordinaria» o «bingo». Tienen incluso un pequeño mapa de pacotilla. Por otra parte, tampoco quiero que le rompan a Keith su dedo de tirar los dardos, ese dedillo tan precioso, tan multifuncional, del que se sirve asimismo para sus americanizados gestos obscenos.

Sí, yo quiero darle dinero a Keith (también quiero darle dinero a Thelonius). El problema estriba en que no tengo. Y Keith necesita mucho, y muy pronto, y volverá a necesitar más enseguida… ¿Por qué no recibo ninguna llamada, ninguna oferta ventajosa, ningún premio gordo de Missy Harter? ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Atendiendo al principio de Heisenberg según el cual un sistema observado entra inevitablemente en interacción con su observador —y sabedor también de que el antropólogo nunca se entromete en los asuntos de su tribu—, decidí no decir nada a Nicola sobre Keith y su delito más o menos violento. Le dije que siguiera adelante y que le diera dinero a Keith. No te preocupes, me dice. Ella «sabe» ya que el delito que planea tendrá lugar, y que saldrá bien. Cómo me gustaría poder compartir su esperanza… ¡Qué hermoso ha de ser navegar viento en popa y sin temores!

Bueno, pues le dije a Keith que no. Me echó una de esas miradas que yo interpreto como silencio antisemita durante quince segundos aproximadamente, y a continuación se mostró taciturno conmigo. Al menos eso creo yo. No sé qué efecto estaba produciendo el chile relleno en sus vísceras, pero su lengua parecía un nudo plano.

—Esto ya está mejor, Conchita —graznó finalmente.

Yo me sentía fatal. Le debo algo. Al fin y al cabo, ¿dónde estaría yo sin Keith?

El tentempié fue barato, y el dinero me llegó para invitarle.

La muerte parece haber resuelto mi problema de columna —y mejorado mi tono muscular—. Lo que no consiguió nunca del todo ni el *jogging*, ni la natación ni una estricta dieta alimenticia lo está consiguiendo ahora la muerte sin ningún tipo de problemas. Aquí estoy repantigado, con mi hamburguesa y mis patatas fritas, mientras la muerte lleva a cabo su propio programa de mantenimiento de mi forma física. Y sin esas panzadas de sudar y gruñir que a tanta gente desalientan.

Sí, por el momento me vanaglorio de que la muerte esté surtiendo muy buen efecto sobre mi apariencia. No cabe duda de que parezco más inteligente. ¿Es esta la razón por la que le molo a Lizzyboo? Tengo un aspecto casi mesiánico. La piel se me está atirantando debajo de la mandíbula y encima de las sienes, y va ganando en lustre. En la muerte resplandezco. En la muerte soy…, soy bello. Como *esthéticienne* y preparadora física, la muerte está haciendo un buen trabajo. Resulta un poco doloroso, no se puede negar; pero todas las cosas buenas duelen un poco. Aparte del efecto que produce sobre los ojos (enrojecidos e hinchados, o como si me estuvieran creciendo), el efecto muerte no es tan malo. Aparte de los ojos y de la muerte.

Acompaño a Lizzyboo, a Hope, a Guy y a Dink Heckler al club de tenis de Castellain Road. Tomo asiento en una silla de árbitro y miro. Dobles mixtos: Guy emparejado con Lizzyboo, frente a Hope y Dink, el número siete de Sudáfrica… No creo que Guy vea lo que se está cociendo entre Dink y Hope. Pobre Guy. Es como yo. Estamos aquí pero no estamos aquí. Cuando levantamos la vista, nuestros ojos se topan con la misma nube, pesada, inquieta y rasante, del color de un aguacate, sí, y con un interrogante de vinagreta en el corazón.

Serio, con indumentaria tenística superdeportiva y con más pelo que una tarántula, Dink es la estrella a la que todos en el club quieren ver; las secretarias y los tesoreros de rostros macilentos, los veteranos profesionales ahora decrépitos y los resplandecientes recogepelotas negros acuden todos a admirar y envidiar la potencia y el toque de Dink, su revés implacable, fantásticos smashes. Ataviado con calcetines grises, calzado gris, pantalones caqui y medio caftán, Guy es con mucho el que tiene menos ritmo de los cuatro, el menos seguro y el peor adaptado (sus continuas confirmaciones y desaprobaciones, sus compulsivas disculpas, casi tan regulares como el ruido de la pelota sobre la raqueta)… Pero era a las damas a quienes yo había ido a ver.

Altas, morenas y resplandecientes por igual, las dos están también igualmente dotadas de bravíos golpes de revés y de un segundo servicio especialmente florido. Se ha sacado el mayor provecho del material disponible, con inversiones aquí y desembolsos allí, en el rancho de tenis y en la clínica de tenis. Se lanzan en picado y se desmayan las dos vestiditas de blanco. Por supuesto, Lizzyboo hace más alarde de golpes fuertes que Hope, su hermana mayor. ¡*Porras*!, exclaman las dos cuando fallan la pelota.

Hope juega con seriedad (es tan recta y estricta como los pliegues de su faldita plisada); Lizzyboo, con risas y amistosa ambición. Hope adopta una expresión de enfado cuando lanza sus golpes (expulsando rudamente el bicho peludo). ¡Vete al carajo!, parecen decir. Lizzyboo «persuade» o «acaricia» la pelota. *Ven aquí*, dice su raqueta. *Vuelve aquí*. Pero si las chicas estuvieran jugando individuales, no habría nada de esto, estarían perfectamente igualadas. Sus gargantas brillan cuando ríen y chillan. Deben de tener unos cien dientes entre las dos. Cuando se repartió el equilibrio y la destreza y la precisión, a las dos hermanas se les concedió la misma cantidad de talento tenístico. Pero Lizzyboo se llevó definitivamente las tetas.

El set estaba empatado a seis, al tiebreak. Replegado e indolente hasta entonces, Dink reaccionó con una competencia terrible, lanzándose de banda a banda para alcanzar las voleas muertas y golpeando de espaldas y de puntillas las voleas fuertes. Mejoró magistralmente con Hope: una mano en el hombro para sus cuchicheos tácticos entre cada punto, y el golpecito aprobador, legitimador, de su raqueta en el trasero. También, para mi absoluta fascinación, empezó a pensar en lo conveniente que sería encañonar a Guy desde la red. El segundo servicio de Lizzyboo botaba casi siempre con femenina invitación, y ahí venía Dink a rematar con furia canina, tensando todos sus músculos para disparar la bala amarilla en dirección a la boca expectante de Guy. Y Guy sin pestañear. Cayó al suelo dos o tres veces, y una pelota le desbarató la raya del pelo; pero nada de retroceder. Se puso de pie y se disculpó. Con seis a cero en el marcador, Dink consiguió sobre Lizzyboo un punto de saque desvergonzadamente salvaje, y luego se dio media vuelta, con la boca blanca y rígida y completamente almenada, para rechazar con fuerza la pelota sobrante hacia mi silla. Nadie arrebata un set al número siete sudafricano. Nadie. A no ser que se trate, naturalmente, del número seis sudafricano. El muy gilipollas. No se le ocurrió que Lizzyboo y Hope y Guy podían ser exactamente igual de buenos jugando al tenis que él, si *no hicieran otra cosa en todo el día*.

Lizzyboo se acercó, permaneció de pie junto a mí y apoyó su caliente cabeza sobre mi hombro. La consolé. Hope se sentó al lado de Dink. Guy se sentó solo. Se sentó solo mirando fijamente hacia delante

y con una toalla echada sobre las rodillas… Por supuesto, Lizzyboo tuvo un pequeño asunto con Dink, hace algún tiempo. El plagio sexual está siempre vivo entre las dos hermanas. Lizzyboo tuvo un pequeño asunto con Dink. Pero no funcionó.

Como tampoco funcionará conmigo. Muy pronto empezará a preguntarse si hay algo anormal en ella. Probablemente se avergüence de sí misma. La gente puede ser realmente asombrosa. Supongo que debería hablarle claro. Pero no puedo. No quiero que corra la cosa. Le diré simplemente que amo a otra.

Esto me hace pasarlo muy mal. Tiene la cabeza apoyada sobre mi hombro. Yo debería aprovecharlo para sorber su sudor tostado, sus vapores vitales. En cambio, aparto la mandíbula. Esto me hace pasarlo muy mal: una triste parodia del amor. Me percato de que en la pista de tenis Dink dice *nada* en lugar de *amor*.[10] Quince-nada. Nada-quince. Nada-treinta. Hasta en la pista de tenis ha desaparecido el amor; hasta en la pista de tenis ha sido sustituido el amor por la nada.

He empezado a leerle libros a la pequeña Kim. Son los únicos libros que soporto actualmente. Ella muestra interés y parece concentrarse, sobre todo cuando se siente acunada por el biberón.

Cuando se toma el biberón suena como alguien que le estuviera dando cuerda a un reloj. Ella le da cuerda a un reloj, contra su tiempo futuro.

—Cómo me gustaría, Nicola, cómo me gustaría poder compartir tu confianza, tu convicción de que todo saldrá bien.

—Sí, está bien ver las cosas de color de rosa.

—Tengo que correr; o que moverme, en cualquier caso. Mira, se trata de una cosa un poco embarazosa.

—¿Para ti o para mí?

—Hay dos cosas que quiero de ti, de primera mano. En primer lugar: ¿podrías hacer que Keith se desahogara un poco?Necesito su P.D.V.

—¿Su qué?

—Su punto de vista. No estoy seguro de que sepa lo que significa realmente la palabra «discreción». Sigue contando cosas, pero al tratar de ser discreto se cohíbe. Dile que no debe andarse con tantos rodeos, que lo que importa es que cierre el pico cuando esté con Guy.

—Vale. Considéralo conseguido.

—Estupendo.

—Eso no es embarazoso. ¿Cuál es la segunda cosa?

Bajé la cabeza. Luego la levanté y afirmé:

—Tus besos. Me vendría de perilla saber cómo son tus besos.

Nicola rió desaforadamente. Luego se incorporó y se me acercó. Yo

levanté un dedo.

—Esto no es un avance ni nada de eso.

—No, no. Mis trucos no funcionan contigo. ¿Cierto?

—Cierto. Venga. Besaste a Keith.

—En cierto modo.

—E imagino que vas a besar a Guy la próxima vez.

—Absolutamente cierto. Pero ¿no sería esto un precedente peligroso? Quiero decir, ¿dónde acabará?

—Así que piensas ir más lejos. Con los dos. Por supuesto. ¿Hasta dónde? Hasta el final. ¿Hasta dónde, si no? Tranquila —dije—. Sexualmente, yo ya estoy acabado. Un eunuco de Constantinopla haría mejor papel. Solo necesito un par de indicaciones para el próximo capítulo.

—¿No puedes inventar *cualquier cosa*? Tanta literalidad… ¿Sabes?, eso es la muerte del amor.

—No tienes por qué preocuparte. No vas a coger mi enfermedad fatídica.

—¿Por qué me iba a preocupar *yo*?

Estábamos de pie, y nuestros campos de fuerza se estaban tocando. Yo no sentí nada en el corazón, pero mi cara había empezado a temblar.

—Venga —dije—, dame un beso.

Ella colocó sus muñecas sobre mis hombros, decidida, y dijo:

—¿Cuál?

He vuelto tarde, y las malditas tuberías están en pleno jolgorio. Qué jaleo tan estúpido; me hace pensar en el gallo de Guy, tan lejos de aquí, hace tanto tiempo. Atravieso el piso tapándome los oídos con las manos. ¡Dios mío!, ¿estará muriéndose toda la *casa*?

Ah, las tuberías, y sus dolores animales. Te oigo, te oigo, hermano. Hermano, te *oigo*.

11. LA CONCORDANCIA DE LOS BESOS DE NICOLA SIX

En la concordancia de los besos de Nicola Six había muchos subtítulos y subsecciones, muchos géneros y subgéneros —capítulo y versículo, referencias cruzadas, citas múltiples—. Los labios eran anchos y maleablemente trémulos, la lengua era larga y poderosa y más afilada que un aguijón. Aquella boca era una fuente profunda, una fuente profunda de mentiras y besos. Algunos de los besos que dispensaba aquella boca eran evanescentes, inapelables, el revoloteo o el eco de una mariposa fugaz (o su espíritu, flotando en una dimensión equivocada). Otros eran tan inquisitivos y detallados como una visita al dentista: salías sin rastro alguno de placa. El Capullo de Rosa, el Aplicación Seca, el De Todos, el Choque de Colmillos, el Repulsión, el Diésel Rotativo, el Enjuague de Boca, el Amigdalectomía, el Lady Macbeth, el Minino Listo, el Juvenil, el Necesitado, el Tragón, el Virgen Delicuescente. Bautizados como una gama de cócteles o como las fugaces variedades de perfume de Keith: Escándalo, Ultraje… Bautizados como las muñecas y los juguetes —el rumor y el vudú— de una hija única.

Solo había un beso especialmente escurridizo (se resistía a toda descripción, se resistía a todo), que presentaba dos extremos aparentemente opuestos: recato apasionado y absoluta inexorabilidad. Tenías que disponer las cosas de manera que tu *partenaire*, u oponente, notara tu desesperada renuencia en el momento preciso en que tus labios se dirigían a los suyos. A mitad de camino entre el Necesitado y el Virgen Delicuescente, era particularmente apropiado después de peleas, o cuando querías que volviera un hombre a ti en el espacio de unos segundos (dada su parvedad, desencadenaba una secuela de besos mucho más ardientes). Este era el beso que iba a dar a Guy Clinch. Avanzando unos pasos, él la envolvería con su altura. Ella parpadearía hacia él con gesto de adorable aflicción, una aflicción no completamente fingida, puesto que ella lo compadecía por las congojas que estaban destinadas a sobrevenirle. Al dar este beso no debía levantar los talones, aunque él tendría la sensación de que se ponía de puntillas. Una desgarrada aspiración en el pecho, mientras la

boca parecía pugnar por volverse y esconderse. Pero no podía. Dirigidos entonces por una invisible interacción, los labios de ambos se juntarían mucho más. Este beso se llamaba el Pájaro Herido.

Físicamente, figuraba entre sus más leves. En el otro extremo de la escala ascendente se hallaba —intenso, atlético, de sexo duro— un beso que casi nunca empleaba: inolvidable, se llamaba el Princesa Judía. Nicola lo había aprendido en una película porno que había visto tiempo atrás en Barcelona, pero todas sus asociaciones yacían en otra parte. Rico, vulgar, joven, carnoso, fácilmente multiorgásmico e insufriblemente ávido: el beso del despilfarrador, el beso de un imposible despilfarrador de sí mismo. Mientras que en el Pájaro Herido la lengua solo brillaba por su tornasolada ausencia (la mariposa de nuevo, atrapada en una cámara oscura), el Princesa Judía era *todo* lengua —y no la punta, sino el tronco, la carne: pura lengua —. Aquí, la lengua trabajaba por cada órgano, masculino y femenino, corazón incluido. Este beso era más un arma que una varita mágica; un arma de carácter exponencial (un beso que apelaba a la velocidad de la luz), porque era casi inútilmente poderoso. El Princesa Judía era *desmesurado*. Aplicado en el momento justo, hacía que un hombre se arrodillara en el suelo con el talonario de cheques en la mano. Aplicado en un momento inoportuno (y Nicola recordaba algunos de estos momentos inoportunos), podía acabar un romance en medio minuto: el hombre retrocedía hacia la puerta, mirándola fijamente, con una mano levantada y tapándose los labios con una manga. «Lo siento, no te vayas», había dicho ella una vez. «No era mi intención: ha sido un accidente.» Pero nada. Para conseguir el Princesa Judía, tenías que sacar la lengua todo lo que pudieras y dejarla descansar en el labio inferior *antes de empezar el beso*. De este modo, el beso, cuando venía, venía de la segunda boca.

Este beso se llamaba Princesa Judía… imperdonablemente. Pero el propio beso era imperdonable también. El Princesa Judía era imperdonable.

¿Y qué decir del beso que dio a Keith? ¿Qué tal un beso sonoro para el besador Keith Talent?

Cuando acudió a casa de Nicola aquella vez —con el periódico alojado debajo del sobaco, vaqueros holgados y una resaca de espanto —, ella no lo pudo evitar. Se creció y se erizó sobre él y le dijo:

—¿Sabes la plancha y el molinillo de café y la aspiradora que habías arreglado?

—¿Sí?

—*Todos* se han vuelto a estropear.

Keith la miró fijamente a su vez, la lengua tomándose un descanso sobre los dientes inferiores.

Nicola esperó también a que la picazón, el ardor y el eczema del aborrecimiento la abandonaran y se fueran a alguna otra parte. Entonces cambió: empequeñeció. Podía ser grande y podía ser pequeña, pero casi siempre era grande, y cuando las cosas se le torcían, se le torcían a gran escala. El cuarto de baño inundado, caídas tremendas, camas rotas.

—Bueno, así funciona este mundo de mierda, vaya. ¡Joder! Vengo aquí…

Nicola empequeñeció. Comprimió su cuerpo en los retozones pliegues de su traje de rayas. Juntó las manos. Bajó la cabeza… para poder observarlo mientras decía amablemente:

—Pobrecito. Vaya resaca. Celebrando, supongo, lo de tus dardos. Bueno, creo que te lo has merecido. —Le ayudó a quitarse su cazadora azul eléctrico, mientras le prometía un Bullshot bien picante—. Créeme —afirmó—, es lo mejor que hay.

Nicola partió un limón por la mitad, abrió una lata de consomé, molió la pimienta, vertió el vodka. De cuando en cuando lo miraba mientras trabajaba, meneando la cabeza y murmurando para sus adentros. Su proyecto había sido hacerse con los hombres, llegar hasta el fondo de los hombres. ¿Y cuál era el resultado? Ahí estaba él sentado a la mesa, leyendo su periódico con ceño fruncido, como si fuera un mapa de carreteras que lo condujera a algún tesoro escondido. Sus redondos y lampiños antebrazos reposaban fofos a cada lado del diario. Se podía terminar la función en aquel mismo momento: bastaba con acercarse a él y arrancárselo de las manos. Keith mataría por su periódico. En cualquier momento.

—Las Seychelles —exclamó él abruptamente mientras ella colocaba el vaso a medio palmo de su rechoncha mano derecha. Incapaz de hacer otra cosa por el momento, Nicola se difuminó en un rincón de la mesa y se puso a mirar, sin ver, su diario. Estaba acalorada—. Bali —añadió él… Ella tenía una pregunta preparada: relacionada con los dardos. En medio de un silencioso ataque de desprecio, interrumpido solo por alguna que otra risita de incredulidad, Nicola había estado viendo una partida de dardos por televisión. Un hombre de ciento veinticinco kilos lanzaba un clavo de veinte gramos sobre un pedazo de corcho, mientras la multitud bramaba y exigía sangre. Una pulga en la guarida de un león. ¡Qué escena, amiguitos…!

Al fin, Nicola formuló la pregunta, y Keith la contestó; luego ella pasó por detrás de él y miró por encima de su hombro. Las páginas centrales del periódico estaban consagradas a varias fotos a toda plana de la estrella de cine Burton Else y su novia Liana. La exuberante Liana llevaba un minúsculo bikini. Burton Else llevaba una especie de correa o de condón opaco. Su cabeza, no mayor que un aguacate,

resplandecía por encima de una pirámide invertida de carne alimentada con hormonas. El texto que acompañaba las fotos versaba sobre el contrato matrimonial de Else: cuánto habría de pagar Burton por daños y perjuicios en caso de divorcio.

—Burton Else en carne y hueso —dijo Keith, con lo que parecía ser un toque de orgullo—. Y Liana.

—Se van, pero vienen otros —dijo Nicola—. Cada cierto tiempo, el mundo siente necesidad de otro fachenda macho.

—¿Cómo dices?

—Me pregunto cuánto sacará ella al año —prosiguió Nicola— por abonar la idea de que no es marica.

¿Podía Nicola sorprenderse por algo? ¿Era capaz de sentir asombro? Quién sabe. Keith se volvió hacia ella lentamente, perdida toda su paciencia, como si lo hubiera estado fastidiando durante mucho tiempo y *ya no aguantara más*.

—¿Él? —dijo en tono excitado—. ¿Burton Else? ¡Vamos, anda, no me jodas!

Ella retrocedió, espantada por su reacción. Luego se cruzó de brazos y dijo:

—Es un marica evidente y reconocido por todo el mundo. Un marica famoso.

Los ojos de Keith se cerraron sufridamente (como para prestar fuerza a su dueño).

—Venga, hombre —prosiguió ella—. Quiero decir, ¿a mí qué me importa? Pero fíjate en su cara. ¿Encima de ese cuerpo? Ella se merece el dinero. Tiene que ser un trabajo de jornada completa aparentar lo contrario.

—Burton Else no. Burton no.

Nicola se preguntó si debía seguir por aquel camino. Ciertamente, lo de Burton Else era de dominio público. Cualquiera mínimamente interesado en las últimas películas estaba al corriente de ello (y Nicola las veía casi todas). Resultaba obvio incluso siguiendo los chismorreos: constantes insinuaciones por parte de ciertos grupos de presión y las correspondientes intervenciones del departamento jurídico de los estudios. Sí, lo de Burton era de dominio público. Y, sin embargo, no era tan de dominio público como la *otra* versión al uso: la de la grande y pequeña pantalla, que proclamaba lo mucho que él amaba a su país y a sus mujeres y a sus ametralladoras. Burton tenía una nueva esposa en cada película (antes de que fueran degolladas por samuráis o pieles rojas o guatemaltecos, o por alguna otra pandilla de intelectuales): cómo adoraban aquellas rubias a su Burton, cómo le ponían aceite y le alentaban a aumentar su musculatura… Dios mío, pensó Nicola, ¿cómo no lo ha visto ya todo el mundo? (A ella le intrigaba el mundo

homosexual, pero no lo aceptaba, al fin y a la postre por estar excluida de él.) El rey del músculo, el simulador de hombría: por muy intrépido y patriota que quisieran hacerlo, por muchas esposas y Biblias y machetes de medio metro que le dieran, siempre pertenecería a los vestuarios con casilleros, a las amistades dudosas, a los hoteles sórdidos.

—Burton Else es un marido fiel —afirmó Keith—. Ama a su mujer. Ama a la mujer. Haría lo que fuera por ella.

Nicola esperó, mientras pensaba en el amor y veía cómo la invitación a la violencia se iba aplacando en los ojos de Keith.

—La cámara no miente. En su última peli cada tres minutos le echaba un polvo. Desde luego ella no se quejaba. Dijo que nadie lo hacía como él.

—Sí, claro —dijo Nicola, inclinándose con las manos en la mesa como una profesora—, y seguro que entre toma y toma se iba corriendo a su caravana o su bungalow a echar una vomitera. Es un sarasa, Keith. Además, como he dicho antes, ¿qué más da? No te preocupes. Habla a favor de tu masculinidad el no reconocerlo. Hay que serlo para reconocerlo. Y tú no lo eres, ¿verdad, Keith?

—¿Yo? ¡Je, je!, pierde cuidado —dijo automáticamente. Luego, durante unos segundos, se puso a parpadear al ritmo de los latidos de su corazón. Y en su cara se dibujó una mueca de niño desdichado—. Pero si…, pero entonces…, pero él…

Películas, Keith, pudo haberle contestado ella. Películas. Cosas que no son reales. No son reales.

Sin embargo, eran las seis en punto, y sonó el teléfono, puntual, y Nicola sonrió («Esto es una cinta»), y le dijo a Guy lo que ya sabemos.

Con posterioridad, después de su propia exhibición en la pantalla, y mientras acompañaba a un Keith casi sin palabras e inmensamente satisfecho hasta la escalera, mientras se disponía a escoltarlo hasta el viento y la lluvia, Nicola dijo pensativa y erráticamente (con las manos en los bolsillos de los pantalones de su vistoso traje):

—Es un romántico, no lo olvides. Así que explota ese filón. Dile que estoy pálida y deprimida. Dile que me paso el tiempo sentada junto a la ventana, suspirando. Dile que acaricio con el dedo el bello globo terráqueo y que sonrío afligida, y que aparto la vista. Ya sabes, cosas así. En tu propio estilo, por supuesto, Keith.

—Jack Daniel's.

Parecía ahora que ella tendría que besarlo por fin. Al menos, él así lo había pedido. Nicola sintió un ruido, un leve reajuste, dentro de ella, una especie de gemido: uno de esos trágicos gimoteos, quizá, que se dice que emiten los amantes fracasados. Aspiró profundamente y se inclinó y ofreció a Keith el Capullo de Rosa: boca de pez, los ojos

agradecidamente entornados.

—¡Mua! —exclamó cuando ya había pasado todo (todo duró medio segundo)—. Paciencia, Keith. Verás que, conmigo —agregó—, cuando llueve, llueve a cántaros. ¡Mira!

Juan y las habichuelas mágicas. ¡Cómo se introducían presurosas las jóvenes piernas en la túnica púrpura! ¡Y aquella sonrisa impetuosa, enamorada de la vida!

—Jim Beam. Benedictine. *Porno*.

—*¿Qué*?

—*Porno*. Es una bebida. La dan en el Golgotha. O también la consigues por cajas en el BestSave. Bastante barata, porque está bautizada *dos veces*.

—Vete ya, Keith.

—Vale; hasta la vista.

Nicola volvió al cuarto de estar y, viendo en el sofá una breve y súbita mancha de sol, se desplomó sobre él, con las extremidades extendidas, como una estrella negra. La barriga de Nicola subió y bajó tres o cuatro veces al romper en carcajadas —de desvalida exasperación—. Sí, de acuerdo. Porno: porno. Naturalmente que sí. Si no hay más remedio. Sorprendentemente, a Nicola no le gustaba la pornografía, o más bien no le gustaba la incursión de la pornografía en su propia vida amorosa. Por ser terriblemente limitada, porque no había ninguna emoción en ella (iba exclusivamente dirigida a provocar cosquillas mentales) y porque apestaba a dinero. Pero podía hacer pornografía. Era fácil.

Artista polifacética, artista de mentirijillas, a veces también artista de gusto dudoso, y sin duda artista consumada en la cama, Nicola era sobre todo una *artista*—, y aunque sabía exactamente adónde quería ir, no siempre sabía exactamente cómo llegar. No siempre resultaba fácil reconocer esto, sin embargo; ni siquiera ante uno mismo. Había que hacer que la mente saliera disparada como un disco sobre todo aquel hielo quebradizo. Había que confiar en el propio instinto o, de lo contrario, estaba uno perdido. Volvió a reír, con un fuerte estornudo que la obligó a buscar un pañuelo de papel (a ver: ¿quién planeaba aquello?, ¿quién planeaba aquel estallido de humorísticas burbujas mucosas?), al recordar la increíble frase que había recitado ante Guy Clinch. «Hay otra cosa que quiero confesarte: soy virgen.» *Virgen. Menuda* virgen. Nicola nunca había pronunciado antes aquellas palabras, ni siquiera cuando tuvo la ocasión: veinte años atrás, en aquel pequeño lapso entre descubrir lo que ello significaba y dejar de serlo. No lo había dicho cuando era verdad. (¡Ni pensarlo! De todos modos, ¿le habría importado algo a aquel corso borracho que vivía en el cuarto de calderas, empapelado con páginas de revista, de un hotel

de Aix-en-Provence?) «Soy virgen.» Todas las cosas tienen su primera vez.

Lo gracioso era… la verdadera broma consistía en que… había estado a punto —había estado en *un tris*— de echar a perder su gran frase. Había estado a punto de decir algo que habría echado a perder toda su actuación. Ciertamente, la formación artística era un buen apoyo para la vida real: pero si tienes talento dramático innato, *no* vayas a la Escuela de Interpretación. Porque las asociaciones del momento, las lágrimas, la indignación, la situación extrema, habían apuntado otra frase, otra mentira, una frase que ella había pronunciado casi rutinariamente durante su adolescencia y primera juventud a modo de ultimátum, en la cresta de varias olas de rabia, de varias disoluciones. Estuvo a punto de decir: «Hay otra cosa que quiero confesarte: estoy embarazada.» ¡Ufff! Esto sí que habría sido fatal. No hay camino de vuelta. «Estoy embarazada.» *Esas* palabras, por lo menos, habían concordado bastante a menudo con la verdad. No le daba vueltas a aquello, ni en su fuero interno ni en ningún otro fuero, pero reconocía el tejido lastimado de sus siete abortos.

Nicola se sonó la nariz ruidosamente y permaneció un rato tumbada con el pañuelo estrujado en la mano. Dos frentes amplios: los nublados trofeos del corazón arcaico de Guy, y Keith Talent, con su serpentina modernidad. Ella era una artista dotada de una razonable dosis de control, que sabía además todo lo que iba a ocurrir, más o menos. Pero ella nunca supo una cosa respecto de su proyecto final. Nunca supo que le iba a resultar un *trabajo* tan duro.

El taxi negro se alejó, una vez que ella le hubo dado las gracias y la propina. Repugnantemente ataviada (¿cómo *podía* vestir así?), avanzó por la siniestra oscuridad del callejón sin salida. El coche estaba esperando; entonces asomó el morro, con las luces de posición encendidas. Se abrió la puerta. *Sube*, dijo él. Ella había sido tan mala… *Tú*, siempre tú, dijo ella. Y subió.

Nicola se despertó y oyó caer la lluvia y se dispuso a dormirse otra vez, o eso intentó. La lluvia sonaba como gas industrial que se escapara de los tejados: toneladas de gas, suficientes para llenar el contenedor que miraba al parque (encorsetado y con tapa lisa, como el tambor de Dios). Vapuleando y desordenando las almohadas, se retorció y pataleó en la cama. Perseveró durante quizá una hora, mientras diez mil sensaciones la atravesaban como una maratón metropolitana. Se sentó de repente y bebió prácticamente el medio litro de agua que había contemplado pasivamente su sueño. Luego vino el ruido del trueno, ruido de bombos y ollas a presión premonitorio del nuevo solo de batería de Dios. Inclinó la cabeza. Aquella mañana, en cualquier caso, Nicola podía alegrarse ante la

perspectiva de un día entero libre.

Orinó con furia, como si intentara agujerear el duro mármol. Después de limpiarse, se subió a la báscula con el pesado camisón blanco puesto, un camisón decididamente nada sexy, que se ponía en las ocasiones en que solo buscaba comodidad, calor de hogar y comodidad. El indicador se estremeció y se asentó. Qué bárbaro. Pero el camisón era pesado, el sueño de sus ojos era pesado y su pelo (retorció como un bigote uno de sus bucles) era pesado y olía a cigarrillos: a tabaco, no a humo. Profiriendo un gruñido silencioso, se lavó los dientes para saborear el dentífrico, y escupió.

De nuevo en la habitación, descorrió las cortinas y subió la persiana. Abrió la ventana al aire húmedo: ocho centímetros, una distancia que correspondía en su mente a una muesca solamente del termostato del pasillo. Normalmente, en un día de trabajo, ella habría aireado la cama, pero pensaba volver a ella muy pronto. Las diez, y fuera estaba oscuro. Sobre aquella oscuridad de fondo, la lluvia podía adoptar el resplandor de la plata o el mercurio. Pero aquel día no. Hasta la propia lluvia era oscura. La escuchó otra vez. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué podía decir la lluvia sino lluvia, lluvia, lluvia?

Con irritación ritual, dejó correr un grifo para su té matinal. El agua del grifo, ya lo sabía, había pasado por lo menos dos veces por cada abuelita de Londres. Antes compraba agua embotellada francesa, más cara que la gasolina, hasta que se descubrió que el Eau des Deux Monts había pasado por lo menos dos veces por cada abuelita de Lyon. Había que dejar correr el grifo al menos diez minutos para que el agua dejara de saber a salsa de soja tibia. Cuánto tiempo de su vida desperdiciaba la gente esperando que saliera agua caliente por el grifo del agua caliente, agua fría por el grifo del agua fría, de pie como una estatua y con un dedo inmerso en la columna descendente… Luego encendió el televisor: el canal de noticias sin sonido, como una pantalla de télex. Repasó con ojos pesimistas el parte meteorológico internacional: MADRID 12 LLUVIA. MAGNITOGORSK 9 LLUVIA. MAHABAD 14 LLUVIA. MANAGUA 12 LLUVIA. La LLUVIA de la columna de la derecha formaba un pilar de gotas de llovizna. No cabía duda: estaba lloviendo en todo el mundo. La biosfera estaba *lloviendo*.

Mientras el grifo seguía chorreando en la pila, Nicola se puso el batín y bajó volando la escalera para recoger el correo. Los hombres que vivían debajo de ella… Los hombres que vivían debajo de Nicola mostraban menos afición hacia ella conforme se iban acercando a su ático. Reverenciada en silencio por el hombre del sótano, abiertamente aclamada y deseada al nivel de la calle, Nicola era aprobada cordialmente por el hombre del primer piso, el cual tendía a despreciar el recelo del hombre del segundo, quien sin embargo compartía la firme hostilidad del hombre del tercero. Al hombre del

cuarto piso no le gustaba ni pizca. A decir verdad, en casi todos los sentidos le estaba arruinando la vida. No le dejaba dormir por la noche con su constante trajín; los días se los envenenaba con su música, sus frenéticos cambios de escenario, sus vídeos de vampiros y de matones; tenía el balcón hecho una porquería a causa de los cacharros y desperdicios que caían de sus ventanas; tres de sus paredes interiores hedían a humedad a causa de los escapes de sus tuberías, de los baños rebosantes de Nicola…

De nuevo en la cama, apoyada en un baluarte de almohadas, con su bandeja de té y su correo… Había habido un tiempo, cinco años atrás, tres años atrás, en que su correspondencia pesaba por lo menos tres kilos, olía a agua de colonia y era variada: elegantes y serviles elogios, poemas, invitaciones, y un montón de billetes de avión gratis. ¿Ahora? Escritura catódica de listados postales informatizados. «Richard Pinkley ha ultimado los preparativos de su Muestra de Otoño y se complace en invitarla a la gala de la inauguración.» «Me importa un *pito*», dijo Nicola. «¡Ha sido usted la afortunada! Su nombre ha sido seleccionado para ganar unas vacaciones con Vista International: ¡una oportunidad única en su vida!» «Me importa un *pito*», dijo Nicola. «Conocedores de que el contrato de arrendamiento de su vivienda expira en breve, nos complacería poder ayudarla a realojarse con todos los medios a nuestra disposición.» «Me importa un *pito*», dijo Nicola. Su contrato de arrendamiento expiraba el 31 de diciembre. Un contrato a corto plazo. Nada de historias milenarias: novecientos noventa y nueve años. Treinta meses solamente era lo que ella había querido. El contrato estaba próximo a expirar; y también su dinero.

Y ahora, la toilette de verdad —había que empezar por la toilette —. La toilette: la palabra idónea. Interesante palabra, esta de toilette. «Toilette.» *Toilette*. «Arreglarse el pelo… (*hacerse la toilette)*…; tocador o mueble que se emplea para el aseo y atavío de una persona. (Med.) Limpieza y cura de una herida. Recepción de visitas por una dama durante las últimas fases de su toilette; muy de moda en el siglo XVIII… Preparación para la ejecución (del francés, *toilette).*» Toilette era la palabra idónea. Nicola había conocido a chicas que iban a la toilette como si tal cosa: era algo que hacían de relleno entre dos actividades importantes. Pero ella no era así. Nicola era del género duro. Reconocía, con pesar (pero ¿qué se le iba a hacer?), que era hombruna cuando iba a la toilette. No hasta extremos ridículos: no necesitaba un paquete de cigarrillos, ni *Guerra y paz* ni una banda de música para distraerse; no necesitaba detener el tráfico de antemano ni despejar la calle con un megáfono. Con todo, la blancura de la taza se ensuciaba con dificultad, onerosamente. Se arremangó el camisón nada sexy y se sentó allí haciendo muecas incomprensibles. Ciertamente, aquello no debería sucederle a una heroína —o solo a

puerta cerrada—. Pero la recepción de visitas por una dama durante las fases iniciales de su toilette había estado muy de moda en el siglo XX. Y el siglo XX estaba ahora tocando a su fin.

Desnuda, se pesó una segunda vez, mientras la bañera tronaba, mientras baboseaba y murmuraba. Luego, tras una brusca media vuelta, el espejo de cuerpo entero… ¡Sí! Bien, todavía bien, todo muy, muy bien. Pero el tiempo se estaba preparando para manosearlo, para apoderarse de él; el tiempo estaba secando aquel vientre con el calor de su aliento. Miró los frascos y tarros que había en el borde de la bañera: leches limpiadoras, acondicionadoras, cremas hidratantes. Miró los esmaltes de uñas, el secador del pelo, las luces del tocador —las horas del espejo, ¡la guerra del espejo!—. Nadie mínimamente serio podía imaginar que una persona estuviera constantemente interesada por *aquella* porquería.

Algo sobre la indomabilidad del espíritu humano (y de la muerte sentida con toda su fuerza creadora): Nicola volvió a la batalla al día siguiente, afanándose bajo la bóveda claveteada de su paraguas negro. Aire fresco, o bastante fresco, de todos modos, relativamente libre y campestre: aire exterior, y no aire interior, no simple gas personal. En épocas pasadas de cotidiana laxitud, Nicola había sido capaz de pasarse una semana y media preguntándose si llevar una carta al correo o devolver un libro prestado o pintarse las uñas de los pies. Pero en aquellos días (en aquellos últimos días), su necesidad de actividad era claramente desesperada. Osciló en la lluvia mientras volvía a experimentar el agotador debilitamiento del día anterior, toda su suave delicuescencia. Allí, sentada junto a la estantería, intentando leer, sumida en el creciente pánico que la conciencia de sí misma le provocó. ¿Por qué? Porque leer presuponía un futuro. Tenía que ver con el fortalecimiento. Porque la lectura iba en la otra dirección. Lanzó el libro por los aires: todas sus enaguas al viento. ¡*Mujeres enamoradas*! Quería una copa, una píldora, una droga (quería una Groenlandia de heroína); pero no la quería. Quería esa concentrada, absorta e indivisa atención masculina conocida como relación sexual (imaginen la nube atómica como un falo invertido, y las ancas de Nicola como el punto cero); pero no la quería. Antaño, el teléfono la habría llevado a estados de alteración. Pero ahora los anillos del cable telefónico no conducían a ninguna parte. Lo único que se podía hacer era pasar de habitación en habitación en habitación… Por eso estaba bien salir y ocuparse de algo realmente útil.

La lluvia convertía en hongos a la gente de la calle. La gente despedía olor a hongo también (tenía una blandura mojada), concluyó Nicola mientras veía a aquellas almas húmedas converger en la boca del metro: tallos sin rostro, con impermeable, bajo las flores negras de

sus paraguas. Pero el cinematógrafo personal de Nicola (la causa, tal vez, de todas sus cuitas) aún se afanaba en su trabajo, y la iluminó como a una casulla. Hacía calor, y la lluvia era caliente; pero Nicola estaba fría. Llevaba un vestido sencillo de hilo plateado. La lluvia lo estropearía: el chapoteo de los pies y las salpicaduras de los coches lo estropearían sin lugar a dudas (sus zapatos ya se habían estropeado). Pero no le importaba. Porque estaba matando sus prendas de vestir, una a una. En el ambiente húmedo y rancio del tren (en taxi le habría costado toda la mañana), Nicola tuvo una sensación de sordera, producida por los somníferos que al final había tomado la noche anterior. Y también temió una palidez incriminadora. El ayer se había convertido en una epopeya de excitación sin placer —y enteramente solitaria—: el terrible y torpe *cafard* del adolescente. Y, sin embargo, la adolescencia (lo formuló para sí misma), a pesar de lo terrible y apática y desgarbada y lenta de hormonas que era, tenía siempre la perspectiva del amor. Nicola no tenía la perspectiva del amor. El amor, eso que hace que este rincón del universo sea distinto de los demás rincones del universo. O que lo intenta. En efecto, las contorsiones y los regateos de Nicola, y las compulsivas caricias a su persona, se veían más ensombrecidos todavía por el pensamiento de que en ningún rincón de la tierra estaba sucediendo nada significativamente mejor: ningún acto de amor que no fuera desesperado, mediado, observado con desprecio. Ella estaba equivocada al respecto, equivocada también acerca de su propio aspecto, si bien en el bruñido español de su cara había tal vez un ligero tinte de escarcha, la escarcha del humo o de la nube o de la leche. Nicola miró entonces fijamente a un colegial, hasta que este le dejó el asiento, como un sonámbulo. Se sentó con orgullo y miró hacia delante.

Una hora y media entre el polvo cálido y la microfotografía del Registro Civil, en Marylebone High Street, le proporcionaron todo lo que necesitaba saber acerca de Walter Clinch. Sabía que estarían allí los datos, y por supuesto allí estaban, en superabundancia. Y de allí a la cercana Wallace Collection, donde hizo una compra de veinte peniques: una sola postal. En la parte delantera, una armadura oscura, el alma enlatada de un guerrero robot muerto siglos atrás. En la parte trasera, esto:

> Querido Guy: ¿Por qué vengo aquí? Esto es solo para decirte que me encuentro bien. No importa, porque estoy ya tan acostumbrada a esta devastadora soledad… No me hallo desocupada. Y siempre puedo sentarme a contemplar la lluvia…, y a los pobres pájaros que cada vez están más enfermos. ¡Nada de lágrimas!

Por favor, no contestes.

Había escrito estas letras en un estado de simulada autocompasión e indignación; pero al leerlas ahora, Nicola casi resplandecía. En el mismo país en que crecían los árboles que producían el papel para escribir cartas de amor, el suelo se estaba muriendo, neutralizado por los productos químicos, sobreexplotado, reducido a polvo. Nicola tenía esta idea sobre la muerte del amor…

Muerte que empezaba con el planeta y su fantástico *coup de vieux*. Imaginen el tiempo de duración de la tierra como un brazo extendido: un simple pase de lima por la uña del dedo corazón borra la historia humana. No llevamos mucho tiempo por aquí. Y sin embargo hemos encanecido el pelo de la tierra. Parecía poseer una eterna juventud, pero ahora está envejeciendo a un ritmo acelerado, como un adicto, como una vela sin cera. *Dios mío, ¿la han visto últimamente*? Antes vivíamos y moríamos sin ninguna conciencia del envejecimiento del planeta, del envejecimiento de la madre tierra, de su vida y muerte. Antes vivíamos fuera de la historia. Pero ahora todos somos coterminales. Ahora estamos bien metidos en la historia, en su borde de ataque, y el viento ensordece nuestros oídos. Es difícil amar, cuando estás preparándote para el impacto. Y tal vez el amor tampoco lo puede soportar y huye de todos los planetas cuando alcanzan este estado, cuando llegan al final de sus respectivos siglos XX.

Nicola encontró una silla e introdujo la postal en el recio sobre que había llevado consigo para ella. Puso las señas de la oficina de Guy (e imaginó su rostro reflejado en una pantalla de ordenador, tachonado de cifras verdes). En su masculina cartera los dedos de Nicola encontraron por fin un último sello arrugado. Mientras lo mojaba con la lengua, se formó delante de ella, en su mente, una cola que avanzaba hacia la sombra con turbante apostada tras la ventanilla de aquella estafeta de Correos. Y entonces asintió con la cabeza, al darse cuenta de que aquella carta era la última que enviaría jamás, y aquel sello, el último que mojaría con la lengua jamás. Bien, bien. Las colas para comprar sellos (en realidad, cualquier clase de colas) sacaban de quicio a Nicola para el resto del día. Los comprabas a miles, y luego, a la semana siguiente, subía otra vez el precio del franqueo. Se acabó todo esto. Bien: otro de los deberes de la vida, otra de las porquerías de la vida, cumplida por última vez.

Con la promesa de un poco de dinero extra por lo peligroso del trayecto, Nicola consiguió un taxi negro y se encaminó directamente hacia Westway para llegar puntual a su cita para almorzar.

—Una vez me acosté —dijo Nicola experimentalmente— con el sha

de Irán.

Hizo una pausa. Keith parpadeó y asintió. Ella le dio tiempo para ordenar las fechas: Nicola tendría catorce años cuando murió el sha. Pero, por supuesto, Keith no logró establecer el cálculo.

—Yo tenía veintiún años entonces. El sha de Irán, Keith.

—El de la toalla en la cabeza —dijo Keith con firmeza. Nicola lo miró con la cabeza inclinada—. Pero si son religiosos —precisó.

—No, *no*. Esto fue antes de la revolución. El sha… el sha era el rey, Keith. Un rey extremadamente derrochador; por cierto, Keith, ¿nunca has oído hablar del Trono del Pavo Real? En fin, lo cierto es que ese Pavo registraba todo el planeta en busca de las chicas más distinguidas y más calientes, y pagaba sumas astronómicas de dinero para acostarse con ellas. Fue toda una experiencia.

Se acercó el camarero vestido de oscuro frotándose las manos:

—¿Está todo bien, señor? —dijo.

—Eh —musitó Keith—, oye, Akhbar, haz el favor de dejarnos un poco en paz, ¡joder!

Cuando Nicola llegó, Keith la estaba esperando, impasiblemente instalado junto a la chimenea del oscuro restaurante. Ante el ofrecimiento de ir a almorzar a donde él quisiera, Keith había optado sin dudarlo por La Retirada de Kabul, local que le había descrito, a fin de animarla un poco, como un restaurante que ofrecía sabor oriental a un precio competitivo. «Afgano, vaya», había añadido. «Y ya sabes, nada mejor que un buen curry. Imposible.»

El asesino permaneció sentado cuando ella entró en el restaurante. Nicola se preguntó si era la luz, o el bocadillo que se estaba comiendo, o alguna dolencia proletaria corriente que le estaría aquejando; lo cierto es que la cara de Keith estaba completamente amarilla. La tonalidad amarilla que se ve en un ojo morado en fase de curación.

—No seas tímida, querida —dijo, abriendo una mano tensa en dirección de la silla opuesta. Tenía una jarra de lager y un cigarrillo encendido y su periódico y un sándwich de poppadam y encurtidos a medio terminar—. ¡Akhbar! La carta para mi…, eh, para mi…, eh… Dale una carta, y a mí no me traigas carne. ¿Qué me pones? Tres huevos duros y mételes mi salsa especial. No hay germen vivo que lo aguante. No te preocupes.

Nicola devolvió la carta sin abrirla y pidió su primer gin-tonic, alegando una dieta. Durante diez minutos aproximadamente Keith se dedicó a ridiculizar las dietas, sosteniendo que había que estar fuertes y que los hombres las preferían gordas. Entonces llegó su comida. Tres camareros adicionales y dos cocineros con delantal lo observaban de pie, murmurando con impaciencia entre ellos. El murmulló cesó en el instante mismo en que Keith se llevó a la boca la primera cucharada

de salsa picante; entonces se oyó a través de la ventanilla una explosión de risa adolescente —por parte de los pinches de la infernal cocina—. Keith masticó, dejó de masticar, luego masticó de nuevo, inquisitivamente, como un mocoso que estuviera probando una onza de chocolate duro. Cerró los ojos y agitó la mano para darse aire. Cuando, por fin, empezó a hablar, salía tanto humo de su boca que Nicola pensó que había encendido otro cigarrillo sin que lo viera. Keith dijo a Akhbar que lo corrigiera si se equivocaba, pero ¿no le había pedido la salsa picante?

—Me encontraba desayunando sola en el Pierre de Nueva York —reanudó más tarde Nicola su relato—, como era mi costumbre en aquella época. En esto que se me acercan dos hombres. Eran de piel oscura y frente estrecha, pero muy educados, y vestían ropa carísima. Me saludan y sacan un sobre. Un cheque por 50.000 dólares y un billete de avión de primera clase, ida y vuelta, a Teherán. Una noche con el Pavo Real. Después me enteré de que el sha tenía numerosos equipos de esta clase en todas las grandes capitales, que reclutaban starlets macizas de Los Ángeles, las rubias más blancas de Estocolmo y Copenhague, las aprendizas de geisha más dotadas de Tokio y Osaka, y esas histéricas que pululan por la playa de Copacabana, en Río de Janeiro. ¡Qué idea, Keith! Todo el mundo era su burdel. Eso sí que es imperialismo. Quiero decir, una no puede por menos de preguntarse: ¿cómo *se atrevía*?

En este punto, Keith extendió un índice para disentir. Estaba claro que sus simpatías se hallaban del lado del sha. Permanecía inclinado sobre la comida, con la cuchara suspendida en el aire mientras terminaba un largo bocado. Ahora le salió también humo por la nariz al afirmar:

—Bueno, pero tratándose de él… No se puede decir que eso esté mal en un rey con toalla en la cabeza. Un privilegio antiguo, digo yo. Un derecho que le viene de muy antiguo. Desde tiempos inmemoriales.

—¿Desde tiempos inmemoriales? ¿Tiempos inmemoriales? No, *Keith* —saltó ella con urgencia apaciguadora—. El padre del sha era un simple cabo del ejército antes de dar el *golpe*. Escoria pura, Keith. El Pavo Real había nacido pobre. ¿Comprendes lo que quiero decir? Todo fue cuestión de voluntad y de suerte. Cualquiera puede llegar a eso. Tú mismo podrías llegar a eso.

Keith miró despacio hacia abajo y hacia la derecha, frunciendo las cejas. Nicola leyó en sus labios sus pensamientos. Tele. Túnicas. Mucho calor fuera. Yul Brynner. Keith en medio de lujos similares. El sha de Acton. Keith de Irán. Keith saboreó una nueva cucharada. Ahora le salió humo por las orejas.

—En fin, que dije que sí, naturalmente. Cincuenta mil dólares era

muchísimo dinero en aquellos tiempos, y además estaba intrigada. Y libre de compromisos. ¿Recuerdas aquellos anuncios para la tele de gafas de sol que te enseñé?

—¿Cómo no los voy a…?

—Ese era el aspecto que tenía yo entonces. Los alcahuetes del cuerpo diplomático me hicieron un par de regalos estupendos, joyas, Keith, y les dije que esperaría sus instrucciones. Durante bastante tiempo no sucedió nada. Pero luego vino la llamada telefónica, la limusina, más presentes, el aeropuerto Kennedy.

—¿Nueva York? Adoro ese lugar. Lo adoro. —Él siguió masticando. ¿Era la imaginación de Nicola o a Keith le estaba saliendo humo por los *ojos*?

—Me esperaban en el otro extremo para conducirme enseguida a un paraje situado no recuerdo bien en qué parte del sur. Primero, un examen médico. Luego, una semana entera de baños de sol: si ya eras morena, el sha te quería más morena aún. Las rubias escandinavas y las chicas blancas las guardaban, imagino yo, en un armario debajo de las escaleras. Además varias horas de masajes cada día, y entrenamiento con los fisioterapeutas calenturientos del sha. Ejercicios destinados a poner a punto tu capacidad de contoneo, de meneo y de folleteo. La gente no se gasta el dinero en balde, ¿verdad, Keith?

—Y que lo digas —asintió Keith muy serio. Había dejado de comer. Una oscura agitación empezó a dibujarse en su abultada ceja.

—Me dijeron que iba a tener lugar en el Palacio de Verano de Qom. Pero surgió un imprevisto. Y me condujeron a Teherán. La emperatriz estaba en algún lugar del extranjero, comprando frenéticamente. Seguro que te imaginas la escena, Keith: los saludos, los presentes, el champán prebélico, la cena apasionada en la terraza umbrosa. Había una especie de manifestación fuera, en la plaza, que pronto se convirtió en un hervidero de disturbios. Y allí estábamos nosotros, con nuestra cháchara y los sirvientes… Me acompañaron. Unas doncellas cantarinas me prepararon. Luego entró una madame francesa de mediana edad, con tetas muy grandes y ojos de caballito de balancín, y con todo el cuerpo prácticamente cubierto de brazaletes, collares y aros, y se pasó unos tres cuartos de hora enumerándome todas las delicias que esperaba el sha de mí. Y luego, Keith, las abluciones finales, los perfumes, los untos y demás potingues. Dos rayas de la más selecta cocaína. Y la ropa interior más milagrosa. Las bragas debían de valer, según mis cálculos, veinte veces su peso en oro.

Keith encendió un cigarrillo. Sus dedos vacilaban como la llama. Le dirigió a Nicola una mirada ilegible. La mayoría de las veces, era fácil leer en los labios de Keith, y en su frente. Pero no en aquel momento.

—En realidad, no pesaban *nada*. A mí me interesa bastante la ropa interior, como tú descubrirás muy pronto con agrado, Keith; pero nunca me había topado antes en mi vida con algo semejante a aquellas bragas. Gusanos de seda de élite, a buen seguro, especialmente alimentados y entrenados. Gusanos de seda para bragas extrafinas. No sabes qué impresión sentí al ponérmelas y ajustármelas bien, tal y como se me había indicado. Eran como insustanciales pero palpables, como la humedad.

Una pequeña pausa, y él asintió con la cabeza para que prosiguiera.

—Cuando el sha me quitó por fin aquella voluta arrugada, la lanzó alegremente hacia el techo abovedado. Las bragas se quedaron flotando, Keith, en los vapores del aire templado, y empezaron a caer, como una hoja de otoño. Cuando el sha acabó, todavía seguían cayendo. Y Su Excelencia se tomó su tiempo. Yo no pude dormir a causa del fuego de metralleta. Hacia las doce del día siguiente, apareció otro alcahuete y me condujo en coche al aeropuerto.

—Lo vol… —Keith carraspeó—. ¿Lo volviste a ver? —preguntó.

—¿Al alcahuete del cuerpo diplomático?

—¡Ja! No, al… a Su Excelencia.

—El sha nunca dormía dos veces con la misma puta. Y yo creo que debí de ser una de sus últimas canas al aire. Seis semanas más tarde estalló la revolución. Y el sha murió un año después. Pero pasó a hacerme una visita rápida a la mañana siguiente y me folló sin miramientos antes de acudir a una reunión con sus consejeros americanos y con sus jefes de Estado Mayor. Yo le rogué que me diera aquellas bragas, se lo *supliqué*, Keith; pero ya habían sido recogidas, lavadas minuciosamente y secadas a presión para la próxima… ¿Te encuentras bien, Keith?

—¿Nicola?

Nicola sintió una ligera conmoción al oír el sonido de las tres sílabas. Se trataba del estilo elevado de Keith.

—Nick, estoy desesperado. —Cerró con fuerza un puño debajo de su nariz—. Estoy metido en un lío de cojones. Tengo que tenerlo *ya*. Ahora mismo. No pronto. No la semana que viene. —En este punto, de manera aún más sorprendente, estiró un amarillento dedo corazón—. De lo contrario, me despido de este. ¿Lo comprendes? Tengo que tenerlo *ya*.

—¿Tener qué?

—¡El dinero!

—¡Ah, caramba!

Keith se echó hacia atrás e inhaló imponentemente aire por la nariz. Nicola se percató de que el amarillo de su cara no era el color

de la necesidad ni de la fiebre; era el color del miedo, con los poros bien abiertos, como un pomelo.

—No te imaginas la cantidad de bilis que me estoy tragando. De acuerdo, llámame gilipollas: pedí prestado dinero dos veces en la calle. Mis planes no tuvieron el éxito esperado. Si no pago, el viernes que viene me dan una paliza los muy cabrones y me rompen el dedo de lanzar, y será el final. —De nuevo levantó el amarillento dedo para admirarlo y remirarlo—. Ya ves lo mezquinos que son. Como comprenderás, no me queda prácticamente tiempo. Si eso ocurre, estoy *acabado*. Seré historia. Un maldito dinosaurio.

—De acuerdo. Veré a Guy mañana. Dile esto. Llámame cuando se lo hayas dicho.

Con una auténtica representación por delante —aunque se tratara de una sesión matinal o de un ensayo general—, Nicola, la actriz del amor, se sintió mejor, se sintió mucho mejor: sintió que valía el doble. ¿Ves lo endeble, lo pobre que resultaría todo sin Guy? A la mañana siguiente, con la cara adusta e inmóvil en medio del calor apenas soportable del cuarto de baño, con una pierna humeante colgando por el borde de la bañera, Nicola se entregó al disciplinado juego del pensamiento. El cuento de Alí Babá y las bragas mágicas no había sido acogido todo lo bien, o todo lo ilustrativamente, que ella habría deseado. Y tampoco se había divertido mucho contándolo (plan A: divertirse contando una historia; plan B: no divertirse mucho contándola), bajo la mirada airada de rancia inescrutabilidad de Keith, con sus anchos ojos entrecerrados, como si hubiera estado intentando identificar algo —el número de un autobús aproximándose lentamente bajo la lluvia, un resultado de las carreras en la última página del vespertino—. ¿Se había quedado igual? ¿Acaso era Keith insensible a las nociones de putonismo entusiasta, lujo a mansalva, sexo de tirano y lencería capaz de retar a la gravedad? Habría venido a cuento un lamento shakespeariano (el mundo estaba desquiciado) si a Keith no le gustaba la lencería, la lencería de valor incalculable, la lencería que valía más que toda su tribu. Tal vez (y aquí fluctuó el flequillo de Nicola cuando sopló hacia arriba para refrescarse el entrecejo), a Keith solo le gustaba la lencería *barata*. Una cosa era cierta, de cualquier modo: se había creído su historia. Había prestado crédito total a su Noche Oriental. Era imposible hacer una taxonomía fiable de la mente de Keith, de su alma, de su corazón retráctil… No había en él nada analizable, nada escudriñable. Su libido parecía nutrirse de periódicos y de hechos. Esta su condición contemporánea era fácilmente reconocible, aunque imperfectamente comprensible. Hay que decir que a Nicola le gustaba la idea de tratar de llegar al fondo de esta condición. Modernidad sintética (de fabricación humana), modulada por algo antiguo e innoble y rastrero. Como los dardos: un

brontosaurio con el cerebro de una pulga. Razón de más, entonces, para borrar de su cara el miedo por el dinero, para ver qué había en él (sus sueños y sus temores, las gráficas y la película de sus erecciones nocturnas) y descubrir el móvil que lo podía empujar a asesinar.

Con tan solo una camiseta encima y sentada sobre una toalla, en la cocina, con el periódico extendido, el pote y la cuchara de madera, Nicola se estaba depilando las piernas por penúltima vez; despegaba las secciones de cera caliente, como parches elásticos industriales, de sus resentidas pantorrillas; cantaba mientras trabajaba… Nicola no lo sabía (aunque el saberlo no habría cambiado mucho las cosas), pero estaba emergiendo de esa especie de calma en medio de un proyecto por la que pasan todos los artistas, en la soledad sin viento que media entre el inicio y el final. La cosa ya está en marcha, y sabes que puedes llegar hasta el fondo. Es más o menos lo que querías (o aquello con lo que presentías que ibas a terminar); pero empiezas a desear que tus poderes, que tu talento, te hubieran conducido un poco más lejos o un poco más arriba. ¿Cómo mantener aquel esprint, aquel movimiento de caderas acompasado mientras Juan Calzasnegras trepa por el tallo de habichuelas por centésima vez? Las pasadas que les iba a jugar a Keith y a Guy eran *buenas* pasadas; pero eran rastreras, crueles e irremisiblemente sucias. ¡Ah, si pudiera hacerlo bien sentada, completamente vestida (mejor aún, elegantemente trajeada), pulsando botones asépticamente y sin que se le moviera un cabello…! Pero no iba a suceder así. Tendría que acalorarse y sudar como un pollo, arremangarse las mangas y la falda, y pasar un montón de tiempo tirada allí, en el suelo de la cocina.

Nicola Six era una artista polifacética, y nada más; una artista invitada dirigida por una pauta espaciotemporal, y ahí estaba el quid de la cuestión. Estaba escrito.

Keith llamó a las tres.

—Sí, dígame —dijo—. Bien… ¿Qué le dijiste exactamente? ¿Y cómo lo digirió…? No, no. Eso es lo que me esperaba. Así son las reglas, Keith. Con un poco de suerte llegaremos a tiempo.

Nicola escuchó, o al menos siguió allí con el teléfono pegado al oído, mientras Keith se extendía, con su manera de hablar entrecortada y vivaz, sobre su inminente encuentro dardístico: los cuartos de final del Duoshare Sparrow Masters. Keith había seguido las instrucciones recibidas, y le dijo a Guy lo que Nicola le había dicho que le dijera. Lo que significaba que Guy llegaría muy pronto, dentro de un cuarto de hora, veinte minutos a más tardar. Ya estaba oyendo en su mente el *pip* del portero automático, su tenue ¡hola!, sus colosales zancadas subiendo la escalera. Pero en aquel momento obedeció un impulso incubado desde hacía mucho tiempo y preguntó a Keith:

—Dime una cosa, Keith… ¿Qué ocurrirá si ganas este juego…? De acuerdo, esta «partida»… ¿Y qué ocurrirá si ganas también la semifinal?

Keith habló con resolución de la final: el lugar, la organización, el premio, la cobertura televisiva, la oportunidad de enfrentarse al número uno, Kim Twemlow (también ante las cámaras), la risueña promesa de una carrera profesional en los dardos, con su estilo de vida por todo lo alto, y la posibilidad real de representar un día a su país llevando una camiseta con los colores nacionales.

—Espera —repuso ella—. La final… ¿Hay ya una fecha fija…? ¿Cuándo será?

Al decirle él la fecha, ella soltó un ligero grito y bajó la cabeza, y sintió dentro de sí una corriente caliente de venganza, un movimiento y una punzada, algo parecido a mear en el agua fría del mar. Por un momento temió el inoportuno comienzo de su penúltima regla. Pero faltaban cinco días todavía; y en esto, al contrario que en todo lo demás, Nicola era tan regular como el propio tiempo. Después de todo, las mujeres son relojes. Son cronómetros, guardianas del tiempo.

—Oye —dijo ella—, ahora tengo que dejarte. Ocurra lo que ocurra, tú vas a llegar a la final, Keith, no te preocupes. Lo sé. Lo presiento. Con mi respaldo. Vas a llegar a la final. Vas a superar todos los obstáculos. Llámame esta noche. Tengo que arreglarme.

A decir verdad, ya estaba perfectamente arreglada. Con su vestido de cachemira negro multiuso, partido en dos por una docena de botones negros, Nicola estaba arreglada para cualquier cosa. Solo necesitaba un último accesorio. Se sentó ante el espejo rodeado de luces y alcanzó el frasco de glicerina y su pequeño émbolo. La glicerina, una sustancia ciento por ciento moderna: un líquido viscoso formado mediante la conversión química de grasas y empleado como ungüento, lubricante sexual y componente de medicamentos y explosivos de gran potencia. Empleada también para fingir lágrimas por los actores y las actrices. Ahí fue donde encontró Nicola este frasco de lágrimas: en su baúl de trucos, el baúl de trucos de la actriz.

Cuando la primera lágrima de cocodrilo empezó a empañarle la visión, la mirada de Nicola se perdió en sus contornos rayados y ondulados…, y vio cocodrilos. Vio los reptiles que anidaban en el cerebro de Keith Talent: las iguanas y anacondas, las amodorradas salamanquesas lánguidas, presididas quizá por un basilisco heráldico, por un basilisco reptante… Todos los reptiles esperaban y esperaban. Y si los reptiles esperan cuando hay comida alrededor, es que aguardan a que la comida se torne más débil, más muerta, más podrida. No era una jungla, ni una ciénaga (pues se trataba de un cerebro moderno): era un zoo de capital de provincia, una reserva animal con escaso presupuesto, un parque para safaris

automovilísticos medio abandonado. Profunda, increíblemente estúpidos, los bichos no son por ello menos conscientes de que están siendo observados. La cara de Keith apareció ante ella: la pusilánime salacidad de su sonrisa de caimán. No sería ella quien retozara y se timara con Keith, ni quien se revolcara con él en el fango. Sería Enola, Enola Gay. En el parque medio abandonado, a sangre fría, los luciones y las salamandras se estremecieron levemente: un encogimiento de cieno. Luego, silencio. Vigilia reptil…

La cabeza de Nicola se echó hacia atrás ante el amedrentado *pip* del portero automático. Se acercó a escuchar el tenue ¡hola! de Guy. Por supuesto, de pequeña le encantaban los dinosaurios. Se sabía de memoria todos sus nombres, y le gustaba repasarlos mentalmente. Dinosaurio: reptil terrible. Brontosaurio: lagarto del trueno. (Ahora lo oía escalar los peldaños con poderosas zancadas.) Una sociedad planetaria construida a base de huesos. ¿Ocurriría lo mismo cuando hubieran desaparecido los seres humanos? ¿Seríamos exhumados todos nosotros (el *estafador*, la pista falsa, la víctima)? ¿Seríamos reconstruidos y recordados por la rata, los escarabajos, los virus triunfantes?

Tomó posición en lo alto de la escalera.

Ankylosaurus. Coelophysis. Compsognathus.

Lagarto ganchudo. Caviforme. Fauces bonitas.

Ornitholestes. Maiasaura. Ovirraptor.

Robapájaros. Guardaniños. Robahuevos.

He estado recapacitando de nuevo sobre los diarios de Nicola, sobre lo que se dice a propósito de «MA». ¡Dios mío, cómo lo hicieron esos dos…! Desaforadamente. Como gatos de Kilkenny.

¿Nicola y MA? ¿Nicola y Mark Asprey? Tengo que saberlo.

Así que yo también he preparado una trampa para Nicola Six. Muy sencillo: le pedí que viniera.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó por teléfono.

Se la dije: ningún comentario audible.

—Ya sabes, cerca de donde arrojaste tus diarios.

Se sincerará. O lo adivinaré por la expresión de su cara.

—Es horrible —dijo Encarnación en la cocina esta mañana, mientras se quitaba el impermeable y descorría la cremallera que le sujeta la capucha que lleva en la cabeza, y mientras emergía de sus chanclos chapoteando y gesticulando en dirección a la ventana y a la lluvia horrible: «¡La lluvia horrible!» Naturalmente, tiene razón. La lluvia es horrible. Nada que objetar si nos halláramos en una jungla o algún lugar parecido, y estuviera lloviendo así; pero en una ciudad del norte, suspendida bajo nubes sucias… Es tan desesperante intentar lavar algo sucio en agua sucia…—. Es horrible, ¿sabe? —prosiguió Encarnación, mientras hacía los preparativos necesarios para su primer té—. Le deja a una la moral por los suelos. Cuando luce el sol, se siente una feliz. Se siente una bien. Alegre, ¿sabe? Llena de energía y de marcha. Pero cuando llueve de este modo, lluvia, lluvia, lluvia. Cuando llueve de este modo, una se siente desgraciada, ¿sabe? Una se siente deprimida. ¿Te despiertas? Lluvia. ¿Sales a la calle? Lluvia. ¿De noche? Lluvia. Lluvia, lluvia, lluvia. ¿Cómo vas a estar alegre y sentirte bien y feliz y contenta con toda esta lluvia? ¿Cómo? ¡Lluvia! Lluvia, lluvia, nada más que lluvia.

Diez minutos de esto, y cogí el sombrero y el abrigo y salí a pasear bajo la lluvia. Pasear bajo la lluvia no es mucho mejor que oír hablar de la lluvia a Encarnación, pero sí un poquito mejor. Las esquinas de la calle están saturadas, abotargadas de agua. Todas tienen esos neumáticos de repuesto de lluvia. Esos intestinos de agua.

Por fin. Día feliz.

La llamada de Missy Harter. A primeras horas de la tarde, bajo otro diluvio.

Primero, no obstante, tengo que someterme a la criba no de Janit,

la secretaria de Missy, ni tampoco de Barbro, la secretaria de Janit, sino de un individuo con unas maneras de hablar cuando menos exasperantes y cuyo nombre, si es que tiene alguno, no me revela. Incluso cuando te llaman ellos se necesita una eternidad para llegar arriba. Sospecho que aprovechan para procesarte la voz por la computadora, por si intentas contagiar telefónicamente una enfermedad a alguno de los jefes.

—Por fin, Missy. ¿Cómo estás?

—Bien. Este es el trato.

—¿El trato?

—El trato. Tengo mis dudas, aunque ha pasado por Marketing y allí piensan que funcionará.

—¡Marketing! —exclamé. (Marketing: estaba emocionado.)

—Marketing —confirmó—. Aquí está: nosotros hacemos una oferta global por los derechos del veinte por ciento.

—Explícame eso, Missy.

Missy me lo explicó. O siguió hablando. Según lo que pude colegir, yo recibía ahora algo de dinero en concepto de anticipo renegociable; esta suma se vería drásticamente reducida si yo trataba de colocar el libro en otra parte, pero ellos se reservaban el derecho a impugnar cualquier oferta por parte de un editor rival, al cual ellos demandarían inmediatamente. Si a ellos no les gustaba cómo quedaba el libro al final, y sí le gustaba a algún otro, yo les devolvía el dinero y ellos me devolvían el original, o ellos retenían el original y yo demandaba a Hornig Ultrason; y si yo aceptaba una oferta mejor de donde fuera, entonces Hornig Ultrason me demandaba a mí.

—Bueno, supongo que no está mal la cosa.

—Es lo que solemos hacer con todo el mundo —dijo—. Tendrás más noticias al respecto por parte de los abogados. Perdona, pero ando muy mal de tiempo. El motivo: tengo una reunión. Adiós, pues.

—Eh… ¿Missy? Antes de que cuelgues. ¿No me podrías decir algo sobre la…, sobre la situación internacional? Por aquí es…

—Siguiente pregunta.

Me imaginé a Missy Harter: escandalizada en un rascacielos, con un aspecto tan remilgado como su nombre. Por supuesto, la conversación estaba siendo grabada en el otro extremo. Y entonces añadió, apiadándose:

—Es grave. Pero tenemos la sensación de estar en buenas manos. Depende en buena parte de la salud de Faith. Cuarenta y cinco segundos. Siguiente pregunta.

La salud de Faith. Hablan de Faith como si la primera dama fuera la única dama. O la última dama.

—Dijiste que tenías tus dudas sobre mi…, sobre la obra. ¿Quieres

profundizar un poco en ello?

—No era lo que se esperaba. No es lo que sueles hacer… ¿De dónde lo has sacado?

—Necesito dinero, de verdad, Missy. Yo también ando mal de tiempo, ya lo sabes.

—Ya lo sé. Haré lo que pueda.

Pero el dinero no llegará a tiempo.

La coincidencia entre la final de dardos de Keith y su propio cumpleaños (o su noche de muerte prefijada) ha llenado a Nicola de nueva esperanza. Está rejuvenecida. Ah, es alentador, lo admito. Sí. Supongo que ve el futuro con optimismo.

Lo que pasa es que Keith tiene aún que llegar a la final. Y no llegará a la final de dardos sin su dedo lanzador. En casos como el suyo no te doblan el dedo lanzador hasta que se rompe. Colocan tu dedo lanzador en el quicio de la puerta, y luego la cierran de golpe. Adiós dedo lanzador. Como tampoco llegará a la final de dardos si se encuentra en la cárcel por esas fechas. Y a la cárcel es adónde irá a parar con toda seguridad Keith (hurgándose la nariz, quizá, con un dedo lanzador especulativo) si comete esa fechoría con Thelonius. Hay aún otra cosa que se interpone en su camino hacia la final de dardos. Últimamente me ronda por la cabeza el pensamiento de que Keith no es muy bueno jugando a los dardos.

Por supuesto, Thelonius me cae bastante bien.

Posee muchas excelentes cualidades: alegría, calor humano, belleza considerable. En él, las esencias humanas son ricas: la vida fluye por su cara y su cuerpo como un torrente silencioso. Thelonius se cuida bastante, con devoción, por dentro y por fuera. Dando puñetazos al aire, va corriendo de espaldas hasta el gimnasio para trabajar allí con las pesas. Practica el yoga, y pasa fines de semana enteros con la cabeza en el suelo y los pies en alto. Como parte de su planificación para lograr la perfección física, Thelonius no come más que fruta: incluso una judía verde, incluso un rábano, le engordarían demasiado. Sus dientes son tan inmaculados como los de un delfín. El tabaco y la bebida, y las comidas —las babeantes empanadas de carne— del Black Cross, andan siempre a su caza, pero sus esporas nunca consiguen abrirse paso a través de su halo purpúreo. Siempre se ha cuidado mucho. Y ahora que maneja dinero, pues bien, ningún infante imperial ha tenido jamás tan buena pinta. Naturalmente, hay que reconocer que Thelonius tiene también sus defectillos. Uno es su costumbre de infringir constantemente la ley. Otro es su mal gusto.

Un mal gusto explosivo, exponencial, una especie de antigusto: no

hay medias tintas en el mal gusto de Thelonius. Hace poco le pregunté si en sus años mozos había estado alguna vez en Estados Unidos (y si había pasado tal vez una temporada en la calle Cuarenta y dos o en Hollywood Boulevard). Cuando Thelonius era pobre parecía un atleta; y ahora que es rico (transformación esta bastante reciente) parece un chulo. El reino animal puede vivir tranquilo con el régimen de Thelonius, pero tiene motivos para inquietarse desde el punto de vista de sus gustos indumentarios. Sus chulotrajes, sus chulosombreros y sus chulozapatos son de bisonte y tortugas, de cebra y reno. Entre los artículos robados que guarda en el chulomaletero de su chulococheche se hallan más chulotrajes, envueltos en chulopolietileno. Su chulopelo puede estar, según le inspire su chulocapricho, unos días superrizado y otros días dispendiosamente relajado. Sus chulodedos están cubiertos de chuloanillos. ¡Vaya si parece un chulo Thelonius…!

Thelonius tiene otro punto flaco: una opinión exagerada de sus propias habilidades y méritos. Por ejemplo, no es un buen delincuente. Hasta el presente ha sido un delincuente con mucha suerte. Se dirige derechito a la cárcel a ciento ochenta kilómetros por hora, y se lleva a Keith con él.

De acuerdo con la lógica del dilema moral en que me hallo, en este momento desearía que Thelonius tuviera más talento delictivo del que de hecho la realidad le ha regalado. Si yo dirigiera el curso de los acontecimientos, él prosperaría impunemente… podría hacer las barrabasadas que quisiera. Podría lastimar a los débiles, podría robar y golpear y mentir y dar todos los garrotazos que quisiera, y yo dormiría mucho más tranquilo.

No sé por qué he dicho que Keith no es muy bueno jugando a los dardos. Keith *es* bueno jugando a los dardos. Los dardos van a menudo a donde él los lanza. Su genio dardístico brilla, y con fulgor. Pero no es mejor jugando a los dardos que prácticamente cualquier persona de las que se mueven por Inglaterra. Aquí existe toda una cultura alrededor de los dardos: arrojar dardos es lo que mejor hacen los británicos, en el resplandor crepuscular del imperio. Lo que sí es cierto es que Keith no es tan bueno como los lanzadores de la televisión. Los dardos van *siempre* a donde *ellos* los lanzan.

Keith no ignora, a mi juicio, su posibilidad de pinchar en el oché de esta noche. «En la partida de hoy», reconoce sin problemas, «el nivel es muy alto.» Cada vez más confía interiormente en lo que él denomina su «capacidad especial para crecerse en las grandes ocasiones». No deja de hablar rimbombantemente acerca de la colocación precisa del blanco, del respeto de la línea de tiro y de la sinceridad del dardo.

¿Y qué decir de su otra Gran Ocasión? ¿De su otra Final?

Bueno, suerte, Keith, ¡je, je! Yo sé que irá para allá y que me dará el doscientos por ciento. ¿Keith un cagao? ¿Keith Talent? Tú tienes que ser… ¿Quieres tu…? No os preocupéis, que Keith no se vendrá abajo cuando suene el gong. ¿Presión? Él *frospera* bajo la presión, coño. Él hará lo que sea necesario. Keith hará lo que haya que hacer. De ninguna de las maneras irá allá para quedarse a mitad de camino.

¿Es dilema moral la expresión exacta que necesito? ¿Traduce realmente lo que quiero decir? Keith y Guy sobrevivirán los dos, en cierto modo. Me refiero a mi situación respecto de la víctima.

Nicola acaba de estar aquí. Acaba de estar y de irse.

Mientras subía la escalera y recorría las habitaciones, Nicola imitó a la perfección a la persona que entra en una casa por primera vez. Retrospectivamente, la felicito por su talento como actriz. Consiguió engañarme por completo. (Y yo me sentí feliz.) Su manera cáustica de mirar las fotografías enmarcadas, aunque de pasada, prestando al lugar solo una pizca de su atención, mientras charlábamos tranquilamente…

Me dejé engañar. Pero entonces la dejé unos minutos sola en el cuarto de estar, y volví sin hacer ruido, mientras pergeñaba en mi cabeza una pregunta sobre Keith y el dinero. Y allí estaba ella: encorvada sobre el escritorio de Mark Asprey, intentando abrir el único cajón cerrado con llave. Tenía una mirada dura en su cara.

Me retiré en silencio. No quiero que sepa que lo sé. Aún no.

Me duele mucho, esto. *Me duele en el alma*. Mi único consuelo es que, según sus diarios, Nicola debió de hacerle algo sensacionalmente atroz a ese MA suyo. Ah, ella fue muy, muy mala… No consigo comprender mis propios sentimientos. Esta náusea… Estoy implicado. No consigo comprender esta implicación.

Esto no es un *dilema*. Esto es horror moral, mírese por donde se mire.

El Black Cross.[11] Un buen nombre, pensé siempre, que la realidad había puesto en mi camino. La cruz, oscuramente cruciforme, el lugar en que se conocieron Nicola, Keith y Guy.

Una cruz tiene tres puntas. Aunque, según como se la mire, también puede tener cuatro.

Y esa especie de enamoramiento que siento por Kim me crea inmediatamente una nueva congoja. No ha habido período de luna de miel.

Mientras Kath duerme, con mórbido abandono, en la habitación del tamaño de una cama, yo juego con Kim en el suelo del cuarto de estar. Toda la personita de Kim está plagada de pequeños cardenales. Es fácil ver lo que pasa. Casi cualquier movimiento que se hace en el piso de Keith acarrea el movimiento de alguna otra cosa. Y así se

producen estas pequeñas reacciones en cadena. El último golpe siempre va a parar a la niña. Te das media vuelta y te aplastas las narices contra la puerta. Te mueves en tu asiento y se mueve alguna otra cosa. Me preocupa.

Las joyas, las piedras preciosas, el cristal tallado, y así sucesivamente, belleza muerta: nada de eso me va. Pero los ojos de Kim me hacen comprender. Las joyas, las piedras preciosas, el cristal tallado, la belleza muerta, todo es muy bonito: un intento de llamar a la galaxia viva de los ojos de un bebé. Las bengalas del bebé, la Vía Láctea de los bebés… A los bebés no les importa que los miren de cerca. A los demás sí les importa. A los que van a morir sí les importa.

A Kim le gusta echar una cabezadita en algún momento del mediodía. A menudo se despierta con pesadillas. Es extrañamente placentero cogerla y consolarla. Lo único que hay que hacer es estar allí y ser los grandes hombros, el tórax divino.

12. EL GUIÓN SEGUIDO POR GUY CLINCH

Guy estaba sentado a la mesa de la cocina mirando con gesto de imperturbable incomprensión su ternera: su palidez, la playa fangosa de su jugo. Se había preparado la cena él mismo, como de costumbre, sirviéndose, inexpresivamente, del mazo para machacar la carne, del moldeador de pasta y del cortaverduras. La cocina era un laboratorio inmaculado de utensilios ahorratiempo. Había que ahorrar tiempo constantemente. Pero ¿para qué? A Guy le gustaba cocinar, en los relativamente viejos tiempos, cuando uno lo hacía por sí mismo. Le gustaba cocinar con delantal, no con bata de laboratorio. No cabe duda de que Guy podría haber aprobado el examen para mujer de proletario. Era obediente, trabajador y resignado. Tenía lo que hacía falta. Ahora, con la mirada fija en su ternera, sintió por un momento el atractivo del vegetarianismo (aquel muchacho negro tan simpático del Black Cross) hasta que su ojo tropezó con las presuntuosas formas de las habas, con la infinitud de la pasta. El vino, al menos, un poderoso Borgoña, no parecía un alienígena, era sin duda alguna terrestre: olvido, cálido sur, decía a los jugos de su mandíbula. Los disciplinados jugos buscaron también otro presentimiento: ¿el sabor de la reconciliación, acaso? No. El sabor del perdón. Guy miró cuidadosamente a su mujer, que estaba sentada al otro extremo de la mesa consumiendo su comida en vigoroso silencio.

Unos instantes después, dijo:

—Perdón, ¿decías?

—No decía nada —contestó Hope.

—Perdona.

—¿Por qué no vas al médico?

—No hace falta. De veras. Me pondré bien.

—No lo decía solamente por ti. ¿Cuánto tiempo piensas seguir en este plan?

—¿En qué plan?

—En plan de mudo famélico. No comes absolutamente nada. Y te pareces a la muerte.

Era efectivamente cierto que no comía nada. El literal Guy (un literal bastante literario) comía poquísimo desde su última conversación con Nicola Six; en realidad, su apetito había empezado a disminuir el mismísimo día en que la conoció, y, desde que se habían dicho adiós (sí: está bien…, es lo mejor), había desaparecido por completo, exactamente de la misma manera en que había desaparecido la mujer. Cuando comía —y esta actividad no era tan desagradable como absurdamente irrelevante—, tenía que salir corriendo enseguida con la mano en la boca. Inmediatamente después, se le oía vomitar con dedicación en el lavabo de abajo. Lo que lo mantenía en pie eran sus desayunos, sus buenos tazones de MegaBran. Digería bien el MegaBran porque (al menos eso pensaba él) este cereal espeso, oscuro, fibroso, se hallaba precisamente a un paso de la mierda humana. MegaBran se hallaba justo en el límite químico entre el cereal y la mierda humana. Guy se preguntaba si no sería oportuno rebautizar al MegaBran con el nombre de MierdaHumana: se podía rotular con letras sinuosas y viscosas, para sugerir la inminencia de una realidad prometedora. MegaBran no necesitaba más que una gota de saliva. Marmaduke, a quien le encantaba escupir en la comida de todo el mundo, había conseguido una vez escupir en un paquete entero de MegaBran. Los resultados fueron espectaculares, aunque hay que decir que la saliva de Marmaduke poseía, según se había comprobado en varias ocasiones, sorprendentes y maléficas propiedades… No mucho tiempo atrás, Guy habría metido distraídamente trocitos de plátano en su tazón de MegaBran matinal; pero ahora se sentía vencido por el pestilente suplemento de potasio. Todo el mundo aborrecía el MegaBran. Todo el mundo lo comía. Hope no soportaba cocinar, ni siquiera permanecer más de un minuto en la cocina; pero se mostraba muy estricta y vigilante respecto a lo que comían todos. Guy se sirvió más vino y dijo en tono de desconcierto.

—No aguanto ese ruido.

—Ya lo sé. ¿Cómo lo hace?

—¿No lo podemos bajar un poco?

—No. Estoy tratando de escuchar su flema.

Aquella noche estaban solos. Pero no estaban solos. Estaba presente Marmaduke, en forma electrónica: la doble pantalla del circuito cerrado de televisión temblaba y se distorsionaba siguiendo sus accesos de furor. Había pantallas dobles en casi todas las habitaciones, en cada piso. A veces la casa parecía un acuario de Marmadukes. Guy pensó en el equipo completo de vídeo que había en el apartamento de Nicola (¿qué uso hacía de él?), y luego pensó en el suyo propio, en la tenacidad con que habían filmado todo su mujer y él durante los meses siguientes al nacimiento de Marmaduke, acumulando películas sobre Marmaduke desgañitándose en su parque

de bebé, Marmaduke desgañitándose en el parque público, Marmaduke desgañitándose en la piscina. Pronto dejaron de preocuparse. Después de todo, había muy poca diferencia entre sus vídeos domésticos y el monitor de circuito cerrado, que les ofrecía a Marmaduke desgañitándose veintitrés horas al día en directo. Y cuando las pantallas gemelas no se lo ofrecían (dos ángulos diferentes de Marmaduke desgañitándose), era el propio Marmaduke quien se lo ofrecía: en persona.

Entonces, sobre la banda sonora de las oscuras agonías del niño, tomó cuerpo un silencio tremendamente largo. Este silencio tenía la forma de un túnel. A Guy le pareció que no había salida, ninguna salvo la confesión total. O lo siguiente:

—Podríamos tener otro niño —dijo mirando seriamente a su mujer.

—¿Estás en tu sano juicio?

Guy alzó las cejas y recobró la compostura como un colegial antojadizo. Era cierto que habían recibido gravísimas advertencias —en diferentes ocasiones, en distintas clínicas y salas de consulta, en Ginebra, Los Ángeles, Tokio— en el sentido de que renunciaran a la idea de un segundo niño, o de que la retrasaran indefinidamente o, en cualquier caso, hasta que Marmaduke tuviera por lo menos catorce años (época en la cual Hope tendría, dicho sea de paso, cincuenta y un años). Especialistas billonarios y psiquiatras infantiles galardonados con el Nobel les habían advertido siempre acerca del efecto perturbador que tendría en Marmaduke la eventual llegada de un hermanito. Ninguno había sido lo suficientemente despiadado como para sugerirles la posibilidad de que el segundo niño saliera exactamente igual que el primero.

—¿Y si sale igual que Marmaduke? —dijo Hope.

—No *digas* eso. ¡Dios mío! ¿Qué está haciendo ahora…?

—Está intentando a toda costa vomitar.

—Pero si se ha metido el puño entero.

—No lo conseguirá.

Guy miró a Hope… sorprendido, alentado.

—Ha sacado la merienda hace mucho rato. Y la leche y las galletas. La única esperanza que le queda ahora son las flemas.

—No ha vomitado después de comer. No aguanto ese ruido. ¿O sí ha vomitado?

—Sí. Ha puesto perdida a Melba. Y luego ha mordido a Phoenix en la lengua. En la parte posterior. Espero que no se hayan dado la lengua otra vez.

Guy recordó con inquietud la política de Hope respecto a Marmaduke y los besos. El personal que cuidaba de él podía besarlo.

Pero solo Hope podía darse la lengua con él.

—Tuve que llamar a Terry.

—¡Terry!

Con mayor inquietud aún Guy pensó en Terry: en sus zapatos de gruesa suela, en sus camisetas de mal gusto.

—No puedo tragar a Terry.

—Tampoco lo trago *yo*. Es el último recurso. Y hasta él parecía conmocionado.

Guy bajó los ojos y esbozó una sonrisa, no de afecto, sino de asombro. Amaba a Marmaduke. Estaba dispuesto a dar la vida por Marmaduke. Estaba dispuesto a dar la vida por Marmaduke, no a la semana siguiente, no al día siguiente, sino entonces, en aquel mismo instante. Amaba a Marmaduke pese a tener la sensación, constantemente renovada, de que Marmaduke no tenía cualidades amables. Marmaduke no podía gustar a nadie excepto cuando estaba dormido. Cuando estaba dormido se le podía mirar tranquilamente y agradecer a Dios que no estuviera despierto.

—Ah, sí —dijo Hope—. Lady Barnaby. Se ha quedado muda.

—¿Literalmente?

—Sí. Desde que volvió. Un shock.

—Es horrible…

—¿Sabes lo que pareces? —dijo Hope—. Un eremita.

Guy se encogió de hombros y miró a otra parte. No parecía importarle aquella comparación. Pero luego se volvió de nuevo hacia ella: Hope tenía la mirada concentrada en él. Guy temía aquella expresión. Recobró su compostura.

—No uno de esos que viven en una casa de campo —prosiguió ella con parsimonia—. En las Orcadas o en un sitio así. Me refiero más bien al tipo de eremita que vive en un hotel de Las Vegas. Un maníaco sórdido con un montón de dinero que nunca sale por ahí. Esa clase de persona que tiene un pequeño «santuario» en su habitación en memoria de alguna estrella de cine muerta y gorda.

Guy había perseverado en el asunto de Camboya…, en la remota e incierta búsqueda de Little Boy y En Lah Gai: las personas desaparecidas. A fuerza de telefonear y telefonear todas las mañanas desde su despacho (era su única razón para ir allí), Guy se tuteaba ya con varios contactos —varias entidades telefónicas— del Comité Americano para Refugiados, el Consejo Británico para Refugiados y la Operación de Socorro en Fronteras de las Naciones Unidas. Sus dedos fláccidos buscaban generalmente su entrecejo mientras permanecía sentado escuchando historias de guerra. Guy había crecido en la época de la barbarie aceptada como algo habitual; al igual que cualquier otra persona, estaba acostumbrado hasta la saciedad a las escenas

tristes, a las posturas patéticas de los muertos. Pero no se sabía casi nada de Camboya, la nación torturada, cuyo redoblado sufrimiento se desarrollaba tras un telón negro o una puerta cerrada. Esta oscuridad parecía producir un efecto pornográfico en la imaginación de las personas interesadas. No era posible escapar a la excitación de las voces que contaban historias sobre Camboya. El propio Guy había recibido copias de fotografías vía satélite y había visto la silueta de la muerte: las esquemáticas divisiones eran, evidentemente, un paisaje, un vasto horizonte de calaveras humanas. También él sintió la excitación, el ímpetu de la masculinidad juvenil, que en su caso pronto dio paso a una náusea distante. Las matanzas vía satélite: la muerte humana tal y como podría verla un dios. La fe de Guy, una débil llama heredada (una reliquia, quizá, que un día había pertenecido a su difunta madre), se hallaba ahora ennegrecida por la clara imposibilidad de que algo sobreviviera a una sustracción del cuerpo humano tan completa. Quita la vida, y lo único que queda es el tormento anatómico de una sola calavera.

—Yo pasé allí toda la década de los ochenta —le rugió uno de los fantasmas telefónicos (era un americano de la OSFNU), que le daba mensajes del otro lado—. Tengo una imagen para ti. ¿Estas preparado? —La voz era ávida, glotona—. El pie artificial de un niño marchando, chumba chumba, a la guerra. Eso es Camboya, amigo. —Guy asintió con un rápido movimiento de cabeza, para aplacarlo—. No hay ninguna salida.

Aunque desde luego, como siempre, había una salida; estaba claro que *había* una salida… Guy se había persuadido a sí mismo de que no estaba haciendo de Camboya un hobby. Pero estas investigaciones suyas resultaron ser, en cierto sentido, un trabajo de amor, un deber romántico, un medio de pensar en Nicola con una relativa y discutible tranquilidad de conciencia. No negaba una fantasía que estaba tomando forma lenta y escrupulosamente. Guy subiría la escalera de la casa de Nicola (sobre un fondo de banderas y estandartes) conduciendo tranquilamente a las dos tímidas figuras; ella estaría esperando en lo alto, con las manos fuertemente entrelazadas, mientras unas lágrimas bellamente viscosas se deslizaban por sus mejillas. ¡Qué sonido tan nervioso tendría la risa de En Lah Gai mientras preparaba un caldito caliente en la pequeña cocina…! ¡Con qué fuego —un fuego inolvidable— brillarían los ojos de Little Boy…! Y por lo bajo, a la altura de las caderas, los dedos de Nicola se entrelazarían con los de Guy en un gesto de grata conspiración…

El propio Guy reconocía que había algo malo en aquella secuencia fílmica, algo horrible, algo estéticamente desastroso. La escena tendría un color lívido, la música tendría una alegría corrupta o siniestra, el diálogo parecería doblado y los actores tendrían una sonrisa afectada

como de niños desencantados a punto de ser descubiertos en plena travesura. Una vez más le pasó por la mente la palabra pornografía: por la mente de Guy, donde no cabía la pornografía. ¿Ni siquiera una poca? No, en realidad no. Solo aquellas ocasiones (cada vez más frecuentes, hasta su operación) en que una enfermera que llevaba un tubo de ensayo como un condón de cristal lo había conducido al interior de un cuarto aislado con cortinas y equipado con «libros» —montones de ajadas revistas «masculinas»—. Guy había hojeado aquellas páginas tan extrañas (al final siempre acudía a la foto de Hope que llevaba en la cartera). Y estaban también aquellos trozos de películas con tías buenas que le habían obligado a ver durante sus viajes de trabajo a Hong Kong y otros emporios orientales por el estilo. Siempre había un momento horrible, en medio de las secuencias carnales, en que los intérpretes iban y venían con toda la ropa puesta pretendiendo resultar interesantes, como si fueran actores y actrices de verdad que obedecieran a un director con auténtica inventiva, en una película seria. La impostura parecía doblemente vergonzosa para todo el mundo, incluido el espectador. El propio Guy reconocía que su interés por Nicola Six y su interés por Indochina no casaban del todo bien (con un meneo de cabeza pensó en la foto de una tía maciza acariciando con la mano una pieza de chatarra que había visto una vez en una revista de armas). Guerra y amor: las fuerzas históricas y el amor no casaban del todo bien.

Por otra parte, sus meditaciones eran en general tiernas y experimentales. Sus sueños, que parecían emanar de la olla a presión de su pecho, seguían siempre unos guiones adolescentes de vigilancia, tutela y brillante rescate (barcos de remo, la rueda de un coche mágicamente reparada y repuesta). Pensaba en ella siempre, incluso en los momentos en que le asaltaba el estrés en el despacho o el cuarto del niño; el rostro de Nicola eran unos rasgos que flotaban en su visión periférica. Todos los días, sincrónicamente, le seguía la pista a través de sus actividades cotidianas: su despertar, su ligero desayuno, su idealizado aseo…, y así sucesivamente. Pensaba que sus propios pensamientos eran exploradores en tierras vírgenes. Por supuesto, no sospechaba la cantidad de pensamiento masculino de que había sido ya objeto Nicola Six —millones de horas masculinas—; no sabía que cada centímetro cuadrado de ella había sido *escudriñado* por pensamientos masculinos… A veces, para comprar su paquete semanal de cigarrillos (o un diario suplementario), iba a la tienda próxima a donde ella vivía. Haciéndose el despistado, se asomaba a echar un vistazo al callejón sin salida. Visto a través de los ojos del amor, qué maravillosa nueva luz adquiría aquel escenario tan banal: los árboles de septiembre ya despojados de sus hojas, dos albañiles comiendo huevos rebozados en un portal, una nube muerta encallándose en la

niebla de la lluvia oscura. Aquel día, Guy se sacudió su gabardina sucia con una sonrisa de dolor y fue a darse una vuelta por el Black Cross.

Keith se hallaba junto a la máquina tragaperras, hurgándose satisfecho los dientes con un dardo, o con la *punta* de un dardo, como había aprendido Guy a distinguir (*plumas, astil, cañón, punta*), una vez que sus iniciales solecismos dardísticos habían sido amenazadoramente corregidos, aquí en el Black Cross. Guy descubrió que le gustaba ver a Keith, y que hallaba consuelo en medio de aquel pub destartalado de líneas húmedas. Llamativa en cualquier otro lugar, su propia falta de color se fundía fácilmente con el gris ambiente. Los blancos que había allí eran en blanco y negro, como las películas monocromas de la Segunda Guerra Mundial. Mejor, de la Primera Guerra Mundial. Guy pensó incluso en los fotogramas iniciales que marcan la cuenta atrás de una película vieja: 6, + ,5, *, en blanco, ¡acción!, y en las zonas blancas de la pantalla salpicadas de polvo y de pelillos nasales, como el blanco de unos ojos sucios. Keith siempre le hacía a Guy pensar en ojos.

—Qué asco. Estoy hasta los mismísimos cojones, de verdad.

—Absolutamente vil.

—Perversa.

—Sucia.

—Baja presión atmosférica persistente, vaya.

Moviendo la cabeza un centímetro hacia la izquierda, Keith indicó a Guy que podía unirse a él. Mientras avanzaba, Guy tropezó accidentalmente con la sorprendente solidez de la cola de Clive. Clive levantó la barbilla de la alfombra y le dirigió un cansado gruñido o taco.

—Perdona. Bueno —dijo Guy—. Hace bastante que no te veo.

Keith asintió. Era cierto. ¿Y qué? Keith se dignó precisarle que él era de la clase de tipos que tenían sitios adónde ir y gente a la que ver. No era de los que se pasaban todo el día emborrachándose en el Black Cross de Portobello Road. No. La naturaleza inquieta de Keith exigía variedad. Aquella semana, por ejemplo (según fue quedando poco a poco patente), se había estado emborrachando un día sí y otro también en el Skiddaw de Elgin Avenue. Sin embargo, Keith parecía agradablemente sorprendido de hallarse en el Black Cross. ¿Por qué? Guy no lo sabía.

—Tómate unas copas. Tranquilo. —De repente Keith enfocó la mirada—. Guau, tío, no pareces muy en forma. No. Te juro que *no* parece que te vaya muy bien. Te debe rondar algo. Te diré quién no está tampoco en buena forma. Ni mucho menos.

Al sonido de su nombre (un bisílabo en este caso: por unos

instantes sonó como un ajuste gramatical más), Guy sintió que algo blando estallaba en la nave principal de su pecho. Bajó la cabeza y alargó una mano para cogerse a la barra. Nicola estaba sufriendo. Aquellas eran noticias celestiales.

—Una sonrisa triste en la cara. Como… como si estuviera consumiéndose. Consumiéndose. Consumiéndose su pequeño corazón.

Guy levantó la mirada. Keith parecía estar inspeccionando el techo del local, preguntándose, quizá, cuántos Londres de humo de tabaco habían cuajado en aquel marrón dorado. Entonces, con evidente alivio, se puso a hablar de otras cosas, y Guy pensó, con un ligero asomo de afecto: lo sabe. Keith lo sabe. Lo ha adivinado. Nicola y yo…, en cierto sentido estamos por encima de su cabeza. Pero puede ver lo que nos une (las ataduras del amor); y con el debido respeto.

—Eh. Ahí va uno.

Guy trató de concentrarse. Keith estaba a punto de contar un chiste —se reía ya mientras lo preparaba mentalmente—. Desde el principio, Guy se había esforzado lo indecible por soportar los chistes de Keith. A menudo eran razonablemente suaves, rayanos en la pura fantasía infantil, un juego de palabras de humor negro. Solo en raras ocasiones, o en relativamente raras ocasiones, se inclinaba Keith hacia delante mostrando sus colmillos y contaba una historia sobre un abadejo podrido y las bragas de alguna dama desafortunada. Pero eso le podía pasar a uno en cualquier sitio. En la sala de billares del club. En un restaurante de cinco tenedores de la City. Y, como le había mostrado un momento antes, pese a toda su rudeza superficial, Keith poseía mucha más delicadeza natural que la mayoría de los…

—¿Cómo sabes si tu hermana tiene o no la regla?

—Um… —empezó Guy. Él no tenía hermanas. Se encogió de hombros—. No lo sé —dijo.

—La polla de papá parece rara.

Guy aguantó impertérrito la tempestad de risas de Keith. Esta tempestad, esta *tormenta*, duró un buen rato, hasta que, tras una serie de respiros y de calmas falsas, las aguas volvieron a su cauce. Guy sonreía levemente.

—¡Ay, qué risa! —exclamó Keith, llevándose un puño a sus ojos inundados—. ¡Uf!, ¡Ja, ja, ja! En fin. Al menos te ha hecho sonreír un poco. Conviene estar riendo siempre. No hay más remedio. En esta vida… ¡Uf! ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, qué risa!

Pero Guy volvió a hundirse mientras Keith llevaba su nuevo chiste de gira por el pub. Su gracia enseguida fue rebotando de grupo en grupo. En la húmeda luz brillaron muchos restos de huevos rebozados, muchos pálidos destellos de dientes rotos. El chiste fue bien recibido en todas las secciones, si bien un par de mujeres viejas (¿eran

realmente viejas o solamente jóvenes viejas?) se limitaron a lanzar una mirada de afectuoso reproche. Bebiendo coñac, sentado junto a la puerta trasera y rascándose el cuello, Guy observaba todo esto desde su estado de febril entumecimiento. Se suele decir que las felicitaciones de terceros son las que mejor sientan; y nunca en su vida se había sentido Guy Clinch tan halagado. Ahí estaba él sentado, palpitando con los halagos del amor. Los ímpetus de aquel día, en la sala de proyecciones de su mente, no mostraban otra cosa que escenas repetidas de reunión, de reunión jadeante y sin trabas. Un simple abrazo. Ni siquiera un beso… Ni siquiera un abrazo. Estos ímpetus eran como los últimos fotogramas de *Incidente en Owl Creek*, en que el héroe muerto aparece corriendo a través de campos soñados, bajo mapas celestes falsos, corriendo hacia ella, y corriendo más y más, pero sin aproximarse nunca tras cada impulso desgarrador… God y Pongo se llevaron a Keith aparte, y entonces este salió precipitadamente. Keith intentó levantar a Clive con el pie y luego se lo llevó tirando de la correa. Veinte minutos después, en el momento en que Guy se disponía a marchar, entraron en el local tres hombres y preguntaron por Keith; preguntaron al pub por Keith, como si (reflexionó Guy fugazmente) la cruz negra estuviera pintada en la puerta y no en el letrero de arriba, y conminaron al pub a entregarles a Keith o a sacarlo a la calle. Si Keith había estado intentando evitar a aquel trío (el tipo de pelo cano exhibía media docena de pendientes en cada oreja, y tenía los labios azules de un niño helado de frío), Guy no lo censuraba: tenían un aspecto extremadamente desazonador.

En el techo del cuarto de Marmaduke pululaban sombras extrañas, cabezas de Medusa, duendes, cómplices… Los niños adoran sus juguetes, ¿no es cierto? Es evidente. Pero ¿por qué? ¿Por qué los adoran?

—*Por favor*, no hagas eso, tesoro —le dijo.

Guy estaba sentado en una silla baja, rodeado, como Juana de Arco, de materia combustible —en su caso, de las planchas de un tren de madera, junto con unos cuantos libros ilustrados rasgados y otros tantos ositos destripados—. Con la espalda vuelta hacia su destrozado móvil, Marmaduke «jugaba» con su castillo de juguete. Eran las 5.45 de la mañana.

A los niños les encanta tocar sus juguetes, porque sus juguetes es lo único que *pueden* tocar: lo único que pueden tocar libremente. Objetos hechos por el hombre, sin aristas, desintoxicados, con placer posible y dolor contraindicado. O esa era la idea. Marmaduke podía hallar mortificación prácticamente en todas partes. Un osito de peluche era muy mono hasta que un niño se taponaba la laringe con él.

—Cheche —dijo Marmaduke, sin volverse—. Ganne.

Guy consultó su reloj. Se dirigió al abarrotado frigorífico cerrado con llave del rellano y lo abrió. Volvió con un biberón lleno y cuatro galletas de pan integral que la criatura despachó de modo repulsivo.

—¡Dios mío! —exclamó Guy.

—Ma ganne —exigió Marmaduke desde la comisura de su boca (el centro estaba ocupado por el biberón)—. Ma ganne.

—¡No!

—Ma ganne.

—¡He dicho que no y es no!

La tetina se deslizó por los labios de Marmaduke.

—Ganne. Ma ganne… —En vez de levantar la voz, Marmaduke la bajó: a veces lograba un efecto mucho más espeluznante de esta manera—. Ganne, papá… Ma ganne, papá…

—Uff, bueno. Di por favor. Di por favor. Di por favor. Di por favor.

—¡Pa… vor! —gruñó Marmaduke.

Los juguetes eran símbolos… de cosas reales. El mono de juguete representaba un mono real; el tren de juguete, un tren real, y así sucesivamente: en miniatura. Pero en el cuarto de Marmaduke parecía reinar un realismo inquietante. El elefantito de juguete, por ejemplo, rosa y brillante y de metro y medio de alto, con sus borlas imperiales y su convincente silla (el trampolín almohadillado de tantas caídas nauseabundas): aquel elefantito tenía prácticamente las mismas dimensiones que un elefantito. Y lo propio se podía decir de los obuses y lanzagranadas y las cartucheras, por no mencionar todos los plastificados sables y alfanjes y cimitarras… y sus cachiporras y garrotes y hachas de guerra. El último ingenio en poder de Marmaduke (parte de un permanente programa de modernización), un DIP, o Dispositivo de Interceptación Profunda, una trampa explosiva con forma de disco de caucho que podía albergar tres o cuatro tanques de juguete a la vez, era ciertamente mucho más grande que el cacharro de verdad actualmente utilizado por la OTAN. La OTAN. Dispositivo antiasalto. Qué viejo era todo aquello… Sin embargo, personalmente, Marmaduke habría preferido claramente usar las armas de verdad. Marmaduke era un decidido artista en el campo armamentístico. Luchar encarnizadamente tres días seguidos y luego volar el mundo.

Se abrió la puerta. Allí estaba Hope, en su primer destello matinal. Una centinela en camisón blanco. Con un brazo levantado, como si estuviera sosteniendo una vela. Guy se percató del sonido de la lluvia en las calles y en los tejados.

—Son las seis.

—La verdad es que se ha portado bastante bien —susurró Guy. Las arrugas de su ceño invitaban y alentaban a Hope a contemplar a su

hijo, que estaba jugando con su castillo de juguete, debilitando metódicamente cada lienzo de muralla exterior antes de arrancarlo de cuajo. Esta actividad le hacía gruñir y jadear bastante. Solo esos consabidos gruñidos y jadeos propios de los bebés. Entretanto (pensó Guy), nosotros hacemos esfuerzos, pero seguimos guardando silencio.

—Arriba.

Arriba, en el tercer piso, había un cuarto conocido en la casa con el nombre de Celda Acolchada. No tenía muebles y estaba cubierta por tres capas de guata, de pared a pared, de arriba abajo. Su única irregularidad era una repisa de la altura de un aparador, provista de guata suplementaria y de algunas almohadas para ayudar a los adultos a subirse y a lanzarse hacia abajo. Allí fue llevado el berreante crío…

Fuera, el día se estaba formando en términos de luz amortiguada por la lluvia; Guy fue ahora a unirse a su mujer entre las sábanas. Levantando y girando ligeramente el cuello, echó un último vistazo al monitor: una visión desde el suelo hasta el techo de Marmaduke desgañitándose silenciosamente en la Celda Acolchada. Mientras aullaba, Marmaduke saltaba hábilmente con los pies calzados, tratando de ganar altura suficiente para un pernicioso batacazo. Guy se dejó caer. Su mujer se refugió contra él en busca del seguro calor corporal que él sabía que ella necesitaba aún de él.

—Es la cruz que nos ha tocado llevar —dijo ella vagamente.

Guy dobló su cuello palpitante y la besó en la boca, que estaba medio abierta y medio despierta y sabía a sueños y a fiebre. Allí yacía él, vigilante, con esperanza y sin ella. El débil delirio del amanecer, cuando el cuerpo se siente infantilmente cansado y tierno, con sorprendentes olores y heridas y sabores: había sucedido, durante insomnios compartidos, después de bailes de verano y, antes aún, al final de noches de disciplinado estudio. ¿Es *Troilo y Crésida* una anticomedia? Explorar la formación de la Relación Especial… A decir verdad, tenía una grotesca erección: la piel de allí abajo atirantada como la piel de un tambor. Su corazón auxiliar, negándose a caer en desuso, o a ser tomado a la ligera. Con solo presionar contra la sábana podría sin duda con bastante facilidad…

—Voy yo —murmuró Hope, escurriéndose de la cama con sumisión animal, pues los aullidos de Marmaduke eran ahora del volumen y timbre que ninguna madre, por mucho sueño que tenga, puede soportar. Ya había entrado la mañana. Acababa de empezar otro día.

Guy se volvió de espaldas. Tenía aquel juguete de Nicola en la cabeza, ovalado, con reverso azulado, como una miniatura victoriana. El símbolo de la realidad. La realidad. Tres bruscos meneos habrían acabado ciertamente con ello. Pero muy diversas consideraciones —incluido el remilgo, otra clase de amor propio, y el pensamiento en la

huella engorrosa que dejaría— concurrirían, como siempre, a que detuviera su mano.

A nadie le gustaría jugar así con aquello.

Dos días después, Guy hizo una cosa trivial; y entonces ocurrió una cosa extraña.

Ayudó a un ciego a cruzar la calle. Y entonces ocurrió una cosa extraña.

En Rifle Lane había un anciano ciego parado ante un paso peatonal. Guy, que pasaba por allí con paso ligero, propulsado, rápido, se detuvo al verlo. Era sin duda una cosa que se veía raras veces, por no decir nunca. Ahora no es frecuente ver ciegos por la calle. Ahora no es frecuente ver ancianos. Se quedan encerrados. No salen prácticamente ya. En estos tiempos, no.

Alto, delgado, el ciego seguía allí plantado ciegamente erguido, haciendo amago de recular, mientras los usuarios de la acera y de la calzada cruzaban en las dos direcciones. Cierta irresolución en su porte sugería que llevaba allí bastante tiempo, aunque no daba señales de aflicción. De hecho, estaba sonriendo. Guy dirigió hacia él sus zancadas. Cogió el brazo ciego del ciego.

—Perdone, ¿quiere que le ayude a cruzar? —le preguntó, mientras lo guiaba con decisión. En el bordillo de enfrente, Guy se ofreció alegremente a seguir acompañando al ciego: a su casa, a donde fuera. Unos ojos asombrados lo miraron desde la invidencia. Guy se encogió de hombros: ten el mínimo rasgo de cortesía en estos tiempos, y la gente te mirará como si te faltara un tornillo. Y luego el asombro se tornó general, pues el viejo avanzó a golpes de bastón hasta la pared más próxima, y ocultó su cabeza, y empleó los ojos para algo para lo que todavía servían. De ellos manaron lágrimas en abundancia.

Guy volvió a aproximarse al ciego turbado y muerto de miedo.

—¡Déjelo! —dijo un espectador.

—¡Déjalo en paz, joder! —aconsejó otro.

Guy se alejó bajo la lluvia. Horas después, en casa, una vez que su confusión y sus palpitaciones habían remitido un poco, pensó en algo que había leído en alguna parte… acerca de un viajero y una tribu famélica. ¿Cómo era? El antropólogo, tocado con su salacot, vuelve a visitar a una tribu cuya afabilidad él encomiara en otro tiempo. Pero la tribu se estaba ahora muriendo de hambre; la comida existente iba a parar a la boca de los fuertes. Y los fuertes se reían de los débiles, de los débiles que estaban desgranándose y marchitándose; pero los débiles reían también. Los débiles reían también, participando de la hilaridad de un sentimiento desaparecido. En una ocasión, una anciana se detuvo vacilante en el borde de un hoyo. Un fuerte que

pasaba por allí —un experto en alimentación, un chulo en alimentación— la ayudó a superar el borde dándole una patada en el trasero. Al verla allí tendida, y riéndose, el viajero se apresuró a prestarle consuelo. Pero el consuelo resultó intolerable a la anciana. Dos caricias en el pelo, unas palabras amables, una mano tendida: *eso* fue lo que hizo llorar a la mujer. El presente parecía perfectamente soportable —mejor dicho, hilarante—, hasta que sentías de nuevo cómo era cuando la gente se mostraba amable. Entonces el presente dejaba de ser soportable. Por eso lloró la mujer. Por eso lloró el ciego. Lo pueden aguantar mientras *nadie* es amable.

Guy era amable, o se había mostrado amable aquel día. No le había costado trabajo. Tenía la postal de Nicola en el bolsillo. La armadura: aquellas palabras tan bien escritas. En cualquier otro momento probablemente habría pasado de largo. El amor es ciego; pero te hace ver al ciego vacilante en el borde de la calzada; te hace buscarlo con los ojos del amor.

—Tesoro… Ven a sentarte en mis rodillas.

—… Vete.

—Venga. Y te leo un libro. Ven a sentarte en las rodillas de papá. Mi niño es muy bueno.

—Odila.

—Rodillas. ¡Muy bien! Un niño muy bueno. Mira. Comida. A ti te gusta comer. ¿Qué es esto?

—Aela.

—¿Aela? Mortadela. Mor-ta-de-la. Muy bien. ¿Y esto?

—Evo.

—Huevo, sí. Huevo. ¿Y esto qué es?… ¿Qué es esto?… Ahora estamos en el jardín. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, tesoro?

—Alo.

—Palo. Muy bien. Pa-lo. Y ahora, mira qué flor. Di «flor»… Estos son los pétalos. Y esta cosita es…

—Ayo.

—Muy *bien*, tesoro. Fantástico. Y ahora, ¿cómo llamarías tú a esto? Donde estaba el árbol. Como en nuestro jardín. Donde lo han cortado.

—Etedero.

—Marmaduke, eres un genio. ¿Qué es esto…? Un árbol. ¿Qué es esto…? Hierba. No hagas eso, tesoro. ¡*Ay*! Espera, ¡mira! Animales. Animales. ¿Qué es esto?

—Bodego.

—Sí, borrego. Muy bien. ¿Qué es esto?

—Dabo.

—Rabo. Rrabo. Rrrabo. Muy bien. ¿Y qué es este bichito de aquí?

—Acol.

—Caracol. ¡Fantástico! Ajá. Aquí está tu favorito. Aquí está el mejor animal de todos. No, espera, tesoro. ¡Eh! El último. Este te gusta mucho. ¿Qué es? ¿Qué es?

—Eeante.

—¡Sí! ¿Y qué tiene? ¿Qué tiene este animal que no tienen los demás animales? ¿Qué es lo que tiene?

—Ompa.

—*Muy bien*. ¿Sabes? A veces eres un cachorrillo encantador.

Al inclinarse Guy para dar un beso de despedida al cada vez más inquieto crío…, este se giró bruscamente y le propinó un sonoro cabezazo. Fue probablemente en parte semiaccidental, aunque Marmaduke estuvo un buen rato riéndose y señalándole con el dedo. En cualquier caso, el golpe fue bastante contundente. Cualquiera que se haya dado de narices alguna vez contra un semáforo, o contra un peatón, sabe que cinco kilómetros por hora es una velocidad suficientemente peligrosa para los seres humanos; y qué decir de 300.000 kilómetros por segundo. Aún estaba escupiendo receloso en un pañuelo de papel cuando —unos quince minutos después— llamaron a la puerta y esta se abrió.

—Doris —dijo Guy.

—Guy —dijo Doris.

Guy se resentía un poco de tanta familiaridad —o se resentía uno de sus genes—. Adquisición reciente, Doris era una rubia fornida de treinta o cuarenta años, de piernas rebeldes. Ya era una mártir de las escaleras de los Clinch.

—En la puerta preguntan por ti.

—¿Ah, sí? ¿Quién es?

—No sé. Dice que es urgente. Es un *hombre*.

Guy no sabía qué hacer. Hope se hallaba en el Vanderbilt jugando con Dink Heckler y no estaría de vuelta hasta pasadas las siete. En aquel momento padecían una especie de hambruna de niñeras; el propio Terry había sucumbido a la presión y aceptó gustoso un empleo en el gimnasio de una cárcel. Y no podía pedírselo a Doris, quien, de todos modos, se iba a negar. Solo con Doris, Marmaduke no hacía más que pegarle patadas en sus hinchadas espinillas o golpearle los pechos en plan burlón.

—Hazle subir. Lo siento, Doris. Acompáñalo hasta aquí arriba. Gracias.

Poco después Keith hizo su entrada en la habitación, con pantalones acampanados de marinero. Llevaba el pelo aplastado por la lluvia, y del sobaco le colgaba su periódico empapado, cual apéndice

de escasa utilidad. Saludó con la cabeza confidencialmente y dijo:

—Quehay.

Guy permaneció unos instantes pensativo y contestó:

—Qué hay.

—Turbo Saab —prosiguió Keith—. Inyección de combustible. Oye, colega… —Keith miró por encima del hombro y luego a Marmaduke, que lo observaba con interés desde las ruinas de su castillo de juguete —. Escucha. Pasé por allí para llevarle un par de cacharros y… Nicola. Aquí, entre nosotros, colega, no me parece muy en su sano juicio.

Guy lo miró sin comprender.

—O sea, ¿te has fijado en las marcas de su muñeca?

—¿Cómo?

—La muñeca izquierda. Pequeñas cicatrices blancas, ya sabes. Lo intentó una vez. Podría intentarlo otra vez.

—¡Cielo santo!

—Va y me dice: «No arregles eso. No arregles eso. Para qué. Para qué me va a servir. Para qué molestarse. Para qué va a servir. Para nada.» Cosas así. Parece una…, está realmente deprimida. Emocionalmente deprimida. Y con tendencias suicidas, vaya. Me preocupa que se pueda hacer daño.

—¿Lo crees de veras?

Con una expresión de súplica en el rostro, Keith dijo:

—Pásate a verla, tío. Ella ha sido muy buena conmigo, de verdad. Ya sabes, una dama amable de verdad. Y si le.. Yo nunca…

—Sí, *por supuesto*. —Las pupilas de Guy se movieron pensativas—. Keith —dijo a continuación—, ¿podrías hacerme el favor de cuidar del niño veinte minutos solamente? ¿Lo podrías hacer?

—Pues claro que puedo. Con mucho gusto. Ah, eh… —Y mirando de nuevo a Guy con atención—, ¿puedo usar tu teléfono?

—Pues claro que sí. Un piso más abajo y la segunda puerta a tu derecha.

—Kath podría estarme preparando la cena.

Cuando Keith volvió —tras un largo y penoso intervalo—, Guy se dirigió también al dormitorio principal a recoger las llaves y el dinero. Mientras se arreglaba el pelo con una mano, reparó en las profundas huellas que había dejado el trasero de Keith en el lado de la cama donde se acostaba Hope. Se dijo que había que hacer algo inmediatamente, y aporreó el edredón con los puños.

Una visita más al cuarto del chico: Keith se hallaba en cuclillas, con las manos levantadas, estornudando y sorbiéndose los mocos…, peleando blandamente con Marmaduke, que parecía encantado con su nuevo amigo.

—*Eres* muy bueno, Keith —dijo Guy.

—Vale, tío —dijo Keith.

Una intensa y más o menos desinteresada preocupación le embargó hasta que llamó al timbre: después de oír el sonido de su voz (su leve quejido de asentimiento o rendición o derrota), no sintió nada más que el simple tirón de la belleza. «6: SIX», rezaba el letrerito oblongo contiguo al botón. Qué pródiga simetría. Hasta su número de teléfono era atractivo, con las curvas de sus ochos y ceros, como una clave erótica. Con poderosas zancadas, escaló todos los peldaños.

Guy esperaba —o no le habría sorprendido— encontrarla subida a un taburete renqueante con un nudo corredizo alrededor del cuello, o tendida en el sofá con un revólver nacarado en la sien.

Sin embargo, la encontró de pie junto a su escritorio, con los puños decididamente apoyados sobre él, y constató cómo, por alguna razón, persistía en aquella postura un par de latidos después de que él transportara su corazón desbocado al cuarto de estar abuhardillado. (El cuarto de estar no significaba nada para él: era solamente el lugar en el que podían ocurrir ciertas cosas.) Entonces ella se volvió.

—No deberías haber venido —dijo con voz cálida—. Pero he de confesar que estoy contentísima de verte.

Guy sabía que nunca olvidaría los matices de luz que había en su cara, la prismática claridad de sus ojos, aquella sonrisa reveladora de la blancura de sus dientes… y aquellos surcos lacrimales, con su sólido brillo, como de soldadura, en las mejillas. Cuando las mujeres lloran (¿cómo era aquel verso de *Pigmalión?*) la rojez de la fiebre forma parte del *pathos* y del aparente desvalimiento; pero con ella… con ella…

—Hace apenas una hora —dijo sonriendo en dirección a su escritorio— he recibido la noticia más extraordinaria.

—Eso es maravilloso —dijo él, incapaz de atajar el desencanto de su voz. No quiero creer que está llorando de *alegría*. Qué poco expresivo sonó aquel «maravilloso» en la habitación abuhardillada…

Nicola le estaba enseñando un sobre. Correo aéreo: con franja roja-y-azul. Dijo:

—Están vivos. Enola está viva. Y… y Little Boy. Se encuentran en tránsito en alguna parte entre Sisofón y Chanthaburi. Pero todo va bien ahora. Completamente bien.

Guy encogió un hombro y dijo:

—Fantástico.

Ella se acercó y se inclinó sobre la mesa para coger el encendedor. Con desconsolada inquietud, Guy vio sus pechos a través del cuello abierto del corpiño negro. Miró a otro lado y sintió alivio cuando ella se enderezó y la ropa se tensó. ¡Qué morenos! ¡Y tan juntos!

—Vuelo a Seúl esta noche.

Paternal. Todo fue paternal, hasta la manera como le cogió la muñeca. Tras unos instantes de renuncia, ella acabó por consentir en sentarse junto a él para escuchar lo que tenía que decirle; le dijo que, en su opinión, ella no quería ver la verdad de lo que estaba ocurriendo realmente… en Camboya. Hablaba con tono afable pero firme. No había, él estaba seguro, nada rastrero en la manera como le alisaba y acariciaba la mano: un reflejo de persuasión protectora. Guy sintió un austero placer ante las dudas que vio planear por la cara abierta de Nicola. Esta asentía con la cabeza, y se mordía los labios, ligeramente inclinada hacia delante en actitud compungida, el cuello de su corpiño estaba dispuesto de manera tal que él podría haberse aprovechado de su falta de atención; pero ahora le absorbían más las caricias solícitas con que obsequiaba su pelo, su cuello, su garganta. Tan morenos. Tan juntos. Después de un silencio, ella dijo:

—Entonces tendré que hacer lo otro.

—¿Las rutas clandestinas? —dijo él rápidamente.

—Sí —contestó ella dirigiéndole una mirada inexpresiva.

—No son de fiar. Es una empresa arriesgada.

—Sí. Ya lo sé.

—Y cuesta un montón de dinero.

—¿Cuánto, según tú? —Él dijo una cifra—. Sí —repuso Nicola con desaliento—. Esa es la cantidad más o menos que he oído mencionar. Pero mi contacto en… Túnez… —Abrió los ojos todo lo que pudo—. Bueno —prosiguió—, es muy sencillo. Venderé el apartamento. No me queda mucho tiempo de contrato, pero seguramente casi lograré reunir esa suma. Encontraré una habitación en cualquier parte. Además, están las joyas, y la ropa, etcétera. Ese frigorífico es prácticamente nuevo.

—Desde luego que no hay necesidad de todo eso. Naturalmente que no.

—Tienes razón. No será suficiente. Sin embargo… Hay cosas que una mujer… —Se detuvo—. Una mujer puede hacer ciertas cosas… —concluyó.

—*Naturalmente*. No quiero oírte decir eso.

—¡Ah, no! —repuso Nicola dirigiéndole una sonrisa avisada—. Ya veo tus planes. Guy, de eso ni hablar. —Posó una mano consoladora en el muslo de él y se volvió para mirar por la ventana—. Lo siento, querido. No, no. Nunca me perdonaría haber permitido que me prestaras tantísimo dinero.

Eran las siete cuando Guy volvió al castillo de naipes, donde el amor le hizo subir otra vez la escalera como una flecha.

Increíblemente, Marmaduke se hallaba sentado, sin moverse, sobre las rodillas de Keith: su silueta rechoncha oscurecida en parte por el

periódico levantado y… y por una cortina de humo que se elevaba a un metro del suelo. Guy esperó que no resultara demasiado brusca o reprobadora la manera como irrumpió dentro para abrir de par en par las dos ventanas a la lluvia. Sosteniendo que Marmaduke había sido más bueno que el pan, Keith se marchó puntualmente, y con gustoso anonimato, unos minutos antes de que volvieran Hope y Dink. Esto dejó a Guy un poco de tiempo para airear la habitación (sacudió una toalla por todo el cuarto mientras Marmaduke le roía los tobillos) y para sacar de cuajo las seis o siete colillas que Keith había embutido en las aberturas de los juguetes destrozados. Y entonces el castillo de naipes volvió a tomar forma.

Hope subió, y Guy bajó, cargando con Marmaduke, a instancias de aquella. Lizzyboo estaba en la cocina. Y también Dink Heckler. El número siete sudafricano se hallaba sentado a la mesa con su indumentaria tenística; como de costumbre, estaba inspeccionando parsimoniosamente varias secciones de sus brazos y piernas: tal vez (especuló Guy) era la increíble pilosidad de estos lo que le llamaba tanto la atención. Mientras calentaba el biberón de entre comidas del vociferante Marmaduke, Guy escuchó más gritos arriba, un intrépido intercambio de voces que fue elevándose hasta el abrupto clímax del portazo de la puerta de entrada. Luego Hope bajó saltando la escalera, resplandeciente tras su partido de tenis y tras haber realizado su última proeza doméstica: despedir a Doris.

—Me ha robado los pendientes. Estaban justo encima del aparador —explicó Hope.

—Mieda odida —exclamó Marmaduke.

—¿Puedo ducharme? —preguntó Dink.

—¿Cuáles? —quiso saber Guy.

—No tenían valor. De lo contrario, la habría desnudado hasta que aparecieran —aclaró Hope.

—Mieda odida —insistió Marmaduke.

—¿Has oído? Ha sido Doris. Le ha enseñado más palabrotas —dijo Hope.

—La tiita quiere un besito. ¡*Ay*! —exclamó Lizzyboo.

—¿Puedo ducharme? —volvió a preguntar Dink.

—¿No es asombroso… cómo siempre atina a coger el pezón? Quiero decir, ¿para qué contratar a nadie si luego son tan gordas que ni siquiera pueden *caminar*? —dijo Hope.

—Culotetas —varió Marmaduke.

—Escucha bien. ¡Mira qué pecho! Lo sabía: Doris ha estado fumando en su cuarto. Tendremos que atomizarlo —dijo Hope.

—¿Intal o Ventolín? —preguntó Guy.

—Yo ayudaré a sujetarlo —se ofreció Lizzyboo.

—¿Puedo darme una ducha? —insistió Dink.

Había un espejo grande en la cocina, y una gran cocina en el espejo, y Guy no dejaba de mirarse en secreto: una figura singular en aquel mundo ajetreado del espejo. Las figuras se deslizaban en todas direcciones por su superficie; Dink Heckler, con su pregunta machacona e incontestada, era la única bolsa de tranquilidad del lugar. Guy exploró sus propios labios lentamente con la lengua: ya no notaba apenas la hinchazón producida por el cabezazo de Marmaduke. Aquella noche, decidió, se abstendría de lavarse los dientes. El encuentro de las bocas (estoy en ello ahora), la manera como sus rostros parecía que se evitaban para luego quedar trabados en un mismo campo de fuerza. Algunas personas piensan que porque se trabaje en la City se dispone de inmensas cantidades de dinero. Él no había notado ninguna variación en la aguja de su barómetro personal y, sin embargo, sus bocas se estaban interpenetrando definitivamente. Por supuesto, ella es completamente inocente, está bastante verde, tanto en lo concerniente al dinero como a todo lo demás. Los ojos de Nicola se estaban cerrando con un levísimo temblor. Lo mejor serían los bonos: tardaría dos o tres días como mucho. Y había también una vacilación en alguna parte de los labios. Hablaré con Richard mañana mismo. Cuando sucedió, él sintió la lengua de ella detrás de los dientes, tiritando o encogida como un pájaro herido.

Hope dijo de repente:

—Fijaos en el anoréxico.

Guy rió. Se dio cuenta de que estaba comiendo a dos carrillos: un trozo de queso, una loncha de jamón, medio tomate.

—Es verdad. Acabo de darme cuenta —dijo, riendo de nuevo y doblando las rodillas para lamer el reguero de mayonesa que le corría por el meñique— de que me estoy muriendo literalmente de hambre.

—¿Puedo darme una ducha? —se oyó preguntar a Dink.

—¡Es sangre! —exclamó Lizzyboo.

—Tiene sangre en el pelo. ¡Guy! ¡Tiene sangre en el pelo! —gritó Hope.

—No te preocupes —dijo Guy—. Es sangre mía.

Fuera, la lluvia dejó de caer. Sobre los jardines y los tejados de las manzanas de casas, sobre las jardineras de las ventanas y las antenas de televisión, sobre la claraboya de Nicola y el bloque negro de Keith (sobresalía como una pierna ortopédica caída del cielo), el aire exhaló un agotado y desfallecido suspiro. Durante unos segundos, cada protuberancia de alféizar o alero vertió sistemáticamente agua cual boca babeante. Luego siguió un murmullo químico procedente tanto de la calle como de la tierra mientras el suelo acumulaba los

milímetros finales de lo que se le pedía que absorbiera. Después, el zumbido empapado del silencio.

Hace dos días estuve cambiando el bragapañal de Marmaduke. Fue una de las Peores Experiencias que jamás he tenido. Aún no lo he superado.

Supongo que tenía que suceder. Se producen vacíos de niñeras, fases de calma en medio del huracán de niñeras. Yo siempre ando haraganeando por donde la gente haraganea, o siempre voy a donde va la gente, deseoso de pasar el tiempo a su ritmo. Finalmente, Lizzyboo me ayudó a ponerlo bajo la ducha. Luego fregamos bien las paredes del cuarto del crío. Y el techo. Aún no lo he superado.

Marmaduke posee a su madre con totalidad bíblica, y siempre está metiéndole mano a Melba y dándose la lengua con Phoenix (y qué decir de los lotes que se pega con las *au pairs*); pero su obsesión sexual es Lizzyboo. Siempre anda enredado entre sus espinillas y lamiéndole el escote. Imposible conseguir que se bañe si no está ella presente. Siempre que puede, le mete la mano —o la cabezafalda arriba.

Por supuesto, y engorrosamente, Lizzyboo cada vez se da más cuenta de que no tiene motivos para temer las mismas barrabasadas por mi parte. No: habida cuenta del estado en que me encuentro, me es imposible mostrarme fresco con ella. A veces me dirige una mirada desconcertada e interrogativa —sus ojos parecen encogerse— mientras Marmaduke le recorre una oreja con la lengua. O mientras pugna para que ella le meta una mano por el bragapañal. Como ser humano que es, está empezando a preguntarse qué es lo que no funciona en ella. Yo podría decirle que soy homosexual o que he hecho voto de castidad, o simplemente que tengo miedo de coger una enfermedad fatídica. Supongo que no debería seguir jugando con sus sentimientos. Sobre todo ahora que no lo necesito.

He mandado por fax los doce capítulos a Hornig Ultrason, donde, por lo que se ve, mi cotización no deja de subir. Se puede apreciar por la forma como todos me hablan. Si no me equivoco, hasta la voz computarizada de la centralita delata una secreta parcialidad hacia mí.

—Un momento. Ahora mismo le paso a Missy Harter —me dice Janit Slotnick con el tono de quien está preparando a un niño de tres años para un regalo particularmente atractivo—. Ah, ¿y no conoce la noticia que tanto revuelo está causando aquí? —Yo estaba jugando con los ceros de un contrato de edición de bolsillo o de club de lectores cuando me lo soltó—. ¡Está embarazada!

Pero al final no me puso con Missy Harter. La computadora se estropeó, y veinte minutos después llamó Janit para decir que Missy se pondría pronto en comunicación conmigo, cosa que no ha hecho. Movido por un impulso, dije:

—¿Janit? Di madreperla.

—Madreperla.

—Y ahora di madreselva.

—Madreselva.

—Gracias, Janit.

—A su disposición.

Encarnación me ahorra, o abandona, una larga anécdota sobre sus aventuras en el supermercado (una historia en la que ella no sale muy bien parada) para informarme que Mark Asprey ha telefoneado mientras yo me hallaba ausente —mientras yo me hallaba evitando a Encarnación.

Mr. Asprey, refiere Encarnación, está deseando hacer una visita relámpago a Londres. Por supuesto, con solo mover un dedo puede conseguir una suite en un hotel o ser aceptado en la cama de numerosas princesitas tristes; pero a Mr. Asprey parece resultarle mucho más agradable parar precisamente aquí, en este lugar que él llama su casa y en el que, además, Encarnación puede desplegar todos sus poderes para asegurarle comodidad. Ella comulga plenamente con este anhelo sentimental de Mark Asprey. Y así, yo me trago treinta y cinco minutos acerca de la primacía del hogar, de lo bien que se siente uno en casa y este tipo de lindezas.

La propia Encarnación me sugiere la conveniencia de que yo me dé una vueltecita por Nueva York. Para ella, la simetría de dicho arreglo no carece de atractivo.

Yo no digo nada. Ni siquiera digo nada sobre las dificultades del viaje aéreo transatlántico Este-Oeste no-supersónico, para no tener que soportar luego un rollo de una hora acerca de, por ejemplo, la desaconsejabilidad de la guerra termonuclear. Me limito a asentir con la cabeza y a encogerme de hombros, confiando en que, por la naturaleza misma de las cosas, acabe cerrando el pico o largándose.

Anoche asistí a una cena en Lansdowne Crescent. Se hallaban asimismo presentes Lizzyboo y Dink. Los invitados principales no eran distinguidos; eran tres simples hijos de papá. Tres hermanos, Jasper, Harry y Scargill, tres representantes de risa de la pequeña aristocracia inglesa (habían venido de Yorkshire, cerca del lugar de nacimiento del padre de Guy, para asistir a un congreso sobre cuestiones agrícolas) junto con sendas esposas mudas. Estos muchachos de Bingley —pues

eran muchachos: engordados y curtidos y embrutecidos por el tiempo, pero muchachos, simples muchachos— vociferaron bastante al principio y luego se concentraron en sus platos: devotos y sudorosos comilones. Dink no dejaba de mirar a Hope, con un entrecejo aburrido que contenía algún mensaje cifrado; Guy apenas abrió la boca. No había ningún tipo de competencia o, para el caso, de elección: yo di vida a la velada. Y me queda tan poca…

La reunión acabó al poco de dar las once, cuando los aullidos y los truenos de Marmaduke no pudieron seguir desatendiéndose o no nos permitieron seguir hablando. Vi a la vapuleada *au pair* tratando de separarle las manos de la barandilla. Guy y Hope daban la impresión de querer retirarse un rato.

Agotado, me uní a Lizzyboo en el portal y vi cómo los cuatro coches se perdían en la cálida noche. Lizzyboo volvió hacia mí sus brazos cruzados. Yo sentí miedo. Ella hizo aquello con la cabeza gacha y con los dedos —infantilmente interrogativos— posados en los botones de mi camisa, que le proporcionaban así un lugar donde mirar mientras me preguntaba por qué no me gustaba. Yo sentí miedo. Me había temido algo así. ¿Cuál era la naturaleza de aquel miedo? Se asemejaba al peso de un millón de adulterios, complicaciones, falsas verdades, oportunidades de traición. También la sensación inexplicable de que yo ya la había amado o deseado o sentido orgullo masculino por ella mucho tiempo atrás, y besado sus pechos y aguantado la presión de sus piernas sobre mi espalda muchas, muchas veces, hasta que aquel amor desaparecía por completo, y yo no quería volver a hacerlo, nunca más. Me habría gustado tener algún pequeño certificado o tarjeta que poder enseñar, que dijera que yo no estaba obligado a hacerlo, nunca más. Tenía miedo de su cuerpo y de su vigor, de su carne, de su vida. Temía que pudiera herirme. Temía que pudiera romperme.

—Me gustas mucho.

Lo único que vi fue la absoluta serenidad con que nos íbamos a separar, mientras decía:

—¿De veras? ¿Quieres venir un rato a mi habitación?

—Eh…, creo que no.

—¿Por qué? ¿Hay algo en mí que te parece mal?

A decir verdad, las uñas de los pulgares de sus pies están empezando a perder simetría, tiene un lunar exagerado por detrás de su cuello, y por lo general su piel (si la comparamos, por ejemplo, con la de Kim Talent) muestra claros signos de desgaste, de paso del tiempo, de muerte. Pero dije:

—Eres muy guapa, Lizzyboo. Concédete el beneficio de la duda. Lo que ocurre es que… estoy enamorado de otra persona.

Acto seguido acudí a una cita con Nicola, en su casa. No estoy enamorado de Nicola. Hay algo que nos une estrechamente; pero no es amor. Con Nicola es más bien lo otro.

Missy Harter me habla desde la otra punta del hilo para decirme que tiene un cheque sobre la mesa —suficiente para salir adelante unos cuantos meses: suficiente—. Yo le dije:

—Gracias a Dios. Has debido recurrir a algún atajo. Espero que no estén grabando esta conversación.

—Esperas bien. Es una llamada virgen.

—Estupendo. ¿Alguna otra novedad?

—¿Sobre lo que tú llamas la situación del mundo? Pues mira, sí. La semana que viene: estallido.

—Querrás decir quiebra.

—Estallido. Ruptura pura y simple.

—Pero eso es terrible.

—No tanto. La razón: si nosotros no lo hacemos, lo hacen ellos. Y ahora, adiós.

—¡Espera!… ¿Alguna otra noticia?

—Sí. Tengo una noticia para ti. Estoy embarazada.

—Y yo tengo otra noticia para ti. Es mío.

—*Chorradas* —dijo ella.

—Lo sabía. ¡Lo es!

—*Chorradas*.

—Aquella última vez. En el Cabo.

—Por favor, no hablemos de eso. Estaba borracha.

—Sí, y apuesto a que estabas borracha también por la mañana. Fue entonces cuando sucedió. Por la mañana. Sentí un *clic*. Hasta lo oí. Un *clic* clarísimo.

—*Chorradas*. Corto ahora mismo. Voy a cortar.

—¡No cuelgues! Voy para allá. Ahora mismo.

—¿Para acá? ¿Para América? —Rió con tristeza—. ¿No te has enterado? No se puede entrar.

Es con gran, con inefable… es con la más pesada ambivalencia como voy a…

No quiero ir. No quiero ir. No me encuentro suficientemente en forma para enfrentarme con América. No estoy a la altura de América. Quiero quedarme aquí, a ver cómo se desarrolla todo esto, y llevarlo al papel. No quiero ir. Pero voy a ir. Ni siquiera podría vivir conmigo mismo si me quedara. Además, hay un cielo allí arriba que parece una playa, con arena blanca y océano azul y balonvoleas en espiral y

cúmulos de *putti* que estallan en medio de aquel oleaje. Ideal para volar. Tal vez ideal para amar.

Heme aquí en este momento con la maleta hecha, esperando un coche que no aparece. Acabo de llamar otra vez a la compañía de minitaxis (su agresivo eslogan: USTED BEBE, NOSOTROS CONDUCIMOS). Un mensaje grabado, seguido de tres piezas de Engelbert Humperdinck, seguidas de las evasivas mal articuladas de un tipo que no habla inglés. Difícil creer que en ese cuchitril de sustitutos more todavía un genio latente que conozca el camino al aeropuerto de Heathrow. Sin embargo, estoy seguro de que alguien acabará haciendo un intento de venir aquí.

El cielo me está diciendo que podría conseguirlo al final. Ah, tarará tururú, o tururú tarará. Tras fracasar en el arte y el amor, tras haber perdido, puede ser que al final alcance el éxito en ambas cosas, a pesar de lo tarde que es en este maldito día. Mis negocios están en regla. Mis actores están bien agarrados. Pero ¿dónde está mi taxi?

Llamé a Guy para decirle que no hiciera nada precipitado durante mi ausencia. No quiero que haga nada precipitado hasta que yo vuelva. Con un poco de suerte, pasará unos días tranquilos. O quizá agitados. Preveo una recaída del proceso bronquítico de Marmaduke. Keith, al verse solo al cuidado del niño durante más de una hora, no se limitó, según he podido saber, a fumar su cuota normal de un cigarrillo cada siete minutos. Además de enseñar a Marmaduke a boxear y a soltar tacos y a gorjear viendo las fotos de tías buenas de su periódico, Keith enseñó a Marmaduke a fumar.

Con el propio Keith, por supuesto, no pude hacer nada. Durante toda su vida, la gente ha tratado siempre de inmiscuirse en sus asuntos, sin llegar nunca a ninguna parte. Ha tratado de encerrarlo. Yo también lo encerraría, con cerrojo y siete llaves si pudiera, solo un par de semanas. Como yo, como Clive, como el planeta, la deuda de Keith está envejeciendo; y Keith hará lo que Keith tenga que hacer… De todos modos, me acerqué a su casa. Subí a rastras la escalera de cemento, entre reniegos y blasfemias. ¡Dios mío!, aún no hace diez años, era todo un acontecimiento cruzarse en Londres con dos hombres por la calle y no oírles pronunciar la palabra *joder* o alguna de sus afines; pero ahora lo hace todo el mundo: los críos, los curas, las abuelitas. Entré sin llamar, pues Kath me ofreció hace unos días, sin mediar palabra alguna, una llave roñosa. La madre y la niña se hallaban en casa: no así el perro, ni el *estafador*. Kim se puso contenta al verme, tan contenta, en efecto, que si no me cegara y diera vértigo esta misión-de-amor, debería reconocer que algo va muy mal en Windsor House. Una hora de vigilancia de Keith es suficiente para hospitalizar a Marmaduke Clinch: o sea, que Kim Talent…, o sea, que Kim Talent… En los cortos sobre el mundo animal, el cocodrilo adulto

coge al bebé con las fauces. Uno se teme lo peor: pero la boca aserrada de este cocodrilo es lo suficientemente delicada para tratar con cuidado a la carne recién nacida, al estilo gatuno. Por otra parte, los reptiles no suelen ocuparse de sus pequeños… Y cuando papá se enfade, sus grandes mandíbulas se abrirán por otras causas, por otras hambres… Kim lloró cuando me despedí de ella. Lloró cuando salí de la habitación. Me parece que debe de quererme mucho. Ya me han querido antes, pero nadie ha llorado nunca cuando yo salía de la habitación. Por increíble que pueda parecer, Missy solía llorar cuando me iba del apartamento. Y lo propio hacía yo. Antes de marcharme, dejé una nota escrita para Keith (más 50 libras por clases de dardos) sobre la mesa de la cocina, visiblemente cerca del *Darts Monthly* de octubre.

Aunque yo podría ir al aeropuerto solo. El gran problema es: ¿cómo traer luego el coche? Pues Mark Asprey querrá utilizarlo.

—¿Te podría pedir, Nicola —le dije por teléfono—, que seas prudente y despliegues el mínimo de actividad mientras estoy ausente? —Estaba comiendo algo. Dijo:

—¿Qué te lleva a América?

—El amor.

—¡Vaya! Qué pena. Estoy planeando un par de platos bastante picantes. Te vas a perder la parte más sexy.

—Nicola, no lo hagas. —Estaba tragando. La oí inhalar magistralmente. Luego dijo:

—Has tenido suerte. Precisamente acabo de decirle a Guy que me voy a ausentar un par de días. Me voy a mi *retiro*.

—¿A tu qué?

—¿No te gusta? Un lugar donde viven un par de monjas y monjes. Donde podré meditar en un marco rústico.

—Estupendo. No sabes cómo te lo agradezco. ¿Por qué vas despacio ahora?

—No me queda otro remedio. Así que estate tranquilo. Dispones de unos días de gracia.

—¿A qué te refieres?

—Adivínalo… ¡Oh, *vamos*! Eso que no puedo dominar.

—Me rindo. —Suspiró y dijo:

—La puñetera *maldición*.

Un indio señorial acaba de echarme un rapapolvo por el mero hecho de esperar que asome un taxi en cualquier parte y en cualquier momento. Parecía reprocharme el estar viviendo en el pasado. Las cosas, me ha dicho, ya no son *así*. Pero que él verá lo que puede hacer. Me llevaré el cuaderno de notas, por supuesto. Y dejaré la novela. Bien amontonadita. Muchas páginas. ¿Quiero que la lea Mark Asprey?

Supongo que sí. Me llevaré el cuaderno de notas: con todo el tiempo de espera que habrá y todo lo demás… Supongo que tendré muchas cosas que contar. ¿Habrá cambiado América? No. América no saldrá con ninguna idea nueva, ninguna duda nueva, sobre sí misma. Ella no. Pero tal vez yo sí pueda hacer una nueva lectura: un ensayo, quizá, basado en mis propias experiencias, una meditación sustanciosa (¿y publicable?), de unas ocho o diez mil palabras de extensión, sobre la manera como América ha empezado a cumplir…

Oh, esto es demasiado. Fuera —¡qué tío!—, Keith acaba de parar su Cavalier azul eléctrico. Me pongo en pie. Me siento de nuevo: de nuevo esa pesada desgana, en las caderas, en las ancas, de donde debería brotar el amor… Ahora bien, ¿hasta dónde llegará la etiqueta en todo esto? Acaba de bajar del coche y de echar una mirada cauta a la calle. Le he saludado con la mano. Él ha levantado su pulgar de largo arco —su pulgar inclinado y semicircular—, Keith luce una camiseta de redecilla y unos pantalones pastel, pero su gorra de chófer reposa amenazadoramente sobre el capó. Está limpiando la chapa con una bayeta de material sintético. Si abre primero la puerta trasera, ya puedo ir preparando otras cincuenta libras.

Basta. Estoy listo. Vayamos a América.

Bueno, ya estoy de vuelta.

Estoy de vuelta.

He estado ausente seis días. No he escrito una palabra. Según me siento ahora, podría muy bien no volver a escribir nunca otra. Pero hay otra. Y otra.

He perdido. He fracasado. He perdido todo.

El trece trae mala suerte.

Dios mío, si pudiera meterme en la cama y cerrar los ojos sin verme en ningún espejo…

Por favor, que nadie me mire. Me caí…, me caí realmente allí. ¡Oh, mierda!, estoy hecho trizas.

Aparte del hecho de que, como consecuencia de la situación política, todos ellos con sus seres queridos podrían desaparecer en cualquier momento (esta frase necesita ser pulida, pero es demasiado tarde en este momento), mis protagonistas se hallan en perfecta forma y de un humor razonablemente bueno. Aún siguen formando una cruz negra.

Han cambiado un poco de aspecto. Pero no tanto como yo, catapultado a los setenta años y aún no recuperado de la caída.

Entro en el Black Cross y nadie me reconoce. Soy un extraño. Y todo tiene que volver a empezar.

Sin duda por el apego a la forma, los escritores no consiguen ponerse al día en el tema de la ausencia de forma contemporánea. Escriben sobre una realidad vieja, con un lenguaje más viejo aún. No son ya solo las palabras: son los ritmos del pensamiento. En este sentido, todas las novelas son novelas históricas. Como no soy realmente un escritor, es probable que yo lo vea más claro. Pero también yo lo hago. Por ejemplo: sigo conduciéndome como si la gente se sintiera bien.

Me fijo en los críos, que cambian rápidamente también. Marmaduke, por lo que he podido observar, es exactamente el mismo excepto por una particularidad. Ha dejado de decir «cheche». Ahora dice —y lo dice a menudo y muy alto— «chetche» o «cheiche» o «chtche» o, más simplemente, «chtch».

Muy bien, si vamos a seguir con esto, tendrán que producirse algunos cambios por aquí. Dejando a un lado otras cosas, creo que me estoy volviendo ciego: así que adiós a los colores. En realidad es la propia Nicola, con sus últimos desafueros, quien me ha conducido a esto. ¿Quién ha dicho que esta gente necesita tanto aire y espacio? Todos estamos ahora metidos en lo mismo.

¡Kim ha dejado de decir «Enlah»! Llora normalmente, humanamente, complicadamente. Ha dejado de rendir homenaje al súbito, al salvaje dios de los bebés: ¡Enlah!

Ahora estamos todos metidos en lo mismo. Al igual que ocurre con la situación del mundo, algo tendrá que ceder, y pronto. Todo se volverá mucho más borroso, más confuso. Todo se está viniendo abajo, yo, esto, la madre tierra. Más: el universo, aunque en apariencia bastante espacioso, avanza imparable hacia la muerte por asfixia. Espero que haya universos paralelos. Espero que existan alternativas. ¿Quién nos confeccionó con estos defectos de diseño? La entropía, la flecha del tiempo…, el voraz desorden. El universo diseñador: pero estaba destinado a estropearse con el tiempo, como el género que compras en GoodFicks. O sea, que a lo mejor el universo es un gato, un gato por liebre, una pacotilla puesta en nuestro camino por el *Estafador*.

«Cheche» es una palabra sin la que, supongo, puedo vivir. Pero ¿«enlah»? Ya la echo de menos. Ya nunca la volveré a oír. Nadie la volverá a oír, de sus labios no. ¿Cómo sonaba? ¿La puedo recordar bien? ¿Adónde he ido a parar? ¡Oh, Dios mío, no!: el infierno del tiempo. Nunca imaginé que se perdieran también esta clase de cosas. El tiempo te *arrebata* cosas a manos llenas. Las cosas desaparecen sin más en él.

Keith da la impresión de haber sufrido un serio examen de su carácter y de haberlo superado brillantemente. Ahí está, con una mano bajo la nariz, con su dedo cortejador descansando en el vértice entre el cañón y el astil, con el meñique levantado: el patoso, el tonto, la pista falsa. Fui a verlo al hospital. Está en cama, con su camisón blanco, sonriendo débilmente. Nos tuvo muy preocupados durante un tiempo. Pero los dos están en curso de reparación.

Hay algo que no capto, y ese algo tiene que ver con la verdad, y creo que estoy bien situado para intentar atraparla —la verdad, quiero decir—, porque esta historia es *verdadera*.

La forma como tal es mi enemiga. Todo este maldito romance. En la ficción (muy bien llamada así), la gente es coherente e inteligible…;

pero la gente no es así. Todos sabemos que no es así. Todos lo sabemos por propia experiencia. Hemos pasado por ello.

¿La gente? La gente es un conglomerado de sutilezas caóticas, cada una de las cuales vive en su propia cueva. Pasa las horas en amoroso resentimiento y retrospección y experimentos mentales. Junto al fuego del campamento muestra la habitual dosis de exhibicionismo y escucha sus propios gimoteos sobre lo mal que se siente y lo hondo que se está hundiendo. Todos hemos pasado por ello.

La muerte ayuda. La muerte nos ofrece algo que hacer. Porque cuesta un trabajo enorme aparentar lo contrario.

Una nota extremadamente civilizada por parte de Mark Asprey, bien pergeñada, bien redactada, como el propio redactor, y dejada en el despacho, apoyada sobre el montón de mis cuartillas:

> Querido Sam: Faltan dos cosas. (¿Has frecuentado malas compañías?) Supongo que no has usado, ni siquiera advertido, dichos objetos, pues tú eres un no fumador irreprochable…, mientras que a mí me encanta un buen latigazo de tabaco turco con mi café matinal, al igual que me gusta saborear, en el otro extremo de la jornada, la recia solidez de un colosal habano. Artículo 1.º: un encendedor de ónice. Artículo 2.º: un cenicero de oro batido. Te saluda afectuosamente, MA.

Ningún comentario (¿salvo en el paréntesis?) acerca de mi novela, que estoy seguro que ha ojeado —si bien las cuartillas, eso no se puede negar, están exactamente tal y como yo las dejé colocadas.

Me pregunto si MA se habrá entrevistado con la víctima durante su estancia aquí. Me pregunto si MA se habrá acostado con la víctima durante su estancia aquí. En este momento preciso, nada de esto parece tener importancia. Pero un momento: siento que algo se revuelve otra vez en mi interior. Ambición, obsesión. Preferiría que fuera obsesión. Es lo único que me puede mantener levantado de la cama. Todos los estantes del despacho están llenos de meada de Asprey…

He tenido que ponerme al día y explayarme en un montón de cosas, pero ella se ha mostrado tremendamente dulce y paciente conmigo. Una cosa es bien cierta: la voy a echar de menos.

El tiempo tiene un nuevo número, o, mejor dicho, un nuevo *ángulo*. Y no me refiero a las nubes muertas. Parece que seguirá así bastante tiempo: por los siglos de los siglos, más o menos. No tiene buena pinta. Esto hará que todo empeore. No es prudente. El tiempo no debería hacer esto, de verdad.

Él frunció las cejas. Ella rió. Él se alegró. Ella puso mala cara. Él sonrió maliciosamente. Ella pestañeó. Venga, hombre. Nosotros no *hacemos* eso. Excepto cuando estamos fingiendo. Solo los bebés fruncen las cejas y pestañean. El resto de los humanos simplemente engañamos con nuestras caras engañosas.

Él sonrió maliciosamente. No, mentira. Si un tipo te sonríe maliciosamente en los tiempos que corren, lo mejor que puedes hacer es cortarle la cabeza antes de que él te la corte a ti. Dentro de muy poco, el estornudo y el bostezo serán materia de museo. Incluso los tics.

Ella rió. No, mentira. Reímos unas dos veces al año. Casi todos hemos perdido nuestras risas y nos las apañamos ahora con nuestras risas falsas.

Él sonrió.

No es verdad del todo.

Todas estas cosas no conviene pensarlas, no conviene decirlas, no conviene escribirlas. Todas estas cosas no conviene escribirlas.

13. NO SOSPECHABAN QUE…

Con la forma de una pastinaca torcida, vieja, veteada de aceite, semitransparente y arrastrando su plumoso carrete de vapor pardusco, una nube muerta se descolgó de la calima para encaminarse, con claras señales de esfuerzo, hacia el sombrío estadio del oeste. Guy Clinch había levantado la vista. Ahora la bajó. Para él, las nubes habían sido siempre el resumen de todo lo que podía uno esperar razonablemente del planeta; le emocionaban más que los cuadros, más que los apasionantes mares. Por eso las nubes muertas, cuando las veía, acarreaban también una respuesta poderosa (le parecían peores desde que era padre). Las nubes muertas te hacían odiar a tu padre. Las nubes muertas hacían difícil el amor. Sin embargo, te hacían quererlo y necesitarlo: el amor. Te hacían tener que tenerlo.

Así era como le iban las cosas a Guy. O así era como oscilaban y vacilaban las cosas para él. La noche del Pájaro Herido —el beso, cuando sus labios se tensaron para encontrar o evitar los labios de Nicola Six—, Guy acudió al hospital poco después de las diez.

Se encontraba bastante bien. Si alguien le hubiera preguntado cómo se encontraba, él habría contestado que «bien». Aparte del escozor del ojo izquierdo, de una inflamación de garganta y de un cólico controlable (todo lo cual caía dentro de los cada vez más amplios parámetros del *encontrarse bien*), más su permanente dolor en la parte baja de la espalda relacionado con su estatura y los numerosos rumores sobre todo lo que le acechaba mortalmente, Guy se encontraba bien. En cambio, el ataque de asma de Marmaduke (le dio de repente aquella misma noche) tenía todos los visos de la gravedad. El médico acudió y admiró desde la distancia las desesperadas hinchazones de la barriga de Marmaduke. No es que no pudiera coger aire; es que no podía echarlo. Se hicieron numerosas llamadas telefónicas —lucecitas enviadas para tantear todos los resquicios y derivaciones del sistema sanitario—. Por supuesto, Guy y Hope tenían su propio sistema. Si los mejores cuidados disponibles eran privados, entonces Hope acompañaba al niño; si no eran privados, le tocaba hacerlo a Guy. Este arreglo, decía Hope, respondía a las convicciones igualitarias de su marido, a su interés por la «vida», como ella decía

con el debido desprecio. Sea como fuere, a las once de la noche Guy tenía su pijama y su cepillo de dientes metidos en un maletín y no tardaría nada en sacar el coche del garaje.

Guy acudió también la noche siguiente, directamente desde su despacho, relevando a Hope, que se retiró la mascarilla que llevaba puesta desde hacía bastante tiempo y le informó que el milimétrico eczema había atravesado ya todo el pecho de Marmaduke y avanzaba ahora, a una velocidad casi visible para el ojo humano, hacia su cuello y su cara. Con un gesto de tranquilo desafío, ella levantó la sábana. Guy miró asombrado al ornado niño.

Cosa aún más extraña e inquietante, Marmaduke yacía perfectamente inmóvil, y en el más completo silencio. En anteriores hospitalizaciones, cuando Guy llegaba con sus flores, sus plátanos, sus juguetes y animalitos mimosos, y su neceser, Marmaduke solía salir de las zonas de bajas presiones de debilidad y desorientación para propinar a su padre un sonoro tortazo. Pero aquel día… ni siquiera un asomo de escupitajo. Ni siquiera un intento de gruñido… Los ojos enrojecidos de Marmaduke miraban fijamente, desconcertados y suplicantes. Cuando el niño sufría así era como si el propio Guy, o el pequeño fantasma de Guy, sufriera un ataque de tos o de apoplejía, perdido en algún rincón de un mundo alterno. Al verlo ahora así, postrado, Guy sintió la familiar equidistancia entre las lágrimas y la náusea. Consiguió superar este último impulso. Pero entonces Hope se echó a llorar. Y entonces Guy se echó a llorar. Ambos se abrazaron. Y juntos, y con sumo cuidado, abrazaron al niño.

Aquella noche Guy pensó en Nicola muchísimo, si bien involuntariamente, y sin placer. Y se lavó los dientes con cierta violencia, suprimiendo de su boca el último recuerdo de sus labios. Tendido en aquel catre de tijera dentro de aquel cubículo asfixiante, incorporándose cada cinco minutos para comprobar los rubíes rojos que coloreaban la superficie del sueño arrastrado de Marmaduke, su imagen restalló en él en pequeños destellos de aborrecimiento de sí mismo y consternación. Aquella hora robada: Keith y sus pitillos: si Hope supiera…, su rabia, justificada y sin límites. La relación entre el beso ilícito y el sufrimiento del niño era quizá tan tenue como el humo del tabaco en aquella breve vigilia de Keith; pero a él le pareció una certidumbre. Esta es la mujer que besó al hombre que pidió al amigo que fumó el pitillo que cuidara del niño que vivía en la casa que construyó Hope… Lo mejor, lavarme cuanto antes las manos de todo este asunto. Será soportable. No me *matará*. Le daré el dinero, y se acabó. Esta promesa, formulada repetidas veces, parecía sosegante, ascética y renunciadora. A las cuatro palpó la frente de Marmaduke por última vez y cayó dormido unos momentos antes de que irrumpiera en la habitación la primera enfermera.

Por la mañana, Marmaduke tenía un aspecto horrible y sonaba como si… Bueno, no había más que cerrar los ojos y se imaginaba uno enseguida a unos leñadores afanados con los mangos de la sierra doble talando pacientemente algún titán de los bosques. Y, sin embargo, era opinión de los médicos que el niño se estaba estabilizando. Las vesículas cutáneas, por ejemplo, habían empezado ya a supurar. Guy miró la cara que reposaba sobre la almohada manchada de sangre y fue incapaz de imaginar que un niño pudiera recuperarse de aquello jamás. Pero Marmaduke se recuperaría. A decir verdad, supo, para su gran vergüenza, que la recuperación estaba próxima porque había vuelto a rondarle la cara de Nicola, y ya no medio vuelta hacia otro lado; era cándida y despierta y voluptuosamente inocente. Pero como de todos modos se encontraba en un hospital, Guy sintió la necesidad de preguntar, de buscar a alguien que pudiera extirparle quirúrgicamente aquella cara (aquella imagen, que parecía la impronta del sol pero que nunca se desvanecía). Naturalmente, la medicina no había tenido ninguna utilidad para los Macbeth; ni tampoco la tendría para él. Cuando llegó Hope a las diez y media con Phoenix y Melba y la extraña *au pair*, Guy se escabulló y llamó a la oficina, y habló con Richard, quien le dijo que podía ir a por el dinero al mediodía. Volvió justo cuando el médico, el especialista en asma de la casa, se marchaba.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Guy.

—¿Él? —dijo Hope—. No sé. Parte alérgica, parte reactiva.

—Cuando mejore —dijo Guy, que estaba pensando «No demasiado lejos en cualquier caso, aunque ella siempre podría venir a verme a la estación»—, nos iremos a vivir fuera de Londres.

—¿Ah, sí? ¿Adónde, Guy? ¿A la luna? ¿No lo has oído? Todo el planeta es un basurero.

—Bueno, pues ya se verá.

—Puedes irte ya.

Pero se quedó un rato más, como buen padre que era, y estuvo mirando al niño. Dios mío (pensó Guy), se parece a Ío. Se parece a Ío, la luna derretida de Júpiter, cubierta de lava fría procedente de volcanes fríos. Los volcanes de Ío, producidos por dióxido de sulfuro, que hierve a muchos grados bajo cero al entrar en contacto con el sulfuro… Justo en aquel momento, Hope se desabotonó la camisa y liberó un pecho, que ofreció al niño, para reconfortarlo. Por supuesto, Ío está ligada al planeta madre mediante una especie de cordón umbilical. Un «flujo» de energía eléctrica. Diez millones de amperios.

Más tarde, mientras se inclinaba a besar los labios de Marmaduke (la única parte de su cara no afectada por el pantano reventado de la inflamación), el niño pestañeó y esbozó claramente una sonrisa burlona. Bastante débil para lo que él acostumbraba; pero Guy se

animó y volvió a sentirse optimista al encontrar a su hijo capaz de una mueca, por poco enérgica que fuera. Llevaba esposas de plástico, para que no se pudiera arañar.

Un kilómetro y medio más al oeste, Keith Talent encendió un cigarrillo con la colilla de su predecesor, que introdujo luego en un bote de cerveza vacío. De este modo se burlaba del cenicero de oro batido y del encendedor de ónice, dos adquisiciones recientes, que yacían cerca de él. Alcanzó una lata de cerveza llena y luchó con el yugo elástico del paquete de seis. Soltó un taco. Tosió. Se incorporó en la cama. Eructó desmedidamente.

El ruido que hizo el eructo fue doblemente desproporcionado, desproporcionado respecto a su cuerpo y desproporcionado respecto a la habitación capullo en que vivía. El propio Keith se asustó un poco. Un eructo de película de terror, un eructo que pedía a gritos la presencia de al menos dos exorcistas. A lo mejor uno de los eructadores profesionales del infierno estaba desplegando su actividad en el cuerpo de Keith. Pero a Keith no pareció importarle en el fondo. Eructó otra vez, deliberadamente, retadoramente. El eructo fue contestado por el ladrido del perro, en la cocina. «Keith», exclamó Kath. Y hasta la pequeña Kim barajó la posibilidad de protestar. Keith las obsequió con otro.

Allí tumbado, entre los knuts y nudos corredizos de las sábanas baratas y de las mantas húmedas, con su slip rosado puesto, el bote de cerveza encima de la barriga y silbando con el hocico entre los dedos, Keith se hizo una idea bastante exacta de quién y qué era. Podía saborear su propia esencia. El acre olor de los vestuarios con casilleros, las rejas de las comisarías, los dormitorios de los reformatorios, las cárceles.

Las cosas marchaban mal. En el teléfono: «¿Keith? Soy Ashley. Voy a tener que hacerte daño, tío. ¿Te enteras? Te voy a hacer *daño.*» Keith Talent, que había hecho muchísimo daño a su vez, que sabía lo que era el daño desde los dos puntos de vista, Keith Talent se enteró. «Entiendo.» El daño no era como la televisión. Era real. No podía ser más real: la realidad rompededos. Sí, y te daban de patadas hasta que perdías el sentido y te dejaban tirado en un jodido contenedor de basura.

Van a venir en cualquier momento, de todos modos, los jodidos alguaciles. Muy curioso: te mandaban siempre a dos tipos gordos, barbirrojos, que siempre hablaban por lo bajo…, los esbirros del dinero (no querían problemas). Tasaban todo lo que tenías. Te dabas cuenta entonces de lo poco que valías. En aquel preciso momento Keith se sintió como una moneda (notaba el sabor a moneda en su boca), desportillada y mugrienta, y de poco valor. En un plazo de tres

noches debía estar presente en el Duoshare.

Cuartos de final. «Promocionado en todo el país», dijo Keith. Se quedó mirando con la boca abierta el dedo corazón de su mano derecha. Avales prestigiosos. Ninguna ayuda tampoco de esa tía mentirosa. ¿Estaba a punto de concluir el sueño de los dardos? ¿Estaba a punto de estallar la burbuja de los dardos?

¿Keith? ¿Qué es lo que pasa? La verdad era que, además de sus habituales padecimientos, Keith estaba sufriendo también las secuelas del delito violento. Casi se le podía oír decir, como melancólica explicación: «Estoy sufriendo las secuelas del delito violento.» Existen efectivamente secuelas del delito violento, y son onerosas. De eso podemos estar seguros. Fijaos: hasta el propio Keith era capaz de sentirse fatal por dicha causa. El delito violento *tiene* por fuerza que dejar sus huellas, afectar a personas como Keith, que de todos modos siempre se sienten fatal. Volvió a eructar, y el perro a ladrar y él a eructar otra vez —«Keith», gritó Kath—, y así siguió un buen rato, tratando de ganar en eructos a un perro viejo bajo una manta de humo de tabaco bajo un sol bajo.

Al participar en un delito violento, Keith había apostado. En al menos tres o cuatro sentidos, Keith había apostado con el *tiempo*. Se había jugado el valor de muchos días en la intensidad de unos escasos cuarenta y cinco minutos; y ahora esas horas apostadas se le restaban del presente. Apostador nato, Keith se había jugado aquellas horas; y las había perdido. Había perdido. No todo, porque sabía que saldría adelante y que no lo meterían en chirona. Pero no había ganado. ¿Adónde habían ido a parar todas aquellas horas apostadas?

Todo aquello había sido una pura farsa desde el principio. No trabajar nunca con nuestros hermanitos de color, dijo Keith para sus adentros. Hay que decir que este mandamiento encerraba poca beatería. Era como decir: No vayas nunca en coche por Golborne Road los viernes y sábados por la tarde. Los camiones de la basura, vaya. Embotellamiento ocasional. Mejor coger Lancaster Road en su lugar. Sentido común. Keith no tenía prejuicios. No había que preocuparse. Keith tenía un montón de amiguetes extranjeros, convencido como estaba de que se necesitaba un poco de todo para hacer un mundo. Fijaos en Yaroslav, con sus dientes de caballo, de extracción polaca. Fijaos en Fucker Burke, irlandés cagao y patatero de pura cepa. Y en Pongo, que era de Cornualles. No, a Keith le gustaban de todo tipo, todo tipo de hombres, al igual que le gustaba todo tipo de mujeres, de colores, de credos. Fijaos en Balkish y en Mango y en Leeza y en Iqbala. Fijaos en Thelonius. Sin embargo, al final apreciaba la sabiduría de la concepción tradicional: que cuando se trataba de *trabajar*, el negrito de turno te servía para lo mismo que un cenicero en una moto. Igualito que con su contrincante negro en la competición

de dardos. Toda la sinceridad que quisieras. Pero falta de ojo clínico.

El plan era engañosamente sencillo. La mamaíta de Thelonius, Lilette, trabajaba como mujer de la limpieza, pero nunca durante mucho tiempo. Tan pronto como en la casa creían llegada la hora de confiarle un juego de llaves, Lilette creía llegada la hora de confiárselo a Thelonius (que hacía una copia) y dejaba el trabajo un día después. A la noche siguiente —a altas horas— Thelonius se pasaba por la casa… Thelonius pareció ofenderse por la ligera insinuación por parte de Keith de que los maderos pudieran descubrir el pastel.

—Los maderos no saben una mierda —sentenció—. Este es un golpe gordo. Yo tengo mucha mili encima, tronco.

—Bingo —dijo Keith.

Tal y como habían planeado, Keith asomó por el Golgotha poco después de las nueve. Thelonius estaba allí, tal y como habían planeado. Cosa un tanto rara, y poco prometedora, Thelonius estaba bebido. «Sdoveo», decía Thelonius. «Sdoveo.» Quería decir «Vídeos». Después permaneció otro buen rato, esforzándose por decir «Digital». No doy una perra gorda, pensó Keith (con don profético). Fuera, Thelonius desplegó su mano temblorosa para presentar su nuevo coche: un Mini marrón trucado, con luces de rally, guardabarros cromados personalizados y ventanillas de lujo. Muy poco discreto, pensó Keith mientras se inclinaba para subir en él.

—Pocos vídeos digitales vamos a poder cargar aquí, tío —dijo Keith, contento, al menos, de ahorrar al Cavalier aquella misión—. ¿Qué le ha pasado al BMW?

—Tuve que desprenderme de él, tío. No hubo más remedio.

Keith asintió con la cabeza. Lo sucedido era que Thelonius había invertido todos los billetes de cinco libras fruto de sus últimos golpes de suerte en la compra del BMW. Había comprado el BMW a un *estafador*. Un par de días después carecía de medios para comprarle al coche un litro de gasolina, y qué decir del dinero para realizar las reparaciones y cambios (ejemplo: un nuevo motor) que el BMW estaba pidiendo a gritos. Así que se lo había vuelto a vender al *estafador*, asumiendo una enorme pérdida en la operación. ¿Y qué hace entonces con los fondos que le quedan? Consigue este llamativo cacharro y otro chaquetón de pieles. Un chaquetón de pieles nuevo que ya está manchándose de aceite en el maletero del Mini, y Thelonius que no tiene dinero suficiente para llevarlo a limpiar. Esto es lo que había pasado.

—Quince minutos —dijo Thelonius amodorrado—, y volvemos ricos al Black Cross. ¡El muy hijoputa…!

—¿Qué?

El coche no tenía gasolina.

Y ninguno de los dos llevaba dinero.

Así que tuvieron que acudir al Cavalier para que los llevara al rincón oscuro de Tavistock Road. En el camino, Thelonius repasó sus sueños de una jubilación temprana: el regreso a Santa Lucía, la tierra de sus padres, bajo una lluvia de serpentinas y acompañado de una rubia; una casa solariega al estilo ranchero, una playa privada, un flamante helipuerto. No había luna ni semáforos, y sí un techo bajo de nubes. La puerta se abrió suavemente al contacto de la llave de Thelonius.

—Bingo —exclamó Keith.

No sospechaban que el lugar que estaban a punto de desvalijar —la tienda, y la vivienda que había arriba— ya había sido desvalijado la semana anterior: sí, y la semana anterior a esta. Y la semana anterior a la antedicha. Estaba exponencialmente desvalijado. En efecto, el robo con allanamiento de morada, visto en términos darwinianos, estaba entrando en una fase crítica. Los ladrones se encontraban con que casi todos los lugares habían sido desvalijados. Los ladrones se tropezaban los unos con los otros, se pisaban los talones. Había embotellamientos de ladrones en los tejados y escaleras, en las crepitantes chimeneas. Los ladrones eran robados por sus propios compañeros de oficio, y hacían a su vez lo mismo con estos. Los objetos robados rebotaban de casa en casa. De regreso de un robo, los ladrones descubrían que habían sido robados, a veces por el mismo ladrón al que acababan de robar… ¿Cómo se podría resolver aquella crisis en el sector del robo? Se resolvería cuando hubiera suficientes ladrones que consideraran el robo una pérdida de tiempo, y dejaran de robar. Entonces, por algún tiempo, el robo volvería a ser rentable. Pero los ladrones disponían de muchísimo tiempo libre —era lo único que les sobraba, y no había ninguna otra cosa que hacer con él—, por lo que seguían robando y robando.

—¡Me cago en la leche!

—¿Qué?

—La linterna se ha estropeado.

Por el momento se las apañaron con la luz del encendedor de Keith. Thelonius encontró la caja registradora, la abrió de un porrazo y esgrimió triunfalmente un puñado de vales de comida.

—Uvecés. Uvecés de mierda.

—Espera un poco —dijo Keith, que miró a su alrededor cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad—. Yo conozco este sitio. Es una miserable tienducha. No hay ningún *vídeo*. ¡Solo tienen unas cuantas empanadas de cerdo! ¡Mierda jodida!

Thelonius había esperado o predicho o, en cualquier caso, afirmado que los dueños se hallarían ausentes durante su visita —para

más señas, se hallarían de vacaciones en la costa oeste de Inglaterra—. Entonces, ¿cómo es que se oían pasos en el piso de arriba, y el sonido de una exasperada protesta? Por descontado, los dueños no se habían ido a ninguna parte: considerablemente empobrecidos por los robos recientes, estaban de vacaciones en su propia casa. Thelonius miró hacia arriba.

—Joyas, tronco —exclamó con la súbita calma de una profunda inspiración—. Rebosa de joyas.

Se deslizó hasta el cuarto trasero y subió la escalera a grandes zancadas silenciosas. Instintivamente, Keith se llenó los bolsillos de paquetes de tabaco. Se dirigió a la puerta de entrada y la abrió, presa de sentimientos contradictorios. Unos metros más allá, en All Saints, frente al Apollo, unos grandes números destacaban a la luz. Keith asomó la cabeza y miró el letrero de la tienda. Sí, eso era. N. Poluck, decía el lúgubre letrero. Lechería de Cornualles. Repostería & Prensa. Claro: periódicos, bizcochos empaquetados y cartones de leche. Regentaba la tienda un viejo matrimonio polaco, con un aire deprimido y poco servicial. La típica tiendecita de la *esquina*: no tenían nunca nada que alguien pudiera codiciar. ¡Viva CostCheck y BestSave! Keith cerró la puerta. Luego, tras comprobar la fecha de caducidad de la etiqueta, se comió pensativamente una empanada de cerdo.

En el dormitorio del piso superior Thelonius registraba ruidosamente el tocador. Keith no había visto nunca a Thelonius en plena faena. Un gran chasco: ni pizca de esa relajada concentración que uno espera siempre encontrar. Miró a su alrededor en busca de Mr. y Mrs. Poluck y enseguida los descubrió, debajo de un montón de ropa y de cajones volcados, y sin mover un pelo. De este modo, comprobó también que aquel delito concreto no tenía nada de semiviolento. Con la conciencia limpia, Keith dio entonces un par de zancadas hasta la agitada figura de Thelonius e hizo dos cosas. Despeinó el pelo de Thelonius; puso un pitillo en la boca de Thelonius y lo encendió. Thelonius dio una calada distraída antes de mover la cabeza hacia atrás: basta. Keith dejó la colilla en el tocador, entre montones de caspa. Bingo, pensó Keith: ADN, vaya. Entonces Mr. Poluck se quejó; Thelonius gritó «*¿Dónde?*» y le golpeó una mejilla con su reluciente zapatilla de deporte.

—No se hace así, tío —dijo Keith, buscando con la mirada algo en que se pudiera meter agua—. Se les obliga a los dos a sentarse y se golpea a uno hasta que el otro… Ya sabes.

Keith había abrigado esperanzas al principio. Nadie se fiaba ya de los bancos, gracias a Dios; y te podías marchar de los lugares más improbables llevándote bajo el brazo unos sustanciosos ahorros. Pero el brillante sueño se estaba desvaneciendo. Mr. y Mrs. Poluck eran

más duros que unas botas viejas —y más baratos—. Thelonius representó su papel con lágrimas de rabia suplicante en los ojos. Qué vida aquella, ¿eh? El esfuerzo agotador, las incomodidades, la impopularidad de que te hacías acreedor, y nunca salía bien nada. Keith tuvo que emplearse un poco en juiciosas bofetadas, zarandeos y tirones de pelo. Le repateaba el contacto con los cuerpos viejos, y se preguntó con escepticismo si habría sido mejor trabajar con cuerpos jóvenes. Miró alrededor de la habitación y sintió una especie de frustración e incluso de tristeza ante la idea de las pertenencias humanas: las conseguimos en las tiendas, y luego las llamamos propiedades; todos estábamos obligados a tener estas preciosas pertenencias, como el cepillo de dientes individual, nuestra bata individual, y qué deprisa adquiría todo eso el aspecto de trastos viejos y ropa vieja, qué deprisa tomaba el camino de la basura. Para ser francos, los Poluck, por su parte, se portaron bien, sin excesivas quejas; parecían contemplar el episodio como algo habitual. Los ojos de Keith se toparon con —y aguantaron hasta lo indecible— sus miradas exploratorias, que no trataban de poner nombre a un rostro sino de penetrar en tu interioridad y ver lo que eras exactamente. Poca diversión. Y menos joyas aún. Al final, bajaron la escalera jadeantes, con un abrigo de piel de imitación, un aparato de televisión estropeado, un despertador roto y una tetera eléctrica defectuosa. Y luego, la pétrea luz del garaje de Keith y la botella de *porno* pasada a través del polvo para matar el gusanillo delictivo y el fracaso delictivo que hormigueaban en sus carnes como fiebre.

Los que estaban en el extremo receptor del delito violento se sentían *violados*: se les ha hecho daño desde el caos oculto, que sale a la luz brevemente para volver luego a su morada. Entretanto, ¿qué ocurre en el escondite del caos? Ni en el mar ni en la playa agarran ni arañan las rocas ni las conchas, ni nada está claro, ni significa nada ni *funciona* en absoluto.

—Soy una mierda pinchada en un palo —susurró Keith para su lata de cerveza. Pensó en los que nunca habían tenido que hacer aquello. Guy, la mujer de Guy, en miniseries sin fin. El sha de Irán. Las tetas. Una tía con pasta: y *sales* de todo esto.

El dinero llegó en cuatro sobres amarillos. Contenían billetes usados de cincuenta. Billetes muy usados de cincuenta. Sentado en su despacho (con su mobiliario japonés y su unidad visual procesadora de datos y su mesa limpia), Guy expuso sus delicadas y cada vez más emotivas fosas nasales a una experiencia familiar: el olor casposo del dinero viejo. Siempre le había llamado la atención el hecho de que el dinero oliera, como el recordatorio de algo insidiosamente débil en su propia persona. Por supuesto, los poetas y los novelistas habían insistido siempre pacientemente en ello. Pensad en el gallo de

Chaucer. En Dickens (Dickens era una olla rebosante de mitos): el viejo metido hasta el cuello en las aguas residuales del Támesis en busca de un tesoro; los nombres simbólicos de Murdstone y de Merdle, el financiero. Pero todo esto era mito y símbolo, una manera de decir que el dinero podía concebirse en cierto modo como algo que olía, como algo que olía a mierda. Era un acto deliberado del dinero, pensó Guy, el llenar el despacho de un olor tan apestoso. *Pecunia non olet* era una máxima falsa. *Pecunia olet*. Dios mío, pero si los mismos cielos se tapan la nariz para no olerlo… Guy selló y amontonó los paquetes. Tenía unas ganas tremendas de deshacerse de él: pesada prueba de su engaño. Hasta el momento, ninguna mentira abierta. Se le figuraba haber toreado bastante bien a Richard, al haber adoptado aquella suficiente y al mismo tiempo vaga actitud incomunicativa de quien ha decidido liquidar una deuda contraída en el juego. Le había salido natural. Pero también le parecía probable que los hombres fueran más fáciles de engañar. Guy metió el dinero en su maletín y fumó medio cigarrillo mientras contemplaba —en sus aspectos físicos solamente— el tráfico rodado de la ciudad.

Todo se estaba desarrollando de manera absolutamente normal o aceptable, si bien le resultaba imposible mirarla a los ojos. Podía apuntar la cara en la dirección correcta, y tratar de ponerse a tiro de su amenazadora mirada. En determinado momento llegó hasta su hombro desnudo antes de que su visión virara hacia un punto cualquiera de la librería, la alfombra o sus propios enormes zapatos. Por lo demás, Guy estaba convencido de estar comportándose con tino y control. Los chasquidos producidos por la cerradura del maletín parecían subrayar su estilo empresarial y el carácter expeditivo de todos sus negocios. Aquella era una buena manera de actuar: tú dabas el dinero, por así decir, desinteresadamente; y luego que dijeran lo que quisieran. Guy desplegó los sobres sobre la mesita, y mencionó algunas de las ligeras dificultades que había encontrado. Dirigiendo un rictus de sonrisa hacia el techo, habló, por ejemplo, de las sutiles conexiones existentes entre los símbolos infinitamente maleables de la pantalla del ordenador y el áspero dinero en la mano de uno, con toda su voluminosidad y toda su acritud.

—¿Querrías hacer el favor —dijo Nicola Six— de mirarme cuando me hablas?

—Sí, claro —dijo Guy, reconduciendo su mirada hacia el sol de su cara—. Discúlpame. Es que… no soy yo mismo.

—¿Ah, no?

Con una mano suelta que medio ocultaba sus ojos (no pasaría nada mientras se concentrara en la hendidura entre su barbilla y su labio inferior), y cruzando y descruzando y volviendo a cruzar las piernas,

Guy se arriesgó a hablar de las últimas contrariedades de su hijo Marmaduke, de las sucesivas noches de hospital, de la falta de sueño, de lo mucho que había pensado… Guy volvía a mirar a la librería. Cuando empezaba a esbozar el tema principal de su abundante pensamiento, Nicola lo interrumpió:

—Siento mucho lo que me dices sobre la enfermedad de tu hijo. Pero tengo que decir que es una falta de tacto por tu parte sacar a relucir eso ahora. Por no decir una completa muestra de crueldad. Habida cuenta de las actuales circunstancias.

Aquello prometía algo desmedido, y Guy se alarmó debidamente. No pudo por menos de notar el carácter patético de las formulaciones de Nicola (con qué teatralidad nos expresamos cuando estamos emocionados); al mismo tiempo, no podía por menos de notar que había elegido su atuendo de forma un tanto desafortunada. Claro que en realidad no lo había «elegido»: al haber llegado él con varios minutos de adelanto, la había sorprendido, según ella, entre sus ejercicios y su ducha. De ahí la faldita de tenis o tutú o lo que fuera, en lo alto de sus piernas desnudas; y de ahí el peto deportivo, sin mangas ni parte trasera. El efecto era completamente inapropiado, si se sumaban además aquellos calcetines blancos de niña que se debía de haber puesto a toda prisa. Él la miró a los ojos y dijo:

—¿Las actuales circunstancias? —Ahora le tocaba a ella el turno de mirar a otra parte.

—Veo —dijo pausadamente—, veo que soy una vez más víctima de mi propia inexperiencia. Es una barrera terrible. Nunca sabes qué es lo que tienen en mente los demás, que son gente razonable. —Se encogió de hombros y jadeó suavemente—. Tú te quieres ir —prosiguió—. Por supuesto. Quieres volver a lo seguro. Libre de toda complicación. Comprendo. ¿Puedo…? Antes de que te vayas, ¿puedo decir una cosa?

Se levantó con los ojos entornados. Avanzó hacia él, con su cuerpo ligero, los ojos entornados. Se arrodilló, y cruzó los brazos para que sirvieran de almohada a su mejilla sobre sus rodillas, con los ojos entornados. La habitación se oscureció. Guy sintió que la intimidad podría llegar a matarlo a uno realmente…, que uno se podía morir realmente a causa de semejante presión en el corazón.

—Es triste, y es ridículo, pero no tengo por qué pedir perdón, creo yo. No se puede evitar querer lo que se quiere. ¿No crees? A veces puede parecer que yo te escogí a propósito. Tú ibas a sacarme de este tipo de vida. Llevarme al otro lado. A través del amor. A través del amor sexual. Pero, en realidad, mis planes iban más lejos todavía. Tengo treinta y cuatro años. El mes que viene cumplo treinta y cinco. El cuerpo envejece. Yo… yo quería tener un hijo tuyo.

—Esto es demasiado —dijo Guy, retirando las rodillas que le servían de apoyo y tratando de incorporarse—. No puedo hablar. ¡Ni

respirar tampoco! Creo que me…

—No. Vete. Vete ahora mismo. Y llévate el dinero contigo.

—Es tuyo. Y buena suerte.

—No. Es tuyo.

—Vamos. No seas tonta.

—¿Tonta? ¿Tonta? No puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—Porque está *manchado*.

Qué suerte tan increíble que todo el mundo estuviera en el hospital. Menos mal que había hospitales. Y asma, y eczemas y enfermedades infantiles. Cuando llegó a casa, Guy no estaba en condiciones de disimular, de comportarse normalmente, se entienda por esto lo que se entienda. Él también se hallaba en un estado clínico, algodonoso, engasado, como si su torso fuera la venda de un corazón herido. En el segundo cuarto de estar se quitó la chaqueta y se miró en el espejo mientras se llevaba la botella de coñac a los labios. Luego, una ducha fría, y la agradable frialdad de las sábanas… ¿Cómo había empezado exactamente la pelea? Había empezado cuando ella le arrojó algo a él, algo tan pequeño que apenas distinguió su vuelo o sintió su impacto contra su pecho. Luego ella se había puesto de pie y había empezado a lanzarle los sobres, y él a sujetarle sus endebles muñecas, y luego el tropezón y la caída de espaldas sobre el sofá… Y allí estaban, en coito vestido, las caras separadas apenas un centímetro. Durante unos instantes, Guy sintió la dura burbuja en el centro de todo.

—¿Qué es lo que me has tirado?

—Un Valium.

Él resopló tranquilamente.

—¿Un *Valium*?

—Un Valium —repitió ella.

Con alivio, casi divertido, Guy reajustó su cuerpo conmocionado; y hasta su visión periférica consiguió renunciar a todo menos al rapidísimo destello del movimiento de las piernas de Nicola. Enseguida se encontró tendido boca arriba, con la cabeza de Nicola descansando en su pecho y haciéndole cosquillas en la nariz con el cabello mientras ella se explayaba entre sollozos. Le estaba haciendo una confesión en regla: cómo le habría gustado entrar junto con él en un mundo de amor físico; cómo habrían podido, si él, el hombre perfecto, hubiera estado de acuerdo, y tras «mucha práctica», intentar hacer un bebé; cómo, después, ella se habría sentido dichosa con solo que él se pasara por allí una vez a la semana, o tal vez dos, para jugar con su hijita y (quedó sugerido) también con la mamá de su hijita. Sueño este al que, por supuesto, ahora ella renunciaba o maldecía…

«Mucha práctica»: había algo de lastimosa inexperiencia en aquella frase. Había también algo más; de una inexperta o no, aquellas palabras entrañaban una reacción física, una reacción que contribuía a minar los leves murmullos de objeción y tiernos maullidos de Guy. Hizo votos por que ella no notara el innoble cipote que se había colocado ahora de través en su regazo. Y cuando ella posó accidentalmente el codo sobre su base (al volverse para preguntarle si todo aquello eran solo tonterías sentimentales), Guy se alegró de no poder ver su propia sonrisa agonizante mientras salía reptando por debajo de ella.

Se separaron. Sí, Guy y Nicola tenían que separarse. Ella se puso en pie. Permaneció de pie allí, recobrada su compostura. Una vez más, era dueña de sí misma. Mientras Guy se dirigía pesadamente hacia la puerta, detuvo la mirada sobre la butaca aterciopelada y vio el Valium que ella le había arrojado; nada que ver con un misil, nada que ver con un arma: un tranquilizante amarillo del tamaño del botón de una camisa y erosionado en parte por el sudor de su mano cerrada.

—Pensé que lo podía necesitar —dijo ella siguiendo los ojos de él (que se estaban cubriendo de niebla ante aquel cómico poema de violencia femenina)— para cuando te hubieras marchado. Pero luego no pude contenerme. Lo siento. Ahora estoy completamente bien. Vete con tu hijo. No te preocupes por mí. Adiós, amor mío. No. No. *Vete* ya, por favor.

Bien, pues ya se había ido, y no volvería más. Guy se hallaba en su propia cama, donde tenía que estar. No volvería más…, a no ser en circunstancias de extrema necesidad. Le pareció que la situación actual, o la Crisis, se las apañaba para desencadenar las más vergonzantes fantasías —contradictorias, atroces, casi absurdamente imperdonables—. ¿Y si uno sobrevivía en un mundo en el que nada importara ya, en el que todo estuviera permitido? Guy levantó la sábana de lino. Nunca se había considerado un ser excepcionalmente dotado (ni tampoco Hope, que él supiera). ¿Quién era, pues, aquel pequeño culturista que había montado un gimnasio sobre sus lomos…? Así pues, y a su manera, Guy Clinch se veía enfrentado a la pregunta capital de su tiempo, pregunta que era formulada y contestada en dondequiera que uno pusiera la mirada, en cualquier titular de periódico y en cualquier peluquería: si, llegado el momento, podía ocurrir que nada importara, entonces, ¿quién decía que había algo que todavía importara?

Justo cuando uno pensaba que ella era completamente inocente o «natural», o acaso también que estaba un poco tocada de la cabeza (¿depresión maníaca?, ¿en forma suave, interesante y atractiva?), salía con alguna cosa realmente devastadora. ¿Qué había dicho exactamente? Manchado. Que el dinero estaba *manchado*. Por

descontado, aquellos mugrientos billetes de cincuenta libras tenían su propia genealogía: cárceles privatizadas con Pitt, cargamentos humanos procedentes de la Costa de Marfil, plantaciones de azúcar en el Caribe, la Compañía antillana, las minas de uranio de Sudáfrica. Todo esto era cierto: fábricas donde se superexplotaba al obrero, inobservancia de la ley, selvas vírgenes taladas, vertidos tóxicos y municiones, municiones y más municiones. Pero nada de todo esto era nuevo para Guy. Mientras Nicola hablaba, él había permanecido sentado escuchando una suerte de comentario acerca de los últimos diez años de su vida: los descubrimientos que le llenaron de horror, las acciones paralizadoras, la larga guerra con su padre. Durante diez años él había estado tratando con avaricias crueles y nubes muertas. En la actualidad, la compañía estaba mucho más limpia. Y también mucho más pobre. El dinero de Hope apestaba también: por todas partes, grandes bocados de planeta. Remóntate solo un poco, y notarás enseguida el hedor del dinero; el dinero está sucio e irrita los jugos gástricos. ¿Había dinero limpio en la tierra? ¿Lo había habido alguna vez? No. Categóricamente. Hasta el dinero pagado a las enfermeras de mayor dedicación, a los artistas más soñadores, el recién hecho, muy seco y ligeramente gofrado al contacto con los dedos, tenía su origen en alguna cabronada infligida a personas superexplotadas. Ella lo había tomado. Nicola lo había tomado. Eso puso término a otro pensamiento, también incontrolable (y aquí la sábana de lino experimentó otro tirón): ella en la esquina de una calle y un hombre que pasaba por allí con pantalones acampanados blancos (hola, marinerito), y la mujer de rodillas en el callejón, y el dinero allí tirado, sobre el cemento mojado.

Guy creyó oír gritar a Marmaduke y miró aterrorizado su reloj. Tranquilo: hora ya de levantarse. La hora de volver a la alegría siniestra de la sala Peter Pan. Volvió a oír el sonido, que procedía de la calle; pero estaba demasiado acostumbrado a la válvula trucada que convertía una cañería sibilante o una caja de cambios torturada —o hasta un canto de pájaro o a Bach— en una brillante imitación de los gritos de su hijo ausente. Al saltar de la cama, Guy oyó el porrazo, y sintió la onda expansiva interna, de la puerta de la calle que se cerraba. Cinco segundos después se había puesto los pantalones y asomaba por el marco de la puerta remetiéndose los faldones de la camisa.

¡El niño estaba en casa! El niño estaba en casa, paseado, se diría, a hombros de la multitud —el pequeño héroe vuelto de la guerra— y con la cara morada de tanto gritar. Guy bajó los peldaños de cuatro en cuatro y corrió agachado por el vestíbulo con los brazos extendidos. Y cuando el niño se lanzó jubiloso a sus brazos y, con su conocida e inimitable avidez, hundió todos los dientes en el cuello de su padre,

Guy pensó que probablemente se había mostrado precipitado, o inflexible, o, en cualquier caso, no del todo amable.

Un kilómetro más al norte, Keith Talent encendió un cigarrillo con los restos del precedente e introdujo la colilla en una lata de cerveza vacía. Dos nuevas conversaciones televisadas vinieron a sumarse al coloquio ambiental. Se superponían varios tipos de gemidos: abajo, en la calle, la gigantesca clínica dental; arriba, Mr. Frost, que estaba loco y agonizando; el frigorífico de Keith; varios compases de música; y en la puerta de al lado Iqbala, que le estaba echando una bronca a su ligue por el dinero que él había prometido devolverle el miércoles. Keith aguzó el oído: alguien estaba gritando, curiosamente, «Whine![12]… Whine!… Whine!». Ah, sí. Keith esbozó una risita maliciosa. Debía de ser la pequeña Sue, un piso más abajo, a la derecha, llamando a su hijo Wayne. Luego vino otro grito repetido: «Sow![13]… Sow!… Sow!» Ese debía de ser Kev, llamando a Sue. Keith volvió a sonreír. Sue y él se habían visto una vez. ¿O habían sido dos veces? En casa de él. Kath estaba en el hospital. Keith llamó a su mujer, que apareció al instante en la puerta con Kim en brazos.

—Idea —dijo la niña.

—Lager —dijo Keith.

—Aquí —dijo Kath.

—Adoro —dijo la niña.

—¿Qué es eso? —dijo Keith, refiriéndose a la televisión.

—Basura —dijo la niña.

—Noticias. Nada sobre la Crisis —dijo Kath.

—Ya *te* daré yo una buena crisis dentro de un minuto —dijo Keith.

—Adiós —dijo la niña.

—Lager —dijo Keith.

—Adiós, adoro, basura, idea.

Sonó el timbre de la puerta, o más bien sonó una carraca.

—*Mira bien quién es, Kath* —advirtió él mientras ella se daba media vuelta.

Keith se irguió en la cama, con la vista fija al frente y la boca abierta. Si eran Kirk y/o Ashley y/o Lee, si eran los muchachos, Keith había calculado mal, y peligrosamente. A lo largo de la semana anterior, con toda aquella historia de que le iban a romper el dedo de tirar, Keith había tenido tiempo para ponderar, con más de un suspiro elegíaco, la progresiva degradación del protocolo criminal. En los viejos tiempos se empezaba amenazando a la familia. Nada de aquellas chorradas sobre empezar rompiéndole a un jugador de dardos su dedo de tirar. ¿Qué pasaba con Kath y Kim? ¿Acaso no valían bastante para ser amenazadas? Pero tal vez era eso lo que Kirk y

Ashley y Lee habían decidido hacer: amenazar a su familia. (No podían ir a por Keith allí, en definitiva, o no directamente: su casa era el último lugar en el que habrían imaginado que iban a encontrarlo.) En principio, a él no le parecía mal del todo. Sin embargo, que amenazaran a su familia no le hacía ninguna gracia si, por casualidad, él se encontraba *con* su familia en ese momento. Difícilmente se podía esconder debajo de la cama. ¿Esconderse él, Keith, debajo de la cama? Imposible Había allí debajo diez años enteros de revistas de dardos.

—No pasa nada. Es una mujer —dijo Kath.

Dos segundos después, oyó el chirrido de la puerta del piso al abrirse, el prudente ¿Sí? de Kath y la voz de una mujer extranjera que decía *Buenas tardes. Soy su nueva asistenta social*. Keith se dejó caer.

Siempre están igual, ¡joder!, pensó (se sentía soberanamente aliviado). La cosa es diabólica de por sí. Se meten aquí… ¿*Dónde está Mrs. Ovens? Ah, bueno, yo trabajaré en equipo con ella. Estaremos coordinadas*. Coordinadas. Yo te coordinaré dentro de un minuto. Keith pensó en la encargada de su vigilancia durante su libertad condicional, en la absoluta ausencia de brillo de su pelo, piel, ojos y dientes, en las líneas verticales que marcaban afanosamente su labio superior. Me toca los cojones. Todo esto por las *indemnizaciones*. Él había faltado a las últimas cinco citas: ella quería que se presentara todos los sábados por la tarde, como mínimo, o que fregara con estropajo los baños de Porchester. ¿*Y qué tal anda la pequeña*? Claro, eso queda muy bien. La llama la pequeña porque no sabe su nombre. ¿Qué tal la cría, qué tal la chiquitina? Se cuelan estas tiparracas en tu casa… ¿*Y tiene trabajo su marido en este momento*? Igual que los que tienen el poder. Meten el hocico en todas partes. No tienen niños, o no les basta con su familia. Keith alargó el cuello y vio un zapato negro plano suspendido en el aire debajo de la mesa de la cocina y meciéndose lentamente.

—¿Y está su marido en casa en este momento —oyó que preguntaba la voz—, o es usted quien ha fumado todos estos cigarrillos?

A esto contestó Keith con un salvaje y prolongado eructo, un eructo que dijo a todo el mundo que nunca se rendiría.

Clive ladró. Kath dijo:

—Sí, está. No se encuentra bien.

—Eso parece. La niña…, usted se hará cargo, seguro, del daño que se le ocasiona en cuanto fumadora pasiva…

—Yo he sido fumadora pasiva toda mi vida, y nunca me ha ocasionado ningún daño.

—¿Está segura?

Keith soltó entonces una descarga de variados y horribles eructos.

—Lamento decirle que esta casa carece de la debida higiene.

—¿Higiene? ¡Eh, oiga! Quiero decir, aquí no tenemos lo que tienen algunos. Estamos haciendo *lo posible*, ¿comprende?

—Díselo, Kath —gritó Keith.

—Quiero decir, usted se presenta aquí…

—Díselo claramente, nena —gritó Keith. Kath dijo:

—Estoy empezando a preguntarme qué *hace usted* y cuál es su verdadera intención. No hay nada que yo no esté dispuesta a hacer por mi hija. Nada.

—Solo que no tiene *dinero* suficiente, ¿no es eso? Sencillamente, no tiene *dinero* suficiente. ¡Dios mío, qué humareda! Y tampoco puedo decir que me guste mucho el aspecto de ese perro. ¿Maltrata a su hija, mistress Talent?

—¡Eh, oh!

Keith no pudo aguantarlo más. Se habían despertado sus instintos protectores. Lealtad: era una cuestión de lealtad. Nadie hablaba así de su perro… ni de sus cigarrillos, que eran superlargos y de fama internacional. Se había levantado de la cama y estaba debatiéndose con los rotos de su bata rojiza. Apareció pesadamente en el marco de la puerta —un Keith embatado, pitillo en boca, un brazo atareado con la manga suelta, en jaspeada blancura de calzoncillos, camiseta y carne—, y sus ojos se toparon con los de Nicola Six.

¿Qué hacía ella allí?

¿Qué hacía ella allí?

Si el ojo inteligente pudiera despegar y volar más allá de aleros y claraboyas, pasando a toda velocidad por encima de los tejados, y posarse a discreción allí donde la gente creyera que estaba sola, ¿qué diablos vería?

Nicola reculando hacia su cama con una copa de champán en una mano, y la otra mano levantada gesticulando, con guantes negros hasta el codo y un vestido de cóctel del color de los celos, y en su cara una sonrisa irreconocible. A continuación se sentó y colocó la copa sobre la mesita de noche, extendiendo lánguidamente los brazos, y permaneció inmóvil un buen rato de perfil, de cara a la ventana, pensativa. Entonces sus guantes negros empezaron a mostrar un profundo interés por el tejido presumiblemente exquisito de su vestido —aquella piececita que albergaba sus pechos—. ¡Ah, qué aspecto de maravillosa juventud! Se echó el pelo hacia atrás y empezó a desabrocharse.

¿Quién estaba mirando? ¿Quién la vio erguirse y dejar caer el vestido hasta los pies y salir del lecho de lirios en sus altos tacones? Y volverse, y mirar hacia arriba soñolienta, y lanzar un besito al aire, y menear un dedo negro. Nadie. O nadie en aquel momento. Solo el ojo

de cíclope de la cámara portátil colocada sobre el mueble junto a la puerta.

Aquello estaba reservado, por supuesto, para Keith.

—Pero ¿cómo? —le pregunté—. ¿Qué estás haciendo?

—Oh, es bonito salir a dar una vuelta. Mira quién fue a hablar. ¿Qué me dices de ti y de tu excursión demencial?

Levanté la palma de la mano en su dirección.

—Tu búsqueda del amor… Lo siento. ¿Estás muy triste?

—Bueno, sobreviviré —dije. La elección de la palabra no había sido del todo feliz—. Tenía que ser así.

Nicola asintió y sonrió. Se hallaba frente a mí, y tenía la mitad inferior del cuerpo acurrucada en el regazo del sillón de mimbre. Serían las dos de la madrugada. Cuando ella hablaba, se podía ver una profunda oscuridad en su boca.

—Perdiste el control —dijo ella.

—Escucha. No todos somos titiriteros como tú. Y también tú necesitas del desarrollo de la obra. Necesitas accidentes, coincidencias. Me he enterado por casualidad de que hay un pequeño accidente que contribuirá a agilizar las cosas con Guy.

—Necesito la vida real. Es cierto. Por ejemplo, necesito el sistema de clases. Necesito las armas nucleares. Necesito el eclipse.

—Necesitas la Crisis.

Sin dejar de pestañear, bebió un sorbo de vino tinto y encendió otro cigarrillo negro. Una hebra de tabaco se le quedó pegada en el labio superior, hasta que su lengua la retiró. Se rascó la cabeza con ganas, y luego dirigió una mirada ceñuda a sus uñas, cada una de las cuales parecía estar rellena de hachís. Sí, efectivamente, aquella noche parecía estar de vacaciones. Yo soy el único que consigue verla así. Me deja. Le gusto. Tengo mucho éxito con las chicas que no son para mí: Lizzyboo, Kim, Encarnación.

—Nicola, estoy preocupado por ti, como de costumbre. Y de una manera muy especial, como de costumbre. Estoy preocupado por que vayan a decir que eres una fantasía masculina.

—Es que *soy* una fantasía masculina. Lo vengo siendo desde hace quince años. Esto deja a una mujer muy agotada.

—Pero ellos no lo saben.

—Lo siento, pero lo *soy*. Tendrías que verme en la cama. Hago todos los trucos que leen los hombres en las revistas y en los libros verdes.

—Nicola.

—Así que van a pensar que tú eres un soñador enfermo. ¿Para qué

preocuparse? Tú no estarás ya para verlo.

—Ni tú tampoco. He estado pensando. Tú eres bastante difícil de clasificar, incluso en el campo de la fantasía masculina. Quizá seas una mezcla de géneros. Una mutante —proseguí (me encantan estas tipologías)—. No eres una ninfómana. Te falta azogue. No eres del todo una calientapollas; no, no del todo. Demasiado calculadora. Tienes ciertamente algo de maga de la cama. Y de Mata Hari, también. Y de vampiresa. Y de tocapelotas. Sin embargo, al final me quedo con que eres una *femme fatale*. Sí, me gusta. Bonito juego de palabras. Semiexótico. Me gusta. Es un nombre muy atinado.

—¿Una *femme fatale*? Yo no soy ninguna *femme fatale*. Mira, caballerito: las *femmes fatales* no valen una gorda comparadas con lo que yo soy.

—¿Qué eres tú, entonces?

—Cómo, ¿aún no te has enterado?

Esperé.

—Yo soy la víctima de un asesinato.

Salimos a pasear. Podemos hacerlo. *Ah*, lo que se ve en las calles de Londres a las tres de la madrugada; todo lo que expulsan los aleros y los humeros, agua pasada, basura pura. La violencia está próxima y es inagotable. Hasta la muerte está próxima. Pero nada de todo esto puede tocarnos a Nicola y a mí. Lo sabe muy bien, y no se mete en nuestro camino. No podría tocarnos. Lo sabe. Somos los muertos.

Mi búsqueda de amor me dejó tocado. *Heathrow* me dejó tocado. Aún noto el vinilo ardiente sobre mi mejilla. ¿Qué ocurre cuando los pensamientos de amor se van… y solo encuentran vinilo?

Conviene decirlo: yo había tenido ya algunas malas experiencias en los aeropuertos. He viajado a todas partes, y hace tiempo que dejé de encontrar placer en el planeta. Efectivamente, yo soy esa cosa piojosa que llaman ciudadano del mundo. Me he enfrentado a absolutas imposibilidades, a más-difíciles-todavía, en Delhi, São Paulo, Beijing. Pero tú esperas, y el globo gira, y de repente hay un agujero por el que puedes colarte. Heathrow no me dio motivos para el optimismo, ni siquiera para el estoicismo. El mismísimo Zenón habría perdido la paciencia inmediatamente. Las colas, las colas, enmarañadas por los extrafrenéticos, por los extranecesitados. Demasiado equipaje. Demasiada gente, toda deseando hacer lo mismo…

Y ahora han venido los sueños. Me sucedió algo. Caí, abajo, más abajo, tropezando con todo lo que encontraba.

Han venido los sueños, tal y como estaba previsto, según me advirtió el doctor Slizard. Y si ya han venido los sueños, ¿puede entonces estar muy lejos el dolor?

Siempre creí estar a la altura de todo lo que me pudieran lanzar los sueños: seguiría durmiendo de todos modos mientras duraran, disfrutando de un descanso indispensable. Pero estos sueños son distintos, como me había anunciado Slizard. Después de pasar por aquí Encarnación, la cama está rechoncha e impecablemente uniformada, y yo pongo mi confianza en su orgullo rectangular, ¡en su pecho rebosante! La mayoría de las noches, no obstante, parece estar buscándome, intrincadamente embobinada, esperando a esta criatura decrépita que avanza sobre manos y rodillas.

Como vaticinó Slizard, los sueños no son recuperables por la memoria, o todavía no, en cualquier caso, lo cual me viene de perilla. Tengo la impresión de que versan sobre lo muy grande y lo muy pequeño —lo insoportablemente grande y lo insoportablemente pequeño—. Pero no consigo recordarlos, y me alegro. Malas noticias para mí, estos sueños resultan ser malas noticias para Lizzyboo, también. Siempre había pensado lo celestial que sería —al menos en abstracto— despertar ante su presencia, despertar ante toda esa tonelada de miel y de saludo (el sol ilumina esta escena afablemente: su espalda acusa las arrugas calientes de su pelo agitado; y luego ella se da media vuelta). Pero se acabó. Nunca más volveré a despertar ante nadie. No podría permitir que Lizzyboo despertara ante mí, ante un triste cero, ante alguien a quien la muerte pronto borrará. Presiento horas de vigilia y sueños no recordados haciendo cola en oleadas sobre mi cabeza.

Cosa extraña, Slizard me aconseja no comer queso. Esto desde su despacho del edificio de la Pan Am en Nueva York, la envidia del universo. Sigo sus consejos. ¿Queso? No, gracias. Me mantengo al margen de esa mierda. Que no echen queso rayado en mi pasta. Ni una sola pizca de crema de queso con Kim. En el Black Cross paso de las patatas con queso-y-cebolla. Cuando me invitan a algún cóctel en casa de los Clinch, ni siquiera toco las bolitas de queso. Y, sin embargo, cuando estoy durmiendo, cuántos stiltons apestosos, cuántos camemberts babosos y cuántos gorgonzolas con olor a pies acuden a salpimentar mis sueños…

Lizzyboo dice que cuando se siente desgraciada come demasiado. Me dice esto, entre bocado y bocado, en la cocina de los Clinch. Me lo sigue diciendo, por encima del hombro, desde la cubitera o la cocina eléctrica. Es terrible lo que le pasa. Siempre comida de niños: filetes empanados de pescado, batidos de leche, judías al horno, bollos pegajosos. Sí, la más mínima desviación de su régimen de inanición, y ahí está llamando a la puerta con todas sus bolsas la más grotesca de las obesidades. Me pregunto si será el efecto de la sugestión, pero en estos últimos días debajo de la barbilla parece habérsele formado todo un cruasán, y alrededor del diafragma todo un rollo de carne. Saca la

cabeza de la panera para decirme que no sabe qué hacer para evitarlo.

Aunque yo podría apuntar a la situación del mundo, se me designa claramente a mí como responsable de esto. También me toca a mí acarrear con este desastre.

—Vamos, cielo —le digo—. Hay muchos peces en el mar.

De nuevo una pobre elección de palabras, probablemente. Porque ya no hay muchos peces en el mar, ya no. Lizzyboo niega con la cabeza. Mira al suelo. Se levanta y se dirige rumbo a la parrilla y se prepara con tristeza un sueño de queso.

En la actualidad es aconsejable tener la mejor pinta posible si uno se dispone a entrar en Estados Unidos. Llevar esmoquin, por ejemplo, o ir vestido de cura. Traje de pingüino, collar de perro: escoja el que quiera. ¿Yo? Yo tenía pinta de mendigo —traje de mendigo, bajo pelo de mendigo, sobre zapatos de mendigo— cuando subí en un taxi arrastrándome, a treinta y tres kilómetros de Missy Harter. Tenía los ojos más rojos que la pimienta de cayena, más rojos que los dólares digitales del taxímetro. Era de noche. Pero yo podía ver las cifras del taxímetro como si fuera mediodía. Se rogaba a los pasajeros cargar sus propios bultos (TAXISTA MINUSVÁLIDO), y, por descontado, abstenerse de fumar (TAXISTA ALÉRGICO). POR FAVOR, HABLEN ALTO era la tercera notificación acerca de las numerosas minusvalías y cuitas del conductor. Pese a que tres de los cuatro carriles estaban colapsados, entramos en la ciudad a buena velocidad. Luna suficiente para ver el paso de la nubes, nubes que parecían huellas de una bota de goma, de una rueda de coche, o de un tanque. Por encima de los arenales del cielo, la luna gibosa parecía estar ligeramente ladeada y reírse cual máscara trágica. Por debajo, un cinturón de chatarra con numerosos claros. SHERATO. TEXAC. Hasta los grandes consorcios estaban perdiendo sus letras. Y luego, la ciudad: la vida despojada de toda imaginación, hecha cemento, hecha masivamente cemento. Ahí está. Y, al pasar por el Pentágono, el edificio más grande de la tierra, visible desde el espacio, vi que hasta la última ventana brillaba con luz.

Aquel fue mi sueño americano. ¿América? Lo único que hice fue soñarla. Me desperté y me encontraba todavía en el aeropuerto de Heathrow, con la mejilla sobre el vinilo caliente. Durante quince minutos estuve observando cómo un hombre de mediana edad masticaba un chicle, concentrada toda su actividad entre los dientes y el labio superior, como un conejo. Luego pensé simplemente: Basta.

Fue dificilísimo volver a entrar en Londres: casi suspendo también esta asignatura. Volver a entrar en Londres agotó todas mis reservas físicas y mentales. (No se haga ilusiones, amigo. No conseguirá ningún taxi aquí. Ni lo sueñe.) Antes de eso, pensaba que no tendría fuerzas

para seguir viviendo si no conseguía llegar a Missy y a América. Pero ahora creo que puedo. Después de todo, esto no va a durar mucho tiempo.

Aquel *sueño*… Tan minucioso, tan detallado…, tan realista. Uno de esos sueños en los que las cosas ocurren a la misma velocidad que en la vida real. No faltó una convincente espera de cuatro horas en Reinmigración. Missy Harter solía soñar siempre así; solía tumbarse a mi lado, y pasar la mitad de la noche en la Biblioteca del Congreso o de compras en Valducci's. Algo me dice que no voy a volver a soñar así jamás. A partir de ahora, cada noche tendrá una relatividad especial, será un suplicio einsteiniano. Así que, probablemente, el sueño americano fue un adiós a todos los sueños. Y a muchas cosas más.

¿Qué estaba haciendo yo? Todo ello, toda la búsqueda del amor, toda la idea… procedía de otro mundo. Olvídalo. Date media vuelta. Y vuelve a intentar el arte y a jugar a los dados con la muerte y el odio, y deja de luchar por el amor en una guerra imaginaria…

14. JUGANDO A PELLIZCAR

Si pudiéramos atravesar el campo de fuerza de Nicola (cosa que nunca conseguiremos del todo, pues los campos de fuerza son particularmente fuertes alrededor de las personas bellas y de los locos), nos enteraríamos de que tenía el estómago pesado y le dolía, de que sentía ocasionales acelerones y frenazos de náuseas, de que todo tipo de salmón brincaba contra la corriente. Pero aquí viene el personaje Nicola Six por la calle, por Golborne Road, llevando un paquete de luz a través de toda la vacilación que la rodeaba. No es que la calle careciera de color y definición ese día: parecía trasquilada bajo el sol bajo, desplumada y escocida, con cerdas de polvo dorado. Pero Nicola traía luz con ella, luz humana, pese a ir vestida como iba, para imponer más: falda de canutillo negro y cárdigan de cachemira negro muy ajustado, camisa blanca con cinta azul que servía de corbata de lazo, el pelo recogido por detrás (delante del espejo, antes, un toque fúnebre en las cejas). Atraía las miradas idóneas. Las mujeres estiraban el cuello para verla; los hombres miraban y agachaban la cabeza. Tan solo un grito discordante, salido de la parte trasera de un camión, y que se iba desvaneciendo: «¡Miss Mundo! ¡Miss Mundo!» Todos los demás parecían circular hacia los lados o en diagonal; pero Nicola viajaba irremisiblemente hacia delante.

Su entrada en Windsor House supuso la extinción automática de toda su luz. Nicola redujo el paso unos instantes, y luego prosiguió la marcha; empleó su truco mental consistente en hacer como que no estaba allí. El cemento empinado brillaba contra el sol bajo, y hasta humeaba ligeramente a causa del fuerte tufo a orines. Habría supuesto una humillación aproximarse a aquellos ascensores tan claramente difuntos —asesinados, fuera de circulación, estropeados durante los últimos veinte años—. Echó un vistazo al vértice de la escalera de piedra y tuvo la sensación de hallarse debajo de un retrete de diez toneladas.

—¿Quieres que te cuide el coche? —dijo un crío de cuatro años.

—No tengo coche.

—Vete a la mierda, tía.

Mientras subía, fue dejando atrás a habituales de los aseos

públicos, niños y niñas sin escolarizar, hombres y mujeres sin trabajo, jóvenes y viejos de miradas inexpresivas. A todos ellos los miró con energía; sabía que su aspecto era de funcionaria del gobierno. No sintió miedo alguno. De haber subido aquellas escaleras completamente desnuda (se dijo a sí misma), palpando la piedra húmeda con sus pies descalzos, Nicola no habría sentido miedo. Era una parte más del juego: no volver a sentir miedo. Hizo una pausa en el décimo piso y fumó medio cigarrillo, mientras observaba cómo un viejo encargado de retretes trataba de abrir una lata abollada de cerveza Peculiar.

Como todo el mundo, Nicola sabía que los pisos del ayuntamiento eran pequeños —controvertidamente pequeños—. Como respuesta intrépida a una crisis anterior, se había decidido doblar el número de tales pisos. No se construyeron nuevos pisos. Simplemente se dividieron por la mitad los que ya existían. Mientras avanzaba por la rampa de la decimoquinta planta, abierta a la penetración del sol bajo, Nicola no pudo por menos de advertir que las puertas de los pisos alternaban de color: un antiguo verde con un naranja oscuro más reciente pero más desconchado aún. Las puertas de los pisos estaban tan hilarantemente próximas…

Se detuvo. El timbre, estropeado, sonó como una carraca.

Desde su punto de vista, Nicola desempeñaba su papel de manera bastante creíble, especialmente durante los dos o tres primeros minutos, en aquella tormenta o pánico de impresiones sensitivas. Para empezar, estaba el giro de caleidoscopio que su entrada forzó en la cocina: una cadena de reajustes necesarios para la admisión de *una persona más* en la habitación. Luego el vértigo se relajó y devino en claustrofobia, claustrofobia de axilas abrasadas y asfixia de muerte. Distraídamente, sus ojos empañados buscaron una cosa viva. Había una maceta de plástico sobre el minifrigorífico. En su interior prosperaba al parecer algún tipo de pepino mutilado; se elevaba de la tierra formando un ángulo imperdonable. Luego tuvo que enfrentarse a la palidez y agotamiento de la madre, así como a la sorprendente niña que estaba en el suelo (las bombillas inteligentes de su cara despierta) y al desconcertado perro. ¡Dios mío!, hasta el perro parecía fuera de lugar. Hasta el perro parecía destinado a cosas mejores. En la puerta de al lado, a la izquierda, un hombre y una mujer se peleaban con profundo hastío. El cuarto estaba dividido en dos niveles a causa del humo de tabaco. Nicola juntó los muslos para sentir la caricia de su seda auténtica. No había estado en un sitio tan pequeño desde que tenía cinco años.

Aun oculto a la vista, Keith difícilmente podía pasar inadvertido. Como centro olfativo neurálgico que era de aquel curioso establo o cubículo, Keith difícilmente podía pasar inadvertido. Aunque

permanecía en el extremo opuesto del piso, se hallaba, no obstante, a tan solo un par de metros de allí. Keith se hallaba muy cerca. Nicola oyó el chasquido de una lata de cerveza, el accionamiento de un encendedor defectuoso con el consiguiente taco, las intensas inhalaciones de aire y humo. Y luego, la inhumana hostilidad de sus eructos… Era hora de sacarlo de su nido. Era la hora, porque aquel lugar no se podía soportar…, era asombrosamente insoportable, hasta para una experta como ella. Sentir que estabas en Nigeria, y no en un escenario de sequía o de hambruna, sino en el de una catástrofe industrial causada por la avaricia. Y estaba allí para su propia promoción, para explotar al máximo el sufrimiento. La conversación era una tortura de doble dirección. Dijo:

—Solo que no tiene *dinero* suficiente, ¿no es eso? Sencillamente, no tiene *dinero* suficiente. ¿Maltrata a su hija, mistress Talent?

—¡Eh, oh!

Esperaron.

Y apareció Keith, apareció enorme en la cocina del tamaño-de-Keith. Él no era muy grande, pero allí dentro parecía un gigante. Cuando sus miradas se encontraron, él se paró en seco. De las profundidades de la bata rojiza emergió un rubor cetrino de vergüenza, de rabia o de ambas cosas.

—Lo siento —dijo Nicola con altivez—, pero a mí me parece que el aborrecimiento de uno mismo es algo que por fuerza debe sentir una persona que vive en estas condiciones. No hay rodeo posible. Si no se aborrece uno a sí mismo, no dura ni cinco minutos.

—¡Eh! —exclamó Keith—. ¡*Eh*, tú! Vete a *tomar por culo*.

Kath se volvió lentamente hacia su marido, como si fuera un maravilloso doctor, como si fuera un maravilloso sacerdote. Se volvió de nuevo hacia Nicola y dijo:

—Sí. ¿Asistencia? ¿Qué clase de asistencia recibimos de la administración? ¿Y de alguien como usted, que viene aquí a matar el rato o usted sabrá a qué? Váyase.

—Díselo, Kath —dijo Keith tranquilamente.

—Váyase, zorra vieja. Váyase. Mujer depravada.

—Bien, pues, como ya he dicho —dijo Nicola, reponiéndose y mirando la risita pensativa de Keith, a unos centímetros de sus propios ojos—, se trata simplemente de una cuestión de dinero.

Vaciló al salir a la rampa. Violentamente empujada desde dentro, la puerta dio un angustioso crujido y luego se cerró casi sin ruido. Nicola sintió que se estaba ahogando y tomó grandes bocanadas de aire. Ahora, volver a casa a preparar la venida de Keith. Al torcer, oyó las voces de la casa de juguete.

—Depravada. Eso es lo que es, una depravada.

—A ti no te pueden tocar, nena. Tú eres quien eres. No lo olvides nunca. Tú eres quien eres, nena. Tú eres quien eres.

Así pues, cuando él llamó a *su* timbre, cuando habló confusa y bruscamente por el interfono y subió a toda pastilla el último tramo de escalera, Nicola estaba preparada para aquel encuentro en la cumbre, preparada para reorientar todas las nuevas energías a su manera. Había violentado a Keith, pero no quería que la violentaran a ella, todavía no. Quería que la violencia cesara violentamente. Todo estaba en orden: tenía el dinero. Y cualquier inocente o idiota habría dicho que había llegado también el momento de un importante giro sexual. Con esto en la mente, Nicola respiró enérgicamente y se abrazó a sí misma, llenándose —hasta sus pechos se habían llenado—. El amor no lo conseguiría. (Keith no era el tipo.) Tampoco el sexo lo conseguiría, por sí solo. Ni siquiera el sexo de Nicola, cuyo poder había asombrado a menudo a la propia Nicola Six: las amenazas, los sobornos descarados (dinero, matrimonio), los sollozos, los acobardamientos y los desembrollamientos, los dientes desnudos, los tendones del cuello tan salvajemente extendido…

Keith entró. Nicola se hallaba junto a la mesa en la habitación en penumbra, contando el dinero a la luz de un flexo. Llevaba un camisón negro abiertamente vulgar. Con el pelo suelto, un tercio de cada pecho al aire y una expresión concentradamente comercial, esperaba parecerse a una madame de Mónaco que ha tenido una semana muy dura pasando cuentas después de un año de retiro más bien involuntario, o algo por el estilo, como se veía a veces en la tele. Se quitó las gafas de sol y lo buscó con la mirada en las sombras. Él, a su vez, miró a la luz. En silencio, sus campos de fuerza se tocaron. Y se transmitieron:

El hogar era su secreto. Nadie había estado antes allí. Oh, había *habido* visitas: cobradores del alquiler y empleados del censo, la policía, y electricistas timadores y supuestos fontaneros, etcétera, así como asistentas sociales auténticas y supervisores de su libertad condicional; pero nadie más, que él supiera. Nunca. Solamente el perro, la mujer y la niña: los de casa. También ellos eran secretos. El hogar era su pequeño secreto sórdido. Y ahora el secreto se había aireado.

—En otro tiempo —dijo Nicola cuidadosamente—, tu mujer debió de ser maravillosa.

—No debiste hacerlo, Nick. Maldita sea.

—Y la pequeña es divina. ¿Cómo dijiste que se llamaba tu perro?

—No debiste hacerlo, Nick. Maldita sea.

—Qué animal tan noble. Keith, lo *comprendo*. No querías que yo lo supiera, ¿verdad?, que vivías como un cerdo.

—Eso… eso no se *hace*.

Nicola tenía una botella de whisky y dos vasos largos preparados. Llenó prácticamente hasta la mitad uno de los dos vasos. Tomó dos sorbos y dio la vuelta alrededor de la mesa para llegar hasta él.

—Toma un poco de esto.

Y él tomó dos tragos.

Nicola podía ser más alta que Keith cuando se lo proponía. Era ciertamente más alta que él ahora, con sus tacones de diez centímetros. Sin doblar las rodillas, se inclinó sobre la mesa y agachó la cabeza, murmurando:

—Cogí un poco de tu dinero y lo he gastado en medias nuevas y algunas otras cosas. Espero que no te importe. —Levantó la mirada—. Tú sabes por qué hago esto, ¿verdad, Keith? ¿Verdad que sabes cuál es el motivo de todo esto? —preguntó. Nicola no tenía ganas de reír. Sin embargo, pensó que aquello era divertidísimo.

—¿Qué?

—Son los dardos. Escucha.

El parlamento duró unos cinco o seis minutos. Luego lo cogió de la mano y guió su cuerpo plomizo hasta el sofá.

—He preparado una cintita para ti, Keith —dijo—. Aunque parezca curioso, te puede ayudar a comprender lo que quiero decir.

… Los guantes negros hasta los codos, el aspecto de maravillosa juventud, el vestido del color de los celos, el beso lanzado al aire, el dedo negro que se movía, invitando.

—¡Más despacio! —gimió Keith, cuando empezó a desaparecer la imagen. Con un leve floreo, agarró el mando a distancia. Entonces el cuerpo moreno escasamente vestido —solo un cuarto— de Nicola se precipitó hacia atrás, y se convirtió en un maniquí mecánico, primero, y luego en una estatua viviente al congelar Keith la imagen que había elegido.

—Esto es —exclamó Keith, suspirando no tanto de anhelo como de sinceridad profesional—. Esto es la auténtica realidad.

Entonces ella le dio el dinero, metiendo sin excesivo cuidado puñado tras puñado en una bolsa de plástico con marca comercial, y luego lo acompañó al pasillo. En cada momento Keith se esforzó por parecer juicioso y merecedor de aquello, pero sus labios no dejaban de retorcerse con una risita adolescente. Más alta que él allí, en lo alto de la escalera, Nicola cruzó los brazos y pareció mirarse a sí misma.

—El eterno atractivo del escote, Keith —dijo—. Qué será, me pregunto. La simetría. La tensión proximal.

—Prestigioso —dijo Keith—. Parece fantástico.

—En los libros se dice, con cierta melancolía, que los hombres quieren meter ahí la cara. El retorno a la madre, Keith. Pero yo no

estoy de acuerdo. Yo no creo que los hombres quieran meter la cara ahí.

Keith movió la cabeza, primero asintiendo y luego negando.

—*Yo* creo que quieren meter la polla, Keith. *Yo* creo que quieren follar las tetas. Ah, apuesto a que sí.

—Sí, ¡je, je! —dijo Keith.

Aquella no era la auténtica realidad. Un simple maniquí, en el mando a distancia.

—Recuerda esto: la próxima vez que lo veas, menciona la poesía. No me importa cómo. Y, entretanto, mastúrbate pensando en mí, Keith. Machácatela pensando en mí. Como una forma de entrenamiento. Hasta que te hartes. Todo eso que quisiste hacer a esas chicas que eran demasiado tímidas. O que no te dejaban que lo hicieras. Házmelo a mí. En tu cabeza.

Los ojos de Keith parecían rezumar hacia arriba bajo sus párpados.

—Déjame probar. Vamos, muñeca. Déjame probar un poco.

Debía tocarlo. Con tres dedos largos palpó su pelo: más seco que la aulaga. Una chispa, y todo él empezaría a arder. Cogió una greña cerca de la raya y la posó lentamente. Luego, inclinándose sobre su cara abierta —y oyendo ya el enjuague de su boca, la respiración anhelante (no soy yo quien lo hace: es Enola, Enola Gay)—, le dio el Princesa Judía.

Estaba sonando el teléfono. Nicola bebió whisky. Levantó el receptor, oyó los asustados *pip pip*, esperó un poco y marcó el seis.

—Siento no encontrarme ahora en casa —dijo. Y en cierto modo era cierto lo que dijo—. Si quieres dejar un mensaje, por favor, habla después de oír la señal.

Por supuesto, no hubo señal, y estuvieron esperando los dos. Qué barbaridad, ¿cuántos segundos?

—Oye. ¿Nicola?… Dios mío, estoy completamente empapado. Es tan duro hablar a una máquina… Escúchame. He estado…

Nicola apretó con un dedo.

Con cuidado, Guy sacó la cabeza del cubículo telefónico y volvió el rostro hacia aquella cortina de lluvia tan ancha como la calle. Se oía música —iba y venía bajo el hipódromo tormentoso del cielo—. Una música idónea, por cierto. Guy se volvió: un negro viejo en la esquina con un saxo y la intensa melancolía de Coleman Hawkins. ¿Qué era? Ah, sí. «Yesterdays.» Guy con toda seguridad le daría dinero.

Allí estaba el hombre plantado en la empapada vaciedad de la estación de metro de Ladbroke Grove —a algo más de medio kilómetro de su casa—, en la que había descubierto recientemente una cabina que funcionaba en medio de una fila larga de cabinas

estropeadas. Todo un hallazgo. Como ver un pterodáctilo complacientemente posado en los cables del teléfono entre gorriones y cuervos viejos y pachuchos. Arreciando a cada segundo que pasaba, la lluvia caía ahora con tanta fuerza que hasta los coches parecían regresar a casa anadeando. Solo los autobuses, cual fortificaciones iluminadas, avanzaban tranquilamente en la noche pasada por agua. Aquella canción: qué complicación, qué enredo tan penoso. Primero pasas por esto, estaba diciendo. Luego pasas por *esto*. Y luego pasas por *esto*. La vida, pensó Guy. Cuando el hombre hubo acabado por fin, Guy se le acercó y metió un billete de diez libras en su cubilete de espuma de estireno.

—Ha sido precioso —dijo. Sin contestación. Guy se dio media vuelta y empezó a caminar. Y entonces el hombre gritó:

—Eh, colega. Te *amo*.

En cinco zancadas se colocó bajo el cobertizo de la parada del autobús. Ya estaba cómicamente empapado. En vez de ir directamente a casa, donde, en cualquier caso, Marmaduke se hallaba bien atendido a pesar de la insuficiencia de niñeras (dos enfermeras nocturnas hasta que se recuperara del todo), Guy soñó razones para partir la jornada con una visita al Black Cross: doscientos metros Lancaster Road abajo. Esperó un rato a que amainara la lluvia. Pero no amainó. Siguió arreciando. Llovía, como decía la gente, a cántaros, a cántaros cada vez más pictóricos y furiosos. Excesos sobre excesos, y luego más excesos, y luego más aún.

Según avanzaba Guy chapoteando y dando saltos en dirección a Portobello Road y a su tendido bajo de luces, divisó a una figura exageradamente borracha, que evolucionaba sobre un charco bajo la claridad de una farola. *Keith*. Y no estaba dando tumbos. Estaba bailando, y riendo. Y tosiendo.

—¿Keith?

—¿Sí…? ¡Je, je!

—¡Dios santo! Pero ¿qué estás haciendo?

Keith se dejó caer contra la farola, con la cabeza hacia arriba y la barriga temblando ligeramente de risa o exasperación —de risa o derrota—. Llevaba una bolsa de plástico verde, bien apretada bajo sus brazos cruzados.

—¡Y tú qué coño haces ahí! Qué pasa contigo, ¿eh? Porque no lo capto…, o sea que…

—Vamos, entra. Mira cómo vamos.

—Porque no lo capto…, o sea…, ¡joder!

—¿Qué?

—La vida.

En aquel momento, un Jaguar rojo tomate torció bruscamente la

esquina y frenó con urgencia justo debajo de la farola.

—Ahí va la leche.

Se abrió la puerta de atrás y se oyó una voz que ordenaba desde la oscuridad contenida:

—Sube al coche, Keith.

—Qué hay, chavales.

—Que subas al coche, Keith. Joder.

Guy se estiró, mostrando toda su altura. Keith levantó una mano que chorreaba agua.

—Vale —dijo—. Sí. Vale. Solo voy a entretenerme un poco. —Avanzó y se inclinó. Entonces, mirando despreocupadamente por encima del hombro, añadió—: Tomaremos una copa. Aquí no, en el Golgotha. Voy a… —Una mano salió repentinamente de la sombra y Keith cayó enquistado en el asiento trasero—. Diez *minutss*. ¡Ouf!

Gritó algo más y encajó otro golpe, pero Guy no lo pudo oír a causa del murmullo incesante de la lluvia.

Volver a entrar en el Golgotha le supuso a Guy volver a hacerse socio, a un precio elevado, porque no llevaba consigo su tarjetita perforada y no pudo hacer nada ante la muda mirada que el portero le clavó. Con cierta repugnancia pidió un *porno* (tratándose del Golgotha, Keith ponía pegas a todas las demás bebidas) y se aseguró una mesa junto a la máquina tragaperras, a cierta distancia de la orquesta. Mientras hacía todo esto, se maravilló de la nueva cosa que tenía: agallas. Guy ni siquiera miró alrededor en busca de otra cara blanca. Por alguna razón, el mundo físico se estaba volviendo cada vez más irrelevante. Pensó que sin duda esto era una consecuencia, o un efecto secundario, de la época que le estaba tocando vivir: la repentina escatología de las calles; los arbolillos entubados abarrotados de basura, marcando el lugar en el que cada ser humano podría quedar terriblemente enterrado; el movimiento de las piernas de Nicola y la burbuja en el centro de todo… Keith entró; levantó un pulgar doblado y luego se esfumó, para volver a aparecer enseguida con un vaso y una botella de *porno* sin abrir —una botella de litro o puede que hasta de litro y medio.

—¿Estás bien?

El rostro burlón de Keith parecía caliente e hinchado, y una de sus orejas parecía más roja que un tomate —debajo de un lóbulo se detectaban los principios de un desgarrón—. En el pelo, una mancha de sangre había tenido tiempo suficiente para secarse y luego para licuarse de nuevo bajo la lluvia. No quitaba la vista del dedo corazón de su mano derecha, como si tuviera un anillo en él, lo cual no era el caso.

—Bah, chorradas. En realidad, son más buenos que el pan. Todo

está olvidado…

Su ropa echaba humo. Pero lo mismo pasaba con la de Guy. En el Golgotha todo el mundo estaba fumando, y también estaba fumando la ropa de todo el mundo. Esto era lo que pasaba cuando el agua entraba en contacto con el calor; y la lluvia que caía sobre Londres ahora despedía humo por razones personales.

Después de unos cuantos vasos rápidos, Keith dijo:

—Esta noche me voy a permitir un lujo. Debbee Kensit… es algo especial para mí. ¿Sabes lo que quiero decir? Aún no está del todo madura. Y es pura. Amor natural. No como algunas. Nada guarro. En absoluto.

—¿Guarro? —preguntó Guy.

—Sí. Ya sabes. Como chuparla y esas cosas. ¿Sabes, eh…?

De repente Guy se llevó un índice al entrecejo. Dijo:

—Pues no.

—No te entiendo, Guy Clinch. No te entiendo. ¿Sabes lo que me dijo el otro día? Me dijo: «¿Keith?» Y yo: «¿Qué pasa?» Y ella: «¿Keith?» Y yo: «No empieces.» Y ella: «¿Keith? Sabes una cosa, no hay nada que yo… que yo no esté dispuesta a hacer… cuando me topo con un tío así. Me vuelvo loca.» Eso. Eso es lo que me dijo.

Guy le miraba fijamente con huera incredulidad.

—Espera un momento. Ella… te dijo a *ti*…

—O algo muy parecido —dijo Keith rápidamente—. Bueno, espera. Espera. Creo que te estás formando una idea equivocada. Ella no *dijo* eso. Claro que no. No con tantas palabras.

—¿Y qué es lo que dijo, entonces?

—Era como de algún *poema* o algo así —dijo Keith, con lo que parecía ciertamente una sincera repugnancia—. ¡Hostia! ¿Por qué tengo yo que saberlo, eh? Yo solo soy escoria. Vamos, dilo. Yo solo soy escoria.

—Tú no…

—*Coño*. Ah, perdóname, colega. No, no. Ya no aguanto más. Viene uno aquí a relajarse un poco. Un par de vasos. Trata de juntar a dos personas en este mundo…

—Keith.

—Yo esperaba otra cosa de ti, Guy. Me has defraudado, colega. Defraudado completamente.

—Keith. No es así. Escúchame. Te pido perdón de verdad.

—Bueno. Pues entonces escúchame: no he querido faltarle a ella el respeto tampoco. Nunca.

—Por supuesto que no, Keith.

—Bueno. Pues entonces, vale ya. Sí, a tu salud. Me alegro de que

nos hayamos… Porque tú y yo… Nosotros…

Guy sintió de pronto que Keith podía romper a llorar de un momento a otro. Se había castigado claramente a base de *pornos*. Alguna otra cosa le dijo a Guy que la palabra *amor* no estaba demasiado lejos.

—Porque tú y yo… Nosotros… nosotros deberíamos defendernos el uno al otro. Porque estamos los dos metidos en lo mismo.

—¿En qué? —preguntó Guy alegremente.

—En la vida —contestó Keith—. En esta vida.

Se pusieron los dos tiesos y carraspearon al mismo tiempo.

—No te vi por allí el sábado.

—Tú sí estuviste, ¿no?

—Tú no…

—No, no pude. ¿Qué tal fue?

Keith agachó la cabeza y luego miró a Guy con una expresión de generosa indulgencia.

—Lógicamente, los visitantes estaban deseosos de sacar jugo de su nuevo fichaje del norte, Jon Trexell. ¿Cómo le sentaría a este muchacho de veintitrés años el cambio de Ibrox Park a Loftus Road? Este joven escocés, una de las adquisiciones de los Rangers más caras de los tiempos modernos, rozando el millón de libras, en modo alguno podía defraudar a…

Doce horas después, Guy bajaba la escalera de su casa, en Lansdowne Crescent, llevando la bandeja del desayuno y canturreando *non più andrai*. Hizo una pausa y se mantuvo callado junto a la puerta del cuarto de estar principal. Ató cabos enseguida. Hope estaba entrevistando, o importunando, a una nueva niñera. Guy escuchó durante unos momentos la mención mágica, el conjuro de grandes sumas de dinero. Las audiencias de niñeras eran una constante en la vida cotidiana de Hope. Desde la semana en que nació Marmaduke, había habido un anuncio permanente en *The Lady*… Guy prosiguió en dirección a la cocina, dando los buenos días a una mujer de la limpieza, a una doncella, una enfermera, dos decoradores de cierta edad (¿las cornisas?) y a una niñera saliente (¿Caroline?), que estaba bebiendo sin pizca de disimulo jerez de guisar e inhalando aire a grandes bocanadas con la mirada perdida en el jardín. Deslumbrantemente iluminado por el sol bajo, el extremo opuesto de la habitación era todavía un tugurio de juguetes. Los dos circuitos cerrados de televisión estaban averiados, pero la atención de Guy se centró en un interfono portátil que había sobre la mesa. Su otra terminal debía de hallarse en la habitación del piso superior, porque se podía oír a Marmaduke en estéreo. Manifiestamente, el niño se

estaba portando bastante bien, como solía ser el caso cuando había alguna nueva niñera en perspectiva. Cualquier extraño que lo hubiera oído en aquel momento habría pensado que lo único que le había ocurrido a la criatura era que había sufrido una salvaje y hábil paliza. De repente, todos los que estaban en la cocina empezaron a dar gritos de horror ante el atroz bombazo que se oyó en la habitación de arriba.

—No, no, Melba —cantó Guy interceptando el paso a la doncella, que se disponía a coger la aspiradora industrial de debajo de las escaleras—. Yo lo haré.

Me presento a la nueva niñera: muestro la sonrisa normal. Uno se porta como si esto fuera lo único que pudieran desear las niñeras: normalidad.

—¡*Melba*! —se desgañitó Hope mientras Guy hacía un viraje en dirección a la habitación, cargado con la boquilla y la base. Marmaduke había conseguido derribar el espejo de pared de cuerpo entero del siglo XVIII y estaba ahora divirtiéndose tratando de arrojarse en medio de los cristales. Hope lo contuvo. Entre las piernas del niño se había tensado peligrosamente el cordón de una bombilla. Guy miró embobado la Kristallnacht de cristal burbujeante.

—¡Melba! —se desgañitó Guy.

Unos minutos después, Guy se arrodilló para ayudar a Melba a retirar la crujiente bolsa de basura. Se incorporó, se sacudió de arriba abajo —¡ay!— y se dio media vuelta mientras Hope decía:

—… así de infernal. No, tesoro. Por favor, no. Le presento a mi marido, míster Clinch, y…, perdone, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Enola, Enola Gay.

Uno busca a la persona amada en todas partes, por supuesto; en los coches que pasan, en las ventanas de los pisos superiores, hasta en el avión que vuela sobre la cabeza, ese crucifijo de los cielos. Uno siempre quiere que la persona amada esté *ahí*, en cualquier parte. Objeto de la más urgente persecución, uno la busca insomnemente, todas las noches, en los sueños… Guy sintió pánico, y placer: ella estaba allí, estaba más cerca, y qué aspecto tan bondadoso tenía vestida de rosa… Obedeciendo un instinto afortunado, Guy dio unos pasos adelante y dio los buenos días a su mujer con un beso. Al margen de cualquier otro efecto posible, aquello haría que, como estaba previsto, Marmaduke le diera el asalto. Al verse por unos instantes libre para recorrer la habitación, el niño vio la caricia y se lanzó corriendo a impedirla. De este modo, Guy se hallaba ocupado sujetando a Marmaduke contra el suelo cuando oyó decir a Hope:

—La paga, supongo, estará de acuerdo conmigo en que es extremadamente generosa. Nunca he oído que alguien pague algo que se aproxime a esta cantidad. Puede ir vestida como quiera. La mayor

parte del día contará con la asistencia de Melba y de Phoenix y de cualquiera. Podrá disponer de un coche. La tarifa será doble para cualquier sábado que quiera trabajar, y triple para los domingos. Puede hacer todas las comidas aquí. Se puede mudar a vivir aquí. De hecho…

Melba llamó y volvió a entrar. Tres albañiles o jardineros aguardaban amenazantes detrás de ella.

—Discúlpeme un momento, por favor —dijo Hope.

Pues eso. Vigilados de reojo por Marmaduke, Guy y Nicola se hallaban sentados a dos metros y medio de distancia el uno del otro, sobre dos sofás enfrentados. Guy no podía articular palabra; notó, una vez más, que ni siquiera podía mirarla a la cara.

Pero Marmaduke tenía unas sensaciones distintas. Se liberó de la sujeción paterna. Con las manos en los bolsillos, avanzó furtivamente por la alfombra. A probar a la nueva niñera, a probar sus tetas y puntos débiles: Marmaduke se lo pasaba bomba.

—Vaya, hola —la oyó decir—. Eres un cliente un poco frío, ¿no? Guy, no sabes cómo lo siento. No esperaba que estuvieras aquí. Tenía que hacer esto…, tenía que verle. ¡Ay! Vaya pellizco que me has pegado. Recibí tu mensaje y me sentí tan…, ya veo. Muy bien, jovencito, a esto pueden jugar dos. Ven a mi casa hoy. Tienes que hacerlo. Se llama el Juego de Pellizcar.

Se abrió la puerta. Guy levantó la vista: Hope lo estaba llamando con la más severa de las expresiones. Salió del cuarto arrastrando sus enormes pies. Hope se había enterado: era tan *evidente*… Guy sentía como si una nueva fuerza se hubiera introducido en la naturaleza, una especie de gravedad, pero diagonal y operando hacia fuera: podía levantar la tapa de todo, la habitación, la casa.

—¿Y bien? —dijo Hope en el vestíbulo con las manos en lo alto de las caderas.

—Yo…

—Nos quedamos con ella, ¿de acuerdo? Nos agarramos a ella. La engullimos.

Él vaciló.

—¿Tiene alguna cualificación?

—No le he preguntado.

—¿Tiene alguna referencia?

—¿Y qué más da?

—Espera —insistió Guy. Sintió a su espalda el resplandor de lo que le parecía una dramática ironía—. ¿No es un poquito guapa?

—¿Qué? Qué silencio ahí dentro. Increíble.

—Tú siempre has mantenido que las guapas no valen para nada.

—¿Quiénes somos nosotros para ser tan quisquillosos?

Guy rió breve y sosegadamente.

—Quiero decir —prosiguió Hope en un murmullo— que ya ha agotado a todas las feas.

Oyeron un quejido seco en la habitación contigua. No se parecía en nada a todos los demás sonidos que había emitido Marmaduke hasta entonces. Los padres se precipitaron a ver, esperándose la escena de rigor. La niñera encorvada en un rincón o mostrando alguna herida facial ante el espejo. Marmaduke blandiendo un mechón de cabellos o un trozo de sujetador previamente desgarrado. Pero no sucedía nada de esto. Enola Gay se les quedó mirando con total e inmaculada compostura mientras Marmaduke Clinch retrocedía despacio, palpándose la muñeca, y con una expresión nueva en la cara, como si acabara de aprender algo (una de las lecciones de la vida), como si nunca hubiera conocido un ultraje, un escándalo semejante.

La casa era una obra maestra. Cómo centelleaba, cómo *rasgueaba*. Tanto lienzo, y tanto óleo… Con qué confianza ofrecía sus nobles temas de continuidad y reposo, en los que todo estaba bellamente interrelacionado. La presencia de Nicola fue como una espoleta. Pues ella podía hacer estallar todo el invento.

Por supuesto, la casa no era arte. Era vida. Y luego estaba el apartado de los costes. Naturalmente, el dinero era uno de ellos. La casa no comía dinero. Desparramaba dinero. El dinero salía disparado de ella, como billetes de diez libras introducidos en un propulsor abierto. Acudía gente de varios kilómetros a la redonda a fregarla y acicalarla, a prepararla para ulterior uso, ulterior trabajo. Fregonas y enceradoras arrodilladas, las temblorosas zapatillas de goma de un electricista encaramado a una vigueta, un fontanero tumbado en el suelo boca arriba, una escoba mutilada mal apoyada en la chimenea, peones, reparadores, instaladores rarísimos, comprobadores de las medidas de seguridad, lectores de contadores, y, por supuesto, los innumerables esbirros de Marmaduke. A veces Guy imaginaba que todo estaba dispuesto en función del niño. El diminuto drama infantil del constante mete y saca. El juego de los palillos del andamiaje. Toda la ruina y el naufragio.

La otra cosa que consumía la casa era *orden*. Cada día, el lavaplatos de dos cuerpos, el ablandador de agua, el pelador de zanahorias, el moldeador de pasta… se acercaban cada vez más a la muerte maquinal, precipitándose hacia el caos. Cada día, la mujer de la limpieza volvía a su casa más cansada, más vieja, más enferma. Auténtica ciudadela de orden, la casa absorbía montones de entropía de cualquier otra parte. Con tanta necesidad como tenía de mantenerse unida y compacta, en lo más profundo la casa debía de estar muriéndose de ganas de venirse abajo o de volar en pedazos…

Presa del hambre, y del deseo de hacer rápidamente algo serio, Guy volvió a bajar la escalera, tropezó con una punta de alfombra y se detuvo a mitad de camino para intercambiar unas palabras con Melba, cuyo vigor él había comprado y agotado por muchos años…

Sus manos no temblaron mientras se servía la leche y untaba el pan con mantequilla. Y ahora he aquí otro secreto conyugal: sacó el periódico matutino de debajo de una pila de folletos de juguetes de Marmaduke, donde lo había escondido previamente de la mirada de Hope, y volvió de nuevo a la página opuesta al editorial. Ahí estaba el artículo o extracto, sin firma, ofrecido sin comentario. Por supuesto, en aquellos tiempos de supertormentas de supervatios, de huracanes de multimegatones y de incendios forestales de millones de kilómetros cuadrados, era fácil olvidar que había dispositivos fabricados por el hombre —botones, dedales— que podían causar estragos equivalentes. Pero todo esto era, en definitiva, obra del hombre. No actos de Dios, sino actos del hombre… Así, el primer suceso sería la velocidad de la luz. Un mundo se torna blanco como un sol pálido. Yo no lo sabía. Yo no sabía que el calor viaja a la velocidad de la luz. (Por supuesto: como los rayos solares.) Todo lo que mirara a la ventana se convertiría en fuego: las cortinas de cuadros, aquel periódico, el mono hecho a medida de Marmaduke. El siguiente suceso se produciría a una velocidad superior a la del sonido, superior a la del trueno estridente, el espeluznante estruendo de la fisión. Aquello sería el estallido de la presión. Atravesaría las calles a la velocidad del Concorde, no en una onda exactamente, sino rodeando la casa y haciéndola explotar *hacia fuera*. En efecto, la casa se convertiría en una bomba, y todo su yeso y su orden, todo su cristal y acero pasarían a ser metralla, perdigón zorrero. No habría diferencia alguna, en este sentido, entre aquella casa y cualquier otra. Su casa, el rasgueante edificio de entropía negativa, sería caos corriente durante un instante, sería simplemente como la casa donde vivía Keith, o Dean, o Shakespeare. Entonces todo estaría permitido. Guy cerró los ojos e inevitablemente se vio a sí mismo corriendo hacia el norte en medio de llamas bajas y de vientos de hollín; luego, la habitación de ella, desgarradamente abierta a un cielo enfermo, y un acto de amor llevado a cabo entre los cascotes, perdonable, pero toda su belleza completamente desaparecida, y todo sucio y sombrío y muerto.

—Tengo que cortar —dijo con un repentino movimiento aseverativo de la cabeza.

—¿Cómo ha dicho? —le llegó dulcemente la voz de Melba.

—Oh, perdona, Melba. No es nada.

«Los efectos de las detonaciones termonucleares», tomado de una cosa a la que se referían con el nombre de *Glasstone & Dolan* (1977, 3.a ed.), entre los editoriales sobre la deforestación y los sueldos de las

enfermeras, junto a un informe acerca del Concorde, que alcanzaría un beneficio récord a finales de año, y encima de la columna de astronomía, que decía que el objeto identificado por la nave Apolo, y que se había desgajado del cinturón de asteroides, pasaría a cuatrocientos mil kilómetros de la tierra. Lo cual parecía una buena noticia. Pero ahí era donde se encontraba la luna. Por el interfono se oyeron unas despedidas en el momento en que Guy encajaba el periódico en el fondo del cubo de la basura. Tragó saliva al sentir que el campo de fuerza de ella estaba abandonando la casa.

Y la casa estaba aún allí.

Guy se asomó al vestíbulo. A juzgar por el sonido, Marmaduke se había ido —al cuarto de arriba, con Phoenix y Hjordis, sin ninguna duda—. Guy se encogió bruscamente para saludar a Dink Heckler.

—Ey —dijo Dink, apuntando con un índice.

—Dink. ¿Qué tal estás?

—Bien.

El número siete de Sudáfrica iba vestido, por supuesto, con indumentaria de tenis. Sus apretados pantalones resaltaban sobre los bloques garabateados de sus muslos. Encajados en unas zapatillas prácticamente cuboides, los pies de Dink parecían estúpidamente separados.

—¿Vais a jugar —dijo Guy— con este tiempo…?

—Pues claro. —Dink miró a través de la puerta de la calle (la mitad de cristal) a la soleada mañana de octubre, y luego volvió a mirar a Guy con expresión de fastidiosa inquietud—. ¿Qué pasa? ¿Ves tú algo que yo no vea?

—Es solamente el… el sol tan bajo. Deslumbra bastante.

Hope bajó ahora saltando los peldaños de la escalera y dijo:

—Arreglado. Empieza hoy. A la una.

—Ah, ya… —dijo Guy.

Hope miró a Guy, a Dink, a Guy de nuevo.

—¿Pasa *algo*? —dijo—. A decir verdad, lo veo con optimismo. Creo que es asombrosa. Marmaduke ha estado bastante tranquilo con ella. Parecía completamente aturdido. Debe de tener una autoridad terrible. ¿Sabes que está descabezando un *sueñecito*?

—Asombroso —dijo Guy.

Luego dijo Hope con determinación:

—Voy a jugar con Dink.

Bajo el grueso edredón, entre los vestigios del olor de dormir de su mujer, tras las cortinas medio echadas, Guy yacía mirando fijamente el techo, a su vez significativamente cargado de la luz lechosamente ilícita de un dormitorio aún utilizado durante la hora anterior al mediodía. Lo malo que tenía el amor, pensó, o lo malo que tenía aquel

amor en concreto (se diría), era su carácter *totalitario*. En el mundo del intelecto, qué ocioso es buscar una Respuesta a Todo… Y más ocioso todavía encontrarla. Y sin embargo con los sentimientos… ¿cuál es la gran idea? El Amor. El Amor es la Gran Idea. Con sus imperativos dialécticos, sus arrepentimientos, su policía mental, sus llamadas a la puerta a las tres de la madrugada, el Amor te hace utilizar al ciego, te hace esperar la muerte en Camboya, te hace alegrarte de que se esté retorciendo tu hijo…, allá en la sala Peter Pan. Te hace provocar un holocausto por un trozo de culo. Porque la amada, aquella amada, sería realmente capaz de convertir la casa en una bomba.

Se despertó alrededor de las dos. Tenía la mente clara. Pensó: se acabó. Agua pasada. Y se tensó, para escuchar el primer murmullo de la vuelta… No podía ser más simple. Le contaría todo a Hope (aunque no lo del dinero. Seamos *serios*), y se sometería a la consiguiente expiación. Qué maravillosa, qué bella era la verdad. Omnipresente, y siempre esperando. El amor debía de ser un enemigo de la verdad. Debía de serlo. Pues te hacía querer lo que era malo y odiar lo que era bueno.

Unas pisadas dejaron atrás su habitación y subieron la escalera.

Y ahora la vida le echaba una mano.

A través del cable estrangulado de un interfono olvidado oyó ruidos, voces, risas. Hope y Dink, allí arriba, cambiándose. Tras el partido, ahora se estaban cambiando, cambiando. Un grito, *Cómo sudo*, una prohibición cómica, *Compruébalo*, un tris de cremallera seguido de un caliente silencio roto por un jadeo y el serio *Déjalo* de ella…

Y Guy pensó: Mi mujer no me ama. Mi mujer me ha traicionado. Qué absolutamente maravilloso.

Ella entró enseguida, envuelta en una bata, con el pelo suelto y la garganta ardiendo.

—Levántate —dijo—. Ahora está dormido, pero tu turno empieza en cuanto se marche Phoenix. Estamos sin niñera para lo que queda de día. Esa zorra no ha aparecido.

En la habitación contigua, Marmaduke, que había pasado toda la noche despierto, yacía tumbado echando un agitado sueño. Los juguetes estaban desparramados por la cuna como municiones de una guerra interminable. El pequeño prisionero, con su brutal cara escandinava, se hallaba apresado entre sus mantas de lana, entre su revuelto atuendo de bebé. Su pelo blanco de pato estaba aplastado por el sudor… Ni siquiera cuando dormía permanecía el niño sin seguimiento electrónico, sin mediación. Mientras bebía una taza de café instantáneo, Phoenix lo observaba desde la cocina y entornaba sus largos ojos durante varios segundos a cada indicación de que podía estar a punto de moverse.

Antes de perder la conciencia, Marmaduke había contemplado y palpado los dos cardenales que tenía en el dorso de su puño rollizo. Los contempló con miedo y admiración. Ya había olvidado prácticamente el dolor que los había acompañado, pero había algo en la manera como se habían producido que quedaría gloriosamente grabado en su mente. Quería hacer a alguna otra persona la cosa que se le había hecho a él. «Fantástico», había susurrado (como se puede decir «fantástica» de una chica guapa que pasa por la calle o de un *drive* derecho en el campo de cricket: se reconoce la habilidad, el talento) antes de hacerse un ovillo y caer dormido, esperando jugar en sueños al Juego de Pellizcar.

El Juego de Pellizcar estaba bien. Era *bonito*.

—¡Ay! Vaya pellizco que me has pegado. Muy bien, jovencito, a esto pueden jugar dos. Se llama el Juego de Pellizcar.

Marmaduke esperó.

—¿Quieres jugar?

Marmaduke esperó.

—Bueno, ahora… tú me pellizcas primero todo lo fuerte que quieras.

Marmaduke la pellizcó todo lo fuerte que quiso, que fue todo lo fuerte que pudo.

—Bien. Y ahora te pellizco yo a *ti*.

Marmaduke observó, con pasmado interés. Luego su visión rezumó a través de lágrimas de dolor.

—Ahora te toca otra vez a ti. Me pellizcas todo lo fuerte que quieras.

Marmaduke alargó la mano rápidamente. Pero entonces vaciló. La miró primero unos instantes con sonrisa dubitativa, y luego le administró el más tierno de los pellizcos en el dorso de la mano.

—Bien. Y ahora te pellizco yo a *ti*.

Aunque no como mucho ahora, creo tener aún buen apetito para amar. Pero no funciona.

En total, pasé seis noches durmiendo en el suelo en Heathrow. Poco dormir pero mucho suelo. Y me desesperé. A las demás personas parecía irles mejor que a mí: más fuertes y más rápidas en las colas de lista de espera, con sobornos más grandes y más contundentemente ofrecidos. Veía cómo mi persona se convertía, con el paso de las semanas, en una especie de bufón en la sección de Salidas. Y luego en una figura trágica. Y luego en un espectro, que iba y venía entre el kiosco de periódicos y la cafetería perdiendo un trozo de carne a cada paso.

Aún tengo buen apetito para amar. Pero no hay nada con que calmarlo.

Encarnación me participa que Mark Asprey se dejó ver muy poco por la casa. Sus ojos se retraen y ablandan con la indulgencia de una amante mientras habla del tipo de necesidad en que se halla constantemente su señor. Esto la lleva a explorar uno de los enigmas de la vida: cómo es que algunas personas son más afortunadas que otras, y más ricas y más guapas, y así sucesivamente.

Por supuesto, me pregunto con insistencia si se dio una vueltecita por el callejón sin salida.

En mis nuevos sueños me parece que sigo atisbando a Kim, y a Missy, Missy, Kim. Se esfuerzan por ser amables. Pero en mis nuevos sueños esto sencillamente no sale bien.

Amo a Lizzyboo a mi manera; sin embargo, cuando pienso en su adiestramiento o educación sociosexual, tengo la impresión de que hay solo unas cuatro o cinco cosas que pueden suceder realmente entre ella y los hombres.

Él se Niega A Comprometerse. Ella No Consigue Darle El Espacio Que El Necesita. Está Demasiado Centrado En Su Carrera En Este Momento. Los Demás Piensan Que Se Aman Pero Habida Cuenta De Sus Diferencias Temperamentales, ¿Cómo Van A Acabar Conectando?

Ella está un poco más impertinente estos días, o lo está cuando no come. Se acabaron las restricciones. Es como si estuviera cayendo. Está cayendo, y al ritmo normal de aceleración, que es bastante rápido: cien metros por segundo por segundo. Afortunadamente, por lo menos, en esto del caer no importa mucho los kilos que se tengan…

Supongo que podría decirle que yo no soy más que un anticuado. «Yo no soy más que un hijo de mi tiempo, Lizzyboo», me oigo decirle mientras retiro diplomáticamente su mano de mi rodilla. Por otra parte, hay un montón de enfermedades debilitadoras pero no fatales que podría aducirle tímidamente. Anoche me agarró la mano en la escalera y dijo:

—¿Quieres que tonteemos un poco?

¿Yo? ¿Tontear un poco? Sin duda no se ha enterado de que el tonteo está en decadencia —aunque tal vez no lo haya estado demasiado en su caso, o al menos hasta hace poco—. Dink Heckler, por ejemplo, da la impresión de ser un capataz severo en la cama. Pero conmigo no conseguirá ninguna de esas pamplinas. Yo soy un hijo de mi tiempo.

En los días salvajes de mi caliente juventud nadie quería correr el riesgo, ni yo tampoco. Recuerdan cómo solía desarrollarse la cosa… ¿Estás libre algún día por la noche esta semana? He pensado que podríamos ir a pasar un rato juntos… al hospital. Ese lugar tan bonito de la Séptima Avenida. Si crees que de esa manera estarás más relajada, tráete contigo a tu médico personal. Yo me llevo al mío. Pasaré a recogerte hacia las ocho y media. En una ambulancia. Ah, preciosa, no me hagas esperar.

Pero la cosa ya no se desarrolla de este modo, ni mucho menos. Reflexionemos un poco. Los virus saltarines, todos esos —o todas esas — drogotas, borrachines y lulús son, por supuesto, cada vez más numerosos; pero parecen haberse calmado bastante. Por puro interés egoísta, naturalmente. Después de todo, no son más que parásitos; y los buscainvitaciones y los artistas en paro no quieren que toda su morada se venga abajo hecha pedazos (salvo cuando están excepcionalmente borrachos). De modo que ha prevalecido la sabiduría de la evolución; han adoptado una *estrategia estable*, sin perder de vista en ningún momento sus verdaderos intereses a largo plazo; y ahora ellos participan también en el baile. Por lo demás, todos sabemos que no vamos a vivir indefinidamente. Esto lo sabemos. Lo habíamos olvidado durante cierto tiempo. Durante cierto tiempo pareció que valía la pena intentar la opción de vivir indefinidamente. Pero ya no. Incluso en California, las casas de preparación física y las clínicas deportivas están desconchándose y acumulando polvo. Setenta es un número muy alto, hasta para los muy ricos, hasta para alguien como Sheridan Sick. Aceptamos subliminalmente que la vida ha sido revisada hacia abajo, y una vez más empezamos a dormir con extraños. O algunos lo hacen. El acto del amor tiene lugar en una comunidad de muerte. Pero no muy a menudo. Por lo mismo que no se ven muchos niños gateando en los hospicios modernos, pese a todas las asombrosas facilidades.

Nos conocimos hace once años. Nos sentimos seguros. Más que eso. Nos sentimos resueltos. Estábamos *resueltos*.

Pero ahora ella no quiere hablarme. Mi nombre recuerda algo sucio en Hornig Ultrason. No me encuentro muy bien, y *no tengo ni un céntimo*.

Me sorprendo entregado a vulgares ensoñaciones sobre un posible contrato cinematográfico.

Debe de haber una docena de actrices calientes dispuestas a matar por interpretar el papel de Nicola Six. Se me ocurren varios candidatos firmes y fiables para el papel de Guy (los que interpretan a los héroes de Evelyn Waugh: mansos, desconcertados, inútilmente guapos). En cuanto a Keith, se necesitaría a todo un experto en inmersiones totales, un realista con mucha marcha que viviera como un troglodita durante dos o tres años como parte de su preparación para el papel.

La única dificultad es Marmaduke. Muy propio de él. Dificultad extrema. Siempre.

Tal vez podrían prescindir de un actor infantil y acudir a un pequeño robot o incluso a algún tipo de dibujo animado de alta tecnología. Es asombroso lo que pueden hacer.

O, dado que la edad y el tiempo andan tan trastocados en la actualidad, ¿por qué no un enano joven, equipado de bragapañal y careta de niño pequeño?

Todo está trastocado. Los viejos se esfuerzan por ser jóvenes, como han hecho siempre, y como todos hacemos, pues la juventud sigue siendo el modelo. Pero los jóvenes se esfuerzan ahora por ser viejos; ¿y qué supone esto? Guedejas grises, rostros resueltamente pálidos, pasos y gestos de lisiado, maquillajes de bruja de guiñol, muletas, collarines, soportes ortopédicos.

Y luego lo siguiente. Empiezas a preocuparte por el aspecto que tienen tus hijos pequeños. Primero, te preocupas por el aspecto que *tú* tienes (te conviertes en un objetivo militar o en un póster de protesta), y luego, una vez realizado esto, empiezas a preocuparte por el aspecto que tienen tus hijos pequeños. Peinados imbéciles —púas lacadas, una especie de efecto de escobilla color nogal. Combinaciones con magentas y marrones, trigo-y-colinabo—. Veo en el parque a un niño que empieza a andar con un pendiente en la oreja (agujereada), y a otro con un tatuaje (un pájaro cantor magullado). Hay bebés ataviados con pelucas y gafas y dentaduras de juguete. Transportados en sillas de ruedas.

Sé de sobra que el Imperio británico ya no es lo que era. Pero uno se pregunta: ¿qué aspecto tendrán los *bebés* de los bebés?

Lizzyboo y yo vamos a la nueva cafetería de Kensington Park Road. Me invita ella. Ha insistido. El lugar se llama Fatty's, nombre que me parece bastante desafortunado y nefasto desde el punto de vista comercial. En el camino de ida Lizzyboo se zampará un helado o una galleta tostada con sal recién hecha o un perrito caliente de treinta centímetros de largo. Una vez allí, una vez en Fatty's, empezará con una ronda de batidos, para continuar, tal vez, con un banana split o un glaseado con frutas y nueces. Después de todas estas golosinas ya se puede ir preparando para una vida segura de soltería.

Esta tarde, se le quedó pegada una mancha de chocolate en la nariz. Yo supuse todo el rato que al final acabaría dándose cuenta —la palparía, la vería—. Pero no fue así. Y dejé pasar demasiado tiempo, demasiado tiempo de nariz, demasiado tiempo de chocolate. Fue un gran alivio cuando se excusó para ir al aseo. Cuando se levantó de la silla observé que la cremallera de su falda estaba a punto de reventar debido a la presión. Tardó en volver por lo menos cinco minutos, y la mancha de chocolate seguía allí.

—Cariño —dije—, tienes una mancha de chocolate en la nariz.

Se sintió mortificada.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —preguntó con la nariz pegada a su polvera.

—Desde la vuelta. Desde que te has tomado el relámpago.

—¿Por qué no me lo *has dicho*?

—No lo sé. Perdona.

Porque el habérselo dicho antes habría implicado el reconocimiento de la intimidad. Porque me conviene que parezca ridícula. Porque no sabía que hubiera dejado de mirarse al espejo.

Las dos hacen volver cabezas, estas dos chicas que cortejo. Lizzyboo de día. Nicola de noche. Las dos personifican lo que quiera que sea eso que los hombres *tienen* que mirar.

¿Y qué es? Uno de los numerosos mensajes que emite Lizzyboo tiene algo que ver con los bebés. Dice: Hazme gorda. Ya soy bastante gorda, pero hazme más gorda todavía. Que las CSS se pongan a trabajar. Dadles trabajo a estos pechos. Lo pongo todo a tu disposición, si tú eres el indicado. Si tú eres el indicado, lo pongo todo a tu disposición.

Curiosamente, el aspecto de Nicola no hace pensar en modo alguno en bebés. Lo único que ella dice a este respecto es Perfecta Contracepción. No pienso perder mi figura ni levantarme a media noche. No pienso ser procesada, mediatizada por el tiempo…, no por *ti*. Tendría que ser algo especial, algo único, algo inmaculado.

Como la Virgen María: la Mamaíta de ningún Papaíto.

No tiene particular importancia el que me esté quedando ciego porque, de todos modos, no puedo leer. Cinco minutos con *Macbeth* en mi regazo, y me embarga el pánico senil de la conciencia de mí mismo. Las estanterías de Mark Asprey están atestadas de libros; pero no hay mucho que se pueda leer. Lo que hay es del tipo *El buen mal gusto* o *El mal buen gusto o Cosas que te gustaría odiar* o *Cosas que odiarías amar* o *Por qué es una frivolidad ser importante* o *De la otra manera*.

Nicola me pasa material, pero a quién pretende tomar el pelo… Hay cosas que no voy a ver, o que no voy a entender. El único escritor que me proporciona auténtico placer es P. G. Wodehouse. E incluso este me resulta un poco pesado. Me cansa bastante. Leo *Crepúsculo en Blandings* mientras me rasco la cabeza, silbo suavemente con labios temblorosos y frunzo el ceño.

Muy pronto voy a tener que pedir a Nicola que me deje ver qué aspecto tiene desnuda. Me parece que me hace ilusión la cosa. No creo que me vaya a negar esta petición tan simple. Ella sabe de sobra que yo me tomo mi trabajo muy en serio.

15. PURO INSTINTO

—Muy bien —dijo Nicola—. ¿Empezamos, entonces?

—Sí —dijo Guy—. Venga.

Lo miró con cara de sensible expectación.

Él cambió de postura en la silla y dijo con voz trémula:

—Me parece realmente extraordinario, de veras.

—¿Qué?

—Una persona tan bella como tú. Y que nunca haya sido besada con pasión.

—Supongo que lo es en cierto modo. Pero yo sé que tú te mostrarás muy paciente y amable conmigo.

—Haré lo que pueda. Ah, por cierto. Antes de que empecemos. ¿Qué le hiciste a Marmaduke? Se portó como un angelito hasta la hora del té.

—Una tontería. El Juego de Pellizcar. —Ella se lo explicó, con un asomo de impaciencia y hasta de irritación (los niños: tema delicado por aquellos pagos)—. Una pequeña lección sobre la injusticia de los adultos. O sobre su arbitrariedad. Te dan un pellizco suave y esperan un pellizco suave de tu parte. No un pellizco fuerte.

Con absoluta premeditación, Nicola iba vestida de blanco. Un vestido de fiesta blanco con muchos volantes y perifollos. El vestido en modo alguno pretendía ser provocativo. Ni mucho menos: había algo imponentemente juvenil en la manera regordeta como emergían sus brazos de las ampulosas manguitas y una especial incomodidad provocada por el ancho fajín de la cintura. También se había aplicado el maquillaje con exaltada prodigalidad, cual adolescente preparándose para su primer baile importante. Con todo y con eso, Guy miró embobado su vestido, y el borde de enaguas, e imaginó la historia de lencería que estaría desarrollándose dentro del mismo. Dijo con voz ronca:

—¿Nunca lo intentaste? ¿Ni siquiera en las fiestas y eso? Realmente extraordinario, de veras.

—Sí, mi vida sexual… sencillamente nunca ha existido. Tal vez ello tenga algo que ver con el hecho de que mis padres murieran cuando murieron. Hija única. Trece años. Mi naturaleza girando sobre su eje.

Y había visto lo que le había ocurrido a Enola.

—Ah, sí.

—Era curioso, desde luego. Yo tenía deseos.

—Debías sentir el interés de los hombres, que seguramente era de una gran intensidad.

—¿Sabes lo que yo sentía?

—¿Sí?

—Sentía que mi ser emocional, o sexual, era como una hermana pequeña. Una hermana pequeña con mucha vida. Una hermana interior. A quien yo debía proteger siempre. Debía mantenerla guardada. Aunque ella ansiaba salir fuera a jugar.

—Es casi trágico.

—Aunque siempre he sospechado que mi naturaleza es, de hecho, bastante sensual. Me lo dice la manera como reacciono ante el arte. Ante la poesía. La pintura.

Guy llevaba un rato notando una débil pulsación en medio de sus muslos. Ahora notó que cada segundo que pasaba la taza de té y el platillo temblaban más. Volvió a cruzarse de piernas y dijo con desasosiego:

—Me pregunto qué sucede con toda esa… con toda esa savia.

Nicola se enderezó. Volvió la cara a un lado.

—¿Si se habrá cuajado, quieres decir?

—Perdona.

—No, no. Tienes toda la razón. Toda la humedad… todo el jugo… Nunca tuve esa impresión. Tal vez la savia disperse su dulzura en el aire del desierto.

—Sí, nacida para arrebolarse sin que la vean. Sí, yo he pensado siempre —se entusiasmó Guy (¡ella sonreía con tanto coraje!)— que Empson tenía razón al respecto. La situación es calificada de dramática, pero ella no te anima ni mucho menos a cambiarla. A una joya no le preocupa estar en un sótano, y las flores prefieren no ser cogidas. Si es que prefieren algo. Tú podrías…

—Hubo un chico —dijo Nicola—, con el pelo negro empapado de brillantina y músculos de pantera. Pinto, el hijo del jardinero corso. Esto fue en Aix-en-Provence. Todas las noches nos íbamos al cálido jardín que había detrás de la villa abandonada. Me acariciaba tan fuerte con su lengua y las puntas de sus dedos rudos que creía que me iba a deshacer completamente o que me iba a volver del revés.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo tenía doce años.

—¿Doce?

Nicola dio tiempo a Guy para que completara la siguiente secuencia de pensamiento: la de salir pitando hacia el aeropuerto

pisando el acelerador a fondo, coger el primer avión que saliera hacia Marsella y hacer rodar por el suelo al veleidoso Pinto en algún bancal reseco…

Y administrar a aquel bruto de dientes picados la mayor paliza de su vida. Guy trató de imaginar a Nicola de doce años y vio una barriga morena, una colección de hendiduras y de nervios flexibles, y la misma cara que contemplaba en aquel momento. Ella sonreía mientras acariciaba el cojín que había a su lado.

—Ven entonces —dijo ella—. No vamos a hacer mucho si te quedas todo el rato sentado ahí enfrente… ¿Estás cómodo? Te mueves de una manera divertida. Muy bien. ¿Empezamos, entonces?

—Sí. Venga.

—¿Con qué?

—Con un beso, supongo.

—Estupendo. Vamos allá.

Veinte minutos después, Guy susurró:

—Esto es divino. Aunque ¿no podrías abrir la boca un poquito más?

—Oh, perdóname.

—No, está bien. O, por lo menos —dijo él—, por lo menos no la cierres con tanta fuerza.

Abajo, en la calle, Keith se arrellanó en el Cavalier mientras escuchaba una cinta de dardos en el Blaupunkt robado. Vaya, hombre. Por lo que se ve, no se están dando ninguna prisa los muy jodidos, pensó Keith. Miró resignadamente al Volkswagen de Guy, que estaba aparcado al otro lado de la calzada: junto a un parquímetro. Sin embargo, le pareció que no constituiría ninguna infracción del decoro (revisó sus instrucciones) si el Cavalier ocupaba luego el hueco que dejara el coche de Guy. Lo dejo aquí y le caerá una multa. O le ponen el cepo. Los hijos de la gran puta…

Cómo pueden cambiar las cosas en un día. Era difícil, en algunos aspectos, dar crédito al cambio que se había producido en Keith en escasamente veinticuatro horas. Volvió a recostarse. El sol bajo le daba calor. Parpadeando a través del parabrisas, cuya capa de polvo y manchas de barro armonizaban ahora sutilmente con el manto de charco y los agitados renacuajos de su visión empañada, Keith recordó su reciente yo, ese yo de rabia y de terror que subiera aquella escalera con un asesino en el alma —o, al menos, con un asesino en el ceño—. Le podría haber dado una buena lección. Sinceramente, ayer me habría ahorcado por ella. Feliz y borracho, Keith estornudó (y tosió), y meneó la cabeza con una dura sonrisa. Entró en su salón, y todo estaba oscuro. Como un puticlub danés. No, danés, no. Eh… árabe.

Con velas, y cortinas. Ella llevaba una bata negra tan… tan preciosa… Es que solo podía ser preciosa. Y no era barata. Bueno, y para qué hablar de la mujer que la llevaba puesta… Había que quitarse el sombrero por el aplomo que ella había mostrado. Y todo el dinero encima de la mesa como en la tele, igualito que en la tele.

—No debiste hacerlo, Nick. Maldita sea.

—Keith, lo *comprendo*. No querías que yo lo supiera, ¿verdad?, que vivías como un…

Abrió los ojos y parpadeó. Se los frotó con los nudillos, como un niño. Y luego, después de eso, después de una cosa tan… después de decir una cosa tan *completamente* inoportuna, va y cambia mi vida, así, sin más. Magia. Porque ella me comprende. Ella me comprende. Es la única persona que me comprende realmente. A propósito de los dardos… Keith se sorbió los mocos y enjugó las lágrimas que le caían de los ojos con una uña del pulgar de caoba. No me avergüenzo en reconocerlo… Una nueva vida ahora. La mente de Keith se inclinó ligeramente a un lado: el último dardo lanzado en casa (tenía que ser una final al alza: no había más remedio), y Keith que se volvía para abrazar a su adversario encogido de hombros; y luego un pasaje color pastel de bienes y comodidades. Y de mujeres color pastel. La noche anterior, tras el cuarto de *porno* con Guy, la visita a Debbee Kensit y otra despedida de Trish Shirt, Keith había vuelto a casa y se había puesto al día en vídeo visionando parte de material grabado: fútbol americano, y el análisis imagen-por-imagen de las chicas animadoras, con sus faldillas blancas volatineras. Había que reconocérselo a los yanquis: tenían groupies del deporte por todas partes, y *de uniforme*.

¿Qué le había dicho después? Tu vida familiar, Keith, está atrofiando tu talento para los dardos y empañando tu futuro de profesional. Es una cuestión de actitud personal: apuntar a lo más alto en los dardos. Te veo, Keith, como a un crío en la calle con la cara pegada al escaparate. Pero no es la luna de una tienda. Es la pantalla de la televisión. Estamos hablando aquí de estrellato televisivo, Keith. Es detrás de la pantalla donde te corresponde estar. Es ahí donde está todo lo demás, todo eso que tú ansías. Déjame que te lleve ahí, Keith. Déjame que te lleve al otro lado.

—Sí, ¡joder! —dijo Keith al tiempo que la cinta de dardos alcanzaba el clímax. Pulsó los botones. Meteorólogo Dennis Car: huracán Juanita. Llámenos al estudio: asuntos de dinero. Geopolítica: otra exploración a la mujer del presidente. Noticias locales: la policía había practicado una detención en relación con el caso del niño de cinco años asesinado en Camberwell, en el sur de Londres. Keith parecía indignado. Ya no se oían casi *nunca* cosas así en las noticias. Su publicidad alentaba nuevos crímenes. No pregunten a Keith por qué. Matar a un niño, pensó. Que salga tu nombre en la radio. O en la

tele.

Y luego aquel vídeo. ¡Dios mío! Keith se había sentido —y aún se sentía— profundamente emocionado. La iluminación, la perfecta ejecución, profesionalidad pura. No era totalmente explícito, pero aquel era un trabajo de altísima calidad, dentro de sus propios límites. En el pasado, Keith había hecho montones de vídeos con sus amigos, y se tomaba aquel trabajo completamente en serio. Pero siempre se sentía desconcertado por la monótona palidez de sus resultados. En efecto, con una cámara de vídeo al hombro y una amiga tumbada en la alfombra o en el sofá, Keith se sentía todo un esteta. Se esforzaba por lograr algo bello, y el resultado era algo horrible; y las titis parecían locas. Y locas de una manera impropia. Así, cuando Nicola Six, seductoramente reducida a dos dimensiones, se desprendió de su vestido verde oscuro para, en bragas y sujetador, ponerse a mirar con aire meditabundo por la ventana, Keith sintió un escalofrío por toda la espina dorsal y un escozor en los pelos del cogote. Sintió, exactamente, esa sensación de grávido arrebato que acompaña al firme apretón de manos del arte.

Una verdadera actriz. Una auténtica profesional: sabe perfectamente lo que hace. Las demás: aficionadas. Impresión favorabilísima que en modo alguno se echó a perder cuando ella le habló de guarrerías en la escalera. La poesía del escote. También *Nicola* pareció una loca, durante unos instantes. Pero loca como debía ser. Uno esperaba una pizca de aquello —en realidad, uno lo buscabacuando se trataba de mujeres sexy con talento. Sigamos los pensamientos de Keith hasta más allá de donde iban (de todos modos, él estaba pensando con su sangre): solo el *desequilibrio* empujaría a una mujer a invertir tanto de sí misma en un campo tan poco fiable. Fijaos en Analiese. «Mastúrbate pensando en mí, Keith», había dicho Nicola. Y Keith había hecho honor a su petición. «Todo eso que quisiste hacer a esas chicas… Házmelo a mí. En tu cabeza.» Keith reflexionó. No había nada, hasta el momento, que él hubiera querido hacer a las chicas y que no hubiera llevado a término —como podía atestiguar vencida Trish Shirt, entre otras—. Y nunca había violado a Trish Shirt: nunca había tenido necesidad de hacerlo. Sí, Keith hacía todo lo que quería hacer —excepto, ocasionalmente, el acto sexual, que se le solía olvidar (un cuarto de hora después, en la calle, se paraba en seco y chasqueaba los dedos), tan ocupado como estaba con las demás proezas…—. Ah, sí… *Había* efectivamente una cosa que había querido hacer a las chicas y que nunca había llevado a término. Había sentido unas ganas locas de hacerlo, y a menudo (cuando se quejaban y lloraban y todo eso, o cuando no le dejaban hacer todo lo que quería). Nunca había asesinado a ninguna. Nunca había hecho eso. Y su beso (Jesús bendito), como hundirse en un pantano o en

arenas movedizas…

Keith puso otra cinta de dardos en el Blaupunkt y se volvió a arrellanar en el caliente Cavalier. El famoso encuentro en el Embassy entre Kim Twemlow y Nigel House. Aquellas inmersiones dardísticas eran, en opinión de Keith, la preparación ideal para sus inminentes cuartos de final en el George Washington, en England Lane. Ladeó la cabeza y miró con los ojos entornados hacia la alta ventana de Nicola. Y pensó: por lo que se ve, no se están dando ninguna prisa los muy jodidos.

Guy sintió un feroz chasquido en un lado de su cabeza. Su cuello salió despedido hacia atrás en el aire, y la gravedad hizo que todos sus huesos dieran precipitadamente en el suelo.

Tras unos instantes de sincero nerviosismo, Nicola se arrodilló junto a él.

—Oh, *no* —exclamó—. Oh, querido, no sabes cuánto lo siento.

Guy se llevó tres dedos a la sien. Cerró los ojos, y luego parpadeó mecánicamente.

—Veamos. Uf. Tiene mala pinta. Convendría aplicar un poco de carne sobre la herida. He debido cogerte con mi sortija. ¡Oh, Dios mío! Tendrías que haberme advertido lo de la *lengua*.

Guy se incorporó a medias. La llamó, incapaz, por el momento, de evitar el sonsonete quejumbroso de su voz:

—Tú me dijiste que Pancho o como se llamara utilizó la lengua.

Con los ojos hinchados, y una mano tapándose la boca, Nicola se inclinó hasta las caderas delante del frigorífico. Luego estiró la cara.

—En la oreja —puntualizó—. No en la *boca*. Era simplemente un gitanillo o algo por el estilo.

—Bueno, ¿y cómo iba yo a saberlo?

Ella volvió. Guy notó su rubor de arrepentimiento.

—¡Caramba! ¿Qué es eso?

—Hígado de cerdo. Es lo único que tengo, de todos modos.

El órgano púrpura pendía asquerosamente junto al ojo de Guy.

—Yo no sé —dijo él—, no sé para qué sirve esta historia de la carne. ¿Tú sí?

—Imagino que sirve para frenar la hinchazón o algo así. Yo también me he asustado. Ha sido puro instinto.

—Oh, estoy bien.

—Mm. Desde luego, esta carne no está haciendo ningún efecto. Se está hinchando de manera alarmante. Tienes una piel tan delicada… Como la de un niño. Oh, querido. ¿Qué le vas a contar a tu mujer?

—¿Qué es? Tengo un ojo morado, ¿no?

—Me temo que sí.

Él sostuvo la mirada de ella unos instantes.

—¿No hay una escena parecida en *Jude*? Ella le lanza a él una vejiga de cerdo o algo parecido, ¿no? Quiero decir, no parece una escena excesivamente amistosa, ¿verdad?

—No ha sido un gran éxito nuestra primera sesión, ¿no crees?

—Ya, pero… —Guy posó un puño en su corazón—. *Aquí dentro*.

Esto la sorprendió, y la ablandó, y la hizo ceder en parte. Los ojos de Nicola se pasearon intencionadamente por la cara de Guy. Después de todo, le vendría bien a Keith esperar.

—Escucha una cosa —le dijo—. Déjame a mí. Utilizaré solamente la imaginación. Cierra los ojos, y así no me dará tanta vergüenza. Déjame que te bese mejor. Voy a deshacerme de una vez de esta víscera repugnante.

Sin oponer resistencia, Guy se extendió sobre la base del sofá. Al acercársele ella desde el suelo, lo único que sintió fueron sus labios, las puntas de sus dedos, la respiración de ella en su cara. Oyó suspiros y susurros, y el sonido de su propia sangre. En determinado momento sintió un peso blando en su ingle —la presión, quizá, del material estructural de su vestido o sus enaguas—. En cualquier caso, no fue grave, pues su siguiente beso tomó la forma de una sonrisa.

Nicola le dio el Capullo, el Paloma Buchona, el Juvenil, el Primos Tocándose la Lengua, el Virgen Delicuescente, el Necesitado.

—No te pares —susurró él.

Ella le dio el De todo el Mundo, el Cuentadientes, el Lady Macbeth, el Gran Puta de la Gran Noche, el Gatita Lista, el…

—Por favor —exclamó Guy con los ojos aún cerrados pero empezando a debatirse—. Por favor. No.

Vamos allá: *ya* viene… Keith tomó posiciones con dificultad. Para que las cosas «parecieran correctas», Keith se había hecho, a instancias de Nicola, con un equipo en toda regla: una cartera de cuero robada llena de herramientas robadas —nivel de aire, martillo ligero, cincel, destornilladores—. No me ve. Cómo pueden hacerlo: mirarte sin verte…

Guy volvía por el sendero del jardín, moviéndose torpemente: medio doblado y ladeado. Miró en derredor con miedo, con los ojos huidizos del embustero. Siempre el problema de volver a casa. Cómo se tensaban los cabos de la duplicidad, cual venas sobre la superficie de un alma esclerotizada. ¿*Por qué has ido a mi casa*?, le había preguntado. *Para hacer una constatación. Tu mujer no te ama. Pobre Guy*… Guy no soportaba aquella certeza, con Dink o sin Dink. Pero, en cualquier caso, la duplicidad tenía ahora un nudo doble: había que abordarla ahora con las uñas de los dedos, con pinzas. Se detuvo (sin

resuello, vapuleado); se sentía como si hubiera estado volando durante veinticuatro horas seguidas en segunda clase, y le pareció que el callejón sin salida, con sus árboles inmóviles y polvorientos bajo el sol bajo, podía ser perfectamente Australia. Guy visualizó rápidamente la escena, no en busca de los rostros, todavía no, sino de las figuras con su peso y silueta inimitables, como habría hecho Giacometti: Phoenix, Richard, Terry, Lizzyboo… ¡Hope!

—¡Eh, oh!

Guy dio un grito de sobresalto.

—Prestigioso —dijo Keith, arrastrando pesadamente los pies mientras cruzaba la calzada con su bolsa—. Eurobank. Circulación por la autopista en sentido contrario. Interrefrigeración.

—Keith.

—¡Eh!

—¿Qué?

—Guau. Tiene mala catadura. —El ceño de preocupación se amplió convirtiéndose en una sonrisita amistosa—. Sales un poco tocado, diría yo. Ella tuvo que defender su honor, ¿no?

—No, tropecé al subir la escalera.

—Claro, eso supongo. Escucha una cosa.

Keith alargó un brazo, que puso encima del hombro de Guy. Guy vaciló, pero luego aceptó gustoso el confidencial paso lento de Keith. ¿No le importaba —quiso saber Keith— que él *ocupara su lugar*? Él se metería donde había estado metido Guy.

—Espero a que te vayas para ocupar tu hueco. Me quedaré más tranquilo ahí. Sin nervios.

Guy inclinó la mirada, que se posó sobre el romboide volcado de la nariz de Keith, sobre el puente marcado, sobre las fosas túneldel-amor.

—Porque te ponen el cepo en cuanto te descuidas.

—¿Ah, sí? Pues claro, Keith.

—Bollinger. Veuve Clicquot. Ah, eh… Mañana por la noche.

¿Mañana por la noche? ¿Qué nuevo infierno era aquel? Guy abrió los ojos todo lo que pudo.

La mano portadora-de-pitillo de Keith detuvo a medio camino su ascenso hacia la boca.

—Lo has olvidado —exclamó amenazador.

—No, no. Estaré allí.

¿Dónde? A juzgar por la energía que Keith siguió acumulando en su rostro aturdido, Guy dedujo que la cita debía de entrañar grandísima importancia, como una visita al canódromo o al santuario de un corredor de apuestas canonizado.

—Los dardos —dijo Keith por fin.

El Volkswagen Estate se había quedado prácticamente atrapado en su sitio, con no más de siete centímetros de margen por delante y por detrás. Le costó mucho trabajo a Guy sacarlo de la encerrona, pese a la ayuda de Keith, que dirigía la operación como un policía de tráfico, haciéndole señas para que pisara un pelín, sacara el morro, frenara, un pelín más, y finalmente la despedida con el pulgar erecto.

No vale para pelear, decidió Keith mientras subía la escalera. Un verdadero manta. Si llamaban a un hombre para que hiciera uso de sus puños —y de sus pies, y rodillas, y dientes, y de su cincel y destornilladores y botella de cerveza—, Guy era una caca. ¡Un caso perdido! Keith veía a gente como Guy constantemente (en la tele): burlados en la cama, bañados en lágrimas con sus trajes de tweed. A bordo del *Titanic*, él sería uno de los tipos que se disfrazarían de tías, mientras que Keith aceptaría su suerte como un hombre. Y aunque el bar presentara una inclinación de cuarenta y cinco grados, él seguiría allí abajo manteniéndolo a flote, y atacando al whisky escocés. Se detuvo en el segundo rellano para normalizar la respiración. Encendió un cigarrillo y se apoyó pesadamente en el alféizar de la ventana. Cuando hubo dejado de toser, el pitillo había quedado reducido al filtro. Así que encendió otro. No tenía nada con que sonarse la nariz, pero encontró una vieja revista de culos y tetas en su bolsa robada y se apañó con ella como pudo. Y estaba también la cortina. Luego subió a trompicones el tercer tramo, preguntándose mientras qué le tendría preparado Lady Estrecha.

—Todos tenemos algún secreto sórdido, ¿no te parece, Keith?

—¿Ah, sí? —dijo Keith, con parsimoniosa altivez, como si él no tuviera ningún secreto sórdido. La verdad era que, naturalmente, Keith tenía un montón de secretos sórdidos. Tenía secretos sórdidos a manta. Por no mencionar más que unos cuantos, una pequeña selección, ahí estaban Trish Shirt y su padre y sus dudas respecto a los dardos y el cesto lleno de folletos de bragas rotos en el garaje y su fracaso a los ojos de Chick Purchase y la partida de nacimiento de Debbee Kensit colgada con marco en la pared de su dormitorio y su inquebrantable convicción de no valer una mierda y Kath-y-el-piso.

—Siempre me ha producido cierta frustración, Keith, que la literatura, que el arte, no lo haya reconocido. El pequeño secreto sórdido. Lo cual, por supuesto…

—*Eso* no es ningún secreto. Yo siempre estoy…

—Bueno, está *Amor de nuevo: hacerse una paja a las tres y diez* de Larkin y unos cuantos brotes de confesionalismo entre los americanos. Esta es sin duda la misión del novelista, que trabaja con lo cotidiano, que tiene que convertirse él mismo en puro aburrimiento: justo entre los justos, pero también obsceno entre los obscenos, Keith.

—Claro —dijo Keith distraído—. Exactamente igual.

—Se tiene tendencia a pensar que el siglo veinte, tan poco quisquilloso en todos los demás aspectos, no habría hecho ascos tampoco en este, ¿verdad, Keith? Pero no.

—Vi una película —dijo Keith—, en la que una chavala no hacía ascos. El otro día.

—¿Qué película era?

Keith se aclaró la garganta.

—*Miss Aventuras en Villa Megatetas* —dijo él con cuidado.

—Hablaremos de esto dentro de nada, Keith.

—Ciento veinticinco kilos.

—Supongo que una de las grandes cosas que tiene la masturbación es el hecho de que nadie quiere ser visto en acción. Generalmente, nadie quiere que se sepa. ¿Por qué tiene que hacerlo la gente mirando fijamente al techo con *esa* expresión en la cara? Permíteme que te refresque esto, Keith.

—Eh…, gracias, Nick. Digo… Nicola.

Keith la miró mientras pasaba por delante de él: la suave sacudida de su vestido. Sirviéndose de su dedo lanzador, hizo una finta arriba-y-abajo en dirección a su culo de volantes blancos. La fricción de las cosas que hay debajo: bastante *ruidoso*, este vestidito. Como la nena que lo lleva. Keith chupó con vigor una sección de su labio superior. Le pareció que se sentía a gusto, y que aguantaba estupendamente aquella especie de conferencia o intercambio o conversación previa de carácter sexual. Pensó en las tías que relataban sus éxtasis en las revistas, y en que estarían plenamente de acuerdo. Desbrozar nuevos terrenos con la franqueza. Un intercambio de opiniones entre adultos, vaya. Placer mutuo. Todos tenemos nuestras necesidades. Pero tenía las piernas dormidas, de tan apretadamente como las había cruzado; y las palmas de las manos eran ya un charco pegajoso. Qué bárbaro, me voy a quedar aquí toda la noche. A este paso, al Cavalier le cae una multa. O el cepo. Los hijos de la gran puta…

—Como muchas otras cosas, Keith, todo esto tiene que ver con el tiempo. ¿Qué edad tienes?

—Veintinueve. —Lo dijo sin contemplaciones, como si su edad fuera una de sus virtudes o cualificaciones menos discutibles.

—Un niño. Un bebé. Te aproximas a la edad en que, según la bibliografía al uso, pronto dejarás todo eso atrás. Pero no lo harás. Nunca. No conseguirán que te ablandes, ¿verdad que no, Keith? Ah, desde luego que no. Te miro, y veo a un hombre —dijo ella, con la cara inundada de pícara admiración— que se sentiría *orgulloso* de morir con su cipote en la mano.

—¡Sí, je, je!

—¡Sí, je, je! Pero no te preocupes. No te estaremos vigilando. Todo está bien hasta que tienes la edad de Cristo. Después, nadie quiere saber. Porque sencillamente es más triste. Cada vez más triste.

Keith se encogió de hombros. Sentía que se hundía en la intimidad de su resaca, en la profunda y segura intimidad de su estado. Allí, todas las dificultades permanecían sin divulgarse. Ups. Huy. Hola. Uf. Qué bárbaro. Qué barbaridad. Pero en silencio. Todo el… todo el follón va a explotar, de todos modos. Y Thelonius, con sus mangos y sus pesas. Y Guy.

Nicola se acercó y se sentó junto a él en el sofá. Un gran despliegue de falda y enaguas. Debajo, las piernas cruzadas con un ligero hormigueo. La cara inclinada, pero los ojos buscando aún los suyos.

—Se ve claramente que tú eres un entendido —dijo suavementeen pornografía. ¿Cuáles son tus gustos especiales? Dilo con franqueza. Yo lo entiendo. Como bien sabes, yo… yo no «juzgo».

A Keith le gustó aquella palabra. Evocaba para él un nuevo amanecer, un mundo mejor, libre por fin de jurados y magistrados y de fiscales del Estado. Bajó los párpados y dijo:

—Como todo hijo de vecino. —Él sabía que esto era probablemente falso, esperaba que lo fuera (y sintió la formación, por todo su labio superior, de un bigote de sudor a lo Zapata). Por término medio, Keith pasaba entre dos y tres horas al día buscando, la mayoría de las veces en vano, el tipo de pornografía de su predilección (es decir, pornografía, arte putesco, y no esas películas de sexo sin sexo que le pasaban otros timadores ni la basura que le daban en los sexshops). Pero había habido una época en la que la pornografía había jugado un papel a no dudarlo más esencial en su vida. Cuando era soltero, Keith consumía pornografía de la misma manera que otra gente consumía heroína. La pornografía depauperó a Keith y le hizo temer por su salud y su vista. La pornografía fue la razón principal por la que decidió casarse con Kath. Vídeos. Suministrados por un cabeza con toalla — Abdelrazak— de Brixton. (Tampoco Abdelrazak jugaba. Eso había que reconocérselo: ciento por ciento no-enjuiciador.) Keith sabía que no tenía defensas ante la pornografía. La tenía puesta todo el tiempo, y aun así no le bastaba. Quería tenerla puesta *cuando estaba dormido*. Quería tenerla puesta *cuando él no estaba allí*…—. Mujeres en pelotas nada más —aclaró Keith—. Básicamente. Obviamente.

—Es gracioso, ¿no te parece? Puede que en otros sitios el pequeño secreto sórdido esté un poco descuidado. Pero aquí es un género que empezó siendo clandestino y ha acabado convirtiéndose en macroindustria, que no trabaja con *ninguna otra cosa*. Las mujeres no ven por lo general con buenos ojos la pornografía, ¿no te parece, Keith? Por ejemplo, yo no creo que tu *mujer* la vea con muy buenos ojos.

Uy, pensó Keith. ¿Qué le estaba pasando en aquel momento? Tenía en la cabeza ideas que querían ser expresadas, pero permanecían inexpresadas. Algo que ver con pecar en soledad, sin ser visto. Cerrabas la puerta detrás de ti. Solo te veía la porcelana, y la vieja toalla. Sintió ganas de hablar y abrió la boca, pero no había nada en ella.

—Las mujeres hablan de la violencia que se ejerce con ellas de esta manera. Pero yo no sé. Fíjate en el espectáculo más inocuo que imaginarse pueda: un show de magia. La ayudante se pasea remilgadamente en bikini, y luego se tumba con una sonrisa de conejo en la cara para que la sierren por la mitad. Las mujeres están presentes cuando se hace la pornografía. Hermanas arruinadas. Pero no están presentes cuando se utiliza la pornografía. Eso es trabajo de hombres. Ellos no comparten su pequeño secreto con las mujeres. Lo comparten con la pornografía.

Se levantó. Tenía el mando a distancia en la mano. La televisión dio su chasquido eléctrico. Ella soltó una musical (alocada) risa y dijo:

—¡Genuino gusto inglés! Enfermeras y maestras de escuela y policías de tráfico con faldas. Es tan *dulce*… Supongo que proviene de las niñeras y de los colegios privados y de todo eso. Aunque no en tu caso.

—Pierde cuidado —dijo Keith (se hallaba atareado mirando).

—Sin embargo, *hay* montones de fontaneros cachondos y de limpiaventanas que guiñan el ojo, etcétera, etcétera.

—¡Sí, je, je!

—Voy a darme un baño. ¿Te importa bajarme la cremallera, Keith? Gracias. Estaré en la bañera durante, eh…, al menos quince minutos. Es el pequeño cierre de arriba. Eso es. Gracias. Hay algunos pañuelos de papel en esa mesa. Avísame cuando te hayas despachado… Está bien, Keith. Comprendo.

Ella saludaba y aplaudía la muerte de casi todo. Le hacía compañía. Significaba que no estaba sola. Una flor muerta, la desagradable turbiedad del agua putrefacta, que se resiste a abandonar la jarra. Un coche averiado medio desmontado a un lado de la calle, acribillado, reventado, anulado, avergonzado. Una nube muerta. La Muerte de la Novela. La Muerte del Animismo, la Muerte de la Realidad Ingenua, la Muerte del Argumento en favor de la Forma y (especialmente) la Muerte del Principio del Mínimo Asombro. La Muerte del Planeta. La Muerte de Dios. La muerte del amor. Todo ello le hacía compañía.

La muerte de la física, por ejemplo. La física llevaba muerta muy poco tiempo. Pobre física. Tal vez no la entendían de verdad más que cincuenta personas en toda la tierra; pero la física había pasado a

mejor vida justo a tiempo para el milenio. El resto era… rematar la operación. El resto era dirección fúnebre. Habían descubierto la decadencia del protón, a 10^{32} años, que unía las fuerzas atómicas fuertes y las débiles, y que producía el fuertelectrodébil. Luego, lo único que necesitaban para la Gran Teoría Unificada, para la Teoría del Todo, era gravedad. Y entonces la consiguieron. Consiguieron gravedad.

Ella había leído las prudentes divulgaciones de las revistas; y todo el mundo convenía en que esta Teoría era bonita. Las matemáticas eran bonitas. Toda la muerte era bonita. Tal y como ella lo entendía —bueno, era bastante sencillo (cortejaba la intuición)—, la clave de Todo era lo siguiente: el tiempo era una fuerza tanto como una dimensión. El tiempo era una fuerza; entonces, aquello era de cajón. Elemental. Seis fuerzas. Y el tiempo era la sexta fuerza, no solo una medida sino también un motivador. El tiempo «ablandaba» los quanta para todas las demás interacciones, guardándose una especial intimidad para sus relaciones con la gravedad; el remolcador no remolcaba sin el masaje del tiempo. El uranio sentía el tiempo como una fuerza que agilizaba su viaje hacia el plomo. Sí. Y los seres humanos sentían el tiempo de esa misma manera (¡qué antropomórfica era la Teoría, qué sentimental!), no ya solo como un escenario temporal, sino como un *poder*. ¿Acaso no sentimos nosotros el tiempo como un poder, y no se parece a la gravedad? Cuando nos levantamos de la cama para afrontar otro nuevo año. Cuando alargamos el brazo y nos agachamos, cuando tratamos de alzarnos hacia arriba. ¿Qué es lo que siempre nos empuja hacia abajo?

En cuanto a la muerte del amor… ¿Estaba llegando realmente? ¿Estaba ya aquí? Por supuesto, Nicola se había preguntado, como se preguntan todos los artistas, si no estaría su actitud teórica un tanto influida por su peculiaridad personal. Pero la noticia corría ya por doquier y todo el mundo hablaba de ella. ¿Y cómo explicar su rabia y amargura extremas (se sintió violada, plagiada) cuando vio la frase por primera vez en papel impreso? El diagnóstico tenía que ver con el amor, el diagnóstico se estaba confirmando; y el amor era más débil que una gatita, y estaba lamentablemente confundido, y no era lo bastante fuerte para afrontarlo, ni siquiera para comprenderlo. El ser humano puede, cuando le llega la hora, formular una estrategia de la muerte, suave o retadora; pero cerca del final, en un determinado momento, la muerte irrumpe y decide llevar la batuta. (Nicola no sufriría nada de esto. *Ella* llevaría la batuta hasta el último segundo.) Y ahora había venido el siglo XX y, tras varias pruebas y exámenes de conducir, había salido con una sorprendente nueva oferta: muerte para todos. Muerte para todos, vía cicuta o vía tecnología. Si imaginamos el *amor* como una fuerza, no establecida ni inmutable,

cosida por las mejores intenciones, la amabilidad, el perdón…, ¿qué hace el amor ante el hecho de la muerte para todos? Levanta las manos y se debilita y enferma. Se ve estorbado por su contrario. El amor tiene por lo menos dos contrarios. Uno es el odio. El otro es la muerte.

Que ella recordara, a Nicola le habían gustado siempre los dinosaurios (hasta aquel mismo día se imaginaba a sí misma como una especie de tiranosauria prostituta, avariciosa, salvaje, desleal, y sin embargo motivo de frecuentes y atroces peleas, y con una esperanza de vida de ochenta millones de años). ¿Qué fue lo que *los* mató? Ella tenía sus propias teorías. La explosión de una estrella que inundó el globo terráqueo de rayos cósmicos. Una ducha de meteoritos que levantó una inmensa capa de polvo. Una nueva camada de bebés ladrones, ovirraptores, velocirraptores. O, más patética, y terrorífica, la noción de que el éxito evolutivo, un bilenio de buena vida, los había tornado incapaces para la propagación. En otras palabras (en otras palabras de Nicola), que habían engordado demasiado para joder. Jugó con esta idea, tratando de combinarla con la muerte del amor, e imaginó la pesada riqueza de un paraíso malhumorado, en el que algo fallaba; y allí aquellos antiguos seres se iban dando paulatinamente cuenta de que su mundo había empezado a resquebrajarse. Olieron la ubicuidad de la muerte. No era ya solamente que eran demasiado gordos y por lo general desproporcionados. Es que no tenían *ganas*. Y así, más allá del humeante púrpura del lodazal y bajo un cielo color rojo desbocado, en un bosque lleno de púas y dientes dormitando, aún destrozado y humeante tras otro día de caza y de despojo y de carnicería, sobre una rama baja un pájaro se vuelve a otro y le dice (Nicola tradujo del lenguaje de los pterodáctilos): «Déjame en paz. Se me han desprendido las escamas de los ojos. Eres un monstruo. Déjame en paz. No tengo *ganas.*»

Su historia estaba acabada. Más aún, su realidad había concluido. Se veía venir. Por supuesto, se podía esperar que las mujeres siguieran adelante un poco más de tiempo a pesar de los pesares, dando su imperativo biológico y todo eso, y que su amorosa disposición hacia los niños fuera naturalmente la última cosa en desaparecer; pero las mujeres no podían llegar muy lejos desprovistas de amor, y también ellas acabarían sucumbiendo al final. Nicola había pensado (tiempo atrás, y no a menudo) que también ella podía haber sido salvada por el amor. El amor era el plan B. Pero nunca se realizó. Ella podía atraerlo, podía hacer que el amor acudiera a ella, al menos el amor moderno: podía hacer que un hombre sintiera, por fin, lo que era vivir de verdad; podía imprimir al mundo del hombre un tono subidísimo —durante un par de meses—. Pero no podía generarlo, no podía

emitirlo. Ni siquiera amor de gatita, mimoso y ronroneante, con sonrisa de gatita. Y si el amor estaba muerto, o se había esfumado, entonces el yo no era más que yo, y no tenía nada que hacer en todo el día más que trabajar con el sexo. Ah, y con el odio. Y la muerte.

Keith tosió al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Esta tos de Keith empezó como el discreto recordatorio de un mayordomo y acabó convirtiéndose en una destemplada difteria de ladridos y gruñidos. Mientras duraba, mientras naufragaba al otro lado de la pared, Nicola pensó que le sobraba tiempo para coger la alcachofa de la ducha y enjuagarse los pechos, la barriga, la parte baja de la espalda, para acariciarse de arriba abajo con una voluminosa toalla, para tomar posición junto a la puerta con su albornoz rosa, y esperar. Él no querría enfrentarse a ella. Animal triste, tras haber pecado en solitario. Ahora él estaba diciéndose que ojalá no lo hubiera hecho. Antes de que pasaran diez minutos, desearía volver a hacerlo.

—¿Estás bien?

Keith emitió una tos de punto y aparte.

—Pues entonces no te duermas. Hay un regalo para ti. Allí, encima de esa mesa.

—¿Eso?

—Es una cartera.

—Parece… Parece más bien una especie de *bolsa*.

—Qué más da. Está llena de dinero.

Ella abrió la puerta una rendija, una distancia no mayor que su propio espesor. Tan solo el levísimo toque de los campos de fuerza, el blanco vapor y el albornoz rosa y la carne rosácea que escapaban como la sequía hacia la oscuridad del pasillo: no mucho más sólidos, de hecho, que su unión momentos antes, cuando la presencia electrónica de ella había satisfecho plenamente los ojos de Keith. Con todo, él levantó la vista ahora, con momentáneo terror, de su morral de billetes. Su rostro inclinado parecía adolescente, infantil incluso. Si ella hubiera abierto la puerta de golpe y se hubieran quedado los dos frente a frente, él podría haberse encogido, venido abajo…, se podría haber desmadejado completamente.

—Te lo agradezco mucho —dijo Keith—. De verdad.

—No tiene importancia.

—Y, eh…, una cinta regia, Nicola. *Qualité*. Deberían concederte un Oscar.

Nicola hizo una pausa y dijo:

—¿Qué título le podríamos poner, Keith?

—Eh…, espera. «Un poli…» Eh…, espera. «Un poli…» Ya me viene. «Un poli… haciendo la ronda.» Eso es, «Un poli haciendo la ronda».

—Muy bien, Keith.

—O también «Cabeza de teta».

—¿«Cabeza de teta», Keith?

—Es como se les llama. El gorro.

—Ya veo. —El gorro de plástico le había costado 3,50 libras en la tienda de juguetes de Kensington Park Road. Todo lo demás había salido de su baúl de actriz. ¿Cuántos otros atavíos podía encontrar allí? Abogada provocativa. Lasciva funcionaria de prisiones. ¿Había habido alguna vez una verduga? Fogosa amazona quizá, con la fusta levantada—. Tráete la bolsa siempre que vengas a verme. Gasta el dinero. Hay mucho más: todo es de Guy. Crea tu imagen con él. Recuerda qué *clase* de dinero es, Keith. Cómprate ropa nueva. Accesorios para el coche. Relájate con unas cuantas copas. Aclárate las ideas tranquilamente y concéntrate en una sola cosa. ¿Qué es?

Keith asintió con mirada torva:

—Los dardos.

—Los dardos.

—Ciento cuarenta —dijo Keith—. Máximo. Final en el blanco.

Keith bajó con cuidado los escalones de la puerta de la calle, pertrechado de bolsa y cartera de herramientas. Se detuvo. Se ajustó la correa. Miró hacia abajo, hacia su cremallera. Se rió licenciosamente. Keith estaba siendo víctima en aquel momento de un ataque benigno de *esprit de l'escalier*. «Un madero», pensó. Sí. Habría sido mejor. Llamémosla simplemente «Un madero». Carajo. Miró hacia arriba, por encima del hombro: las ventanas de los pisos superiores ardían iluminadas por el sol bajo. Keith esbozó un guiño. El rostro de un hombre que simboliza el dolor. Pero sus rasgos violentamente retorcidos no tardaron nada en convertirse en una risita indulgente. Silbando, silbando con un pitido agudo (alguna balada sentimental), Keith se puso en marcha: abrió la puerta del jardín y se encaminó rumbo al pesado Cavalier.

Detrás y a la derecha, flanqueado por las columnas desconchadas de un portal más profundo en el callejón sin salida, Guy lo vio irse.

He recibido una carta absolutamente ofensiva de Mark Asprey. La he leído ya ocho o nueve veces, y aún sigo sin entender qué está tratando de hacerme. Papel carta del Plaza:

> Querido Sam:
>
> No puedo por menos de mandarte esta apresurada misiva. Ayer, tras un sustancioso almuerzo, fui a dar una vuelta para hojear los libros de Barnes & Noble, en el Village. ¡Qué limpio y aireado está ahora el Village! Intenta imaginarte mi regocijo al ver una buena pila de *Memorias de un oyente*, de Samson Young. Como supondrás, cogí un ejemplar. Y difícilmente creo haber obtenido jamás tanto placer por el desembolso de 98 miserables centavos.

Me puse a dar vueltas por la habitación. Me puse a dar vueltas por la habitación con mis nuevas piernas de *gueto*, mis vibrantes piernas de taco de billar. Me tiré del pelo. ¿De *qué* pelo? Telefoneé a Handicraft Press. ¡Ah, el aterrador resoplido que le iba a dar a Steve Stultifer…! No lo cogían. Allí eran las tres de la madrugada. Y prosigue Asprey:

> Un encanto punzante se abre paso a través de las inútiles contorsiones de tu prosa. Pero ¿por qué piensas que le interesa a nadie la historia de unos cuantos viejos y decrépitos judíos? Con todo, admiro tu nervio. Una autobiografía es, por definición, la historia de un triunfo. Sin embargo, cuando determinado cero a la izquierda coge la pluma al empezar los días a alargarse, pues bien, ¡*chapeau* por las agallas! Y las tiendas de restos de ediciones merecen desde luego nuestro apoyo más incondicional.

Por supuesto, yo sabía que las ventas de mi libro eran modestas. Pero esto es un golpe salvaje. Además, las críticas fueron buenas. Las dos. E imprimieron tan pocos…, quiero decir, es imposible que no hayan vendido *ni uno solo*.

> Deberías volver a la ficción y a los goces de la fantasía sin trabas. En Londres pasé unos días muy ajetreados, viendo a amistades, viejas y nuevas, y rematando ese contrato editorial del que probablemente hayas tenido noticia por la prensa. Creo saber que pasaste toda la semana en Heathrow. ¿Por qué no

coincidimos? Tú me podrías haber invitado a un bollito. ¡O yo haberte colado en la sala de espera del Concorde!

Afectuosamente,

Mark

P. D. Ah, sí. Siempre pensando en la manera de que te distraigas un poco, he dejado uno de mis favoritos en la mesita de noche: *El lago de los piratas*, de Marius Appleby. Este es no ficción.

Adiós a mi confianza. Noté cómo se me iba. Hasta la pude *oír*: salió precipitadamente por la puerta y se fue silbando por la calle. Hasta esta mañana, yo me hallaba fluctuando con relación a este proyecto mío. La mitad del tiempo la pasaba puliendo mi discurso de aceptación del Pulitzer. Y la otra mitad planeando un suicidio incendiario con *La víctima* en mis manos.

Permítaseme declarar con la debida sobriedad que no creo que mi libro sea realmente merecedor de premio alguno. Si bien el jurado probablemente disentiría al respecto, de saber que cuenta la verdad.

Cielo santo, se me acaba de ocurrir: la gente va a imaginar que me siento a la mesa y me saco de la manga todo el material.

En estos momentos me consagro a las pequeñas preocupaciones. Voy allí donde me siento enorme y divino.

Mi nuevo proyecto: enseñar a Kim Talent a gatear. Yo soy su entrenador de gatear. Gatear, gatear, gatear. Pues no es tan fácil, en la casa de juguete de Keith. Espero a que Kath se duerma o a que salga a deambular por ahí con las amas de casa alcohólicas, las mamás solteras, los padres separados bingoides. Empujo el butacón cuadrado hasta que gran parte de él se queda encajado en el vestíbulo. Luego tiendo una toalla sobre el suelo y coloco a Kim en el centro. Agito sonajeros y juguetes ruidosos a una invitadora distancia de su nariz. Con mis zapatillas de deporte, con mi pantalón de chándal (con mi cronómetro y mis esteroides), la animo a avanzar desde la línea de salida. Ven, Kim. Puedes hacerlo, pequeña. Arranca y *gatea*.

Con pequeños gruñidos y jadeos, con sublime paciencia y resolución, se retuerce, se mueve y se desplaza unos milímetros. La expresión que esgrime es de audacia comedida. ¿Quieres ver una cosa de verdad? Bueno, pues mira esto. ¡Mira esto! Yo te lo enseñaré si vienes… Mueve caderas y hombros. Se lame los labios. Se mueve un poco, unos centímetros. ¿Y qué ocurre? Pues que retrocede simplemente. Y no demasiado. Como en la vida. Como escribiendo. Tantísimo esfuerzo, y el resultado es un simple menos uno. Empieza a fruncir el ceño y a poner mala cara. Empieza a ver que no valía la

pena (y nadie la avisó debidamente). Empieza a llorar.

Después de un poco de consuelo, de zumo, de unas respiraciones hondas, está lista para empezar de nuevo. Asiente con la cabeza: está lista. Yo la animo desde el borde de la toalla, a medida que su cara ceñuda se va alejando de los sonajeros, de los juguetes ruidosos. A medida que su cara se aleja de mí. En esa puerta, mamá descansa. Enseñar a Kim a gatear.

Kath no me deja ya que la cambie. Me pregunto por qué. ¿Algún imperativo irlandés, conforme se va acercando el primer cumpleaños de la niña? Sigo creyendo ver rasguños, verdugones, en las sombreadas grietas de su pelele.

Ayer, al llegar, me detuve un momento en el corredor mientras buscaba la llave en los bolsillos, y me pregunté si la necesitaría. Miré por la ventana. Keith a la mesa, engolfado en su periódico. Kath en el fregadero. Y Kim en el suelo, en su tacataca. Pero no se movía. Tampoco estaba durmiendo. Tenía su reluciente cabeza inclinada; la forma de los hombros… Pensé en aquella frase terrible. Y pensé: Kim tiene lo que tiene Kath, lo que tiene Keith. Se llama incapacidad para prosperar.

Espero que sean simples imaginaciones mías. Estoy aguardando la llegada del dolor, pero no ha llegado. Slizard no se explica cómo no ha llegado aún.

Estoy conectado para el dolor. Mis ojos están conectados para el dolor.

Vladimir Nabokov, alentadoramente, fue un campeón insomne. Él creía que este era el mejor procedimiento para dividir a la gente: la que dormía; la que no dormía. Esa gran frase de *Cosas transparentes*, una de las novelas más tristes escritas en inglés: «La noche es siempre gigante; pero esta ha sido especialmente terrible.»

Ñam, ñam, dice el gigante al oler sangre. ¿Cómo conseguiría VN matar el bicho? Pienso. Escribo. Me retuerzo las manos. El insomnio tiene en mi caso algo que merece comentario. Supera las ensoñaciones.

Sabe Dios por qué, pero he empezado *El lago de los piratas*. Viajes. Borneo. El guapo Marius Appleby y la despampanante fotógrafa que se le ha asignado, Cornelia Constantine. Es una mierda pinchada en un palo. Pero hay aventuras, y trama amorosa, y tengo que confesar que he picado en el anzuelo.

Un momento. ¿Cómo supo Asprey de mi encerrona en Heathrow? No recuerdo haber dicho nada a Encarnación (con quien está en constante y siniestro contacto). No recuerdo haber dicho nunca nada a

Encarnación, a excepción de «¿De veras?» y «No me diga».

Entonces, ¿quién queda? Quizá, en cierto sentido, sea uno de esos que vaticinan las cosas después de sucedidas —aunque «vaticinar» sea probablemente mucho decir—. Ahora mismo estoy sentado ante su escritorio, junto a la puerta. Sobre el espacio de cuero verde he advertido una nueva disposición de baratijas, incluidos los montoncitos de cartas. Me imagino a Asprey trasteando aquí, con su pluma estilográfica y su calculadora. Alargo la mano sin convicción y tanteo el cajón cerrado. Cede suavemente a mi tirón.

Notas, cartas, postales. Fotografías.

Bueno, ya no tengo ninguna necesidad urgente de pedir a Nicola que se me muestre desnuda. Aunque, de todos modos, creo que se lo voy a pedir.

—Oh, todo muy bonito —exclamó Nicola—. Y los dos teníais nombres de animalitos, ¿no es cierto?

—Has de saber —le dije— que yo era un chico tremendamente encantador antes de que empezara todo esto.

—Déjame que adivine. Tú eras papá oso, y ella era tu pequeña osita.

—No te lo voy a decir.

—Comiditas en bandeja. Las babuchas calentitas.

—Yo corrigiendo pruebas. Ella leyendo manuscritos. La felicidad.

—¿Y ella hacía siempre lo que decía papá oso?

—Ni mucho menos. En realidad, ella estaba del lado del patrón. Yo solía llamarlas las Hermanas Hitler. A ella y a Page. Otra marimacho. Siempre estaban sangrando como consecuencia de alguna pelea que acababan de tener. Como tú y MA.

—Ah, ya voy viendo. Tú eras el Zapatones Bonachón, y ella Miss Botitas del Patrón. ¿Qué aspecto tenía ella? Es todo adorable.

Me puse de pie y me acerqué a donde estaba ella sentada. Saqué la foto de mi cartera: Missy hace ocho años, brillantemente iluminada: corrientes oceánicas desde las sienes a la mandíbula.

—Mmm —dijo ella—. A pesar de todo. Seguro que no os atrevíais a pellizcaros mutuamente, por si os despertabais. Al siglo veinte.

No pude resistirlo. Saqué la segunda fotografía, que sostuve a la altura de mi cara.

—¿Qué clase de cámara utilizaba Mark Asprey? ¿Una cámara con disparador automático? ¿O utilizasteis a algún tercer picaruelo?

Nicola calló algún tiempo antes de decir, muy suavemente:

—Un disparador automático.

—Nada de sueños aquí. Un montón de pellizcos. Bien despiertos —dije yo.

Ella vaciló cuando se la lancé a su regazo. Se enderezó y dijo:

—Supongo que Missy y tú nunca hicisteis nada de esto.

—En realidad, una vez ensayamos una azotaina. Me hacía daño. La mano, quiero decir. Hasta llegué a decir «¡Ay!».

—Ya sé que no es muy de recibo —dijo, y sus largos dedos empezaron a moverse con precipitación—. Era lo que él quería. A veces se hacen cosas por…

—Claro. Bueno, tú dijiste que estabas «tonta» por él.

—Por un auténtico artista.

—*Venga*, no me digas. Es una mierda.

—Disiento por completo. Hay en su obra una pureza que recuerda a Tolstói.

—*¿A Tolstói*?

Aquello no lo podía aceptar, sencillamente. Era como el mundo. Era como el integrismo. El planeta se había vuelto loco. La verdad no importaba. Mientras cogía el abrigo le pregunté:

—¿Lo has visto? Durante su estancia en Londres.

Ella no contestó.

—Lo vuestro se ha acabado, ¿no?

—Ciertas cosas no se acaban nunca.

Hay una mujer que se planta en medio de Tavistock Road, durante una hora todas las tardes, justo antes de anochecer, con la cabeza levantada y los brazos extendidos: cruciforme.

No es vieja, no va mal vestida, no tiene cara de estúpida: ahí está ahora en medio de la calle. Sonríe fijamente a los coches que se le acercan, los cuales reducen velocidad al pasar junto a ella, y los conductores la miran pero son muy pocos los que le gritan. Verdaderamente, es terrible esa sonrisa suya: martirizada, confiada, admonitoria. ¿Por qué no viene nadie y se la lleva a rastras a otra parte? Cualquier borracho podría hacerlo. Cuando pasas junto a ella, y especialmente si la abordas por detrás, siempre piensas en un choque de metal automovilístico con carne y sangre de mujer, en los forzados e instantáneos reajustes de la colisión, y la carne y la sangre despedidas hacia donde repentinamente tienen que ir. Es perfecta para este libro; pero no se me ocurre ningún procedimiento para hacerla entrar.

Está ahí fuera en este momento. La veo desde la ventana. ¿Por qué no viene nadie y se la lleva? Ah, ¿por qué no *viene* nadie?

16. LA TERCERA PERSONA

Cuando Guy volvió a ver a Keith, le pareció completamente transformado. El Black Cross, a mediodía; a todo lo largo de Lancaster Road y atravesando las puertas del pub, el sol bajo abrasaba inevitablemente…

—Pintura de zinc —dijo Keith—. Tracción trasera final.

En primer lugar, y lo más obvio y gráfico, la ropa. Keith llevaba una camisa marrón de seda de muaré con rayas realzadas (su textura le recordó a Guy los chicharrones), pantalones acampanados crema tipo *hipster*[14] y unos mocasines nuevos de hurón de piel áspera (con un toque de Scaramouche o de asaltante de harenes en sus conteras rizadas).

—Entrada de aire múltiple —dijo Keith—. Diferencial central.

Los pantalones crema ofrecían una sorprendente disposición a la altura de la cremallera. Efectos de corpiño o de correas de bota con los que Guy ya estaba familiarizado (Antonio, el rudo ventero, tanto tiempo atrás); pero no había visto en su vida nada semejante a la entrepierna de Keith.

—Líquido protector del chasis —dijo Keith—. Camisa de cilindro. Dibujo de llanta.

Varios lazos adornados con flecos y borlas; y los pantalones eran tan dramática y desconcertantemente bajos en las caderas que no había espacio más que para dos o tres de estos lazos. Los pantalones sostenían la grupa de Keith con la misma reverencia con que una urna griega contiene su esencia. Guy, que hallaba aquella indumentaria ridícula y hasta alarmante, no podía por menos de envidiar a Keith aquel culo tan vivaracho, llegando incluso a pensar que su propia vida se había visto a menudo envenenada por su deseo de buenas cachas. El ocupante parecía encantado con sus nuevos pantalones, especialmente con la cremallera, por cuyos lazos él pasaba de cuando en cuando una mano.

—Eje trasero del brazo trapezoidal articulado —dijo Keith—. Imprimación química cataforética. Metal de zinc galvanizado.

Keith se hallaba hoy de un humor particularmente señorial: sus modales sugerían un desapego absoluto de las preocupaciones

cotidianas de la vida del pub. No era difícil comprender el motivo; antes bien, era de conocimiento general y seguía estando aún en boca de todos: en el oché de George Washington, en England Lane, Keith había saboreado la victoria el jueves por la noche. En consecuencia, se había clasificado directamente para las semifinales del Duoshare Sparrow Masters.

—Una pena que nos eh…, que nos dejaras tirados el jueves —dijo Keith. Se estaba limpiando las uñas con un dardo. Guy miró otra vez: ¡Keith se había hecho la manicura! Atrás habían quedado las cutículas raídas y las costras de nicotina ahumada—. Fue… Nos produjo una gran desilusión.

—No sabes, de verdad, cuánto lo sentí —se disculpó Guy—. Pero el chico se puso otra vez enfermo. Y en este momento no tenemos… otra opción. Pasé toda la noche en pie con él.

Keith parecía desconcertado.

—Tu mujer está bien, ¿no?

—¿Cómo?

—Todavía anda, ¿no?

—¿Cómo dices?

Keith ya no parecía desconcertado. Solo parecía ligeramente sorprendido, y ligeramente disgustado. Volviéndose unos centímetros, hizo un brusco movimiento de cejas en dirección a Pongo, quien rellenó competentemente su jarra. Luego mantuvo encañonado a Guy con su dedo lanzador hasta que este dijo:

—Ah, lo mismo para mí.

Keith miró ahora a otra parte. Parecía estar repasándose tranquilamente todos sus dientes con la lengua. Se puso a silbar —tres notas al tuntún en escala ascendente—. Se pasó una mano por el pelo, que había sido recientemente cortado, y tratado con suavizante, y extravagantemente secado a mano.

—Siento mucho habérmelo perdido —dijo Guy—. De todos modos, enhorabuena, Keith. —Alargó una mano hacia el hombro de este, hacia su ondeante camisa marrón; pero luego lo pensó mejor—. He oído que realmente te…

—¿Keith? ¡El teléfono del coche!

—Er…, perdona un minuto, Guy. ¿Quieres?

Guy siguió allí erguido con su bebida, alargando de cuando en cuando la mano para rascarse el cogote. Pasó el tiempo. Se volvió y vio cómo Keith abandonaba el resplandor de la calle y se detenía junto a la puerta para cambiar unas palabras con Fucker y Zbig Uno.

—Qué barbaridad —estaba diciendo Keith con su voz más profunda—. Estas tías no le dejan a uno un momento de tranquilidad, de relax. Venga, unas copas.

Guy volvió a mirar a otra parte.

Ahora, con gesto de gravedad y silenciosa promesa de discreción, Keith se llevó a Guy hacia la máquina tragaperras, en la que empezó a introducir una serie de monedas de una libra, y al unísono con su repertorio de cantinelas y tintineos electrónicos se dispuso a cantar confiadamente.

—Me alegro de que vayas a ver a Nicky otra vez —dijo Keith—. Tiquitiquitacatiquitá. Irreconocible.

—¿Cómo?

—Ni punto de comparación, vaya. Tiquitiquitacatiquitá. Zasparabaszispás. Nada de estar triste y todo eso. Para qué. Para qué, me pregunto yo. Está transformada.

—Ah, sí, tú fuiste allá también, a…

—El calentador del agua.

—Ah, sí.

—Para echar un vistazo al calentador. Tirurirurirurirurá. Parabachimpum. Una… una mujer excepcional. Aunque no del todo versada en los trucos de este mundo. ¿No estás de acuerdo?

—¡Sí, je je! —dijo Guy.

Keith meneó la cabeza y sonrió reprochándose afectuosamente a sí mismo:

—La primera vez que fui allí pensé que era una de esas… Tiquitiquitacatiquitá. Una de esas tipas que realmente, bueno, tú ya sabes.

Guy asintió con la cabeza al punto.

—Zasparabaszispás. Les rezuma el sexo. Ya sabes, se mueren de ganas. Apenas llevas ahí cinco minutos, pensando en tus propios negocios, y de repente… Parabachimpum.

—Sí, conozco a gente así.

—Apenas llevas cinco minutos y ya te están metiendo la lengua por todos los rincones del cuerpo. Tirurituririrurirurá. Acabas de entrar, de quitarte el abrigo, y miras abajo. Ya se han metido tu pistola en la boca. Tiquitiquitacatiquitá. Tiquitiquitacatiquitá. Tiquitiquitaca…

—Sí —dijo Guy.

—Eso. Pues bien. Nada de eso. ¿Ella? Ni pensarlo. Se reserva *para* sí misma. Género auténtico: toda una dama. *Mira* qué mierda…

Tras varios achuchones y tortazos, Keith dejó la máquina tragaperras tambaleándose sobre su base y condujo de nuevo a Guy a donde estaban las bebidas. Keith se puso cómodo, apoyado con los codos de espaldas a la barra.

—Sí —dijo Guy, que parecía algo más tranquilo—; es bastante cándida en algunos aspectos.

—No me sorprende.

—Casi de otro mundo.

—Lo que yo he dicho.

—Sí, eso es. —El rostro de Guy se aclaró aún más. Hasta llegó a esbozar una sonrisa.

—No es… —El ángulo en el que Keith se hallaba apoyado le permitió una curiosa visión de su propia cintura. Por unos momentos pareció absorto en las borlas y flecos de su ingle, sopesando sucesivamente cada protuberancia con sus dedos limpios. Por un segundo una mirada de diversión o de grato recuerdo cruzó su rostro. Pero enseguida retornó su solemnidad. Se llevó una mano al pelo y miró al techo—. No es una tía vieja y asquerosa como algunas, ¡joder! —remató.

Fuera, en la calle, Guy tropezó contra una farola y permaneció unos momentos con la frente pegada a la herrumbre húmeda. Seguía rebobinando su mente… No, era su propia mente la que se rebobinaba *motu proprio*, dando repentinos y grandes saltos atrás en el tiempo. Guy se puso a pensar en la primera visita que hiciera a la casa de Nicola. Keith bajando las escaleras —Qué hay, colega—, y Nicola perdiendo el tiempo (o recuperándose) en el dormitorio; y luego apareciendo (él divisó el lío de sábanas en el espejo) y caminando torpemente, las piernas arqueadas y dobladas hacia la mitad, con la cara lasciva y enfebrecida —Hace tanto *calor*— y un cardenal o rozadura en la sien, como si, quizá, en un rapto de pasión… «¡Oh, Dios mío!», se sorprendió Guy susurrando (¿a quién?) con una incomprensible sonrisa en los labios. «Qué pensamiento tan repugnante. No puede ser. Sencillamente no puede ser.» Dio unos pasos, pero pronto se volvió a parar, y siempre con las puntas de los dedos cercanas a los ojos.

Y de este modo Guy se encaminó hacia su casa, hacia el sol bajo. Qué extraña, esta nueva trayectoria del sol, más baja cada día que pasa… Visto desde atrás, debo parecer exactamente lo que siento que soy: una silueta ciega que se dirige a trompicones hacia la fotosfera de una estrella ámbar… Y, de la misma manera que el sol quema la neblina de la tierra templada, el cúmulo y las nubes tormentosas dieron paso, según Guy iba caminando, a núcleos de plata, e incluso a manchas de azul, en el cielo de su mente. La única evidencia: el rostro de Keith. El rostro de Keith Talent, en la escalera (con su cartera de herramientas, multiplicada por dos). Aquella inequívoca contorsión de grosera lascivia, y de una lascivia *de alguna forma* gratificada. Pero mirémoslo desde otro punto de vista, y tengamos presente que, pese a alguna que otra cosa buena, y pese a no tener él la culpa, Keith no deja de ser un increíble bobalicón. A lo mejor tenía una mirilla en alguna parte y la espiaba en su dormitorio o en el cuarto de baño.

Artimañas de limpiador de ventanas, el truco del ojo de la cerradura. Tal vez le roba, o al menos inspecciona, su ropa interior: muy fácil imaginar a Keith con toda la cabeza metida en un cesto de ropa sucia. Posiblemente ha ingeniado un procedimiento para explotar la inocencia de Nicola —alguna pequeña argucia, insignificante para ella, significante para él—. Los albañiles y los fontaneros siempre se las apañan para que se les acerquen las mujeres. Recuerdo que Hope se quejaba a este respecto. Consiguen que se metan en el armario de ventilación. Él podría pedirle que se agachara para… para mirar una tubería o algo por el estilo. Ni siquiera yo pude evitar el verle los pechos cuando se inclinó aquella tarde. Qué morenos. Qué juntitos. O la hace subirse a una escalera. Al estirarse ella para palpar el tragaluz o lo que sea, su trasero, con sus bragas blancas, aparecería bien prieto, con los músculos tensos y dulcemente ignorante…

Mientras se acercaba al jardín de su casa, el caos adolescente de los pensamientos de Guy lo había descalificado por completo para hacer acto de presencia allí. Estaba impresentable. Y ni siquiera se dio cuenta, hasta que buscó la llave y se encontró con que apenas podía meter la mano en el bolsillo de sus pantalones. Guy se dio media vuelta, bajó la cabeza y se alejó abrochándose los tres botones de su larga chaqueta de tweed. La porfiada carrerilla que se dio por el tramo en cuesta de Ladbroke Grove y su visualización durante cinco minutos seguidos de Pepsi Hoolihan no le ayudaron gran cosa. Al final Guy se ingenió una especie de entablillado con su cinturón y flanqueó apresuradamente la puerta de la calle en dirección al aseo de debajo de la escalera. Oyó voces de mujeres en la planta baja, hasta que quedaron ahogadas por el ruido del agua fría.

—¿Qué, cómo está el servicio de habitaciones? —preguntó Lizzyboo, que acababa de llorar, y ahora estaba comiendo.

—¿*Qué* servicio de habitaciones? —dijo Hope—. Es bastante voluntarioso, a veces, pero se equivoca con lo que le piden. Me trae el té con azúcar. Me trae el café con leche. Odio la leche.

—¿Qué crees tú que está pasando?

—¿Con el servicio de habitaciones? Tengo dos teorías. O está colocado. Ya sabes, eso siempre era posible.

—¿O?

—O se está muriendo.

—No creo que se esté muriendo —dijo Lizzyboo.

—Ni yo tampoco —dijo Hope—. Por supuesto, hay una tercera posibilidad. Que esté enamorado.

—¿El servicio de habitaciones?

—Como lo estuvo de ti.

—Él nunca estuvo *enamorado* de mí.

—Claro que lo estuvo. Lo encontré gimoteando encima de tu vestido, ¿recuerdas?

—El vestido de ballet. El vestido de ballet de Fio-Fio. El azul.

—No era azul.

—Sí que lo era.

—Era blanco.

—No, no era blanco.

Con sus grandes pies, Guy empezó ahora a bajar la escalera. Hope se levantó y empezó a recoger. Lizzyboo siguió comiendo sus cereales energéticos.

—¡Hola! —dijo él.

—¡Hola! —dijo Lizzyboo.

—¿Has tenido hoy algún combate interesante? —preguntó Hope—. ¿Le has enseñado a Lizzyboo el ojo a la funerala?

—¡Guau! —exclamó Lizzyboo.

—Se está aclarando ya —dijo Guy.

—Sí, claro —dijo Hope—. Parece como si alguien te hubiera escupido en la cara una ostra podrida.

—¡Hope! —exclamó Lizzyboo.

—¿Dónde está Marmaduke?

—Por ahí con Terry.

Terry había vuelto. Terry había vuelto, y estaba cobrando un sueldo de estrella de rock. Pero no por mucho tiempo. Los Clinch estaban pasando, por lo que hacía a las niñeras, el cuello de botella de otoño: en las siguientes dos semanas empezarían a trabajar algunas nuevas. A Terry le resultaba más fácil, o en todo caso práctico, sacar de paseo a Marmaduke a alguna parte. Hope lo permitía, siempre y cuando Marmaduke no estuviera al aire libre más de treinta minutos, o a lo sumo cuarenta y cinco. Habían dejado de preguntar a Terry adónde lo llevaba. Al Museo de Juguetes. A algún salón de juegos recreativos. Marmaduke no tardaría ya en volver.

—¿Has comido? —preguntó Lizzyboo con la boca llena.

—Sí. No. De todos modos no tengo hambre. Me encuentro un poco raro, en realidad. Creo que voy a ir a echarme un rato.

Y hacia arriba se dirigió con sus grandes pies.

Las hermanas estuvieron calladas un buen lapso de tiempo.

—Colocado —dijo Lizzyboo.

—Muriéndose —dijo Hope.

Y he aquí los términos en que Keith encapsuló su victoria del jueves por la noche en el George Washington de England Lane: «En última instancia», Keith decía esto mucho ahora, apoyado de espaldas en la barra del Black Cross, e incluyendo, en el barrido pícaro de sus

ojos, a Dean, Norvis, Bogdan, Fucker, Curtly, Netharius, Shakespeare y Zbig Uno, «el veterano jugador no encontró respuesta alguna a la fluidez de mis lanzamientos.»

En realidad, había otras cosas a cuya fluidez el jugador veterano no pudo encontrar respuesta; a saber, las pullas y amenazas cuchicheadas con que Keith lo había amedrentado inmediatamente antes de la partida, durante las presentaciones y entre cada juego y manga (mientras los dos jugadores se hallaban codo con codo poniendo solemnemente orden a sus pensamientos). Era esta una estratagema cuestionable, y Keith siempre se mostraba reacio a recurrir a ella: quiero decir, le dices a tu adversario que le vas a arrancar la oreja y a escupirle en el orificio, y entonces sales jadeando, descentrado… ¡y marcas un 26! Contraproducente. Como tirar piedras en tu tejado. Pero cuando Keith posó los ojos sobre Martin Permane, el exlanzador del condado de cincuenta y cinco años, de mirada exoftálmica, sonrisa cauta y físico de tonto del pueblo (por no mencionar las medallas por partidas ganadas que lucía en la pechera: consiguió unos promedios fenomenales en sus buenos tiempos), bueno, decidió intentarlo. Aunque Martin Permane no pareció acusar la lluvia de amenazas —píldoras hormonales, operaciones de próstata, aparatos ortopédicos para caminar, audífonos y tarifas de ataúdes fueron algunos de los temas sacados a relucir por Keith—, sus dardos sí la acusaron claramente. Nuestro veterano lanzador se vino abajo. No pudo explotar todo su potencial. Y cuando, después de la partida, Keith pidió Southern Confort[15] óctuples para él, Dean y Fucker, y procedió a emborracharse insondablemente aquí y allí, el viejo se limitó a arrugar las cejas sobre su *shandy*[16] de consolación, observando cómo había progresado el estilo del juego desde que fuera un muchacho, y manteniéndose con la boca completamente cerrada cuando Keith se le acercaba haciendo eses para darle una palmadita en la espalda.

No importaba. Todo eso pertenecía ya al pasado: se toma cada encuentro tal y como se presenta. Keith solo pensaba ahora en el futuro, completamente mentalizado para el gran encuentro.

Keith se enfrascó por completo en sus dardos. Los dardos estaban en su sangre (su único patrimonio, a excepción de la propia bolsa de dardos y del encendedor Ronson). Los dardos de su sangre recorrían todo su cuerpo y alimentaban los dardos de su cerebro. Un cerebro de dardos, eso es lo que tenía: nervios de dardos, tendones de dardos. Un corazón de dardos. Un alma de dardos. Dardos. ¿158? Dos veintes triples, 19 doble. O dos dieciochos triples, diana. Dardos, ¿149? 20 triple, 19 triple, 16 doble (el mejor doble del jodido blanco). Dardos. ¿120? Juegas solamente al 20: 20 triple, 20 grande, 20 doble. Insuperable. Dardos. Dardos, dardos, dardos. Dardos. *Dardos*. Keith

Talent: Mr. Liquidador. Keith Talent: ese que llaman el Rematador.

Cuando no se hallaba practicando sus dardos (breves interrupciones para un *porno* o dos, y un cigarrillo para recapacitar, en oposición a todos los cigarrillos no recapacitadores que fumaba mientras practicaba), Keith se consagraba a la lectura de su biblia de dardos: *Los dardos: cómo dominar la disciplina*.

> Si a tu adversario le sale un mal tiro, como el 26, castígalo, capitaliza, golpéalo mientras está abajo con un máximo o un ciento y pico. Si haces esto, ya no habrá manera de que se recupere.

Eso, pensó Keith. Capitaliza.

> Nunca preguntes por tu adversario. Juegas con los dardos, no con un hombre.

Nunca preguntes por tu adversario, pensó Keith. Juegas con los dardos, no con un hombre.

> Se cuenta que los Padres Peregrinos lanzaron dardos mientras navegaban rumbo a América en 1620, en el denominado *Mayflower*.

¡1620!, pensó Keith.

> Sabe Dios cómo se las arreglaron, pues iban en un barco pequeño cuando fueron zarandeados por las olas del Océano «Atlántico». También se cuenta que el rey Arturo jugó a una forma de dardos.

La gran «tradición», murmuró Keith. Keith dejó discurrir su pensamiento por un infrecuente pero seductor camino, e imaginó que era una figura clave en la corte del rey Arturo, saludado inicialmente por su habilidad con los dardos, pero aclamado ulteriormente por sus chistes verdes, su capacidad para aguantar la cerveza y su frenético putañeo. No el rey Keith (eso sí que no), pero sir Keith, posiblemente. Sillas de respaldo alto y un montón de Clives junto al fuego de la chimenea. Ya basta; ahora duerme ahí si quieres. Otrora un simple campesino. De humilde extracción. Hace lo que sea para poder comer. Hasta que la dama maravillosa, con su pañuelo y su abanico y su pecho palpitante, lo coge de la mano y lo conduce, lo eleva… a la gran torre. Todo esto lo estaba haciendo posible la chica del callejón. Keith se dio cuenta, solo allí en el garaje polvoriento, con el pie derecho pegado a la raya de tiza, a 2,37 metros exactamente del

blanco y con los dardos en la mano…, Keith se dio cuenta de que toda su cara estaba bañada de lágrimas. Agradecida, exaltadamente, se llevó el pitillo a los labios: una lágrima cayó en picado —de nuevo puntería excepcional— y aterrizó en la punta de su cigarro. Pero, tras una serie de fuertes caladas, Keith logró mantenerlo encendido.

Lágrimas frente al blanco, *lachrymae* en el oché: esta era la visión personal de Keith de la trascendencia y el heroísmo masculinos, de la gracia masculina cuando te lo juegas todo. Se acordó de Kim Twemlow y sus semifinales del campeonato mundial del año anterior. El hombre estaba sufriendo lo indecible (y ahora Keith parpadeó al ver de nuevo el surco de lágrimas en aquel rostro demacrado), perdiendo cuatro mangas a cero y dos juegos abajo en la manga en curso. Nadie, ni siquiera Keith, habría dado dos gordas por él. Un ataque de úlcera gástrica, dijeron después, consecuencia de unos pocos curries y de una juerga nocturna. Pero ¿qué hace Kim? Invoca una pausa médica de diez minutos, se toma varios lingotazos de whisky, se enjuga las lágrimas, coge los dardos… y los lanza. Y sigue lanzando… Cinco a cuatro al final. Y la siguiente noche se presenta tranquilamente y fulmina a Johnny Kentish en la finalísima. Siete a cero. CÁGATE YA.

Kim y Keith: eran hombres. Hombres, tío. Hombres. ¿Vale ya? Hombres. Lloraban cuando lloraban, y conocían las blanduras de las mujeres, y degustaban sus cervezas con risa en los ojos, y salían cuando se trataba de hacer lo que había que hacer con los dardos. Tomadlos enteros, tal y como son. Eso era lo que los Guy Clinch de este mundo no entenderían nunca. Keith se había preguntado a menudo por qué Nicola Six le estaba haciendo todos aquellos favores. Y esa cosa o ese ámbito conocido como su *carácter* era lo último en que se le había ocurrido pensar a la hora de la respuesta. Pero ahora (las lágrimas, los dardos, el serrín) todo parecía posible. Estamos hablando de éxito. Y yo lo puedo conseguir. Un tío como Keith —y ella debía haberlo sentido— no había nada que no pudiera hacer, no había nada que se le pudiera resistir. Un tío como Keith podía llegar hasta el final del camino.

La pequeña vio al padre en su sillón habitual. Tomó rumbo hacia él. Unos instantes después, no se hallaba más cerca. Keith pasó por encima de ella para pasar del cuarto de estar al dormitorio. La pequeña giró, o eso intentó. Keith no daba pie con bola. Pasó por encima de ella al ir del dormitorio al cuarto de baño. La pequeña giró otra vez. Pegó las manos al suelo y miró hacia arriba y le preguntó algo. Keith se agachó y levantó la pesada vida (y son bien *pesadas*, hasta las más leves, las posibilidades, las potencias, todas ellas densamente conjugadas) y de una zancada se plantó en medio de la cocina.

Su mujer estaba allí, con su luz cansada. Sin mediar palabra, Keith le ofreció a la niña sonriente. Y luego, sin mover los pies, apoyó la espalda sobre la jamba de la puerta y observó críticamente a Kath mientras esta preparaba el biberón: cómo se le caían las cosas y titubeaba de cuando en cuando, con la pequeña Kim torpemente enganchada a su hombro flaco. Keith suspiró. Kath se volvió a él con una llama pálida y vacilante en la cara: una súplica de indulgencia, tal vez hasta una sonrisa. Vaya, piensa ahora en su maridito, ¿no?, pensó Keith. Cantidad de dinero de repente. Alegría en la casa. Y todo eso era cierto, salvo lo de la alegría en la casa. Keith sentía una furia constante y sin precedentes cuando se hallaba en casa. Todo lo que había en la casa lo aguijoneaba e irritaba.

Se sentó y atacó su *bœuf Stroganoff* y sus cuatro empanadas individuales Milford. Entre que tenía la boca llena y había estado bebiendo toda la tarde, y toda la mañana, en el Black Cross, pareció que decía:

—¿Tienes el certificado de cocimiento?

—¿Que si tengo el qué? —preguntó Kath con cautela. ¿Se estaba acaso quejando Keith ahora de sus comidas, algo que no había hecho nunca? Ella le preparaba lo que él pedía. Sus pucheros y sus guisos irlandeses ricamente condimentados habían dejado de existir a los tres días de casarse con él.

—El pedazo de papel que dice los años que tienes.

—No, no lo tengo conmigo, Keith.

Keith blandió el tenedor en su dirección.

—¿Y cuándo naciste, si se puede saber?

—¿Que cuándo nací, yo?

Kath mencionó el año. Keith dejó de masticar.

—¡Pero eso significa que todavía no tienes veintidós años! Tiene que haber algún error, nena. Tiene que haberlo… ¿Tú sabes lo que me recuerda esto? Una película de horror. Ya sabes, donde la tía está aceptable hasta los últimos cinco minutos. Y entonces se convierte de repente en una gallina rancia. Se convierte de repente en humo y ceniza. Humo y ceniza.

Keith terminó su comida en silencio, con un par de interrupciones para fumar. Luego dijo:

—Vamos, Clive. Venga arriba, muchacho.

El perrazo se puso rígidamente de pie, con una pata trasera alzada y estremecida.

—Vamos, hijo mío. Vámonos de este antro de vejestorios.

De mala jeta, con su larga cabeza descansando en un tarugo invisible, cual reo en trance de ejecución, Clive se plantó mirando a la puerta del piso.

—No tiene remedio. Vámonos. —Miró a su mujer y le dijo—: ¿Adónde? A trabajar. En un ambiente idóneo. —Alargó un nudillo indulgente en dirección de la mejilla de la niña, y siguió hablando, tal vez con desmesurada amargura—. Tú no entiendes nada de mis dardos. Lo que significan los dardos para mí. Ni el mínimo barrunto. —Sus cejas se elevaron. Su mirada cayó. Sacudió la cabeza despacio mientras se volvía—. Ni el mínimo barrunto.

—¿Keith?

Keith congeló su movimiento al ir a abrir la puerta.

—¿Querrías darle el biberón cuando vuelvas?

Las hombreras del chaquetón de cuero plateado de Keith se doblaron una vez, se doblaron dos veces.

—No me hagas preguntas —dijo—, y no te contaré mentiras.

Ya en la calle, Clive prestó su jorobada colaboración cuando Keith lo hizo acomodarse en el asiento delantero del pesado Cavalier. Aquella noche no iban a pie. El perro degustaba ya la alfombra humedecida del amado pub, su aromática guarida en aquel rincón debajo de la mesa, aquel sitio que olía a tantas cosas pero sobre todo a sus propias deposiciones arqueológicas, sus gruñidos babosos, sus gimoteos oníricos, su madurez, su edad viril, los lejanos flujos de sus lejanos días de perro. Clive había pasado casi dos años de su vida en aquel agradable lugar: años de perro también, siete veces más largos, o más rápidos, que los humanos. Ahora bien, antes de dirigirse allí, Clive se había reconciliado con una fresca espera de diez o quince minutos, solo, en su asiento delantero. Pero lo asumió bien.

A semejanza también de un perro, el coche se arrastró a través de las calles sin luces, a ritmo jadeante, con ojos amarillos, rumbo a la casa de Trish Shirt.

Mientras Keith conducía su coche, Guy se estaba duchando. Con certera infalibilidad, el pilar burbujeante del agua explosionó sobre su coronilla; más abajo, los chorros suplementarios, a la altura de la cintura, regaban también sus muslos, su trasero insustancial; y sus grandes pies chapoteaban en el agua arremolinada. Es la fuerza de Coriolis la que hace que el agua dé vueltas en este sentido; en el hemisferio sur gira del otro, como las agujas del reloj; y en el ecuador ni gira siquiera. Guy miró a través de la tempestad, a través de los prismas secretos: sí, el culturista había vuelto. Lo mismo que Terry. Había vuelto, recurrente, sacando la cabeza a la vida, bobo y esperanzado. Mirando hacia arriba como un borrego. Aquella tumescencia le duraba ya, le pareció, casi un mes entero. Y era la *misma* tumescencia, no una serie de ellas. A este respecto, se parecía a los berrinches o ataques de furia desgañitadora de Marmaduke, que se

podían considerar esencialmente un *mismo* berrinche o ataque de furia: veinte meses ya, desde el mismo día de su nacimiento. La tumescencia y el berrinche hablaban con la misma elocuencia de un dolor misterioso. Ahora dolía, por ejemplo. Así como dolía Marmaduke (oíd cómo se desgañita). Dolía bastante todo el tiempo. Durante los últimos días, Guy había tenido la ingle fuertemente dolorida; el dolor parecía ir a la deriva o navegar sin rumbo por la parte inferior de su organismo, encallándosele, para variar, en la espina dorsal, en el escroto, en las vísceras. Protegido por la cota de malla del dinero, de la salud (se sentía estupendamente), de la prudencia, Guy nunca había tenido mucho que ver con el *dolor*. A excepción de aquel ojo a la funerala: puro instinto…, el querido puño. ¿Cómo pudo dar con él el dolor? Difícil cometido. Así, en cierto modo lo saludó y le rindió honores, al dolor. Era como el dolor de su corazón, de su garganta; era el amor, era la vida. Él no quería tocarlo, al dolor, no quería molestarlo de ninguna manera. No. Por qué iba a querer él molestarlo.

Y ahora vibraba ante él, cual trampolín recién usado, mientras salía de la ducha en dirección a la toalla turca, y lo tapó tiernamente con sus calzoncillos de algodón, y lo vistió rápidamente, y buscó una manera de salir de la casa con su verga enhiesta, de franquear la tranquila muralla del desprecio de su mujer, un desprecio no duplicado, sino elevado al cuadrado o al cubo por la presencia de la hermana, que comía en silencio.

—¿Está la leche puesta? —dijo Hope.

Con desviar los ojos un cuarto de grado, Hope podría haber visto por sí misma que el biberón del niño estaba efectivamente calentándose en el calientabiberones cual misil en su silo. Pero era simplemente una expresión de su superior responsabilidad (estaba contando las gotas de un medicamento): como podía haber dicho una neuróloga a la asistenta del laboratorio que escurriera un poco más la fregona.

—Sí —dijo Guy—. La leche está puesta.

En los escalones, la casa de doble fachada lo miró por encima del hombro, con orgullo: aquella obra maestra, aquel arsenal hinchado de entropía negativa. Alrededor se estaba concentrando la presión, varios kilos por centímetro cuadrado.

Nicola Six acababa de sacar a Enola Gay de Phu Quoc, y estaba tratando de meterla en un barco con destino a Kampot cuando Guy dijo de repente:

—O sea, que ves a Keith bastante.

—Sí. Entra y sale con bastante frecuencia.

—El calentador del agua y cosas así.

—El calentador del agua. Y las tuberías —dijo Nicola (quien, en realidad, entendía de estas cosas aún menos que el propio Keith Talent).

—¿Nunca te ha…, nunca te ha mandado subirte a una escalera o algo por el estilo?

Guy cruzó las piernas y reacomodó su trasero. Estaba sucumbiendo, se percató, a una temeraria agitación. No es que la velada le hubiera —en teoría, al menos— proporcionado gran excitación hasta el momento: una obra de teatro de dos horas interpretada por un solo actor, traducida del noruego y representada en un café teatro de Totteridge, sobre la muerte de los renos; y luego una cena muy simple, aunque sin duda suficientemente nutritiva, en un restaurante vegetariano bangladesí de Kilburn. Allí no le había acosado ningún tipo de inquietud respecto a la posibilidad de toparse con algún conocido. Pero Nicola de noche era una novedad, y una revelación… (y en la City el dinero se estaba moviendo de manera muy extraña, y Guy sintió de nuevo que el tiempo era breve. Breve, breve era el tiempo). El sol hace muchas cosas, pero está demasiado atareado para halagar al ser humano con su luz. Los seres humanos sí lo hacen, con *su propia* luz. Guy no se dijo eso exactamente para sus adentros, pero la luz humana hacía que Nicola pareciera una mujer experimentada: la delgadez o finura de la piel alrededor de los huecos de la mandíbula y del pómulo; la anchura oscura de la boca. Y qué incontrovertiblemente ilícitas eran las sombras del apartamento, los pliegues de su vestido de cachemira gris plata, el brillo de sus piernas… A las once de la noche —en casa de ella—, el amor no era una alegoría.

—Déjame que lo piense. ¿Me ha mandado subirme a alguna escalera? No. Es *él* quien se sube a las escaleras.

—¿No te lleva a los rincones? Junto al fregadero o sitios así.

—A rincones… No, no creo.

—¿Qué impresión te produce Keith? Así, en general, quiero decir.

Ella se encogió de hombros unos instantes y dijo:

—Supongo que es un personaje bastante atractivo.

—Supongo que sabrás —se oyó decir Guy— que en algunos aspectos no es más que un vulgar delincuente. O peor.

—¿O peor? Guy, estoy escandalizada. Creo que es poco amable de tu parte juzgar a las personas así, por lo que se oye decir por ahí. O por sus orígenes.

—Te lo digo para que estés prevenida. Quiero decir, ¿no has echado nada en falta: dinero, joyas, ropa?

—¿Ropa?

—Echarpes. Cinturones. Podría regalarlos a sus amiguitas. Tiene un montón de amiguitas, ya sabes. Ropa interior.

—¿Qué interés podría tener Keith en mi ropa interior?

—Estas preguntas te pueden parecer un tanto ociosas, pero… ¿no te ha mandado nunca que te metas en el armario de ventilación?

Nicola frunció lentamente el ceño y dijo:

—Es curioso que hayas mencionado lo de ese armario.

Guy se dejó caer sobre el respaldo. Alargó el cuello y la miró siguiendo la trayectoria de su nariz.

—El otro día había algo que no funcionaba bien en el armario de ventilación. Algún…, alguna tubería, o algo así. Pues bien, el aire está cargadísimo ahí dentro. Y yo llevaba esa prenda corta azul con la que suelo hacer mis ejercicios.

—Continúa —la intimó Guy regiamente.

—Bueno, me dijo que mirara el chisme de la llave de cierre. ¿Estás seguro de que quieres que…? Todo ello es bastante embarazoso. Tuve que estirarme para ver el contador. Yo tenía un pie en una silla. Y el otro sobre el toallero. Una imagen muy poco digna. Y bastante incómoda, con las piernas abiertas así… Y entonces… —Esbozó una sonrisa cómplice.

—¿Y entonces qué?

—No te lo imaginas.

—Creo que sí. Keith hizo algo, ¿no es eso?

—No, no. Keith estaba ahí, en el cuarto de baño, comprobando el nivel de la temperatura en el bidet. No. El toallero cedió y yo caí al suelo todo lo larga que soy, y sobre mí todas las sábanas y todo lo que había…

Guy esbozó una sonrisa.

—Menos mal que pude recobrar mi compostura antes de que él viniera corriendo a ayudarme. No, la verdadera razón por la que lo necesito tanto aquí…, y no debes tomártelo a mal ni reírte de mí. La verdadera razón… es la niña.

—¿Cómo dices?

—*¡Oh*! Si en la otra punta de una gran cadena de peros y sinembargos, y en un futuro todo lo lejano que quieras, si es que hay futuro, y siempre y cuando tú accedas a ello, decidimos tener una niña, en ese caso imaginarás que hay un montón de cosas que conviene tener bien arregladas antes. Y si queremos hacer algún progreso esta noche, entonces haz el favor de venir a sentarte aquí. Me muero de ganas de que me beses un poco.

Guy se fue una hora más tarde, poco después de medianoche. Y justo antes de que se fuera sucedió algo dramático, doloroso —si bien Guy sacaría posteriormente del incidente un complicado consuelo—.

Primero había ido, un tanto encorvado, al cuarto de baño, donde, entre jadeos y muecas de dolor, se recompuso con la ayuda de su cinturón y del elástico vibrante de sus calzoncillos. En el pasillo encontró a Nicola, que estaba de perfil con los brazos cruzados.

—Este —dijo ella— es el famoso armario de ventilación. —Echaron un vistazo a su interior—. Vamos —dijo ella, y pasaron dentro. El sobrio Guy se sintió repentinamente borracho: los estantes de pino llenos de ropa de cama, el resoplido de politeno del calentador, el reducido espacio que ponía a un hombre y una mujer en el brete de enfrentarse con ciertas proximidades hostigadoras—. Me puedes imaginar allí arriba —prosiguió ella mientras se volvió hacia él —, con una pierna aquí y la otra ahí. Ten cuidado…

Como había sido el caso antes, sus besos de despedida, emblemas de su propia terminación, fueron con mucho los más líquidos y distendidos de la velada; y el calor que hacía allí era tan furtivo, tan femenino… No es que sus cuerpos se estuvieran tocando realmente ni nada parecido; no obstante, Guy sintió los fantasmas de varios contornos, de prometedoras pendientes, o tal vez solamente el campo electrónico, el nimbo de cachemira, de su vestido. Para ahondar en esta deliciosa apreciación, se inclinó ligeramente y separó las piernas, echándose hacia delante medio milímetro famélico. En el momento en que ella respiraba profusamente dentro del oído de Guy, la mano de este se deslizó del omóplato de Nicola a la sorprendente gratificación de su axila, y luego planeó y se posó (él creyó oír un gemido de consentimiento) en el pecho que le estaba esperando.

Después, Guy no pudo saber con seguridad si había perdido el conocimiento, aunque Nicola sostendría con pesar que así había sido. En cualquier caso, cuando la delineación del mundo volvió a resultarle perceptible, él se hallaba en posición fetal, con la cabeza en la alfombra del pasillo y las dos manos en forma de cuenco y temblorosas junto a su ingle. El color de su rostro (había notado Nicola) guardaba algunas afinidades interesantes con el color de su ojo morado en proceso de curación: gris sobre un fondo verde pálido. Ella lo estaba llamando por su nombre como a través de la lluvia y desde una distancia considerable.

—¿Guy? ¿Guy? ¡Guy…! No lo puedo soportar. Lo volví a hacer. Puro instinto mío. Qué terrible y dramático ha sido. Te viniste abajo como una tonelada de ladrillos. ¿Te encuentras mal? Ooh. ¿Te duele mucho? Vamos…, *uff*. Esperemos que la cosa no vaya a peor. Mis pechos estaban *estallando*, y cuando me tocaste se produjo esa gran convulsión por todo mi cuerpo. ¿Puedes conducir? ¿Puedes caminar? ¿Puedes *hablar*? Dime algo, Guy. ¿Guy? No lo puedo *soportar*. ¿Por qué siempre te estoy causando algún dolor?

Después de marcharse Guy, la llamó Keith. Nicola tenía la mirada absorta en la burbujeante bebida de su vaso cuando oyó los *pip pip* del teléfono público, el barullo animalesco de serrín y ansia de sangre…

Bueno, no era una muestra de especial delicadeza por parte de Keith el llamar tan tarde. Pero, incorregible como era, quería ver otro de aquellos vídeos. Y, la verdad sea dicha, después de la velada que *ella* había tenido (¡qué obrita!, ¡qué cena!), en fin, que no le venía nada mal un poco de diversión.

Nicola se sirvió más coñac. Emitió una risa tonta y fea: risa tonta y fea. Sabía que aquella risa era fea; pero esta certidumbre solo lograba hacerla reír de forma más tonta y fea aún. Pasó al tocador, llevándose con ella la copa, y la botella.

¿Y saben? Se sentía realmente cachonda. De verdad. Keith…, a Keith le gustaba verla en ropa interior con perifollos. Decía que eso lo ponía a cien. *Esta*…; esta sí que es una prenda estupenda. Lo que se dice un patán y un guarro; pero todos igualitos cuando te ven en paños menores (y también les gusta *mucho* que lleves taconcitos). Todos los billetes que Guy le había dado los gastaría en lencería maravillosa. ¡Para él! ¡Para Keith!

Se desabrochó el vestido y se libró de él. Se soltó el pelo. Una risita tonta y fea.

Guy aparcó el coche en Lansdowne Crescent y estuvo un buen rato allí sentado esperando a que se le pasara el dolor. Setenta y cinco minutos después, seguía aún allí. Y también seguía el dolor. Con los labios tan separados como jamás se les había pedido que se separaran, se deslizó por el asiento y penetró en la noche.

La gran casa vino nadando hacia él, navegando sombríamente. Él buscó su fachada: no vio ninguna temida luz amarilla de emergencia o de vigilia. ¿Era posible que su vuelta coincidiera con el corto y agitado sueño que Marmaduke solía echar de madrugada? La puerta de la calle lo admitió. Sus huesos crujieron y se asomaron al hall. Con temeraria rapidez, avanzó de puntillas hacia la escalera de la cocina.

Bajo luces quirúrgicas, rodeado de lavadoras, secadoras y pilas de bragapañales, Guy se inspeccionó, sin miramiento alguno, como habría hecho un médico de campaña. Sus partes animales parecían maltratadas, denigradas, aunque no menos atractivas que de costumbre. Era su rostro el que parecía modificado, encogido, lívido: su rostro de bobo-de-amor, asustado por el brillante espejo. Entre los innumerables talcos y untos de Marmaduke no encontró nada que pudiera calmar su dolor.

Mientras salía del aseo ajustándose los pantalones, un rayo de miedo atravesó la cocina: un camisón espectral circundado de una

aureola de luz blanca. No Hope: Lizzyboo. Asaltando la cubitera.

—¿Está tranquilo Marmaduke? —preguntó.

—Mm-hm. Desde hace diez minutos.

Pensó en su único beso, el beso del que Hope no sabía nada, en el cuarto de baño, en Italia: la hermana pequeña ya no tan pequeña, halagada, jadeantemente promovida a un primer plano. Qué enorme era ahora. Y qué otras cosas. Pobre Lizzyboo.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella sin dejar de masticar y tragar.

Guy subió la escalera sigilosamente, deteniéndose en cada peldaño, y se desvistió en la habitación de invitados. Desnudo, se deslizó por el pasillo sobre los cojinetes de sus pies. La furiosa inercia de la puerta le disputó cada centímetro de su abertura con sus graznidos y punzadas, sus roces con la pelusa de la alfombra. Cuando uno se esfuerza por no hacer ruido, se encuentra con que todas las cosas se empeñan en lo contrario. Ahí estaba Guy, tañendo con la física de la vida cotidiana. Hope yacía en la oscuridad, curvada como una ese o una zeta, o como un signo de interrogación.

Cuando Kieth volvió aquella… Cuando Kieth… Cuando Keith volvió aqueda nosse, aamos a ver si aamos despajito. ¿Dondestá la lus? Coonudo.

No eran sus últimos *pornos* muy guanos. Iba a ir otra vez a casa de Shirt Trist. Pero Nik dijo vale que beehiera lo queería. Coonudo. No imbortaba. Dijo no imbortaba.

Pegó un portazo detrás de él. Se detuvo junto al fregadero y bebió un montón de agua templada. Entonces se sintió mejor. Luego tropezó y cayó. De pronto, y sin un orden preciso, Keith hizo eructar a su mujer, sacó a la cría fuera a mear y le echó un polvo al perro.

¡Kim Twemlow y su estilo de vida! Aún se paseaba por ahí con zapatos blancos. Hasta ahí arriba, en el techo, había luces de coches. La casa, el camino de entrada circular y los invitados selectos para el almuerzo. Qué digo: ¡Cymphia, Amphea! Generalmente, encuentran una copa de champán muy refrescante a esta hora. ¡Smampha, Corimphia! ¡Mi querida Aramimpha…! ¿Keith? Tú puedes llevarte el trofeo, muchacho. Sí, coño, tú puodes. Tú puides bronto. Tú paudes. Sí coño, tú podes…

¿Qué era? Cuando volvía así, ¿qué era? Iba en el coche, y Clive dormía. La luna. Y Londres como era antes. Muchas lunas de farolas, hacía muchas lunas. La tele. Qué bárbaro. Me viene ahora. Me sentía joven, vaya. Un-oh. Lo que va pa'bajo debe…, uup. Whuup. Sí, coño, esso era la ossa. Yuup, tronco, ¡yuup!

Tengo que ir a London Fields antes de que sea demasiado tarde.

Si cierro los ojos, e incluso teniéndolos abiertos, veo la extensión de parque y el terraplén en cuesta de la línea de ferrocarril. El follaje es tropical e inocuo; el cielo es cristalino e inocuo. De hecho, toda la vista posee un no sé qué de libro infantil. Ya se le ve llegar, al cartero Pat con su gato blanquinegro.[17] Todo parece fuera de la historia. Curas, solteronas, guardas de parque, jardineros, viejas que hace tanto que han enviudado que han retrocedido a un estado de virginidad. La única prueba testimonial del sexo son los niños —y, en la distancia (y no tan testimonial), unas suaves colinas con forma de pechos de mujer.

Había una corriente, vadeable, salvable, no peligrosa, ideal para niños de cinco años, para chicos, para mi hermano y yo. ¡David! ¡Sam! ¡Ay, chicos!, qué angustiosos y misteriosos sois… La manera como erguís vuestros cuerpos débiles para intentar algo, para atreveros a algo. Vuestro amor a la guerra. ¡Mira! ¡Fíjate! ¡Ay, chicos!, ¿por qué tenéis que hacer eso?

Pero los chicos siempre harán eso.

Tengo que volver. No puedo dejarlo para cuando sea demasiado tarde.

Lo único que se puede sostener es que Missy siente algo especial por los hombres y las armas —por las armas y por el hombre.

Mírenme a mí: víctima primeriza de la bomba nuclear.

Miren a Sheridan Sick. Aquella vez que lo vi. Allí arriba, sobre Dupont Circle, en una fiesta organizada en la sala de consejos de Hornig Ultrason (Hornig Ultrason: almenara de todo lo malo). Le pedí que explicara el nuevo fenómeno del superrelámpago. Missy estaba a su lado, a mi lado. Yo no sabía nada.

—Supergranulación solar —dijo Sick—. ¿Sam? Imagina una sopa hirviendo en un platillo de 35.000 km de diámetro. Cuando llega aquí, el viento arrebatado todavía se desplaza a 700 km por segundo. Entonces entra en contacto con una cuenca fantasma en la magnetosfera. Bingo. Superrayo.

Nada esclarecido, dije:

—Das la impresión de saber un montón de estas cosas.

—Estoy aprendiendo, Sam. Estamos trabajando cada vez más con la comunidad del Murotranquilo.

—Bueno, para. No lo sigas haciendo.

—Tiene gracia —dijo. Con una sonrisa realmente desgraciada. En su cara realmente desgraciada.

Sheridan Sick: una galleta muy lista. Sí, una galleta, con un corte de pelo en lo alto, espolvoreada con cierto je-ne-sais-quoi. Hace falta de todo para hacer un mundo. Solo hace falta una cosa para

deshacerlo. Mi padre era de esta última escuela, aunque en un mundo irreconociblemente más joven, atrapado en medio de fuerzas históricas más frescas. Y que no lo hacía por dinero.

De todas las fuerzas, el amor es la más extraña.

Keith se parece al amor (aunque estoy seguro de que no lo siente, tratándose de Keith). El paso saltarín, la frente levantada de felicidad.

Y Guy se parece a la muerte.

El amor puede hacer que una mujer coja un autobús, o puede aplastar a un hombre bajo el peso de una pluma. O deja simplemente que todo siga como estaba ayer y estará mañana. Así es la fuerza del amor.

Sabe Dios por qué persisto con *El lago de los piratas*. Supongo que porque me envalentona: cosas como esta se publican. Es una mierda pinchada en un palo.

En su esquife o lo que sea, con sus sudorosas fatigas y su guía de confianza, Kwango, Marius Appleby recorre las antiguas rutas de piratas del podrido Borneo. Muchas descripciones prolijas de célebres pillajes y violaciones. Especialmente de estas últimas. Marius parece a menudo desear revivir aquella época, y que los piratas lleven la voz cantante.

Pero los mejores pasajes son indiscutiblemente aquellos en que aparece la fotógrafa que le ha asignado la revista, Cornelia Constantine: 1,84; veintisiete años; tez mulata. Tiene los ojos *más negros que el ébano* y su pelo rojo, que le llega hasta la cintura, es *llameante*. Él la conoce en el aeropuerto. Ella es una de esas hijas naturales de sangre noble, desdeñosa, autosuficiente, consagrada al arte de hacer fotos. Pero Marius también es chulo (se esfuerza por que se sepa), y guapo, y ningún novato en el arte de amar mujeres. Entre los anteriores ligues de Cornelia se cuentan un escultor de fama mundial, un primer ministro de la CEE y un piloto de carreras muerto. Cuando ella se apea del jeep, hasta las animadas calles de Samarinda se quedan congeladas, como las imágenes televisivas de Keith.

Contratan a Kwango y se lanzan a la aventura en el esquife, que se llama *Afrodita*. Bajo la invocación de esta deidad, Marius pretende poseer a Cornelia. Sus probabilidades no parecen ser muchas; pero, en cierto modo, el lector se pone de su parte sin pararse a pensar por qué. Al despertar la primera mañana, Marius la ve desnuda, de pie, en medio de la laguna cereza, con su pelo llameante posado en la intersección de sus musculosas nalgas. Al volver de su baño, ella se enfrenta al escritor de relatos de viaje con valentía, sin vergüenza alguna, como corresponde a una noble belleza. Y él anota, transportado, que sus pechos son *orgullosos* y el color de su pelo,

natural.

Ah, sí. Una historia de amor natural. Toda ella resumible en la siguiente frase: un repertorio de clichés miserables. Es una *mierda* pinchada en un palo. Pero me huelo que voy a seguir leyéndola. Sencillamente, quiero saber cómo se lo monta Marius con Cornelia.

Al igual que mi heroína o villana, al igual que mi víctima, también Lizzyboo tiene una estrategia para llegar hasta el fondo de los hombres. Su estrategia: Pesar Noventa Kilos.

Hay un gran obstáculo que se interpone en su camino a los noventa kilos: el veneno de los alimentos. Sentido común: si comes más alimentos, comes más veneno. Creo que esto, con todo, opera en mi favor. Ahora se encuentra en la cama, enferma, demasiado enferma para comer mucho o para tener ganas de ponerse cachonda.

Imaginen la milagrosa expansión del contorno de Missy Harter. Sigo alimentando la idea salvaje de que si pudiéramos comprar los bebés en las tiendas o ir a verlos a los zoos y a los parques para safaris automovilísticos, y si no crecieran nunca, sino que se quedaran con quince meses durante, por ejemplo, seis o siete años, sí, aún seguiríamos interesados; algunos de nosotros iríamos a ver los escaparates y tal vez compraríamos un par de ellos y los guardaríamos bajo la mesa de ping-pong del sótano y los sacaríamos para que los vieran nuestros amigos.

En el cielo, el sol está cada día más bajo.

El dolor no ha venido todavía. Slizard está que no sale de su asombro. Con todo, tengo este aguijón de estroncio o dolor de plutonio en los tobillos. Me parece como si las carreteras fueran más largas, y las colinas más empinadas. Utilizo el coche.

Y ahora, las calles, el tráfico. Todos sabemos que el tráfico refleja el temperamento de cada gran capital (y aquí, a modo de despedida, invoco mi carácter de ciudadano del mundo): el triunfalismo sin sonrisa de París, la furia y desesperación del viejo Nueva York, la audacia del ratón-y-el-gato de Roma, la muerte andrajosa de El Cairo, la longevidad del barco-teatro de Los Ángeles, la penitenciaría industrial de Bombay o Delhi, donde, cuatro veces al día, los coches azotan la ciudad con cadenas inamovibles. Pero aquí, en Londres…, no logro captarlo.

A la gente le encanta aparcar en doble fila. Y lo hace. Esto es amor verdadero, un amor de mayo perenne. Aparca en medio de la maldita calle. Giré para tomar All Saints Road…, y no había ya calle. Era un aparcamiento, una calzada llena de coches en doble fila. Los semáforos ya no sirven más que para adorno, como las luces de

Navidad. Te topas con un semáforo en rojo pero avanzas un palmo de todos modos, para meterte en el atasco, el gran atasco. Puedes incluso decidir que ha llegado el momento de salir a hacer algunas compras. ¿Por qué? ¿Por qué no? Todo el mundo lo hace. A mí me parece claro, tras cinco segundos de reflexión, que si todo el mundo lo hace, entonces nadie se mueve, nadie va a ninguna parte. Pero todo el mundo lo hace porque todo el mundo lo hace. Y luego está otra cosa: a casi nadie parece importarle. En los grandes cruces, el joven borracho se baja de su furgoneta y va contoneándose en dirección a GoodFicks o a Potato Love o a Butchers Arms, y a los coches no les importa. Simplemente se dan codazos y empujones unos a otros, los viejos cacharros, y no sin ira, en esta intimidad de metal y herrumbre que no va a ninguna parte.

Esto es más o menos lo que sucedía hace diez años. Esto es más o menos lo que sucedía hace diez días. Pero ahora, en este último corte de tiempo, todo ha cambiado. Hemos pasado del purgatorio al pleno infierno. Y, de repente, a todo el mundo le importa. Hasta al sexo débil. Y si obesas mamás gritan por encima de los llantos de sus encinchados hijos, y viejas señoronas a bordo de asenderados Morris vomitan veneno y aporrean el claxon con sus manos pecosas, ¿qué no harán entonces los *hombres*? Cuatro veces en los últimos días me he quedado sentado tieso en el coche, aherrojado bajo el sol bajo, sin poder tirar hacia ningún lado mientras unas figuras melladas descubren lo que la dura máquina puede hacer a los seres blandos: lo que el capó del coche puede hacer a la nariz y a la boca humanas, lo que un neumático puede hacer a la cerviz humana. El tráfico es un concurso de deseo humano, un juego de espera del deseo humano. Quieres llegar allí. Yo quiero venir aquí. Y ahora algo falla en el tráfico. Algo falla en el deseo humano.

No logro captarlo. ¡Sí…, ya lo veo! Lo he captado de repente, aunque no hay ninguna razón real (¿de veras?) para que lo capte cualquier otra persona. Ahora, en el tráfico, los unos consumimos el tiempo de los otros, la vida de los otros. Estamos consumiendo recíprocamente nuestras vidas.

Los baños matinales de Cornelia se han convertido en un rito. Marius se planta ahora siempre en cubierta con sus bronceados brazos en jarras para admirarla mientras sale a tierra firme. Sus pechos son, al parecer…

Un mensajero uniformado me ha traído un paquete. Yo estaba esperando, con muy poco entusiasmo, la medicación prometida por Slizard. Pero este venía de Hornig Ultrason.

Contiene mis tres primeros capítulos escritos a máquina. Y el esbozo. Y un cheque. En concepto de anticipo. No sé cómo se las ha

apañado ella. Pero esto…

Soy consciente de que el arte puede ser dulce, y el amor más dulce todavía: el reconocimiento y el perdón en los ojos, la mano y su roce ansioso, el problema físico-mental tan dulcemente resuelto. Pero esto, esto (el dinero se estremece entre mis dedos), esto es *verdadera* felicidad.

La turbulencia del gozo fue tal que no me percaté, durante un lapso de tiempo, de que había llegado el dolor.

Y ahora las tuberías están empezando otra vez a hacer de las suyas. El dolor…, la agonía inorgánica.

Dios mío, toda la casa se está retorciendo y contorsionando de dolor.

¿Se detendrá alguna vez? ¿Se detendrá alguna vez este fastidio?

Ahora no. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo es el momento adecuado… para las tuberías, para el dolor? Nunca es, sencillamente nunca es, sencillamente *nunca es el momento.*

Tengo que ir a London Fields antes de que sea demasiado tarde.

Si cierro los ojos, e incluso teniéndolos abiertos, veo la extensión de parque y el terraplén en cuesta de la línea de ferrocarril. El follaje es tropical e inocuo; el cielo es cristalino e inocuo. De hecho, toda la vista posee un no sé qué de libro infantil. Ya se le ve llegar, al cartero Pat con su gato blanquinegro.[1] Todo parece fuera de la historia. Curas, solteronas, guardas de parque, jardineros, viejas que hace tanto que han enviudado que han retrocedido a un estado de virginidad. La única prueba testimonial del sexo son los niños —y, en la distancia (y no tan testimonial), unas suaves colinas con forma de pechos de mujer.

Había una corriente, vadeable, salvable, no peligrosa, ideal para niños de cinco años, para chicos, para mi hermano y yo. ¡David! ¡Sam! ¡Ay, chicos!, qué angustiosos y misteriosos sois… La manera como erguís vuestros cuerpos débiles para intentar algo, para atreveros a algo. Vuestro amor a la guerra. ¡Mira! ¡Fíjate! ¡Ay, chicos!, ¿por qué tenéis que hacer eso?

Pero los chicos siempre harán eso.

Tengo que volver. No puedo dejarlo para cuando sea demasiado tarde.

Lo único que se puede sostener es que Missy siente algo especial por los hombres y las armas —por las armas y por el hombre.

Mírenme a mí: víctima primeriza de la bomba nuclear.

Miren a Sheridan Sick. Aquella vez que lo vi. Allí arriba, sobre Dupont Circle, en una fiesta organizada en la sala de consejos de Hornig Ultrason (Hornig Ultrason: almenara de todo lo malo). Le pedí que explicara el nuevo fenómeno del superrelámpago. Missy estaba a su lado, a mi lado. Yo no sabía nada.

—Supergranulación solar —dijo Sick—. ¿Sam? Imagina una sopa hirviendo en un platillo de 35.000 km de diámetro. Cuando llega aquí, el viento arrebatado todavía se desplaza a 700 km por segundo. Entonces entra en contacto con una cuenca fantasma en la magnetosfera. Bingo. Superrayo.

Nada esclarecido, dije:

—Das la impresión de saber un montón de estas cosas.

—Estoy aprendiendo, Sam. Estamos trabajando cada vez más con la comunidad del Murotranquilo.

—Bueno, para. No lo sigas haciendo.

—Tiene gracia —dijo. Con una sonrisa realmente desgraciada. En su cara realmente desgraciada.

Sheridan Sick: una galleta muy lista. Sí, una galleta, con un corte de pelo en lo alto, espolvoreada con cierto je-ne-sais-quoi. Hace falta de todo para hacer un mundo. Solo hace falta una cosa para deshacerlo. Mi padre era de esta última escuela, aunque en un mundo irreconociblemente más joven, atrapado en medio de fuerzas históricas más frescas. Y que no lo hacía por dinero.

De todas las fuerzas, el amor es la más extraña.

Keith se parece al amor (aunque estoy seguro de que no lo siente, tratándose de Keith). El paso saltarín, la frente levantada de felicidad.

Y Guy se parece a la muerte.

El amor puede hacer que una mujer coja un autobús, o puede aplastar a un hombre bajo el peso de una pluma. O deja simplemente que todo siga como estaba ayer y estará mañana. Así es la fuerza del amor.

Sabe Dios por qué persisto con *El lago de los piratas*. Supongo que porque me envalentona: cosas como esta se publican. Es una mierda pinchada en un palo.

En su esquife o lo que sea, con sus sudorosas fatigas y su guía de confianza, Kwango, Marius Appleby recorre las antiguas rutas de piratas del podrido Borneo. Muchas descripciones prolijas de célebres pillajes y violaciones. Especialmente de estas últimas. Marius parece a menudo desear revivir aquella época, y que los piratas lleven la voz cantante.

Pero los mejores pasajes son indiscutiblemente aquellos en que aparece la fotógrafa que le ha asignado la revista, Cornelia Constantine: 1,84; veintisiete años; tez mulata. Tiene los ojos *más negros que el ébano* y su pelo rojo, que le llega hasta la cintura, es *llameante*. Él la conoce en el aeropuerto. Ella es una de esas hijas naturales de sangre noble, desdeñosa, autosuficiente, consagrada al arte de hacer fotos. Pero Marius también es chulo (se esfuerza por que se sepa), y guapo, y ningún novato en el arte de amar mujeres. Entre los anteriores ligues de Cornelia se cuentan un escultor de fama mundial, un primer ministro de la CEE y un piloto de carreras muerto. Cuando ella se apea del jeep, hasta las animadas calles de Samarinda se quedan congeladas, como las imágenes televisivas de Keith.

Contratan a Kwango y se lanzan a la aventura en el esquife, que se llama *Afrodita*. Bajo la invocación de esta deidad, Marius pretende poseer a Cornelia. Sus probabilidades no parecen ser muchas; pero, en cierto modo, el lector se pone de su parte sin pararse a pensar por qué. Al despertar la primera mañana, Marius la ve desnuda, de pie, en

medio de la laguna cereza, con su pelo llameante posado en la intersección de sus musculosas nalgas. Al volver de su baño, ella se enfrenta al escritor de relatos de viaje con valentía, sin vergüenza alguna, como corresponde a una noble belleza. Y él anota, transportado, que sus pechos son *orgullosos* y el color de su pelo, *natural*.

Ah, sí. Una historia de amor natural. Toda ella resumible en la siguiente frase: un repertorio de clichés miserables. Es una *mierda* pinchada en un palo. Pero me huelo que voy a seguir leyéndola. Sencillamente, quiero saber cómo se lo monta Marius con Cornelia.

Al igual que mi heroína o villana, al igual que mi víctima, también Lizzyboo tiene una estrategia para llegar hasta el fondo de los hombres. Su estrategia: Pesar Noventa Kilos.

Hay un gran obstáculo que se interpone en su camino a los noventa kilos: el veneno de los alimentos. Sentido común: si comes más alimentos, comes más veneno. Creo que esto, con todo, opera en mi favor. Ahora se encuentra en la cama, enferma, demasiado enferma para comer mucho o para tener ganas de ponerse cachonda.

Imaginen la milagrosa expansión del contorno de Missy Harter. Sigo alimentando la idea salvaje de que si pudiéramos comprar los bebés en las tiendas o ir a verlos a los zoos y a los parques para safaris automovilísticos, y si no crecieran nunca, sino que se quedaran con quince meses durante, por ejemplo, seis o siete años, sí, aún seguiríamos interesados; algunos de nosotros iríamos a ver los escaparates y tal vez compraríamos un par de ellos y los guardaríamos bajo la mesa de ping-pong del sótano y los sacaríamos para que los vieran nuestros amigos.

En el cielo, el sol está cada día más bajo.

El dolor no ha venido todavía. Slizard está que no sale de su asombro. Con todo, tengo este aguijón de estroncio o dolor de plutonio en los tobillos. Me parece como si las carreteras fueran más largas, y las colinas más empinadas. Utilizo el coche.

Y ahora, las calles, el tráfico. Todos sabemos que el tráfico refleja el temperamento de cada gran capital (y aquí, a modo de despedida, invoco mi carácter de ciudadano del mundo): el triunfalismo sin sonrisa de París, la furia y desesperación del viejo Nueva York, la audacia del ratón-y-el-gato de Roma, la muerte andrajosa de El Cairo, la longevidad del barco-teatro de Los Ángeles, la penitenciaría industrial de Bombay o Delhi, donde, cuatro veces al día, los coches azotan la ciudad con cadenas inamovibles. Pero aquí, en Londres…, no logro captarlo.

A la gente le encanta aparcar en doble fila. Y lo hace. Esto es amor verdadero, un amor de mayo perenne. Aparca en medio de la maldita calle. Giré para tomar All Saints Road…, y no había ya calle. Era un aparcamiento, una calzada llena de coches en doble fila. Los semáforos ya no sirven más que para adorno, como las luces de Navidad. Te topas con un semáforo en rojo pero avanzas un palmo de todos modos, para meterte en el atasco, el gran atasco. Puedes incluso decidir que ha llegado el momento de salir a hacer algunas compras. ¿Por qué? ¿Por qué no? Todo el mundo lo hace. A mí me parece claro, tras cinco segundos de reflexión, que si todo el mundo lo hace, entonces nadie se mueve, nadie va a ninguna parte. Pero todo el mundo lo hace porque todo el mundo lo hace. Y luego está otra cosa: a casi nadie parece importarle. En los grandes cruces, el joven borracho se baja de su furgoneta y va contoneándose en dirección a GoodFicks o a Potato Love o a Butchers Arms, y a los coches no les importa. Simplemente se dan codazos y empujones unos a otros, los viejos cacharros, y no sin ira, en esta intimidad de metal y herrumbre que no va a ninguna parte.

Esto es más o menos lo que sucedía hace diez años. Esto es más o menos lo que sucedía hace diez días. Pero ahora, en este último corte de tiempo, todo ha cambiado. Hemos pasado del purgatorio al pleno infierno. Y, de repente, a todo el mundo le importa. Hasta al sexo débil. Y si obesas mamás gritan por encima de los llantos de sus encinchados hijos, y viejas señoronas a bordo de asenderados Morris vomitan veneno y aporrean el claxon con sus manos pecosas, ¿qué no harán entonces los *hombres*? Cuatro veces en los últimos días me he quedado sentado tieso en el coche, aherrojado bajo el sol bajo, sin poder tirar hacia ningún lado mientras unas figuras melladas descubren lo que la dura máquina puede hacer a los seres blandos: lo que el capó del coche puede hacer a la nariz y a la boca humanas, lo que un neumático puede hacer a la cerviz humana. El tráfico es un concurso de deseo humano, un juego de espera del deseo humano. Quieres llegar allí. Yo quiero venir aquí. Y ahora algo falla en el tráfico. Algo falla en el deseo humano.

No logro captarlo. ¡Sí…, ya lo veo! Lo he captado de repente, aunque no hay ninguna razón real (¿de veras?) para que lo capte cualquier otra persona. Ahora, en el tráfico, los unos consumimos el tiempo de los otros, la vida de los otros. Estamos consumiendo recíprocamente nuestras vidas.

Los baños matinales de Cornelia se han convertido en un rito. Marius se planta ahora siempre en cubierta con sus bronceados brazos en jarras para admirarla mientras sale a tierra firme. Sus pechos son, al parecer…

Un mensajero uniformado me ha traído un paquete. Yo estaba esperando, con muy poco entusiasmo, la medicación prometida por Slizard. Pero este venía de Hornig Ultrason.

Contiene mis tres primeros capítulos escritos a máquina. Y el esbozo. Y un cheque. En concepto de anticipo. No sé cómo se las ha apañado ella. Pero esto…

Soy consciente de que el arte puede ser dulce, y el amor más dulce todavía: el reconocimiento y el perdón en los ojos, la mano y su roce ansioso, el problema físico-mental tan dulcemente resuelto. Pero esto, esto (el dinero se estremece entre mis dedos), esto es *verdadera* felicidad.

La turbulencia del gozo fue tal que no me percaté, durante un lapso de tiempo, de que había llegado el dolor.

Y ahora las tuberías están empezando otra vez a hacer de las suyas. El dolor…, la agonía inorgánica.

Dios mío, toda la casa se está retorciendo y contorsionando de dolor.

¿Se detendrá alguna vez? ¿Se detendrá alguna vez este fastidio?

Ahora no. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo es el momento adecuado… para las tuberías, para el dolor? Nunca es, sencillamente nunca es, sencillamente *nunca es el momento.*

17. EL COLEGIO DE CUPIDO

—El jugo del amor. La pasión ingobernable. La tierra conmovida, vaya.

—¡Hola, Keith!, ¿cómo estás?

—Entréguese ella por completo. La consumación de su dicha mutua. Una pasada por la piedra.

—¿Cómo va la cosa?

—Placer corporal compartido. La importancia del juego previo. Una figura llena pero firme. Adultos que consienten.

Cuando se hallaba con ella, la confianza de Guy era absoluta. Aunque los besos de Nicola a veces lo distraían un poco —con su liquidez, su penetración, su hambre—, su inhibición era inexpugnable, sin puntos negros, e impresionantemente intransigente. Cómo parecía atorarse o saturarse todo su cuerpo cada vez que su mano entraba en el campo de fuerza que rodeaba sus pechos, sus muslos, su vientre desgarrador… Primorosamente condicionado por la sensibilidad de Nicola (y por los dos poderosos golpes que había encajado recientemente), Guy era casi tan vacilante, tan virginalmente explosivo como ella. Era un alivio para ambos encontrarse en otro sitio, en todos aquellos lugares en los que no podía suceder nada. Algunas tardes, después de comer, visitaban museos oscuros o cines de arte y ensayo. Paseaban, aprovechando al máximo el tiempo despejado: a Guy le encantaban las largas caminatas, y Nicola decía que a ella también le gustaban. Cuanto más lejos, mejor: Guy con sus zapatones húmedos, Nicola con sus botas de cuero verde oscuro y sus vaqueros remendados. Se cogían de la mano, y caminaban balanceando sus brazos juntos. Justo al norte de Barnet encontraron un bosquecillo que los dos adoraban. El frufrú amortiguado, la manera como los árboles ahorraban humedad. Por supuesto, tenían también sus pequeñas bromas y triquiñuelas. Ella hacía volar su sombrero hasta un charco de un capirotazo, para luego salir corriendo a esconderse. Guy se lanzaba entonces disparado en pos de ella. Nicola escribió una vez Te amo con un palo en el barro flemático de un arroyo seco. Hubo muchos besos deliciosos bajo las ramas de árboles

tintineantes. Los pajarillos se asustaban y se alejaban, pero no vieron ningún otro animal, ningún animalillo silvestre, ni siquiera una ardilla o un conejo: solamente las sombras animales de la luz proyectada por el sol bajo. Nicola decía que aquellos momentos eran especialmente deliciosos, lejos de la ciudad y de su sensación de catástrofe inminente.

Cuando volvían al apartamento, Nicola servía té, en una bandeja, generalmente con pastas. Y durante un buen rato se besuqueaban en el sofá del cuarto de estar. Sin embargo, cuando Guy decía que tenía que irse, y los besos en lo alto de la escalera se convertían en besos de despedida, también se volvían más lascivos, y ella se retorcía entonces con vivo apetito entre sus brazos. Más pequeña que él, y sin zapatos a aquellas alturas, Nicola parecía trepar por su cuerpo con la ayuda de varios puntos de succión. Ahora, en el momento de irse, el pecho de Guy llevaba las dulces improntas de sus pechos, y su barriga se marchaba grabada con sus contornos y conductos subterráneos. Más abajo, todo eran recuerdos musculares: la inclinación y la combadura de su fatal meollo. Y muy pronto se mostraría más valiente, le decía. «Muy pronto me mostraré más valiente», le susurró ardientemente a su oído enfebrecido.

Sin embargo, Guy podía considerar muy afortunado si conseguía entrar o salir de allí sin tropezarse con Keith. Cuando Guy bajaba la escalera tambaleándose, encorvado, sin resuello, revestido de electricidad, Keith la subía también tambaleándose. A la inversa, cuando Guy llamaba al timbre del porche, era Keith quien abría bruscamente la puerta, con aspecto reluciente, señorial, saciado. Esto ocurría con bastante frecuencia. Y en una ocasión ocurrió dos veces: al entrar y al salir del apartamento —como si Keith le cediera educada y brevemente la eminencia que le pertenecía a él de pleno derecho—. Y había otras visitas más, como podía atestiguar Guy. A veces, cuando iba por allí de paso —al fin y al cabo era el mismo barrio—, o cuando no tenía otra cosa mejor que hacer (un espacio de tiempo sorprendentemente holgado), Guy solía acercarse a espiar el callejón. En una ocasión vio a Keith aparcar y sacar imperturbablemente bolsa y cartera de herramientas del maletero del pesado Cavalier. En otra —y esta fue más o menos accidental—, el Volkswagen de Guy se encontró de pronto en una pequeña retención, cerca del cruce principal; retención causada por el propio Keith, quien, con grave riesgo para sí mismo y para los demás, venía haciendo marcha atrás decidido a coger la calle principal. Unos minutos después vio pasar a Keith, hablando, con una risita de conejo, por su teléfono recién instalado.

Por las mañanas temprano, Guy yacía junto a la silueta de su mujer dormida (tan distorsionados ahora todos sus sentimientos hacia ella

por el peso de lo que ella desconocía) y se quedaba mirando fijamente desagradables escenas costumbristas, parodias crudas y ásperas de invernaderos y garitas de guardaparques, de asilos de ancianos, mientras Keith decía: «El médico me ha dicho que lo haga una vez cada día. No tienes más que tumbarte», o, más zalameramente: «Te la metes en la boca hasta que…, es un juego realmente divertido.» Guy salió de la cama a hurtadillas. En el cuarto contiguo, se sentó sobre el borde de la bañera y gimió y gritó al cúmulo de la toalla. Luego se miró los lomos con asombro y humillación: ahí estaba el grotesco animal, el vacilante duende. Cual dios arcaico, se levantó y se dispuso a tapar la herida. En el espejo, un guerrero pálido con los huesos salidos y las cejas en punta —¡los labios de un muerto de hambre!—. En los dos extremos de su mandíbula habían aparecido remaches. Sus encías sobresalían como asas de una olla. ¿Qué contenía la olla? El estofado de su amor estofado.

Y el siglo tan próximo a su fin… Lo que ocurría, el problema era, lo que se cernía era que… No. Guy nunca se atrevía a pensarlo. De haberse visto libre, el pensamiento se habría desarrollado de esta manera. Se podía imaginar a Nicola, a alguien como Nicola, tan monjil a finales del siglo XIX o a finales del siglo XVIII o de cualquier otro siglo que tuviera un número. Pero no del siglo XX, que debía dejar su marca en todo el mundo. No del siglo XX. No con el aspecto que ella tenía.

—¿Qué haces entonces con Guy? —preguntó Keith.

—¿Tú qué crees que hago? —contestó Nicola—. Traer de culo su polla asquerosa.

Keith la miró aprobadoramente, con auténtico afecto. Luego se desperezó.

—Bueno. Ya sabes…, él fue a la universidad. De acuerdo. Pero no ha dado golpe en su puñetera vida.

—Una paradoja, ¿no te parece, Keith?

—Ni golpe.

—Mientras que tú, Keith, estudiante de la universidad de la vida…

—Me ha tocado el hueso. Me he despabilado en la calle. Sí, de acuerdo: él nació en un mundo de riqueza y privilegios, o sea… —Levantó un dedo—. Pero él nunca ha levantado un dedo. A mí…, a mí esto me resulta increíble. La mitad del tiempo le debe de parecer que está *soñando*.

—Keith, ¿puedo hacer una objeción? La felicidad no es relativa, como tampoco lo es el sufrimiento. Nadie se alegra de que su vida no sea peor. Siempre existe suficiente dolor, Keith. Y los niños ricos lloran con las mismas ganas que los pobres.

—¡Sí, je, je!

Keith estaba tumbado en la bonita cama de Nicola, con los pantalones y la chaqueta puestos: completamente relajado. Sus pies rechonchos parecían temblar ligeramente en sus calcetines marrones. Junto a él se hallaba la bandeja de plata, los posos del endiablado café, el platillo plagado de colillas de cigarrillos. Hábilmente, Nicola llevaba un traje sastre y una camisa de seda blanca cerrada por el cuello por un broche antiguo extremadamente formal. Sus uñas eran óvalos barnizados; su brazalete de eslabones se movía y posaba con delicada distinción. Estaba sentada en una silla de respaldo recto, llena de sencilla autoridad. Ella corporativa, él corpóreo: el desayuno energético.

—Te voy a dejar solo un rato —dijo ella, de pie y alisándose el traje—. Es un trozo de película bastante goloso el que te he preparado esta mañana. —Le entregó el mando a distancia y recogió la bandeja —. Nunca te imaginas de lo que son capaces esas ejecutivas en sus despachos. Un día de calor, tal vez. Tras haber visto trabajar con ahínco a algún limpiador de ventanas guapo. Ah, Keith: ¿cómo andas de discreción estos últimos días?

—Que me muera si miento.

—Sí, sí. Pero ¿estás siendo discreto de verdad? No importa mucho en realidad. Por supuesto, no dirás ni una palabra a Guy. Pero, le digas lo que le digas, procura que sea con espontaneidad. De todos modos, él creerá que mientes. Avísame cuando te hayas despachado.

Se fue al centro del piso, al cuarto de estar, a la cocina. Colocó la bandeja de plata sobre el escurridor. Se preparó otra taza de café y fumó otro cigarrillo y leyó la revista *Time*… La cubierta de aquella semana estaba dedicada al tiempo. Como siempre. Resultaba difícil creer que *el tiempo* hubiera sido hasta entonces sinónimo de conversación menor. Porque ahora el tiempo era conversación de primer orden. El tiempo ocupaba los principales titulares en todo el mundo. Cada día. En la televisión se había producido una inversión: los informadores más guapos y las lumbreras más destacadas hacían ahora todos de hombres del tiempo; y los fantasiosos eunucos con traje de tweed, aquellos que apuntaban con sus reglas a los mapas y pedían disculpas por la lluvia, venían al final para ofrecer el resto de la información, o lo que quedaba de ella. Los meteorólogos eran los nuevos corresponsales de guerra: después de hablar John sobre los huracanes y Don sobre los glaciares, salía Ron para hablar sobre la troposfera. Tableteando rítmicamente con las uñas de su pulgar e índice, Nicola se enfrascó en el artículo sobre el sol bajo, en el que se ofrecían las últimas explicaciones. El cambio de ángulo estaba provocado al parecer por una combinación sin precedentes de tres efectos conocidos: el *perihelio* (cuando la tierra se halla a la distancia

más corta del sol), el *perigeo* (cuando la luna se halla a la distancia más corta de la tierra) y la *sizigia* (cuando la tierra, el sol y la luna se hallan de un modo u otro alineados de la manera más próxima posible). Esta confluencia provocaba que la gravedad tomara peso, lo que hacía más lenta la rotación del planeta y también *hacía más lento el tiempo*, de manera que los días y las noches de la tierra eran ahora infinitesimal pero mensurablemente más largos. «Eso, eso», murmuró Nicola, a quien le quedaban solamente veinte días y veinte noches sobre la tierra. Tiró el *Time* por detrás del hombro y formuló su propia explicación. El amor hacía que el mundo diera vueltas. Y el mundo se estaba parando. El mundo no estaba dando vueltas.

Sin embargo, la nueva inclinación de la tierra significaba que Londres vería el eclipse completo. Londres presenciaría la «totalidad» el 5 de noviembre. Y ya se veían críos en la calle con sus monigotes pidiendo dinero:[18] «¿Un penique para el monigote?» Los propios monigotes eran insultantemente negligentes, consecuencia del poco esfuerzo que se había invertido en ellos, del poco cuidado, del poco amor. No *valían* un penique. Un penique no valía nada.

Tras un rato en Babia (negligencia, olvido), Nicola dio unos golpecitos en la puerta de su dormitorio. Por regla general, la alertaba con una tos confidencial. Pero el carraspeo cortés de Keith, una vez iniciado, podía alargarse durante una hora.

—¿Sí? —dijo él espesamente. Al entrar, se percató con rabia de que Keith no se había dispensado su placer solitario. Rápidamente, dirigió la mirada hacia la pantalla del televisor: era ella, en imagen congelada, sentada ante su escritorio del cuarto contiguo (y con una pierna sobre la mesa), con su traje tentadoramente desordenado. Nicola lo miró de nuevo, y cerró los ojos como parte de su esfuerzo por no carcajearse. Pues Keith estaba llorando. Lágrimas calientes atravesaban los surcos amarillentos de sus porosas mejillas. ¡Ah, cómo había subestimado a su Keith! La pornografía despertaba sus más refinadas respuestas. No era solamente el sexo. Ni él mismo se daba cuenta de lo bonito que era aquello.

—Supongo —dijo Nicola, con alivio, con tono divertido, con generosidad (aunque de su voz no había desaparecido toda la rabia) —, supongo que después de visitarme vas a ver a alguna chica, ¿no es cierto, Keith? A alguna chica cachonda, ¿no es cierto, Keith?

Keith guardaba silencio.

—Eso está bien. Me parece bien. Y entonces le haces todas las cosas que te gustaría hacer conmigo. Todas las cosas que *harás* conmigo, muy pronto. Ah, apuesto a que eso es lo que haces. Estoy en lo cierto, ¿no, Keith?

Keith guardaba silencio.

—Yo quiero simplemente que hagas lo que *tú* creas que más te conviene —dijo Nicola. Después del arte lumpen, creyó oportuno poner también un poco de amor lumpen en el platillo, ante la remota posibilidad de que ello sirviera para algo—. Ah, yo no pretendo retener, Keith, ni ahora ni después, a un hombre como tú. Por eso estoy tejiendo las cosas de esta manera. Y menos aún después. Todas las chicas andarán detrás de ti, ¿y quién las podrá culpar? Pero yo siempre estaré apostando por ti, Keith, hasta cuando no sea ya más que un mero recuerdo tuyo. No tendrás que decirme cuándo te toca el gordo: yo *estaré* allí apostando por ti, Keith. Cuando arrojes tus dardos para el Embassy, para el puesto número uno, yo estaré mezclada con la multitud, Keith, animándote.

Keith se sentó en la cama y puso los pies en el suelo. Mientras buscaba sus zapatos, dijo:

—No *para* el Embassy. *En* el Embassy. No *para. En*.

Ella se escabulló en el cuarto de baño, para ponerse los vaqueros y las botas de cuero verdes para el acto siguiente. Pero primero abrió todos los grifos, tiró de la cadena y enterró la cara en una toalla y casi se murió de risa. Fue una cálida y tímida carita la que se asomó por la rendija de la puerta en el momento en que Keith se disponía a partir sin muchas ganas.

—Nicola —dijo Keith, con la cabeza gacha—, ¿qué le cuentas a Guy de mí, del motivo de mis visitas aquí? ¿Qué le dices que soy? ¿El que te arregla el váter? ¿Que me paso el tiempo tirado en el suelo de la cocina desatascando un desagüe?

—Algo por el estilo —dijo Nicola.

El éxito no me ha cambiado, iba pensando Keith mientras bajaba la escalera. El éxito, y el reconocimiento. Por supuesto que gusta saborear los frutos del estrellato. Por supuesto que sí. El dinero y…, y también la adulación. Los bienes y las comodidades. He trabajado como un…, como un perro para mi corona. Que nadie se preocupe, que no la voy a tirar al aire. Pero, por supuesto, espero ser en el fondo el mismo Keith Talent que he sido siempre.

Keith se enjugó de los ojos unas cuantas lágrimas más y abrió la puerta de la calle. El palo tieso de palidez, dinero, dolor inventado y buenos dientes conocido como Guy Clinch se hallaba en aquel momento alimentando un parquímetro con monedas. Su sonrisa rebotó hasta Keith, que estaba en los escalones con las piernas abiertas, intentando colocar bien la correa de su cartera de herramientas robada.

—Buenos días —dijo Guy con voz derrotada.

Pero Keith pasó por delante de él enjugándose los ojos vidriosos y

atravesó la calle en dirección al pesado Cavalier.

Nicola tenía razón. Después de visitarla, Keith iba a ver a una amiga. Más aún, Keith visitaba a una amiga *antes* de visitarla a ella. Tan solo ciertas leyes físicas inderogables le impedían ir a ver a una amiga *mientras* la visitaba a ella. Nicola tenía razón también en otra cosa. Todas las chicas le iban detrás, o al menos no se apartaban de su camino. Y Keith se multiplicaba, con una urgencia y un frenesí canino y devastador que no había conocido antes. ¿Acaso alguien le estaba echando polvos a su lager? Aquello no podía ser bueno (el propio Keith estaba seguro de ello), y empezó a temer seriamente por sus dardos, e incluso por su salud. Conducta compulsiva, ¿no? Pero las tías eran igual de malas que él. En efecto, en toda la gran ciudad, o en esos trasmallos y humeros en los que Keith se movía con las antenas bien desplegadas, parecía haberse propagado una especie de fiebre de alcantarilla: todos los desagües y compuertas y gárgolas plagados de ratas. A Keith, el olor le parecía fuerte y salobre, como el omnipresente olor a orines de las calles. Por supuesto, había que ser persistente, e indudablemente el no tener nada que hacer en todo el día ayudaba. Tras recogerle él la leche por novena mañana consecutiva, Iqbala consintió, de nuevo, en subir el volumen de la tele. Después de dejarse caer por casa de Petronella provisto de una serie de regalos con elevado índice de octano para celebrar su reciente matrimonio con el especulador, Keith había descubierto que una cosa conducía a otra. Desde la detención de Thelonius, Keith había hecho lo que debía hacer: visitas regulares y afectuosas a Lilette y los chicos, y ahora le parecía estar llevando a cabo casi una obligación (para ser una mamaíta, Lilette no estaba nada mal, y no estaba preñada, o no mucho, en aquel momento: le das un billete de diez libras a los mocosos y desaparecen de allí durante veinte minutos). La cosa se estaba poniendo tan mal que apenas tenía tiempo para entretenerse tranquilamente en el Black Cross, charlando y bebiendo cerveza con los amiguetes. Mientras hacía su prestación —en la cama, en el sofá, en la alfombra o contra el radiador—, mientras pugnaba, ensartaba y jadeaba, sus pensamientos, sus desesperados presentimientos, versaban todos sobre dinero, transformación, Nicola y, por primera vez en su vida, su propia muerte. Y esta era la prueba concluyente de que no todo iba bien. Se toparía con ella sabe Dios cuándo, después de hacer sabe Dios qué a sabe Dios quién todo el día, seguido de nueve horas de dardos rematadas con una visita a Trish Shirt —¡para acabar despertando de un codazo a Kath a las cuatro de la madrugada!—. Pues bien, ¿por qué debía hacer él una cosa semejante? Kath. *Kath*, por cuyo cuerpo no conservaba más que el ponderado interés del viernes por la noche. Era como en aquella época durante su embarazo, cuando Keith se despertaba brevemente y se encontraba junto a

aquella chica nueva *gorda* con las tetas grandes y la barriga de cerveza. No sé qué se ha apoderado de mí, pensó entonces, mientras la apretaba por los hombros. Realmente no lo sé. De verdad.

Keith arrancó el pesado Cavalier. Dado que era un profesional, condujo con cierta tranquilidad, manteniendo la concentración y la sangre fría, como debía ser. Los dedos gordezuelos ponían el intermitente, y hacían luces, para avisar, para ceder el paso. El pulpejo de la mano se cernía sobre el claxon en brusca negativa, o lo golpeaba dos veces para decir qué hay a un *estafador* o para hacer que se volviera una mujer y poder así verle la cara… Francamente, Keith no se quejaba. ¿Quejarse? ¿Keith? No era de esas clases tipos. Lo llevaba bien. Así como imaginaba que el mundo estaba regido por fuerzas ciegas y ocultas, de la misma manera en su mente rastrera todas las cosas yacían por lo general reconciliadas. Y a que no adivinan una cosa: Analiese Furnish se había mudado otra vez a la ciudad. Keith aceleró, luego frenó, luego sobresaltó a un autobús escolar con un pitazo y varios flashes de luces largas. Qué *hace* esta gente con un volante en la mano. Analiese, con sus poemas, sus flores aplastadas, sus recortes de periódico (NUESTRO AMOR SECRETO), su peinado Caramac, sus generosos vestidos de verano. Cansada de Slough, cansada de escandalizar solo a medias a la languideciente ciudad dormitorio, Analiese había dejado tirado a su vendedor de maletas de Heathrow, había hecho el equipaje y había aparecido melodramáticamente en White City, en el portal del violinista en paro con cuyo amor ella sabía que podía contar siempre. «Después de ti, querida», dijo Keith. «Vamos. Vamos. Vamos. Vamos. *VAMOS.*» Sí, eso está bien. Recoge los bártulos y se viene a vivir a la ciudad. No sé cómo lo lleva él. Ah, pero es que Analiese tenía, a no dudarlo, un don o un poder especial cuando se trataba del amor —de cierto tipo de amor—. Con sus álbumes de recortes, sus joyas de fantasía y sus piernas gordas, Analiese siempre se las había ingeniado para encontrar a un determinado tipo de hombre (hecho un lío, fracasado en el arte y el amor, paciente, tierno, mayor), dispuesto a alojarla, a escucharla, a adorarla, y resignado a no ponerle las manos encima. «¿Pero qué es esto? Qué barbaridad, cómo se puede ser tan gilipollas.» Muévete. «*Muévete.*» Pues sí; lo que habéis oído: nunca le deja ponerle la mano encima. Muy pronto encontraría a Analiese en todos sus antiguos lugares favoritos: la entrada de artistas del National Theatre, el parking de la BBC, la furgoneta delante de la casa de Ronnie Scott —mientras Basil se quedaba en casa, rascándose la barba, releyendo los diarios de ella y arrodillado ante el cesto de su ropa sucia—. El apartamentito de Basil en White City le venía de perilla a Keith.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza. «No me digas gracias, ¡joder! Pero ¿tú quién te crees?» Dios mío, los modales de la carretera. No es

que a él le satisficiera del todo la situación. El cartero siempre llama dos veces. Por ejemplo, a Keith le gustaba presentarse siguiendo su capricho, hacer las cosas libremente, a su manera. Y cada vez que bajaba silbando los peldaños del piso-sótano, con un paquete de seis cervezas Peculiar en una mano y la hebilla de su correa en la otra, allí estaba él, míster miserias. Apártate. «Apártate, so zorra.» Aquello lo cohibía a uno. Dónde estaba la espontaneidad. *Qué hay, Bas*, decía Keith en tono amenazador, mientras se dejaba caer pesadamente en la butaca, a esperar. Analiese se limitaba a mirar fijamente a Basil a través del silencio. Más de una vez, se lo tenía que soltar a la cara. Respeta mi vida privada, Basil. Respeta mi espacio, Basil. Todo eso. Y luego, tras un estremecimiento, él se levantaba, se echaba la gabardina por encima e, imaginaba Keith, se largaba a emborracharse. No era ideal, pero ¿qué le iba a hacer Keith? Eso es: bloquea toda la calzada, cabronazo. No la iba a llevar a su garaje —su guarida de dardos: hasta Trish Shirt se negaba a ello, pues se le ponía negra la espalda del vestido—. Y el piso de Dean era un basurero. Y otro tanto la furgoneta de Dean. Tal vez si acertaba a convencer a Lilette, o a Petronella, o a Iqbala… O a Kath. Por ahora, tú tranquilo, chato. Lo principal es no perder la calma. «¡Tía gilipollas!» En teoría, ahora que tenía cuatro chavos, podía decidirse a alojarla en un hotelito que estuviera bien. El problema era que ya no había hotelitos que estuvieran bien. Solo había hotelitos asquerosos. Y los grandes hoteles le asustaban. De todos modos, tampoco me voy a pasar todo el día oyendo sus rollos sobre el sexo seguro o la religión. Hay que ir al grano rápidamente. O le cae una multa al Cavalier. O el cepo. Los muy hijos de puta. ¿*Es* el Vodafone mejor que el Celmate, con instrucciones más completas? Fucker lo tiene que saber. Se lo preguntaré a Fucker.

El tráfico se aligeró, y Keith se dio el gustazo de meter la segunda. Habría recorrido en total unos cuatrocientos metros. «Libertad.» Además, él necesitaba tener dinero ahorrado. Para Debbee Kensit. Su madre había vuelto a subir la tarifa. Entre la gasolina que se gastaba en ir allí y el par de libras que le regalaba religiosamente, pues Debbee era especial, la visita la salía por un riñón. Keith mantenía un reflexivo silencio al respecto, pero el que Debs cumpliera los dieciséis aquel mes le dejaba a uno pasmado. Hola. Darle un pequeño *pip* a esta. Bueno, qué era lo que estábamos…

Un Krakatoa de claxon de camión atomizó los pensamientos de Keith. Durante unos instantes, su parabrisas se convirtió en una caja torácica de color cromo y luces chamuscadas. Luego, la enorme masa lo adelantó en medio de un huracán. Keith se había quedado tieso en su asiento: entonces se arrellanó, redujo velocidad y se acercó a la acera —o, en cualquier caso, detuvo el coche—. Durante varios minutos permaneció así sentado, aparcado en doble fila, restregándose

la cara con las manos. Encendió un cigarrillo y exhaló con vehemencia. ¿Veis lo que quiero decir?, pensó, y por un momento sintió amor por el camionero y su habilidad al volante. Medio metro más y me habrían tenido que sacar con una manguera del capó. ¿Veis lo que quiero decir? Esto no puede ser sano. Un riesgo calculado, el que he corrido: he visto venir al camión, y sabía que iba a pasar rozando. Pero tenía que mirar, caramba. Género del raro. No podía dejarla pasar así como así. Porque no se ven todos los días. No, desde luego que no. Tenía que mirar. Una vieja que no era gorda con unas tetas descomunales.

Keith salió de la doble fila y prosiguió rumbo a Ladbroke Grove y la casa de Trish Shirt.

—No sé cómo da abasto —dijo Norvis, con sincero asombro y envidiosa admiración a la vez—. Tan pronto está aquí como ahí como allí. Está en todas partes.

—Sí —dijo Guy.

—Nadie le gana en energía. Nadie tiene su capacidad de aguante. Ha acabado una cosa…, y hala, a la siguiente.

—Eso dicen.

—No hay nadie como Keith en materia de tías.

Guy miró furtivamente a lo largo de la barra. Keith se hallaba al otro lado —más oscuro y más codiciado— de esta, con Dean y Curtly, cerca del microondas, del calentador de poppadam, del fulminador nuclear de empanadas. En aquel momento Keith estaba deleitando a sus amigos con una anécdota vigorosamente relatada: gesticulaba —tocaba la bocina— con la mano derecha, que luego dejó caer para volver a levantarla enseguida, con el dedo lanzador por delante. La espuma de la cerveza de Dean explotó de júbilo… Guy miró a su alrededor, a través del aire lleno de esporas. Precisamente cuando parecía que el prestigio de Keith no podía subir ya más, había experimentado un sensible empellón hacia arriba. Mientras que Guy, por su parte, y de manera no menos sensible, se había visto intolerablemente degradado. Allí estaba él, conversando agradecido con Norvis, sin duda el menos celebrado de los hermanos del Black Cross (por ser un trabajador duro, nada atlético y mal parecido), bien salpicado de escupitajos y reniegos y migajas de empanada de cerdo, y horrorizado por el cóccix sin pelo de un albañil albino. Guy se rascó con sus diez uñas. Al parecer, se había producido una revisión complementaria de su estatus en Lansdowne Crescent. La ropa sucia de Guy, una vez desechada, no volvía a materializarse olorosamente en su cómoda de nogal. Aquella mañana había metido su camisa en la cesta de ropa sucia y luego, un minuto o dos después, la había vuelto a sacar de allí.

—Como te decía, no me explico cómo se las apaña.

—Perdona un momento, Norvis, ¿quieres?

Con la cabeza alzada, impelido exclusivamente por la inevitabilidad, Guy se abrió paso furtivamente hacia la profundidad —el pellejo y las fauces— del pub. Por fin, llegó al pequeño claro que siempre se formaba allí donde se encontraba Keith relajado con sus favoritos del momento. Keith se hallaba ahora departiendo con Dean y Curtly: tenía el periódico abierto entre las manos y mostraba orgullosamente a los chicos lo que había hecho el huracán Keith en Filadelfia: mar de fondo y un viento diabólico: uno de los peores de la historia —incluyendo la historia *reciente*—. Aquella mañana Guy había leído también las informaciones acerca de las catástrofes del huracán Keith: una inundación de dos metros y medio de agua vertida por el cielo en veinticuatro horas. Un día en el que todos los dioses meteorológicos se habían precipitado al cuarto de baño… Dean y Curtly se pusieron en guardia cuando Guy se acercó. Keith les ofreció a los dos una última mirada jocosa y luego compuso su mirada más solemne, cual sargento que abandona momentáneamente a sus cabos para encarar al desgarbado teniente.

—Buenos días, Keith. ¿Cómo te ha ido?

Keith mantuvo la misma mirada. No le contestó nada. Dean y Curtly miraron a otra parte —hacia fuera, hacia abajo.

—Todo listo ya, supongo —dijo Guy, con una socarronería de la que ya había empezado a arrepentirse y abjurar—, para el gran empujón…

La expresión de Keith cambió lentamente, o se empañó: sus párpados anulaban a Guy por completo. ¿Qué era? Sus ojos miraban como antes de la competición, buscando una agudeza animal. No. Miraban más bien como miraban tras alguna hazaña fenomenal en el oché. Concentración sin aire, amor de sí, éxtasis de dardos. ¡El éxtasis de dardos de Keith!

—Tienes posibilidades en las semifinales —dijo Guy, levantando a medias el pulgar y volviéndose nervioso hacia la barra. Allí se enfrentó con Pongo. Guy indicó su jarra vacía, indicación que Pongo registró sin interés, buscándose otras instrucciones que atender mientras Guy seguía con sus musicales *perdona* y *por favor*.

—Qué gustazo montarse… —dijo Keith en voz baja. Superparachuchones.

Guy no supo a quién iban dirigidas estas palabras, dada la rapidez con que él abortó su giro de cabeza y su sonrisa afectada. Tal vez Keith estaba hablando al pub como tal, a su humo, su polvo.

—Espalda aérea. Sus sollozos de placer. Superajuste de corrección. Una verdadera gata salvaje. Garantía antiperforación. Jugo de amor…

Había cierto embotellamiento en la salida, provocado por un altercado junto a la puerta de la calle. Cuando parecía que las cosas se habían calmado, se levantó del suelo una figura ensangrentada y tambaleante y todo empezó de nuevo. En este punto, Guy volvió a unirse a Norvis, que gritaba:

—¡Ahora se ha echado otra!

—¿Cómo?

—¡Que se ha echado otra ahora!

—¿De veras?

—¡Sí, je, je! Ya lo creo. Es rica. Vive ahí al lado. Él se pasa por su casa todas las mañanas y le da por culo. Y hace sus propios vídeos, ella sola. Para él. La muy zorra. Son las peores.

Zbig Dos, que se hallaba justo al lado, abandonó o en cualquier caso puso fin a un chiste que estaba contando a Manjeet (en el que aparecía, como en todos los chistes de Zbig Dos, una prostituta, un policía y un purulento chuloputas) y, volviéndose, animó el cotarro:

—La primera vez que fue a su casa dijo que era una Lady Estrecha. Pero Keith es muy cuco.

—Es paciente.

—A la vez siguiente…, bingo.

—Sí, joder, joder. La verdad, no sé cómo se las apaña.

—Y esta le *paga* para que vaya.

—Es su maromo preferido.

—Le *paga* para que vaya.

Parecían dispuestos a seguir en esta onda indefinidamente, pues la información era fresca para sus mentes. Se diría que Keith acababa de conceder una rueda de prensa sobre el tema, allí en el Black Cross. Guy se lo imaginaba perfectamente: el periódico enrollado y levantado… Otra pregunta ahí detrás… Me alegro de que hayas preguntado eso. *Sí*. Ella… Dirigiendo una sonrisa forzada al suelo, Guy siguió escuchando: su ático propio, alta, bien hecha, piernas no muy gordas pero un buen culo, las tetas tan juntas que se podía…

—¿Cómo se llama? —preguntó Guy alegremente.

Norvis y Zbig Dos se miraron mutuamente, cual dos expertos, dos participantes en un concurso televisivo en trance de pensar, perplejos ante la obviedad. Se llama. Espera. Se llama. Vaya, hombre, tengo tantas. Nita. Nelly. Nancy. Con la boca abierta, Guy parpadeó y esperó. La profundidad de sus entrecejos, el aporreo de las sienes, la excitación de tenerlo en la punta de la lengua. Se preguntó si tenía realmente derecho a exigirle tanto esfuerzo.

—¡Nicky! Eso es.

—Nicky. Eso es. Sí, eso es.

—Nicky. Eso es: Nicky.

—Nicky. Eso es. Nicky. *Nicky*.

La polvera se abrió y el rostro ampliado de Nicola llenó el espejo redondo. Este devolvió la mirada a su dueña: le enseñó los dientes y se lamió los labios. Con un barrido de pared y de bombasí y de terciopelo, el espejo se volvió a cerrar. Ella levantó los ojos.

—Ah, ya estás aquí —dijo suavemente, mientras se ponía de pie—. ¿Te pasa algo? Parecías un poco enfadado por teléfono, Vamos a quitarte la gabardina.

—Pues sí, la verdad es que sí me pasa algo.

Nicola reculó hacia el cuarto de estar. Iba seguida de Guy, a quien miraba con humildad y preocupación.

—¿Qué es, querido? —susurró—. Siéntate. ¿Quieres que te prepare alguna cosa?

Guy negó con la cabeza, pero aceptó la butaca baja. Levantó la mano en ademán de aplacamiento, pidiendo silencio, pidiendo tiempo. Luego aplicó la palma de su mano a su oído derecho y cerró los ojos… Aquella misma mañana, mientras se hallaba en la cama, y Marmaduke fisgoneaba en sus párpados cerrados, Guy había tenido una sensación muy rara, impropia, balsámica, sensual: un reguero de las babas calientes de Marmaduke se estaba concentrando en su oído. Al principio no le había molestado, pero ahora tenía media cabeza bloqueada y palpitante. Alguna propiedad glutinosa —y posiblemente sulfurosa— de los esputos del niño había ejercido su efecto maléfico en lo más hondo de su tímpano. La habitación se inclinaba y daba vueltas. Quizá es que todo está fuera de quicio, pensó.

—Hay una cosa que quiero preguntarte.

Ella lo miró con disponibilidad ilimitada.

—Probablemente sea un idiota rematado —prosiguió, pues su casa, sus ventanas, sus cortinas le habían parecido irreprochables desde fuera—. Pero hay algo que tú deberías saber también. Bueno, antes tienes que prometerme que me perdonarás si yo…

Guy vaciló. Oía con absoluta claridad el ruido cercano de la cisterna de un váter. Demasiado cercano para que fuera el de un váter vecino. En aquel momento salió Keith del cuarto de baño. Llevaba un chaquetón de cuero plateado echado al hombro y venía diciendo:

—Esta ha sido mi favorita, ya lo creo. Me gustan cuando tú…

—Ah, Keith —dijo Nicola suavemente—. Casi había olvidado que aún estabas aquí.

Congelada, en cursiva, cogida con las manos en plena masa, la figura de Keith empezó a recobrar vida, a moverse y respirar de nuevo…, y a encogerse, a reducirse a cero, en el momento en que Guy se puso reflexivamente de pie.

—Qué hay, colega…

El chaquetón de cuero, hasta hacía unos segundos colgado indolentemente del hombro, se hallaba ahora recogido entre las manos de Keith, donde este lo podía manosear y arrugar. Entre dos hombres estaba teniendo lugar una fuerte interacción: el poder de la clase, en su manifestación más fuerte en distancias cortas. Guy miró a Keith con desprecio. Y aquel era el Caballero del Black Cross…

—Supongo que ya tienes ganas de marcharte —dijo Nicola—. Aquí está tu… cartera. He metido algo para ti.

Un ataque de tos estuvo a punto de eximir a Keith indefinidamente de la obligación de hablar; pero luego tragó algo, mientras se le hinchaba el cuello, y dijo:

—Te lo agradezco.

—Ah, por cierto, Keith. ¿Podrías intentar arreglar otra vez el molinillo de café? Está ahí. Se ha vuelto a estropear, lo siento.

—Afirmativo —dijo Keith, recogiendo sus cosas.

—¿A la misma hora mañana?

Keith miró a Nicola, a Guy, a Nicola.

—Eh…, sí, ¡claro! —Asintió con la cabeza y, con los labios redondeados, arrastró los pies junto a la pared en dirección a la puerta.

—Adiós, Keith —gritó ella, y se volvió hacia Guy—. Perdona. ¿Qué estabas diciendo?

Guy esperó. El silbido forzado de Keith se iba amortiguando conforme bajaba la escalera.

—¿Está… —preguntó Guy, sentándose y mirando a su alrededor—, está *siempre aquí*?

—¿Cómo dices?

Guy precisó con voz aflautada:

—Quiero decir: si no me topo con él aquí mismo, es rara la vez que no me lo cruzo en la escalera.

—¿Keith?

—Quiero decir, ¿qué *hace* él aquí entrando y saliendo sin parar?

—¿No te dice él nada?

—¿Qué? ¿En la escalera? No, simplemente «qué hay» o «¿todo bien?» o algo por el estilo —dijo Guy, mientras su mano buscaba su ceja.

—Quiero decir en general. ¿No te ha contado nuestro pequeño secreto?

—¿El pequeño secreto de quién?

—El pequeño secreto de Keith y mío —explicó Nicola a Guy con una sonrisa perversa—. Bueno. Supongo que ha llegado el momento

de que lo sepas. Siento que te hayamos engañado un poco.

—Ya veo —dijo Guy, levantando la barbilla.

—A él no le gustaría ni un pelo que lo supieras —dijo ella, mirando de cerca la cara paralizada de Guy. Interpretó su debilidad por centésima vez como algo predeterminado, ya esbozado, algo prefabricado como una finalidad específica, pero mucho tiempo atrás —. Y, por supuesto, le gustaría aún menos que lo supiera su mujer.

—Creo —dijo Guy—, creo que es mejor que me lo cuentes todo.

Bien, dentro de un minuto, pensó ella. Antes, unas cuantas ambigüedades más. No, sí. De acuerdo: *otra* más solamente.

—Quiero decir, qué malo que sea un simple trabajador, ¿no? — preguntó. Luego ensanchó la boca, cubrió las rayas de su entrecejo y lo miró con sosiego de mártir—: Le estoy *dando clases*.

—¿A Keith? No lo entiendo.

—De acuerdo que apenas sabe leer y escribir y que es un patán en muchos aspectos; pero las ganas están ahí, como ocurre en tantas ocasiones. Te quedarías sorprendido. Me he dado cuenta en las clases que le he dado para mejorar su lectura.

—¿Cuándo empezó todo eso?

—Oh, hace un montón de tiempo. —Frunció el ceño, fingiendo recordar—. Le di un ejemplar de *Cumbres borrascosas*. Yo no sabía entonces si se lo tomaría en serio; pero él persistió. Y ahora lo estamos haciendo en toda regla. Acabamos de empezar los románticos. Mira. —Y levantó su *Keats* de Longman—. Me pregunto si es prudente iniciarlo en las *Odas*. Hoy hemos echado un rápido vistazo a «Lamia». El argumento sirve de ayuda. Estaba pensando que convendría tal vez estudiar «La Belle Dame Sans Merci». O «Estrella brillante». Es una de mis favoritas. ¿La conoces? «¡Estrella brillante! Si yo tu constancia tener pudiera…»

—Nicola, ¿te ha hecho alguna cosa?

Hasta ella tuvo dudas acerca de la mirada de radiante desconcierto que le dirigió ahora; dudas acerca de que pudiera mantenerla cualquiera que fuera el plan establecido.

—¿Perdón?

—¿Ha intentado alguna vez hacer el amor contigo?

Paulatinamente tomó cuerpo la pura incredulidad. Tras los momentos iniciales, Nicola se llevó una mano a la boca para contener un hipo silencioso; luego la mano trepó hasta los ojos.

Guy se puso de pie y se acercó. Con palabras firmes, y recordando mentalmente alguna escena análoga, algún ejercicio previo en el arte de destrozar ilusiones (¿cuándo?, ¿cuánto tiempo hacía?, ¿a propósito de qué?), le habló de las cosas de que era capaz Keith y la gente de su calaña, de cómo aquella gente hablaba de las mujeres como si se

tratara de un filete de carne, de sus sueños de violencia y desvirgamiento. Qué decía, aquel mismo día, en una taberna sórdida, Keith había estado fanfarroneando a propósito de las cosas que había estado haciendo con ella…, sí, su nombre divulgado y mancillado en medio de fantasías groseras de sometimiento, humillación, apetito, asesinato.

Nicola levantó los ojos. Él estaba de pie, junto a ella, con las piernas separadas. Ella dijo:

—Oh, ¿y tiene eso alguna trascendencia? Ellos se creen las mentiras que se cuentan mutuamente como se creen las cosas que ven en la televisión… ¿Qué es eso?

—¿Qué?

Nicola vació su cara de toda experiencia y la levantó hacia él. Luego bajó otra vez la cabeza y apuntó con un dedo.

—*Eso*.

—Ah, eso.

—Sí. ¿Qué es?

—¿Que qué *es*?

—Sí.

—Tú debes saberlo; habrás leído…

—Sí, pero ¿por qué es tan… protuberante?

—No lo sé. El deseo…

—¿Puedo? Es como la roca. No, como esa materia de que están compuestas algunas estrellas. Ya sabes, un simple puñado pesa un trillón de toneladas.

—El neutronio.

—Eso es. El neutronio. ¿Me haría sangrar?

—No lo sé. Tú te has montado en caballos y otras cosas.

—Y esto que hay aquí debajo es importante también, ¿no? Uf. Perdona. Es fascinante. ¿Y en algunas circunstancias se lo puede meter una mujer en la boca?

—Sí.

—¿Y chupar?

—Sí.

—Supongo que la idea consiste en chupar con toda la fuerza que se pueda. Qué extraño que se pueda desear hacer eso…

—Sí.

—Una cosa tan regresiva… —dijo ella, mientras lo acariciaba y le administraba unas vivas palmaditas, como quien despide a un animal amigable pero poco conocido—. Aunque imagino que lo podrías encontrar divertido. —Lo miraba con una sonrisa, la boca partida como una fruta—. ¿Cómo es ese verso de «Lamia»? «Como en un

colegio de Cupido dulces días había ella pasado.» Verdaderamente, esto es lo peor de todo Keats. *Ta n* vulgar… No obstante, el colegio de Cupido es el lugar adónde convendría que me mandaras durante cierto tiempo, hasta que conozca todos los trucos.

Guy se marchó alrededor de hora y media después.

Su oído había empeorado. Tenía parte del rostro irremediablemente entumecida, y notaba los músculos de la mejilla igualmente pesados. Esto era obra de Marmaduke. Pero su oído bueno había recibido también una buena dosis de atención por parte de los labios y la lengua de Nicola; mientras bajaba la escalera, y pasaba de la alfombra al suelo desnudo, Guy se dio cuenta de que se hallaba de hecho clínicamente sordo. La calle le hizo sentir los labios resecos y agrietados después de tantos besos…, aquellos besos tan hambrientos de repente, especialmente cuando él palpaba sus pechos, lo que le estaba ahora permitido (solo desde fuera), y aquellos pechos tan sensibles y distendidos que parecían conectados a todas las complicaciones de su propia herida inferior…

Pálido piloto, por la calle pasó en su bólido arrebatado. Bajo la fantástica claridad del cielo crepuscular. Miró hacia arriba. La luna parecía desde luego más cercana que de costumbre, pero bellamente más cercana, sin brillar aún por el momento, como la coronilla de una calavera o el casco de un godo; y no ya como una máscara o una concha, sino como un cuerpo, con masa y profundidad: un cuerpo celeste. Y el único que vemos realmente, pues los planetas son demasiado pequeños, las estrellas demasiado distantes, y el sol demasiado vasto y cercano para el ojo humano.

Una nube muerta. Justo entonces… una visión terrible. Justo entonces vio que una nube muerta andaba rondando por encima de los tejados próximos. Visión terrible. ¿Qué se creía que estaba haciendo allí, tan descolocada? Siempre estaban perdidas, las nubes muertas, perdidas en el cielo bajo, tambaleándose como borrachos cuando bajaban y atravesaban las corrientes térmicas; siempre buscando en lugar equivocado a sus otras hermanas.

Guy prosiguió su marcha saltarina. Nunca le había parecido el mundo tan bueno… ¡Estrella brillante! Y, con tanta duda despejada, podía reprocharse a sí mismo como se merecía.

Guy se podía tratar perfectamente a sí mismo de gañán y de cerdo. Todos sus pensamientos estaban trastocados, mientras los de ella eran pensamientos de verdad y belleza, belleza, verdad.

Yo vi una nube muerta no hace mucho tiempo. Quiero decir bastante cerca. Fue en Nueva York, en mitad de la ciudad, en mitad de agosto, el edificio de la Pan Am (notabas sus monstruosos esfuerzos para mantenerse impertérrito), la mejor tajada de propiedad inmobiliaria del universo conocido. ¿Cómo podría el vertido de un enano blanco o de un quasar inocentemente precipitado competir con este edificio dorado de la heliográfica Park Avenue? Yo me hallaba en el despacho del doctor Slizard, justo debajo del restaurante, del horno de asar giratorio o de lo que sea eso que han montado allí. La nube muerta se acercó y supuró y se despanzurró contra la ventana. Trapajo sucio de Dios. Su corazón parecía multicelular. Pensé en redes de pescar bajo incomprensibles volúmenes de agua, o en las motas de un televisor estropeado.

—La ciencia —dijo Slizard con su estilo epigramático (su buen color, sus ojos atareados, su barba de contable)— está haciendo considerables progresos para explicar cómo te ha matado. Cómo ha matado las cosas. Pero todavía seguimos sin entender las nubes muertas.

Afortunadamente, conozco a Slizard desde siempre. ¿Cómo, si no, me podría permitir yo el lujo Slizard? Siempre me agradó su compañía, hasta que caí enfermo. Mi padre fue profesor de Slizard en la universidad de Nueva York antes de que cambiara de orientación. Solía venir a casa un par de noches por semana. En aquel entonces llevaba el pelo largo. Ahora no tiene pelo. Solo esa barba que habla.

Marius Appleby vive para el rito de esos baños matinales, y yo también. Los pechos de Cornelia son, al parecer, *magníficos, espléndidos, impresionantes, majestuosos* —y todas las demás palabras que significan «grande»—. Y aún estamos en la página cincuenta y nueve.

Cornelia tiene sangre afgana. Monta a caballo como una ghazi enloquecida. Se afeita las piernas con un machete. Marius aún no le ha arrancado una sonrisa, una palabra afable. El viejo Kwango (encorvado, la cara picada, gruñón), también él a pesar de su edad sumamente excitado por ella, sugiere la estrategia, de honda raigambre popular por esos pagos, de la *violación*, mediante la cual el hombre toma por la fuerza lo que supone le pertenece. Marius pone objeciones. La ha visto esgrimir el látigo grande. Pero también ve la necesidad de una machada —algún acto de valor viril—. Ah, qué duro

parece, viendo a Cornelia andar con tanto orgullo y tanta nobleza todo el tiempo… Y casi siempre se pasea en cueros.

El peso de su cabeza y la gordura de sus mejillas es la causa de que Kim haga pucheros mientras duerme. Sus brazos están dispuestos en una de sus posturas de bailarina española. Si tomas veinte instantáneas a la niña dormida y las colocas en un álbum, seguro que agotará todos los movimientos de la artista con castañuelas, con una mano alzada y curvada, y la otra bajada y también curvada, y siempre en perfecta simetría.

Se estremeció. Ahora me entra cada vez miedo de que no vaya a reconocerme. La gente no me reconoce. Mucha gente a la que no he visto durante los últimos días me mira sin verme. Yo mismo estoy constantemente mirándome al espejo para ponerme al día… Su respiración estaba profundamente cargada de sueño; y parecía momentáneamente desgraciada, como a veces lo parecen los bebés, con su cara hinchada y alambrada por las cicatrices efímeras del sueño. Enfocó su mirada hacia mí y se golpeó las piernas…; pero casi de repente su cara formó una llamada, como si se esforzara por decirme algo, algo como *no adivinas lo que me han hecho mientras tú estabas fuera*. Por supuesto, conforme los niños pequeños se aproximan al habla, y sus expresiones resultan tan inteligentemente silenciosas, esperamos que sus palabras sean penetrantes, que digan algo que nunca hemos sabido. Pero lo único que conseguimos son cosas del tipo *agua* o *gato* o *coche*. Pero entonces Kim apuntó con un dedo inclinado una herida en mi brazo y dijo, con claridad y convicción:

—¡Ay!

Me quedé patidifuso.

—¿Ay? Kim. Dios mío. O sea que ya hablas, ¿verdad?

La pequeña no tenía más que añadir. Por el momento. La llevé a la cocina. Kath se encontraba en otra parte (en el dormitorio). Seguí la fórmula y puse una tetina lenta en el biberón. Ella lloró al verlo. Lloró porque lo quería, y llorar fue lo único que dijo. De vez en cuando yo hacía paradas para que respirara. Ella movía una pierna mientras comía. Porque naturalmente si una pierna cuelga atractivamente, entonces un bebé tiene que moverla, no debe perder la oportunidad de moverla. Hacia el final del biberón, sentí el abultamiento caliente y rezumante de su bragapañal. Puse, pues, el protector sobre la mesa y me dispuse a cambiarla.

Entonces intervino Kath, que apareció repentinamente.

—¡Ah, vaya por Dios! —dijo. Y me quitó a la niña de las manos, y también el bragapañal. Algún antiguo precepto irlandés, ¿un ramalazo de clericalismo?

Pasó con la niña al cuarto de estar. Yo vi la cara enroscada de la niña, que iba balanceándose sobre el hombro de Kath. Los ojos asombrados.

—¡Ay! —me dijo la niña, antes de que Kath cerrara la puerta—. ¡*Ay*!

—«Pues Galeno supo que, de aquel día en adelante, él siempre soñaría con la que había venido a él una noche en Toledo, y lo había despeinado con la impaciencia de una amante.» Ahí tienes. —Nicola no dijo nada—. Por *favor*. Es tan evidente lo malo que es… Ni siquiera guarda las normas elementales de la sintaxis. «Con la que.» Con aquella que, carajo —Nicola no dijo nada—. El sentimentalismo es bastante repelente. Pero yo supongo que él no *te* importunó con sentimentalismos. Demasiado ocupado ataviándose con sus pertrechos de Belcebú. —Nicola no dijo nada—. Es curioso que se le den tan mal las mujeres. Todas superempolvadas y empelucadas. Carentes de funciones físicas. Él las coloca en esa edad de oro tan remota, ay, en el tiempo. Ya sabes, antes de que las mujeres fueran al váter.

Nicola habló. Me miró vagamente y dijo:

—Te equivocas. Su obra tiene mucho que decir a las mujeres porque las idealiza de una manera apasionada. ¿No es este un gran tema: la pugna del hombre, ese ser belicoso donde los haya, por acceder a la ternura? Estoy segura de que Asprey es lawrentiano en este aspecto.

—… Me haces polvo, Nicola. —Esto me hace polvo. Porque desacredita, hace estallar su sentido artístico. Y su sentido artístico es lo único con lo que cuento para seguir adelante—. Bueno. Tú debes ser una amante del teatro. Más perversidad. Pero aquí no hay nada, me refiero en inglés. Shakespeare, y se acabó. Lo cual es una especie de broma cósmica. Como si Tiziano fuera un pintor escénico, o como si Mozart escribiera partituras para el cine. Como si Dios dirigiera obras de repertorio.

Yo estaba mostrándome ahora un poco demasiado locuaz —o un poco demasiado lo que fuera— para la enigmática Miss Six. (Estas últimas frases las había yo sacado, en efecto, de una carta larga que le estaba escribiendo a Mark Asprey.) Ella dejó su sillón y se dirigió hacia la mesa. Se llenó la copa de coñac y bebió ocho sorbos. Miró a la ventana negra.

—Salgo de paseo —cantó— después de medianoche, a la luz de la luna, como solíamos hacer juntos. Siempre paseo después de medianoche. A ver si te encuentro.

—Tienes una voz muy bonita. Supongo que cantarías cuando hacías tus pantomimas. Pero es una voz algo fría. Como si algo la contuviera.

Cuando se desplomó sobre el sofá junto a mí, sus piernas se elevaron a un metro del suelo. Su mirada tenía el calor del licor. Sentí que la estaba rechazando.

—A trabajar —dije, mientras sacaba mi cuaderno de notas—. Háblame un poco más de esas caminatas por la naturaleza que das en compañía de Guy. Estas pequeñas parodias de amor… figuran entre las peores cosas que haces.

—Tú te limitas a escribirlas. Yo tengo que apechugar con ellas. Me repatea caminar. Quiero decir, ¿*hacia dónde*? Es como estar en un anuncio. Un anuncio de tabaco mentolado, ¿recuerdas? ¿En los tiempos de las monedas de tres peniques? —Pensó durante unos instantes—. No, es como estar en un anuncio de amor. Un anuncio de amor.

—Sigo sin captarla. La tortura-de-Guy. Pero estoy esperando alguna sorpresa interesante. Ah, sí. Ya es hora de que vea uno de esos vídeos. Uno de esos anuncios sexy.

—No hay ninguno. No los guardo. Los detesto.

—Qué desengaño. Supongo que las instantáneas de Asprey están un pelín pasadas de moda. Qué desengaño. ¿Cómo voy yo entonces a describir las delicias de tu cuerpo?

Ella deslizó la mano hacia su botón superior y dijo:

—Me quitaré toda la ropa. —Hizo una pausa. Se inclinó más hacia mí—. ¿No te parece que podríamos ser como primitos terribles que juegan a enseñarse todo? ¿Todas las partes olorosas y pegajosas? Mírate a ti mismo. A ti no te apetece, ¿verdad?, con carne y sangre. Escucha. Tengo que confesarte algo. Yo tengo esa costumbre vergonzosa. Todos los días voy a un sitio malo y hago una cosa mala. Bueno, algunos días puedo no hacerla; pero luego, al día siguiente, la hago dos veces con toda seguridad. Voy al váter. Vamos, Sam. Ayúdame a superar esto. Sé tú mi cómplice del cuarto de baño. Cada día, inmediatamente después de desayunar, cuando siento la tentación…, yo te puedo llamar y tú me puedes hacer callar.

—*Nicola* —dije yo. Me puse de pie—. Cuéntame al menos esa cosa terrible que hiciste. A Asprey. Eso me podría animar un poco.

—Le rompí el parabrisas con un ladrillo. Un ladrillo así de gordo.

—Ah, seguro. Vamos. Eso no sería más que pura rutina.

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué crees tú? Porque es demasiado *doloroso*.

En cierto sentido, tiene razón. No existe lenguaje alguno para el dolor. Como no sea el lenguaje malo. Como no sean los tacos. No

existe lenguaje alguno para el dolor. Argh, ay, uf, au. Qué barbaridad. El dolor tiene su propio lenguaje.

El botiquín del dolor llegó a su debido tiempo. Llegó por correo, a media tarde, de modo que pude llamar a Slizard inmediatamente.

—Es precioso —grazné—. Como una cajita de licores. O un juego de química. —Él sabía que a mí me gustarían todas aquellas etiquetas: cuando se trata de clasificar el dolor, me dijo, nos hallamos de vuelta en la Edad Media, o en la guardería infantil—. Hugo —le pregunté de repente—, ¿qué es lo que está ocurriendo? A escala mundial, quiero decir. He llamado a algunos contactos en Washington. Todo son rumores que se filtran. ¿Dónde está la *información*? ¿Cómo ves tú la cosa?

—Es grave.

—¿En qué sentido?

—Es así. La presión viene de dos direcciones. Interviene ahora, y te la juegas, o deja que el sistema se siga degradando. El Pentágono está por intervenir; el Departamento de Estado prefiere capear el temporal; el Comité de Seguridad Nacional se halla dividido. Existe hipertensión, y también disnea. Puede haber embolias. Yo, yo estoy por capear el temporal. Tienen que franquear el milenio. No pueden correr riesgos ahora.

—Hugo, ¿de qué estamos hablando aquí?

Él pareció sorprendido.

—De Faith —dijo.

—Perdona, ¿cómo dices?

—De la mujer del presidente.

Nuestro mundo del dolor, tal y como está aquí dispuesto y clasificado: cómo se parece a la vida, cómo se parece a la infancia y al amor y a la guerra y al arte. Disparar, Apuñalar, Quemar, Partir en dos, Arrastrar, Dar punzadas, Deslumbrar, Saltar. Tristón, Pesado, Aburrido, Enfermizo, Cruel, Vicioso, Castigador, Matador.

—La píldora única en el frasco negro —pregunté—. Con la calavera y las tibias cruzadas modernas…

—Esa es para cuando los vivos envidian a los muertos. Es para el estado más doloroso de todos. La vida, amigo mío.

A bordo del *Afrodita*, Cornelia sigue desdeñando toda afabilidad. Y toda ropa. Está volviendo locos a Marius y a Kwango.

Se me ocurre que hay ciertos temas —la ubicuidad de la violencia, por ejemplo, y la delegación de la crueldad— que van unidos en la persona de Encarnación. Hay, me parece a mí, un lado sádico en sus discursos, a pesar de lo estereotipados que son. Me pregunto si Mark Asprey no le estará pagando dinero suplementario para que me

atormente.

Me ha venido dando un latazo terrible a propósito del cenicero y el encendedor robados. Y yo estoy por lo general demasiado derrengado para poder esquivarla. Infinita, desarraigadoramente reiterado, he aquí el significado. Algunos objetos poseen *valor nominal*. Otros objetos poseen *valor sentimental*. A veces el *valor nominal* es relativamente pequeño, y el *valor sentimental* es elevado. En el caso del cenicero y el encendedor perdidos, el *valor nominal* es relativamente pequeño (en el conjunto de posesiones de Mark Asprey), pero el *valor sentimental* es elevado (regalos de una compañera oscura pero de primera categoría). Al ser de un *valor sentimental* elevado, estos objetos son irreemplazables, pese a su *valor nominal* relativamente bajo. Porque no está solo el dinero.

¿La habéis oído? ¿Os habéis hecho una idea? Necesito un día para recuperarme de una de estas palizas. Me trae esto a la mente un trozo del *Quijote* en el que Sancho pasa quince páginas sin decir otra cosa que mira bien antes de saltar y no derroches y no necesitarás y una puntada a tiempo ahorra nueve, y Don Quijote salta (parafraseo libremente, pero lo comprendo realmente). ¡Basta ya de tus adagios! Durante una hora los has venido acuñando, y cada uno de ellos ha sido cual daga clavada en mi mismísima alma…

18. ESTO ES SOLO UNA PRUEBA

Keith frunció el ceño y dio una calada a su cigarrillo y leyó estas palabras:

> Es un hecho histórico establecido que Boadicea jugó a una determinada forma de dardos. Guerrera consumada pese a ser mujer, se cree que afinaba su puntería jugando a los dardos. De poco le sirvió esto al final a la reina de los antiguos britanos, pues fue derrotada por los romanos, pereciendo por su propia mano en el año 61 de la era cristiana.

¡El año 61 de la era cristiana!, pensó Keith.

> Se han recuperado blancos primitivos procedentes de poblados antiguos. Se sabe con certeza qué forma de dardos practicó Boadicea. Probablemente no la 501, que es el que configura el juego moderno, sino alguna otra forma de dardos.

Pensativo, Keith retiró sus dardos de la bolsa púrpura. Luego, con la ayuda de la misma bolsa, se enjugó las lágrimas. Un cigarrillo después, se sentó con su cuaderno y su diario de dardos sobre su regazo y con un bolígrafo en la mano. La mano que sostenía el bolígrafo ondeó en el aire unos instantes como la mano de un dibujante. Luego escribió:

> No avusar de la bevida.

Un cigarrillo después, añadió:

> Lo malo de los dardos es que no son buenos cuando estás trompa.

Volvió a su sesión de prácticas, a su entrenamiento al pie del oché. Los dardos dieron en el blanco. Los retiró. Los volvió a lanzar. Los retiró. Los lanzó otra vez. Los retiró. Los lanzó nuevamente… Ocho cigarrillos después, se sentó y escribió:

Tener bien claro lo esencial. Apollarse en el pie delantero, y todo sale como la seda. En casa no hacne más que yorarle a uno. Esto impide a un campeón concentrarse completamente en sus dardos.

Los dardos fueron lanzados, retirados, vueltos a lanzar (dieron en el blanco), vueltos a retirar, y lanzados otra vez, y otra. Los seis cigarrillos estaban achicharrados, consumidos, hechos papilla sobre el suelo crujiente. Marcó el 26 cuatro veces seguidas. Una ola de autocompasión recorrió todo su cuerpo. Nadie que no fuera del gremio podía darse cuenta de lo trágicamente *duro* que era lanzar un dardo a 1,8 m de distancia con ojo clínico. Hizo una pausa, se sentó y escribió:

Sigo marcando el «26» jodido. Mañana me irá mejor. No katto catto capto el plan de Nick.

—Buenos días nos dé Dios, Keith.

El plan, pensó Keith. La tele no lo había preparado para nada semejante. Ni la estafa.

—Buenos días, eh…, Miss Six —dijo Keith. Vaya chorrada.

—Nicola, por favor… Ahora, toma asiento donde siempre; yo estaré contigo dentro de un minuto. ¿Café?

Básicamente, Michael, yo soy de esa clase de personas a las que gusta simplemente reunirse con sus amiguetes a empinar el codo en el bar. En la tasca. En el pub. Básicamente, yo solo bebo para relajarme. ¿Para relajarme? ¿Para *relajarme*?, pensó Keith, y se vio a sí mismo (la noche anterior, a las tres de la madrugada) de rodillas en el garaje con una botella de *porno* en cada mano. Keith estaba sentado de forma descuidada en el sofá (estaba completamente fuera de sí). Instruido previamente por Nicola para que no mirara a la cámara, él no hacía más que mirarla, a través de sus párpados inferiores: estaba allí en la pequeña librería, con los pilotos gemelos rojos resplandeciendo sin piedad. Keith se estremeció a causa de una tos o eructo o náusea contenidos, y luego encendió un cigarrillo. Aquí viene. Nicola llevaba un traje gris a rayas, de corte cuadrado, y unos zapatos negros sin tacones; el pelo se lo había recogido lejos de su cara levemente maquillada: el moño, rico y granado y gordiano. Aparenta su papel a la perfección, no hay duda (había incluso una manzana sobre la mesa). Como una auténtica maestra de escuela, vaya.

—¿Por qué no empezamos —sugirió ella— con la «Estrella brillante» de Keats?

—Sí, je, je.

—Página ochenta y seis. Cinco terrones, ¿no es eso, Keith?

86, pensó Keith, 18 triple, 16 doble. O, si prefieres también, diana y 18 doble. Dardos.

—Vamos a ver. —Nicola se instaló rígida junto a él. Zumbando en algún lugar justo detrás de su umbral sonoro, la cámara de vídeo se hallaba colocada detrás de Nicola, por encima de su hombro, cogiendo a Keith de perfil en el instante en que este la miró torvamente. No parecía exactamente una maestra de escuela. En aquel momento, Nicola cruzó las piernas, con el consiguiente movimiento hacia arriba de la falda, y estampó el trasero en el cojín. En la tele, más bien una madre superiora que va directamente al grano. O la típica fiel secretaria de la emotiva comedia romántica: se quita las gafas y es una picarona. La falda tenía abertura, o un pliegue, como un kilt.

—Keith, ¿por qué no nos introduces directamente?

—¿Por qué qué?

—Lee en voz alta. Utiliza el mío. Acércate un poco.

—¡Estrella —recitó Keith—, estrella brillante! —Se sobresaltó, al parecer cogido por sorpresa por los signos de admiración—. Si yo tu…, si yo tu cons…

—Si yo tu constancia.

—Si yo tu constancia tener pu…

—Tener pudiera.

—Tener pudiera. —Keith se restregó el entrecejo laborioso—. No en solitario, no en solitario esplendor. —Tosió: un ladrido único del perro que llevaba dentro—. Perdón. Suspendido señorial en la noche…, y contemplando, con, con párpados *eternos*, separados, cual…

—Parece como si leyeras una palabra cada vez. Como si la atraparas al vuelo con la lengua. ¿Cuándo aprendiste a leer?

La boca de Keith se abrió de par en par.

—Hace mucho —contestó.

—Prosigue.

—Eh, cual paciente e…, e insomne…

—Eremita. Ermitaño. Recluso. Y «paciente» tiene aquí un sentido de *devoto*, Keith.

—Conmovedor. Vaya, hombre. A su tarea…

—A su tarea sacerdotal de ablución pura alrededor de las orillas humanas de la tierra… —recitó Nicola; y, mientras seguía leyendo, abrió su falda hasta la cintura (y Keith vio la parte alta de sus medias, su atrayente carne morena, el triángulo blanco y sedoso)—:

> O mirar la nueva máscara de nieve
> que reposa lánguida sobre montes y páramos;
> no…, y, sin embargo, constante e invariable,

acolchonado sobre el pecho floreciente de mi dulce amor,
para sentir perennemente su suave palpitar,
despierto para siempre con una dulce inquietud,
para oír todavía su hálito enternecido,
y así vivir siempre…, o, si no, morir desvanecido.

»¿Qué te parece, Keith?

—¿Qué?

—Piensa a ver qué significa. Tómate el tiempo necesario.

Keith volvió a leer el poema. Dos gusanos de concentración se formaron en el centro de su frente. Las letras de la página parecían irrebatibles, tan abarrotadas de sutileza silenciosa como las impurezas de sus propios ojos. Keith entró en un sueño terrible de conexiones perdidas, desapariciones repentinas, vacíos horrendos. Se preguntó si había sufrido tanto alguna vez en su vida. Tres o cuatro minutos después, cuando creyó estar a punto de perder el conocimiento, Keith sintió que sus palabras pugnaban por salir a la superficie a respirar.

—Hay una estrella —empezó Keith—, la estrella esa.

—¿Sí?

—Y —concluyó Keith— él está con esa tía.

—Bueno, eso es más o menos el esqueleto. Pero ¿qué es lo que pretende decir el poeta?

Keith estuvo a punto de mandar todo a paseo allí y en aquel preciso momento. Pero Nicola volvió la página: los ojos de Keith se vieron regalados con una ficha en la que se habían escrito algunas cosas, con letra corpulenta, generosa, femenina.

—Bueno, puede que yo no sea una persona culta —leyó Keith, con menos dificultad ahora. Parecían palabras vacilantes, honestas. Sonaban bien—. Pero a mí me parece contrario al sentido común preguntarse qué es lo que el poeta «pretende decir». Un poema no es el código de algo fácilmente inteligible. El *poema* es precisamente lo que pretende decir.

—Bien dicho, Keith.

—El amante mira la estrella en cuanto imagen de…, de constancia. Lo que Keith…, lo que Keats expresa aquí es el anhelo de salir fuera del tiempo. De quedarse suspendido con su dulce amor. Pero yo creo que el eh… el movimiento del poema choca un poco con esta interpretación. La estrella aparece identificada con la pureza. Las aguas limpias. La nieve recién caída. Y, sin embargo, el amante tiene que ser atrevido. Tiene que bajar de los cielos y entrar en el tiempo.

—Ni más ni menos, Keith. El amante sabe que no puede hurtarse a la esfera humana, con todos sus éxtasis y riesgos. «Morir desvanecido»: para los románticos, Keith, la muerte y el orgasmo son equivalentes.

—Sí, claro, igualito.

—Los ocho primeros versos son realmente de una gran belleza, pero no puedo por menos de sentir que el sexteto es una sarta de bobadas. ¿Y qué vemos ahora? ¿Las *Odas*? Mejor no. ¿Por qué no repasamos «Lamia» de nuevo? Es una de tus favoritas, ¿no es cierto, Keith? —Nicola posó el libro en su regazo; siguió hablando y leyendo; pasaba las páginas con dedos largos, que luego deslizaba por sus muslos desnudos con negligente insinuación o caricia—. La amante de algún demonio, o el propio demonio… Reales son los sueños de los dioses… El colegio de Cupido… Fluido sutil… Jarabes misteriosos… Dios mío: cuánto derretirse y enrojecer y desfallecer y desvanecerse. Ese palacio, revestido de púrpura, del dulce pecar… —Aquí encontraron otra ficha, y ella le dirigió una mirada de aliento.

—Se diría que Keats —dijo Keith, más confiado—, pese a todas sus celebraciones de lo físico, se muestra algo remilgado y eh…, evasivo incluso en el recinto tranquilizador de su bosque encantado.

—Y algo atemorizado también. Su doncella es una serpiente disfrazada.

—Exactamente —improvisó Keith.

Durante un buen rato, Nicola estuvo hablando de la vida, de las *Cartas*, del abandono, de la muerte prematura. Keith empezó a disfrutar con sus importantes contribuciones, y su voz se tornó más profunda, más rica, con la facultad imaginada de hablar de repente así, de sentir así, de pensar así. Hasta cruzó los brazos en postura autoritaria y se rascó la sien con lo que quedaba de uña en su meñique derecho.

—El relato se termina en Roma, en 1820.

¡1820!, pensó Keith.

—Tenía veintiséis años de edad.

13 doble, pensó Keith. No demasiado bueno. Tienes tres dardos, mejor pruebas el 10, y el 8 doble.

—Hijo de un rudo mozo de cuadras, murió en la amarga oscuridad. «Aquí yace alguien cuyo nombre se escribió en el agua», fueron las palabras que quiso que grabaran en su tumba.

—Resulta trágico pensar —leyó Keith con voz ronca— que Keats nunca supiera que viviría en los corazones de sus numerosos admiradores. Admiradores de esferas tan distintas de la vida… Por ejemplo, Guy —prosiguió Keith con un espeso y repentino fruncimiento de cejas— posee evidentemente algo de este espíritu poético dentro de él. Y a mí me parece ideal. Pero también yo, a mi, a mi manera inculta, he visto mi vida enriquecida… —La ficha decía aquí simplemente: «Por John Keats.» Pero Keith sintió a esas alturas que era capaz de decir algo mejor que eso—. Enriquecida —abundó—

por el pequeño romántico…, valeroso y genial cuya…, cuya prematura…

—Por John Keats —sentenció Nicola. La falda se estiró, el libro se cerró de golpe, y, con él, el filón discursivo de Keith—. Creo que ya basta por hoy, ¿no lo crees tú también? Permíteme una cita final, Keith:

> ¿Quién de los vivos decir puede:
> «Tú no eres poeta, no puedes recitar tus sueños»?
> Pues todo hombre cuya alma no es un pedernal tendrá visiones, y podrá hablar, si ha amado
> y ha mamado bien de su lengua materna.

Creo, Keith, que hoy has vuelto a probar la verdad de estos versos.

Keith tomó un respiro y ansió volar y cantar. Pero todo fue silencio en su mente atropellada. Asintió con la cabeza discretamente y se limitó a decir:

—¡Sí, je, je!

Ella lo acompañó a la escalera. Luego volvió al cuarto de estar y atravesó el estrecho pasillo en dirección al dormitorio. Guy se hallaba sentado remilgadamente en la cama, con las anchas palmas de sus manos reposadas en su regazo. Nicola lo besó en la boca y, manteniéndolo a la distancia del brazo, le dijo:

—¿Estás satisfecho *ahora*?

Guy sonrió débilmente en dirección a la pantalla de televisión, que mostraba la parte trasera del sofá, la habitación vacía.

—Toda una revelación —dijo—. Perdóname. Me siento bastante ridículo y avergonzado. Ya te dije que no era necesario. Asombroso de verdad, tengo que decir. Difícil de creer. Su juicio. Su sentido crítico natural.

—Ya te dije que era muy despierto.

—Eres buena, Nicola.

¡Sí, je, je!, estuvo a punto de decir mientras se quitaba la chaqueta.

—Una hace lo que puede. —Con la cabeza ladeada, empezó a desabotonarse la blusa—. Una razón divertida para entrar en el dormitorio de una dama por primera vez. No creo estar aún preparada del todo para morir desvanecida. Pero en cuanto a tu pecho floreciente de dulce amor… Floreciente, desde luego. Sentir por siempre su blando palpitar. Uhh. Espero que tus manos sean amables y cálidas.

—Son cálidas escribanas, estas manos mías. Permíteme una observación. Me parece que has sido terriblemente cruel —dijo con voz atascada, y sonriendo— con nuestro pobre y viejo amigo Keats.

John Keith, pensó Keith mientras se alejaba en su coche. Orfebre de palabras de primer orden, y grande en productos farmacéuticos. Los libros: una manera de hacer dinero deprisa. Desayuno junto a la piscina. La esposa bien pertrechada. «Francamente, querida, tengo que dejar de escribir guiones para Hollywood y ponerme a escribir cosas serias.» Un despacho enorme forrado de cuero. ¡Carambola! Qué bárbaro. Lady Estrecha con la falda de maestra levantada hasta la cintura. No estaba mal. No. Al final, me ha gustado bastante. Que se entere Guy. Ese gilipichas de mucho cuidao. Keith se preguntó, entre paréntesis, si Keats habría jugado a alguna forma de dardos.

Salió a la calle principal. En ese preciso momento sintió una agitación marchita en la tripa, como el último aleteo de un pájaro malherido. Uy. La sintió también en su garganta y pulmones —desgaste, consunción—. Durante una de las varias retenciones, Keith cogió el Vodafone y llamó a Petronella. ¿Desconectada la línea? Difícil saberlo: ni siquiera podía oírse a sí mismo soltar tacos a causa del clamor ensordecedor producido por un remolcador cercano. Volvió a notar la fricción de cobre en el abdomen. Se le ocurrió que debería ir a ver a un médico. Aquello era la simpática satiromanía de antaño. Era como un ataque de pánico. Y aunque el espíritu estaba presto —con prontitud canina, desesperada—, la carne estaba inexplicablemente débil. Necesitaba muchísimo tiempo, cada vez. Se sentía dolorido e intranquilo: pensó, con una mueca de dolor, en los caracoles que había matado con sal cuando era niño.

¡Malditas dobles filas! Keith se puso en la cola, sacó el morro y fue avanzando hacia Ladbroke Grove; aparcó en doble fila en Oxford Gardens. Entró a grandes zancadas en CostCheck y saludó a Manjeet. Silbando, dejó atrás productos lácteos, artículos de aseo, vídeos: una balada emotiva, española, llamada «Los sentimentados». Se echó a un lado, pues estaba teniendo lugar una pelea entre un dependiente y un chico junto a la sección de bebidas alcohólicas, y saltó hacia atrás —según una verónica aprendida— cuando estalló una botella, temeroso por sus acampanados. En el almacén de abajo, Keith miró por la rendija de la puerta de madera. Trish Shirt yacía tendida en el suelo, con una pierna colgada del catre: exactamente la misma postura en que él la había dejado diez horas antes. Los dientes de Keith ensayaron un rechinamiento de censura conforme su saliva pasaba de los labios a la lengua. Necesitaría por lo menos media hora para hacerle recobrar un mínimo de conocimiento. Otra consideración: mucho antes ese mismo día, mientras le arrancaba sus voluminosas bragas, Keith se había acordado de su blanco del garaje, de la parte cercana al 20 triple, donde había un abultamiento debido al exceso de lanzamientos. Sin embargo, el blanco moderno, aunque conocido con

el nombre de blanco de cerda, no está hecho con pelo animal, sino de una materia vegetal; el sisal, obtenido de las hojas espinosas de la planta de agave, es importado de África, comprimido hasta adquirir la forma requerida, reforzado con madera aglomerada y acabado a base de pinturas y alambres. Este parecido había excitado a Keith durante un rato, pero no muy largo; pronto pensamientos de tanteos formidables —los cientos cuarenta, los irrebatibles máximos— dieron al traste con su concentración. Keith miró ahora su reloj. Volvió a subir la escalera, compró un paquete de seis cervezas Peculiar y subió al Cavalier para cubrir los dos kilómetros (noventa minutos) que le separaban de White City y de Analiese Furnish, sin humor para aguantar las sandeces de Basil.

Keith volvió a Windsor House poco después de las seis. Estaba en la cocina, tan agotado como el tráfico de Londres. Se habían ido al garete valiosísimas horas de práctica inestimable: tantísimos lanzamientos acertados, tantísimas recuperaciones… No podía echar la culpa a Basil: el hombre se había ausentado con bastante discreción, después de que Keith se lo llevara aparte para hablarle de hombre a hombre y le propinara un capirotazo en la oreja. Tampoco le podía echar la culpa a Analiese: ella había dado lo mejor de sí misma, y no se había quejado en ningún momento, y él había podido ver por sí mismo los torturados tendones de su mandíbula. No: un asesino camino de su casa, con las calles llenas de gente y todo Shepherds Bush acordonado de nuevo… Apareció Kath, sosteniendo a la niña como si esta fuera un escudo mágico que la protegiera contra él. Keith la miró inexpresivamente, miró su luz cansada. Mañana: las semifinales. Y un considerable dilema. Keith contemplaba la partida, o creía contemplarla, con titánica ecuanimidad. Lo que más le preocupaba era la elección de compañera invitada. En cualquier otra situación normal no habría habido problema: Debbee Kensit o Analiese Furnish, enseñando un escote en el que se pudiera aparcar una bicicleta. Pero aquel era un encuentro de alto nivel, prestigioso a más no poder. Trish Shirt estaba enterada. Y Nicky había dicho que quería asistir. Y la propia Kath había farfullado algo al respecto, por favor.

—¿Dónde está mi comida?

—¿Quieres venir a ver esto, Keith?

—¿Qué pasa?

—Es la tele.

Keith la empujó para abrirse paso y se quedó de piedra en el umbral del cuarto de estar.

—Es lo mismo en todos los canales.

Keith escrutó la pantalla con los labios temblorosos. Decía:

Esto es solo una prueba del Sistema de Radiodifusión de Emergencia. Si se hubiera tratado de una Emergencia real, esto le habría indicado el canal que tendría que seleccionar para conocer las Últimas Noticias. Pero esto es solamente una Prueba.

—¿Sabes una cosa? —dijo Keith a Kath—. Me has metido un miedo de la hostia en el cuerpo. Creí que se había estropeado la tele. —Meneó la cabeza en dirección a la pantalla—. Ya está bien otra vez. Mira. ¡Mira! Ya está bien otra vez. ¿Dónde está mi comida?

Mientras Keith contemplaba, con regusto, su chile mexicano y sus cuatro magdalenas de albaricoque, Kath dijo:

—He estado en la biblioteca. No hay periódicos.

Keith se sacó su diario del sobaco.

—¿Y esto qué es entonces? ¿Te has vuelto ciega o qué?

—Pero es que…

Keith miraba fijamente su taza de té vacía. Kath seguía allí, infantilmente tiesa, y luego pasó al cuarto de al lado para bajar a la niña. Volvió y alargó la mano por delante de él para coger el orinal envuelto en un trapo.

—Esto no es un periódico.

Los ojos de Keith la miraron hinchados, a modo de advertencia.

—Aquí no viene nada. Sobre la Crisis.

—Te den por culo —dijo Keith coloquialmente—. Siempre hay algo sobre eso. —Durante el último mes, Keith se había mantenido al tanto de la Crisis leyendo algunas veces el artículo de relleno que traía a veces su diario al pie de la página catorce. El pequeño titular variaba. YANQUIS: ¡& @ Φ *! o NIET ROJOS o ¡GRRSKI! O, una vez, con tipos inusualmente pequeños: PUNTO MUERTO ENTRE CABEZAS CON TOALLA. Keith pasó ahora a la página catorce con un floreo. Había un artículo del responsable de temas sobre adelgazamiento acerca de la salud de la mujer del presidente. Pero nada más.

—Bueno, pues entonces no puede estar sucediendo nada de particular.

—Tú crees que no.

Keith se quedó callado. Se había enfrascado en la lectura de un artículo sobre el famoso actor de cine Burton Else. Los que rodeaban a Burton rechazaban de plano el rumor de que era bisexual. Desde la muerte misteriosa de su joven esposa, Burton había dedicado todo su tiempo a intentar comunicarse con Liana, más allá de la tumba. A guisa de ilustración, venían dos fotografías, una de Burton y otra de Liana, ambos en topless.

—Dicen que van a…

Keith estrelló cuchillo y tenedor contra el tablero de la mesa y se puso de pie.

—Mira, haz el favor de meter las narices en tus propios asuntos, ¿vale? Es que es la leche: mañana por la noche tengo unas malditas semifinales y tú, que dices ser mi mujer, me das esta porquería. Siempre metiendo la nariz donde no te llaman. Tengo que trabajar. Vamos, Clive, viejo amigo. Es que es la *leche*.

La niña estaba despierta. Pero no lloraba. Tenía los ojos brillantes.

A las nueve en el Black Cross, Keith dejó sus dardos y dejó su bebida y salió a la parte posterior a llamar por teléfono. A Manjeet le costó lo indecible conseguir que Trish fuera al almacén.

—La han anulado —dijo Keith expeditivamente.

—¿Por qué?

—Dicen que no estoy en condiciones, vaya.

—¿Qué?

—En el banquillo por una herida en el dedo, vaya.

—¿Qué ha pasado? ¿Se te ha cerrado de piernas?

—Cierra tú el pico.

—Voy a ir de todos modos.

—Bueno, este es un país libre —dijo Keith, más o menos veraz por una vez.

—¿Te vas a pasar por aquí después?

Keith colgó sin decir tal vez. De vuelta en la barra, vio a Guy.

—Salud, Keith.

—Hola, viejo.

Keith sintió algo que no solía sentir a menudo: turbación. O digamos que la habría sentido —la turbación— de haber tenido tiempo. En realidad, Keith raramente se sentía turbado: un libro que se llamara *Keith y la turbación* estaba condenado a ser muy breve y a extinguirse después de dos o tres páginas… Levantó los ojos. Guy lo miraba con una expresión de aprecio compasivo.

—Obligaciones —dijo Keith—. Uno tiene compromisos. Obligaciones que le roban a uno el tiempo…

Guy asentía…

—La gran ocasión —dijo Keith, doblando su dedo lanzador—. Hay que afinar…

Guy seguía asintiendo con la cabeza. Parecía dispuesto a acceder a cualquier propuesta que viniera de Keith.

—La gran ocasión. Tengo que estar a la *altura*. ¿Vienes mañana por la noche? Por supuesto que vendrás. Oye, mira, ¿me podrías hacer un favor, colega?

—Claro que sí.

—Es que, verás…, yo no puedo. Llevar a Nicky.

—Claro que sí.

—A Nicola. Es que… yo no puedo.

Estuvieron un rato con los codos apoyados de espaldas a la barra, como iguales. Luego Keith dijo con aire ausente:

—Estoy hasta aquí de tías.

Se les unió John Dark, el poli vendido. John Dark, el madero corrupto. Keith pagó la ronda: le debía a Dark dinero por haber arreglado el asunto de Thelonius. Más chorradas. El nombre de Thelonius había aparecido en la computadora del ADN como por arte de magia. Pero lo mismo había ocurrido con el de Keith. Trabajo poco cuidado: saliva en las migajas de la empanada de cerdo. Keith estaba dispuesto a hacer muchas cosas por las empanadas de cerdo, Keith estaba dispuesto a hacer muchas cosas en nombre de las empanadas de cerdo; pero ir a la cárcel por ellas, reflexionó, excedía su sentido del deber. Los tres hombres pasaron media hora hablando de las dificultades que estaban encontrando los Rangers para mantenerse en lo alto de la tabla y traducir en goles su superioridad aérea. Luego la conversación se centró en el bajo índice de asistencia durante los primeros meses de la temporada. Dark dijo, con su permanente jovialidad:

—Le destroza a uno el corazón. Y podría ir a peor. Esta mañana, ¿qué es lo que veo en la pantalla? Planes de emergencia. Evacuación parcial del centro de Londres.

Keith miró hacia otra parte. Guy miró hacia abajo.

—¿Qué sería de los Rangers en ese caso, eh? —Dark se rió—. ¿Toda esa gente? ¿Desplazar a toda esa gente? *Deben de estar soñando*. Lo digo yo, joder.

Shakespeare asomó la cabeza por la puerta y gesticuló. Keith se excusó. Fuera, debajo de una farola, se hallaba Big Dread, acompañado de Truth. Todos se apiñaron cuando este desplegó un trozo de periódico y expuso su contenido a la luz.

—¿Es esto? —preguntó Keith.

—Esto es —dijo Truth.

—¿Es el adecuado?

—Del gimnasio —precisó Big Dread—. Anabolizante, vaya.

—¿No me engordará las tetas o algo parecido?

—Qué va —sentenció Truth—. Solo mejora tus lanzamientos.

—¿Cuánto cada uno?

Era, por supuesto, en su partida de dardos en lo que estaba pensando Keith. Pero tomó un esteroide allí mismo (reservando los otros dos para la mañana siguiente, a tenor de las instrucciones no

comprometidas de Truth), y se fue directamente a probarlo con Trish Shirt.

Justo antes de la doce de la mañana del día siguiente, Guy dejó a Lizzyboo en la cocina, donde se hallaba comiendo en silencio maíz de la mazorca, y se dispuso a subir la escalera en dirección al hall, saludando con la cabeza de vez en cuando a alguna niñera u *au pair* conocidas. En el segundo salón, se acercó a mirar sin avidez el whisky y el coñac dispuestos en su tántalo de cristal. En el cuarto contiguo, el salón principal, tan amplio y tan poco utilizado, intentó una pieza musical, una pieza relajada y que conocía bien (los Concerti Grossi), y decidió, unos minutos después, y para su gran asombro, que aquella música ya no le interesaba. En mitad de la escalera vio a otra niñera nueva, de piel oscura, exótica y serenamente desaliñada. Se había producido una tácita relajación en la norma sobre las niñeras guapas. Efectivamente, cuando el calor pegaba fuerte y el sol bajo llenaba las ventanas, el lugar poseía un aire de lujo y dudosa reputación: de languidez prebélica. Estas niñeras habían aparecido de repente en el mercado las dos o tres últimas semanas, y Hope las había cogido a todas. En unos días como estos, pensó Guy (pero nunca había habido días como estos), las chicas jóvenes sentían probablemente la urgencia atávica de meterse dentro de una casa grande, de una cueva grande.

Hope se hallaba en el dormitorio, en el tocador, cepillándose el cabello. Cada vez que se topaba con ella, Guy veía pasar rápidamente por su mente toda la película de su vida pasada, como si su matrimonio fuera una persona que se estuviera ahogando irremisiblemente. Consiguió consolarse un poco ante la vista de su indumentaria de tenis. Dink no había rondado por allí todo lo que le habría gustado a Guy.

—¿Con quién vas a jugar? —preguntó—. ¿Con Dink?

—No hay pista hasta las seis. ¿Qué le pasa a la gente? ¿Por qué no hace su trabajo?

—Nadie trabaja en este momento, ¿no te has dado cuenta? Los solares para la construcción y otros sitios así… ¿Está embarazada Lizzyboo?

Hope volvió la mirada hacia él: una cara ovalada e inteligente en la que se hallaban representadas por igual la indignación y la frialdad.

—Me lo pregunto simplemente. No ya por lo gorda que está, sino sobre todo por la manera como come. Con qué ansias. Está ahí abajo comiendo maíz de la mazorca. Se ha comido nueve en solo tres minutos. Me ha hecho pensar en una máquina de escribir eléctrica.

—Es simplemente su manera de capear el temporal. Comer no tiene nada de malo, ¿sabes? Tú podrías intentarlo también.

Guy estaba apoyado contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos. Miró a lo largo del corredor.

—¿Durmió algo anoche? Qué más da. Ahora está agitado —dijo Guy innecesariamente, pues se oía perfectamente el clamor infatigable de Marmaduke y la siempre sorprendente violencia de su cuna de balancín—. ¿No ha salido hoy? He pensado que le podría sacar a dar un paseo.

—Las muchachas lo van a sacar.

—Me gustaría. ¿Qué? Sí, me apetece hacerlo. —Esto era, por supuesto, una mentira grotesca. Pero Guy tenía necesidad de un teléfono. No para llamar a Nicola, a quien iba a ver aquella noche (la acompañaría a los dardos). No, para llamar a Richard, al despacho. Había hecho ya tres llamadas urgentes y largas a Richard aquella misma mañana y no quería volver a alarmar al personal de la casa. Este era otro de los frutos del engaño: las mentiras negras hacen que las blancas parezcan más oscuras. Las estrellas se van apagando en el firmamento.

—¿Crees que hay en la calle suficiente seguridad?

—Oh, no hay ningún problema.

Se enfrentó ahora con la tarea de equipar a Marmaduke para el mundo exterior…, de vestirlo enteramente, de cabo a rabo, mientras el crío se entregaba a su propia tarea de arrojarle cuanto se le ponía a mano. En el cuarto infantil, Guy quitó a Marmaduke el bragapañal y lo colocó a la desesperada sobre el orinal. ¿No le vas a hacer un regalito a papá?, le preguntó, de nuevo sin esperanza alguna. Veinte minutos después, vista la absoluta incapacidad por parte de Marmaduke de hacer un regalito a su papá, Guy peleó con él para ponerle bragapañal, calzoncillitos, camiseta, camisa, pantalones, calcetines, zapatos, jersey y, en la planta baja, anorak, guantes, pasamontañas, gorro y bufanda. En el momento preciso en que Guy se disponía a abrir la doble cerradura de la puerta de la calle, Marmaduke «se quedó supervacío», según la expresión familiar (fenómeno que solía marcar el final de los experimentos de Marmaduke en el estreñimiento semanal empalidecedor). En otras palabras, el niño se había cubierto de mierda. Cuando Guy le quitó la bufanda vio que incluso le asomaba por el cuello de la camisa. De nuevo en el cuarto infantil, Guy peleó para quitarle gorro, pasamontañas, guantes, anorak, jersey, zapatos, calcetines, pantalones, camisa, camiseta, calzoncillitos y bragapañal, hizo señal de alejarse a las voluntariosas pero aprensivas niñeras, regó a Marmaduke con manguera en el cuarto de baño principal, y peleó con él de nuevo para ponerle bragapañal, calzoncillitos, camiseta, camisa, pantalones, calcetines, zapatos, jersey, anorak, guantes, pasamontañas, gorro y bufanda. Durante estos forcejeos, el ancestral entusiasmo de

Marmaduke por herir a su padre —y, dentro de esto, su especialidad en herir los genitales de su padre— halló libre expresión solo dos veces. Un cabezazo suicida a los testículos y un golpe irrefrenado con un instrumento contundente (un lanzagranadas de juguete) al sensible glande. Los nuevos dolores reforzaron y resaltaron el resto de los dolores ya acumulados. Esta vez había llegado a abrir la puerta de la calle antes de que Marmaduke vomitara ruidosa y copiosamente.

Bueno, Guy tampoco pareció amilanarse ahora. Un rollo y medio de papel higiénico después, se encontró por fin en la calle junto con el niño humeante. Marmaduke se hallaba ahora tendido boca abajo en el suelo, enteramente fláccido al tacto. Guy se agachó y lo halagó para hacerle mimos y parpadeó a causa del sol bajo.

—¿Qué quiere mi niño que le compre?

—¡Nnnno! ¡Y mamma!

—Vamos, mi niño.

—Cogemme.

—Oh, bueno, de acuerdo.

Durante sus paseos, Marmaduke siempre insistía en ser llevado en brazos, pues ello le facilitaba considerablemente la tarea de golpear a su padre. Tomaron la dirección de Ladbroke Grove. Los elevados dedos del niño amasaban las facciones de Guy como si fueran de plastilina.

Prisioneros reales, pensó Guy: *ese* es su verdadero *estatus*. Los niños pequeños son prisioneros reales, internos imperiales, pequeños Napoleones, Hirohitos en miniatura. ¡Ay! Tengo que cortarle las uñas. Resistencia pasiva…, en fin, dentro de ciertas convenciones de lucha aceptable. Consumen todo el trabajo del carcelero. Socavan el esfuerzo bélico del enemigo. «En los ojos, no», exclamó. Cuando se caen por las escaleras, lo ves claramente en sus caras; van diciendo: es *tu* problema. Y en el momento preciso en que crees que tu querido hijito está por una vez tranquilo —«En los ojos, no»—, está dirigiéndose como una bala hacia la puerta para cometer algún acto de sigiloso sabotaje. O para marcar un último y heroico gol en propia puerta. Ay. Argh. En toda la nariz ahora. ¿Qué guerra es esta? ¿No somos nosotros sus amigos, los enemigos de sus enemigos? Por descontado, nunca puedes tratar a los prisioneros reales de manera cruel o ruda, porque son reales y deben tener un aspecto óptimo una vez terminadas las hostilidades… Antes de ser padre, Guy no había reparado en la cantidad de bebés y niños que había siempre por allí. Pero ahora —había llegado a Ladbroke Grove, con sus tiendas y pubs y paradas de autobús— Guy vio que los prisioneros reales estaban, naturalmente, en todas partes, como siempre han estado, en todos los tamaños (los apenados hijos únicos, los terribles dos, los amenazadores tres, los tremebundos cuatro), y todos haciendo lo que hacen siempre los

prisioneros reales.

La violencia superior sugerida por doquier por la carne y el mortero de la calle tuvo un efecto emoliente en Marmaduke, que estaba al acecho tal vez para hacerse con alguna receta interesante que poder utilizar en otra parte. Relegados a un segundo plano los cláxones de los coches y el arranque de motores, así como las ruedas en movimiento del comercio cotidiano, las preocupaciones banales y los permanentes golpes y puñetazos entrevistos a través de las fauces rectangulares de los pubs, les llegaban ahora las notas muertas de seis o siete alarmas antirrobo que sonaban exasperadamente. La estafeta de correos, cuyo piso solía estar mojado todo el año, era una pista de patinaje de borrachos y pordioseros y desheredados —y de masoquistas, pensó Guy, al ver cómo nadie hacía caso de la mujer de la esquina que golpeaba rítmicamente la cabeza contra el filo de la pared—. Guardó cola ante una cabina telefónica, o se arremolinó junto a una cabina telefónica, pues la idea de la cola, como la idea de utilizar el paso de cebra, como la idea de las-mujeres-y-los-niños-primero, como la idea de deje-el-aseo-como-le-gustaría-encontrarlo, habían perdido toda consistencia bastante antes del fin del mundo. Hasta el propio Marmaduke pareció intimidado ante tamaño remolino. Guy estaba pensando en probar suerte en el local de Conchita o de Hosni o incluso en el Black Cross cuando, de repente, quedó libre una cabina sin que nadie se interpusiera seriamente. Llamó a Richard, quien le confirmó cabalmente lo que ambos habían sospechado: todo el dinero americano se estaba retirando de la City.

Concluida la conversación, Guy permaneció de pie, con el auricular en una oreja mientras Marmaduke le roía aplicadamente la otra. Él nunca era presa del pánico; y tampoco lo fue en este momento; estaba bien dispuesto, como siempre, a lo que le parecía era inevitable. La retirada americana era, en cualquier caso, mucho menos importante que el efecto dominó que probablemente tendría lugar. Además, sus valores en cartera probablemente se mantenían firmes. Con todo, presintió una subida de precios universal. Guy cogió al crío, pero una legión de deseos y necesidades salieron de su ser a trompicones, básicos, baratos, ordinarios, eso que todos tenemos que tener. Se le ocurrió que era perfectamente libre de llamar a Nicola, y lo hizo. Amodorrada, ella le reveló que se hallaba tumbada en la cama, después de haberse dado un baño, y que no hacía más que pensar en él. Por alguna razón, Guy rió, y con gratitud o alivio infantiles. Sintió un nuevo dolor en alguna parte, pero no notó cómo sus pantalones se levantaban cinco centímetros por encima de sus zapatos.

Salió con el niño, y el sol estaba justo allí, al final de la calle, como una detonación nuclear. Y Guy sabía que el sol no debería hacer eso.

No, realmente el sol no debería hacer eso. El sol no debería llegarnos tan bajo, llenando ventanas y parabrisas con guirnaldas rosadas de polvo, inflamando el horizonte de aquella manera, lanzando rayos tan esquinados, formando aquel ángulo terrible, empeorándolo todo. No deseas más que perderlo de vista. Miras a una esquina, y no hay nada, la calle ha desaparecido: nada más que fuego y sangre. Y luego, los propios ojos se queman también, y ves el húmedo asfalto chisporroteando en su sartén. El sol convierte los barrios bajos en almenas de cristal. Pero el sol no debería hacer esto, realmente no debería hacer esto: estigmatizar nuestras mentes con esta idea, este secreto (quemadura especial, fuego especial), lanzarnos continuamente unas flechas tan bajas.

Al torcer para tomar Lansdowne Crescent, pasó por allí embalado un perro suelto, como si huyera de la escena de un crimen. Guy sentó a Marmaduke sobre el muro bajo de un jardín e intentó darle un beso. Inclinó la cara, con labios exploradores, en medio de una vehemente agitación de puños minúsculos. Acababa de verse en el futuro: se hallaba con Marmaduke, en el zoo de Regent's Park —un mundo zoológico de anulación, disolución, derechos de los divorciados, orfandad a medias—. En las cafeterías, en los cruces, se veía, aquí y allá, a otros padres divorciados, a otros niños separados. Pero las jaulas estaban vacías, a excepción de los regueros de humo y de los espíritus de los animales. Ya no había animales. No quedaban animales. Ni siquiera un perro.

Hace ya algún tiempo que creo en la posibilidad de que América se esté volviendo loca. A su manera particular, claro. ¿Y por qué no?

Los países se vuelven locos igual que se vuelven locas las personas; y por todo el mundo hay países reclinados en divanes o sentados en habitaciones oscurecidas mascando dihidrocodeína y Temazepam o sumergidos en baños hirvientes o retorcidos dentro de camisas de fuerza o, de pie, golpeándose la cabeza contra las paredes enguatadas. Algunos están locos desde siempre, mientras que otros se volvieron locos y luego mejoraron y luego enloquecieron de nuevo. América: América había tenido antes sus neurosis, como cuando trató de alejarse de la bebida, como cuando empezó a encontrar enemigos dentro de ella, como cuando creyó que podía gobernar al mundo; pero luego siempre había mejorado. Sin embargo ahora estaba enloquecida de nuevo, y esta era la condición necesaria.

En cierto modo, nunca fue como cualquier otro país. La mayoría de los países son solo algo, pero América también tenía que significar algo; de ahí su vulnerabilidad —a la falsa apariencia, a la falsa memoria, al falso destino—. Y, por último, parecía como si la lucha continua con la ilusión se hubiera terminado, y América hubiera perdido.

Estoy sentado junto a la cama en forma de hamaca de Lizzyboo, acariciando su mano y hablando de las recompensas de la vida retirada. Qué distinto esto de los arreglos para dormir y del ambiente general reinante a bordo del *Afrodita*, donde Marius chorrea sudor en el camarote de babor, escuchando los insomnios de anhelos reprimidos de Cornelia, que está tumbada en su litera de estribor…

Hubo un tiempo en el que yo me creía capaz de leer las calles de Londres. Me creía capaz de escudriñar sus rampas y pasajes, sus depósitos humeantes, y hallar algún sentido a las cosas. Pero ahora ya no me creo capaz. O bien he perdido la capacidad, o tal vez las calles se estén volviendo más difíciles de leer. O ambas cosas. No puedo leer libros, que se supone son fáciles, fáciles de leer. Nada de extraño, entonces, que no pueda leer las calles, que, como todos sabemos, son difíciles y duras —revestidas de metal, reforzadas con macizo hormigón armado—. Y cada vez más difíciles, más duras. Analfabetas ellas mismas, las calles son ilegibles. Sencillamente, ya no se dejan leer.

—Así que tú lo amabas —dije yo.

—Así que tú la amabas —dijo Nicola.

Yo tampoco contesté. ¿Qué ocurre? No nos cansamos de encerrar en el círculo a todos los demás, a cualquier persona que se nos pone a tiro, buscando a la otra persona, que está encerrando en círculos y esperando y —suponemos— buscándonos a nosotros. Luego, si te atreves, si te es posible, piensas simplemente: *no cabe la menor duda*.

Hace ya algún tiempo que parece que la vida onírica de América podría resultar demasiado fuerte y agitada. ¿Cómo es ese verso del *primer* Updike —en la inocente y amorosa Conejolandia—? América está más allá del poder: obra como si estuviera soñando, como si fuera un rostro de Dios. América creyó estar despierta, brillantemente despierta, pero en realidad estaba dormida, y soñando profundamente; y lo era todo por sí misma. Quería ser buena, ser mejor…, *especial*. Todos queremos eso. Cuando te vuelves loco, ¿qué ocurre? Que quieres ser bueno y justo: ¿puede lograrlo el amor? ¿Puede el amor lograrlo? Demasiado amor, y todo inadecuado. Amor no correspondido, amor de rabieta, que degenera en sentimientos heridos. Sentimientos rasgados y desgarrados. Inconsolable América, cruelmente aguijoneada, que respira profundamente y no sale a jugar. Matrimonialmente durmió y soñó y creyó estar despierta.

La situación es tal que nadie puede decir lo asustado que se siente. Hace cuatro meses, Missy Harter me susurraba al oído. Ahora habla como la revista *Time*.

La llamo a todas partes, y no ocurre nada.

Keith me preguntó si podía traer a Analiese Furnish al apartamento. Tras formular su petición, y notar parte de mi engorro, me dirigió la mirada típica del amante desdichado. En la versión de Keith, en el embrollo de Keith, el amante desdichado parece un viejo apostador cuyo corcel se ha caído a diez metros de la línea de meta. Solamente una vez, dije.

Notas:

Por supuesto, yo había admirado la foto del periódico, en que ella aparece con la pechuga al aire y que Keith lleva siempre consigo, y físicamente estaba a la altura, y a la medida. Todo considerado, ella me pareció (i) un poco menos guapa que en la fotografía, (ii) bastante más loca, (iii) unos cinco años más vieja, y (iv) unos veinte centímetros más baja que la imagen formada por mi máquina de escribir.

Yo me preparé para marcharme, pero ellos insistieron en que me quedara por allí. Largo silencio procedente del dormitorio. Luego, el sonido de lo que solo puede describirse como intensa dificultad

compartida. Después, una docena de vaqueros furiosos asaltan Santa Fe.

Posteriormente, durante el posludio, estuve un rato solo con ella en el cuarto de estar.

—Dime una cosa —le dije—. Por curiosidad. Cuando Keith va a visitarte, ¿adónde se va Basil?

—Va —contestó ella altivamente— al *parque*.

Un aire de no saber qué hacer y de falsedad. Un sombrero estúpido. Pasó revista a las fotos de las paredes como un historiador de arte a los cuadros de un museo. El pelo y los hombros parecían canturrear en exacta respuesta a mi mirada. Hasta sus gruesos tobillos, encogidos bajo el estampado de flores de su vestido, parecían saber cuándo los estaba mirando. Qué bárbaro: la expansión de la mente, la revolución de las comunicaciones. Todo puede sobrevivir, presumiblemente; pero Analiese no lo había conseguido. La mente no se expande. Sigue como está. Otras cosas la llenan.

En el libro, ella representaba algo. En persona, era redundante: una completa pérdida de tiempo. O no del todo. En persona te partía el corazón, como hacen todos los seres humanos. La observé, yo, un viejo fracasado en el arte y el amor. Tobillos gordos. Carne querida.

Y ahora, en el mismo parque, pero con un tiempo atmosférico diferente, ahí estoy yo al lado de Basil. Nada nos separa: solamente una cortina de lluvia. Nos podríais llamar hombres disecados, pero incluso el relleno nos han extraído. Nos aferramos al poco calor que nos queda, porque ninguna de las personas que amamos nos dará más calor. Basil, el violinista llorón. Y ni siquiera eso lo hace bien. Tú y yo, mi viejo amigo.

No consigue uno ver cómo va Marius a hacer algún progreso en el plano del tío macho. Cornelia no lo necesita. Él no deja de intentar protegerla y rescatarla y cosas así; pero ella nunca se ve en ningún aprieto. Por ejemplo, encuentran un perro salvaje junto a un chiringuito en una costa azotada por el viento. Marius se decide a hacer la machada y avanza para enfrentarse al animal. Este lo mira fijamente, bostezando y babeando de rabia. Vestida, como de costumbre, solo con una cartuchera, Cornelia aparta a Marius de un empujón (sus pechos magníficos están *palpitando*) y le salta al animal la tapa de los sesos. Ella me recuerda a alguien. Ya sé: a Burton Else.

Y, al igual que Burton Else, al igual que *cualquier* otra persona, Cornelia tiene su lado blando. A Marius le va decididamente mejor en el momento de la conversación junto al fuego, una vez que se ha retirado el viejo Kwango. Aquí, bajo los tamarindos, bajo las estrellas palpitantes, ella le habla de su amor por Bernardo, el malhadado piloto de carreras —su sonrisa intermitente, su copete lustroso—. He aquí una mujer que no se entregará fácilmente a un hombre. Pero

cuando llegue el momento, columbra Marius, lo hará *de verdad*.

Sin embargo, las arenas del tiempo se deslizan rápidamente: solo le quedan cincuenta páginas. Ánimo, Marius. El suspense me mata. La muerte me mata. Todo me hace daño, y creo que me voy a quedar ciego.

Mis ojos se han convertido en unos instrumentos realmente lamentables. En las películas de vampiros, cuando la vaquera o la camarera se acerca demasiado con su garganta blanca, y el conde se dice por qué no, y se inclina, y sus ojos…, eso es lo que parecen mis ojos. En parte es consecuencia de lo mucho que lloro. Lloro tanto que siento y comprendo la feminidad. Llorar forma parte de mi repertorio, forma parte de mi jornada, de mi vida. Me lamento y entono endechas. Gimo. Oh. Lizzyboohoohoo. A veces, cuando no sé qué hacer, sollozo un poquito y me siento luego mucho mejor. Gimoteo y lloriqueo. Lloro a lágrima viva. Y luego, vuelta a sonarme la nariz y a inundárseme los ojos, y a penetrar nuevamente en el gas lacrimógeno de las calles ilegibles. Las curvas cerradas y los coches horribles.

Durante mucho tiempo se ha venido cronometrando mal. Mal cronometraje una vez, mal cronometraje otra vez, y otra y otra… El milenio que se aproxima tan rápida, tan inexorablemente, es producto del mal cronometraje. En el año 999, en el año 1499, en el año 1899 (y en todos los años intermedios: el milenio es un milenio permanente), no importaba realmente lo que sentía la gente ni lo que la gente tenía ganas de decir. Sencillamente, no iba a llegar el fin del mundo. Nadie tenía las herramientas necesarias. El fin del mundo se quedaba aparcado allí donde estaba. A no ser… Todos hemos tenido esa divertida experiencia, después de echar un chorrillo: tiramos de la cadena y vemos la taza rezumante de espumarajos. Se fue. Y ahora está volviendo otra vez. El ser humano está de puntillas, con la cabeza aplastada contra el cuello, solo con fosas nasales, labios que hacen pucheros y un pedazo de frente atirantada visible por encima del oleaje ascendente. Hicieron bien en poner las informaciones meteorológicas por la noche, ya tarde, después de que se supone que los niños se han ido a la cama. Informaciones meteorológicas con calificación X, y los hombres del tiempo como empresarios de pompas fúnebres asustados. Imaginen el planeta como un rostro humano: un rostro de *hombre*, porque lo hicieron los hombres. ¿Lo podéis ver a través del humo y las burbujas de calor? Su cuero cabelludo está lleno de pringue, forúnculos, calvas y cicatrices de quirófano. El pelo que queda está plagado de canas. Debajo, la cara está diciendo: sé que no debería haber probado esa sustancia. Sé que no debería haber trasteado con esa sustancia. Me gustaría cambiar, solucionar la

situación; pero creo que me marché demasiado tarde. Tengo la espantosa sensación de que lo mío es una cosa de la que es imposible recuperarse. Fíjense en lo que han hecho conmigo. Fíjense en lo que han *hecho* conmigo…

En una siniestra inversión, me veo ahora convertido en el entrenador de Keith. Él ya no me entrena. Soy yo quien lo entrena a él. Es fácil.

Yo no puedo ayudarle en el aspecto técnico (no existe), ni puedo ayudarle en el aspecto táctico (no existe); pero sí puedo ayudarle en el aspecto psicológico, el cual es al parecer muy abundante. Todo depende del salvajismo de tu deseo por hacer que el dardo vaya a parar a donde tú lo has lanzado. Después, extrañamente, el dinero sigue cambiando de manos, siempre en la misma dirección. Keith mira a otra parte cuando recibe los billetes que le entrego.

Así pues, anoche yo estaba allí diciéndole cosas como «Sé preciso, Keith» o «Mantente bien atento» y a veces también, por supuesto (el espaldarazo supremo), «Dardos, Keith». De cuando en cuando entramos en cuestiones recónditas acerca de la memoria muscular y del destino del astil, etcétera, etcétera; pero la mayor parte del tiempo no hago más que repetir «Sé preciso, Keith», «Sé preciso, Keith». ¿Qué clase de consejo es este? ¿Qué trabajo me cuesta dárselo? Hago un esfuerzo y se lo digo a través del dolor. Con el dolor me encuentro como en casa, ahora; pero no con el esfuerzo. Es el esfuerzo lo que me resulta tan nuevo, tan sin precedentes…, y tan fatigoso, como todos los esfuerzos. El esfuerzo está lleno de esfuerzo y de toda esa sustancia fatigosa. Hay una etiqueta. De las otras cosas sangra luz.

Anoche, hacia las once, le sucedió a Keith una cosa que nunca debería suceder a un *estafador*, se quedó sin tabaco. Atónito, buscó en el garaje sus cartones de reserva, y no encontró ni un solo paquete. Buena muestra del tiempo que hace que tiene descuidada su actividad estafadora.

Cuando salió a comprar unos paquetes, en el Offie, donde tienen todo lo que necesita una familia moderna: bebidas, vídeos, pizza (precocinada), me dispuse a echar un vistazo a su cuaderno de notas, a su diario de dardos. Y, entre las pequeñas homilías sobre la tercera flecha antojadiza, las ridículas fantasías de repentino enriquecimiento y los párrafos trabajosamente transcritos sobre la posibilidad de que Aníbal jugara a alguna forma de dardos, me encontré con lo siguiente:

Tengo que dejar de pegar a K. No está bien deskitarse con la cría.

Que se largue. Lárgate, Keith. Dios mío, ¿cuánto tiempo falta para llegar al final? Que se largue.

Basta. Fin. *Se acabó.*

19. EL ASEO DE CABALLEROS

¡Seminoche!

La semifinal a cinco mangas del Duoshare Sparrow Masters fue para Keith Talent como jugar en casa. De ninguna de las maneras iba él, por otra parte, a jugar en el Black Cross una partida de aquella categoría. La cita de aquella noche tenía lugar en un pub mucho más prestigioso: el Marquis of Edenderry, de Acton. Era este el pub por el que Keith se había presentado siempre —la jarra rebosante de espuma, la bolsa de dardos púrpura, el remate perfecto—. De ninguna de las maneras iba Keith a jugar por el Black Cross, cuya tropa borrachina de estilistas cosmopolitas nunca se había acercado a la superliga, nunca —que se supiera— había ganado una competición de dardos. Vuestro lanzador superpreparado siempre mirará a otra parte a la hora de la verdad. Keith no podía por menos de gravitar en aquel local mejor equipado para la práctica dardística, un pub donde se respiraba auténtica afición a este deporte. El Marquis of Edenderry: sus reservados de terciopelo rojo burdel y sus arañas tintineantes; el barman con tirantes, camisa de rayas y patillas largas; las camareras con sus atavíos de lechera, sus escotes generosos y un sólido conocimiento de los promedios y demás intríngulis de los dardos. Magníficas facilidades: ocho blancos alineados y, en las grandes ocasiones, el oché elevado con dianas simuladas y marcador digital. Kath lo ayudó a vestirse: cubanos abrillantados, pantalones acampanados, camisa negra de manga corta para mayor comodidad en el lanzamiento, en la que se leía admonitoriamente KEITH TALENT — EL REMATADOR. Sin olvidar, por supuesto, la capa de lanzador con alas de murciélago… En las sombras húmedas del Black Cross, Keith podía a veces parecer una figura taciturna y remota; pero pónganlo en un local con clase como el Marquis of Edenderry y…, bueno, el chico ganaba mucho. Keith adoraba el Marquis of Edenderry y, con lágrimas en los ojos, golpeaba a todo el que hablara despectivamente del lugar.

—Sí, es este —dijo Guy. Esbozó una sonrisa de aliento—. ¿Estás bien? —preguntó.

Nicola le devolvió la sonrisa sin abrir la boca.

—Creo que sí. —Le cogió una mano—. Es que no estoy muy ducha

en materia de pubs —dijo Nicola, quien, la verdad, había preferido siempre los bares caros y los clubs clandestinos y violentos.

—Nos conocimos en un pub.

—Bueno, pues entonces… no pueden ser tan malos.

Guy se apeó y corrió a abrirle la puerta. Apareció una mano. Él la ayudó a introducirse en la noche.

—Tienes un aspecto espléndido —dijo él, aumentando paulatinamente el volumen de su voz—. Me pregunto si no deberíamos dejar tu abrigo de pieles en el coche.

Nicola tenía aspecto de un millón de dólares. O de un millón de libras, para el caso. Por encima de la americana con cuello de pico y de la falda con raja detrás de un traje de terciopelo negro llevaba echado un abrigo de visón claro («es falso», le había mentido); escarpines, medias trasparentes, diamantes en las orejas y en el cuello, al final de una fina cadena de oro, y reloj de oro, y broche de oro en el bolso de cuero negro.

—Quiero decir —dijo Guy—, no van a saber que no es auténtico. —Cuando, tal y como habían planeado, ella bajó directamente a la puerta de la calle en respuesta a su llamada al timbre, Guy se sintió muy alarmado (y, por supuesto, muy impresionado) ante la franca opulencia de su vestido. Con qué tesón, y con qué inteligente tino, había procurado parecer sofisticada… Y eso que solo iban a un pub a asistir a una partida de dardos y a animar a Keith, quien sin duda le había dicho que el local era grandioso.

—¿Quién no lo va a saber?

—La gente del pub.

—¿Van a intentar robármelo, quieres decir? Pero tú me protegerás. De todos modos, nadie se va a atrever.

Guy sonrió débilmente. Lo que él había querido decir en realidad era que el visón podía despertar suspicacias en el Marquis of Edenderry. Pero, lógicamente, esto se lo guardó para sí.

Entraron en el pub y en su ruidoso universo de deseos primitivos, deseos confesados y ardientemente perseguidos y habitualmente satisfechos. Los temores diurnos se habían dejado en segundo plano en favor de la noche: esta era la idea. Entre los anhelos se contaban bienes y comodidades, sexo y peleas, dinero y más tele, y sobre todo, en fatídica sinergia, bebidas y dardos. El tablero de una mesa transportada asestó a Guy un golpe temprano e inoportuno, inundando su visión de una congoja ya familiar; así que se limitó a abrirse paso detrás de ella, de Nicola, ante quien la alta presión parecía abrirse hasta las puntas de los pelos de su abrigo. El infierno será ruidoso y estará abarrotado, pensó Guy. El infierno será un lugar de *trajín*. Entonces llegaron a la parte central del Marquis of

Edenderry, donde había aire, y espacio —y mesas y sillas—. El pub era sencillamente demasiado grande para dejarse apabullar por simples seres humanos. Tomaron asiento, e inmediatamente fueron atendidos por un camarero uniformado, cuyo porte erguido e impaciente declaraba que aquella noche reinaría la más alta eficiencia, con un volumen de negocio igualmente alto, pues la dirección daba por descontadas unas ganancias épicas. Había por allí también barrenderos alertas provistos de escobas y badiles listos para retirar y sustituir al punto los ceniceros volcados y los vasos rotos. Y cuando estalló una pelea cerca de allí —sorprendentemente vigorosa y sanguinaria para lo temprano de la hora—, dos gorilas de cierta edad acudieron con paso seguro al lugar de los hechos y derribaron al probable vencedor de unos cuantos puñetazos tajantes en la nariz; y luego le dieron varios pisotones ejemplares mientras lanzaban una mirada torva en derredor. Guy vaciló y se disculpó dos veces ante el camarero antes de decidirse por una cerveza, después de que Nicola pidiera, con aire de considerable timidez, un coñac francés, que era lo que había estado bebiendo durante toda la tarde. El camarero se irguió poniéndose más tieso de lo que ya estaba y se alejó. Guy se sintió complacido, o en cualquier caso pareció complacido, al ver algunas de las caras conocidas del Black Cross: miraban ahora a Nicola con una admiración que se expresaba mediante fruncimientos de dolor, de enorme decepción. Las calumnias sexuales, las mentiras contadas en el Black Cross, sintió Guy, seguían activas de alguna manera allí, en el Marquis of Edenderry; pero no podían tocarla realmente. Guy miró a Nicola, seria e inviolada, envuelta en sus felices trapos. No sabía él que su mente trabajaba como el silicio con cálculos increíbles, como la trayectoria de un último dardo que biseccionara el ángulo de su erección: arcos, tangentes, dianas.

—Espero que gane Keith.

—Oh, ganará —decidió ella. Guy sonrió con la cabeza ladeada, como poniendo en tela de juicio su certidumbre. Ella le podría haber contestado de manera contundente que lo sentía en las tetas; lo siento aquí, en las tetas, ni más ni menos. Pero, por supuesto, esto se lo guardó para sí.

A las 19.45 exactas, Keith Talent, de North Kensington, abrió de un empujón la puerta doble del Marquis of Edenderry y permaneció unos instantes allí plantado quitándose los guantes de conducir mientras todas las cabezas se volvían. Tú, tranquilo y relajado. Levantó la barbilla y supervisó sus responsabilidades inmediatas. Se oyeron algunos gritos procedentes del fondo. Apoyo incondicional. No preguntes por tu adversario. Juegas con el blanco, no con el hombre. Mike Frame, el propietario. Y Terry Linex; y Keith Carburton, de Perfumes Raros: un bello gesto. Se lo agradezco. En aquel momento,

Mike Frame se adelantó y posó una mano grave en el hombro de Keith, empujándolo hacia el espacio más despejado del local. Dos hombres trajeados, patrocinadores del Duoshare. Y Tony de Taunton, de DTV. DTV. La tele. Con gran formalidad, se le ofreció a Keith una selección de vinos selectos, una gama de licores. Ni hablar. Lager. La cerveza lager de barril. *De barril*.

—Creo saber, Keith, que sueles ser el tercer lanzador del pub.

—El tercer rifle. Es cierto, Tony. —Keith explicó que los dos primeros jugadores de dardos del pub, Duane Kensal y Alex O'Boye, no estaban disponibles en el momento de iniciarse el Duoshare de este año. Con aire ausente, agregó que nunca se podían prever estas cosas, sobre todo cuando intervenían cuestiones de libertad provisional y de detención preventiva—. Sí, esta noche voy de perdedor. Pocas probabilidades. Me va de perlas.

—En fin, buena suerte.

—Gracias, Tony. Salud, ¡je je!

Las 19.50, y la puerta doble se abrió de nuevo de par en par, significativamente: el barullo disminuyó, y se oyó dentro un sonido de patio de colegio: guaus, risas destempladas. Keith se volvió. No demasiado deprisa. Y encaró la puerta de entrada con una sonrisita sarcástica preparada. Cuatro japoneses. ¡Anda *este*! ¡Paul Go! ¡Lo vi en el Artesian! ¡Maníaco perdido del maldito veinte triple! ¡Dos veces diez dardos en media hora! ¡Se libró de la quema con un máximo! ¡Nunca sonríe! ¡Remató con el 170…! No preguntes nunca por tu adversario. Keith bebió su lager. Así que Paul Go batió a Teddy Zipper… El oriental de tiro rápido tenía lo que se necesitaba para intimidar a un camionero del sur de Londres. Keith aparcó su risita sarcástica en la barra mientras la turba compacta se abría para incluir a su adversario. Luego se dio media vuelta, observó durante unos instantes la insondable ferocidad de la mirada sin párpados de Paul Go, le dijo adiós con la cabeza, se pasó la lengua por el carrillo derecho y, con parsimonia, puso rumbo hacia el humo y el ruido, las oleadas de amor del pub.

—Viene hacia aquí —dijo Guy—. Creo que viene hacia aquí. Realmente parece… dispuesto a cualquier cosa.

—¿Verdad? —dijo Nicola—. Me encanta su atuendo de pastinaca.

—Me parece que vamos a necesitar más sillas. Si se une a nosotros vamos a necesitar más sillas.

Aún a cierta distancia, Keith decidió someterse a la efusión de sus amigos e hinchas. Estrechamanos y besamanos, entre guiños violentos y guiñolescos: la gran cabeza seca se meneaba en señal de reconocimiento y agradecimiento. Desechaba alegremente las bebidas de manos oferentes y arrojaba cigarrillos por encima del hombro, a

imagen de Enrique VIII con sus muslos de pollo. La estela de Keith rebosaba de rostros sonrientes.

—Parece el flautista de Hamelín —dijo Nicola.

—Parece… —dijo Guy, con indecisión, pero tan transportado que al final le salió; no podía imaginar volver a sentirse superior a Keith en el futuro: el principio del macho, tan positivamente afirmado… Marmaduke.

Por fin se estaba aproximando a la mesa de ellos, primero a reculones, y luego agitando los brazos como aspas de molino —en dirección a Curtly, Dean, Fucker, los Zbigs Uno y Dos, Bogdan, Piotr, Norvis, Shakespeare.

—Que tengas mucha suerte, Keith —gritó Guy, con la jarra alzada, pero demasiado pronto, pues Keith seguía con el cuello alargado para cumplimentar vítores y muestras de apoyo.

—Que tengas mucha suerte, Keith.

—Sí, que tengas mucha suerte —dijo Nicola.

Keith miraba ahora más allá, batiendo las manos en ademán autoritario.

—Creo que vamos a necesitar más sillas —dijo Guy.

—Muy bien —dijo Keith, sorbiéndose rápidamente los mocos—. Guy, Nick: aquí Debbee. ¿Debbee? Esta es Analiese. ¿Analiese? Petronella. ¿Petronella? Di hola a Iqbala. ¿Iqbala? te presento a…, a…, a…

—¡Keith!

—Perdona, querida…

—¡Sutra! —exclamó Sutra.

—Sutra —dijo Keith, que no veía a Sutra desde hacía mucho tiempo.

—Creo que vamos a necesitar más sillas.

—Muy bien. ¿Qué va a ser? Un vaso de leche para ti, ¿no es eso, Debs?

—¡Keith!

—La madre que me trajo —dijo Keith, cerrando los ojos con la mayor repugnancia—. Ahora sí que la hemos cagado. Fijaos en esa piltrafa, en esa alimaña que acaba de salir de debajo de una piedra…

Guy y Nicola se volvieron a la vez y levantaron la vista: detrás de ellos se hallaba una rubia marchita, o el espectro de una rubia. Esta miraba a Keith con los ojos de torpe anhelo.

—Voy a por otra silla.

—¿Guy? No muevas un dedo. Está como una cuba, ¿no lo ves? —dijo Keith, avanzando por encima de la cabeza de Guy—. Tú, quítate de ahí, coño.

—No, eh…, creo que definitivamente voy a por otra silla.

Guy se alejaba cada vez más para conseguir más sillas; cuando volvió, tras arrancar otra de las empalizadas circundantes de ruido y ansiedad, halló a Keith de un humor más suave, agitando hospitalariamente una mano en el aire.

—Muy propio de Trish —dijo Keith mientras Trish se sentaba despacio—. Una jarra de vodka, ¿no? Un cubo de líquido mefítico. —Y empezó a pedir bebidas, sin descuidar en ningún momento ni en modo alguno el alud de guiños, pucheros, pulgares erectos y anillos triples de ogro con que premiaba las esperanzas y calmaba los temores de los innumerables seguidores y discípulos y demás adictos a Keith que habían llenado el local hasta los topes, se diría, lo mismo que habrían llenado su propio piso. Una partida casera: Keith estaba jugando en casa.

—Cojones. Pronto tendremos a *Kath* aquí, entre nosotros. A You Nefner[19] me parezco yo aquí. Yo nunca… nunca he ocultado mi admiración por… por los encantos femeninos. Fijaos en esta —puntualizó Keith, volviéndose a Debbee con el viento caliente de su mirada—. Miss Debbee Kensit. Hoy cumple dieciséis. Ponte de pie, chata.

Debbee se levantó. Camiseta calada negra con viva floración de pechos; holgadas bragas blancas asomando —último grito— por los ajustados shorts negros, luego las dos bandas de carne fresca hasta llegar al espeso entubado rosa de sus calentadores. La cara redonda de Debbee era agradable, más que agradable, hasta que sonreía plenamente. La sonrisa hacía mucho, por Debbee: le hacía cosas como dividirle por dos el cociente intelectual. Y te transportaba, si te dejabas llevar, a un mundo de encías y hueso, de consternación, y de negocios infantiles relacionados con el amor y el dolor (aunque solo Keith conocía el tacto de aquellos billetes de diez libras que dejaba temblando encima del aparador o de la chimenea). Guy, que creyó sentirse reconfortado ante la palpitante exposición de los compromisos de Keith, siempre había opinado que debía esperar a los treinta y cinco o cuarenta años para tener la cara que uno merecía. Debbee mostraba que se podía tener esa cara al cumplir los dieciséis años. Pero la palabra *merecida* no pegaba allí; no en absoluto.

—Dieciséis nada más —seguía diciendo Keith—. Pura como la nieve recién caída. Una virgen, vaya, que se reserva para el hombre de sus sueños. Yo en mi vida le he puesto un dedo encima. No os preocupéis. Porque ella es especial. Especial. Especial para mí.

—¿Cómo está tu dedo, Keith? —intervino Trish—. ¿Cómo está tu pobre *dedo*?

—No espero que una vieja puta como tú pueda apreciar algo así. ¡Eh! Un momento, chicas —exclamó con expresión sacerdotal—. Un

momento, queridas damas. —Por todos los rincones del Marquis of Edenderry los altavoces se aclaraban la garganta—. Portaros bien, ¿vale? No lo hagáis por mí. No os pido que lo hagáis por mí. Hacedlo por los dardos, ¿de acuerdo? Hacedlo por los dardos.

Aparte de sentir que podría desmayarse en cualquier instante a causa del poco caso, o incluso morir y evitarles a todos la molestia, Nicola consideró que estaba en el lugar adecuado por el momento, y bien preparada, como una atleta o una artista, para una eventual audacia en la obra. Estaba arrellanada en su silla y en su abrigo, con los hombros combativamente plegados, las piernas cruzadas, y un zapato meciéndose pacientemente. Si repasaba una a una todas las caras —Debbee, Analiese, Sutra, Petronella, Iqbala, Trish—, no sentía ni un atisbo de celos; con todo, la rivalidad siempre la había excitado. Tan solo Petronella, había concluido de pasada, le habría opuesto alguna resistencia en una pelea. Petronella era alta y delgada, pero poderosamente equilibrada en los muslos, y, lo que era más crucial, podía ser inmensa y sorprendentemente guarra, por no decir nuclear, desde el primer momento. Nicola siempre se había sentido a la vez gratificada y alarmada por lo bien parada que salía en sus peleas con mujeres, en las raras ocasiones en que se había dado el caso. Le gustaban las mujeres, y ella gustaba a las mujeres, a pesar de todo. En el pasado, había tenido muchas amigas íntimas, y una sola novia. Pero, a la postre, no había nada que ella pudiera hacer a las mujeres (ni había tampoco nada que estas pudieran hacerle a ella). Lo único, arañarlas y morderlas, marcar y deformar sus partes blandas, en caso de verse en dicha tesitura; y a Nicola se le daba bien pelear con las mujeres. Había aprendido en una liga mucho más dura: la liga con/contra los hombres… Era Keith quien la preocupaba. Keith, decidió, no se hallaba en su mejor momento. No le preocupaba en absoluto su parloteo, su presencia sórdida, su antigalantería. Lo que le pasaba a Keith aquella noche en el Marquis of Edenderry, como en otras partes y en otras ocasiones, era que carecía simplemente de forma. Había reunido mujeres junto a él, o en su contra, para construir una isla antiterror para una noche de terror. Pero no había funcionado. Estaba aterrorizado. Nicola veía que estaba aterrorizado, parecía lastimosamente frágil, y los retortijones de su estómago se reflejaban en las constantes muecas de su cara. Así pues, Nicola estaba ahora buscando una estratagema (convencida de que tenía que haber alguna) que lo sacara a flote, algo que proporcionara ánimos a Keith y diera forma a su caos. No estaba dispuesta a que él le aguara su realidad. Sin embargo, todavía no le apetecía hablar, y se alegró al ver que Guy servía para algo cuando preguntó, con expresión de interés:

—Keith, ¿con quién te enfrentas esta noche?

—Nunca preguntes por tu adversario. Juegas con un blanco, no

con un hombre. Es un asunto entre tú y los dardos… Paul Go.

—¿Es japonés?

—Yo respeto al hombre contra el que juego.

—Son gente muy decidida.

—Unos usureros de mierda —dijo Keith, ensayando, por una vez, la calumnia racista. No se le ocurría en aquel momento nada peor sobre ellos, al no haber, por ejemplo, oído hablar prácticamente de la Segunda Guerra Mundial. El padre de Keith, que sí había oído hablar de la Segunda Guerra Mundial y que había desertado con éxito de la misma, podría haberles preguntado si conocían las cosas terribles que hicieron entonces a algunos de nuestros chicos; pero Keith se limitó a unos cuantos exabruptos medianamente recordados de los artículos de relleno de su diario.

—Tienen un yen muy fuerte, los tíos. El japonés de turno se va a llenar los bolsillos.

—Sí, bueno, también hay quienes les critican.

—Como por ejemplo yo, tronco. Ah, que sí. Los he oído bien. Ellos dudan de mi fuerza. Ponen en tela de juicio mi temperamento, y todo eso. Yo no soy más que un tipo con mucha potra, según algunos. —Se oyó el regurgitamiento y el chisporroteo de otro anuncio, y de nuevo la cara de Keith vaciló de inquietud—. Pero ahora veréis como el platillo de la balanza cae de mi lado. Allá voy a taparles la boca a estos imbéciles de una vez por todas.

Pero Keith siguió donde estaba, mientras pasaba el tiempo, y pese a la guiñada general que dio el pub hacia la arena. Las mujeres lo miraron como suelen mirar cuando salen por ahí con sus hombres: desde el silencio más o menos rancio. Trish ya se había levantado, y se había esfumado en algún rincón del pub.

—Mejor voy ya a los vestuarios —dijo Keith—. A recomponer mis pensamientos. —Se propinó un puñetazo en el pecho y a continuación, se puso de pie titubeando. ¿Un ataque al corazón? No: Keith se había palpado la bolsa de los dardos. La extrajo bruscamente—. No es un vestuario propiamente dicho —prosiguió con una sonrisa tímida—. El aseo de caballeros. Echan a todo el mundo fuera. Para permitir a los dos contendientes… recomponer sus pensamientos. Así que, mis queridas damas, ¡deseadme buena suerte!

Las damas le desearon buena suerte, a excepción de Nicola, que se excusó y desapareció en busca del aseo de señoras.

¿Adónde va una dama, en un pub hormigueante, si quiere encontrar a un caballero y gozar de un poco de intimidad? Nicola sabía la respuesta. No al aseo de señoras: imposible meter ahí a un caballero. A las señoras no les gustaría. No al aseo de señoras. Al aseo de caballeros, al de caballeros, pues los caballeros son mucho más

tolerantes y cachondos a este respecto. Nadie se espera encontrar a una señora en el aseo de caballeros. Solo hay caballeros. Pero aquella no era una señora, no era una lady. A no ser que fuera…, a no ser que fuera Lady Estrecha y Retorcida…

Al principio, Nicola anduvo merodeando junto a la entrada, frente a las máquinas. ¿Qué suministrarían ahora? No solo cigarrillos y condones, no, también trenzas postizas, remedios para la próstata y marcapasos. Tras un último grito desesperado a través de la rendija de la puerta, el hombre de la camisa con volantes desalojó los aseos —y Nicola hizo su entrada en el mundo de la blanca testosterona.

Y lo hizo con propiedad. El joven grandote que acababa de abandonar apresuradamente el urinario la miró y vaciló en su camino de salida, decidiendo por último que era mejor lavarse las manos. Ella encendió un cigarrillo con estudiada calma y levantó la barbilla para la primera inhalación. Había tres hombres en aquel cuarto de hombres: Keith, que miró desde el lavabo donde se había mojado la cara y frunció el ceño cuando captó su mirada en el espejo; un lechero ojeroso encorvado sobre la taza blanca del urinario, con la frente pegada a los azulejos, llorando y gimoteando de dolor mientras mingitaba; y Paul Go. Fue hacia él hacia donde ella dirigió sus pasos, hacia Paul Go, que estaba probando sus dardos inexpresivamente, alineando plumas, cañones, astiles, puntas. Se le acercó tanto que, al final, él no tuvo más remedio que levantar la vista.

—¿Hablas inglés?

Él asintió rápidamente con la cabeza.

—¿Y de qué país eres? De Japón, sí, pero… ¿Honshu, Kiushu, Shikoku?

—Honshu.

—¿Tokio, Kioto, Nagoya, Yokohama, Nagasaki?

—Utsonomiya.

—¿Qué?

—Utsonomiya.

—Llevas bastante tiempo con nosotros, ¿verdad, Paul? Dime una cosa. Sabes a qué me refiero si digo Enola Gay, ¿verdad?

Él asintió rápidamente con la cabeza.

Ella se quedó un rato mirando la pelusilla negra de su labio superior y luego, dándole la espalda con su visón rubio, dijo a Keith:

—Tiene gracia, ¿verdad, querido?

Keith pareció dispuesto a asentir.

—La gente siempre está diciendo que los japoneses son diferentes de nosotros. De ti y de mí. Muy diferentes. Más diferentes que los negros. Más diferentes que los judíos. Más diferentes, incluso, que ese pobre ser que hay ahí. —Había indicado al lechero mingitador, que no

se ofendió lo más mínimo. Con todo, sorprendido por entero en su solitario drama de autocastigo, llevó una mano a su rostro manchado de lágrimas y cambió a la postura de quien está a punto de sentarse en un taburete alto—. No cabe duda de que deberíamos abordar la cuestión con una actitud mental liberal e investigadora. Quiero decir, una vez que todo se ha dicho y hecho, ¡qué distintos de nosotros, espiritual y humanamente —se dio media vuelta de nuevo—, son estos monos de mierda!

Paul Go esperó. Luego sonrió.

—Y ahora estás enseñando esos dientes que nadie entiende.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en medio de un silencio sorprendente, pues acababan de dar un aviso en la gran sala, al otro lado. El hombre de la camisa con volantes había aparecido de nuevo; y había ahora también otros nuevos espectadores. Sin perder más tiempo, Nicola volvió taconeando con fuerza, mientras abría su bolso. Le dio a Keith un beso, el Pájaro Herido, y le enjugó con cuidado la boca con un pañuelo de papel. Dio un paso atrás y le contempló de arriba abajo, con ojos amorosos.

—¡Keith, la camisa! ¡Se te debe de haber arrugado un poco en el coche!

Nicola se inclinó para estirar la seda rizada. Se agachó más aún.

—¡De rodillas, chavala! —dijo Keith lentamente.

Así pues, aquello era lo que hacía falta: que las medias diáfanas rozaran el brillo del suelo de los servicios. Nicola estaba arrodillada. Tiró hacia abajo del dobladillo de la camisa y se mojó un dedo para recoger unas motas de polvo de la raya vertical de los pantalones. Dijo:

—Gana, Keith. Aniquila las pretensiones del… del *hibakusha*. Ven a verme mañana. Tendré dinero para ti… Eres mi dios.

—De pie, chavala.

Paul Go pasó por delante de ellos. Hasta el viejo lechero se despegó de la taza y dirigió sus pasos a la puerta. Keith se quedó un rato mirándola, asintiendo con la cabeza. Pero la última en salir fue ella.

Guy hizo la ronda del Marquis of Edenderry, con su nariz investigadora por delante, y esbozando sonrisas forzadas y muecas socarronas con su boca indeterminada. El pub, toda aquella caverna de cuero y cristal, se había escorado hacia un lado: su contenido se había ladeado hacia la calle, hacia el tablero de dardos elevado, hacia el oché pisoteado. Lo único que se veía allí arriba era un hombre con esmoquin púrpura, por encima de la multitud; su voz tal vez no era la peor voz de todos los tiempos, pero ciertamente era la peor voz que se

había oído hasta la fecha (una pesadilla de pompa pastosa); con esta voz, estaba diciendo:

—Así pues, quisiera agradecerles que hayan respondido tan amablemente al traerles aquí la competición de esta noche…

Guy divisó a Debbee y —¿quién era?— a Petronella juntas, de pie sobre una mesa, a un metro aproximadamente de la muralla oscilante de cabezas y hombros. Temía haberse mostrado algo desmañado con el harén de Keith; muy torpe; ellas aparentemente lo habían mirado sin verlo, le habían escuchado sin oír sus preguntas correctamente enunciadas acerca de dónde vivían y qué hacían; si bien había logrado intercambiar algunas palabras con Analiese sobre el teatro. Estiró el cuello y parpadeó y sintió necesidad de Nicola: una necesidad infantil, como perderse en un mercado callejero y desear desesperadamente que uno de los maniquíes bulliciosos se detenga y se ablande hasta tomar la forma de la persona amada. Debe de estar aún en el aseo, pensó Guy, mientras tomaba él también el mismo rumbo.

No creía que a Nicola le fuera a apetecer tragarse todo aquel rollo, ni siquiera una parte, por lo que volvió a la mesa a esperar allí su vuelta. Había igualmente otras personas sentadas que no miraban, ocupadas en beber o acariciarse o pelearse. Vació su jarra y parpadeó en dirección a la multitud. Luego sintió que alguien le tocaba levemente en el hombro y, con una sonrisa exculpadora, se volvió para encarar aquella auténtica ruina que era Trish Shirt.

—¡Uf! ¿Estás bien?

Ella tenía la mirada perdida en la nada en el momento en que él la ayudó a sentarse; no miraba nada —o, quizá, sus propios pensamientos, sus propias interioridades—. Ahí estaba una rubia a la que había acabado sucediéndole todo lo que le podía suceder a una rubia. Mientras la turba de los dardos, el chaparrón de flechas y el fragor ambiente seguía subiendo de tono, Trish Shirt dijo, con infinita dificultad:

—No sé…, no sé adónde *va*… el mundo.

Esta observación le pareció a Guy de lo más espantoso que había oído en su vida. La miró con detenimiento. Intentar tan poco en el ámbito de la palabra, de la respuesta, de la expresión: y luego follarse a *eso*…

—En los *aseos* —dijo.

Guy esperó.

—Viene a mi gaasa. Me trai… de beber y eso. A mi gaasa. Y me usa como un váter.

—Oh, estoy seguro de que no —dijo Guy, consciente de que la palabra *gaasa* era incluso un epíteto elevado para donde vivía Trish, si es que había que creer las descripciones tan poco agradables que del

lugar solía hacer Keith.

—Mi trata igual queaunarevista poonográfica. En mi gaasa. Caando apareece me eeja baaldada. En mi oh *naasa*. ¿Dónde está el respeto? No se vaalora. ¿Te habla…, te *haabla* de mí?

—¿Keith?

—Keith.

Le había hecho la pregunta con tal abatimiento que Guy estuvo dudando si contestarle o no. Pensó en una tabla de salvación: ¿se trataba de esa cosa a la que te agarras, o más bien de esa otra cosa que te rompe el espinazo? Efectivamente, Keith hablaba de Trish con frecuencia, por no decir incluso sin parar, como una manera de publicitar sus movimientos por la ciudad; y respaldaba estas menciones con detalles más o menos violentos según el tiempo o las ganas que tenía. Guy dijo:

—Habla a menudo de ti, y con afecto.

—¿Keith?

—Keith.

—Oh, lo amo pofundamente con todo mi coazón —exclamó—. De verdad que sí. —Su cara se ablandó aún más: una madre viendo dormir a su hijo. Una madre que habría estado fuera durante algún tiempo, en alguna institución. Una madre desguazada. Una madre —¡ay!— cerca de la cual no te gustaría que se encontrara *tu* hijo, una madre con un tipo de amor equivocado—. Sigue. ¿Qué es lo que dice?

—Dice —dijo Guy, indeciso, pero convencido con razón de que Trish creería cualquier cosa—, dice que sus sentimientos hacia ti se basan en un afecto profundo. Y en la confianza.

—¿Por qué, entonces? ¿Por qué, Keith, por qué? ¿Por qué me putea y restriega la nariz? Con ella. En el *váter*.

—¿Qué, *aquí*…? Sí, bueno, a veces se comporta de manera impulsiva.

—Ella se ha puesto de rodillas.

Guy levantó la mirada. Lo que vio hizo que empezaran a temblarle las espinillas, como la prevención y el retroceso que sentía cuando sufría una de las heridas de-cada-media-hora de Marmaduke. Nicola estaba sola en la barra, con los brazos cruzados y sosteniendo sus zapatos en la mano derecha —su abrigo de pieles claro como un sol bajo— y supervisando la contienda con una expresión de frialdad inexplicable.

Trish estaba llorando ahora, y Guy le cogió una mano.

—Todo —dijo ella a través de sus lágrimas, y otra vez con infinita dificultad—, todo se está pudiendo…

Y mientras Trish permanecía con la vista fija —parecía mirar a sus propios ojos—, Guy, que seguía cogiéndole una mano, se puso a

contemplar la turbamulta: cómo esta absorbía color de la enorme sala y dirigía la energía hacia sí misma, formando un ser triunfal; cómo temblaba, y luego estallaba o se corría de gusto o desfallecía, despidiendo individualidad; y cómo el campeón era conducido en alto, la espalda palmeada, el pelo desgreñado, rodeado de manos femeninas que simulaban arrojar dardos y riendo, como el dios de los tumultos.

—O sea, que el cuento de hadas continúa —dijo Keith Talent de Royal Oak, apurando su vaso y limpiándose la boca con la manga—. Básicamente, la configuración de la partida cambió en el segundo juego de la tercera manga. Recuperado de su comienzo desigual, en el que nada le salió derecho al oriental de tiro rápido, al pequeño jugador de Oriente se le permitieron tres dardos claros al 16 doble, el principal doble del blanco. El jugador más grande no podía más que esperar y observar. Pero sus temores acabaron desvaneciéndose, pues el joven japonés la cagó por completo. Saboreando este encuentro en casa, el tirador de North Kensington se fue creciendo, decidido a castigar al hombre más pequeño, quien nunca se recuperó del golpe. Sí, el desliz le costó muy caro. Después de lo cual, imposible remediar ya la derrota.

Dicho esto, Keith entornó los ojos y bostezó. Estaba secretamente asombrado de su voz. En vez de negarse por completo a funcionar, cosa lógica y justificada, su voz estaba funcionando fenomenalmente bien (aunque también estaba asombrado de lo honda que parecía desde las últimas bebidas). Pero ¡qué autoridad, qué fluido discurrir! Keith bostezó otra vez: la inhalación, el vagido áspero. Era ya tan tarde que el Marquis of Edenderry llevaba de hecho cerrado desde hacía casi media hora; pero la velada proseguía a puerta cerrada: el dueño, Mike Frame, rellenaba los vasos istemática y orgullosamente. Keith volvió a bostezar. Probablemente le habían contagiado estos bostezos sus compañeros (que habían aguantado casi cinco horas de su análisis posterior al encuentro). Todos protestaron de pronto cuando Keith dijo:

—Lanzado hacia un extraordinario remate en la apasionante cuarta manga, el…

Keith se paró, o hizo una pausa. Notó que Trish estaba dormida, o, en cualquier caso, no consciente. Todas las mujeres tenían las cabezas inclinadas, con gesto de fatiga o de piedad amorosa. Keith se sentía tan feliz y orgulloso que se le caía la baba de su boca abierta, de la que emergieron estas palabras, mientras su mano derecha (con el dedo lanzador tieso) hacía el recuento del personal femenino: Debbee, Analiese, Trish, Nicky, Sutra, Petronella, Iqbala…

—Tittorittorí…

Nicola se enderezó en su silla. Y Guy cambió de postura. Y, en

medio del vaivén general de claves no adivinadas y bromas no captadas, Trish Shirt volvió en sí con un grito. Dejó su silla, pero no se puso de pie: allí estaba ojerosa, ladeada, agachada y apuntando con todo su brazo en dirección a Nicola Six.

—¡Tú! ¡Eres tú! Ah, sí, te he visto. En el váter. ¡La muy puta estaba allí de odillas, en el váter! Con Keith. Estaba arrodilla en el váter *chupándole la*…

Keith se lanzó magistralmente y propinó a Trish en la mejilla un fuerte puñetazo. Permaneció un rato por encima de ella, jadeando; pero el cuerpo no se movía. En segundo plano, Mike Frame esperaba indulgentemente, agitando sus llaves.

—Un capítulo —dijo Nicola en el coche— de sordidez épica.

—Sí, sorprendentemente espantoso.

—Cuando esté en casa, me voy a dar una ducha con agua hirviendo.

—La velada ha degenerado lamentablemente. Lo siento. Deberíamos habernos ido después de la partida y haberles dejado seguir a ellos.

—Sabes, cuando Keith golpeó a la loca, su idea era la de ser galante. Conmigo. Como extender la chaqueta en un charco.

—¿Tú crees?

—Es curioso cómo suelen darse la mano la locura y la obscenidad. Como la locura y el antisemitismo. Shakespeare tenía razón. Ofelia…

—Ah, sí. Una Ofelia bastante triste, siento decir. —Guy seguía rebosando adrenalina y rabia, y confusión sobre su propia actitud ante la enormidad Talent. No había sentido miedo; solo parálisis, como si todas las cosas en que él creía se hubieran esfumado de repente. Ahora parecía estar hablando consigo mismo—. Difícil saber qué hay que hacer…

Un poco después, ella dijo:

—Me chifla tu lengua. Todos tus besos.

—Tú eres magnífica en eso.

—La suerte del principiante.

Estaban aparcados en el callejón sin salida. Ella le dio una serie de besos literarios, Maud, Geraldine, Eva en el Edén, y (una feliz creación) Ofelia Antes de la Muerte de Polonio. Luego le propinó el Gran Puta de la Gran Noche. Hizo lo suficiente, en cualquier caso —imaginó ella confiadamente—, para desterrar en él la más mínima sombra de duda. Luego cogió el bolso, exhalando el último de una retahíla de suspiros. De repente, él dijo:

—Las medias. Rotas en las dos rodillas.

—Ya lo sé. No veo verdaderamente para qué sirven estas medias tan transparentes. Desde luego, lo mejor son unos leotardos recios.

Espera en el coche hasta que llegue a la puerta. No bajes.

Bajó del coche y se dirigió hacia la puerta del jardín. Pero luego se volvió otra vez hacia el coche —como haría otra noche, muy pronto ya, hacia otro hombre en otro coche—. Se acercó y se inclinó delante de la ventanilla del conductor, que Guy bajó al instante. Nicola metió la cabeza y le dio el Princesa Judía.

Cuando hubo concluido, Guy se llevó involuntariamente una mano a la boca.

—Eso… esto ha sido…

—¿Imperdonable? —dijo Nicola misteriosamente—. Por cierto, voy a dejar de dar clases a Keith.

—¿De veras? —dijo Guy amorosamente.

—Una intenta hacer lo que puede. Pero me he topado definitivamente con lo que no aguanto de él.

—¿Qué es? —preguntó Guy, aún más amorosamente.

—Huele a clase obrera…

Clase obrera o no, Keith Talent, vecino de Kensington-andChelsea, seguía todavía rondando por ahí. La noche era joven. Aunque de humilde extracción —hijo de un delincuente corriente y moliente—, Keith Talent seguía aún campando a sus anchas.

En el pesado Cavalier, había dado una vuelta magistral al Gran Londres: Plaistow para Petronella, Arnos Grove para Sutra, Slough para Analiese (Basil se estaba comportando de manera extraña), y luego a Ickenham, para devolver a la pequeña Debbee sana y salva. Durante un buen rato estuvo sentado en su casa, bebiendo café instantáneo y departiendo con su todavía deseable madre, la cual se había enterado de la victoria de Keith por la tele (la anunciaron en forma de noticia de última hora, en medio de una partida de dardos que estaba ella viendo) y no se había acostado para poder felicitarlo y, por supuesto, para asegurarse de que la pequeña Debbee no se acostaba *gratis et amore* con él. De ninguna manera había descuidado Keith sus responsabilidades respecto a Trish Shirt, ayudando personalmente a Mike Frame a remolcarla hasta el minitaxi y acercándose al conductor, con el billete de veinte libras bien visible, para darle las instrucciones pertinentes. Como tampoco había olvidado a Iqbala, a la que retuvo hasta el final, ya que era vecina suya, y que se hallaba ahora dormida como un tronco (él lo había comprobado) en el maletero del coche.

Se bebió el café instantáneo, se fumó los cigarrillos, y el tiempo pasó. Un nuevo Keith Talent. El sabor de la victoria es dulce. En los viejos tiempos, Keith y Debs solían escabullirse en determinado momento para el magreo, y luego él ajustaba cuentas con Mrs. K. O a

veces esperaba en el Cavalier, fumando más cigarrillos y escuchando alguna cinta de dardos, hasta que Debbee le tiraba la llave por la ventana, y entonces él volvía a la casa para echarle un polvete gratis. ¿Y aquella noche? Bueno, aquella noche era a un nuevo Keith Talent al que estaban contemplando. Y Debbee era especial. Le costó 85 libras. Y él notó que no se hallaba en modo alguno molesto, ahora que ella tenía ya dieciséis años, y que había desaparecido una buena parte de la magia. No. Dio a Mrs. Kensit un beso y un apretón, y a Debbee unas buenas noches más castas todavía en el umbral de la puerta, y prosiguió su camino. Una vez en el coche, puso una cinta de dardos (la final Obbs-Twemlow: de imperecedera memoria) y se dirigió rumbo a la guarida de Trish Shirt.

Veinte minutos después se hallaba sentado en su garaje, donde fumó veinte cigarrillos y bebió una botella entera de *porno*. Tchya, tchya: manchas de sangre en el cuello de su camisa. A intervalos largos pero regulares se deslizaban lágrimas de orgullo hasta su regazo. ¿Odda bodella? Ya un poco googui. Qué remate en diana… En toa la méeula. No gosguillas, pero dar a Debbs un magueíto. Un poovito aápido. De vez en cuando levantaba la mirada para contemplar la belleza giratoria del blanco: el caleidoscopio de toda esperanza y de todo sueño. Gracias a ella. A Nicky. A la querida Nicky. Luego, a casa, a las faenas del amor. Sacó a pasear a la mujer, hizo eructar al perro y… Semiconsciente, semianalfabeto y ni siquiera semidiestro, Keith Talent, residente en Uve Doble Once, descansó la cabeza contra la semipermanente pared de corcho, y pensó en la semivaliosa Nicola, bajo el cielo negro y frío de la seminoche.

Y ahora, envuelto por el sol bajo, voy hacia Kim Talent con la impaciencia de un amante, con la desgarrada impaciencia de un amante, temeroso de que el mundo muera antes de encontrar la llama inquisitiva de sus ojos. En la tranquila exuberancia de Golborne Road veo a tres mujeres jóvenes que van paseando juntas, lamiéndose y chupándose los dedos. ¿Por qué? Qué novedad profana… Pero sí, claro. Han estado comiendo patatas, patatas fritas de un cucurucho inundado de vinagre y de sal. Y ahora se lamen los dedos. Ojalá lo puedan seguir haciendo durante mucho tiempo. Ojalá puedan seguir gozando de la libertad, de los dedos y de los labios. Con la impaciencia de un amante le quitaré el pelele. Con la impaciencia de un amante despegaré las lengüetas de su bragapañal.

Kim se hallaba dormida. Como también Keith, a las tres de la tarde. Él había intentado levantarse, y cubrir el tonificante trayecto que separaba su casa del Black Cross. Pero había vuelto sobre sus pasos. Sus ronquidos atormentados llenaban el piso. Y el sueño de Kim era también inquieto —transido de dolor—, consecuencia de la lucha apasionada, eterna y en gran parte oscura de la niña no ya solo por seguir siendo un bebé, una niña pequeña, una criatura, sino por salir bien parada de las zancadillas y emboscadas de la existencia. Hasta los niños pequeños saben que la muerte no es solamente una idea: es un símbolo complejo. ¿Cuál es tu problema, pequeña? Este es, papi: el problema cuerpo/mente. Pregunté a Kath por qué no aprovechaba para ir de compras. Se lo dije de manera tajante y terminante. La resuelta ausencia de color de su cara me dijo no, no; pero luego sus ojos se cerraron, y decidió algo, decidió algo importante. Y nos dejó.

Tengo que dejar de hacer daño a K. Con la impaciencia de un amante la desperté. *No está bien desquitarse con la cría*. Ella lloró de confusión y de tristeza mientras le quitaba la ropita sobre el suelo del cuarto de estar. Le quité el bragapañal de un tirón… ¿Qué clase de planeta es este en el que se siente alivio, en el que se siente sorpresa, al constatar que una niña de menos de un año es todavía virgen? Luego la volví hacia el otro lado.

En la nalga derecha, una magulladura, completamente redonda y horriblemente oscura, y fibrosa, como un rayo X, como si estuviera emitiendo luz negra al mundo interno de las células. En la nalga izquierda, tres quemaduras de cigarro, en forma de triángulo.

Me levanté tan repentinamente que tropecé con el pie de la lámpara y, de haber sido más amplia la habitación, habría caído de

espaldas contra el suelo. La pared impidió que me machacara el cráneo. Con un alarde de esfuerzo y de ganas, Kim se volvió sola del otro lado, otra cosa nueva que sabe hacer, y se quedó mirándome desde el suelo.

—Ha sido él quien te ha hecho daño, ¿verdad?

—… Mm. Zei… —dijo.

—Ha sido papi, ¿verdad?

—… Zzii.

Me puse de rodillas y dije en medio de los ronquidos atronadores:

—No sé lo que voy a hacer… Pero te protegeré. No te preocupes, por favor. Por favor. Mi pequeñina.

—Por favor —dije—. Haz esta gran última cosa por mí. Por favor.

Nicola adelantó la cara:

—Caramba, ya te he dicho que *sí*.

—Pero ¿de qué me sirve tu palabra? Tú estás sola. ¿Por qué o por quién puedes tú jurar? Tú no amas nada ni a nadie.

—Bueno, pues no te queda otro remedio, ¿verdad? Yo iba a hacer algo parecido, de todos modos. ¿Cuál es el gran pacto?

—Ten paciencia conmigo —dije. Tenía dolor de muelas en la rodilla y dolor de piernas en la boca y dolor de oídos en el culo. Asentí con la cabeza—. Bien, mejor así. Haz que Keith se mude aquí, o que pase aquí un montón de tiempo. Y hazlo feliz. Hasta la gran noche.

—No pienso despertarme a su lado. De eso ni hablar: ni lo he hecho hasta ahora ni lo voy a hacer jamás. Y, como comprenderás, eso significa mandar a Guy de viaje durante algún tiempo.

—Al carajo mis unidades.

—He pensado más bien en América.

—¿América? —Suspiré profundamente. Pero todos tenemos que hacer sacrificios. Tomé aire—. Trabajo sobresaliente, por cierto, en el Marquis of Edenderry. Nos sacaste de una situación peliaguda.

—Yo estuve allí, por supuesto, en el Marquis of Edenderry. Yo estuve allí. Pero ¿estoy yo realmente en algún sitio? Miro mi mano extendida y espero que desaparezca, que empiece a borrarse lentamente de la pantalla. Yo entro y salgo de las cosas. Soy un espectador de mi propio sueño. Soy mi propio fantasma, que se está besando las puntas de los dedos.

Nicola dijo indulgentemente:

—¿Has acabado tu carta a Mark?

—No. Y ya va por las ocho mil palabras aproximadamente.

—No la acabes. O no la eches al correo. Tengo una idea mejor. Mándatela a ti mismo. ¿Conoces el relato de Borges titulado «El Aleph»? Es muy curioso: sobre la envidia literaria. —Apuró su bebida

y arrojó el vaso vacío a la chimenea. Normal.

—¿Es ahora?

Ya vuelven otra vez los dolores. Se concentran a mi alrededor, mis pequeñines.

Tristesse exquisita al terminar *El lago de los piratas*. No acierto a saber por qué. Es una mierda pinchada en un palo.

Marius regresa de un paseo anímico crepuscular y encuentra a Kwango recogiendo sus escasas pertenencias. Conversación ridícula. Kwango dice que estará ausente unas tres lunas. ¿Por qué, oh, Kwango? La mujer está lista. Está esperando. ¿Cómo, oh, Kwango, sabes eso? ¿Cómo sabes eso, oh, gran Kwango? Las aves te lo han susurrado. Lo huelo en las aguas.

No habla tampoco Kwango con lengua viperina. Marius se dirige apresuradamente al camarote de Cornelia, y le toca el gordo…

O eso se infiere. Marius se muestra muy chulo y varonil en esta coyuntura («hacia la mañana la volví a tomar»), con muchas divagaciones kwangonianas acerca del agua, la feminidad, los flujos y los reflujos. Yo me esperaba que *ella* sería masculina. Yo me esperaba que ella mantendría a raya a Marius. Pero no: ella es un soneto recitado por un baboso.

De todos modos, la orgía de setenta y dos horas concluye con el regreso de Kwango y un pimpante viaje de vuelta a Samarinda, donde el hidroavión de Cornelia está ya meciéndose en el puerto. Ni promesas ni lamentaciones. Tan solo un último beso…

Me siento devastado, hecho pedazos. ¿Por qué los suspiros, por qué las lágrimas, por qué los ceños ricos y melancólicos? Es una *mierda* pinchada en un palo.

Mi último acto de amor tuvo lugar hace noventa días.

Le tendí una celada y la rapté. Me mostré implacable e inexorable. ¿Cómo habría podido resistírseme? Ni Burton Else lo habría hecho mejor. El mismo Kwango habría llorado de orgullo.

Fue un ataque por sorpresa llevado a cabo con suma precisión. Todo era dulce. El día señalado volé, sin esbozar la menor sonrisa, de La Guardia a Logan. Luego, el seis plazas hasta el Cabo: qué aerodinámicamente despreocupado volaba este avión bebé, cómo pasaba a toda velocidad por encima de las corrientes térmicas, del agua sin barcos. Yo miré hacia atrás con sagacidad: Boston al atardecer, con el sol detrás…, el distrito de luz roja del cielo. Aterrizamos con extrema delicadeza, como el viejo estratocrucero de hélice abierta a nuestro lado, que, en su lento descenso, se parecía a una dama corpulenta pero de piernas delgadas, con las faldas

levantadas para tocar oblicuamente la pista mojada. Adelante.

Una tormenta de arena había cerrado el paso. Con mi jeep alquilado, salvé accidentadamente la listonada Provincetown, luego pasé por delante del letrero que dice Faro de Cape Cod, y ¡hacia el interior del bosque! Tuve que bajar un montón de veces a retirar hierbajos que impedían seguir adelante, viñas sin nombre amargadas por su propia fealdad, zarzas de pinchos, ramas de nudos afilados, todo ello bajo una tormenta de tábanos. Luego, llegados por fin al campamento, la puerta de tela metálica sin cerrar, y Missy Harter sobre el taburete de piano, con la taza de café entre las dos manos.

Ella había venido para recordar, como todos los años por estas fechas, a su padre, a quien amaba, a quien yo amaba, Dan Harter, con sus viejos vaqueros, su Jack Daniel's y su Jim Beam. Estaba perfecta para mí.

Lloré. Rocié su café con whisky de centeno. Le dije que yo también me estaba muriendo. Me postré de rodillas.

Cómo se me podía resistir…

Anoche, conforme entraba, Nicola me regaló su sonrisa más exaltada y verídica y dijo:

—He tomado una decisión. ¡Dios mío!, está todo tan claro ahora… Anulo toda la operación.

—¿Que anulas qué?

—Me voy por ahí. Quizá con Mark. Es muy sencillo. Plan B. Voy a vivir.

—¿Que vas a qué?

—Vaya cara que has puesto —dijo con risa cantarina—. Oh, no te preocupes, hombre: ganas de hablar. Te estaba tomando el pelo simplemente. Sigue siendo el plan A. No te preocupes. Estaba bromeando. Estaba simplemente jugando al *sondeo*.

Anoche fue nuestra última noche, en cierto sentido. Ambos lo sentimos así. El mundo estaba convirtiéndose en cualquier cosa imaginable. La habitación en la que estábamos hablando, el hábitat de Nicola, se vería pronto modificada, comprometida, como ocurriría con la de Keith, con la de Guy. Estos lugares no volverían ya a ser los mismos. Dije:

—Voy a echar de menos nuestras charlas.

—Hay otra cosa con la que he venido tomándote el pelo. De todos mil últimos engaños, este fue el más duro. Técnicamente hablando. Me refiero a mantenerme impávida. Pretender ser virgen es un pelillo en la mar en comparación. Mark Asprey.

—¿Ah, sí?

—Su obra. Sus escritos.

—¿Es…?

—Es pura mierda —dijo.

—… Mi corazón se eleva a las alturas como un halcón.

¿Qué llevaba puesto? No lo recuerdo. Ningún atavío ni disfraz de inocencia o depravación. Simplemente *ropa*. Ni tampoco iba maquillada; ni estaba bebida, ni loca. Completamente ella misma, sea esto lo que fuere, ella misma, deshilachándose pero brillante como el terciopelo gastado, extremada, aromática, nerviosa, sutil. Dijo:

—¿Qué te parezco yo? Di la verdad.

—¿La verdad? —Me puse de pie—. Tú eres un mal sueño, cariño. Sigo pensando que voy a despertar —aquí me golpeé los dedos levemente— y que tú habrás desaparecido. Eres una pesadilla.

Se puso de pie y vino hacia mí. La manera como había inclinado la cabeza me hizo decir al punto:

—No puedo.

—Debes saber que tiene que ocurrir.

—Tú te has topado con esto. Con hombres que no pueden.

—Basta con quererlo. Es fácil: te vuelves de plomo. No te preocupes. Yo lo arreglaré. Yo lo haré. Ni intentes siquiera pensar en el amor. Piensa… piensa en la otra cosa.

Más tarde, dijo:

—Siento que estés enfadado conmigo. O contigo.

—Yo no estoy enfadado.

Supongo que no habías hecho esto nunca.

—Sí, creí que podía pasar por la vida sin hacerlo.

—Te puedes sorprender a ti mismo aún más. Como dice Keith, nunca digas ya se ha terminado hasta…

—Hasta que el último dardo no haya dado en el blanco.

—De todos modos —dijo ella—, esto solo ocurrirá una vez.

—De todos modos —dije yo—, te estoy sumamente agradecido. Esto me ha preparado para morir.

—Eso esperaba.

—Con Mark, ¿cómo era el…?

—Calla ahora…

Nos vestimos de nuevo y salimos a dar nuestro paseo, por las callejuelas grasientas, las cámaras oscuras de esta ciudad sufriente hasta lo indecible. Nosotros somos los muertos. Es asombroso poder hacer esto. Y más asombroso aún querer hacerlo. Mano con mano y brazo con brazo, anduvimos tambaleándonos, a través de la fantasía y la tristeza comunales, a través de los campos de Londres. Somos los muertos. En lo alto, el cielo tiene un tono rosado, el contrario taimado

de la salud, como algo malo, algo elevado. Como a través de una pantalla de humo escénico, solo puedes distinguir el morse o la taquigrafía de Dios, las estrellas dispuestas en triángulos, que no dejan de decir: por eso y porque, por eso y porque. Somos los muertos.

20. JUGANDO A FRÍO O CALIENTE

Aunque para él, personalmente, el futuro se presentaba luminoso, Keith siempre tenía problemas, como les ocurre a todos los *estafadores* y afines, con sus indemnizaciones.

Su asistenta social, una tal Mrs. Ovens, no le dejaba respirar últimamente. Cada vez con mayor riesgo, había faltado a sus últimas siete citas; y la octava, programada para el día posterior a su histórica victoria en el Marquis of Edenderry, se la había fumado roncando ruidosamente en la cama. Y ahora, si no se andaba con cuidado, tendría que comparecer ante un tribunal, que probablemente lo condenaría a una pena de prisión mayor. Keith telefoneó a Mrs. O. al día siguiente desde su coche y aguantó el chaparrón diplomáticamente. Como pago por un favor, John Dark, el poli corrupto, saldría fiador del buen carácter de Keith. Ella le daba una última oportunidad: la mañana del día de la Final del Duoshare Sparrow Masters. Vaya por Dios. Y Keith odiaba aquello igual que una deformidad, porque formaba parte de la miseria de la que pronto lograría liberarse: las turbulentas colas, y el olor a despacho de la tarde, y una presión ambiental, hecha a base de signos y símbolos, que nunca daba muestras de desaparecer.

Las indemnizaciones de Keith. Eran realmente un tormento. Ah, lo que él pasaba, lo que él sufría… Para algunas personas, al parecer, cinco libras a la semana (repartidas de dieciséis o diecisiete maneras) no bastaban en absoluto… Las indemnizaciones de Keith representaban el dinero que él pagaba, o debía, por los daños que él había ocasionado durante una carrera que se extendía a lo largo de casi dos décadas. A lo mejor se creía la gente que el ser un niño prodigio en el mundo de la violencia tenía sus ventajas desde el punto de vista de las indemnizaciones, dado que algunas de las personas dañadas y heridas (naturalmente uno se centraba preferentemente siempre en las más ancianas) iban a morir pronto de todos modos. Ni mucho menos: ahora había que pagar a sus familiares, e incluso a sus amiguitos, de manera que solo las personas solitarias perdonaban las deudas, algunas de las cuales se remontaban a veinte años atrás: un tabique nasal roto, un conducto auditivo destrozado, todo ello unido

umbilicalmente a una inflación de dos cifras y a un angustioso aumento de la miseria y a unos costes médicos astronómicos y a un sinfín de jodidos dolores por todas partes.

—¿Se trata de tus indemnizaciones, Keith? —preguntó Kath, al colgar Keith el teléfono del coche.

—Yo te daré a ti una indemnización dentro de un minuto.

Profundamente molesto, Keith estaba acompañando a Kath al hospital para sus problemas de trompas, pues el servicio de ambulancias había quedado interrumpido en su zona de manera indefinida. Era la primera vez que Kath subía en el coche de Keith desde que se habían casado.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Kath, bajando la cabeza para oír mejor a la niña dormida que llevaba en su regazo—. Como gemidos.

Keith volvió bruscamente la cabeza para hacer lo propio con Clive; pero el perrazo estaba tranquilo.

—Y golpes.

Entonces Keith se acordó…, y se insultó en su fuero interno por no haberse acordado antes. Rápidamente, embutió una cinta de dardos en el radiocasete, que puso a todo volumen.

—Es el *coche* de detrás —dijo Keith. Estaban atrapados en un embotellamiento, y ciertamente había un montón de coches por todas partes, cada cual con su correspondiente lote de golpes y gimoteos—. Dichoso *embotellamiento*.

Dejó a Kath y a la niña en las puertas del St. Mary. Luego salió pitando y torció en la primera esquina, paró el coche y bajó. Preparándose incluso para más reproches de parte de las mujeres (hasta la misma Trish le echaría un rapapolvo después), Keith resignadamente dejó salir a Iqbala del maletero del coche.

—Lady Barnaby —dijo Hope—. Oh, es horrible.

—¿Qué?

—Ha muerto.

—¿Cómo lo has…? —preguntó Guy, alargando el cuello hacia ella.

—Hay aquí una invitación para su funeral o lo que sea.

—Qué horror —dijo Guy.

Estaban desayunando —un desayuno tardío— en la cocina. También se hallaban presentes Melba, Phoenix, Maria, Hjordis, Auxiliadora, Dominique y Marie-Claire. También Lizzyboo, inclinada sobre su bollería. Y Marmaduke, que tras pasar un buen rato desparramando su desayuno por toda la mesa, estaba comiéndose tranquilamente su juego de pinturas.

—Supongo que podemos librarnos —dijo Hope.

—Creo que deberíamos ir.

—¿Para qué? Nos importan un pito sus amigos y parientes, suponiendo que los tenga. Tampoco ella nunca nos importó mucho, y ahora está muerta.

—Muestra un poco de respeto. —Guy terminó su tazón de MierdaHumana—. Creo que debo irme. —Quería decir al despacho, a la City. O eso es lo que habría querido decir de no haber estado mintiendo.

—¿Se han reanudado los negocios?

—Aún no —dijo él—. Pero Richard dice que el panorama es esperanzador. —Esto no era tampoco cierto. Antes bien, Richard había dicho que no parecía esperanzador en absoluto… Guy sentía que ya había llegado casi al final de su capacidad para investigar la historia contemporánea, el Qué Está Ocurriendo. Estaba aplazando en cierto modo esa llamada a su contacto del Index para preguntar qué probabilidades había de que la semana siguiente a aquella hora él estuviera introduciendo a su hijo único en una bolsa de basura. La gente estaba eludiendo, eludiendo. Echó un vistazo al correo de Hope: el adiós a Lady Barnaby era lo único que se ofrecía en cuanto a vida social, sobre la que parecía existir una clemente moratoria. Pero Richard, soltero, sin hijos —no amaba a nadie—, era una mina de inenarrable información. Que en el momento del eclipse total del 5 de noviembre, en el momento preciso en que el canciller estuviera pronunciando su discurso en Bonn, harían detonar dos armas nucleares muy gordas y muy sucias, una sobre el Palacio de Cultura de Varsovia y otra sobre Marble Arch. Que hasta el cese del flujo de materiales fisionables procedentes de Bagdad, los israelíes mantendrían encañonada Kiev. Que la mujer del presidente ya había muerto. Que la confluencia del perihelio y de la sizigia haría levitar los océanos. Que el cielo se estaba cayendo…

Guy se levantó para irse. Mientras apuraba su taza de café, se permitió una mirada de incredulidad a Lizzyboo, que estaba atacando ahora los restos del porridge de Marmaduke. La cabeza gacha, y el volumen inmóvil de los hombros bajo la bata azul oscura, emitían un mensaje contradictorio: el ser interior se estaba encogiendo al tiempo que se hinchaba el cuerpo. Y no hacía tanto tiempo, como quien dice el otro día, con su atuendo de tenis…

—Antes de irte —dijo Hope—, haz el favor de tirar la basura y de meter la leña y de preparar el ablandador del agua y de comprobar el depósito. Y baja el vino. Y llama al cristalero. Y al garaje.

Sonó el teléfono. Guy cruzó la habitación y lo cogió. Un silencio animalesco, seguido de un fonema animalesco: un saludo exótico o nombre cristiano, quizá. Luego el *pip pip pip*.

—Se han equivocado de número.

—Tantas equivocaciones —dijo Hope—. Nunca, que yo *sepa*, se ha

equivocado la gente tanto de número. Llamadas de todas las partes del mundo. Vivimos en una época —glosó— de números equivocados.

Nicola, que no amaba a nadie, que siempre estaba sola, contempló la vajilla sucia que permanecía allí, sin forma, esperando resurrección, esperando forma; muertos y sucios ahora, las tazas y los platillos y los vasos necesitaban agua limpia, jabón lavavajillas, cepillo, estropajo, y sus propios dedos enguantados, y posteriormente su bonito redespliegue en los estantes del aparador. Apasionadamente, se estaba acercando el punto en el que una taza de té, por ejemplo, podía ser usada y dejada a un lado, sin fregar o tirada al cubo de la basura, o hecha añicos…, utilizada por última vez. Las prendas de vestir podían ser desechadas de manera semejante. Ya no necesitaba comprar más champú, más jabón, más tampones. Por supuesto, tenía dinero de sobra para lujos y caprichitos. Tenía dinero de sobra a su disposición. Y durante aquellos últimos días exprimiría al máximo todas sus tarjetas de crédito. La semana anterior su dentista y su ginecólogo, o sus secretarias, habían coincidido en llamarla para confirmar unas visitas de rutina, para el sarro, para un frotis. Ella había anotado las fechas pero no las había pasado a su diario… Ahora Nicola se remangó y fregó los cacharros por última vez.

Poco después, mientras se estaba cambiando, sonó el teléfono. Nicola había recibido varias llamadas de esa índole: una compañía de préstamo, dispuesta a ayudarla con relación a su contrato de arrendamiento, que acababa de expirar. Le importaba un pito porque tenía un mes de plazo suplementario, y un mes de plazo era más de lo que necesitaba. Escuchó el parlamento del prestamista. Se le podía renovar su contrato, con la ayuda de la compañía que él representaba, le aseguró, por un período de hasta mil años.

Mil años. La compañía de préstamo estaba dispuesta —deseosaa suscribir un milenio. Soberbia hitleriana. Por lo que ella sabía acerca de los acontecimientos de Oriente Medio, por lo que había colegido de lo que quedaba de prensa independiente (comentarios distorsionados, especulaciones), parecía posible sostener que Hitler seguía rigiendo el siglo —Hitler, el gran despojador—. Y, aunque estaba entrando ahora noviembre, aún disponía de tiempo para asesinar exponencialmente. Porque lo que él había hecho se podía hacer multiplicado por mil en el espacio de unas horas.

¿Estaba nerviosa? Indiscutiblemente, a aquellas alturas le resultaría muy desagradable que un holocausto atrajera toda la atención del público a expensas de su persona. Si la historia, si la situación actual iba a alcanzar un clímax el 5 de noviembre durante el eclipse total, entonces su propio drama personal, programado para los primeros minutos del día siguiente, carecería de garra, de contenido…

y de toda forma. Y se quedaría sin público. Sin atención unánime. Por otra parte, tampoco quería ella perderse aquello, el gran acontecimiento. Yo me identifico con el planeta, pensó Nicola con un movimiento de cabeza afirmativo mientras empezaba a vestirse. Sé cómo es. Dicen que todas las cosas ansían mantenerse en su ser. Ya se sabe: hasta la arena quiere perpetuarse en su condición arenosa. Yo no creo esto. Algunas cosas quieren vivir, y otras cosas no.

Mientras los revestía, consultó a sus pechos, que le dijeron que el gran acontecimiento no tendría lugar pero el pequeño sí.

«Algunos creen», leyó Keith, «que el secreto de Stonehenge reside en los dardos. Las ruinas de piedra circulares tienen la forma de un círculo, como un blanco de dardos. Esto puede explicar un misterio que ha creado verdaderos quebraderos de cabeza a los historiadores durante siglos y siglos. Pues Stonehenge se remonta al año 1500 a. de C.»

¡El año 1500 a. de C.!, pensó Keith.

«Lo que sí es un hecho histórico probado es que los primeros cavernícolas ingleses jugaron a determinada forma de dardos. Esto resulta evidente si se examinan detenidamente ciertas marcas que hay en las paredes de las cavernas, que se cree representan un blanco. Muchos campeones piensan que la habilidad con los dardos se remonta a la época de las cavernas. El jefe de los cavernícolas era sin duda el hombre que traía la carne cada vez que venía, sirviéndose de su habilidad para arrojar dardos. Así que, en cierto modo, todo se remonta a los dardos. Si se piensa bien, todo el mundo es dardos.»

Por muchas veces que lo leyera, este pasaje nunca dejaba de provocar una lágrima en Keith. Le justificaba por completo. Y esta su lágrima gorda como un puño contenía muy probablemente tanta ternura como orgullo. Todo el mundo era dardos: bueno, por qué no… Pero una cosa sí era cierta: que todo el mundo —en ciertas pantallas, en ciertos planos fortuitos— era un blanco de dardos. Keith abrió —doblándolo— su cuaderno de notas y escribió despacio: «Recuerda que eres como una mákina que está lanzando contantemente el dardo de la misma manera.»

Aunque estaba plagiando un pasaje anterior de *Los dardos: cómo dominar la disciplina*, no es menos cierto que lo hacía a su original e inimitable manera.

«Despeja tu caveza de ideas. No necesitas nada en tu jodida caveza.»

Entonces pensó las dos últimas frases con el ojo implacable del auténtico perfeccionista, y tachó *caveza*, poniendo en su lugar *cabeza*. Un observador podría haberse preguntado por qué se molestaba Keith

en practicar estas tachaduras y correcciones. ¿Para qué tanta corrección, oh, Keith, si estas palabras son solamente para tus ojos? Pero alguien nos está mirando siempre que escribimos algo. La madre. El maestro. Shakespeare. Dios.

¡Ay! Uf. El pinchazo otra vez. Ese vacío abdominal. Fatal, vaya. Y, de repente, de golpe y porrazo, todas sus mujeres habían desaparecido: como por ensalmo. Petronella se había ido a Southend con su marido, Clint, de luna de miel. Analiese había vuelto a Slough (y el tráfico de la M4…, para qué contar). Debbee había cumplido dieciséis años. Iqbala, de resultas de su desventura en el Cavalier, no le dirigía la palabra a Keith, ni a nadie en realidad. Y Sutra (¡Sutra!) había vuelto a hundirse en el mundo del que tan sorprendentemente había emergido: la prisa, el hambre, vistos a través de la ventana y del parabrisas; otras mujeres, más mujeres, mujeres encontradas e inencontradas, y Keith por encima, multiforme, como un asesino de cuervos, *graznando, graznando, graznando*… Con lo que solo le quedaba Trish. Pero él no pensaba volver *allí*, ni hablar, después de aquella mañana y del estado en que la había visto. Haría una hora aproximadamente, hacia el mediodía, se había pasado por casa de Nick para un vídeo. Pero los vídeos de Nick, decidió Keith, eran igual que las comidas chinas. En cuanto a Nicola propiamente tal, Nicola a este lado de la pantalla, Nicola en carne y hueso, su misteriosa carne, el ojo adaptado a la oscuridad y los labios desacostumbrados, y su manera de llenar los vestidos: Keith no se sentía ni paciente ni impaciente: incluso cuando se sentaba uno a su lado, muslo con muslo, estaba a la vez cerca y lejos, como la tele.

Sonó el teléfono. Mientras atravesaba el garaje para ir a cogerlo, Keith decidió que el éxito no lo había cambiado.

—¿Keith Talent? Hola, qué hay. Buenas tardes. Tony de Taunton al habla, productor ejecutivo. *El mundo de los dardos*.

Ah, claro: el Marquis of Edenderry… ¿El mundo de los dardos? ¡El mundo de los dardos!

—Felicidades —exclamó Tony de Taunton—. Esfuerzo genuino el de la otra noche. Esfuerzo extraordinario. La cosa muy reñida. Los dos estuvisteis un poco descentrados durante unos minutos —prosiguió con auténtico candor—. Y viendo a Paul Go *muy* poco en forma, yo me dije: Qué bárbaro. Caray. Vaya, hombre. Esta va a ser otra de esas noches… Pero tú pareciste crecerte ante los catastróficos lanzamientos del pequeño Paulie. Al final, fue tu temperamento el que te sacó adelante.

—¡Sí, je, je!

—Bueno, supongo que verás el programa, ¿no, Keith?

—Como un clavo —dijo Keith rotundo.

—Estupendo. Bueno, ahora que se acercan las finales con su duelo en la cumbre, vamos a hacer un pequeño reportaje sobre los participantes. Ya los habrás visto. Un par de minutos cada uno. O sea, que queremos filmarte a ti, Keith.

Keith sonrió cautamente, sin bromas.

—O sea, la tele, ¿no? —dijo.

—Exacto. Ya sabes: el tipo de vida que haces.

—O sea, un documental sobre el tipo de vida que uno hace.

—Ya habrás visto alguno. Dónde vives, dónde trabajas, los hobbies, la familia, los proyectos, todo eso. Tu tipo de vida.

Keith levantó los ojos: la apestosa ruina del garaje. Tony de Taunton preguntó si podían empezar al día siguiente y Keith dijo que sí podían.

—¿Tus señas?

Keith, impotente, se las dio. La mujer, el perro, el piso de risa.

—Esfuerzo extraordinario. Te veré ahí, entonces. Hasta mañana, pues.

El rostro de Keith era todo un discurso sobre temas económicos cuando llamó a Nicola con dedos rielantes.

—No se preocupe. Espere un poco, y luego inténtelo otra vez —dijo Nicola, que colgó enseguida. Luego puso la mano otra vez donde había estado antes—. Dios mío, esto está más duro que el teléfono. Se han equivocado de número. Otro que se ha equivocado de número. Caray. Incluso a través de este tweed espeso está más duro que el teléfono. Caray. Esto no es natural, ¿verdad?

La cara de Guy se esforzó por parecer agradable; pero su expresión era claramente cohibida.

—¿Se ponen los demás hombres igual de duros?

—Oh, supongo que sí —graznó Guy—. En determinados momentos.

—Se necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a ello. He estado consultando mis estantes de ficción, sin demasiada suerte. Parece emanar de la naturaleza del tema que el escritor asuma todo un caudal de conocimientos y de procedimientos de los que sus personajes van a divergir sutilmente. En clave, por lo general. No me ha servido para mucho, por desgracia.

—Bueno, después de todo —dijo Guy (la cabeza ladeada ligeramente)—, esto no pertenece exactamente al género de la ficción.

—Entonces, ¿qué…? La idea es, supongo yo, mover la piel exterior muy suavemente contra la interior. Este tweed no te roza, ¿verdad? Imagino que llevarás calzoncillos también o algo… Y, por supuesto, luego están esas cosas, más abajo aún… ¿Juegan algún papel? Supongo que si se acarician o aprietan, podrían… Guy. ¡Guy! ¡Qué

cara tan espantosa se te ha puesto!

Él trató de hablar, para tranquilizarla.

—¿Qué? ¿Hace daño o algo así?

—Un poquito —musitó él.

—No entiendo. Creía que esto solo podía ser *agradable*.

Guy intentó unas explicaciones.

—¡Oh, querido! ¡Amor mío! Deberías habérmelo *dicho*. Qué patéticamente torpe de mi parte… Bueno, vamos a… Voy a… — Acercó la mano a la hebilla de su cinturón. Luego sus dedos largos se detuvieron, y ella le sonrió autocensurándose—. Se me acaba de ocurrir una cosa. Es… es una especie de juego. Creo que voy a resolver el problema. Y voy a intentar algo realmente atrevido. ¿Guy?

—¿Sí?

—¿Me podrías dejar sola un rato nada más, una media hora o así? —De nuevo la sonrisa de desafío infantil—. Para estar armada de valor en el momento decisivo.

Él dijo «Por supuesto» con tanta dulzura que ella pensó por unos instantes pellizcarle los carrillos con las dos manos y hablarle de la cantidad de hombres que habían escrito sus nombres con esperma por todo su estómago y pechos y cara y pelo. De todas esas sesiones de firmas. De todos esos autógrafos tan canallas. Pero se limitó a decir, antes de dejarlo salir:

—Sabes, a veces me haces tan dichosa que creo que voy a morir. Como si fuera demasiado pedir seguir viviendo simplemente…[20]

En la calle atestada de puestos ambulantes, Guy seguía viendo pilas de zapatos, pilas de sombreros, completamente desordenados, pilas de bolsos, pilas de cinturones. Caminaba herido, sintiendo un constante zumbido en el oído dañado por la saliva. Adivinen quién estaba allí, cuando llegó Guy a casa de Nicola… Keith. Keith que se iba. Keith recogiendo ya sus cosas. Mientras acababa de hacerlo, Guy se había visto obligado a esperar en el porche, protegiéndose los ojos del sol bajo mientras miraba al Cavalier. Los dos hombres se cruzaron en la puerta de la calle; Keith tenía aspecto deslavado pero, por lo demás, parecía perfectamente satisfecho consigo mismo, y con razón, podrían decir algunos, tras sus esfuerzos recientes en el Marquis of Edenderry. Era sumamente improbable, pensó Guy, pero si efectivamente estaba siendo engañado, entonces había que reconocer que era un engaño fuera de serie; y si Nicola y Keith eran amantes, entonces había que quitarse el sombrero. ¡Cabras y monos! Ahora, una bandada de palomas que le recordó las de la plaza de San Marcos invadió la calle como limaduras de hierro atraídas por el imán de un niño. En el cruce, una paloma en particular estaba comiendo pizza y ansiando más pizza, y con riesgo inminente de ser convertida ella

misma en pizza por el camión que se aproximaba.

Un contumaz e incuestionable apetito se apoderó de él. Entró en el primer establecimiento que encontró, un restaurante de patatas llamado Tate o Tatties, ¿o era Potato Love? La cola —o arremolinamiento— era numerosa, pero bastante fluida. Al final se hallaba sentada una joven española detrás de una reja. Cogía los platos de plástico cargados de la ventanilla que tenía detrás y partía cada patata untándola luego con una pizca de margarina o de cheddar o de hexaclorofeno. Luego la pasaba por el Microsegundo: y eso era el tiempo que tardaba: media pulsación. Guy sabía que ese mecanismo utilizaba Luz Cansada, una tecnología adaptable. La comida sigue cocinándose por su cuenta, una vez que está en tu plato, en tu boca, en tus intestinos —incluso debajo de las calles.

—Gracias —dijo Guy, y pagó la cantidad solicitada.

La muchacha, aunque tosca, era bella. Pero probablemente no lo sería por mucho tiempo. Estaba la prueba palpable de la madre, que se hallaba trabajando fuera de la ventanilla y cuya imagen esta recortaba cual primitivo aparato de televisión. Pero no se trataba aquí de un programa de cocina. Se trataba de lo que acababan haciendo las cocinas a la idea femenina. Y la hija llegaría más deprisa de lo que había llegado a la madre, pues los mecanismos modernos ahorraban tiempo pero también lo consumían —chupaban tiempo al mismísimo aire…—. Guy recogió sus utensilios de plástico y miró alrededor en busca de un taburete. Logró sentarse con cierta dificultad (esto ya está mejor) y separó con cuidado los labios flojos de su patata. Su médula chisporroteaba, burbujeando con Luz Cansada y sin humo, pero la superficie estaba completamente helada al tacto. Guy trasladó de nuevo su esqueleto a donde se hallaba la muchacha.

—Esta patata —dijo apáticamente— está poco hecha.

Media pulsación solamente, y la patata cayó de nuevo en su plato como un cartucho gastado. Ahora estaba superpasada. Y repentinamente envejecida. Guy miró la patata y luego a la muchacha. Con una débil sonrisa, se quejó:

—No esperará que me coma esto.

Ella se limitó a alzar las cejas y a agachar la cabeza, como dando a entender que había visto a gente comer cosas peores. Él dejó la cosa encima del mostrador y volvió hacia el piso de Nicola. Y en toda la calle del mercado siguió fijándose en los mismos montones de guantes y de sombreros y de bolsos, y de zapatos pequeños. ¿Y qué se suponía que le recordaba a uno aquello? Guy pensó que seguía viendo montones de vasos, montones de pelo.

—Bueno, es en realidad un juego muy sencillo —empezó Nicola—.

Y muy de adolescentes, claro. Lo aprendí de las chicas más atrevidas del hogar infantil, hace muchos, muchos años. Se llama el juego del *sondeo*. También se le conoce como el juego de *frío o caliente*. Me parece que se juega a esto en todo el mundo, como suele ocurrir con este tipo de juegos. Jugar a *frío o caliente*.

—No lo conozco. ¿Cómo es?

Ella rió ruidosamente.

—No es difícil. Tú pones la mano en mi cuello, por ejemplo, y la vas bajando hasta que yo digo *caliente*. O en mi rodilla. O yo pongo la mano en tu barriga y la voy bajando lentamente.

—¿Hasta que yo digo *caliente*?

—O hasta que *yo* digo *caliente*. ¿Jugamos? Supongo —dijo revelando la cinta blanca de su sostén bajo su camisa y con un amago de rubor—, supongo que es mejor que me quite esto. Vuélvete.

Guy se volvió. Ahí estaba Nicola, desabotonándose la camisa. Inclinándose hacia delante, se desabrochó y liberó despacio las copas de brocado. Se rió de manera especial.

En el cuarto contiguo, ataviado con slip, auriculares y un batín que ella le había comprado recientemente, Keith se hallaba repantigado sobre la cama de Nicola. Estaba siguiendo el desarrollo del juego por la pequeña pantalla. Sus ojos se salían de sus órbitas. Tenía la jeta torcida en una risita de connivencia. Nicola se reabotonó rápidamente, hasta arriba, hasta el borde de la garganta rebosante. Keith estaba traumatizado. Siempre había creído que cuando estaban solos Guy y Nicola se limitaban a hablar de poesía. Keith se encogió de hombros lánguidamente.

—Los hay realmente con jeta —murmuró para sí.

Y, de este modo, jugaron a *frío o caliente*. Nicola jugó a decir *caliente*, aunque no lo estaba (estaba jugando), y Guy jugó a decir *caliente*, aunque no estaba jugando (estaba caliente).

—Desabrocha el botón de arriba. Y el otro. Espera… *Caliente*. No, sigue… *Frío*. Puedes besarlos. —Y ahí estaban, tan juntitos, tan temiblemente simétricos. Guy hundió los labios en ellos. Qué se podía decir de *este* pecho. Solo que se parecía a *ese* pecho. ¿Por qué compararlos con otra cosa distinta de ellos mismos?

Hola, chicos, pensó Keith. Bonita pechuga, ¿eh? Lástima que tire un poco a pequeña. De todos modos, se pierde el respeto enseguida a las tetas gordas. Una risotada, para empezar. Pero Analiese… Se sorbió el moquillo.

Con *blip blip* de radar, y exploraciones y barridas, sus manos fueron subiendo la pendiente de sus muslos. Los dedos de él alcanzaron lo alto de las medias, aquella explosión de carne femenina. («¡Caliente!», cantó ella.) Los de ella estaban calientes y pesados mientras se

introducían por debajo del cinturón de él.

—¿*Caliente*? —preguntó ella.

—No —contestó él, aunque sí lo estaba.

—Pero *yo* sí lo estoy —repuso ella, aunque no lo estaba.

—Pero yo no —dijo él, aunque sí lo estaba.

Lo está poniendo a cien, qué bárbaro, pensó Keith. Hizo un sonido líquido rechinando los dientes. ¿Caliente? En menos de un minuto estará más pirao que una cabra.

—¿Notas lo que deberías estar notando? —le preguntó ella.

—Ya lo creo.

Keith sintió la suave llegada del sudor a las palmas de sus tentáculos. Apartó la mirada unos instantes, como presa de dolor. Luego sintió un latigazo de pánico, que casi le hizo salir despedido hasta la puerta al oír a Nicola decir:

—Deprisa. Vamos a la habitación.

De una brusca sacudida, Keith se irguió. Luego hizo una pausa: ¡ah, bueno! Se volvió a repantigar, escuchando su palpitante corazón, mientras Nicola decía:

—No…, aquí…, ahora. De pie. Todos estos botones. Parece… Voy a tener que…

—Uf —exclamo Keith. Silbó ásperamente, y su mirada bovina azul se llenó de toda su luz. Carajo. No, eso no…, eso no se hace. No. A un tío. Eso no, pensó, mientras se llevaba la mano a la picha. Eso no se le hace a un tío.

—Túmbate en el suelo. Y cierra los ojos.

De modo que Keith lo vio todo, y Guy no vio nada. Pero Guy lo sintió. Guy lo sintió todo. Sintió las manos, el extraño rastro del pelo, los lavados calientes y temerariamente expertos de la boca. Y otras cosas igualmente extrañas. Una sospecha (una traición fugaz) de que después de aquello él podía quedar libre y a salvo y volver a casa, una vez pasada la fiebre, y olvidarla y reanudar la vida que le esperaba con el niño y con Hope. Pero estaban también las consecuencias: consecuencias inmediatas (el animal macho, la conciencia nunca perdida). Pronto, y con embarazosa abundancia…, él podía ahogarla. Él podía ahogarlos a los dos. El miedo físico no estaba nunca ausente del todo en sus devaneos allí, en el callejón sin salida, en aquel callejón sin salida con aquella belleza loca, cuando la cogía por sorpresa sexual. Él la agarró por la cabeza. El mundo se estaba muriendo de todas formas. Hacia el final, que nunca llegaba, él dijo en vano:

—Me… me…

Luego ocurrió algo, algo minúsculo en las protuberancias escalonadas.

—*Basta* —exclamó él, y la apartó de su cuerpo, y por fin perdió la conciencia.

Ella le besaba los ojos. Él la miró parpadeando.

—Te has desmayado, al parecer —dijo ella—. ¿Estás bien? Parece como si te hubieras desmayado.

—El miró hacia abajo. Todo en orden. No había manchado.

—Como si te hubieras desmayado —repitió ella—. Oh, veo que he vuelto a meter la pata.

—No, no…, ha sido divino.

Al acompañarlo hasta la puerta, o, más bien, al ayudarlo hasta la puerta (él tenía que asistir a una conferencia sobre los eczemas), lo retuvo unos instantes para decirle:

—Sabes, no tenías por qué haber parado. Yo estaba preparada…, para que murieras desvanecido —citó ella graciosamente, aunque sabía que lo había cronometrado estupendamente…, aquella pequeña notificación de sus dientes—. Me refiero al otro desvanecimiento. A decir verdad, estaba deseando que me llenaras la boca. Porque ya estoy preparada para todo. Quiero que me lo hagas —dijo mientras le daba el Gran Puta de la Gran Noche—. Pero hay una cosa, solo una, que tienes que hacer antes.

Guy se enjugó las gotas de su barbilla y dijo:

—¿Qué es? ¿Dejar a mi mujer?

Ella lo miró atónita. Cómo podía aquel hombre desbarrar tanto… Cómo era posible… Guy había empezado a pedirle disculpas por su ligereza cuando ella dijo:

—Oh, no. No quiero que la dejes. ¿Qué clase de persona crees que soy? —Pregunta que hizo, no en tono de reproche, sino con un espíritu de pura curiosidad—. No quiero que la dejes. Solo quiero que se lo digas.

En el dormitorio, Keith se estaba tomando la libertad de saborear un cigarrillo bien merecido. Técnicamente, estaba prohibido fumar en la habitación, aunque Nicola, fumadora empedernida, fumaba empedernidamente en la habitación sin parar. Ahora estaba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—El batín, qué.

Ella lo examinó lentamente, un examen de aborrecimiento fascinado, milimétrico, desde los pies (suelas rojas y levemente temblorosos) hasta la cara, que parecía meditabunda, enorme, de primer ministro.

—Ese batín te sienta fenomenalmente, Keith. Pareces majestuoso dentro de *él*.

—¡Sí, je, je!

—Espero que no te asuste el asunto ese de la televisión —dijo ella,

que vio cómo su cara se derrumbaba de repente. La lengua de Keith parecía estar ahora tratando de sacar cosas del interior de su boca. ¿No es precisamente por eso por lo que has trabajado? ¿Por lo que hemos trabajado? ¿Qué dices, Keith?

—Un poco meterse en la vida íntima de uno.

—Más bien el estrellato de los dardos… La televisión no es la verdad, Keith, como acabas de ver ahora mismo. O no es necesariamente eso. Tienes que quitarte esa idea de la cabeza, querido, y dejarlo todo en mis manos. Déjame que te traduzca. No te fallaré, Keith. Ya lo sabes.

—Te estoy agradecido.

—He hecho un nuevo vídeo para ti. Aunque, en cierto sentido, ya has visto uno. Y, por la pícara expresión de tu cara, colijo que ya…, que ya lo has hecho.

—Pse —dijo Keith, perplejo, apartando la vista—. Ya lo he hecho.

Keith recorrió el pasillo y salió a la calle silbando «Welcome to My World». Al pasar por la puerta, sus ojos tropezaron con el apellido de Nicola en la etiqueta del timbre. 6: SIX. Seis. ¡6!, pensó Keith. ¡3 doble…! Mala cosa. El peor doble del tablero. Nunca te acerques a él a menos que hayas cagado el 12 doble y luego te hayas metido en el 6 doble. Asesino. El 3 es el doble que más temen todos los lanzadores. Ahí, en lo más bajo del tablero, a las seis en punto, no es más que tirar *por tirar*. Y si caes dentro es 1, 1 doble. Dardos de presión. Mi vieja Nick. 3 doble. 6.6.6. Mala cosa. Peligrosa. Perversa.

Una vieja con pelo de fibra de coco pasó cojeando y autoflagelándose con un látigo de fabricación casera. Keith permaneció inmóvil un buen rato escuchando, o en cualquier caso oyendo, los gritos de la ciudad, como los gritos de los perros o los bebés, respondiendo balbuceantes, herederos del milenio, esperando su heredad.

Con gafas de carey y bata de seda gris, Guy se hallaba de rodillas y encorvado sobre el Novae —su larga espalda describiría un semicírculo perfecto cual músculo extensor—, con su curiosa nariz a unos centímetros tan solo del tablero (esta postura difícil parecía aliviar el dolor de sus partes bajas, su corazón entubado, que no le dejaba en paz ni un segundo): seis movidas y solo había perdido un peón, esperando a medias sobrevivir y llegar a lo que se solía llamar la mitad de partida. Quería sobrevivir el mayor tiempo posible, porque cuando perdiera tendría que acudir a Hope con la verdad.

Cada pocos minutos, y sin volverse, Guy cogía un juguete envuelto del cajón de paja y lo lanzaba por encima del hombro hacia donde se encontraba Marmaduke. Así, antes de que pudiera hacerlo trizas,

Marmaduke tenía primero que desenvolverlo, lo cual le llevaba un poco de tiempo. Guy oía su respiración desordenada y la rasgadura de papel; luego, los gruñidos de esfuerzo al empezar el juguete a desprenderse y a ceder.

Uno de los inconvenientes era que el ajedrez se había terminado; el ajedrez había muerto. El campeón del mundo no tendría ahora ninguna probabilidad de ganar al Novae de Guy, que costaba 145 libras. Invención humana como era, el ajedrez había desafiado a los ordenadores durante un período considerable; pero eso ya pertenecía al pasado. Otrora un utilísimo *sparring partner*, el ajedrez había saltado del banquillo en sus pantalones de boxeador para, entre fintas y resoplidos, dejar KO a su contrincante en el mismísimo primer asalto. Las partidas *entre* ordenadores eran imposibles de seguir, a un salto de caballo de la comprensión humana, y en ellas todas las piezas se realineaban constantemente en la primera fila (como si hubiera una infinidad de filas anteriores, la menos uno, la menos dos, la menos *enésima*), experimentando invariablemente elaboradas repeticiones de jugadas después de muchos días, sin que ninguna pieza prácticamente fuese apresada. Cuando se les programaba para ganar-solamente, los ordenadores jugaban como suicidas… La nariz de Guy se crispó al advertir que uno de los alfiles de Novae no estaba protegido. Esto no era infrecuente: siempre le estaba regalando piezas menores, y hasta la misma reina informática se hallaba por lo general *en prise*. Él podía comer; pero luego ¿qué? Comió. La respuesta de Novae fue contundente.

—Sí. Sobresaliente —susurró Guy.

Cuatro jugadas después (qué inmisericorde era el silicio), Guy contemplaba parpadeando a su rey encajonado. En aquel momento, Marmaduke, que sin duda había contenido la respiración mientras se acercaba, hundió sus dientes en el tendón de Aquiles del talón derecho de Guy. Y, antes de que este recobrara sus plenas facultades sensitivas, aquel había acertado a tragarse el gorro alto de piel negra de un guardia de juguete de su alteza real y se estaba poniendo de un color que no presagiaba nada bueno conforme iba desplomándose sobre su camión militar. Menos mal que andaba por allí cerca Petra, y también Hjordis, y entre los tres consiguieron (Marie-Claire acudió también enseguida) salvar la situación con la ayuda de Paquita y la presencia siempre tranquilizadora de Melba y Phoenix.

Guy se duchó y restregó con una manopla, y se vendó el talón. Después, en la cocina, comprobó los certificados de garantía de las chuletas de cordero —las fechas escalonadas, los caracteres finamente impresos— y las preparó para la parrilla.

—Tiene que reinar la verdad —dijo dirigiéndose a la habitación en general—; ya se sabe, en la comida y en el amor. ¿No se te había

ocurrido esto antes? —Esperó, de espaldas—. Cuando la comida se aleja demasiado del amor…, la preparación de la comida tiene que ver con el amor. La leche materna. Y cuando la comida se aleja demasiado del amor, se produce una avería, como una avería en la comunicación. Y todos caemos enfermos. Cuando se aleja demasiado del amor.

Miró por encima del hombro. Las hermanas estaban escuchando, Lizzyboo con total atención (había dejado incluso de comer), y Hope con paciente sospecha. Guy, que se estaba dirigiendo ahora a la cocina eléctrica, sintió los ojos de su mujer fijos sobre su espalda, sobre su pelo, sobre las mismísimas púas de su cogote. ¿Cuál era la verdadera fuerza de aquel escrutinio y de aquel dominio? ¿Qué era lo que los sostenía? Provista de unas cuantas bolsas de tortas sin levadura y de una tarrina de taramasalata de marca, Lizzyboo se fue a su cuarto. Aquel era el momento: el momento era aquel. Guy sintió afluir fuerza al interior de su ser, pero su cara, con sus ojos aguados azules, parecía especialmente débil: la debilidad que era inevitable en él, la debilidad a la que él era débilmente leal. Qué bella es la verdad, estaba pensando. Porque nunca deserta. Porque siempre está ahí, siempre la misma, sea lo que sea lo que intentes hacer con ella. Hope le estaba hablando intermitentemente acerca de las diferentes tareas que él había dejado sin atender (domésticas, sociales, fiscales); durante su siguiente pausa para respirar, Guy dijo inteligentemente, dando la espalda a Hope:

—Tengo algo que decir. —Y ya se había desplazado hasta el otro lado—. Va a parecer más dramático de lo que es en realidad, supongo. Creo que tú también tienes algo que decir. —Aquí se volvió. Aquí, por supuesto, estuvo a punto de introducir el agravio que la propia Nicola había mencionado recientemente: el hecho de que Hope, «de manera un tanto sórdida», se hubiese echado a Dink por amante. Pero una sola mirada al odio solar de los ojos de Hope bastó para que Guy pensara: ¡Pobre Dink! Se ha esfumado. Nunca estuvo aquí. Ha sido volatilizado. Ni siquiera es historia—. Quiero decir, hace bastante tiempo que vengo creyendo en la necesidad de… de redefinir nuestra… Lo que quisiera proponer en realidad es un reajuste. Y yo creo que es importante, muy importante, verdaderamente importante, el que seamos lo más sinceros posible. Y no veo por qué no podríamos solucionar esto como dos seres humanos razonables. Con el mínimo de trastornos posible. Hay otra mujer.

Guy encontró bastante dificultad para inscribirse en el hotel de Bayswater Road. Era el quinto hotel que probaba. Aunque las heridas de su cara resultaron ser más bien superficiales, debía de ofrecer un aspecto muy poco tranquilizador (y muy poco próspero) en el mostrador de recepción, con el labio hinchado, el ojo a la funerala y la dramática cuchillada lateral en la frente. Y, de propina, habían

desaparecido los cinco botones superiores de su camisa humeante y empapada por la lluvia; y lo único que llevaba como equipaje era una bolsa de plástico, por cuyo borde asomaba un trozo de slip mojado. Pero, al final, había prevalecido su tarjeta de crédito de osmio.

En su habitación, se limpió un poco y llamó a Nicola. No obtuvo contestación. Extendió sus pertenencias —dos camisas y las pocas prendas interiores que había conseguido coger de la cuerda del césped delantero— y lo intentó de nuevo. No contestaba: ni siquiera su voz descarnada, metida en un hilo blando. Salió y se zambulló en las calles sin taxis, a través de las capas en diagonal de lluvia humeante, a través de los vórtices desesperados de Queensway y Westbourne Grove: las hordas inspiradas de los pobres. Llegó chapoteando hasta el callejón sin salida y subió al porche y llamó al timbre y luego se apoyó contra él. No obtuvo contestación. En medio del calor reluciente del Black Cross bebió coñac y charló con Dean y Fucker, quienes le informaron de que Keith se hallaba un poco más al oeste de la ciudad con su amiguita de lujo, una zorra morena llamada Nick que le regalaba dinero y que, para más señas, era capaz de dejar sin gota un camión cisterna entero chupando la punta de la manguera. Guy los oyó hablar con escepticismo rayano en la crispación, y volvió a la puerta de ella, donde permaneció sin moverse durante las dos horas siguientes.

… En su camino de vuelta al hotel pasó por delante de Lansdowne Crescent. Le pareció que la casa, su casa, ya estaba insoportablemente encendida por dentro, como una casa de muerte, una casa en la que hubiera muerto un niño de forma escalofriante. Por otra parte, encontró dos pares de calcetines empapados en la rosaleda, más todas sus corbatas de seda. Se detuvo en Queensway a comprar artículos de aseo en la droguería abierta toda la noche. De nuevo tuvo problemas en la recepción para que le entregaran la llave. La llamó, y siguió llamándola sin parar, entre visitas esporádicas al minibar. No contestaba. Y no se puede hacer nada cuando la gente no está. Cuando no se obtiene contestación alguna. Nada.

La soleada mañana siguiente (había que proceder con rapidez), Keith se hallaba sacudiéndose los brazos en la entrada de piedra de Windsor House.

Qué noche más cojonuda: cena en el Pink Tuxedo, de copas en el Hilton, el club especial con exhibición de modelos en la pasarela, y luego otra vez al apartamento para un par de vídeos, para redondear la velada. Keith pensó con antipatía en Guy, que había empañado este último capítulo con sus incesantes llamadas telefónicas. A pesar de todo… Keith se sacó del bolsillo la carta souvenir del restaurante: había comido *faisan à la mode de champagne* o alguna otra pijada por el estilo. Rechazó el vino, por supuesto, en favor de la cerveza lager.

Con lager no puedo desbarrar demasiado. La lager es *de barril*. A pesar de todo, Keith no estaba convencido de que aquella comida tan elaborada estuviera hecha para él; convencimiento que se basaba en las visitas repetidas que había hecho al cuarto de baño al volver a casa. En tales ocasiones acusaba uno particularmente la incomodidad de un piso tan pequeño. En aquel tugurio, en aquella situación tan extrema, lo último que desea un hombre es oír a la mujer y a la cría armando follón sin parar.

En aquel momento se paró un turismo de dos puertas con chófer, seguido por una furgoneta en la que iba inscrito el logotipo de los afamados dardos. Ligeramente mareado tras su primer cigarrillo del día, saboreado en postura erguida, Keith se adelantó a saludar a Tony de Taunton, productor ejecutivo, y a Ned von Newton, el hombre que llevaba el micrófono. Sacudiendo la cabeza, Keith contemplaba a Ned von Newton, incapaz al principio de creer lo que veían sus ojos. Ned von Newton. Mr. Dardos.

—Un verdadero honor —dijo Keith—. Escuchad, amigos: un ligero cambio de planes.

—Tenemos la dirección correcta, ¿no, Keith? —preguntó Tony de Taunton mientras levantaba su cara rizada en dirección al altísimo bloque de pisos, que ardía bajo el sol bajo como si, en cualquier momento, todos sus cristales fueran a salir volando amartillados por el cielo despejado.

—Me he mudado, vaya. Mejor yo voy delante con mi Cavalier.

No podemos parar. Ella no puede parar.

Ah, la dolorología de mi cara, en la que los dolores toman posiciones como centinelas, como soldados que aborrecieran mi vida. Esta sensación de estar para el arrastre, como esa molestia que sientes cuando te vacunan —cuando la jeringuilla tiene dos metros de largo —. Y no en el brazo ni en el culo. En la cabeza, la cabeza. El dolor no puede parar.

Caray, hasta una picada de avispa que está buscando polvo en el cristal de la ventana medio abierta… Anadea cristal arriba, luego se deja caer y planea pesadamente, para volver a ascender, sin ser capaz de volar limpiamente. Entrar y salir constantemente por la ventana debería ser una de sus principales habilidades. ¿Para qué sirve este bicho, aparte de para picar a la gente cuando se siente asustada? Igual que la paloma que vio Guy, que vi yo, que vemos todos, se enfrenta a un repertorio muy exiguo de decisiones: ir a por la pizza *ahora* y correr el riesgo de convertirse en pizza ella también, o revolotear gansamente en el aire durante un par de segundos e ir a por la pizza *entonces*.

Descubro que he pasado los diez últimos minutos mirando por la ventana, viendo a un chaval de doce años robar cansinamente un coche. Mientras él llevaba a cabo el robo, pasó por allí cojeando un hombre muy viejo con calzado de deporte. No era mi coche. No era el coche de Mark. Este me llama para decirme que va a venir para asistir a una fiesta la noche de Guy Fawkes, o la Noche de las Hogueras, como él la llama. Se deshace en alabanzas hacia el Concorde. No tengo por qué preocuparme: encontrará una cama caliente en otra parte; pero a ver si coincidimos. Después de anoche, ya he dejado de odiarlo. Siento una nueva emoción, que está esperando tomar forma. ¿Qué? Asprey pregunta si me ha gustado *El lago de los piratas*. Le he mentido al decirle que no. El libro dio origen a un escándalo bastante divertido, me cuenta: hay algo al respecto en las revistas del cuarto de baño… Esta mañana ha estado aquí Encarnación. En vez de quedarme sentado escuchando lo que decía, en vez de quedarme sentado oyendo a Encarnación asesinar la experiencia humana, decidí salir. Pero no tardé mucho en volver. Demasiada gente negándose el placer, o negándose la molestia, de molerme a palos. Cuando veo las peleas, decido ser increíblemente educado con la gente joven y fuerte. Encarnación estaba en el despacho. Parecía estar mirando mi cuaderno de notas. Otra cosa. La fotocopiadora que parece un tostador: creí que no funcionaba, pero tenía unas lucecitas encendidas.

Estaba canturreando cálidamente… A veces (no sé cómo) me quedo en Babia, y pienso que estoy en un libro escrito por otro.

La avispa se ha ido. Pero no por la ventana. La oigo chocar contra las cosas. Volverá a mí. Los insectos y la muerte siempre vuelven a uno. Les haces señas para que se alejen, pero luego vuelven hacia ti. Todas las cosas espantosas acaban volviendo hacia ti.

Y ahora viene una revelación.

Dink no lo hace. Me lo ha dicho Lizzyboo. Se lo sonsaqué en Fatty's. La soborné a base de helados con frutas y nueces hasta que se decidió. La comida es dulce como una novela rosa de supermercado, como Fueron felices y comieron perdices. La comida es horrible. A ella le repatea lo que está haciendo consigo misma, pero no puede parar, no puede parar. (Nadie puede. Yo no puedo.) Por su mejilla corren lágrimas —por su barbilla corre salsa—. Hemos debido de dar la impresión de esa pareja de la postal de risa. En la cafetería junto al mar. Juan Merino[21] no quiere comer tocino… ¿Cuál de los dos es más cruel?

Dink no lo hace. Dink no lo hizo con Lizzyboo y no lo ha hecho con Hope tampoco: de modo que Hope está limpia, más o menos (aunque no voy a usar eso. No lo necesito). Dink se revolcará y besuqueará y meterá mano. Lo puedes ver en pelota viva si insistes. Pero no lo hace. Tiene miedo a causa de su tenis —sus reveses contundentes, sus smashes imparables—. Hace trece años que Dink no se corre. Y este gilipollas peludo no es nada más que el número noventa y nueve mundial.

También está el miedo a contraer una enfermedad fatídica. Si atrapara *una*, dejaría de ser el número noventa y nueve mundial. Y empezaría a ser el cinco billones y medio. Dink es cuco. Dink está obsesionado. Sabe que los muertos no juegan al tenis. Por eso observa la susodicha norma.

Pobres hermanas, rodeadas de estos machos incapaces, con estas normas incapacitantes. Hasta la masturbación les viene grande. Guy, Dink; y ahora yo también. Sí, yo también lo he dejado. A decir verdad, no tengo nada contra esa práctica. Siempre creí que iría anadeando al cuarto de baño con los calzoncillos bajados hasta las rodillas *a lo mejor por última vez*. Pero, últimamente, con estas nuevas lesiones en mis manos, etcétera, he dejado todo eso atrás. Tengo miedo de contagiarme a mí mismo una enfermedad venérea. No sería la primera vez que esto ocurre. ¿Y por qué había de importarme a *mí*?

Kath sostiene que Keith se muestra ahora muy contento en casa, cuando está en ella. Pero, evidentemente, no lo bastante como para dejar de hacerle cardenales en la barbilla. Todas las mujeres de la calle parecen de repente negras y azules y escarlata —ojos violeta,

labios carmesí—. Alguna de estas instrucciones de crueldad provienen de arriba. La crueldad está siendo delegada.

$E = mc^2$ es una bonita ecuación. Pero ¿cuál es la teodicea del uranio? Física feroz. Y la materia newtoniana de tamaño mediano de todos los días, y la física de la tumbona y de los mapas y de los óbolos de la vida corriente y moliente: todo esto la tiene también tomada con uno. Los bebés están haciendo experimentos físicos sin parar (cómo resbalan y se tambalean) en su escuela de golpes duros.

Un nuevo cardenal también en ese culito, con su precoz nobleza de curva, y tres nuevas quemaduras de cigarro, de nuevo en forma de triángulo. La nalga izquierda dijo *por eso*; la derecha dice *porque*. Lo intento, pero no cazo a Keith haciéndolo. Sus ojos brillan con la rojez del cigarro.

Debe de ser como una adicción, una adicción que puedo entender —al igual que yo floto en la cresta de algo irresistible e impío—. La calma pesada que siente el adicto no gratificado, al despertar al sonido de una voz que dice: hoy será el último día, el día del perdón y el final de la lucha, el día del placer. Y la mañana pasará tan dulcemente…, en medio de un pecado tan seguro…

—No aer pupa.

Gemí de espanto: la niña estaba despierta, con los ojos completamente abiertos, y desnuda. A través de la puerta llegó el gruñido de Clive, un gruñido expectante, a modo de aviso.

—No aer pupa.

—¿Qué? —exclamé (estaba pasmado)—. No. No te hago pupa. No te hago pupa. No, claro que no, mi niña.

¿Va a venir aquí alguien a quien yo no conozco? ¿Una asistenta social como Nicola disfrazada? Un tío sonriente, como yo, como yo mismo. ¿Soy yo? Me restriego la cara. Fuera, el infierno, el tormento, el asesinato del sol bajo, y su cruel hilaridad. Yo no digo nada. Kath no dice nada. Y Kim no me lo puede decir. Kim no me lo puede decir. Y alguien no puede parar.

La vida no se ha acabado, no del todo. Pero la vida del amor sí. Yo podría haber obtenido el amor envuelto en papel.

—Por favor, querida —dije yo hace ya noventa y cinco días—. Haz esta última cosa por mí. Hazla, Missy. No aquí. No, por Dios. Tomaremos un pequeño y atractivo apartamento en alguna parte; por ejemplo, en Palm Springs o en Aspen. Hazlo, Missy. Me portaré estupendamente, divinamente. Te lo prometo. Haz esta última cosa por mí.

Hasta la misma naturaleza me estaba diciendo que yo había perdido, que el amor había perdido. Missy odiaba todo en aquel

momento, a sí misma, a mí; odiaba las circunstancias contemporáneas. El segundo y último acto de amor tuvo lugar aquella mañana, y yo oí o sentí (creí) el fatídico chasquido o punzada de la concepción. Ella odiaba todo en aquel momento; pero, más que nada, odiaba la naturaleza, los árboles con sus siluetas de dolor y espanto, la espuma esponjosa del litoral, aquel tarugo del camino con forma de foca trágica o patéticamente muerta. A ella le había gustado allí.

Yo me escondí a la vista general. Arrastré la barca hasta el agua. Al principio, el cielo parecía uno de esos charcos pequeños y templados de Darwin, azucaradamente azules, en los que la vida se tiene que formar ineluctablemente; pero el propio estanque estaba cansado. No tenía necesidad de adentrarme mucho ahora, pues el mar se estrellaba contra las dunas y se aproximaba varios metros cada semana. Los remos se deslizaban a través de la tracería de insectos patinadores muertos. Di un grito al ver cómo el clan de las chasqueantes tortugas, que aún seguían en pie de guerra, corría a esconderse entre los juncos. En la flor de su juventud, y cuando mostraban disciplina y *esprit*, se asemejaban a los cascos alineados de la policía antidisturbios coreana. Pues bien, estos adictos a la supervivencia se revolcaban flojos y agotados: tazones sucios en un comedor de beneficencia. Y yo era un viejo vagabundo que estaba comiendo en aquel comedor con las mangas remangadas. Durante una hora, el cielo fue auténtico azul Cape Cod, con unas cuantas nubes sólidas que resplandecían majestuosas como estatuas. Después de esto, solo calor, y el sol y el cielo volviéndose paulatinamente del mismo color.

No se dijeron nada más. La naturaleza siguió encargándose de casi toda la conversación. El LimoRover vino por ella al atardecer. Lo conducía uno de los socios de Sick, Mirv Lensor, otra variedad de pillo washingtoniano. «Mirv Lensor: Expediciones», decía la tarjeta que me enseñó por la ventanilla al desobedecer yo las órdenes e interponerme torpemente en su camino —en ridículo desafío—. Sheridan Sick tiene un sistema de ventilación en su apartamento que elimina todos los nitratos del aire que respiran Missy y él. Con lo cual se retrasa considerablemente el proceso de envejecimiento. El tiempo transcurre más despacio allí, más despacio que para mí.

Al marchar ella, cayó la noche, y yo encendí el fuego. Pasé la noche contemplando la ventana posterior iluminada por la lámpara. Esta ventana me contenía a mí, me incluía a mí, lo decía todo: mi rostro reflejado, y luego, un par de milímetros más allá, la superficie exterior como una barca con fondo de cristal, solo mar profundo, agua pesada, con toda clase de animales terribles dentro, con forma de zarcillo, de pesa, alabeados por la gravedad; o como una preparación para el microscopio del científico loco, cultivos desdichados en oposición compuesta, el gusano ambicioso con antenas oscilantes

como movimientos de radar, la polilla larguirucha despejando brevemente las cubiertas con su frenético aleteo continental, las moscas enanas insignificantes, las hormigas con piernas y las arañas de andares torcidos, la ocasional mariposa blanca e inocua alejándose lánguidamente del cristal, todos ellos buscando el brillo atómico, el sol nuclear de la bombilla de la lámpara. Todas las cosas equivocadas prosperan.

Está sucediendo.

Por fin, a altas horas de la noche, los gritos de la ciudad se congregan y se convierten en algo, ahora que el eclipse está tan próximo: la ciudad está encontrando por fin su voz, como el ruido sordo de un corazón triste que dijera: «No… No… No…» No puede parar. Y a kilómetro y medio de mi ventana hay otra persona que está escuchando. Una mujer que no puede parar de decir: «Sí… Sí… Sí…»

Me siento impotente ante estas fuerzas. Es imposible pararlas —el siglo te dice que no puedes pararlas—. Tengo que convertirme en aquel torero tuberculoso que conociera Hemingway. El toro pesa media tonelada. Tú le dejas tener la fuerza.

Manolito, ¿no se llamaba así? Muerto en la arena de Madrid.

21. A LA VELOCIDAD DEL AMOR

Guy obtuvo su noche con Nicola. Guy Clinch alcanzó la final con Nicola Six. Y obtuvo su noche de amor.

Sucedió, por así decir, de un modo particular. La fuerza del amor que envuelve al planeta, como el tiempo atmosférico, halló aquella noche un mensajero o agente en Guy, que nunca se había sentido tan plenamente elemental. No sabía él que ella era precisamente una mujer del tiempo, provista de puntero y mapa. Para él fue la pura realidad. No supo que era simplemente un anuncio.

Antes, sin embargo, ella tuvo que explicar el asfixiante vacío de su ausencia: y no ya solo durante aquella noche de lluvia, en la que la casa de Guy le estallara a este en plena cara, sino también durante las siguientes treinta y seis horas que ella había dedicado de modo altruista a Keith Talent y a sus necesidades específicas. Ayudando a Keith. Oh, cómo se desvivía ella por los demás…

—He ido —dijo Nicola— a visitar las tumbas de mis padres. En Shropshire.

Guy frunció el ceño. Los hombres de Nicola, y sus ceños vermiculares.

—Creía haberte oído decir que no sabías nada de tus padres.

—Eso —dijo Nicola, que había medio olvidado ya buena parte de sus primeras conversaciones— fue una mentira deliberada. Resulta que, hace mucho tiempo de esto, soborné a una empleada del orfelinato, que me reveló dónde estaban enterrados. —Se encogió de hombros y apartó la vista—. No es mucho, ¿verdad? Nada más que sus tumbas…

—Pobrecita…

—Qué barbaridad, los trenes. Como en la Rusia de las purgas y las hambrunas. Me sentí una Nadezhda Mandelstam. Sin embargo, es un pequeño cementerio muy mono. Lápidas. Judíos. —Si él le hubiera preguntado dónde se había hospedado, ella podría haberle soltado que en una taberna de mala muerte. Pero no hizo falta. Después de todo, él estaba contentísimo de verla—. Te lo debería haber dicho, lo sé. Me encontraba en un estado anímico muy extraño. Extrañamente inspirada.

—Bueno. Ya estás aquí sana y salva.

Estaban cenando a la luz de unas velas sobre el suelo del cuarto de estar, frente a la chimenea encendida. La luz del fuego y la luz de las velas parecían piropear su vestido completamente rosa (a modo de respuesta, se podía oír el susurro de las enaguas, el leve chismorreo de la gasa) y las cándidas cintas rosa de su desordenado pelo. Qué cena tan sencilla y tan reconfortante: pan, queso, tomates, un *vin de pays* suave pero sin pretensiones… Nicola había, en efecto, arrancado las etiquetas para disfrazar el espeso clarete que había elegido, un Margaux de una cosecha famosísima.

—Podrá parecerte un simple antojo —dijo ella lánguidamente—, pero sentí necesidad de *sincerarme* con ellos. Y contigo.

Guy asintió con la cabeza y tomó un sorbo, y otro sorbo, y vuelta a asentir. Su paladar, sus educadas papilas, siguieron saboreando la fruta, las flores, el cuerpo entero (robusto, pastoso, atonelado, áspero) de la vida examinada, la vida del pensamiento y del sentimiento tan lánguidamente combinados. Se sentía rico en entendimiento. También se sentía, en aquel momento, un amante más bien pobre: un hombre enfermo, para más señas, y completamente destemplado. El resfriado que había cogido bajo la lluvia insalubre había degenerado rápidamente en una fiebre ártica. Tres veces había bajado a exigir el completo abastecimiento de su minibar, del que había dependido su dieta, compuesta de galletas tostadas cubiertas con sal, anacardos, chocolate suizo y todo tipo de bebidas, desde cerveza negra hasta jerez dulce. Aparte de sangrarse las carcomidas puntas de sus dedos marcando sin parar un número de teléfono, se sintió incapaz de cualquier acción o pensamiento. En sus sueños, cuando no escoltaba a niños desfigurados a través de zoos vacíos, atraía la atención de las maneras más desagradables que imaginarse pueda: en desnudez moral, en ignominia priápica… Ahora se sentía rico en entendimiento, rico en debilidad —¿y en qué más?—. El vigor restante parecía estar empaquetado en el atasco de sus calzoncillos. Al visitar el cuarto de baño poco después de llegar al apartamento de Nicola, se había visto obligado a hacer una especie de pino antes de apoyarse por fin en el asiento del váter con la cara prácticamente pegada a la alfombra.

—Supongo que tengo una especie de obsesión —dijo ella, saboreando ahora la sensación del riesgo— respecto al papel sagrado que desempeñan los padres. Desde luego, para los grandes ritos de pasaje. Como perder la…, como el primer acto de amor.

De modo que, en cierto sentido, Guy disfrutó de todo.

En primer lugar, hacia las 22.45 sobre la alfombra, delante del fuego, las caricias del pelo, y el mirarse mutuamente a los ojos, y las deliciosas confesiones, y los besos solemnes.

A medianoche fue llevado de la mano hasta el dormitorio. Mientras

permanecía a solas (ella no tardaría nada), se desabotonó la camisa con una sonrisa magullada, y esbozó una mueca tierna al sentarse para quitarse los zapatos, y luego, con agradecido fatalismo, entró desnudo en la extraña frialdad de aquellas sábanas ajenas. A las 24.20 desobedeció su orden de cerrar los ojos mientras ella entraba corriendo por el marco de la puerta y se lanzaba a la cama con sujetador atlético color carne y leotardos de estambre, puestos, quizá, en un último alarde de modestia…

¡Ella necesitó un siglo entero para entrar en calor! Qué juguetones arranques y paradas antes de que quedara plenamente envuelta por el robusto acaloramiento de él. Él nunca había imaginado que pudiera haber tanta risa, tanta alegría infantil. También adorables mohines y gemidos, y repentinos desalientos y almibarados éxitos. A la 1.15 se desabrochó el espeso sujetador. Por primera vez sintió él la líquida frescura de sus pechos sobre su esternón. A las 2.05 cayeron crujiendo los leotardos de espuma. Cuando ella vio que él estaba a punto de caramelo, le dejó pasar la mano por el increíble poder de la parte interior de sus muslos.

Entretanto, besos como toques calientes que sabían a insomnio y a fiebre, y el íntimo rechazo de la mañana siguiente o de cualquier tipo de futuro. Todo estaba cubierto por el brillo de un leve sudor, y, para él, los golpes, los shocks y descargas de las caricias no pactadas otorgadas a su desnudo corazón. Sus bragas, inocentemente poco femeninas en su textura (su elástico sugería incluso algún tipo de prescripción médica), fueron vistas por última vez a las 3.20.

La habitación había cambiado de color muchas veces aquella noche; pero estaba llena de la palidez del alba, y de las horas de vigilia que habían bregado juntos, cuando por fin él se echó encima de ella (a las 4.55). En ese instante, también la carne de ella acusó una transparencia dolorida; los trazos azules de sus pechos parecían rimar con los cabellos húmedos que serpenteaban por su cuello y garganta como signos de interrogación.

—Sí. Mi amor.

Esto pareció bombear todo el aire que había en ella.

—*Cómo duele. Oh, cómo quema*…

Él había entrado de puntillas; pero a las 5.40 quedó plena y señorialmente instalado en el palacio de púrpura del dulce pecado. Durante una hora, las agudas inhalaciones de ella, sus arias de exaltado abandono, fueron los guías de la decreciente precaución de él. A las 7.15, con cinco dedos de los pies en cada hombro, cuatro dedos de las manos en sus nalgas, una palma suave sopesando su escroto, y casi toda su cara en la boca de ella, Guy se columpiaba hacia delante y hacia atrás en el místico toma y daca de un espiritual negro, entonado por todos los chicos y las chicas que cantan en el coro

del amor.

—Ya —dijo ella—. Para *ya*.

El paró. Ella aplicó su dedo meñique al pecho de él. Y entonces se fue, y Guy se sintió caer a través del aire fino.

—Acabo de descubrir algo que está mal. Algo que está terriblemente mal.

Guy parpadeó contra la almohada.

—Sería terrible. Completamente inexpiable.

Guy yacía allí, a la espera.

—Tienes que decírselo a tus padres. Y a los de tu mujer también, por supuesto.

Como quien encuentra una feliz escapatoria, ella se estaba poniendo ya las bragas. Parecían efectivamente una venda elástica, a la luz de la mañana. Guy soltó una risita extraña y dijo:

—Yo solo tengo padre. Y ella solo tiene madre. ¿Y decirles qué?

—Simplemente sincerarse con ellos.

—Yo los llamaré.

—*¿Llamarlos*?

A las 7.20, una vez que habían acabado de discutirlo, Nicola dijo:

—Entonces, ve a Nueva York. Ve a Nueva Inglaterra. Ve a Nuevo Londres.

Ve a London Fields.

Keith se hallaba disgustado.

—O sea que, en resumidas cuentas —dijo a Kath mientras esta le servía un tardío desayuno—, ya has vuelto a meter otra vez la nariz donde no te llaman. Con tus preguntas. ¿Eh? ¿Eh?

Él la miró fijamente desde el abotargado encierro de su resaca. Con una noche de permiso por delante concedida por Nick mientras ésta despachaba a Guy, Keith se había aventurado a ir al Black Cross, y al Golgotha, donde, a medida que la noche progresaba, se había convencido a sí mismo de esto… Kath volvió al fregadero. Dijo:

—Él me dio la información.

—Yo sí que te voy a dar una información dentro de un minuto. ¿Tony de Taunton?

—Dijo simplemente que estaban haciendo un pequeño programa. Sobre ti.

Con un meneo de cabeza, Keith dijo:

—Y tú dices: «Él es mi marido», y todo eso. —Volvió a menear la cabeza—: «Y tenemos una hijita.» Todo eso.

—Yo no dije nada.

Ella soltó esto alegremente. Keith pareció calmarse —aunque

estaba claro que se hallaba bastante enfadado—. Dejó el cuchillo y el tenedor en el plato al preguntarle Kath:

—¿Cuándo lo ponen entonces?

—¿El qué?

—El programa, por la tele.

—Eso a ti no te importa. Negocios míos, vaya… Dardos. No es… —Keith hizo una pausa. La verdad es que le costaba mucho trabajo digerir aquello. Él en la tele: no atinaba a casar estas dos realidades. Por mucho que se esforzaba, por muchas vueltas que le daba, simplemente no lograba asimilarlo. Estiró su dedo lanzador en dirección a Kath—: Como las noticias. No te vas a creer todo lo que te cuenta la tele.

—Pero sí puedes creerte los dardos, eso es más seguro que Dios.

—Sí, pero… Esto… Esto no… no lo ponen *en* la tele —dijo—. Por supuesto que no.

—¿Qué es lo que no ponen? ¿El programa de la tele?

—¡Joder!

Keith juzgó prudente cambiar de tema. Así que se puso a hablar de lo fea que estaba ella ahora y de lo mucho que se deprimía él (juró que se le caía su jodida alma a los pies) cada vez que la miraba.

—¿Tú sabes de qué estoy hablando? —concluyó, mucho más moderado—. De éxito. Y fíjate por dónde, ahora lo tengo al alcance de la mano. Es un modo de vida que no entra en tu mollera. Lo tengo al alcance de la mano, nena. Me está buscando. Me largo.

La niña dio señales de querer despertarse: las labores de la conciencia infantil se reanudarían enseguida. Pronto empezaría la pequeña a desgranar cuadrículas y circuitos. Kath sintió un escalofrío al dirigirse, pensativa, hacia la puerta. Los ojos de Keith se llenaron de todo eso que no podía seguir aguantando: sus labios se tensaron, luego palidecieron y, finalmente, se desvanecieron hacia dentro cuando dijo, con todo el veneno del que fue capaz:

—Pienso completar mi preparación en otra parte.

El estirado y apuesto Richard se hallaba presente en el despacho para dejar entrar a Guy, según lo convenido. Durante unos minutos permanecieron ambos allí, rodeados de mobiliario japonés, repasando informalmente sus posiciones en el mercado financiero. El mundo al que se estaban refiriendo ahora representaba aproximadamente un cero coma cinco por ciento de la realidad de Guy; mientras que, para Richard, siempre lo había representado todo.

—No veo ninguna alternativa para capear el temporal —dijo Richard—. Nos hallamos en una auténtica imbecilandia; de eso no cabe duda.

—Estoy de acuerdo. —Cada vez que se encontraban sus ojos, Richard parecía retroceder dos centímetros, como para marcar mayor distancia entre él y el intolerable desaliño de Guy. Supongo (pensó Guy), supongo que debo parecer…—. Estoy de acuerdo —volvió a decir.

—¿Sabes cuál es la expresión que corre allí de boca en boca? *Guerra catártica*.

—Ah, sí, ¿eh?

—La pobre disuasión está en baja forma; o sea, que lo mejor es darle un pequeño susto. Dos ciudades. No está mal, ¿verdad? Todos nos sentiríamos realmente mejor después de una guerra catártica.

Richard rió, y Guy rió también, con verdaderas ganas. Por supuesto, esto le convenía, hasta cierto punto, si es que nada tenía ya importancia. Pero entonces esta hilaridad generalizada podría ser considerada como la condición necesaria para que nada tuviera importancia. Hacía aproximadamente un año que había terminado *El holocausto*, de Martin Gilbert, y había decidido sombríamente que esta obra de mil páginas podía leerse también como un compendio de humor alemán… Guy se dirigió a su despacho y llamó a su padre por la línea directa. Le conectaron rápidamente, pero tuvo todavía que pasar por toda la plantilla: señales decrecientes de confusión hispana, que daban paso a interceptaciones forenses de mayordomos, secretarias, abogados, guardabosques.

—No tiene nada que ver con la oficina —no dejaba de repetir a Mr. Tulkinghorn—. Es personal. Y bastante urgente.

Finalmente, asomó la voz de su padre desde el otro lado del hilo, una voz claramente fatigada, como si el propio teléfono fuera una nueva carga que le estaban pidiendo que soportara.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo ahora. Es demasiado delicado.

—Pero ¿de qué se trata?

Guy le contó de qué se trataba.

—Bueno, creo que no hay más que decir al respecto, ¿verdad? Tienes mi… mi «visto bueno». Que sea para bien, hijo mío. Me alegro de que hayamos hablado.

Unos segundos después, Richard llamó a la puerta y entró.

—Tienes toda la razón —dijo Guy—. Esto es pura fantasía. Todo se calmará.

Guy no había ido a la oficina a hablar con Richard. Había ido a recoger su pasaporte y tarjetas de viaje —a por ese bastón de repuesto que vio con regocijo apoyado contra la pared junto a la puerta—. Mientras avanzaba por la habitación para cogerlo, Richard, que era el hermano menor de Guy, dijo:

—Entonces, ¿para qué vas a Nueva York? ¿Estás herniado o algo parecido? He oído cosas. Parece que te lo has montado bastante bien.

Guy miró al suelo: Richard no lo creería, por supuesto, pero nunca se había sentido tan feliz en toda su vida. Guy miró al techo.

—No lo creerás —dijo—, pero nunca me he sentido tan feliz en mi vida.

—Eres un *gili*.

Cogió el metro hasta Strand, donde compró una bolsa de viaje y un montón de cosas con que llenarla. En el silencio de oro del gran almacén, pasó paulatinamente de la ropa de caballero a la ropa de señora, en busca de una bufanda de seda para la madre de Hope, y de otra para Nicola, ya que estaba allí. Las bóvedas y galerías de ropa femenina, la abundancia de modelos y colores, lo sorprendieron e impresionaron. En comparación con aquello, los hombres iban vestidos con uniforme. Claro que… Claro que, en estos momentos (unos momentos que en cierto sentido duraban ya medio siglo), todos vamos vestidos con uniforme. Y no precisamente como voluntarios, sino como hombres y mujeres levados a la fuerza, conscriptos lamentables. Los niños que cruzan en fila de anaconda el paso de cebra van con uniforme. Esa vieja que va dando tumbos entre sombrero y sombrero va con uniforme. Nuestros hijos han nacido no con trajes de cumpleaños, sino con uniforme —con pequeños trajes de marinero—. Difícil lo tienen en el amor. Difícil lo tiene el amor, si todo el mundo está enrolado en un ejército semejante. El amor lo tenía difícil.

En aquel momento la puerta giratoria lo devolvió a la calle (el bastón con empuñadura de cobre marcaba realmente la diferencia). En lo alto, el sol bajo, dibujaba la silueta de un águila planeando sobre la calima cirrónica; mañana un buitre, tal vez, encorvado sobre la carroña de Londres. Bajó los ojos y vio un bonito gato tras las rejas de la ventana de un piso-sótano: bostezaba y se desperezaba, ajeno al curso de la historia. Pasó por allí un viejo que contenía tímidamente una sonrisa, recordando algo agradable o gracioso. ¡Consérvalo! ¡Sí, no lo dudes! Guy paró un taxi y llegó a un rápido acuerdo con el conductor disfrazado de alabardero de la Torre de Londres. Subió. Ya no tenía miedo. De camino hacia Heathrow, echó un vistazo a los libros que ella le había dado como lectura transatlántica y volvió a leer las dedicatorias. Hacia el oeste, como los cabellos de una loca, las nubes finas lo atraían hacia la consumación de su realidad. Ya no tenía miedo; ni temía ya por el amor. En parte era la firmeza de los principios de ella, tan segura de sí misma si se pensaba bien, faltando como faltaban solo unos días para el eclipse. En parte era el retroceso de la imagen de Keith en su mente: el único resquemor a este respecto era el talento para la crítica literaria que había revelado (¿qué otros

encantos y habilidades podía tener Keith reservados?). Pero, principalmente, no pudo por menos de admitir, eran aquellas bragas. Guy sonrió, y continuó esbozando sonrisas de dolor a cada bache que cogía el taxi. Qué horror. Y desagradables al tacto, también (sus dedos habían explorado todos y cada uno de sus átomos). Exactamente el tipo de prenda que esperas que lleve puesta una virgen, a sus treinta y cuatro años.

17 doble, pensó Keith. Mala cosa. Vete más dentro, mira al 1, al 8 doble. Pero ni siquiera aparenta treinta. Tampoco buena cosa. Mejor ir a por el 10, el 10 doble. Cremas hidratantes, seguro.

—¿Dónde están mis llaves? —dijo ella.

Keith miraba melancólico la parte superior de las medias de Nicola, que le precedía por la escalera; ella se detuvo y, volviéndose, dijo:

—Cuando tenías dos dardos para matar el 66, pensé que tirarías al 16 y luego a la diana. Pero no. Tiraste a la diana y luego al 8 doble. Todo un mago. Eso se llama rematar, Keith.

—¡Sí, je, je!

—¡Y el 125! Todo el mundo estaba esperando un 19 triple, un 18 grande y un blanco. Pero no, te marcas un blanco *exterior* y un 20 triple. Magistral. Eso se llama ajuste fino… ¡Keith! ¿Te pasa algo? ¿Por qué me miras así?

—Se dice *diana*. No blanco. Diana.

Nicola subió el último tramo de la escalera con la cabeza inclinada en actitud compungida. En el cuarto de estar, dijo cautelosamente:

—¿Qué te parece, querido? ¿Quieres que vayamos a comer ya, o prefieres relajarte antes un poco aquí?

—Ni se te vuelva a ocurrir cuando acabo de llegar —dijo Keith enjugándose la palma de la mano—. Déjame respirar un poco, ¿vale?

—Perdona. ¿Por qué no te quitas la americana y lo pruebas? —dijo ella, refiriéndose al nuevo blanco que había encargado y que le habían llevado aquella tarde—. Mientras voy a por tu lager.

—Todo a su debido tiempo.

—¿Te gusta?

—Es una chulada. —Keith se quitó la chaqueta y alargó la mano con parsimonia de campeón para coger su bolsa púrpura—. Blanco veteado de madera. Caoba pura.

Nicola se dirigió presurosa hacia el frigorífico, donde se hallaban dispuestas las latas de lager cual bombas en sus respectivos compartimentos. En realidad no la había *mandado* a por una bebida, por lo que temía estar metiendo la pata. Vaciló unos instantes, mientras escuchaba el fragor de sus dardos.

Los días siguientes, ella lo llevó (a Keith) a ilustres restaurantes de los de antes, en medio de cuyos terciopelos y velas él brillaba vidriosamente con su disonancia de clase, con su pinta hortera, con su anticarisma; permanecía sentado con la carta adornada de borlas en la mano, oyendo a Nicola traducir. Ella lo trasladó (a Keith) a lugares de terrible formalidad, linos reveladores y soperas insultantes, y él siempre pedía lo mismo que ella. Ella le compró (a Keith) los bonitos chalecos negros y los pantalones negros con adornos que a él le gustaban; como resultado de ello, cuando volvía del aseo a su mesa se levantaban manos por toda la sala, como en una clase cuando la guapa maestra hace una pregunta fácil. Nunca hablaba (Keith). Nunca hablaba. Al principio, ella supuso que se había apoderado de él una rabia inescrutable. ¿Le estaría dando aún vueltas a su metedura de pata con lo de blanco en vez de diana? ¿Habría difamado alguien al Marquis of Edenderry? Luego cayó en la cuenta: él creía que eso no se hacía. Él creía que no se hablaba. Aunque otros sí hablaban. Ahí estaba él sentado, masticando (Keith), con cautela, sin gula, enfrascado en sus pensamientos dardísticos. O tal vez se preguntaba por qué, con la imaginación, uno se sentía a gusto en casa en lugares como aquel, cuando en realidad ese no era nunca el caso, ni lo sería jamás. Con los camareros, Keith se mostraba como una damisela de mírame-y-no-me-toques: la más leve mirada del jefe de comedor podía perforarle hasta el alma. Nicola supuso que esto explicaba su predilección proletaria por la comida india, y por los camareros indios. ¿Quién temía a esos sonámbulos de tez morena? Probó una vez (Keith) un vaso de Mouton Rothschild y lo escupió en la servilleta. Ella pagaba ostentosamente, examinando siempre con lupa la cuenta, mientras Keith dirigía una mirada meditabunda a los candelabros. Él conocía la conducta exacta de un hombre que reniega de sus orígenes humildes: actúa como si sintiese que todo eso le pertenece por derecho propio. Pero le estaba costando bastante trabajo sentir esto aquellos días, y otro tanto representarlo. Cuando el pulcro camarero que los recibía hablaba con ella en lo que él suponía era francés, cuando aconsejaba y rogaba, frotándose las manos, Keith pensaba siempre que le estaba preguntando cómo podía salir con alguien como él. Como él (Keith).

En casa, no obstante, en el piso de ella, Keith era el rey. Se presentaba hacia las diez o las once y la miraba a través de los fragmentos, del entarimado turbulento, de sus apetitos revueltos. Ella se vestía ostentosamente para él, para ganarse esa risita de admiración. Antes de que él empezara sus lagers o sus Lucozades, ella le servía cruasanes, y un café endemoniado, y un par de veces consiguió ponerlo de buen humor merced a un tequila Amanecer, en el que había una pizca de dulce que neutralizaba el bronco tirón del

alcohol. Luego él lanzaba sus dardos sin parar, deteniéndose solamente para acusar recibo de un bocadito exquisito, por ejemplo, y de una lager servida en el bock de peltre que ella le había comprado, o para saborear un nuevo vídeo; y como Keith necesitaba ahora cuatro o cinco por día, Nicola distaba mucho de aburrirse… Al principio, él dejaba los dardos cuando sonaba el teléfono y resultaba ser Guy, que hablaba gritando sobre el ruido ambiente de algún aeropuerto o estación de servicio; pero al cabo de poco tiempo su soberanía local había llegado a tal extremo que reivindicó también sus derechos durante las llamadas. En una ocasión, Guy llamó desde un motel desértico y se percató del ruido de fondo: Nicola dijo que probablemente se trataba de un contador de monedas, justificando así las lentas impacciones triples de los tungstenos de Keith. Cuando hablaba con Guy, Nicola parecía estar recitando a Keats. Para Keith, todo aquello eran chorradas. Quería a Nicola como querría a su mánager, un mánager influyente. Se notaba esto en cuanto se atravesaba el umbral de la casa: todo el piso apestaba a pornografía y a dardos.

La víspera de la Noche de las Hogueras, o de la noche de la Final, un par de horas antes de que apareciera en antena el docudrama sobre Keith, Nicola decidió ahorrarle los suplicios de los torturadores con esmoquin y se llevó a Keith a cenar algo ligero en 192, el restaurante frecuentado por los periodistas de Kensington Park Road. Y allí estaba él ahora, sentado con su zumo de naranja, esperando cautelosamente el sushi que ella le había sugerido que pidiera.

—¿En qué estás pensando, Keith? —preguntó Nicola afablemente.

Él no contestó nada.

192. Lo mejor es esto: márcate un máximo. Un golpe físico y psicológico. Te quedan 12. Pero si das dentro, te quedan 6. 6. 3 doble. Asesino. Evítalo. Y también puede suceder de esta manera. Estás en 57 y vas a por el 17, quedándote 40, pero das en el triple. 51. Te quedan 6. O vas a por un 14 doble y marcas un 11 doble. Te quedan 6. Mala cosa. O estás en 9 doble, haces un uno y marcas un 12. Te quedan 6. O, no lo quiera Dios, estás en 11 doble ¡y marcas un 8 doble! Mala cosa. Te quedan 6. Mala cosa, fatal. Mala folla. Asesino.

Una espera de catorce horas en el vestíbulo VIP de Heathrow; el Mach 2 hasta Newark; el helicóptero hasta Kennedy; el 727 hasta Middletown; la limusina hasta Nuevo Londres. América pasó ante sus ojos detrás del cristal coloreado. El dolor se había extendido ahora hasta sus pantorrillas por abajo y hasta sus tetillas por arriba. Cada tic del segundero de su reloj añadía un exquisito retortijón al trauma de su ser. Miró por la ventanilla y vio los campos de trigo acordonados de Nueva Inglaterra, y también los bosques, también brutalmente

trabajados, aunque conservaban aún su luz ramosa, encintada, de Acción de Gracias. Imposible imaginar que Mohawk y Mahican camparan otrora por allí —sí, y Wampanoag, Narraganset, Pequot, Penobscot, Passamaquoddy, Abnaki, Malecite, Micmac—. Sentía, como no se podía por menos de sentir ahora en América, cómo un continente entero había sido devorado, consumido, mascado.

Había tenido que pasar la noche anterior en Middletown, en un hotel del aeropuerto recientemente inaugurado llamado Los Padres Fundadores. De nuevo tuvo que sortear indefinibles dificultades para convencer al personal de administración de que ni era un pobre ni estaba loco ni enfermo. Uno de los problemas parecía estribar en su nueva costumbre de reírse tontamente él solo. Tal vez tenía la pinta de aquellos primeros marineros ingleses que jadeaban a causa del escorbuto y llevaban los pantalones remangados hasta las pantorrillas. En última instancia, siempre prevalecían sus tarjetas de crédito de iridio y titanio. Tras una ducha, llamó una segunda vez, ahora con éxito, a la residencia de jubilados y confirmó la cita con su suegra. Después de un Virgin Mary[22] en el salón Mayflower, cenó temprano en el Salón Puritano. Junto a su plato se hallaban los dos libros que ella le había dado: uno para la ida y otro para la vuelta. En aquel momento fruncía el ceño, reía entre dientes y meditaba sobre *Del amor* de Stendhal. En su habitación había hecho la última llamada del día a Nicola, quien, pese a lo tardío de la hora y a lo mal que se oía (las impacciones metronómicas del contador tragaperras), lo documentó exhaustivamente durante quince minutos acerca de sus planes para cuando él regresara. Esto complicó su siguiente acción: una maniobra de autoinspección largo tiempo retrasada, llevada a cabo desnudo, con un pie sobre el escritorio y ante el espejo. Mm, mal aspecto. Podía ser incluso grave. Era el tipo de cosa que podía hacer huir a las enfermeras precipitadamente del paritorio. Había ahí dentro unos tintes muy fuertes de verde, y la superficie estaba rizada como bajo el efecto de una brisa potente; pero, por todas partes, su carne era casi pintorescamente azul. El azul, tal vez, de la laguna azul. Cayó dormido preguntándose qué sucedería si se traspusiera a las heroínas de *Macbeth* y *Otelo*. Con una Desdémona escocesa no habría historia, ni trama, ni reyes asesinados. Pero con una Lady Macbeth mediterránea se podría haber conseguido un cuento distinto, y más sangriento, porque tal mujer no habría atendido nunca con tanta afabilidad a las cuitas de Cassio, y podría haber ido a cargarse directamente a Yago…

Ahora se hallaba de camino a Nuevo Londres. *Del amor* yacía en su regazo, así como el segundo libro, aún sin abrir, que se titulaba *La luz de muchos soles*. Guy no iba leyendo: la jaqueca de su ingle había en cierto modo establecido conexiones con el deslumbrante dolor de

pelotas de sus ojos. Vio las noticias de la tele en la limusina, como quien dice renuente y recelosamente de la misma manera que el chófer miraba a hurtadillas por el retrovisor a su poco fiable pasajero. El presidente había tomado la decisión. Iban a proceder. Habían decidido operar a la mujer del presidente.

El reportaje de noventa segundos sobre la vida de Keith Talent fue seguido por veintisiete millones y medio de personas: en el Reino Unido, en los Países Escandinavos, en Holanda, en los lugares rockabilly de Estados Unidos, en Canadá, en el Lejano Oriente y en Australia. Fue seguido por los amantes de los dardos de todos los rincones del mundo, y luego lanzado al espacio a la velocidad de la luz.

Fue seguido por Nicola, apoyada en la rodilla de Keith.

El enérgico Keith Talent es un comerciante de éxito que trabaja fundamentalmente en el londinense West Kensington.

Acompañado de las volteretas porfiadas de un solo de xilófono, se veía a Keith asintiendo sagazmente ante un interfono. Entre su índice y su pulgar se deslizaba un bolígrafo con forma de dardo.

En el elegante piso del oeste de Londres donde vive y trabaja Keith no dejan de recibirse llamadas de Múnich y Los Ángeles. Tanto en los negocios como en los dardos, Keith solo juega a ser el primero. Ganar y nada más es la consigna de Keith. Siempre al lado de Keith se encuentra su fiel amiga Friday Nicky, dispuesta a echarle una mano en todo momento.

La ayudante Nicky, con camiseta y vaqueros y gafas oscuras, aparecía detrás de su jefe provista de varias cuartillas, a las que Keith asentía sagazmente antes de que se hallaran delante de su cara. Ella tenía una mano posada sobre su hombro, mientras apuntaba con la otra. Ahora una instantánea testimonial del Marquis of Edenderry, y luego la cara emocionada de Keith llenando la pantalla.

—Yo soy básicamente una persona a la que le gusta relajarse tomando unas copas con los amigos. Aquí. Con el apoyo incopa…, incompa…, con el apoyo incomparable de cualquier pub de Londres.

Nicky estaba sentada junto a él. Él parecía llevarla cogida por debajo del sobaco. El solo de xilófono había dado paso a una guitarra hawaiana. Keith chupaba su cigarrillo casi con lágrimas en los ojos.

En el mundo de los dardos, Keith es famoso por su ojo clínico a la hora de rematar. Los 170, los 167, los 164, los 161. «Los 160.» (Este era Keith, en tono implacable y desenvuelto.) «Los 158. Los 157. Los 156. Es cierto. Los 155. Algunos cuestionan mi poder. Pero ya verás, Friday, ya verás como logro tapar la boca a los críticos.»

Keith y Nicky salieron en dirección del aparcamiento, cogidos de la mano, balanceando los brazos.

Soltero como es sabido, Keith y Nicky no han pensado todavía en boda. Pero una cosa es cierta.

Una instantánea de la parte posterior del Cavalier, y el sonido de metal pesado, y luego el coche saliendo disparado por la calle zigzagueante.

Keith Talent puede llegar, está llegando, muy, muy lejos.

—… Vaya, Keith —dijo Nicola con voz de asombro, durante la pausa para los anuncios—. Eres absolutamente asombroso. Realmente natural. La cámara te *ama*, Keith.

Keith asintió, algo torvamente.

—Solo me pregunto qué va a decir tu mujer de todo esto.

Él la miró con estudiada hostilidad, como si no supiera si le estaba tomando el pelo o no. Nicola era consciente de que Keith se hallaba en un estado de confusión cuasipsicótica a este respecto. Y ella solo sabía de la misa la mitad. En realidad, Keith seguía aún anclado a la noción de que el reportaje sobre su persona solo llegaría a los lugares en que había sido filmado: el piso de ella y, por supuesto, el Marquis of Edenderry. Pero el propio Keith hallaba esta noción poco consistente; las crecientes dudas sobre ello lo habían tentado a cargarse el aparato de televisión de Windsor House de la única manera que sabía: apagarlo y atravesarlo de una patada. Al final desistió de semejante sacrilegio y se limitó a decir a Kath que —aunque la razón declaraba que el documental carecía de interés a no ser que lo emitieran por la tele— que el documental no lo iban a emitir por la tele.

—De todos modos —dijo ella—, ¿quién anda detrás de ti ahora? ¿Quién es la persona que te asesora sobre los dardos?

—Cierra el pico —dijo Keith, quien, en cierto sentido, consideraba cada vez más el callejón de Nicola como su propia casa. Acababa de terminar un anuncio y, antes de que el siguiente tuviera ocasión de empezar, se oyó una voz que decía:

… Una rápida ojeada al adversario de Keith en esta gran contienda, y luego Kim Twemlow les dirá por qué piensa que va a ser un poquito especial. Después de esto.

Aunque Keith nunca preguntaba por su adversario, no había dejado naturalmente de estar al tanto de los acontecimientos (mediante llamadas telefónicas hechas cada media hora). La otra semifinal del Duoshare Sparrow Masters tenía que haberse disputado entre el viejo enemigo de Keith, Chick Purchase, y un joven desconocido de Totteridge, Marlon Frift. Pero había surgido un problema, y un aplazamiento. Después de una noche de juerga, Marlon había sufrido un ataque al corazón; y aún existían dudas acerca de su forma física.

Nicola esperó el comienzo del solo de órgano y luego preguntó:

—¿Quién es, Keith?

—Nunca preguntes por tu adversario. Pregunta absolutamente ociosa. Juegas con el blanco, no con el… el hijo de la gran puta.

… *debido a la lamentabilísima tragedia de Marlon Frift. Pan comido*.

En la pantalla, el grandote de Chick patrullando su local de máquinas tragaperras, en las carreras vestido de chaqué y chistera, él mismo montado a caballo, y luego pescando en un canal desértico. Chick en el gimnasio con los tensores, en el trampolín de la piscina, su pecho lustroso en el solárium… Chick, el enorme Chick, con sus ponis, sus pájaros, su terrier… Y luego Kim Twemlow, el ex número uno mundial, con sus zapatos blancos, su cinturón blanco, su cara ajada, diciendo: «Según los porcentajes tiene que ser el gran Chick, con mucha diferencia. Hay que reconocer los progresos que ha hecho Keith. Debe haberse mentalizado para la gran ocasión y todo eso. Pero, estando en su forma normal, no le llega a Chick a la suela de los zapatos…»

Tras un buen rato, Keith dijo hoscamente:

—Así sea.

—¿Quién es este tal *Chick*?

Keith dio una versión sombría de la pelea con su antiguo socio de negocios. De la violación de la hermana de Chick, y de la subsiguiente hospitalización de Keith, el menos alto de los dos creyó conveniente decir:

—Nos liamos a puñetazos por esa pájara y ese tiarrón se quedó el segundo. Y ahora, mañana por la noche él y yo tenemos una cita. Para aclarar de una vez por todas quién es el número uno.

—Bien, Keith. Eso puede jugar a nuestro favor. Ahora me gustaría hacerte olvidar todas estas presiones con un bonito vídeo. Es un poquito especial. Sobre un tema del día de Halloween. Llega con unos días de retraso, pero qué importa, ¿verdad, Keith?

—¿Cosas de terror?

—En el calendario antiguo era la última noche del año. Cuando todas las brujas y los duendes andaban por ahí sueltos.

Mientras Keith se dirigía pesadamente al dormitorio, la limusina de Guy hacía su entrada en los terrenos de la pequeña residencia. La pequeña pantalla de televisión del automóvil estaba mostrando ahora un diagrama en código del color del útero de la mujer del presidente. La mujer del presidente, tan joven, tan rubia… Guy preguntó al conductor si no le importaba acercarse al bordillo unos instantes. Al conductor le importaba, pero se acercó de todos modos. Guy dobló su largo cuerpo y bajó del coche.

Se esforzó por estirarse…, pero no lo consiguió. El conductor vio

con clara aprensión cómo Guy gruñía, primero con sorpresa y luego con esfuerzo, y permanecía con la espalda encorvada, a modo de cordillera, junto al bordillo. Tras un segundo intento, y un segundo fracaso, fue a apoyarse sobre un banco de madera. Allí descansó, con los dedos plegados sobre la empuñadura del bastón, blando soporte para su barbilla. Entonces vio el palacete estilo Tudor en forma de L, el tejado de pizarra y las ventanas emplomadas, y el estanque, que parecía una moneda de plata lanzada sobre el césped de la entrada; y vio también el tamaño y la naturaleza de la tarea que le aguardaba. Antes, era simplemente una cosa que uno aparta de su camino cuando se dirige a toda prisa, como él se dirigía, hacia otra cosa distinta…, hacia la inevitabilidad. Pero ahora, por supuesto, llenaba el cielo. Y el cielo se estaba cayendo.

La física se portaba de una forma extraña, la física se portaba de una forma cruel. La gravedad tiraba de él hacia abajo; pero si él, Guy, hacía la suficiente presión hacia abajo sobre el bastón, entonces él, lentamente, se enderezaba.

Mientras Guy se enderezaba, Keith se reclinaba y se acomodaba en la cama de Nicola: una operación prolija. Ella mulló sus almohadas y le quitó las botas; Keith permitió también que le trajera una lata de lager de la nevera. Ahora miraba a su alrededor con una expresión de molestia en busca de la caja de pañuelos de papel.

—Espera, querido —dijo ella—. Estas cosas podrían ser más divertidas. —Abrió un cajón y empezó a registrarlo—. Parece que todas las prendas buenas están en la lavadora. Las de los vídeos, Keith. Espera. —Se dio media vuelta, se inclinó hacia delante y se metió las manos por debajo de la falda, pulgares en ristre—. Usa estas. Las pondremos sobre tu cabeza hasta que las necesites. Puedes mirar por las aberturas de los muslos. Podría parecer cómico en cualquier otra persona que no fueras tú, Keith.

El escudete negro echó vapor durante unos instantes cuando dijo Keith:

—¡Sí, je, je!

Ella lo dejó allí, tendido sobre los cobertores con su careta antigás con volantes. Luego volvió a entrar, en forma electrónica. En la pantalla, ella entraba en la habitación lentamente, vestida con capa negra y botas hasta los muslos y un sombrero puntiagudo de bruja. Y, al volverse ella y arremolinarse su capa negra, se podía ver con qué simplicidad simples formas (piernas, caderas, cintura) pueden brillar para el ojo reptil, y arder para el cerebro reptil. El encanto: hechizos, rombos, huesos de la suerte, anillos mágicos… Libro mágico, sortilegio, invocaciones al demonio…

Keith se estaba portando bien.

Luego ella entró lentamente en el dormitorio vestida con capa negra y botas hasta los muslos y un sombrero puntiagudo de bruja.

Keith se estaba portando bien. Luego la cosa real —la nigromante — entró en el dormitorio.

Todo saldría a pedir de boca.

Guy contuvo su alegría cuando la enfermera o ayudante técnica sanitaria o concesionaria de la muerte le informó de que Mrs. Broadener había empeorado considerablemente. No entendería lo que él le pudiera decir. Ni tampoco podría responder. Con un poco de suerte, todo saldría a pedir de boca. Hope aborrecía a su madre, por supuesto, y su madre aborrecía a Hope; hacía siete u ocho años que Guy no veía a Mrs. Broadener. Lo único que él sabía de aquel lugar, su último refugio, era un detalle que Lizzyboo le había dado a conocer. Aunque ninguna anciana podría salir nunca de allí, toda anciana tenía que ser capaz de entrar: política de la compañía. Mrs. Broadener había entrado; así que no saldría nunca más. Guy pasó a través de un número ingente de salas: salas de espera, disfrazadas de diversa manera. No parecía haber más visitantes.

—¿Priscilla? —preguntó cuando estuvieron solos.

Él miró hacia abajo. ¿Hacia qué? Algo atrapado en la lucha más o menos desdichada del final de la existencia: el proceso del que tan pocas cosas se pueden salvar. Tomó la mano de aquella persona y se sentó junto a ella.

—Se acuerda de mí, ¿verdad? —empezó—. Guy, el marido de Hope. Tiene usted buen aspecto. Gracias por recibirme. Eh…, le traigo…, le traigo buenas noticias. Todos bien. Hope está asombrosamente bien. Marmaduke, su nietecito, está estupendamente. Un poco revoltosillo, como siempre, pero…

Ella lo miraba mientras hablaba, o eso parecía. La cara se columpiaba diminutamente sobre su eje; los ojos bailaban en sus enormes cuencas, pero sin parpadear nunca. Las manos de Priscilla estaban fuertemente agarradas o sujetadas.

—Lizzyboo está que rebosa vitalidad. Ha engordado un poco últimamente, pero eso no tiene nada de malo, ¿verdad? Sí, todos están bien y le mandan un abrazo. Es maravilloso, ¿verdad?, es absolutamente maravilloso, me parece a mí, cuando una familia está realmente unida, y todos se aman mutuamente —dijo, y vaciló al darse cuenta de lo rápidamente que se había cubierto su propia cara de lágrimas—, y cuando, pase lo que pase, todos se protegen los unos a los otros. Y así toda la vida.

Ella habló de repente. Dijo solo esto:

—Todo es…

Guy esperó. No siguió nada.

—Bueno, creo que ya ha llegado la hora de despedirnos. Adiós. Gracias por haberme recibido.

—Mierda —dijo ella.

Él esperó.

—Adiós, Priscilla.

Nicola y Keith estaban sentados juntos en la cama, fumando. Daban fuertes caladas a sus cigarrillos. Nicola levantaba la barbilla al exhalar. Dijo:

—No tienes por qué reprocharte nada, Keith. Le pasa a todo el mundo.

—… ¿Ah, sí? Pues… a mí no me había pasado nunca. Como te lo digo.

—¿De veras? ¿Nunca?

—Como te lo digo. ¿A mí? Yo siempre estoy al quite. No me había pasado nunca.

Por supuesto, aquello le *había* sucedido ya otras veces a Keith. Le sucedía un promedio de unas cinco veces por semana. Pero hay que decir también que no le sucedía demasiado regularmente. Y, en este sentido, creyó tener derecho a una buena dosis de frustración, y cabreo. ¿Qué era? Los tobillos tan delgados de ella, tal vez. Y tanta *charla*. O el hecho de que, a pesar de su evidente agilidad, ella se hubiera sentido tan pesada —tan pesada como un automóvil, tan pesada como el pesado Cavalier—. Intentar solamente volverla del otro lado parecía más difícil que aparcar un camión de mudanzas.

—Puedo imaginar que le pasa incluso —dijo ella— a Chick Purchase. De cuando en cuando.

—Por la manera como trata a las tías deberían encerrarlo —dijo Keith sensatamente. Entonces cayó en la cuenta de que a Chick Purchase lo *encerraban* con bastante frecuencia por negocios relacionados con las titis, así como por otros asuntos más propiamente de negocios.

—Tú eres una persona muy sensible, Keith. Y también un niño increíblemente travieso, con esos modales bruscos. Deberías estar orgulloso de ello.

Keith frunció el ceño. Puesto a pensarlo, se preguntó por qué no se sentía más enfadado. Pero el enfado no acudía a él. Solo acudía la autocompasión. Y no la del tipo corriente, tan parecida en todas sus manifestaciones al enfado, sino de un tipo diferente: autocompasión de una índole más noble.

—La presión de los dardos —afirmó.

—Sí. Y algo de dificultad para pasar de un medio a otro. Eso es lo que te pasa realmente.

—Sí. En fin…

Ella vio que los ojos de Keith estaban empezando a posarse sobre prendas de su propia ropa, desparramada por el suelo: los serpenteantes pantalones, por ejemplo, pisoteados, vueltos del revés.

—Lo de mañana por la noche y todo eso. Tengo que centrarme un poco para la gran ocasión. Ver cómo anda Clive.

—Ah, Keith. Antes de que te vayas.

Ella cogió su bata negra y salió de la habitación, volviendo casi inmediatamente con una bandeja de plata: una botella de aspecto imponentemente caro y dos vasos, más una especie de ingenio a modo de fanal con tubos.

—Esto es tan viejo como el siglo. Prueba un poco. *Este* —precisó— está prácticamente recién nacido, y acaba de llegar de Teherán. Me ha costado muchos esfuerzos conseguirlo.

—Sí, je, je. Yo fumo algo de kif —dijo Keith—. De vez en cuando. Te relaja.

—Te puede interesar saber, Keith, que la palabra «asesino» procede de *hachís*. Los asesinos… eran gente que mataba a traición utilizando la violencia. Solían darse un buen pelotazo de esto antes de salir a hacer el trabajo. Y, si morían durante la acción, eran merecedores de un puesto seguro en el paraíso. Un paraíso de vino, mujeres y cantos, Keith. Y de hachís, por supuesto. Pero basta ya de etimologías —glosó tras una pausa—. Estoy empezando a parecerme a una maestra de escuela. ¿Por qué no te tumbas un poco y me dejas descubrir qué es lo que le hace tilín a tu polla?

Guy enlazó de nuevo con su correo o expedidor en el aeropuerto de Nuevo Londres. Allí le dijeron que, si así lo deseaba, podía coger un aerotaxi hasta Newark. Con un poco de suerte, llegaría a tiempo de embarcarse en un Concorde de primera hora y ahorrarse, así, media jornada de viaje. El correo sonrió y parpadeó enérgicamente; todo era posible; él era un especialista, con la moral muy alta, en hacer viajes de coste también muy alto. En este punto, Guy pagó al chófer, cuyo descontento persistió a pesar de la desmesurada propina. Fuera, en el crepúsculo cálido, la luz tenía el color de una calabaza sonriente, la luz de la víspera de Halloween, que prometía dinero o maldades.[23]

Antes de retirarse al vestíbulo de personalidades (iba a haber un ligero retraso), Guy se entretuvo por los pasillos, lleno del interés promiscuo del amor, entre los trajes y los chándales de América. Aunque se decía que había menos ahora, la variedad humana exhibida, con sus dramáticas proporciones de tamaño y colorido, le volvió a impresionar y a afectar. Era cierto que se veían signos de uniformidad (una sola nación): toda la gente llevaba guardapolvos color hueso y escarapelas rosas de *gymkhana*, como esa familia de allí

enfrente, los cuatro en perfecta formación familiar, marido mujer niño niña, cada cual con su forzada sonrisa de futuro… Guy tiró sus matadolores, con sus tubos y saquitos. Pero, por supuesto, solo había una mujer que podía matar realmente su dolor. Los ojos de ciertas caras, caras de niños, le hicieron preguntarse si toda aquella aventura suya, tan agitada e inspirada, y tan culminante, no era en el fondo más que una manera de evadir el siglo XX o el planeta o lo que el primero había hecho al segundo.

Porque el amor… Pero ¿no se preguntaba la naturaleza constantemente a qué se debía tanto follón? Era difícil zafarse a esta prediendo comida o dinero la noche de Halloween; si no se ven satisfechos, pueden hacer gunta cuando se veía a aquellas viejas recorriendo en grupos los pasillos a cinco metros por hora, o encorvadas en los sillones de las salas, con la cabeza temblando de rabia y negación, insistiendo, diciendo nunca, nunca, nunca. Todas ellas habían sido objeto de adoración y de llanto, e incluso tal vez en alguna ocasión alguien se había arrodillado delante de ellas y les había suplicado, las había acariciado, besado, lamido; y ahora, la desnuda unanimidad del desencanto, del pesar y del agravio combinados. Estaba escrito en sus bocas, en sus labios, y marcado con hierro como los años de una condena. En sus cabezas, en sus pequeñas cabezas de tetera, solo ese tipo de pensamiento obsesivo destinado a perdurar, té frío y rancio bajo las alechugadas cubreteteras de su pelo de viejas… Fuera lo que fuera lo que querían las mujeres, muy pocas acababan consiguiéndolo.

Llegó al salón de personalidades, donde había más café y más teléfonos, y donde esperaba terminar *Del amor*.

—Ya —dijo ella—. Para *ya*. —Y ni siquiera había oído sonar el teléfono.

—Vale —dijo Keith alegremente.

Escaló el cuerpo de Nicola hasta que ella sintió la descarnada aspereza de las rodillas de él sobre sus hombros.

—Cierra los ojos y abre la boca.

Pero Enola Gay, que era Nicola Six…, Enola cerró la boca y abrió los ojos…

—¿Dígame? ¿Eres tú, querido? Estaba pensando precisamente en ti —dijo ella—. Y dándome una panzada de llorar.

—Qué bárbara —dijo Keith.

—… Nada. ¿Tú crees? No creo que vaya a poder dormir esta noche; así que vuelve a llamarme, si quieres. No puedo dormir de lo mucho que pienso en ti. Sí, ya sabes que a veces sospecho que nunca voy a poder dormir otra vez.

Aposentándose en las almohadas, Keith pasó una mano por debajo de la garganta de Nicola, así sin más, al ir a coger la botella de coñac.

—Ven hacia mí, querido. Ven hacia mí. A la velocidad del amor.

Unas tormentas de arena retuvieron en tierra al Concorde de medianoche. Guy fue conducido de Newark a Nueva York, y pasó unas cuantas horas costosísimas en el Gustave de Central Park South. No podía dormir. La tele hablaba de propiedad inmobiliaria y de lucha libre y de consejos médicos y de compras por teléfono y de temas de púlpito y de tu última salvación y de marque el 1-800. Según atravesaba la ciudad en dirección al Kennedy y el vuelo matinal desviado, pensó lo que siempre pensaba cuando se hallaba en Nueva York. Pensó: ¿dónde están los pobres? Los lugares en los que hacen sus compras los pobres, los lugares en los que se alimentan los pobres: ¿dónde están?

A la velocidad del amor… Le dio vueltas en la cabeza mientras recorría el vestíbulo VIP a ocho kilómetros por hora. Aquella chica sabía componer frases. Deliciosa. A la velocidad de… Sí, realmente preciosa.

Supongo que parecerá un recurso un tanto pobre revelar, a estas alturas, que Richard es hermano de Guy. Pero yo mismo no puedo sino duplicar mi propio asombro. Esto ha sido noticia también para mí. Podría volver atrás y corregir. Pero no hay tiempo ya. No hay tiempo. Nunca lo hay. Sencillamente *nunca hay tiempo*.

Cualquiera me podría derribar de un plumazo. Por supuesto, si lo que interesa a todo el mundo fuera derribarme de un plumazo, yo nunca abandonaría la partida. Ni siquiera necesitaría una pluma. Voy a coger una cuartilla de papel limpia y siento este crujido en el brazo, como si una cresa cubierta de esporas o gorda acabara de explotar en las entrañas carmesí de un fuego de leña. El morir me recuerda algo, algo que había superado ya y que había logrado dejar atrás cuando, de repente, empecé a morir. La mediana edad: eso es. Sí, está muy bien mientras no intentes una machada o una hazaña deportiva, como recorrer la calle para comprar medio litro de leche o tirar de la cadena del váter o quitarte los zapatos de un puntapié o bostezar o estirar demasiado el brazo para coger la vitamina E o agacharte demasiado bruscamente para meterte en la bañera verde hierba. Todo esto está excluido. Al igual que la mediana edad, al igual que mis sueños, la muerte está repleta de información. Al final, encuentras la dirección que toma el tiempo. La flecha del tiempo. ¡El tiempo funciona! Y, además de eso, eres monstruoso…

Cuando llega la mediana edad, piensas constantemente que te estás muriendo. El morir se parece también a eso. Pero ahí, finalmente, acaban todas las semejanzas.

Las nueve y treinta de la mañana del 5 de noviembre.

Nicola lleva ya conmigo más de tres horas. Está en el cuarto contiguo… La oigo ir de un lado para otro. Afortunadamente, no exige mi atención incondicional. Ha tenido la discreción, por ejemplo, de dejarme terminar el capítulo 21. La mantengo despierta a base de cafés. Primero se duchó. Luego se dio un baño, y me pidió pasta dentífrica. Cuando no está recorriendo la habitación, se sienta en el sofá con una de las batas de Asprey, sin ni siquiera fumar: permanece simplemente mirando por la ventana, al sol bajo, que ha alcanzado ahora su apogeo y seguirá así de bajo todo el día hasta que se interponga la luna, entre el sol y nuestros ojos. De vez en cuando se queda arrobada, y entonces yo salgo de puntillas en dirección al estudio, y me pongo a escribir. Pero cómo llena ella el apartamento,

cómo llena su presencia el apartamento, igual que una fuerte fragancia, o como la rabia. Ha vuelto a poner la tele, en busca, sin duda alguna, de noticias de Washington o de Bonn o de Tel Aviv, de noticias de tormentas, mareas, de la luna y el sol (¡el cielo se está cayendo!), pero buscando en todo esto un correlativo, algo ahí fuera que pueda decir sí a lo de aquí dentro. Acontecimientos, y acontecimientos posibles: el mundo tiene que *quererlo*. Mientras que, para mí, la cosa es más fácil: la propia televisión es mi correlativa, mi alcahueta, mi mercenaria, con un pie en la puerta, vil paparazza.

Es rasgo consustancial a la obsesión, supongo, el que la persona quiera ir hasta el fondo de todo lo que está a su alcance. La persona tenderá a llegar al fondo de las cosas.

Junto al váter señorial de Mark Asprey, una pila de revistas variadas que llegan hasta la cintura. Lo único que tienen en común es que todas traen algo, en las páginas centrales, acerca de Mark Asprey: una semblanza, una entrevista, en qué se ocupa actualmente, su color preferido, a quién se está follando. Las revistas se vuelven viejas y Mark se vuelve joven a medida que escarbo en la pila (efecto acelerado a causa de la creciente frecuencia de mis visitas). Hasta que, anoche, me encuentro contemplando, con lágrimas en los ojos, varias fotografías de Mark Asprey junto a Cornelia Constantine que llevan por titular: ¿LO HICIERON O NO LO HICIERON? Ella dice que no. Él, que sí.

Por *supuesto*. Marius Appleby es un seudónimo. Es Asprey. Yo ya lo sabía: no me sorprendió lo más mínimo. Era casi ridículo. ¿Qué, si no, podía explicar ese sabor a conocido y a picante de mi amor-odio por *El lago de los piratas*?

Escarbando más en el montón encuentro informes suplementarios anteriores: el escándalo, la acusación. Ella lo denunció; él llegó a un acuerdo para eludir los tribunales; aún siguen planeando dudas. «Este libro es todo mentira», dicen Cornelia y sus abogados. «Lo que pasó, pasó», insiste Asprey.

Naturalmente, yo apoyo ahora a Cornelia. Pero planean dos interrogantes. En total, hay una docena aproximadamente de fotografías de ella, entre las que figuran algunas en traje de baño, y físicamente da la talla, salvo en dos concretamente. En primer lugar, está claro que Cornelia es dramáticamente pechoplana. El segundo punto tiene que ver con su cara, o su expresión, que nunca cambia, y que denota (o eso siente el lector) una estupidez realmente irremediable.

¿Qué ocurrió realmente? Creo que la persona idónea a quien preguntárselo, si es que se quiere saber la verdad, tendría que ser el viejo Kwango.

Antes de que yo pudiera comentar esto con Nicola, ella dijo

bruscamente:

—Me repatea este lugar.

—Sí, está un poco recargado, al menos para mi gusto.

—Es el colmo de la vulgaridad. Pero no es solo eso. Las batas, las baratijas, los diplomas y todo eso. Todos son falsos.

—No.

—Fíjate en esa traducción. Es pura jerga burocrática. Lo ha mandado imprimir.

—Pero es tan, tan…

—No escribe más que obras para subnormales y periodismo barato. Mierda. ¿Por qué crees que nunca habías oído hablar de él?

—Entonces, ¿por qué lo hace? —pregunté yo.

—¿Por qué crees tú? Para impresionar a los papanatas.

—Uf —exclamé yo—. ¿Cómo dices?

Lamentable, decepcionante y por completo inaceptablemente, y como el resto de la gente agonizante con que me he tropezado, padezco eructos, y sus engorros correlativos. Basándome en las muertes de mi padre, mi hermano, Daniel Harter y Samson Young, puedo sin duda concluir diciendo que su llegada resulta una escena bastante ventosa… Me alegro de no tener ya que merodear por el Black Cross, donde viví momentos realmente abrasadores. Nadie me reconoce ya allí (cada día es como el primer día), por lo que no me queda más remedio que comportarme «típicamente».

El bebé llora, el bebé llora y se revuelve en su tremenda lucha por ser un bebé. Lucha con todo lo que es inmutable e impracticable. Kim se pee del esfuerzo. Uf. Tal vez los pedos son desaprobados por la única razón de que tienen que ver con la debilidad mortal, con ser un bebé, con morir. Para ella, para Kim, evidentemente, o eso he leído, los pechos, el pene…, todo eso significa vida. Y las heces fecales, la suciedad…, todo eso significa muerte. Pero ella no muestra ninguna aversión natural, y los bebés no muestran repugnancia alguna, ¿y no nos tienen que educar a todos duramente para que odiemos nuestra mierda?

Yo soy el padre del bebé de Missy. O lo es Sheridan Sick. («Yo creo que es de Sick.»[24] «No le *llames* eso.» «Así *se llama*, ¿no?») Ella viene a Inglaterra. Para estar a mi lado. O para abortar. Oigo el timbre de la puerta y voy a ver quién es y ella está ahí… No tendría tiempo para ella, de una u otra manera. Solo tengo tiempo para ponérselo por escrito.

Missy tuvo que irse. Por razones de equilibrio. Razones de espacio. Ella pertenece a alguna otra versión. Ella prefirió ser la dueña de su

propia vida. No quiso forma artística. Quiso estar a salvo. A salvo en América, al final del milenio.

Todavía creo que el amor tiene el poder de hacer venir a la persona amada, de recobrarla. Mandas la onda a través del planeta, y hace venir inmediatamente a la persona amada. Pero yo ni siquiera trato de llamarla ya. El amor hizo aguas en mí. Yo fui fructificado por otra cosa distinta.

Ella tiene una cuña en mi vida onírica, como si los sueños fueran vestigios del poder del amor. Mis sueños con Missy son como los sueños de Missy, muy lógicos y realistas…, no como los chisporroteos nucleares de mis pesadillas. Seguimos con la misma conversación. En el Cabo. Yo digo: «Sé mi enfermera.» Ella dice: «¿Cómo va tu libro?» Yo digo: «Lo voy a abandonar. Quiero abandonarlo. Es un libro perverso. Estoy escribiendo un libro perverso, Missy.»

Luego ella dice: «Vigila a la chica. Ten cuidado. Va a haber un final con sorpresa. No es Keith. Es el otro tipo.»[25]

Cuando la dejé entrar esta mañana hacia las seis y media, ella parecía tan transparentemente acabada y golpeada —y tan transparente: fantasmal, espectral— como si el acto ya se hubiera perpetrado y ella se hubiera reunido conmigo en la otra orilla… Tras unas cuantas duchas, y varias tazas de café, empezó a hablarme de ella: de la noche del odio. En determinado momento, bastante pronto, yo levanté la vista de mis apuntes y dije:

—Es una cosa infame. Oh, mis pobres lectores. Qué deshonra, Nicola; qué vergüenza. —Le pregunté por qué no le había dado la patada a Keith después del chasco inicial. Habría sido mejor temáticamente. Y, además, hacía un bonito contraste con Guy—. Ello habría significado que nadie te había poseído.

—Solo tú.

—Esto no tiene nada que ver conmigo…

—Estás preocupado por Guy, ¿verdad? Tú crees que es él. Tú crees que va a ser él, ¿verdad? Pues no va a ser él. Te lo juro. Tú le quieres, ¿verdad?

—Supongo que sí. En cierta manera. Ha debido de llamarme unas veinte veces desde Estados Unidos. Dice que soy su mejor amigo. *Yo*. ¿Dónde *están* los amigos de la gente? ¿Dónde está la familia de la gente? ¿Dónde está la familia de Kath? ¿Por qué no está rodeada de hermanas y madres? Tú puedes tomarte un descanso, pero yo voy a estar todo el día de un lugar a otro. No soporto esto físicamente. ¡El aeropuerto! ¿Cómo voy a conseguir un taxi? No soporto estas novelas que acaban en actividad frenética. «¿Jane? Llama a June y dile a Jean lo de Joan. Jeff, vete con Jim antes de que Jack encuentre a John.»

Todo este maldito trajinar.

¿Cómo es posible *escribir* una sola palabra? Me duelen las piernas. ¡Heathrow!

—*Fácil*. Cálmate. Todo saldrá perfectamente. Aquí está lo que vas a hacer.

No me parecía tan mal, después de que ella me organizara el plan. Y yo me sentí más aliviado que intrigado, por ejemplo, cuando me dijo que dispondría de tres horas para descansar de mi escritura entre las nueve y la medianoche… Levanté los ojos hacia ella. Acababa de traerme otra taza de café y estaba de pie junto a mí, acariciando negligentemente mi cogote con los nudillos de su mano izquierda.

—Podría asomar Mark Asprey en cualquier momento —dije—. Hago votos por que no quede ningún asunto pendiente entre vosotros dos.

—No llegará hasta mañana —dijo ella—. Cuando yo ya me haya marchado.

Nicola miraba al exterior, a la ventana, al mundo. Estiró su fino cuello al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas de indignación o de simple fe en sí misma. Pareció rodeada entonces de esa cosa suya que más me impresionaba: era como si estuviera acosada materialmente por pequeñas multitudes de hábiles enemigos.

Acabo de llegar. Y tengo que salir otra vez.

Escribo estas palabras para mantener firme mi mano. Y porque nada significa nada a no ser que yo lo escriba. No puedo salir, en este preciso momento no. Pero, por supuesto, voy a ir. Voy a ir. Me siento en cierto modo obligado a ello.

Sonó el teléfono y en el instante de cogerlo sentí el sonido de una brisa espantosa que silbaba sin labios a lo largo del cable. ¿Cómo podía yo estar tan equivocado? ¿Cómo no lo podía ver? Por doquier hay cosas que no logro ver.

—Kath —dije—, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde estás?

—En otro sitio. La niña…, ve a por la niña. Yo soy una mujer mala, Sam.

—Tú… No, no lo eres.

—Entonces, ¿qué es? Dime qué es.

—Es simplemente la situación.

Cuando colgué, Nicola salió del cuarto de baño, y yo le dije:

—¿Vas a llevar *eso*? ¡Oh, Dios mío!, fíjate. ¿Y sabes tú qué es lo peor de todo esto? De ti. De toda esta historia. Del mundo. De la muerte. Es… que está *sucediendo realmente*.

22. EL DIAHORROR

Los tres primeros acontecimientos —luz, sonido e impacto— distaron de ser instantáneos. En primer lugar, el ojo se abrió a la bombilla hirviente de la lámpara volcada; luego, al impetuoso redoble de algún cohete artificial o megapetardo lanzado a lo alto; y por último, la rápida caída del cenicero de cristal rebosante. Este cenicero había estado balanceándose durante horas en el estante que había encima de la cama: finalmente se había visto desalojado… por la frenética física de la vida cotidiana. Cayó el ritmo habitual de aceleración: diez metros por segundo por segundo: diez metros por segundo cuadrado. Y chocó a mitad de camino. O sea, que le cayó a Keith la china. Impacto, colillas estrujadas, una salva de ceniza…, en plena jeta. En pleno morro. Esto fue el 5 de noviembre. Esto fue el diahorror.

Keith escupió y se debatió y entre aspavientos se puso de pie. Ella se había ido. ¿Adónde? Con los ojos bailando y girando en sus cuencas, enfocó el relojhorror. *No*. Soltó un taco a través de una nube seca de polvohorror. En medio de la tempestad apagada de la habitación, buscó su ropa. Mientras se apresuraba hacia el váter, se desolló un tobillohorror contra la pata metálica de la cama. Aplacó con lágrimas su encolerizada vejiga. En el espejo, el reflejo de Keith empezó a vestirse. Una uñahorror partida se encallaba en el tejido, todo él sintético: fabricado por el hombrehorror. Sobre la pared, la sombra de Keith se estiró y desapareció en picado. Hizo una pausa en el pasillo y liberó bruscamente un segmento de su escroto, peligrosamente atrapado entre los dientes de su cremallerahorror.

Salió dando tumbos hacia la calle. Se dirigió a su coche, al pesado Cavalier. El polvo de los albañiles y la arena naranja de los albañiles formaban una neblina naranja al nivel de sus ojos, y su propia visión de agente naranja, ya de por sí teñida de impurezas inmóviles, parecía un parabrisas salpicado de insectos muertos. En una zanja, en un búnker lleno de tuberías y de cables, un obrero le daba a su perforadora un meneo infernal, más ruidoso que un acto de Dios. Como yo, yo mismo, anoche, con ella. Bajo los pies, el pavimento temblaba lanzando cascoteshorror. Y siguió temblando hasta penetrar las raíces de la dentadurahorror de Keith.

El coche tenía un *aspecto* divertido. Keith hizo una pelota con las multas por aparcamiento indebido. Luego se quedó de piedra. ¡La ventanilla delantera del lado del pasajero había sido destrozada! El cuerpo de Keith palpitó a causa de la repentina herida. Dio la vuelta y abrió la puerta, y vio el desprendimientohorror y las hebrashorror de cristales rotos. El radiocasete soldado había sido escarbado, sus botones selectores arrancados, pero… ¡la colección de cintas de dardos de Keith! Estaba en orden: intacta, íntegra. No habían bajado hasta allí. Durante unos instantes se quedó mirando fijamente la defectuosa alarma antirrobo que había robado recientemente. Sin pensarlo, se agachó y, con la mano derecha, limpió el asiento del cristalhorror hecho añicos.

Nueva catástrofe: la punta teñida de su dedo corazón había sido atravesada dulcemente por los fragmentoshorror. No sintió dolor: solamente una angustia mental. Una bóveda o bombilla gorda de sangrehorror palpitaba por encima de la costra amarilla. Empezó a gotear. En el piso del coche encontró una hoja arrugada de revista pornográfica, con la que se vendó toscamente su lastimado dígito lanzador. Y el reloj digital del salpicadero —¿qué horahorror sería? aparecía desvirtuado, ridiculizado, por los rayos del sol bajo, que desde luego nunca había lucido tan bajo (Keith iba ya al volante), rebotando, a la altura de un autobús, sobre las hileras de tráfico. Por la ventanilla abierta entraba el ruido de los coches como el silbido y el zumbido de las fintas y golpes de un boxeador. Las diez y veinte. Tenía cita con Mrs. Ovens para las nueve y cuarto. Pero siempre había cola. Mientras conducía, unas motas del cristal pulverizado, quarks de polvo de cristal, parecían hacerle cosquillas en el cuero cabelludo cual partículas de luzhorror.

Llegó al peliagudo cruce de la Great Western Road: puntohorror familiar, con su paso de cebra, su parada de autobús, y el puente jorobado sobre el canal, todo ello complicando aún más el acceso. Quince minutos después, Keith se hallaba todavía allí. Cronometrando al segundo sus carreras, los cocheshorror lanzados y los camioneshorror desmadrados negaban sucesivamente el paso al pesado Cavalier. Siempre que quedaba un hueco, aparecía inmediatamente algún vehículo contrario —como de un salto— y le quitaba el sitio. O esto, o, cuando Keith avanzaba medio centímetro, la estación de metro escupía un cargamento de pasajeros sobre el paso de cebra. Los puños de Keith llevaban varios minutos aporreando la piel de leopardo artificial de su volante. Detrás de él, sentía el ascendente volumen de la prisa abortada: cómo gemía y se retorcía… Sintió en la cara el sol bajo como la bombilla de una comisaría. Ahora se había despejado la calle, pero, cuando Keith iba a pisar a fondo el acelerador de su coche estremecido y anhelante, otra manada de

almashorror se abalanzó sobre el paso de cebra: los rostros transeúntes de las almashorror.

Finalmente logró abrirse paso con su mano ensangrentada hundida en el claxon. ¿Y para ir a parar adónde? Conducir era como la puesta en escena de un examen del código de circulación, fuera lo que fuera *eso*, en la que cada vuelta y cada tramo ofrecían una variada elección: un aprendiz haciendo marcha atrás, un ciclista soltando tacos, un peatón asomando la cabeza. Seccionadas con coches aparcados en doble fila y camiones-contenedores y coches-grúa, las calles se habían convertido en un libro para niños lleno de máquinas excavadoras, extendedoras de alquitrán, pintadoras de líneas blancas, camiones reparafarolas, camionetas de las fuerzas armadas, apisonadoras, bulldozers, tanques, obreros abriendo zanjas, limpiando alcantarillas. Durante un buen rato se vio atrapado detrás de un camión recogedor de hojas. De su parte trasera sobresalía un tubo aspirador que chupaba las pirámides de hojas barridas y marchitas. Observó la succión, el suave vuelo ascendente; el sexo volvió a entrar en su cabeza, pero no halló espacio. Todo lo que había hecho en toda su vida al género femenino acababa de hacerlo aquella noche multiplicado por diez, con ella. La agitada danza de las hojas húmedas. Deshojado, desflorado, despojado de hojas y flores —los árboles, perfectamente alineados como rostros humanos viejos, retorcían sus manos desnudas—, Londres podía ahogarse todavía en todas sus hojashorror.

En el edificio administrativo, a las once menos cinco, un golpe de suerte, o gramática parda de automovilista. La calle de atrás se hallaba repleta de coches aparcados en doble, triple fila, de coches aparcados de lado, transversalmente, subidos a la acera. Pero, como de costumbre, nadie se había atrevido a bloquear la salida de la vieja lechería (que Keith sabía que no funcionaba normalmente) —o eso le pareció, tras mirar a través del fuego polvoriento de su ventanilla trasera—. Keith reculó ágilmente. No obstante, aquel era el diahorror. En consecuencia, había allí esperando una bicicletahorror, apoyada en su barra metálica, y Keith oyó el porfiado crujidohorror. Peor aún, al bajar para desenganchar su parachoques, apareció en persona el cicilistahorror de la bicihorror —uno de esos engendros de hombres, milagros gigantes de rostro peludo y exceso de peso, que aman el viento de la carretera abierta, y que aman la bicihorror sobre la que se esparrancan—. En medio segundo colocó a Keith sobre el maletero del Cavalier, contra el que le estuvo aporreando la cabeza un buen rato, y luego levantó amenazadoramente un puñohorror enguantado. Keith se libró tras mucho llorar, y tras ofrecerle una tarjeta de crédito robada a modo de reparación por su falta de destreza. Fue a aparcar a unos cinco kilómetros de allí, y desanduvo el camino con lágrimas en los ojos a través de la nube de contaminación y de la increíblemente

numerosa muchedumbrehorror.

Guy Clinch se dirigía hacia Londres en el Concorde a dos veces la velocidad del sonido: había media docena de pasajeros en aquel dardo supersónico. Por diez minutos no había conseguido alcanzar el vuelo anterior, y había pasado tres horas intentando dormir, en una especie de hotel cápsula del Kennedy, antes de despegar, suave pero dramáticamente, en el calmado centro del huracán Lulú. Ahora se hallaba dentro de otra cápsula, con ojos espejeantes a causa del azul fríamente bello de la troposfera. A través de su escotilla Guy pudo ver también a la vez el sol y la luna, el primero discretamente filtrado por el plástico tratado. A causa de la elevación y de la velocidad de este observador particular, los dos cuerpos parecían correr a encontrarse mutuamente con prisa nada celestial. Abajo, el planeta giratorio caía a través de su curva de espacio tiempo, inocente (aunque muy ultrajado) en su abrigo de pieles claro. Más allá, inanemente vasta, la inanidad del espacio.

Dos encantadoras y multilingües azafatas se encargaban de mimarlo hasta la saciedad; Guy acababa de degustar un plato de huevos escalfados y salmón ahumado; y ahora estaba leyendo *Del amor*. Aun así, Guy se encontraba dramáticamente incómodo. Al inclinarse para volver a llenar su taza de excelente café (un torrefacto de mezcla, en su opinión), una de las azafatas había notado la extraña inclinación de la bandeja de la comida: le dio un codazo con mucho cuidado y luego, de repente, se apoyó sobre ella bruscamente con todo el peso de su hombro. Cuando Guy volvió a abrir los ojos, probablemente unos noventa segundos después, se topó con el ceño del auxiliar de vuelo, solícitamente agachado en el pasillo. La azafata estaba detrás, con el nudillo de su índice apretado contra los dientes. Guy se disculpó ante los dos, que por fin se fueron. Pero el dolor no se fue a ninguna parte.

El último capítulo de *Del amor* se llamaba «A propósito de los desengaños»: «"Todo el reino del amor está lleno de historias trágicas", decía Madame de Sévigné, refiriéndose a los infortunios de su hijo con la célebre Champmeslé. Montaigne trata este tema escabroso con gran aplomo.» Guy terminó el capítulo, un tanto perplejo, y luego pasó rápidamente las hojas de los numerosos apéndices. Tenía ya ganas de terminar *Del amor*: esta famélica colección de pensamientos eróticos nunca calmaría su doloroso apetito. *A propósito de los galanteos*. Guy sonrió tímidamente al recordar la última llamada telefónica y la deliciosa carnalidad que él parecía haber despertado en ella. «El pretexto del matrimonio no es una defensa legítima contra el amor.» Con toda seguridad, ella bajaría a recibirlo a la mitad de las escaleras, con todo aquel color en la cara.

«Un amante deberá, a la muerte del otro amante, permanecer desvinculado durante dos años.» Mientras se besaban, él colocaría las dos manos en la parte posterior de sus muslos, por debajo de lo que podría ser muy bien un vestido de cachemira negro, y casi levantaría todo su cuerpo para atraerlo hacia él. «El éxito logrado con demasiada facilidad despoja al amor de su encanto; los obstáculos realzan su valor. Todos los amantes empalidecen a la vista de la persona amada.» Mientras atravesaran el cuarto de estar, el pecho de ella sería dulce y caliente (y *de ella*: todo sería *de ella*); lágrimas, quizá también, deliciosas. «La sospecha, y los celos que de ella emanan, agravan ese estado llamado amor.» No importaría lo que sucediera en la habitación: en cierto modo, uno temía la pérdida de la individualidad (en el rapto enceguecedor, etcétera); sin embargo, qué extraña parecería su cara desde ese ángulo cuando, como ella había prometido entre risas, se arrodillara para quitarle los pantalones y los calzoncillos. «Una persona enamorada está incesante e ininterrumpidamente ocupada con la imagen de la persona amada.» Tan morenos, tan juntos. «Nada prohíbe a una mujer ser amada por dos hombres…»

Guy dejó a un lado *Del amor* y cogió el segundo libro, *La luz de muchos soles*. Durante un momento, se preguntó vagamente qué estaría haciendo Keith; pero luego sus ojos cayeron sobre la dedicatoria de Nicola, sobre la que ya se había devanado antes los sesos:

> Tú eres el sepulcro en que habita mi amor muerto enterrado, ornamentado con los trofeos de mis afectos antiguos, que a ti te entregaron todo lo que de mí tenían, cla riqueza de muchos que ahora solo a ti pertenece.
>
> Veo en ti todas las imágenes que he amado,
>
> y tú, que las contienes todas, me posees enteramente a mí.

Uno de los sonetos de Shakespeare, por supuesto (y Guy conocía los sonetos razonablemente bien); un sexteto completo. ¿Cómo era…? Ah, sí: Tu pecho… Tu pecho ha atesorado todos los corazones… Un tanto espinoso, este. Dirigido por un hombre a una mujer. Los afectos pasados no solo son «antiguos»: están muertos. Pero la gente se moría antes en aquellos tiempos. Ojalá tuviera un ejemplar aquí. Y allí reina el Amor, y todos los amantes que participan en el Amor. Absolutamente fascinante.

—Con esto son cuatrocientas —dijo Mrs. Ovens—: la nariz.

—¿La nariz? ¿Qué nariz? No había ninguna *nariz*.

—El mismo incidente, Keith.

—Fue un agujero en la oreja.

—No se puede *fracturar* una oreja, Keith. Y ahora pasemos a eso.

La oreja desgarrada.

—Mordida —dijo Keith firmemente—. Mordida.

—Y esto me recuerda una cosa: el diente serán doce cincuenta.

—¡Doce cincuenta! Caray… Han subido otra vez, ¿no?

—Siete cincuenta son las muelas. Este es un incisivo. Los colmillos están a diecisiete veinticinco.

—Qué bárbaro. Quiero decir, yo soy un simple *trabajador*.

—Es lo que la ley considera justo, Keith.

—Capitalismo, está claro —dijo Keith—. Unas sanguijuelas, eso es lo que son. —Suspiró desconsoladamente.

—Y luego está la lengua partida.

Keith levantó ahora un índice en clara señal de desacuerdo.

—Cuando ocurrió todo eso —dijo con cautela—, yo, *yo* estuve hospitalizado en trece ocasiones. Mi pecho fue víctima de permanentes agresiones. Pero de eso no se sabe nada. Ni pum.

—Sí, pero ¿qué estabas haciendo tú en aquel entonces, Keith?

—Intentando, a mi manera, montar un pequeño negocio. Salir de la pobreza. Eso es. Sí, venga, ríase.

—La lengua partida, Keith.

—Qué barbaridad.

Al final, Keith aceptó elevar su cotización semanal de 5 a 6,50 libras. Y además, como muestra de buena voluntad, se comprometió a trabajar cuarenta y ocho horas en el servicio social. Consistiendo, como consistía, en robar esto y lo otro a personas de edad, el servicio social no era tan malo como decían algunos. El servicio social, a juicio de Keith, había sido injustamente difamado. Sin embargo, en un día tan señalado como aquel, los pensamientos de un hombre no podían por menos de centrarse en los dardos. No era cuestión de regatear ahora con una vieja hippy el precio de una narizhorror, de un dientehorror, de una lenguahorror.

Keith condujo el coche al garaje de Rifle Lane. Afortunadamente, Fucker estaba de servicio.

—¿Quién te ha hecho *esta* putada? —preguntó Fucker—. Va a ser un trabajo duro. Pero puedes quedarte tranquilo.

Agradecido, Keith se relajó en un asiento de coche combado en el cuarto trasero. Se puso a leer las revistas deshojadas: titis en pelotas. Por fin, un poco de paz. Junto a él, dentro de una caja de cartón grande se estaba muriendo un gato todavía más grande. Cruelmente apretujado, se debatía y moqueaba y suspiraba. Empezó a llorar rítmicamente. Keith estaba acostumbrado al ruido, al ruido incesante y desagradable. La mayor parte de su vida la había pasado acompañado de una banda sonora con un número de decibelios salvaje. Ruido, ruido…, ruido al borde de lo inaguantable. Estaba

también acostumbrado a las proximidades desagradables, a las cercanías aguijoneantes; pero ¿tenían los estornudos del gato calvo verdadera necesidad de llenar de mocos y de babas la mismísima pernera de su pantalón? Lloraba rítmicamente. El ruido que hace se parece a… Las tías desnudas del libro. Ninguna como Nick. Ella les daba sopas con honda. Cerró los ojos y se vio desnudo y afanándose hacia delante y hacia atrás con incomprensible violencia y velocidad, como en una preparación controlada para un vuelo espacial. Allí estaba ella, un punto G de una serie G. Y ahí estaba Keith, con su traje G, listo para medirse con la gravedad… Un nuevo ruido, una nueva proximidad, un nuevo orden de alarma: Keith estaba mirando fijamente al gatohorror.

—Se te fue la pájara, ¿no? Un duro trabajo —dijo Fucker.

Estuvieron allí un rato inspeccionando el marco de la ventana alabeado, el cristal manoseado, cubierto de huellas digitales.

—Pero puedes quedarte tranquilo.

—Te lo agradezco.

Y Keith metió la mano en su bolsillo y se desprendió con mucho dolor de su dinero: interminablemente, billetehorror tras billetehorror.

Bajo el sol bajo, que le picaba en su cara sin afeitar como un jersey de lana gruesa, Keith se encaminó en su coche hacia el Black Cross para tomar su desayuno. Las palmaditas en la espalda y el humo del tabaco, las lagers y los huevos duros rebozados, no eran una buena combinación. Una empanada de cerdo, decidió Keith, era lo que a él le apetecía realmente. Siempre acababa siendo la mejor comida. Shakespeare se le acercó haciendo eses y estuvo alborotándole el pelo durante al menos un minuto sin parar. Cuando hubo dejado de hacer esto, Keith miró a la barra: su comida se hallaba sazonada ahora con una nueva capa, suavemente caída, de caspa, la cual se había mezclado también con la espumahorror de su lager. En aquel momento, su diente tropezó con una impureza espectacular en medio de los cartílagos nudosos de su boca. A Keith, habitual e intrépido devorador de empanadas de cerdo, no le resultaban extrañas las impurezas; pero en su vida había encontrado algo tan atragantadoramente gangrenoso como aquello. Sin interrumpir la conversación que estaba manteniendo con otro parroquiano, Pongo le pasó la botella de líquido verde para enjuagarse la boca que había debajo de la barra, y Keith se alejó con paso largo en dirección al váter. Media hora después, volvió y bebió los whiskies complementarios y se restregó los ojos con un pedazo de papel arrancado tiernamente de su periódico por el propio Pongo. Keith asintió con la cabeza mientras estudiaba el envoltorio de la empanada de cerdo: la fecha límite de consumición se adentraba bastante en el milenio siguiente. Tomó unos cuantos whiskies más como preparación

anímica para contar a los colegas un par de cosas sobre su noche con Nick. De su estómago aún salían espumarajos, a modo de ruidoso lamento por aquella empanadahorror.

Y entonces todo empezó a oscurecerse.

—¡Fijaos!

A través del cristal empañado vieron, algunos de ellos, cómo, en perfecto paralaje, las dos bolas blancas se unían cual fenómeno irrefutable bajo el microscopio, y la luna empezaba a arder como un pequeño sol.

—¡Es el eclisse…, el eclisse…! Qué clisé ni qué niño muerto…, que se han fundido los jodidos plomos… Es eclipse total… Venga, ya, coño, ensended la luses… El eclisse… Es el jodido eclipse.

Keith apartó la vista, horrorizado. A su izquierda, le esperaba un contrincante, junto al oché nublado, con los dardos en la mano y con la cabeza agachada en un martirio de impaciencia. Alguien pegó un capirotazo a una moneda sobre el mostrador. El canto sonó con estrépito, como un coche frío justo antes de ponerse en marcha. Y la moneda siguió temblando ruidosamente, cada vez más rápida, más aplanada. Eso era él anoche, él en persona, vibrando de pies a cabeza. Un Shakespeare tembloroso asomaba, a tres metros de distancia, por la doble puerta del Black Cross. Aquel era el día en que, según el esquema general de Shakespeare, él iba a conducir a su pueblo escogido hasta las montañas de Eritrea: la tierra prometida. Pero, según entreveía el Black Cross aquella mañana, la cosa no le parecía particularmente probable… Fuera, él había sentido el frío, el viento del eclipse, el silencio de las palomas. Seiscientos cincuenta kilómetros más allá, la punta de un cono oscuro cuya sombra tenía cuatrocientos mil kilómetros de largo se estaba dirigiendo hacia él a tres mil doscientos kilómetros por hora. A continuación tuvo el presentimiento del cambio, como la llegada de un frente frío o tormentoso, con luz tenue pero cada vez más llameante. Luego, una sombra que atravesaba el cielo. La totalidad. Shakespeare estaba llorando. Él sabía que algo horrible tenía que suceder, cuando el diahorror era nochehorror, cuando el solhorror era lunahorror.

Allí en lo alto también (si alguien hubiera sido capaz de descubrirla), y con un aspecto inmejorable a la súbita luz crepuscular, brillaba orgullosamente Venus, hija de Júpiter, mujer de Vulcano, amante de Marte, y nunca más brillante que cuando la oscuridad de la totalidad atravesaba la tierra jugando.

¿Dónde estaba Nicola?

Nadie lo sabía.

La luz de muchos soles resultó ser unas memorias de guerra:

bastante notorias, a su manera particular. Guy terminó su *faisan à la mode de champagne* y, con cierto remordimiento de conciencia, siguió bebiendo el rosado que él sospechaba costaría en un restaurante el equivalente al salario mínimo interprofesional. El jefe de escuadrilla Leonard Cheshire, VC, OM, DSO y DFC,[26] su autor, católico y un alma bendita, fue uno de los dos observadores británicos del bombardeo atómico de Hiroshima.

Guy miró por la escotilla. El «segundo contacto», o primer momento del eclipse total, se había producido veinte minutos antes. El piloto del Concorde, un entusiasta de los eclipses y miembro del Club Dos Mil, había anunciado su intención de mantenerse en la parte sombreada hasta iniciar el descenso sobre Irlanda. Así, el eclipse total duraría mucho más que sus tres minutos terrestres. Cuando llegó, Guy se había tensado, como preparándose para un impacto. O eso había intentado. Pero entonces se dio cuenta de que no podía tensarse más de lo que ya lo estaba. Por lo mismo que su falo no podía endurecerse más. En el momento en que la forma de la luna cubrió el sol, la corona solar bañó la circunferencia, fantástica simultaneidad, con un fuego inolvidable. Guy se sintió aturdido, desgarrado, por la perfección del ajuste. Sin duda alguna, solo un observador divinamente privilegiado podía verse agraciado con aquella carambola auténticamente verdadera, derecha, completamente precisa, de ciento cincuenta millones de kilómetros. Tal vez aquella era la condición necesaria de la vida planetaria: tu sol debe cuadrar con tu luna. La sombra empezó a apoderarse del avión; el piloto intervino de nuevo y, con emoción, pidió a sus pasajeros que admiraran el efecto «anillo de diamante» del «tercer contacto», en el momento en que volvía a emerger la primera rebanada del sol. Sí, sí, sí: igual que un diamante de canto. Como un anillo para ella, quizá. Compromiso celestial.

Empezó el descenso. Guy cogió *La luz de muchos soles*. En la página cuarenta y seis, dejó caer el libro al suelo. Alcanzó su bolsa guido y Cruz de Vuelo Distinguido. Todas ellas condecoraciones, las tres primeras del de papel y la abrió delante de su boca. Esperó. Tal vez había una explicación. Tal vez, después de todo, era una cosa completamente inocente…

Enola Gay fue el avión encargado de aquella misión sobre Hiroshima. El piloto bautizó al aparato con el nombre de su madre. Él había sido en otro tiempo su niño pequeño.[27]

Pero *Little Boy* fue el nombre de la bomba atómica. Mató a cincuenta mil personas en ciento veinte segundos.

En el portal de la casa de Nicola, Keith se debatía desesperado con su gran manojo de llaves: las llaves de Keith, sus llaves de carcelero, sus llaves de Debbee, Trish y Analiese, las llaves del piso, del coche, su

llave del garaje, del almacén. Pero ¿y las llaves de Nicola? Apretó otra vez el botón del timbre; probó otra vez con todas las llaves. Keith se hallaba ahora al borde del pánico, de la maldición, del ataque de nervios. Necesitaba verla como fuera, no por el acto de amor y odio, que, para su sorpresa, y por lo que él podía afirmar, no quería volver a llevar a cabo con nadie nunca más. No: la necesitaba por su fe en él, porque ella era el otro mundo, y si ella decía que Keith era real, entonces el otro mundo lo diría también. Pero, un momento, supón que la ha atropellado un autobús… ¿y mis botas de dardos, mis pasos reglamentarios, mi camisa de dardos, mi…? Keith se echó la mano a su pechohorror. Luego, sus rodillas cedieron de alivio. No todo está perdido. Su bolsa de dardos seguía en su lugar, en el bolsillo próximo a su corazón. Llamó otra vez al timbre con toda su fuerza; probó otra vez todas las llaves. Le parecía que le observaban por los cuatro costados. Aquel día, hasta el callejón sin salida estaba atestado, y sobrecargado de voces y gestos: una sensación de cambio demográfico. Keith se volvió. Un policía lo miraba desde la acera, recortado, inmóvil, sobre un fondo de figuras muy bajas. Un crío en uniforme. Gilipollas de mierda. Keith confiaba en que al policía no se le ocurriría intentar nada allí; de lo contrario corría el riesgo de ser linchado. Pero ahora se estaba aproximando, con los hombros interesadamente inclinados, y… de acuerdo, tal vez aquello olía un poco a chamusquina: un desgreñado Keith encorvado sobre sus llaves… Así, se palpó con ostentación los bolsillos, y luego hizo un giro de ciento ochenta grados acompañado de varios movimientos de cabeza negativos. Recorrió el senderillo marcando pequeños pasos de baile y, con un poco del antiguo aplomo (los whiskies y los *pornos* suplementarios le echaron una mano), se metió en el pesado Cavalier de un par de brincos. Keith arrancó con un empellón involuntario, rozando por los pelos un coche de niño desatendido, sin quitar ojo, por el retrovisor, a la silueta del decreciente polihorror.

Bajo un sol bajo que le hacía cosquillas en los pelillos de la nariz, Keith puso rumbo a Windsor House. Nick asomaría más tarde: la llamaré desde allí. Además, tenía ganas de ver qué tal estaba Clive. La radio funcionaba perfectamente. Por el camino escuchó irritado las noticias: la disolución de la Crisis, la mejoría experimentada por la mujer del presidente, las delegaciones que habían salido a la vez con dirección a París y Praga (no una cumbre: más bien algo parecido a dos cimas gemelas), y se preguntó si sería eso lo que explicaba la retención del tráfico en Ladbroke Grove. Aparcó en doble fila enfrente de Vinos Maharajah. Al dirigirse hacia el ascensor, su paso cambió de sus andares cuadrilongos habituales a la repentina danza de un remero en el momento de entrar en la mar fría. Su pie derecho había pisado una mierda de perro. Afortunadamente, el ascensor funcionaba, más o

menos. Bajó todos los pisos en respuesta a sus desesperadas llamadas. Pero no llegó muy alto. Sentado en el suelo, esperando que pasaran los veinte minutos que tardó en volver la corriente, Keith cogió la astilla de un fósforo y la aplicó a la delgada cuadrícula de su suela mancillada. Un consuelo: el perro responsable de aquel vertido estaba ahora seguramente muerto. Sus pensamientos versaban en su totalidad sobre perrohorror y gatohorror en el momento en que, tras una caída escalofriante, empezó a subir entre atormentados achuchones, encajonado en el acre ascensorhorror.

Una vez en la estrecha cinta de pasillo, Keith atacó la cerradura, que siempre solía mostrarse recalcitrante. Pero hoy era diahorror. Miró detenidamente la llave nudosa suelta. Sobre el felpudo había cuatro cartashorror: dos reciboshorror, una citahorror y una ordenhorror de embargo. Keith estaba hasta la coronilla de tantas cerraduras y tantas llaves: dio un paso hacia atrás y se minicatapultó contra la puerta. Normalmente, debería haber cedido como una galleta mojada. Pero los dispositivos que había colocado sucesivamente él mismo estaban todos en su sitio: las barras y los puntales de los que él se valía para mantener alejados a alguaciles, cobradores de morosos, personas engañadas y robadas, estafadoras horrorestafados.

—Kath —dijo en voz baja.

Vaciló ante el cristal empañado. Una silueta se deslizó, y luego volvió a aparecer, como una figura atisbada en una iglesia.

—Te he visto —susurró.

—Venga, ¡joder! —exclamó Keith pacientemente—. ¿Qué? ¿Cuándo? Vamos, querida…

—En la tele.

—… Eso no era nada. Simple teatrillo. Chorradas. *Para* la tele.

—Se lo has dicho a todo el mundo —dijo ella—. Por la tele.

Y Keith no tuvo respuesta.

Hasta el viejo metrotaxi que lo recogió en Heathrow tenía sus manías particulares en cuanto a formas de tortura. Primero, la vibración, el burbujeo de la caldera bajo el asiento, parecía aguzar el dolor en la ingle de Guy, suponiendo que fuera posible allí abajo algún tipo de aumento. Pero la cosa era más rara todavía. El conductor trataba a su taxi como podría tratar un campesino a su caballo o burro, con obtusa y omnímoda crueldad. Los arrechuchos del acelerador eran como exhalaciones de dientes alargados y labios aleteantes; y luego venía el relincho enroscado de los frenos. Podía llegar a ser entretenido escuchar las variedades de relincho y rebuzno, de rabia y sumisión, que el conductor arrancaba de su medio de vida,

el cacharro negro.

Mientras pagaba, un niño que pasaba por allí metió un buscapiés por la ventanilla, y se detuvo a ver el zipizape que producía en la parte trasera de un taxi: el éxtasis atosigante de molestar.

—La noche de las hogueras —dijo el taxista con apatía.

Guy enfiló el callejón sin salida; la había llamado desde el aeropuerto, sin éxito; no esperaba que estuviera en casa. Y de hecho no estaba. Abrió la puerta de la calle y subió las escaleras. La segunda llave abrió un mundo olfativo que Guy recordaba de sus tiempos de escolar: enrejados de madera y vestuarios, los lavabos adónde acudían los fumadores. Vio el blanco de dardos, el block de peltre con su nombre grabado, el de Keith. En la habitación contigua, cruzando el estrecho pasillo, vio el desastre de la cama, el cenicero volcado sobre la almohada, con su contenido desparramado por las sábanas. Dispersos aquí y allá por el suelo estaban los relucientes charcos de lencería exótica. Vio las tres botellas de coñac vacías, el narguilé oriental. Sobre la silla, como preparados para ir al cole, los pantalones de brocado y la camisa roja que decía: KEITH TALENT — EL REMATADOR.

En el cuarto de al lado encontró un sobre marcado *Guy*, desplegado de manera poco visible entre las revistas de moda y de dardos que abarrotaban su escritorio. La nota decía: «Estoy en los dardos.» Había un pase o boleto pegado. Sonó el teléfono. Esperó, y luego lo cogió.

—¿Dónde cojones te has metido? —exclamó una voz que Guy conocía bien.

—… Soy Guy.

—… ¡Ah, hola, qué hay, tío! Es que…, eh, había ahí unas cosas que iba a recoger. Está ahí ella, ¿no?

—No, no está.

—¿Sabes cuándo volverá?

—No, no lo sé.

—Las tías, ya se sabe —dijo Keith indulgentemente—. Nunca están cuando las necesitas. Y cuando no las necesitas, siempre están. ¿No podría, no podría yo pasarme…? Nah. Bueno, ¡je, je! Hay que ver…

Guy esperó.

—De acuerdo. Te veré luego, colega. En fin —añadió monótonamente—, ella dijo que querías estar allí. Como mi patrocinador virtual. O sea, ayudando desde atrás.

—Desde luego.

—En los dardos, ¡je, je!

Tampoco él está muy alegre, pensó Keith. Tampoco él se puede sentir muy contento. Tampoco. Pero así es la cosa, señores; el éxito en

esta vida siempre va a parar del lado de quien… El blanco del garaje de Keith lo miró mientras él acababa su *porno*, se quitaba la ropa y, pataleando ligeramente sobre el frío suelo, se lavaba, horriblemente, en la pilahorror. El estilo de vida de Keith. Escépticamente, conectó el hervidor de agua eléctrico que había robado recientemente. Zumbó imperfectamente durante varios segundos, y Keith recobró sus esperanzas. Pero luego la máquina emitió un silbido abrasador y, por su popa, despanzurró el enchufehorror ennegrecido. Se afeitó con agua tibia ante el acné del espejo. Acto seguido, con el champú de huevo, más frío todavía, se lavó el pelohorror. Se puso la camisa de dardos número tres, húmeda y arrugada como estaba. Decía: KEITH TALENT — EL ELIMINADOR. Se secó el pelo con un viejo trapohorror.

De repente, un escarabajo naranja pasó apresurado por delante de él, y Keith lo pisoteó, por urbanidad, simple costumbre de urbanidad. Pero el cuerpo brillante y azarcillado del escarabajo, en el preciso instante en que se extinguía hacia dentro, le recordó a Keith que estaba descalzo, y sin calcetines. Sencillamente un piehorror. Keith levantó bruscamente toda la pierna con un gritito senil de asco. O sea, que aún era capaz de sentir asco; por lo que desistió de rematarlo con el talón.

La mirada que echó al escarabajo medio despachurrado podría haberse confundido con una muestra de horror. Allí yacía el bicho, medio vuelto; sus distintos apéndices se movían todos a diferentes velocidades —pero ninguno a la velocidad humana—. Yo, yo mismo, tan solo hace unas horas, pensó Keith, con intensa laxitud… Se puso el zapato izquierdo. Tras varios minutos infructuosos de darle al cepillo, se puso el zapato derecho. Mejor llegar temprano, con tiempo. Para hacerme al ambiente. Se puso de pie. Caray. He decidido disfrutar todos y cada uno de los minutos. No me lo quiero perder por nada del mundo. No preguntes nunca por… Se subió la cremallera de la cazadora. Relajarse; unas cuantas bebidas. Aprovechar la oportunidad de poder ejercitarse con los tableros de los famosos. Yo, por lo general, Tony, no pierdo nunca la calma. Es buena señal, Ned, el sentirme en forma para la gran ocasión. Al salir, echó una última mirada a la cara llena de odio del agonizante escarabajohorror.

Guy volvió a casa.

O, mejor dicho, volvió a Lansdowne Crescent. Seguía teniendo en el bolsillo las llaves de la casa; pero los buenos modales —y la prudencia— le aconsejaban llamar al timbre. A través del cristal de la puerta y de sus molduras de acero apareció una figura temible. Guy pensó que podía ser Doris: la única que no podía subir las escaleras. A causa de sus rodillas. La única que temía y odiaba todo tipo de escaleras.

Se abrió la puerta. Era Lizzyboo. No pudo evitar quedarse un rato mirándola con la boca abierta, ni pudo evitar recordar el dirigible de helio que había visto aquel día, planeando esforzadamente sobre la Terminal Cuatro.

—Es maravilloso. Es realmente *maravilloso*.

Lo dijo con júbilo. Y, mientras Guy la escuchaba, vio claramente a la otra Lizzyboo, a la que él había amado durante un mes completo, a la que él había besado y tocado entre la porcelana temblorosa. La otra Lizzyboo seguía estando allí, escondida dentro; y ahora ya podía salir al exterior sin peligro.

—Todo vuelve a estar en orden otra vez.

Por supuesto, esto no significaba nada en relación con Guy, pues ella solo se refería al planeta.

—¿Cómo está Hope? ¿Cómo está el niño?

—Será mejor que subas tú a ver.

Él subió a ver. Al torcer en las escaleras, le inquietó la visión de una silueta en el pasillo, cerca de la puerta del dormitorio. Había un no sé qué en su forma expectante que le resultó premonitorio, sacramental, eclesiástico. Al acercarse descubrió que era un niño pequeño, enfundado en una armadura.

—¿Quién es? —se oyó una voz—. ¿Cariño?

Guy estuvo a punto de ensayar una respuesta agradecida. Pero el niño pequeño se le adelantó:

—Un hombre —dijo.

—¿Qué hombre?

—… Papá.

Marmaduke se echó hacia un lado, con cierta formalidad, y Guy entró en el cuarto. El niño le siguió, y luego pasó tranquilamente por delante de su padre para situarse junto a la cama, en la que se hallaba Hope, recostada sobre un montón de almohadas.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Guy, pues en la casa no se veía, extrañamente, ni a un solo empleado.

—Todos se han marchado. No hacen falta. Ahora es distinto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se tranquilizó de repente. Al día siguiente.

Mientras ellos hablaban, Marmaduke se estaba desvistiendo, o deshebillando. Posó la espada, la daga, la pica y el escudo, ordenadamente, sobre la silla. Se liberó del peto. Dedo a dedo, aflojó sus guanteletes.

—¿Y tú? —preguntó Guy.

La cara de ella expresó, en términos de tiempo y distancia, la clase de viaje que él debería emprender si es que quería regresar alguna vez. Era un largo viaje. Quizá la propia tierra no era suficientemente

grande para servir de escenario… De manera pausada, Marmaduke se quitó primero las espinilleras, luego las pequeñas babuchas de cota de malla. A continuación, se despegó meticulosamente de sus leotardos, que parecían auténticos.

—¡Se acabaron los bragapañales! —exclamó Guy.

Marmaduke estaba allí, en calzoncillos. También de estos se desprendió. Se metió en la cama de un salto.

—¿Mami?

—¿Sí, cariño?

—¿Mami? No quieras a papá.

—No lo querré. Pierde cuidado.

—Bien.

—… Adiós, papá.

Guy salió a la tarde declinante. Miró el pase o billete que ella le había dejado y se preguntó de qué manera iba a matar todo aquel tiempo. Encorvado sobre su bolsa, permaneció un rato junto a la puerta del jardín. Miró hacia arriba. El cielo estaba ya moteado de chispas incendiarias, de trozos de cohetes: su guerra por procuración. Muy pronto, en toda la extensión de Londres, empezarían a arder un millar, un millón de monigotes.[28]

Es curioso: bajas la persiana y nada: el sol sigue ahí, como en Hawái. Keith se dirigía hacia el estudio, que estaba bastante bien, pues se trataba de un almacén recientemente acondicionado junto al viejo canal. Una vez allí, y según se le había dicho, entró en el aparcamiento privado. Un guardia jurado apareció por detrás de los cubos de basura, se le acercó a grandes zancadas y le dijo, de manera terminante, que se fuera a aparcar a otra parte. Al enseñarle Keith su documento de identidad, él se acurrucó sobre su walkie-talkie defectuoso. Keith oyó la negativa, el silbidohorror y el graznidohorror, y un sinfín de negativas. Cuando por fin le dieron luz verde, Keith se sorbió los mocos y se sacudió la chaqueta, y cerró la puerta del coche de un decidido manotazo. La ventana del lado del pasajero estalló hacia fuera. El guardia le trajo con firmeza recogedor y escobahorror.

¿Blancos lujosos para practicar? ¿Qué blancos lujosos para practicar? Lo llevaron, a través de la cantina, hasta un depósito, donde había, por casualidad, un blanco. Increíblemente, el sol lo buscó también en aquel lugar. ¿De qué estaba hecho el sol? ¿De carbón? ¿De oxiacetileno? ¿De filamentos eléctricos? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no se quedaba *fuera*? Ni hablar: ahí seguía inyectando su calor en sus cansados ojos entornados. Parpadeó al fijarse en el orbe numerado del blanco, que parecía también un sol, vórtice de todas sus esperanzas y de todos sus sueños. Bajó la cabeza ante su deslumbramientohorror. Con la bolsa púrpura en la mano (qué

gastada y sucia parecía), Keith midió la distancia a pasos, se sorbió los mocos, tosió y se estiró. El sol se desvaneció. El primer dardo atravesó volando la nochehorror.

Vuelvo de mi última misión y encuentro sobre el felpudo una nota de Mark Asprey. Entregada por un botones del Connaught Hotel. Pero esperen un momento…

> Querido Sam: Me alegro *mucho* de que te hayas esforzado por dilucidar el enigma del caso Cornelia. Ella dijo la verdad cuando afirmó que todo *El lago de los piratas* era «pura mentira». No hubo laguna color cereza, ni perro rabioso, ni lágrimas junto al fuego de la acampada bajo las estrellas palpitantes. Y, sobre todo, no hubo ninguna seducción maratoniana. En realidad, en verdad, la tuve a la imbécil con risa loca desde el primer día después de comer, en el hotel, lugar del que durante las dos semanas apenas nos alejamos.
>
> Sin duda estarás preguntándote por sus «magníficos pechos». También estos los creé yo con dos diestras pinceladas de mi fantasía facilona: no tuvieron mayor realidad, ay, que el cortés Kwango. Y sabes cómo suelen ser: un culo muy gordo, pero tetas de corredora de fondo. Y tan estúpidas… Con una manía especial por…

Luego siguen trescientas o cuatrocientas palabras de la más grosera pornografía. La carta concluye:

> Tú no lo entiendes, ¿verdad que no, mi querido amigo sin talento? Ni siquiera ahora, que te estás muriendo y pudriendo de envidia. No importa ya lo que pueda escribir quien sea. Ya ha pasado el tiempo en que eso importaba. La verdad ya no importa ni *tampoco es deseada*.

—Espera un momento —dije. Nicola estaba saliendo del cuarto de baño. La miré de arriba abajo—. Dios mío, no te van a dejar andar ni cincuenta metros. Es grotesco.

Ella reparó en la carta, con sus ojos inteligentes. Dijo:

—¿Estás preparado para oír la mala pasada que le gasté? Te podría entonar un poco. Ven aquí. Quiero seguir peinándome. A decir verdad, la cosa no carece de semejanza con tu propio caso. Él escribió esa novela —dijo ella mientras yo la seguía en dirección a la habitación—. Había pasado varios años intentando escribirla. Me la enseñó. Estaba redactada con escritura normal, en un cuaderno bastante grande. Y tenía algo. No era la porquería habitual que él escribe. Le había salido

del corazón.

—¿Y?

—La destruí. Lo encerré en el cuarto de baño y la arrojé al fuego. Hoja a hoja. Me mofé de él todo lo que quise.

—Eh, no está mal.

Ella estaba observando la manera como se movían mis ojos.

—No te preocupes. No he destruido la tuya.

—Gracias. ¿Por qué no? ¿Qué mosca te ha picado?

—No lo necesito.

—No te entiendo, Nicola.

—Eso está bien. Tienes un aspecto fatal. ¿No puedes tomar alguna *pastilla*? Háblame de la criatura —dijo suspirando.

El dolor viaja a través de interconexiones difusas, a través de prolijas redes de fibras, más allá de campos de tiro, de rama en rama, a través de matorrales espesos… Uno quiere que se termine. ¡Que se termine! Pero *en eso* consiste el miedo: en querer que se termine. Esa podría ser su característica distintiva. Los síntomas físicos inmediatos son leves, y no tan perturbadores como el dolor.

Sentí el miedo de la niña al entrar. Un repentino velo de media tarde, y silencio, y ningún rastro de Keith ni de Kath: solamente Kim, un bizcocho retorcido a mis pies sobre el suelo de la cocina. No parecía herida: solo mojada y llorando —y asustada—. Y eso era suficiente, demasiado; no debería suceder jamás. Ah, sé cómo, cuando vienen los bebés, nos arrastramos y deslizamos como ratones a través de túneles oscuros con el fin de cuidarlos, de anticiparnos a ellos, de cogerlos de donde estén para consolarlos un poco. Pero es que tiene que ser así. Tiene que ser siempre así. Porque, cuando nosotros no estamos ahí, su mundo empieza a venirse abajo. A cada lado, el horizonte se eleva hasta desplazar el cielo. Su lugar lo ocupan las paredes. El dolor lo pueden aguantar, tal vez. El dolor es algo próximo, y ellos saben de dónde viene. Pero no así el miedo. Alejad de ellos el miedo. Dios mío, si ellos supieran lo que hay ahí *fuera*. Y esa es la razón por la que no se les debe dejar solos de esta manera.

Bueno, no completamente sola. Al arrodillarme para cogerla, oí un gruñido de advertencia: era Clive, sentado tieso en el cuadrado del-tamaño-de-Clive entre las cuatro habitaciones de juguete.

—No te preocupes —le dije—. Yo soy bueno. Yo la quiero. Yo no soy malo. Perro bueno.

Al parecer, se puede decir esto a un perro: un perro lo creerá seguramente. Se acercó; con un suspiro y con medio salto, colocó sus patas delanteras sobre el fregadero, mirando a ver si venía Kath o Keith; desde atrás parecía un pistolero adiestrado, presto, las rodillas inclinadas, el arma encañonada. Cuando la niña se calmó un poco, vi

encima de la mesa una caja de cerillas, y un cigarro suelto. Esta era la nota que me había dejado Kath.

Porque yo me había equivocado de cabo a rabo. Y la vida siempre te está obligando a adoptar posturas cada vez más extrañas. *Te n - go que dejar de hacer daño a K*, había escrito Keith…, *deskitarse con la cría*. Pero *K* no era Kim. *K* era Kath. Pero Keith no podía parar. Ni Kath podía parar tampoco.

Solo tuve una idea. La vestí. Al cambiarle el bragapañal, vi sin sorpresa que no había nuevas marcas. Kath se había resistido a la potencia de su propia impotencia, esta vez. Dejé una nota, y un número, y podría haber escrito allí mismo que hay personas que mandan a otras ejecutar sus propias crueldades. Personas que mandan a otras ejecutarlas en su lugar.

Y luego, esto.

Con su cara moviéndose, girando constantemente sobre mi hombro, llevé a la niña por las calles…, convertidas de repente en un carnaval: una irrupción de energía y alivio humanos, con globos y bandas de música, altavoces apoyados en los alféizares de las ventanas, los pubs vueltos hacia el exterior. Nos vimos atrapados en pleno torbellino, y nos abrimos paso a trancas y barrancas entre el gentío cada vez más numeroso. Uno de esos momentos en los que todo el mundo quiere ser negro, ágil, alborotador; y, sobre este fondo de brillo oscuro, los rostros blancos, sonriendo tímidamente, avergonzados de salir a la luz, de ser sencillamente vistos. Las calles eran infantiles y estaban bebidas. Allí los pedantes e indulgentes contoneos de un policía. Aquí una señora negra bailando tocada con el gorro de un poli. Allá la cara embelesada de un niño.

¡La vida! Como la vida cálida que llevaba en mis brazos. Pero entonces puede haber de repente demasiada, demasiada vida, y diferentes síncopes, diferentes peligros… Una intersección estrecha con Portobello Road, y la vida que confluía a presión de todas direcciones, nuevas cabezas por doquier, como montones de balas de cañón, y la misteriosa llegada del pánico: los brazos haciendo ahora aspavientos en su empeño por alcanzar los bordes. Pero no *había* ningún borde; solo vida, más vida. Yo sostuve a Kim por encima de mi cabeza, justo allí, en pleno griterío. Y la multitud, ese ser enorme del que cada cual es una célula, empezó a tambalearse centipédicamente, y (pensé yo) solo había una posibilidad: o tú pisas o te pisan a ti, o ambas cosas.

Después, aquello terminó, y nos hallamos en la otra parte. Utilicé la puerta inferior de Lansdowne Crescent. Lizzyboo podría hacerse cargo. Estaba completamente curada y despejada. Le dije que pasaría por allí Kath. Le dije que sabía que ella actuaría correctamente. Le dije que ella tenía toda mi confianza.

—Qué más quieres. Te he dejado descansar durante todo un capítulo. He estado jugando a los dados con la muerte ahí fuera.

—Sí, eso pretendes.

—Te juro que he estado *así de cerca*.

—Yo tampoco he estado ociosa, ni mucho menos.

—Pintándote para la guerra.

—Sí. Y leyendo.

Esperé, y observé su ceño.

—Me has hecho parecer ridícula. ¿Cómo te has *atrevido*? Yo pensé que iba a ser una figura trágica. Al menos, un poco. En cambio, no parezco más que una desmadrada. *A cada instante*.

—Lo siento —dije—. Yo no te veo de esa manera.

Luego ella dijo algo que no capté bien. Y que no quiso repetir. Empecé a prepararme para partir.

—¿Crees que este vestido es lo suficientemente repugnante? —gritó—. Mejor decirte una cosa que voy a hacer mientras voy hacia allá. —Me la dijo.

—Nicola.

—Te sorprendería lo elocuente que puede ser un poquito de guarrería. Cuidadosamente aplicada.

—Acabo de pensar en ello. Te veré en el estudio y todo eso…, pero este es nuestro *adiós*.

—Toma la llave de mi apartamento. Ve temprano y disfrutarás de una buena vista.

Busqué un desafío en su frialdad. Me limité a decir:

—Vas a estar fuera desde las nueve hasta las doce, ¿verdad? No logro imaginar cómo te lo vas a montar.

—Esta es su vida. Vamos allá. Un besito.

—Por qué no lo paramos. Por qué no lo abortamos… Oh, llévate un abrigo, Nicola. No está funcionando. No me está saliendo bien. Se me está escapando de las manos, Nicola. Hay cosas que no veo.

Me voy.

He vuelto.

Parece, por el momento, que Nicola nos ha confundido a todos.

23. TÚ TE VUELVES CONMIGO

El taxi negro se alejará, irrevocablemente y para siempre, una vez que la víctima haya pagado, con generosa propina, al conductor. Repugnantemente ataviada (¿cómo *iba a ser* si no?), se adentrará en el callejón sin salida a golpe de tacón. El pesado coche estará esperando; los faros se encenderán al empezar a reptar hacia ella. Se parará, sin prisas, mientras se abre la puerta del acompañante.

La cara de él estará oculta en la oscuridad, pero ella verá el cristal agrietado de la ventanilla y la herramienta de coche preparada sobre su regazo.

—Sube.

Ella se inclinará hacia delante.

—*Tú* —dirá, con gesto de saberlo de antemano—. Siempre tú.

—*Sube*.

Y ella subirá…

Repugnantemente ataviada: ¿cómo iba a ser si no? Con un vestido blanco de encaje con tirantes muy finos, cauterizado por la cintura, resaltando todo el volumen de las características sexuales secundarias, tan ajustado por abajo que las bragas esbozadas daban un bullón de pañal al trasero redondo; y con las piernas al aire, zapatos de satén escarlata, los tacones imperdonablemente altos, unos tacones que parecerían aún más altos (esa era la insinuación) cuando sus sombras se reflejaban en las espaldas de los mentecatos… El pelo rociado de brillantina y salvajemente desgreñado. De camino hacia el estudio, seleccionó una buena pared de ladrillo, impregnada de humo y humedad londinenses, y se frotó el trasero contra ella. El vestido estaba hecho a mano, de dralón y triacetato, hecho por las mano del hombre en todos los sentidos, hecho pensando en los hombres. Quiso hacer todo el trayecto a pie, para poner a prueba su valor y para tensar sus pechos.

Se frotó el trasero contra la pared de ladrillo húmeda. Por supuesto, no había espejo alguno, por lo que no pudo ver el efecto; pero el contacto no estuvo nada mal.

Keith dijo:

—¿Y el pub? ¿Dónde está el pub?

—¿Pub? ¿Qué pub? —Tony de Taunton miró a Keith inquisitivamente.

—El lugar de reunión. El… —Keith chasqueó su dedo lanzadorel Chuckling Sparrow.

—No hay ningún *pub*. ¿No crees que ya tenemos suficiente motivo de preocupación, Keith? Sin convocar a doscientos borrachuzos cuatro noches por semana. —Mientras hablaba, Tony de Taunton dio a Keith una bebida baja en alcohol y lo llevó del brazo hasta la ventana—. No, no, amigo mío. Todos esos carniceros alegres y esas comadres sonrientes…, eso es carne de biblioteca. Usaremos después película de relleno para imitar un pub.

—De sentido común —dijo Keith. Estaban de pie en un área cavernosa, llena de ruidos ocultos. Montadores y desmontadores evolucionaban estoicamente por allí con planchas bajo los brazos. Todos ellos expertos en hacer ruido. Unas láminas de cartón piedra plateado despedían una luz espectral de sueños acuosos. En la pared había un letrero que contenía las palabras más tristes que Keith había leído en su vida: NO FUMAR. También un espejo, en el que se reflejaba un tipo curioso, con la camisa roja arrugada: el Keith de la tele. *Había* una barra, no obstante, con cuatro o cinco taburetes en los que se podía subir uno. Pero nada de esa niebla y ese clamor regurgitante que él había llegado a considerar como la placenta de su mundo de dardos. ¿Dónde estaba el lorito del pub, soltando tacos y fumando sobre su sucio gancho? ¿Dónde los perros del pub, gimoteando víctimas de sus pesadillas bajo las mesas redondas?

—Mira. Ahí llega Chick —dijo Tony de Taunton—. Te va a gustar su estilo.

Un Rolls-Royce crema había entrado en el aparcamiento, abajo, dos hombres bajaron parsimoniosamente.

—¿Dónde están *tus* invitados, Keith?

—Ya vendrán. ¿Quién es el otro?

—Julian Neat.

Julian Neat: agente de las estrellas de los dardos. Agente de Steve Notice, de Dustin Jones.

—Sí. Dicen que Chick ha conseguido al fin firmar un contrato con él.

Nick y Chick habían entrado por puertas diferentes, pero hicieron su aparición por la misma puerta, juntos, lo cual era francamente ideal para el Keith Talent de la televisión, que, a estas alturas, sentía que no le vendría nada mal un poco de apoyo —que sentía, en definitiva, que

podía morirse o enloquecer en cualquier momento—. Ella se abrió paso entre los agasajadores y avanzó con premura vacilante hacia él. Él nunca la había visto tan guapa.

—Oh, Keith mío.

—¿Dónde te has *metido*, chavala?

—¿Qué ocurrió? ¿Perdiste las llaves? Vi que tu ropa de competición estaba aún sobre la silla.

—¿Dónde te has *metido*, chavala?

Con gesto implorante, ella se le pegó todo lo que pudo.

—Te lo contaré después. Haciendo los preparativos. Para nosotros, Keith. Vamos a hacer un viaje maravilloso.

—Eh, basta ya, vosotros dos —exclamó con una risita Ned von Newton: Mr. Dardos—. No deis la espalda a los demás.

Fueron a reunirse con los demás a la barra semicircular. Keith se acercó con aire despreocupado (se fijó en cómo miraba Chick a Nick). Ella le tenía la mano cogida…, absorta, con los ojos recatadamente gratificados por el amor, en el Keith televisivo.

Guy se hallaba de espaldas al edificio, frente a la explanada de pisos en demolición. Cuadrados de hormigón, aislados por alambradas romboidales, en cada uno de los cuales ardía una hoguera, en que se asaban las patatas de los pobres. Al parecer enjuagada gracias a sus experiencias del mediodía, la luna deslumbraba estos fuegos; hasta las llamas proyectaban sombras.

Al volverse, vio una figura encapuchada junto a la puerta. Guy se detuvo.

—Están ahí dentro —dijo la figura.

Guy pensó: es una chica. Se acercó más. Una de las mujeres de Keith. La rubia desastrada que…

—Keith —dijo Trish Shirt—. Y… Nicky. —Suspiró con asco—. Ahora viven como si estuvieran casados.

—Difícil lo veo.

—Es cierto. Lo echaron por la tele. —Se inclinó hacia delante y posó una mano en su brazo—. Dile que le espero. Díselo a Keith. Especialmente en un día así. Siempre estaré esperándole.

Cuando Guy llegó a donde estaba la gente, se detuvo junto a la puerta vacilante, dispuesto a merodear, se habría dicho, en un frenesí de discreción. Al principio, lo único que sintió fue simple desencanto. Había esperado que estuviera Nicola allí, y no estaba. Nicola no estaba allí. Vio a una chica en medio del grupo de la barra, bajo la luz de una bombilla: se parecía mucho a Nicola. *Era* Nicola, casi con toda certeza. Pero era alguien a quien Guy no conocía.

Trish le había parecido desencarnada bajo su capucha, neutra, *ello*

más que ella —o simplemente no humana—. Pero la chica de la barra, descapuchada, desenmascarada, vuelta a la luz, abierta de par en par al mundo, era menos humana que la cosa encapuchada.

Nicola se reía alargando y ensanchando la boca todo lo que podía. La ecuación de la energía se podía representar aquí en términos parecidos a $x = yz^2$, donde y era cierta magnitud de solitaria belleza femenina, z el número de hombres presentes y x la violación en grupo platónica que, en ciertos futuros posibles, podía llevarse a término. Era preciso decir que los hombres que la rodeaban solo fruncían el ceño y sonreían, como si se sintieran castigados por su color, su volumen, su efecto de riesgo voraz. ¿Dónde mira el invitado cuando la hija jovencita del anfitrión está haciéndole el salto mortal? Es tan transparente… Pero aquella no era ninguna jovencita. Al echarse hacia atrás en su taburete esbozó una viva mueca de dolor y se volvió hacia Keith como quien busca confiadamente el perdón; no había más remedio que simpatizar con Nicola en sus divertidos devaneos con el borde de su vestido. La atención general indivisible: eso era lo que ella mantenía.

Keith la miraba con orgullo. Y Chick la miraba: Chick, Chick Purchase, ancho, delicado, decidido, de cabellera espesa, voz profunda, y peligroso, con luz de hombre duro o simplemente de delincuente, como un actor, como una estrella que acepta el papel que le atribuye la imaginación popular. En su rostro se podían ver los placeres asociados a hacer el amor a las mujeres y daño a los hombres, o, más allá de esto incluso, a los vínculos existentes entre diseminar vida y acabar con ella. Había también algo ridículo, siniestramente ridículo, en su aspecto general: iba vestido como una chica, iba vestido como una tía.[29] Llenaba sus fluidos pantalones más o menos con la cadencia con que los llenaría una chica, y su camisa lucía el tipo de volantes que suelen gustar a las chavalas. Pero no era una chica. No cabía equívoco alguno en cuanto a su sexo. ¿Chick? En los ajustados artesones de-la-cintura-al-muslo de sus pantalones naranja, la cosa era perfectamente visible, y siniestramente ridícula. Un mujeriego irredento: esa era la razón por la que aún no había llegado hasta el final, en el mundo del crimen o de los dardos. Aquella noche no había a su lado ningún pinchadiscos ambulante ni ninguna fan enfebrecida: tan solo, en el Rolls crema, Julian Neat, que parecía lo que era: un intermediario con éxito, en un cultivo agotado.

—El pasado, pasado está —estaba diciendo Keith—. Olvidemos cualquier cosa desagradable y choquémosla como buenos amigos. ¿Eh, tronco?

—De acuerdo —dijo Chick con voz profunda—. Dime una cosa, Keith. ¿Qué hace una chica como esta con un chimpancé como tú?

—Chick —exclamó Julian Neat.

—Me parece que no eres justo, Chick —dijo Nicola muy seria—. Keith es muy bueno con los dardos.

—Vale, gente, se acabó ya la conversación —dijo Miles Fitzwilliam, que se acercaba retirándose los auriculares de la cabeza —. Entrevista preencuentro.

Los dos contrincantes se bajaron pesadamente de sus taburetes.

Guy vio su oportunidad. Pero ¿su oportunidad para qué? Entre otras cosas, parecían haber olvidado la manera de andar.

Nicola lo vio: sonrió y saludó con animación de marioneta. Mientras cruzaba la bodega, alentó en él la esperanza de que ella volviera a ser la mujer que él conocía; pero ella seguía volviéndose cada vez más extraña. Su sonrisa era más extraña, y sus ojos más extraños. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, él dijo como experimento:

—Hola.

—*Silencio. ¡Eh*!

Ella le lanzó un beso volado y se selló bonitamente los labios con un índice amonestador.

—Obviamente —estaba diciendo Keith ante la cámara, que estaba patitiesa de admiración a un metro de su cara—, esperemos que gane el mejor. Cuando salgamos ahí. —Se dio cuenta de que se esperaba algo más de él—. Así que esperemos que el tío, el sujeto con técnica superior salga, salga ganador contra, contra el que…, contra el que esté peor preparado. Así son los dardos. Hasta la muerte.

Nicola le aplaudió en silencio; luego sus manos se detuvieron como para rezar.

—Tengo mucha confianza, Miles —estaba comentando Chick—. Tengo que ser yo, si se tienen en cuenta los resultados. Y… mira, Keith y yo hace bastante que nos conocemos. Y sé que él tiene una curiosa costumbre. La de acoquinarse a la hora de la verdad. Francamente, espero que esta no sea demasiado parcial. Por el bien de los dardos.

—Gracias, muchachos. Cinco minutos, ¿de acuerdo?

Nicola meneó un dedo, y Guy se acercó más.

—No te preocupes, querido —dijo su hálito caliente—. Esto es solo un sueño.

El corazón de Keith dio un salto, o una sacudida, al ver al recién llegado: Kim Twemlow, el ex número uno mundial, con su sonrisa, su camisa ornamentada, sus zapatos blancos. Aquel hombre era como un dios para Keith, sin importarle un ardite su cara piel de naranja. Que los demás se fijen, si quieren, en ese bulto que tiene en un lado, en la prótesis para andar. Tenía bastante pelo en la cabeza, para sus treinta

y ocho años. Lo que pasa es que algunos de nosotros vivimos tan plenamente, y nuestras llamas arden con tanta fuerza, que los años pasan, no de uno en uno, sino de seis o siete en siete a la vez, como los años de los perros.

En cuanto a Guy, Keith lo vio y cerró los ojos y los volvió a abrir mirando a otra parte.

Julian Neat estaba contando otro chiste.

Nicola se reía alargando y ensanchando la boca al máximo cuando Guy se le acercó de pronto.

—*Tú te vuelves conmigo*.

Todos se volvieron.

—*Tú te vuelves conmigo*.

Todos se quedaron boquiabiertos. Boquiabiertos ante aquella muestra de innecesaria brusquedad. El pálido merodeador de ojos pasados por agua. La expresión de Nicola denotó que, si bien ella trataba siempre de ver el lado divertido de las cosas, en aquella ocasión la habían pillado realmente por sorpresa.

Guy la cogió por la muñeca, y ella emitió un gritito ensayado conforme giraba su taburete. A todo esto, Keith no pudo por menos de intervenir.

—Se ha terminado. No seas capullo.

—Tú te vuelves —dijo Guy con impecable pronunciación, por si a lo mejor ella no había oído o entendido bien— *conmigo*.

Ella lo miró. Su labio superior aleteó sobre sus dientes.

—No, ni lo pienses. ¿Para qué? ¿Para hablar del amor, y de Enola Gay? No, ni lo pienses. Yo no me vuelvo *contigo*.

—Bien dicho —dijo Keith al cogote de Guy—. Ella se vuelve conmigo. Para seguir haciéndome las cosas que me hizo anoche. Ella se vuelve conmigo.

—No, ni lo pienses. Ni hablar. Nanái. Yo no me vuelvo *contigo*.

Todos esperaron.

—Me vuelvo con *él* —dijo, inclinándose hacia delante y apoyando la mano en el pene de Chick Purchase.

Guy se fue, pero Keith no iba a ninguna parte.

Dijeron que pondrían el sonido después, ese inimitable bullicio de pub, los gritos, las risotadas, los vasos rotos, hasta las impacciones informatizadas de los dardos en el momento de tocar el tablero. Así pues, los zumbadores zumbaron, y los cambiadores fijaron y los fijadores cambiaron, cada hacedor de ruido hizo su ruido. Más las constantes bocanadas del simulador de cigarrillos encendidos, que despedían nubes grises por el obstruido oché. Quedaron risas, pero no eran risas de pub. Eran las risas de Julian Neat, Kim Twemlow y Nicola Six.

—¿Keith…? Qué pena que no haya salido la cosa según tus deseos, Keith —dijo Malcolm McClandricade—. Pero no se va a hundir el mundo. ¿Decías, Dom?

—Dicen que no lo pueden televisar.

—Mira qué bien, Keith. Esto te ahorra un bochorno de cara al Marquis. En fin. Esto es un verdadero alivio.

—Dicen que sí lo ponen. Creían que tenían una semifinal femenina; pero no.

—Jo…lín. ¿Cómo lo van a llenar? No tenemos más que diez minutos.

—Van a poner una canción de pub o algo así. Una juerga, o una rifa o algo así.

—Mierda. De todos modos, Keith, no me extraña que no quedaras bien. Con ese bicho. Dios mío, qué pena. ¿Keith? ¿Keith? Sécate las lágrimas, muchacho.

—¿Está bien?

—¿Qué crees tú?

—¿Traigo un coche?

—¿Keith?

Pero Keith se repuso, se repuso de su sueño abortado, de su catalepsia de dardos. Se puso en pie y dijo con espontaneidad adolescente:

—Podría alegar la herida en el dedo que no se me ha curado. Pero esta noche ha sido una experiencia valiosísima para mí. Para mi preparación futura. Porque ¿cómo van a madurar tus dardos, Malcolm, si no aprendes?

—Esa es la actitud correcta, Keith.

—Porque ella está muerta. Créeme. ¿Sabes lo que es ella, Malcolm? Una jodida donante de órganos. ¿Hacer esto y seguir viviendo? Pierde cuidado. Ella es historia, colega. ¿Me estás oyendo?

—Todo lo que tú digas, Keith.

Será utilizado en su contra. Bajó lanzado la temblorosa escalera de caracol. Cada impacto de su bota era más ruidoso, más áspero; la fuerza y la masa de su persona no hacían más que aumentar con una carga negativa y antitética. Luego chocó con el aire frío de la noche, y vio la luna, más roja, para sus ojos, que el sol de mediodía.

Keith corrió cabizbajo hacia el pesado Cavalier.

Tengo que volver a London Fields, pero, por supuesto, esto no lo haré ya nunca. Tan lejos… El momento, el momento…, nunca *llegó* el momento. Está lejos, lejos… Si cierro los ojos, puedo ver el cielo inocuo flotar por encima del parque verde lechoso. La vía del tren, la pendiente, los árboles, el arroyo: yo jugué allí con mi hermano siendo niño. Hace tanto tiempo…

La gente que me rodea se parece toda a Londres, a las calles de Londres; distante de toda forma que yo haya pretendido prestarle, estrictamente no simétrica, exactamente desproporcionada…, distante de muchas cosas, y distante del arte.

Queda esta terrible sospecha. No vale la pena salvarla, de todos modos. Sencillamente, las cosas no van a salir bien.

Marchémonos ahora, para el último acto.

24. EL PLAZO FIJADO

Al final del callejón sin salida estaba esperando el coche. Y yo también…

Estoy aquí. Estoy en ello. Y qué *extraño* parece aquí, gris pescado, marrón simio, todas las superficies húmedas y pegajosas, y el aire irrespirable. Ya destruido. No vale la pena salvarla.

El coche estaba allí, en la otra parte del callejón sin salida. Cuando sonó —o tocó a muerto— la medianoche, crucé la calzada e incliné mi cuerpo y me asomé por la ventanilla rota, rota por mi propia mano, hacía tanto tiempo ya. El asesino se volvió hacia mí.

—Baja del coche, Guy. Baja del *coche*, Guy.

Guy estaba llorando. Bueno, ¿y qué? Ahora todos lloramos, y seguiremos haciéndolo.

Era Guy. Por supuesto que era él. Después de mil años de guerra y revolución, de pensamiento y esfuerzo, y de historia, y de permanente milenio, y del prometido fin de lo mío y lo tuyo, Guy seguía teniendo todo el dinero, y toda la fuerza. Cuando Keith corrió cabizbajo a través del aparcamiento, Guy estaba esperando, con toda esa fuerza. Pelearon. Y Keith perdió. Por segunda vez en aquella noche, Keith saboreó la derrota: una derrota que lo arrasaba. Se vino abajo como una caña. ¿Dónde estaba ahora? En alguna parte: acunado, tal vez, entre los brazos amantes de Trish Shirt.

—Fíjate lo que me ha hecho.

—Baja del coche, Guy.

—Fíjate lo que me ha *hecho*.

Cerramos nuestro trato. Mientras se alejaba, vaciló y se volvió meneando la cabeza.

—De verdad, Sam, no hagas esto por mí.

—¿No hay siempre otra persona… que lo hace?

—No lo hagas por mí.

Pero siguió andando.

El taxi negro se ha alejado, irrevocable. Aquí viene ella taconeando, llorando, temblando, en medio del olor a cordita. Todavía

hay fuegos artificiales en el cielo, ondas expansivas que amainan, el recuerdo de detonaciones, pólvora barata, el decrescendo de los silbatos y el humo de monigotes quemados. Distingo marcas en su cara. Otra hora con Chick y nos podría haber evitado toda esta molestia. Nos podría haber evitado esta maldita pena. Di las luces y el coche echó a andar pesadamente. Se paró, con el motor en marcha. Yo abrí la puerta del acompañante. Dije:

—Sube.

Mi rostro estaba rayado de claroscuro. Pero ella pudo ver la herramienta de coche sobre mi regazo.

—*Sube*. —Ella se inclinó hacia delante.

—Tú —dijo, con gesto de saberlo de antemano—. Siempre tú…

—Sube.

Y subió.

Hay un par de cosas que quedan por escribir.

La píldora la he ingerido sin dificultad. Dispongo de una hora aproximadamente. Todo está ya dicho. En este momento siento un gran placer. Yo tenía siete años cuando aprendí los hechos de la vida. Y los hechos de la muerte los aprendí aún antes. Desde entonces, me doy cuenta, ni una sola vez he sentido con tanta certeza que el mundo seguirá marchando otros sesenta minutos.

Ella burló mi novela. Su historia funcionó. Y la mía no. No hay nada más que decir realmente. Siempre yo: desde el primer momento, en el Black Cross, ella miró hacia mi lado con ojos de saberlo de antemano. Sabía que lo había encontrado: a su asesino. Me pregunto si supo que habría toda una cola… «Lo he encontrado. En Portobello Road, en un lugar llamado Black Cross, lo he encontrado.» La imaginación me falló. Y todo lo demás. Debí comprender que una cruz tiene cuatro puntas. No tres.

He echado un vistazo rápido al principio —quién sabe, con un poco de trabajo, a lo mejor podía amañar un nuevo principio—. ¿Y qué es lo que veo? Capítulo 1: El asesino. «Keith Talent era un mal sujeto. Se puede decir incluso que era de los peores sujetos que circulaban por ahí; pero no era *el* peor, no era el peor de todos.»

No. Yo era la peor y última bestia. Nicola destruyó mi libro. Debió de sentir un gustazo bárbaro. Por supuesto, yo podría haber dejado a Guy seguir adelante y haberme conformado con un final «sorpresa». Pero ella sabía que yo no haría eso. Halagadoramente, ella sabía que yo no era un degenerado completo. Ella sabía que yo no consideraría digno de ser salvado este relato inicuo, este libro inicuo que traté de escribir remedando la vida real.

En un principio, había pensado añadir un capítulo final, a la manera clásica: «¿Dónde están ahora?» Me parece poco apropiado. Sin embargo, en el libro de la vida sí puedo leer unas cuantas cosas. Guy volverá a su hogar, pálido y con el rabo entre las piernas. Hicimos un trato. El destino de Keith es, lógicamente, más incierto —Keith, con sus talentos cultivados, con sus lanzamientos ensayados—. Pero estará vinculado con Guy a través de la criatura. Se lo hice jurar a Guy. Hacer *lo que era justo*. Al final, delegó la crueldad. Yo, amabilidad, o paternalismo, o dinero. Era lo mejor que yo podía hacer.

Y Nicola. Nicola necropolitana, con sus zapatos carmesí. Pobre Nicola…, era tan *fría*. Ello me facilitó las cosas: hasta eso lo había ella planeado. «Soy tan fría», no dejaba de decir. «Soy tan fría.» Y: «Por favor. Está bien que lo hagas… Es justo.» Y, tras el primer golpe, exhaló un gemido de asentimiento visceral, como si, finalmente, empezara a entrar en calor.

Ayer, en la hora previa al alba y a su llegada, tuve un sueño profético. Sé que fue profético porque se ha verificado ahora. Ayer soñé que me comía los dientes. *Eso* es lo que se siente al asesinar. Yo he fracasado en el arte y en el amor. Me pregunto si queda tiempo para limpiar mis manos de tanta sangre.

PAPELES FINALES

Carta a Mark Asprey

Regresas, mucho me temo, a un escenario que hallarás lleno de confusión. Yo yaceré sobre tu cama, de la manera más elegante posible, espero, con los ojos abiertos al techo espejeante, pero con una sonrisa estoica en mi rostro. En el coche aparcado en la calle, bajo una sábana, yace otro cuerpo, con ademán algo menos apaciguado.

Sobre la mesa del despacho encontrarás una confesión completa. Eso es todo lo que hay. Probablemente sea también una elegía a la memoria de una dama desdichada, a quien tú conociste. Pero ya no puedo justificar nada al respecto y soy indiferente a su destino. Muero intestado, y sin familia próxima. Sé tú mi albacea literario: deshazte de todo. Si una editora americana llamada Missy Harter pregunta por mí, haz el favor de transmitirle un mensaje final. Mándale mi amor.

También un inquilino perfecto debe concluir siempre disculpándose por el desorden: las confusiones, las profanaciones, las huellas digitales indeseadas. Y eso hago. Encontrarás los habituales y lamentables vestigios que deja cualquier existencia. El desorden habitual. Siento no poder estar en condiciones de echarte una mano.

P. D.: Si tienes un par de horas, a lo mejor te interesa una nimiedad que he dejado sobre la mesa del cuarto de estar: una breve crítica del Drama.

P. P. D.: No me la habrás jugado, ¿verdad?

Carta a Kim Talent

Me sorprendo pensando en las palabras del ejemplar Poeta de la Guerra: «Pareció que de la batalla escapé…» El poema es una visión o premonición de la muerte (muy precisa, ¡ay!: su muerte llegaría solo unos días después), en la que el Poeta de la Guerra —él mismo una colisión forzada, él mismo un encuentro extraño— se une a su contrapartida, a su apariencia, que está en el otro lado:

Yo soy el enemigo que tú mataste, amigo mío:

> Te conocí en esta oscuridad: pues así frunciste el ceño
> ayer a través de mí mientras herías y matabas.
> Paré el golpe; pero mis manos estaban reacias y frías.
> Durmamos ahora…

Hay un tercer sentido en el que el poeta mismo era una colisión extraña. Era joven: y se supone que los jóvenes —los jóvenes no están programados— no entienden la muerte. Pero él la entendía.

También estoy obsesionado por el discurso de rendición del jefe indio José, el cabecilla de los Nez Percé: subyugados, y luego derrotados en la batalla (y luego desposeídos, como de costumbre):

> Estoy cansado de pelear… Quiero tener tiempo para ocuparme de mis hijos y ver cuántos puedo reunir. Tal vez los encuentre entre los muertos… Desde donde está ahora el sol, no volveré a pelear nunca jamás.

Aun cuando no tengamos tiempo, todos queremos tenerlo para hacer esto, tiempo para ocuparnos de nuestros hijos y ver a cuántos podemos reunir. Con los dedos pringosos de tanto frotarlos, en congratulación, vigilia, júbilo, miedo, nervios, me agarro a ciertas esperanzas: esperanzas en ti. Espero que estés con tu madre y que no os falte nada a ninguna. Espero que tu padre esté por ahí en alguna parte —localizable—. Tu comienzo ha sido duro. Tu continuación, no tan dura. Espero.

Hace dos años, vi algo que nadie debería ver nunca: vi a mi hermano pequeño muerto. Sé, por el aspecto de su cara, que nada puede sobrevivir a la muerte del cuerpo. Nada puede sobrevivir a una devastación tan completa. Los hijos sobreviven a sus padres. Las obras de arte sobreviven a sus artífices. Yo he fracasado en el arte y en el amor. Sin embargo, te pido a ti que me sobrevivas.

Al parecer, me dieron por desahuciado desde el principio. No entiendo cómo sucedió. En cierto sentido yo utilicé a todo el mundo, tú incluida. Y aún sigo perdido… Bendito, acuoso y vaporoso, el estado indoloro se ha apoderado de mí. Me siento inconsútil e insustancial, como una creación. Como si alguien me hubiera fabricado, por dinero. Y no me importa.

Está amaneciendo. Hoy, creo, el sol empezará a elevarse un poco más en el cielo. Tras su vistazo sulfuroso al planeta. Su vistazo encendido, que pedía una pregunta encendida. Las nubes tienen su antiguo color otra vez, su antiguo color inglés: el color de un huevo pasado por agua, pelado por los dedos de la ciudad.

Por supuesto, eras demasiado joven para acordarte. Pero ¿quién sabe? Si el amor viaja a la velocidad de la luz, entonces quizá

disponga de otros poderes en el filo de lo posible. Y las cosas crean impresiones en los bebés. Y este es precisamente el caso. Todo creó impresiones en ti. Las huellas simétricas de la presión de una alfombra sobre tu muslo; el resplandor crepuscular de mis improntas dactilares sobre tus hombros; la fidedigna representación de las marcas de tu ropa. Un trozo de elástico de tus calcetines podía convertir secciones de tus pantorrillas en pilares romanos. Por no mencionar las heridas, como el bisel de algún mueble, perfectamente calibrado en tu ceja sensible.

En cierto modo, fuiste también una criatura terrible. Cuando salíamos juntos, y yo extendía una manta en el parque…, siempre que veías que te miraba emitías un falso graznido de peligro inminente, simplemente para mantenerme vigilante. Todos somos criaturas terribles. Basta ya de eso. Y de esto.

Así, si alguna vez sentiste algo detrás de ti, cuando aún no tenías un año, como el calor esperado, como una bombilla, como un sol, tratando de brillar por todo el universo…, ese algo fui yo. Siempre yo. Fui yo. Fui yo.

NOTAS

1 Como se sabe, *London Fields* (Campos de Londres) es un pequeño parque situado en el noreste de Londres. Cuando el autor se refiera a este lugar, aparecerá aquí en inglés. En los demás casos, aparecerá traducido. (*N. del T.*)

2 En inglés americano coloquial, «nena». (*N. del T.*)

3 Chica que se envía, sobre todo en EE.UU., para que felicite personalmente con un beso a la persona que celebra algo. (*N. del T.*)

4 Premios literarios y artísticos concedidos en los EE.UU. (*N. del T.*)

5 En castellano en el original. (*N. del T.*)

6 El 5 de noviembre. (*N. del T.*)

7 Especie de gaseosa con glucosa. (*N. del T.*)

8 En inglés *bird* significa «pájaro» y también «chica»; igualmente, *pool* es «charco» y «piscina». (*N. del T.*)

9 En inglés *windcheater*, que significa literalmente «engañaviento» o «estafaviento». (*N. del T.*)

10 En inglés tenístico, la puntuación cero se dice *nothing*, «nada», o *love*, «amor». (*N. del T.*)

11 En español, «La Cruz Negra». (*N. del T.*)

12 «Gemir» en inglés. (*N. del T.*)

13 «Gorrina» en inglés. (*N. del T.*)

14 Traje que solían llevar los *jazzmen* de color en los años treinta. (*N. del T.*)

15 Marca de ron. (*N. del T.*)

16 Bebida mezclada de cerveza y limonada. (*N. del T.*)

17 Personaje famoso y entrañable de la programación infantil de la televisión británica. (*N. del T.*)

18 Se refiere a la fiesta de Guy Fawkes (ejecutado por Jacobo I tras conspirar conel *guy* (monigote) y la quema de pequeñas efigies del conspirador. (*N. del T.*)

19 Keith se refiere sin duda a Hugh Hefner. (*N. del T.*)

20 Cita textual de un parlamento de Lady Macbeth. (*N. del T.*)

[21] En el original Jack Sprat: personaje de un cuento inglés, que se come el magro y deja el tocino para su mujer. (*N. del T.*)

[22] Especie de zumo de tomate (Bloody Mary sin vodka). (*N. del T.*)

[23] En los países anglosajones es costumbre que los niños llamen a las casas piverdaderas barrabasadas. (*N. del T.*)

[24] En inglés, «Indispuesto o con mal cuerpo». (*N. del T.*)

[25] Juego de palabras entre *guy* (tipo) y el personaje Guy. (*N. del T.*)

[26] Cruz Victoria, Orden del Mérito del Reino Unido, Orden del Servicio DistinReino Unido, la última de Estados Unidos.. (*N. del T.*)

[27] En inglés, *little boy. (N. del T.)*

[28] En inglés *guys*, por alusión a la fiesta de Guy Fawkes. (*N. del T.*)

[29] En inglés americano, *chick. (N. del T.)*